



EL  
PÚLPITO  
AMERICANO  
I

R. P. N. CÁCERES  
S. J.

BX1756

.C3

P8

v. 1

45229





1080015959

EX LIBRIS

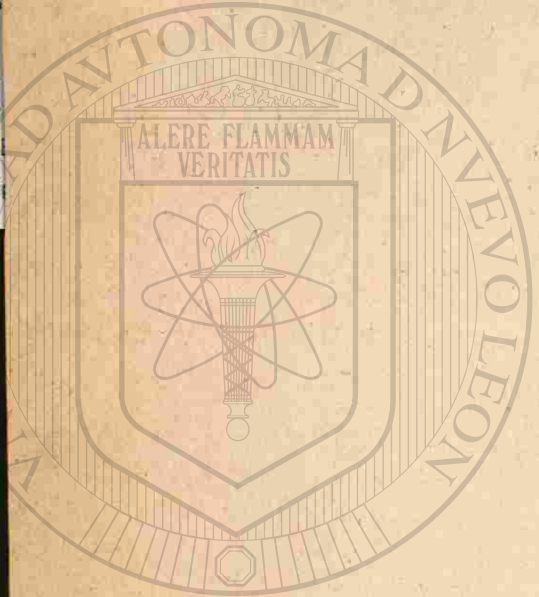
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EX  
HEMETH  
E



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



R. P. NICOLÁS CÁCERES  
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

EL  
PULPITO AMERICANO

SERMONES  
DOGMÁTICOS, PANEGÍRICOS Y MORALES.

TOMO PRIMERO:  
SERMONES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO  
Y DE ALGUNOS MISTERIOS  
DE JESUCRISTO.

SERMONES  
DEL  
SANTÍSIMO SACRAMENTO  
Y DE  
ALGUNOS MISTERIOS  
DE JESUCRISTO

POR EL  
R. P. NICOLÁS CÁCERES  
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

OBRA PUBLICADA CON LICENCIA DE LOS SUPERIORES, APROBADA Y CALUROSAMENTE  
RECOMENDADA POR EL EÑO. SR. CARDENAL ARZOBISPO DE VALLADOLID Y LOS  
EXCÑOS. É ILÑOS. SRES. ARZOBISPOS Y OBISPOS DE BOGOTÁ, CARTAGENA,  
COMAYAGUA, COSTA RICA, FRIBURGO, GUATEMALA, MEDELLÍN, NUEVA  
PAMPLONA, POPAYÁN, SAN SALVADOR, SANTA MARTA, SOCORRO,  
TOLIMA Y TUNJA.

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA). 1900.  
B. HERDER,  
LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.  
VIENA, ESTRASBURGO, MUNICH Y SAN LUIS.

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA). 1900.  
B. HERDER,  
LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.  
VIENA, ESTRASBURGO, MUNICH Y SAN LUIS.

45229



BX 1756

.C3

P8

v.1

LICENCIA.

Cum opus, cui titulus *El Púlpito americano* a P. NICOLAO CÁCERES nostræ societatis sacerdote compositum aliqui eiusdem societatis revisores, quibus id commissum fuit, recognoverint et in lucem edi posse probaverint; facultatem concedimus, ut typis mandetur, si ita iis, ad quos pertinet, videbitur.

In quorum fidem has litteras manu nostra subscriptas et sigillo societatis nostræ munitas dedimus.

Bogotá, die 8 Maii anni 1899.

(L. S.)

ALOISIUS A. GAMERO S. J.

Imprimatur.

Friburgi Brisgovie, die 8. Maii 1900.

Ex mandato

† FRIDERICUS J. KNECHT, ep. aux.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Es propiedad.

Tipografía de B. HERDER en Friburgo de Brisgovia.

Á LOS DIGNÍSIMOS SEÑORES PRELADOS  
Y Á TODO EL RESPETABLE CLERO  
DE COLOMBIA Y CENTRO-AMÉRICA

EN PRUEBA DE VENERACIÓN, APRECIO Y GRATITUD  
DEDICA ESTA HUMILDE PUBLICACIÓN

EL AUTOR.

008615



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL EMO. SEÑOR CARDENAL-ARZOBISPO  
DE VALLADOLID.

Muy Sr. mío de toda mi consideración: Agradezco á V. mucho la bondad de enviarme los pliegos impresos del Púlpito Americano, por el P. CÁCERES S. J., y aplaudo la hermosa empresa que V. acomete y que con seguridad ha de producir excelentes frutos en el clero y en los fieles. La palabra divina, inmutable y salvadora, sublime y sencilla, penetra lo mismo en las inteligencias de los sabios, porque ella abre los Arcanos de la Divina Sabiduría, que en la de los ignorantes, porque Jesucristo, que vino á redimirnos á todos y á enseñarnos los caminos de la verdad, la expuso con tal sencillez y de manera tan clara, que hasta los niños pueden aprenderla. La exposición, por tanto, de la palabra divina, misión confiada por el divino Maestro á sus discípulos y en ellos á los sacerdotes, ha de ser sencilla, sentida, con verdadera unción, para que ilustre las inteligencias y conmueva los corazones. Claro está que el orador sagrado debe conocer los grandes maestros en la exposición de la verdad evangélica y citarlos cuando sea conveniente, porque poco ó nada nuevo se puede decir que ellos no dijieran y su autoridad es indiscutible; también le han de ser conocidas las relaciones entre la fe y la ciencia, para salir al paso á los sofismas de los pensadores impíos, y sacar limpia, como es, la verdad de la religión de entre los errores que pretenden mentirla y desacreditarla. Todo esto reunido y manifestado con pureza de dicción, con la suavidad del que intenta convencer con el raciocinio de la lógica y no con el argumento de la fuerza, adornándolo con hermosos pensamientos, con figuras, comparaciones y símiles oportunos, atrae y subyuga, y el orador sagrado consigue los triunfos que apetece y el fin altísimo que persigue.

Los sermones del P. CÁCERES, de la Compañía de Jesús, por lo que de ellos he leído, hojeando los pliegos que V. ha tenido la atención de remitirme, reúnen todas estas condiciones, y en el autor deben de ser armónicas la manera de pensar y la manera de sentir predicando, por los grandes elogios que ha merecido su oratoria, justísimos



por lo que hace al pensamiento y á la composición, y no menos justos por lo que respecta al decir, pues el testimonio es bien fidedigno: es el testimonio de varios egregios preladados americanos.

Uno mis plácemes á los de mis Venerables Hermanos de América, y, como ellos, creo que los Sermones del P. CÁCERES, de la Compañía de Jesús, están llamados á hacer un gran bien al pueblo cristiano, y en ellos los sacerdotes encontrarán armas seguras para combatir el error.

Con la mayor atención, quedo de V. afmo. cañ. que le bendice

† A. M. Card. CASCAJARES, Arzobispo de Valladolid.

Valladolid, fiesta del Sagrado Corazón de 1900.

#### EL ILMO. Y RMO. SEÑOR OBISPO DE MEDELLÍN.

Medellín, 28 de febrero de 1898.

Viva satisfacción nos ha causado saber el designio que tiene el R. P. NICOLÁS CÁCERES, de la Compañía de Jesús, de hacer imprimir algunos de sus sermones.

Conocedores de su mérito, por haber oído varios de ellos, ya en Bogotá, ya en nuestra ciudad episcopal, y por ser testigos del fruto copiosísimo que en las almas han producido, y de la justa y duradera fama de consumado orador apostólico que el P. CÁCERES ha dejado en nuestra Diócesis, que aún deplora su ausencia, creeríamos superflua toda recomendación de nuestra parte, á no ser para las pocas personas que entre nosotros no tuvieron la dicha de oírle; seguros como estamos de que las otras acudirán con entusiasmo á procurarse la obra y leerán con avidez, edificación y nuevo provecho espiritual, esos escritos destinados á conservar la palabra evangélica que oyeron con interés siempre creciente, y de la cual reportaron tanto bien.

(Hay un sello.) (Firmado) † JOAQUÍN, Obispo de Medellín.

#### EL ILMO. Y RMO. SEÑOR OBISPO DE POPAYÁN.

Popayán, octubre 12 de 1898.

El proyecto que según su apreciable del 21 de septiembre, trae entre manos V. R. de publicar algunos de sus sermones, lo juzgo muy provechoso para el bien de las almas y gloria de Dios.

Las colecciones de sermones españoles que corren en las manos del clero no son bastante numerosas y dejan mucho que desear por las exigencias de nuestros tiempos, y en los de V. R. se unen la solidez de la doctrina, la hermosura del pensamiento y de la frase con el fervor de la piedad, cosa que se echa de menos en muchos sermonarios modernos.

Concediendo el Señor sus dones á los hombres para que los empleen en su divino servicio, mejor empleados estarán mientras mayor sea el número de almas que los aprovechen, por lo cual ha pensado muy bien V. R. en extender la benéfica acción de los dones que del cielo ha recibido.

Cuando se haya impreso el tomo primero daré el buen anuncio al clero de esta diócesis, en la cual V. R. no es desconocido.

Bendiciendo el proyecto de V. R. me suscribo de V. R. atento y S. S.

(Firmado) † MANUEL JOSÉ, Obispo de Popayán.

#### EL ILMO. Y RMO. SEÑOR OBISPO DEL SOCORRO.

Socorro, septiembre 30 de 1898.

Sumamente grata me ha sido, y lo será para todo el clero, la noticia que V. R. se sirve darme de la próxima publicación de algunos de sus sermones.

Aunque el solo nombre de V. R. bastaría como encomio de la obra, quiero que la modesta cuanto espontánea recomendación del menor de los preladados de Colombia no falte á esa publicación que todos veremos con gozo y con provecho. La hago, pues, con placer, especialmente al clero de mi diócesis, y deseo vehementemente que V. R. no tenga obstáculo ninguno para la realización de tan benéfica empresa.

De V. R. muy atento estimador

(Firmado) † EVARISTO, Obispo del Socorro. ®

#### EL ILMO. Y RMO. SEÑOR OBISPO DE CARTAGENA.

Ha llegado á mi conocimiento que V. R. tiene intención de publicar considerable número de los sermones que ha estado predicando

CÁCERES, Sermones. I.

a\*\*



más elevado, el sobrenatural, al cual pertenece, de hecho, todo lo que se refiere á la virtud y santidad.

10. ¡Oh! y ¡cómo se ensanchan aquí los lindes de la consideración! Si por sola su naturaleza el hombre está destinado á ser tabernáculo de la Divinidad, ¿cómo no lo estará por la gracia, siendo ésta un ser más perfecto, sin comparación, que aquella, un ser por el cual el hombre no sólo sobrepaja á todas las cosas visibles, sino que se eleva por encima de las invisibles, hasta la misma esfera y orden de Dios? El orden sobrenatural, como se ha dicho mil veces, no destruye ni aniquila el fundamento de la naturaleza sobre que se levanta, antes bien lo depura, embellece y perfecciona; y así, lejos de desviar al hombre de su natural destino, condúcelo á él más directa y eficazmente, perfeccionándolo en la consecución consumada de ese mismo destino. De manera que en este nuevo y más sublime orden de cosas á que el hombre ha sido misericordiosamente sublimado sin ningún mérito para ello, la mansión de Dios en él aparece ya plenamente delineada en cuanto al modo y grado de perfección. ¿Queréis saber el cómo? Como el mismo Cristo nuestro Redentor lo dejó bastante declarado cuando dijo: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y, oídlo bien: vendremos á él y haremos en él nuestra morada*<sup>1</sup>. Y poco antes había dicho: *En aquel día conoceréis cómo yo estoy en el Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros*<sup>2</sup>. Es decir, mis amados oyentes, que todas las tres divinas Personas de la Trinidad, como sean una misma esencia, vienen á morar en el alma del justo, y á hacer de él su glorioso tabernáculo. ¡Qué palabras podrán significar,

<sup>1</sup> Io. 14, 23.

<sup>2</sup> Ibid. v. 20.

ni qué pensamiento concebir tanta grandeza! Con gran fuerza y copia de razones lo declara el teólogo de la gracia, Nieremberg<sup>1</sup>: «¡Dios en compañía del hombre! ¡Dios dentro de un alma; y no sólo Dios como quiera, con una sola Persona divina, sino con todo lo que es la Divinidad! No sólo la naturaleza divina participada, sino en sustancia todas las tres Personas divinas.... ¿Cómo puede alcanzar esto el caudal humano?... Tan poderosa es la gracia, que apareja tal palacio á Dios que no puede dejar de estar en él.... La gracia es mayor que el mundo. La gracia es mejor que el cielo empíreo. La gracia es el mejor palacio que Dios tiene en las criaturas. La gracia es el más ameno paraíso de deleites de las tres Personas divinas. La gracia es el más majestuoso trono de la Santísima Trinidad.... ¡Oh temeridad de los pecadores, cuando por un pecado mortal echan á Dios de su mejor alcázar, y derriban su silla más rica y su trono más majestuoso!» Así se expresa maravillosamente el piadoso y sapientísimo escritor. Bien merece el alma enriquecida con la divina presencia que se la apostrofe con estas y semejantes expresiones: «¡Alma santa, deleitable paraíso de tu Criador, tálamo de Dios esplendidísimo, tabernáculo de la Santísima Trinidad, más hermoso que el sol; arca de oro, no del Viejo sino del Nuevo Testamento, altísimo trono de la Divinidad.»<sup>2</sup> ¡Oh celsitud y dignidad del ser inteligente y libre levantado á tanta alteza! ¡Oh, y si supiera el hombre apreciar esta dicha en lo que vale! Pero ya es tiempo de pasar á admirar directamente las maravillas de nuestro Dios en la sacrosanta Eucaristía, donde este destino

<sup>1</sup> Aprecio y estima de la div. gracia tom. I, lib. 2, cap. 2.

<sup>2</sup> Ubi supra.



del hombre de ser tabernáculo de Dios se llena del modo más perfecto que cabe imaginar.

## II.

11. En efecto, así como la sagrada Eucaristía es la continuación sobre la tierra del gran misterio de la Encarnación: *Nobiscum Deus*<sup>1</sup>; así también la Encarnación puede mirarse como el tipo supremo del orden sobrenatural, del cual es ella fuente y manantial. Pues ¿quién no ve y admira el modo perfectísimo con que el hombre ha llegado á ser templo y sagrario de la Divinidad por el hecho de haber tomado la Persona del Verbo una naturaleza humana para unirla consigo con el nudo más apretado, como es con unión hipostática? ¿Qué cielos son comparables á la humanidad santísima de Cristo, *en quien habita corporalmente la plenitud de la Divinidad*<sup>2</sup>? En los cielos, como sobre las alas de los Querubines, que forman el trono magnífico del Altísimo<sup>3</sup>, no reside el Señor sino de un modo accidental, en tanto que dentro de la humanidad de Cristo está sustancialmente, y más de asiento, digámoslo así, que el alma está y habita dentro del cuerpo que anima. Así es que en Cristo Señor nuestro, como dice San Pablo, plugo á Dios *habitar con toda la plenitud* de sus perfecciones y grandezas<sup>4</sup>, en modo muy distinto que en los tronos celestiales y en las dominaciones y en todas las criaturas visibles é invisibles; porque en Él habita no ya como Criador solamente, sino comunicándole todo el ser divino, é identificándole consigo, de modo que Dios y Cristo sean uno solo<sup>5</sup>, una sola vida<sup>6</sup>, una sola operación<sup>7</sup>.

<sup>1</sup> Matth. 1, 23.<sup>2</sup> Col. 2, 9.<sup>3</sup> Exod. 25, 20.<sup>4</sup> Col. 1, 19.<sup>5</sup> Ego et Pater unum sumus (Io. 10, 30).<sup>6</sup> Io. 6, 58.<sup>7</sup> Io. 14, 10.

12. Pues ¿qué diremos de la Eucaristía, donde no ya una sola naturaleza humana se une á Dios, sino que cada naturaleza singular se incorpora con el mismo Cristo, haciéndose así, quien comulga, cuerpo y sangre de Dios hecho carne? Nada digamos de la honra inestimable y superior á todo humano alcance que esta unión eucarística nos acarrea; pero, por lo que hace á nuestro propósito, ¿qué tabernáculo más perfecto de Dios puede imaginarse, fuera del mismo Cristo, que el hombre que recibe á su Dios sacramentado? Si por la Encarnación el hombre fué *Teóforo*<sup>1</sup>, y *Dios estaba en Cristo*, al decir del Apóstol, *reconciliando el mundo consigo*<sup>2</sup>, por la comunión puede el hombre llamarse *Cristóforo*, pues lleva dentro de su seno á todo Cristo, Hijo de Dios Encarnado. En Cristo habita la plenitud de Dios, y en el feliz mortal que participa de la Eucaristía habita la plenitud de Cristo. ¿Puede imaginarse destino más glorioso? Y no dudemos, hermanos míos, que así sea en realidad, pues el Apóstol encarecía este misterio á los corintios por las siguientes palabras: *¿Por ventura no sabéis que Cristo está en vosotros?*<sup>3</sup> Y de sí mismo decía: *Vive Cristo en mí*<sup>4</sup>.

13. ¡Qué grandeza moral la que de aquí resulta para el hombre! Verdaderamente éste sería el lugar de exclamar con el Pontífice San León: *Reconoce ¡oh cristiano! tu dignidad; y hecho ya participante de la naturaleza divina, no quieras volver á tu antigua vileza con una conducta indigna de tu linaje*<sup>5</sup>. ¿Hay ministerio más noble y elevado que el que es propio de los ángeles del cielo, esto es, servir de peana á la Majestad de

<sup>1</sup> = que lleva á Dios.<sup>2</sup> 2 Cor. 5, 19.<sup>3</sup> 2 Cor. 13, 5.<sup>4</sup> Gal. 2, 20.<sup>5</sup> Serm. de Nativit.



Dios y llevarle sobre sus alas, mejor que los ligeros vientos y las nubes inflamadas?<sup>1</sup> Y será menos llevar, no ya sobre los hombros, sino dentro del corazón, al mismo Cristo, rey de los ángeles, igual al Padre, y con Él á todas tres Personas de la Trinidad augusta, presentes por concomitancia en la hostia consagrada? De María, la criatura más cercana á la misma Trinidad, apenas puede enaltecerse más la soberana excelencia que apellidándola tabernáculo del Verbo Eterno, ni es dable concebir relicario más sagrado y venerable que aquél del seno virginal en donde, durante nueve meses continuos, descansó el Criador hecho criatura. Y ¡cuántos prodigios de la omnipotencia, de la sabiduría y del amor de un Dios, para la preparación y adorno conveniente de ese immaculado y riquísimo sagrario del alma y cuerpo de la Virgen María! ¡Oh Dios! Y ¿no nos pasamos todavía y morimos de asombro al contemplar nuestra pequeñez y vileza, la desnudez de nuestro espíritu y las manchas de nuestra carne corrompida, habiendo de recibir también nosotros, siquiera sea por pocos instantes, aquel mismo sagrado depósito que abrigó la más pura de las vírgenes en su seno castísimo y perfumado con el aroma de todas las virtudes? ¡Cómo no exclamar aterrados de pena con el Centurión: «Señor, no soy digno del honor que queréis hacerme, no merezco veros entrar por las puertas de mi casa y permanecer bajo mi techo.» *Domine non sum dignus...*<sup>2</sup> Cómo se compadece tanta indignidad humana con tanta dignación de Dios? Y si tanto desagrado nos causa y tanto ofende á la piedad cristiana el ver á Jesús tan

<sup>1</sup> Qui ambulat super pennas ventorum (Ps. 103, 3).

<sup>2</sup> Luc. 7, 6.

indignamente hospedado en algunos sagrarios desmantelados é indecorosos, ¡cuánta más razón fuera llorar la indecencia y poco arreo de virtudes del sagrario espiritual del pecho que le recibe! ¡Ah! no podemos menos de admirarnos con el Crisóstomo: *¡Que nada de esto nos aterre y aparte de nuestra malicia, y nos arredre de los vicios! ¡Oh gruesas tinieblas de ceguedad! ¡Oh abismo profundo de insensibilidad! ¡Oh estúpido embausamiento de la inteligencia humana!*<sup>1</sup>

14. Réstanos todavía por considerar un sentido más propio y riguroso según el cual puede decirse el hombre tabernáculo de Dios por efecto de la comunión eucarística, y es el que nos da á entender el Apóstol San Pablo cuando, comparando el nuevo con el antiguo sacrificio, llama al cuerpo de Cristo tabernáculo más grande y perfecto que el *Sancta Sanctorum* fabricado por manos de hombres<sup>2</sup>. En efecto, hermanos míos, el mismo Doctor de las naciones nos describe el antiguo tabernáculo material destinado á ofrecer á Dios oblaciones y sacrificar víctimas<sup>3</sup>, en cuya parte interior y reservada no era lícito penetrar más que una vez al año al sumo sacerdote para expiar con la sangre de los sacrificios los pecados propios y los de todo el pueblo. La sangre, pues, así como en la dedicación primitiva del lugar santo sirvió para consagrarlo, así debía servir perennemente para obtener el perdón de los pecados y abrir las puertas de la misericordia<sup>4</sup>. Tal era el destino principal del viejo tabernáculo: tal es, con mayor razón, el carácter del tabernáculo nuevo, del Calvario y del Altar, donde también es necesario que corra

<sup>1</sup> Hom. V in Epist. ad Ephes.

<sup>2</sup> Hebr. 9, 11.

<sup>3</sup> Ibid. 9, 2 sqq.

<sup>4</sup> Ibid. 9, 22.



abundante arroyo de sangre, no ya de animales figurativos<sup>1</sup>, la cual por sí sola no alcanza á lavar las conciencias criminales, sino del Cordero sin mancha, derramada por Él mismo para forzar de una vez para siempre las puertas del verdadero *Sancta Sanctorum* de los bienes celestiales. Allí donde corra la sangre de la víctima inmolada por la salud de los hombres, allí está el tabernáculo. Por eso yo lo señalo volviéndome al altar: *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus!* porque allí está inmoldándose perennemente el Cordero de Dios: *Ecce Agnus Dei!*<sup>2</sup> Pero decidme, hermanos míos: ¿es solamente en el ara del altar donde el sacrificio místico se consume? Y ¿no será también el pecho del hombre que le sume en especies separadas, un verdadero tabernáculo donde la oblación ó, más bien, la destrucción total de la víctima se termina íntegramente? En efecto, no sólo no es improbable sino que tiene á su favor grandes probabilidades de autoridad y de razón la opinión teológica que hace consistir la esencia del sacrificio eucarístico no en la consagración sola, sino en la consagración seguida de la sunción, por ser en ésta donde propia y verdaderamente se consume la inmolación de la sagrada víctima<sup>3</sup>.

15. He ahí, pues, hermanos míos, realizado del modo más perfecto el destino felicísimo del hombre de ser tabernáculo de la Divinidad, y realizado por la institución de la adorable Eucaristía, la cual desarrolla el plan divino del orden sobrenatural. ¿Qué resta después de esta magnificencia del Criador para con su pobre cria-

<sup>1</sup> Neque per sanguinem hircorum etc., sed per proprium sanguinem (Hebr. 9, 12).

<sup>2</sup> Io. 1, 36.      <sup>3</sup> Gury, Theol. Mor. tom. II, tract. de Euchar.

tura, sino aspirar á aquellos eternos tabernáculos de la visión beatífica, donde será cada uno de los bienaventurados como un trono refulgente de Dios Uno y Trino: *Siendo allí Dios todo en todos*, como dice el Apóstol<sup>1</sup>? ¿Por qué *brillarán allí los justos, y como estrellas del firmamento resplandecerán por toda la eternidad*<sup>2</sup>, sino porque recibirán en sí la luz de Dios que brillará en las frentes de los escogidos? *Será Dios todo en todos*, hasta en el mismo Cristo. ¡Qué mar de luz, y qué piélagos de esperanzas! ¡Qué género aquel de inmensidad gloriosa! Que si acá sobre la tierra, destructible y perecedera, se ostenta Dios en sus criaturas, reflejando en ellas alguna ráfaga de su poder y sabiduría, ¿de qué manera se reflejará allá en el cielo, donde toda criatura estará como absorbida y anegada en el océano de la bienaventuranza de Dios, que es Dios mismo en la plenitud de su gloria? ¡Oh ciudad santa de la Jerusalén celestial! ¡Oh ciudad de murallas de piedras preciosas y de plazas de oro más luciente que el bruído cristal! En tí no habrá ya templo, porque el Señor Dios omnipotente y el Cordero de Dios es tu templo vivo y animado<sup>3</sup>, y todos los que en tí moran, siendo unos con Dios, son también templos del Dios vivo! ¡Oh claridad de claridades eternamente luminosa! ¡Luzca ya para nosotros el día que no tendrá fin! Así sea.

<sup>1</sup> I Cor. 15, 28.

<sup>2</sup> Dan. 12, 3.

<sup>3</sup> Apoc. 21, 22.



## SERMÓN QUINTO

(predicado en la iglesia de San Diego, Bogotá, 1885).

## El porqué de las especies sacramentales.

Spiritus est qui vivificat... Verba quae ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt.

El espíritu es el que vivifica... Las palabras que yo os he hablado son espíritu y vida.

Io. 6, 64.

1. ¿Cómo puede ser que esté Dios realmente presente en el Sacramento de nuestros altares, según lo tiene y cree la Iglesia católica con sus trescientos millones de creyentes, y que nada se vea allí que hable y diga á nuestros sentidos: *Aquí está Dios?* Donde los ojos no ven más que un poco de pan y de vino, y el tacto y el gusto y el olfato nada más perciben, ¿cómo es posible persuadirse á que se encuentre, no ya la sustancia de esos cuerpos, sino y el cuerpo y la sangre de Jesucristo, Dios y hombre verdadero? Esto clama la mísera razón, deslumbrada por sus propias luces; y verdaderamente no puede objetarse argumento más débil contra la verdad de la palabra de Dios que un triste: *¿Cómo puede ser?* que es cabalmente la expresión de la ignorancia más completa. Esto mismo, pues no otra cosa se les venía á las mientes, murmuraban escandalizados los judíos carnales al oír la formal aseveración de Jesucristo: *El pan que yo os daré es mi carne por la vida del mundo*<sup>1</sup>: *¿Cómo puede éste darnos á comer su carne?*<sup>2</sup> Pero observad, cristianos, que el sólo no saber cómo sucede un hecho, natural ó sobrenatural, no prueba inmediatamente y de por sí que ese hecho no pueda suceder, ó que sea una ilusión. ¡Cuántos fenómenos no

<sup>1</sup> Io. 6, 52.

<sup>2</sup> Ibid. 53.

se verifican á cada momento, así en el mundo físico como en el moral, de los cuales no se nos alcanza el modo como suceden?

2. Porque, si se pretende por quien niega la presencia real de Jesucristo en el altar, que no es posible que esté Dios allí presente y oculto al mismo tiempo para todos los sentidos, tal pretensión es evidentemente exagerada, puesto que nada tienen de contradictorio para el sér divino su presencia y su invisibilidad. ¿No está Dios presente en todas partes? Y ¿es visible en alguna? ¿No es un Dios oculto y escondido?<sup>1</sup> ¿Ni cómo habríamos de ver ó sentir al que es espíritu puro? Podremos sentirle en sus obras, en sus efectos, pero en sí mismo jamás, porque no es sensible sino puramente inteligible. ¡Ah! dirá el incrédulo: bien está; pero aquí no se trata de Dios, precisamente como tal, sino de Jesucristo, Dios y hombre juntamente; y Jesucristo es visible, tangible como hombre dotado de verdadero cuerpo, aun en el estado glorioso en que hoy se encuentra. Pues, ¿no dijo Él mismo á sus atónitos apóstoles: *El espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo los tengo*<sup>2</sup>? Sea enhorabuena, mis amados oyentes: hemos disipado ya nada menos que la mitad de la dificultad; la cuestión no es ya de que esté Dios presente en el Santísimo Sacramento, puesto que puede estarlo, y lo está efectivamente, sin que sea necesario verlo ni palparlo. Toda la dificultad, pues, se refiere á Jesucristo en cuanto hombre, á su cuerpo y sangre físicos y verdaderamente sensibles. ¿Cómo es que, estando allí, no los vemos ni sentimos? Á esto tengo más de una respuesta perentoria: primera, porque de que *pueda sen-*

<sup>1</sup> Is. 65, 15.

<sup>2</sup> Luc. 24, 39.



*tirse* un cuerpo no se sigue que por necesidad haya de *sentirse* siempre, aun supuesta la presencia del objeto á los sentidos; dado caso que Dios puede impedirlo, pues nadie negará que Dios puede hacer, milagrosamente, es cierto, pero en realidad de verdad, que un cuerpo no se vea ó no se palpe; y esto aun cuando el cuerpo esté en condiciones propias para ser visto ó palpado. Con mayor razón podrá Dios sustraer á nuestros sentidos un cuerpo que goza de condiciones suprasensibles, sobrenaturales, como son las que rodean á los cuerpos glorificados, y esto acontece al cuerpo sacrosanto de Jesucristo, real y verdadero, pero glorioso y dotado de cualidades incorpóreas, semejantes al modo de ser los espíritus. Pero á esta primera respuesta añado la segunda, cuyo desarrollo será el asunto del presente discurso; y es que así lo requería la sabiduría divina, no pudiendo manifestarse Jesucristo revestido de su propia forma en el Sacramento de la Eucaristía, por no consentirlo ni nuestro estado de viadores, ni su propio estado glorioso é impasible, ni finalmente la índole del espíritu cristiano. Ved aquí la materia de vuestra atención, etc. Ave María.

## I.

3. No vemos, pues, á Jesucristo en la Eucaristía, porque, aunque está allí presente, como lo estaba sobre la tierra y lo está hoy en el cielo, no está, sin embargo, en condiciones en que puedan verle ó sentirle nuestros pobres sentidos. De éstos se engañan todos, menos el oído, cuando quieren juzgar por sí de la presencia real<sup>1</sup>,

<sup>1</sup> Visus, tactus, gustus in te fallitur, sed auditui solo tuto creditur (S. Thom. in offic. SS. Sacram.).

porque á todos se les oculta, y solamente al oído se revela por medio de la palabra que trasmite la verdad á la razón<sup>1</sup>. Tenemos que contentarnos con poseer á Cristo oculto debajo de extrañas apariencias que llamamos especies sacramentales, signos sagrados escogidos por Él mismo para representarle ó encubrirle, cuales son el pan y el vino. *Venid*, nos ha dicho, *comed el pan mio y bebed el vino que os he preparado*<sup>2</sup>. Pero sabed, añade, que *el pan que yo os daré es mi propia carne*<sup>3</sup>, y *este cáliz es el nuevo Testamento sellado con mi sangre*<sup>4</sup>. ¿No tenemos con esta afirmación bastante para disfrutar tranquilos del don que nos ofrece? ¡Ah! pero ¿cómo resignarnos á no ver ni palpar aquella vianda deliciosa del cuerpo del Señor? ¿cómo contentarnos con comer á oscuras, aunque sepamos bien lo que comemos? Á eso yo os repito: no puede ser de otra manera, porque así lo exige nuestro estado presente de viadores.

4. *Ecce panis angelorum, factus cibus viatorum!*<sup>5</sup>  
¡He aquí el pan de los ángeles, hecho alimento de los viajeros de la eternidad! ¿No lo entendéis aún? Es pan propio de ángeles, esto es, de seres bienaventurados, cuando no de espíritus puros; es manjar del cielo, néctar y ambrosía con que se regalan los felices comensales de Dios en el banquete de la gloria; y sólo por un efecto de la omnipotencia, puesta al servicio de la bondad divina, ese pan celestial se ha adaptado á los habitantes de la tierra, á los que van camino de la patria bienaventurada. Pero para esto era necesario un

<sup>1</sup> Auditus autem per verbum Christi (Rom. 10, 17).

<sup>2</sup> Prov. 9, 5.      <sup>3</sup> Io. 6, 52.      <sup>4</sup> 1 Cor. 11, 25.

<sup>5</sup> Eccl. in sacr. liturg.



cambio de forma, no pudiendo ser gustado en la propia gloriosa por el hombre todavía terreno.

5. Estudiemos nuestra condición de viadores. Estamos en la vía, no en el término de la jornada; y caminamos, dice el Príncipe de los apóstoles, por una región repleta de tinieblas, y apenas alumbra nuestros pasos la tenue linterna de la fe<sup>1</sup>. Nuestro estado es, pues de oscuridad, no de luz; de fe, no de visión. Á la vida presente sólo le corresponde el suspirar por la vista de la gloriosa faz de Dios, como el Profeta en la soledad de su destierro: *¿Cuándo iré y compareceré delante del rostro de Dios?*<sup>2</sup> ¿Cuándo se rasgará ese velo que me roba la vista de la hermosura soberana? ¿Cuándo veré, no sólo la esencia divina, foco de luz resplandeciente, cuya vista hace la bienaventuranza de todas las inteligencias, sino también el rostro amabilísimo y hermosísimo de Jesucristo, cuya humanidad gloriosa será, después de la vista del ser divino, el mayor encanto de aquel Edén colmado de delicias? ¡Ah! ¡cómo se retarda todavía esta hora dichosa! *¿Cómo se va alargando mi peregrinación en tierra extranjera!*<sup>3</sup> «¡Oh buen Jesús! ¿cuándo estaré allá para verte? ¿cuándo contemplaré la gloria de tu reino? ¿cuándo serás para mí todo en todas las cosas?... Deseo gozarte íntimamente, pero no puedo todavía abrazarte ni poseerte.»<sup>4</sup> Ahora bien, mis amados hermanos: ¿podríamos lanzar estos suspiros desde el valle del dolor, si poseyésemos á Jesucristo en la forma de su gloria entronizado en el altar? Dejaríamos entonces de ser viadores para tornarnos en dichosos comprensos, y la tierra trocaríase instantáneamente en

<sup>1</sup> 2 Petr. 1, 19.

<sup>2</sup> Ps. 41, 3.

<sup>3</sup> Ps. 119, 5.

<sup>4</sup> Imit. Christi lib. III, cap. 48.

cielo. Exclamariamos, fuera de nosotros mismos, como el apóstol en la visión del Tabor: *¡Señor! bueno es permanecer aquí. Hagamos aquí nuestras tiendas*<sup>1</sup>. ¿Para qué más cielo ni más gloria? ¿Y es esto posible, hermanos míos? ¿No sería esto el más lamentable trastorno de las situaciones humanas? Con razón afirma el evangelio que Pedro, al prorrumper en aquellas voces, *no sabía lo que se decía*<sup>2</sup>. No sabemos, pues, lo que decimos ni lo que pensamos, cuando quisiéramos ver y tocar á Jesucristo en el Sacramento de su real presencia, siendo así que debe permanecer oculto, invisible é impalpable á nuestros sentidos, reservándose el descubrimiento de su gloria para otro estado más dichoso que el presente. Bien puede Dios, en el exceso de su amorosa condescendencia, descubrir tal cual vez á alguna alma predilecta una ráfaga de su claridad entre las sombras del altar, haciéndola ver á Jesús niño, ó crucificado, en la hostia consagrada, según verídicas historias lo atestiguan sin que la Iglesia prohíba creerlo así; esto, empero, no sería más que un relámpago fugaz concedido á nuestra flaqueza, pero no la interrupción del curso natural de las divinas disposiciones, según las cuales no debemos por ahora *ver*, sino *creer* y adorar.

6. Por otra parte, si Jesucristo no se hubiera escondido tras el velo de las especies sacramentales, dando así lugar á nuestra fe, ¿dónde estaría el mérito del creyente, y el pecado del incrédulo? Éste no existiría, es verdad, pero tampoco aquél, porque uno y otro serían videntes; mas, ¿qué mérito tendría confesar á quien se diese á conocer radiante como el sol de mediodía? ¿No dijo Jesús á Tomás: *Dichosos los que no vieron y creyeron*<sup>3</sup>?

<sup>1</sup> Marc. 9, 4.

<sup>2</sup> Ibid. 9, 5.

<sup>3</sup> Io. 20, 29.



No es meritoria la confesión arrancada por la fuerza de la evidencia, porque al mismo Satanás le es forzoso reconocer á Dios y á Jesucristo<sup>1</sup>, y mal de su grado ha tenido que exclamar: *Sé que eres el Santo de Dios*<sup>2</sup>; *Sé que has venido al mundo para mi perdición*<sup>3</sup>. El mérito, hermanos míos, supone libertad en el agente para obrar; y así, será meritoria la fe del que puede creer ó renegar, y escoge libremente lo primero, subyugando humildemente su razón á la palabra del Verbo. ¡Admirable misterio el de este asentimiento sobrenatural, suficientemente apoyado en motivos de credibilidad para no ser arbitrario, pero no bañado de tal claridad y evidencia que deje de ser libre! Lo que hoy pasa al espíritu cristiano con relación á la presencia real de Jesucristo en la sagrada Eucaristía, eso mismo pasaba á los que vieron y escucharon al Salvador peregrinando por la tierra. ¿Veían acaso en su persona los esplendores de la divinidad? No, ciertamente, pues en tal caso todos habrían caído de rodillas ante Él para adorarle, y de ningún modo le habrían ajusticiado en el Calvario<sup>4</sup>. ¡Cuántos, no obstante, no descubrieron debajo de aquella pobre vestidura de una humanidad del todo semejante á la nuestra<sup>5</sup>, oculta la Divinidad, y la adoraron? ¡Cuántos no dijeron de corazón como San Pedro: *Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo*<sup>6</sup>, ó como Tomás ya iluminado: *Señor mío y Dios mío*<sup>7</sup>! Ved aquí lo que hoy sucede, lo que tiene que suceder siempre en punto de verdades que la fe nos revela: son luz que brilla entre las sombras del misterio; ¡feliz el que tiene ojos para

<sup>1</sup> Iac. 2, 19.<sup>2</sup> Marc. 1, 24.<sup>3</sup> Ibid.<sup>4</sup> 1 Cor. 2, 8.<sup>5</sup> Hebr. 4, 15.<sup>6</sup> Matth. 16, 16.<sup>7</sup> Io. 20, 28.

ver la luz, y no se deja ofuscar por las tinieblas! *¡Dichoso eres Simón, hijo de Juan, porque no la carne ni la sangre te ha revelado mi divinidad, sino mi Padre que está en los cielos!*<sup>1</sup>

7. Pudo, pues, Jesucristo permanecer sobre la tierra entre los hombres, glorioso como está en el cielo, consolando á los viadores como regocija allá á los bienaventurados; pero, una vez que esto así fuese, hubo de quedar oculto á nuestros ojos y como disfrazado con el ropaje de extraños accidentes. Entre éstos, ¿cuáles había de escoger como más adecuados al fin que se proponía instituyendo el augusto Sacramento, sino los que escogió realmente: á saber, los de pan y vino, por más humildes que éstos fuesen? En efecto, proponíase nuestro amoroso Padre dotar á sus queridos hijos con el alimento de su propia carne y de su sangre engendradora de inmortalidad; y ¿qué otras especies más aptas para significar este designio de nutrición espiritual, que aquellas mismas que corresponden á la materia de la corporal nutrición, cuales son las especies de pan y vino? *Mi carne es verdadero manjar*, dijo el Señor, *y mi sangre es verdadera bebida*<sup>2</sup>. *Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis en vosotros la vida*<sup>3</sup>. Era, pues, necesaria la manducación real de Cristo, y era éste el objeto principal de su mansión corporal entre nosotros; debía, por tanto, presentárenos bajo tales especies y accidentes cuales la manducación física requiere. Por eso, pues, el Verbo hecho carne convierte con una palabra lo que era verdadero pan en verdadera carne suya<sup>4</sup>; y lo que era vino,

<sup>1</sup> Matth. 16, 17.<sup>2</sup> Io. 6, 56.<sup>3</sup> Ibid. 6, 54.<sup>4</sup> Verbum caro panem verum etc. (Lit. sacra).



en su propia y verdadera sangre; pero, aunque destruye las sustancias, conserva todos los accidentes, bajo los cuales aquellas sustancias naturalmente se presentan y obran en nuestros sentidos. «Por tanto, exhortanos el gran doctor San Cirilo de Jerusalén, no quería que mirases ese pan y ese vino sacramentales como simples y meras sustancias corpóreas, puesto que no son sino apariencias debajo de las cuales se encierra el cuerpo y la sangre de Cristo.»<sup>1</sup> Así nos lo asegura la fe apoyada también, según hemos visto, por la razón, que nos persuade no ser compatible la visión de Cristo glorioso con nuestra actual condición de viadores. Ni lo es tampoco con el estado del mismo Jesucristo glorificado á la diestra de su Padre, como vamos á ver en la segunda parte.

## II.

8. ¡Vida gloriosa la de Cristo en el trono de su gloria! ¡Quién pudiera alcanzar á comprenderla! No es sólo la felicidad de su alma, la más inefable que puede imaginarse, la que constituye la gloria del Salvador en el reino que á tanta costa ha conquistado; es también la hermosura y bienestar de que goza el cuerpo sacratísimo que tanta parte tuvo en los combates y triunfos de la Redención, siendo él la hostia inmaculada del grande y eterno sacrificio. Claridad más brillante que la del sol, y más serena que la de las estrellas; sutileza y agilidad mayor que la del rayo; impasibilidad é incorrupción perfecta, mejor que aquella que se prometió á los primeros habitantes del paraíso en premio de su fidelidad; inmunidad, en fin, de los tiros de la muerte,

<sup>1</sup> Catech. mystag. 4.

que sólo por una vez tuvo poder sobre su vida, tales son, según la doctrina de las Sagradas Letras, las dotes relevantes de que está adornada la santa humanidad, trasladada de la tierra, teatro de combate, al cielo, lugar de triunfo y de reposo. *Cristo, pues, resucitado de entre los muertos, es incapaz de morir: la muerte no le volverá á sujetar á su imperio*<sup>1</sup>. Pero he aquí, hermanos míos, que Jesús quiere morir otra vez — ¡tan preciosa es á sus ojos la muerte sufrida por nosotros! — y no sólo una, sino mil veces quiere inmolar su vida, así gloriosa, por la honra de su Padre y la salud del mundo. ¿No os parece esto imposible, impracticable, como del todo incompatible con el estado glorioso del cuerpo de Jesús? Verdaderamente era digna de la sabiduría infinita y de la omnipotencia, la solución de un problema que sólo había podido plantear el infinito amor. ¡Sacrificarse Jesucristo ya glorioso! ¡inmolarse y morir el inmortal! Aquí sí cabe preguntar á toda la sabiduría creada: *¿Cómo puede esto verificarse?*<sup>2</sup> Ya sé que nada es imposible al que todo lo puede<sup>3</sup>, mientras no repugne á su misma esencia y á la esencia invariable de las cosas eternamente dependientes de la suya. Mas aquí parece estallar la contradicción abierta, pues se trata de juntar dos extremos que mutuamente se destruyen, muerte y vida, y, lo que más es, muerte y vida de un mismo orden, físico, del mismo sujeto que estará vivo y muerto, en un mismo sentido, al propio tiempo vivo en el cielo y muerto en el altar. ¿Cómo puede ser esto, aun siendo Dios omnipotente? Si Jesús, para inmolarse, no hubiera tomado otra forma, ocultando su presencia real bajo el velo de los accidentes, no sabemos cómo habría podido

<sup>1</sup> Rom. 6, 9.      <sup>2</sup> Io. 3, 9.      <sup>3</sup> Luc. 1, 37.



tener lugar su inmolación, áun mística é incruenta, pero real. Admirad ya las trazas maravillosas de que ha sabido echar mano, valiéndose, por decirlo así, de las especies eucarísticas como de instrumento para efectuar cumplidamente sus designios. Exigiendo la ley del sacrificio la destrucción de la víctima, y no siendo esto posible en su forma propia de hombre inmortal y glorioso, revistese de una forma capaz de ser alterada y destruída realmente; y así, por efecto de su presencia real debajo de aquellas especies, el mismo Cristo sufre verdadera, aunque mística, destrucción. Su cuerpo no puede ya separarse físicamente de su sangre, no pudiendo quedar exangüe ahora, como quedó en la cruz; ni la sangre adorable puede ya correr fuera de sus vasos, porque debe llevar constantemente la vida á todos los órganos del sagrado cuerpo; mas he aquí que Cristo quiere que su cuerpo esté bajo los accidentes del pan y que su sangre se ponga bajo los del vino, diciendo distintamente: *Este es mi cuerpo; ésta es mi sangre*<sup>1</sup>, y á su voz, á que nada resiste, el cuerpo y la sangre quedan milagrosamente separados, divididos, como están divididas las especies, y el sacrificio queda consumado y perfecto.

9. Lo cual, con ser verdad incontestable, no impide que Cristo esté todo y entero, cuerpo y sangre unidos, en cuerpo y alma, en cada una de las especies, como en cada mínima partícula de las mismas<sup>2</sup>. ¡Prodigiosas obras del Altísimo! ¿Quién podrá comprenderos ni explicaros? De este misterio puede darnos alguna idea otro misterio, el de la Encarnación. Aunque inseparable

<sup>1</sup> Marc. 14, 22. 24.

<sup>2</sup> Manet tamen Christus totus sub utraque specie (Rhythm. S. Thomae).

el Hijo, del Padre y del Espíritu Santo, consustanciales todas tres Personas, no siendo más que una é individua divinidad, fué, no obstante, sólo la segunda persona la que tomó carne en las entrañas de María. El Padre no se hizo hombre, ni el Espíritu Santo vino á la tierra revestido de nuestra vil librea; mas en el Verbo Encarnado estaban el Padre y el Espíritu Santo, y eran una misma cosa en Él<sup>1</sup>. El Hijo se inmola en sacrificio al Padre; pero el Padre está en el Hijo, y recíprocamente: hay entre los dos perfecta unidad y perfectísima distinción. *¡Oh profundidad!* exclamaremos con San Pablo<sup>2</sup>.

10. Todavía podemos ilustrar nuestro asunto discurrendo sobre la condición gloriosa de Jesucristo en relación con su carácter de alimento sobrenatural, de donde fácilmente inferiremos la necesidad de quedar escondido el cuerpo de Cristo debajo de las sagradas especies. Por lo mismo que Jesucristo es impasible, es también incapaz de corrupción y de mudanza, porque ha entrado ya en la vida eterna é inalterable, donde nada cambia ni se pierde, aun para los mismos cuerpos, participantes de la condición de los espíritus, como éstos lo son del Ser divino. ¿Cómo, pues, podrá ser alimento de los pobres mortales, siendo así que, para ser tal, parece necesaria la alteración y la mudanza, supuesto que la sustancia que alimenta debe entrar é incorporarse en el sujeto que la recibe? ¿Cómo puede compadecerse la asimilación de Cristo con nuestra vil sustancia en las condiciones gloriosas de su adorable cuerpo? Verdad es que aquí las cosas pasan muy de otra manera de como acontece en la nutrición y mantenimiento natural; por-

<sup>1</sup> Io. 17, 21.

<sup>2</sup> Rom. 11, 33.



que, como hace decir San Agustín á Jesucristo: *No soy yo el que tengo de convertirme en tí, sino tú quien te habrás de transformar en mí*<sup>1</sup>; de suerte que no es Cristo asimilado por nuestra carne, lo cual sería tan absurdo como que Cristo se convirtiera en nosotros, sino el hombre en cuerpo y alma es el que se hace semejante al cuerpo y alma de Cristo sacramentado. Eso no obstante, subsistiendo en toda su verdad el fenómeno sobrenatural de la nutrición eucarística, necesario parecía algún género de alteración por parte del alimento divino; y, puesto caso que esa alteración no podía afectar al mismo cuerpo ya inmutable, como glorioso, debió verificarse en las especies que envuelven misteriosamente aquel sagrado cuerpo. Y en efecto, las especies se inmutan y destruyen sin que el cuerpo de Cristo padezca alteración. Pero pasemos ya á demostrar la necesidad de las especies sacramentales por la naturaleza misma del espíritu cristiano.

### III.

II. Habiendo venido Jesucristo á rescatar al hombre del oprobioso yugo de la carne, pues *carne habíase tornado todo el hombre*<sup>2</sup>, esclavizado por la sensualidad, quiso imprimir á su obra y á la institución en que la perpetuaba, un carácter de eminente espiritualidad. *Hízose el Verbo carne*<sup>3</sup> para hacer al hombre espíritu. De ahí que todo sea espiritual en el cristianismo. Las mismas palabras de Jesucristo son *espíritu y vida*<sup>4</sup>. *El espíritu es el que vivifica: la carne no aprovecha nada para la salvación*<sup>5</sup>. *Andad en espíritu*<sup>6</sup>. Finalmente por

<sup>1</sup> Non ego mutabor in te, sed tu mutaberis in me.

<sup>2</sup> Gen. 6, 3.      <sup>3</sup> Io. 1, 14.      <sup>4</sup> Io. 6, 64.

<sup>5</sup> Ibid.      <sup>6</sup> Gal. 5, 16.

Jesucristo y la Iglesia que Él fundó para la salvación del género humano, tuvo su pleno cumplimiento la antigua profecía: *El espíritu del Señor ha llenado la redondez de la tierra*<sup>1</sup>. Donde quiera que Jesucristo ha sentado su trono, allí domina el espiritualismo en toda su pureza: espiritualismo en las doctrinas, espiritualismo en las prácticas, espiritualismo en las tendencias. Así el género humano, redimido por el Verbo hecho carne, ha pasado del reino sombrío de la muerte, que es la vida de la carne<sup>2</sup>, á la hermosa región de la vida, que es el imperio del espíritu, divinizado por la comunicación del espíritu de Dios. De aquí nace la eterna pugna del materialismo, expresión científica de la vida carnal, con el cristianismo, escuela del más depurado espiritualismo. La carne combate contra el espíritu, como Belial contra Cristo. ¡La carne! he ahí el más avanzado enemigo de la obra de Dios, de la santificación... *Por eso los que son de Cristo, dícelo el Apóstol*<sup>3</sup>, *crucificaron su carne con sus vicios y concupiscencias*.

12. Pero ¡hasta dónde llega, cristianos, la espiritualidad del cristianismo, que parece rechazar la misma presencia corporal de Cristo, á lo menos como objeto natural de los sentidos! Nada más asombroso que el pensamiento oculto en aquella delicada insinuación de Jesús á sus discípulos, convenciéndolos de la oportunidad de su desaparición de la tierra: *Conviéneos á vosotros que yo me ausente, porque, si yo así no lo hiciere, el Paráclito no vendrá á vosotros*<sup>4</sup>. ¡Cómo acabar de adivinar este misterio! Pues, ¿qué? ¿podrá considerarse incompatible la venida del Espíritu Santo con la permanencia

<sup>1</sup> Sap. 1, 7.

<sup>2</sup> Rom. 8, 13.

<sup>3</sup> Gal. 5, 24.

<sup>4</sup> Io. 16, 7.



de Cristo, de quien el mismo Espíritu procede? Siendo Jesús el santo de los santos: su vista, su contacto ¿no había de santificar á sus discípulos? No cabe duda de que la sacratísima humanidad fuese en sí misma una fuente de santidad para aquellos que la veían y trataban; pero también es cierto que los ojos de los hombres no son jamás bastante puros, ni sus afectos tampoco, mientras no pierden de vista toda representación sensible. «Amaban los apóstoles á su Maestro, dice un piadoso y docto escritor<sup>1</sup>, todavía con afecto sensible, y en esto se amaban á sí mismos: era, pues, necesario que todo lo que aún era carnal se trocase en espiritual... Quiere Cristo ser amado con amor tan puro y espiritual, que no se mezcle con nada de amor propio para que éste no estorbe la presencia del Espíritu Santo.... Aun aquella consolación y gusto sensible que probaban los discípulos con la familiaridad del Señor, debía ceder el puesto á otro género de consolación del todo espiritual y más perfecta.» Y esta observación concuerda con el común sentir de los expositores. ¿Comprendéis, cristianos, hasta qué grado de espiritualidad nos lleva el genio é índole del cristianismo? El mismo amor de Cristo es preciso depurarlo, espiritualizarlo, para que sea digno de Él y verdaderamente sobrenatural.

13. Y ¿no nos conduce esta doctrina al esclarecimiento de la verdad de que tratamos, á reconocer por una razón más la necesidad de quedarse Cristo oculto bajo el velo de las especies sacramentales? Porque ¿cómo no había de desaparecer sensiblemente del trono de la Eucaristía aquél que quería ser adorado allí y amado de los hombres con un culto enteramente espiritual y

<sup>1</sup> Avancini S. J., Medit. de Vita D. N. I. C.

santo? *He aquí que yo estoy con vosotros día y noche hasta que concluyan los siglos*<sup>1</sup>, habíamos dicho el amable Salvador; pero *ya no me veréis*<sup>2</sup>, añadía, indicándonos la necesidad de quedarse oculto entre nosotros. Pues, si aun nuestros ojos no podían contemplar las perfecciones de su divino rostro, ¿cómo pudiéramos, en el miserable estado en que vivimos dominados, á pesar nuestro, por la gravedad del afecto sensual, tocarle con nuestras manos impuras, aplicar á sus pies nuestros labios, como un día la dichosa Magdalena, abrir nuestros brazos para estrecharle en ellos, como la esposa bienaventurada? ¡Ah! no sufre todavía este linaje de consuelos y delicias la pobre condición de viadores, y por eso mismo lo rechaza la naturaleza extremadamente espiritual de nuestro culto y la índole misma de nuestros sacramentos. Jesús nos da su carne, verdad es; pero oid al Apóstol que nos avisa: *Gustar según la carne es darse muerte*<sup>3</sup>; de donde infiere San Agustín<sup>4</sup> que «ni la carne de Cristo debemos gustarla según la carne, esto es, según la impresión sensible, so pena de morir, á pesar de estar en ella la vida eterna». He aquí porque nos dice el mismo Salvador: *El espíritu es el que vivifica*<sup>5</sup>.

14. Concluyamos. No podemos ver á nuestro amado Señor en la forma propia de su sacrosanta humanidad glorificada; pero eso nada prueba contra la verdad de su presencia en el Sacramento de nuestros altares. Lo hemos meditado suficientemente para convencernos de que Jesús no podía, en efecto, permanecer de otro modo con los hombres que debajo de las especies sacramentales. Adorémosle tanto como si le viéramos en el

<sup>1</sup> Matth. 28, 20.

<sup>2</sup> Io. 16, 16.

<sup>3</sup> Rom. 8, 6.

<sup>4</sup> Tract. 21 in Io.

<sup>5</sup> Io. 6, 64.



fulgor de su hermosura. Algún día podremos verle al descubierto en el Tabor de su gloria perdurable. Así sea.

### SERMÓN SEXTO

(predicado en la iglesia de San Agustín, Bogotá, 1887).

#### Efectos de la sagrada Eucaristía: conocimiento y amor de Dios.

Et aperti sunt oculi eorum, et cognoverunt eum.  
Y se abrieron sus ojos, y le conocieron.

Luc. 24, 31.

1. Dos cosas son absolutamente necesarias para que se efectúe en el vidente el fenómeno cognoscitivo que se llama visión; á saber, la luz y el ojo, el objeto bañado de claridad y el órgano apto para percibirla. Pero de estas dos cosas, aunque la primera sea fundamento objetivo de la visión, y aun razón de existir la segunda, puesto caso que el ojo no habría sido formado por Dios si no hubiese qué ver; la segunda, sin embargo, esto es, la aptitud del órgano visivo, ofrécesenos como más necesaria, atendido el acto mismo de la visión, que la primera. Porque ¿de qué serviría, oyentes míos, la brillante claridad de un objeto esplendoroso en sí mismo, y hasta su presencia delante del ojo enfermo ó ciego, ó tal y tan débil que la luz excesiva le ofuscará y obligará á cerrarse y como á huir de él? No es, pues, la naturaleza del objeto por sí sólo, ni siquiera el grado intenso de luz que lo baña, lo que produce la clara y perfecta visión: es la aptitud y adecuada disposición del órgano de la vista. Otro tanto sucede en el orden intelectual, que es orden de luz y de visión superior. Dios, objeto infinitamente cognoscible por su misma

esencia, que no es otra que el ser sin limitación ni accidentes<sup>1</sup>, está, sin embargo, dice la Escritura, rodeado de una niebla misteriosa é impenetrable para el entendimiento del hombre<sup>2</sup>: es luz, pero luz inaccesible. Evidente en sí, es demostrable para nosotros su existencia, paradójica su naturaleza; y, en cuanto á su modo íntimo de ser, ó esencia íntima, misterio absolutamente indecifrible<sup>3</sup>. ¿Por qué todo esto, hermanos míos, sino por defecto de capacidad de parte nuestra, y por exceso de luz y claridad en el objeto? Semejantes á las aves nocturnas, cuya pupila no es bastante resistente á los rayos del día, y tienen que contentarse con cruzar el espacio á la luz del crepúsculo para buscar su alimento, así nosotros, inteligencias débiles para la suma claridad del sol divino, tenemos que contentarnos con verle en el pálido reflejo que de Él arrojan las criaturas; y, si es que alzamos nuestros ojos para mirarle en sí mismo, no ha de ser sino á la penumbra de la fe<sup>4</sup>.

2. Necesitamos, pues, para alcanzar el conocimiento del Ser divino (en cuya noción se cifra la felicidad del ser inteligente), no sólo la aptitud sobrenatural para ver de algún modo lo que está tan por encima de nuestros alcances, sino también que Dios, por un acto de condescendencia, se adapte á nuestra flaca potencia de visión, que se nos haga visible; y esto es, precisamente, lo que se ha dignado hacer en el Sacramento de su presencia eucarística, en el cual podemos, mejor que en ninguna otra parte, *conocer á nuestro Dios y gozar con fruición inefable de la felicidad que nos brinda su conocimiento*. Estos son, en verdad, los maravillosos efectos de la divina Eucaristía:

<sup>1</sup> Ex. 3, 14.

<sup>2</sup> 1 Tim. 6, 16. Ps. 96, 2.

<sup>3</sup> Io. 1, 18.

<sup>4</sup> 2 Petr. 1, 19.



fulgor de su hermosura. Algún día podremos verle al descubierto en el Tabor de su gloria perdurable. Así sea.

### SERMÓN SEXTO

(predicado en la iglesia de San Agustín, Bogotá, 1887).

#### Efectos de la sagrada Eucaristía: conocimiento y amor de Dios.

Et aperti sunt oculi eorum, et cognoverunt eum.  
Y se abrieron sus ojos, y le conocieron.

Luc. 24, 31.

1. Dos cosas son absolutamente necesarias para que se efectúe en el vidente el fenómeno cognoscitivo que se llama visión; á saber, la luz y el ojo, el objeto bañado de claridad y el órgano apto para percibirla. Pero de estas dos cosas, aunque la primera sea fundamento objetivo de la visión, y aun razón de existir la segunda, puesto caso que el ojo no habría sido formado por Dios si no hubiese qué ver; la segunda, sin embargo, esto es, la aptitud del órgano visivo, ofrécesenos como más necesaria, atendido el acto mismo de la visión, que la primera. Porque ¿de qué serviría, oyentes míos, la brillante claridad de un objeto esplendoroso en sí mismo, y hasta su presencia delante del ojo enfermo ó ciego, ó tal y tan débil que la luz excesiva le ofuscará y obligará á cerrarse y como á huir de él? No es, pues, la naturaleza del objeto por sí sólo, ni siquiera el grado intenso de luz que lo baña, lo que produce la clara y perfecta visión: es la aptitud y adecuada disposición del órgano de la vista. Otro tanto sucede en el orden intelectual, que es orden de luz y de visión superior. Dios, objeto infinitamente cognoscible por su misma

esencia, que no es otra que el ser sin limitación ni accidentes<sup>1</sup>, está, sin embargo, dice la Escritura, rodeado de una niebla misteriosa é impenetrable para el entendimiento del hombre<sup>2</sup>: es luz, pero luz inaccesible. Evidente en sí, es demostrable para nosotros su existencia, paradójica su naturaleza; y, en cuanto á su modo íntimo de ser, ó esencia íntima, misterio absolutamente indecifrible<sup>3</sup>. ¿Por qué todo esto, hermanos míos, sino por defecto de capacidad de parte nuestra, y por exceso de luz y claridad en el objeto? Semejantes á las aves nocturnas, cuya pupila no es bastante resistente á los rayos del día, y tienen que contentarse con cruzar el espacio á la luz del crepúsculo para buscar su alimento, así nosotros, inteligencias débiles para la suma claridad del sol divino, tenemos que contentarnos con verle en el pálido reflejo que de Él arrojan las criaturas; y, si es que alzamos nuestros ojos para mirarle en sí mismo, no ha de ser sino á la penumbra de la fe<sup>4</sup>.

2. Necesitamos, pues, para alcanzar el conocimiento del Ser divino (en cuya noción se cifra la felicidad del ser inteligente), no sólo la aptitud sobrenatural para ver de algún modo lo que está tan por encima de nuestros alcances, sino también que Dios, por un acto de condescendencia, se adapte á nuestra flaca potencia de visión, que se nos haga visible; y esto es, precisamente, lo que se ha dignado hacer en el Sacramento de su presencia eucarística, en el cual podemos, mejor que en ninguna otra parte, *conocer á nuestro Dios y gozar con fruición inefable de la felicidad que nos brinda su conocimiento*. Estos son, en verdad, los maravillosos efectos de la divina Eucaristía:

<sup>1</sup> Ex. 3, 14.

<sup>2</sup> 1 Tim. 6, 16. Ps. 96, 2.

<sup>3</sup> Io. 1, 18.

<sup>4</sup> 2 Petr. 1, 19.



conocimiento y amor de Dios, como le obtuvieron los dichosos discípulos que iban á Emaús en la tarde del día de la Resurrección, al ver á Jesús partiendo el pan y dándosele, como en el Cenáculo<sup>1</sup>. ¡Maravillosas trazas de la sabiduría divina para confundir la vana sabiduría del mundo!<sup>2</sup> ¡Esconder tesoros de luz en el fondo de la oscuridad! ¡Brillar en las tinieblas! ¡Darse Dios á conocer y hacerse amar del hombre en el misterio de su más profunda humillación! ¡Plegue á su infinita bondad darnos de una vez la luz de que necesitamos para entender una verdad tan provechosa para nuestras almas! Pidámosla humildemente por mediación de María. *Ave María.*

## I.

3. ¿Pensáis, amados fieles, que podemos conocer á Dios, mejor que en ninguna otra parte, en lo alto de los cielos, en el trono de su gloria, donde le vió Isaías arrebatado en visión sobrenatural?<sup>3</sup> ¡Ah! dejad esa manera de conocer á Dios para otro estado más dichoso, para la bienaventuranza del cielo; pues, por lo que hace al estado presente de viadores, en ninguna otra región le conoceréis mejor que en el modesto trono del altar. ¿Queréis con ojos enfermizos fijar la arrogante mirada en el disco inflamado del sol de mediodía? Pues, no conseguiréis otra cosa que quedar deslumbrados; vuestra osadía será castigada inmediatamente, redoblándose en derredor vuestro las tinieblas que os harán invisibles los objetos más triviales. Ese mismo sol, á través de una gasa nebulosa que amortigüe sus rayos sin desvanecer sus contornos, es objeto de interesante y delicioso estudio para el sabio, de entusiasmo para el poeta,

<sup>1</sup> Luc. 24, 35.<sup>2</sup> 1 Cor. 1, 19.<sup>3</sup> 2 Par. 18, 18.

de admiración para todos. No es, pues, extraño que Dios, foco de luz inaccesible á toda inteligencia inferior á Él, ciegue, en vez de alumbrar, al atrevido entendimiento que, nuevo Prometeo, intente escalar el cielo y robarle sus rayos para animar la frágil estatua de su vana ciencia. No es extraño que, para alcanzar á vislumbrar las perfecciones del Ser infinito, tengamos necesidad de contemplarlo á través de algún velo que, como la nube del monte Olivete<sup>1</sup>, sin robárnoslo de todo, nos permita fijar en Él nuestra menguada pupila. Tal es el velo de carne con que Dios encubrió su majestad y descubrió las riquezas de su misericordia, haciéndose hombre. *Y el Verbo se hizo carne... y vimos su gloria*<sup>2</sup>. ¡Admirable enlace de ideas, al parecer incompatibles! *Hecho carne* el Verbo de Dios, *vimos su gloria*; no la gloria del hombre solamente, sino la del Unigénito del Padre, la del Dios de Dios, lleno de gracia y de verdad. ¿No parecía que debiese suceder lo contrario, es á saber, que la carne nos hiciera invisible al Hijo de Dios, ó á lo menos nos estorbase la vista de su gloria? Porque, en hecho de verdad, *siendo toda carne heno*<sup>3</sup>, la vestidura de nuestra vil naturaleza ni parecía ropaje digno de Dios, ni espejo en que pudiesen retratarse sus divinas perfecciones. Sin embargo, queda en pie la afirmación del Evangelio: *El Verbo se hizo carne, y vimos resplandecer su gloria*. Ni tengo para qué empeñarme en demostrar la verdad de esta sublime afirmación, bastando para apoyarla plenamente la autoridad del testimonio de aquel que *vió* la gloria del Hijo de Dios. Por lo demás, su demostración más brillante es la aureola de gloria que rodea al cristianismo, y que brilla á los

<sup>1</sup> Act. 1, 9.<sup>2</sup> Io. 1, 14.<sup>3</sup> Is. 40, 6.



ojos de todas las gentes con más esplendor que el astro del día en la mitad de su carrera.

4. Pues bien, hermanos en Cristo: ese velo sagrado de la carne que cubriendo á Dios le hace visible á nuestra fe, es el mismo que, en la venerable Eucaristía, oculta á Jesucristo, verdadero Dios y hombre y hostia juntamente, escondido, á su vez, bajo otro velo, más tenue ó más denso, no lo sé, cual es el de los viles accidentes de pan y vino. Ahora bien, si la noción de Dios ha de medirse, según la extraña ley que hemos observado, por la densidad del velo que le encubre, ¿no diremos, con razón, que en la Eucaristía vemos la gloria del Unigénito de Dios aun más claramente que en el misterio de la Encarnación? ¿No podremos á lo menos, parodiando la profunda sentencia del Apóstol del amor, afirmar que, hecho Dios vianda y manjar, cuando dijo: *Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre verdaderamente bebida*, hemos contemplado su gloria más magnífica que en la estrellada bóveda del cielo? ¡Ah! cristianos: nuestro cielo, acá en la tierra, es la sagrada Eucaristía, porque la Eucaristía es el portal de Belén donde cantaron los ángeles, es el Tabor donde es bueno estar eternamente<sup>2</sup>, es el Calvario donde el Eterno *reconcilió al mundo consigo*<sup>3</sup>... ¿Qué son, en el fondo, sino una misma cosa la Encarnación y el Sacramento de nuestros altares? Allí se encarna el Verbo en las entrañas de la Virgen, y aquí se reencarna, dice San Agustín, en las manos del sacerdote. El Verbo hecho carne *habitó entre nosotros*<sup>4</sup>; y hecho manjar, reside en nuestros tabernáculos.

<sup>1</sup> Io. 6, 56.

<sup>2</sup> Marc. 9, 4.

<sup>3</sup> 2 Cor. 5, 19.

<sup>4</sup> Io. 1, 14.

5. Podemos, pues, razonar del mismo modo sobre el conocimiento de Dios que nos dan uno y otro misterio. ¡Qué hecho tan luminoso el de la Encarnación! Más maravilloso que todos los prodigios obrados en favor del antiguo pueblo escogido, aunque escándalo para los judíos; más lleno de sabiduría que todos los libros de los sabios de Grecia y Roma, aunque locura para los falsos sabios que perecen en la corriente de su fatuidad; es, dice San Pablo<sup>1</sup>, el hecho que revela todo el poder y la sabiduría de Dios. ¿Y no es por el conocimiento de estos soberanos atributos por donde alcanzamos alguna idea del Criador? *Grande es el Señor, y grande su virtud*<sup>2</sup>, exclama el profeta. *Hicistelo todo con sabiduría; su sabiduría no tiene número ni límite*<sup>3</sup>. Pues, Cristo es *sabiduría y virtud de Dios* por excelencia, según el irrefragable testimonio del Doctor de las naciones. Si el judío no quiere reconocerlo así, es por efecto de miserables preocupaciones; y no es sino ceguera propia del hombre animal la que impide á los gentiles descubrir la gloria del Unigénito de Dios. El hijo de la tradición judaica se escandaliza suponiendo indigno de la majestad de Jehováh el misterio de la humillación del Pesebre y del anonadamiento del Calvario; pero su escándalo es el de los fariseos, es el del sumo sacerdote que grita, rasgando hipócritamente sus vestidos: «¡Abominación! ¡Blasfemia!»<sup>4</sup> ¡El crucificado no puede ser el Hijo de Dios! Si tal fuera, bajaría del patíbulo, burlando á sus verdugos.»<sup>5</sup> Tales son los funestos efectos de la preocupación sectaria, la obcecación y la resistencia á toda luz que viene á desbaratar las

<sup>1</sup> I Cor. 1, 24.

<sup>2</sup> Ps. 146, 5.

<sup>3</sup> Ps. 103, 24.

<sup>4</sup> Matth. 26, 65.

<sup>5</sup> Ibid. 27, 39 sgs.



ideas preconcebidas, descubriendo nuevos horizontes divinos al humano entendimiento. El gentil se burla no concibiendo cómo pueda conciliarse la terrenal existencia con la inmutabilidad del Verbo de Platón, ni la muerte del ajusticiado con la inmortalidad del autor de la vida. *Los judíos piden milagros para conocer á Dios*<sup>1</sup>; *los griegos buscan en Dios la fuente de sublimes especulaciones*; pero aquel que se complace en confundir todos los vanos cálculos del pensamiento humano, se da á conocer á los que tienen ojos, no deslumbrados por la soberbia, por medio de la suprema humillación de la cruz. *Para que no se glorie la sabiduría carnal en su presencia*, añade el Apóstol<sup>2</sup>: para que el hombre reconozca humildemente que toda luz para conocer á Dios le viene de Dios mismo, sin cuya revelación las tinieblas se condensan en el caos de la humana inteligencia. *¿Dónde está el filósofo? ¿dónde el escriba?*<sup>3</sup> Ellos nada han adelantado en la verdadera ciencia de Dios, porque, si bien han hecho á sus discípulos más presuntuosos y grandilocuentes, reflexiona San Agustín<sup>4</sup>, los han tornado más hinchados y soberbios. Han producido la falsa ciencia, y nada más. La ciencia que hincha y desvanece no corresponde á su objeto, no es ciencia verdadera que alimenta el espíritu hambriento de verdad y bien.

6. El incrédulo de nuestros tiempos, envanecido con los triunfos de su flaca razón en el terreno de las ciencias físicas, si es que no desconoce descaradamente á Dios, relegándole á la categoría de las abstracciones, fórgase de Él un concepto arbitrario, caprichoso, cortado á la medida de sus sistemas y de sus pasiones. De ahí

<sup>1</sup> I Cor. 1, 22.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Ibid. 1, 20.

<sup>4</sup> Confess.

es que ora se inclina al lado del judío que pide milagros, ora al del griego que busca sublimes concepciones; pero desdeña siempre al cristiano que reconoce á su Dios en la humildad de la cruz y en el abatimiento del altar. Tal es la fuente envenenada de sus ataques al augusto Sacramento. *¿Cómo conciliar, nos dice, la humillación de la hostia con la omnipotencia del Criador? ¿Cómo persuadirnos de que aquel que llena los ámbitos del mundo haya de estar encerrado en una partícula de materia? He ahí el escándalo de los judíos reproducido por el racionalismo farisaico. ¿Cómo creer á pie juntillas que los sentidos yerren aplicados á su objeto, y yerren constantemente y se equivoquen diciendo que es pan lo que no es pan sino cuerpo de Cristo, y que es vino lo que no es sino su sangre? ¿Y así debemos pasar por encima del criterio más autorizado, más natural, cual es el de nuestros mismos ojos, paladar y tacto? Ahí tenéis, hermanos míos, la locura de los gentiles, renovada á los ojos del incrédulo. Y sin embargo, no hay nada en nuestros augustos misterios de que el ser racional pueda ni deba escandalizarse, nada que pueda calificarse de aberración ni absurdo. La locura está en la cabeza del falso sabio, que pretende medir las obras del Omnipotente por sus débiles alcances; el escándalo no procede sino de la mala fe, de preocupación é ignorancia. Así es que, una vez depuesta la soberbia del altivo pensamiento, y convenido en que *más puede Dios hacer que el hombre comprender*<sup>1</sup>, según San Agustín, ¡cuánta sabiduría y qué magnificencias del poder divino no se descubren así en la Eucaristía como en la Encarnación! Esos dos altísimos*

<sup>1</sup> Demus aliquid Deum posse, quod nos fateamur investigare non posse (S. August.).



misterios son y serán eternamente el objeto de la contemplación extática, no sólo de los más profundos ingenios, sino de los más elevados querubines. Eternamente estarán diciendo el hombre y el ángel á la vista de esas gigantescas obras del Señor: *¡Oh altitudo divitiarum!*<sup>1</sup>

7. Para declarar más todavía el origen de los falsos dictámenes de la ciencia humana y el porqué de su ceguera en medio de la luz, debéis tener en cuenta, hermanos míos, una observación cuya justicia no podréis menos de reconocer. Las nociones que de Dios se forja la mente del filósofo sin el auxilio de la fe, tienen mucho de arbitrarias é incompletas, si no son de todo en todo falsas. ¿Qué decir de las ideas de la Divinidad que abrigan espíritus vulgares é irreflexivos que nada tienen de filósofos ni de profundos pensadores? El hombre, aunque capaz de conocer á Dios en alguna manera, no debe formarse ideas *a priori* del Ser infinito, menos aún que de cualquier otro ser. San Pablo enseña que *las invisibles perfecciones de Dios, su virtud y poder sempiternos, se conocen y como que se ven á través de las criaturas por medio del discurso*<sup>2</sup>. Y aparte de esto, para juzgar de que tales ó cuales propiedades convienen á un ser, verbigracia al divino, es preciso ante todo atender á *los hechos*, si los hay, por donde el ser en acción se deja conocer; es preciso juzgar después y no antes de ellos, y rectificar, en vista de los mismos, las ideas preformadas. Los hechos manifiestan mejor que los cálculos basados en ratiocinios inseguros, lo que el ser es, lo que puede y lo que le conviene. Ahora bien: la Divinidad se ha revelado á nuestros ojos por hechos

<sup>1</sup> Rom. 11, 33.

<sup>2</sup> Ibid. 1, 20.

sobrenaturales, cuales son la Encarnación de su Verbo y la institución de la Eucaristía, hechos cuyo conocimiento evidente nos lo da la revelación sola, pero de cuya autenticidad no podemos dudar sin incurrir en la nota de ciegos voluntarios, de sectarios sistemáticos; luego de estos hechos, la Encarnación y la Eucaristía, debemos subir al conocimiento de los atributos del Dios verdadero, no del Dios de nuestra fantasía y de nuestro molde estrecho y arbitrario. Si el pueblo judío hubiese procedido según estos principios, admitiendo el hecho de un Dios Encarnado, hecho que saltaba á su vista, habría estado tan lejos de escandalizarse, que habría admirado en la Encarnación lo que cantó divinamente María, el supremo esfuerzo del brazo omnipotente juntando por maravillosa manera las naturalezas divina y humana en una sola indivisible persona<sup>1</sup>. ¿Qué lejos anduvo de alcanzar esta sublime verdad; y así, del verdadero conocimiento de Dios! Por eso decía Jesucristo: *Bien profetizó de vosotros Isaías: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. Y seguía diciendo: Dejados, que son ciegos y guías de ciegos*<sup>2</sup>. Dígase lo mismo del racionalista de todos los tiempos, con relación á la sagrada Eucaristía. Si no juzgase neciamente de la divinidad, fácilmente vería lo que ve todo cristiano humilde, es á saber, la más grandiosa manifestación del poder divino en ese cúmulo de milagros que rodean el augustísimo misterio: *el mayor de los prodigios ejecutados por Cristo*<sup>3</sup>. No tardaría en comprender que la humillación aquí no es más que aparente: la realidad es la virtud de Dios....

<sup>1</sup> Fecit potentiam in brachio suo (Luc. 1, 51).

<sup>2</sup> Matth. 15, 7 sq. 14.

<sup>3</sup> Miraculorum ab ipso factorum maximum (S. Thom.).



8. ¿Pues qué pensar, mis amados hermanos, de la sabiduría que encierra, no ya el misterio mismo, sino el plan de este misterio, ejecutado por el supremo poder? Ora lo consideremos como medio para el fin sobrenatural, ora como alimento adecuado á una vida divina, ora finalmente, como vínculo y cadena de los dos órdenes, natural y sobrenatural, ¿qué abismos de sabiduría no descubriremos en este admirable plan divino? Detengámonos siquiera un instante en esta arrebatadora consideración. Un fin que consiste en la unión eterna y perfectísima de la criatura con su Criador, unión y desposorio eternamente duradero, ¿qué otro medio más proporcionado podía exigir, que la unión temporal, pero estrechísima y felicísima, del hombre con su Dios en el divino Sacramento? ¿qué preludio más adecuado pudiera dársenos de aquella eterna bienaventuranza? ¿qué otra escala más segura para subir al cielo? Y ¿no es atributo propio de la sabiduría proporcionar la naturaleza de los medios á la índole y condición del fin? De esta manera en el medio traslucimos el fin mismo, y llegamos á él como por un paso natural, no por un salto, sin que por esto haya de ser menos grata la sorpresa de aquel día en que lleguemos á alcanzarle. «¡Oh día de la eternidad, día siempre alegre, siempre seguro, siempre iluminado por la suma verdad!»<sup>1</sup> Por otra parte, para llevar aun acá sobre la tierra una vida divina y celestial<sup>2</sup>, ¿de qué otro alimento debía proveernos aquel Dios que se complace en alimentar á los pajarillos del aire y á las fieras del bosque, sino del Pan de ángeles y verdadero Maná llovido del cielo?<sup>3</sup> ¿Pudiera, sin este

<sup>1</sup> Imit. Christi lib. III, cap. 48.

<sup>2</sup> Nostra conversatio in coelis est (Phil. 3, 20).

<sup>3</sup> Hic est panis de coelo descendens (Io. 6, 50).

alimento, concebirse el misterio de aquella vida sobrehumana, que no es otra que la vida de Dios en el hombre? En fin, nada más conforme con la infinita sabiduría del Criador y Ordenador de todas las cosas, que enlazar con maravillosa cadena entrambos órdenes, natural y sobrenatural, así como ha unido en el mismo ser humano el orden de la materia con el del espíritu, y en el misterio de la Encarnación ha juntado en la persona de Cristo el cielo con la tierra, el criador y la criatura. ¡Cómo resplandece en este admirable proceder de Dios, aquella armonía, aquel orden, con que todo lo dispone en *número, peso y medida*<sup>1</sup>! He aquí, amadísimos oyentes, cómo, á la luz de una humilde reflexión, desaparecen los supuestos imposibles del más recóndito, sí, pero del más maravilloso de nuestros misterios; y cómo, de esta suerte, abiertos nuestros ojos, como los de los discípulos de Emmaús, por medio del Sacramento de la Eucaristía alcanzamos el más subido conocimiento de Dios. *Et cognoverunt eum in fractione panis*<sup>2</sup>. Por Él se enciende también maravillosamente nuestro amor.

## II.

9. Si el amor apasionado y profano es ciego, no así el amor racional, puro y divino, el cual crece y se inflama á proporción de la luz del bien que se refleja en el entendimiento. Conocimiento trae amor; y por esto decía el Profeta: *En mi meditación arderá el fuego*<sup>3</sup>. ¿No encendió el corazón de los Apóstoles, al mismo tiempo que iluminó sus entendimientos, el fuego del Espíritu Santo derramado en forma de lenguas el día de Pentecostés? La Iglesia, invocando al Espíritu de

<sup>1</sup> Sap. 11, 21.

<sup>2</sup> Luc. 24, 35.

<sup>3</sup> Ps. 38, 4.



santidad, pídele luz y calor: luz para el sentido, fuego para el corazón. *Veni Sancte Spiritus... Accende lumen sensibus, infunde amorem cordibus*<sup>1</sup>. Los discípulos que caminando hacia su granja escuchaban atónitos la palabra luminosa del Salvador resucitado, y guiados por ella iban vislumbrando el altísimo misterio de la Redención, no podían menos de experimentar un ardor insólito en lo íntimo de sus corazones, como reflexionaban después al recordarlo<sup>2</sup>. Amaban á medida que iban conociendo. ¿Á qué punto no llegaría este amor en el momento en que, roto el velo enteramente, descubrieron al Señor en la fracción del pan, y le tuvieron delante de sus mismos ojos? ¡Ah! si Jesucristo no hubiese desaparecido en el mismo instante en que se dió á conocer, ¡cuáles no habrían sido los amorosos transportes, las efusiones de afecto de aquellos afortunados discípulos! Por eso, ya que otra cosa no podían, corrieron al punto á divulgar en Jerusalén, sin aguardar el nuevo día, la realidad de la presencia de su adorable Maestro triunfante del sepulcro<sup>3</sup>. Fueron á prender en todas las almas el fuego que ardía en las suyas. ¡Felices nosotros á quienes es dado poseer permanentemente á Jesucristo, sin que, ni por un momento, se aparte de nosotros, dejando vacíos nuestros tabernáculos! ¿Por qué, pues, no nos entregamos á la más viva expansión del amor?

10. *Arrastra á cada cual su inclinación y placer*, según axioma reconocido por la filosofía antigua<sup>4</sup>. ¡Con cuánta más razón, reflexiona San Agustín<sup>5</sup>, debe decirse que el hombre es arrastrado hacia Cristo, supuesta la

<sup>1</sup> Hymn. offic. Pentec. ad Vesp.

<sup>2</sup> Luc. 24, 32.

<sup>3</sup> Luc. 24, 33.

<sup>4</sup> Trahit sua quemque voluptas (*Virg. Ecl. II, 65*).

<sup>5</sup> Tract. 26 in Io.

inclinación que tiene á la verdad, que es el mismo Cristo! ¡Ah! con razón la sagrada Eucaristía es el misterio del amor, el dulce y poderoso imán de las almas iluminadas por la fe. ¿No ha de serlo, estando allí reunidas en la presencia real de Cristo la verdad, la justicia y la felicidad, tres cosas que el hombre, sér racional y moral, no puede menos de amar con todo el ardor de su naturaleza? Porque, á pesar de la general degradación, causada por el pecado original y consumada por el personal, degradación que pervierte los más puros é irresistibles afectos del corazón, todavía prevalece en el hombre, no alterado esencialmente, el amor de la verdad y el bien. Ciertamente es que en millares de casos se deja avasallar del vicio y fascinar por el error y la mentira; todavía, sin embargo, rinde culto, en lo más recóndito de su pecho, á la virtud, y pretende siempre, aun en medio de sus locos extravíos, ser partidario de lo verdadero. De ahí nacen el entusiasmo por la ciencia, la veracidad del testimonio, la santidad del juramento, la inviolabilidad de la promesa; de ahí, el regocijo con que el hombre de todos los tiempos y países saluda la luz de la revelación, natural y sobrenatural; y la admiración y el aplauso que corona en donde quiera las acciones virtuosas. Pues, ¿qué decir del santo amor de la justicia, pervertido alguna vez, pero nunca extirpado del humano corazón; qué, del anhelo innato de la felicidad, real ó aparente, la más violenta de todas las pasiones, la que á todas las enseorea y las arrastra? Ejemplo de esta triple y generosa tendencia á la verdad, á la virtud y á la felicidad pudiera ofrecernos, mejor que otro mortal ninguno, el incomparable genio del glorioso doctor de Hipona, el hijo de Tagaste, la admiración del mundo, Agustino.



11. Mas, para volver á nuestro asunto: ¿cómo no ha de ser hoguera encendida de amor la Eucaristía, á lo menos para quien tenga ojos y luz de fe, siendo así que en ella está Cristo, verdad, justicia y bienaventuranza verdadera y única, porque todo esto es Él?<sup>1</sup> En la Eucaristía está la verdad; pero ¿de cuán radiosa manera! No es una verdad la que allí resplandece, es un haz de verdades luminosas, un compendio de todo cuanto Dios ha revelado, es el Revelador en persona, el que dijo: *Yo soy la verdad*<sup>2</sup>, el cual está allí con toda la majestad de un sol eterno, dando luz para aclararlo todo, hasta en medio de las sombras del misterio. Piedra de toque del verdadero creyente, la adorable Eucaristía ciega al incrédulo, é ilumina el alma fiel. *Acercaos á Él, y seréis alumbrados*<sup>3</sup>. En la Eucaristía reside, como en su trono, la justicia, esto es, la santidad por excelencia, que por eso llámase *Santisimo* este Sacramento: santísimo en sí mismo por contener al Santo de los Santos, lo es en sus efectos, que todos se resumen en la santificación. Ni hay ni se concibe santidad en la criatura que no derive de la Eucaristía como de su propia fuente. *Sacaréis torrentes de agua de las fuentes del Salvador*<sup>4</sup>. En cuanto á la felicidad, decidlo, almas dichosas, que, después de haberla buscado, pero siempre en vano, en todas partes, habéis hallado el lugar de vuestro descanso al pie del tabernáculo: ¿cabe mayor felicidad sobre la tierra que la de unirse á Cristo, al esposo dulcísimo, en abrazo tan estrecho como se cumple en la divina Eucaristía? ¡Ay! y ¿cómo suben y se encienden las llamas del amor en el altar!

<sup>1</sup> Quod totum Christus est (*August. 1. c.*).

<sup>2</sup> Io. 14, 6.      <sup>3</sup> Ps. 33, 6.      <sup>4</sup> Is. 12, 3.

12. *¡Qué tarde te llegué á conocer, amado mío! digamos con el ardiente Agustín: ¡qué tarde y tibiamente te he llegado á amar! ¿No me aplicaré en adelante á conocerte mejor? ¿No llegaré á abrazarme en caridad? Conózcate á Ti, mi Dios sacramentado: ámeme aquí y en la eternidad. Así sea.*

### SERMÓN SÉPTIMO

(predicado en la parroquia de San Pedro, Bogotá, 1896).

#### Efectos del Pan eucarístico: fortaleza y suavidad.

*Esurientes implevit bonis.*

Á los hambrientos hartó Dios de bienes.

Luc. 1, 53.

1. En los momentos mismos en que el mundo de las grandes ciudades, el mundo del refinamiento del lujo y los placeres, convida á los hombres insensatos á entregarse á los festines y á embriagarse con la copa del deleite de todos los sentidos<sup>1</sup>, el amoroso Jesús, el gran Padre de la familia cristiana, rico en misericordia y poderoso para satisfacer toda el hambre y sed de felicidad que devora nuestro corazón, nos invita por la voz maternal de la Iglesia su esposa, á sentarnos á una mesa, á disfrutar de un festín y banquete, que no lo tienen más espléndido y regalado los mismos bienaventurados de la patria celestial. Tal es el sagrado banquete de la Eucaristía, al cual nos llama el Salvador por estas dulcísimas palabras: *Venid y comed mi pan, y bebed del vino que he preparado para vosotros*<sup>2</sup>. *Comed, ami-*

<sup>1</sup> durante el carnaval.

<sup>2</sup> Prov. 9, 5.



11. Mas, para volver á nuestro asunto: ¿cómo no ha de ser hoguera encendida de amor la Eucaristía, á lo menos para quien tenga ojos y luz de fe, siendo así que en ella está Cristo, verdad, justicia y bienaventuranza verdadera y única, porque todo esto es Él?<sup>1</sup> En la Eucaristía está la verdad; pero ¿de cuán radiosa manera! No es una verdad la que allí resplandece, es un haz de verdades luminosas, un compendio de todo cuanto Dios ha revelado, es el Revelador en persona, el que dijo: *Yo soy la verdad*<sup>2</sup>, el cual está allí con toda la majestad de un sol eterno, dando luz para aclararlo todo, hasta en medio de las sombras del misterio. Piedra de toque del verdadero creyente, la adorable Eucaristía ciega al incrédulo, é ilumina el alma fiel. *Acercaos á Él, y seréis alumbrados*<sup>3</sup>. En la Eucaristía reside, como en su trono, la justicia, esto es, la santidad por excelencia, que por eso llámase *Santisimo* este Sacramento: santísimo en sí mismo por contener al Santo de los Santos, lo es en sus efectos, que todos se resumen en la santificación. Ni hay ni se concibe santidad en la criatura que no derive de la Eucaristía como de su propia fuente. *Sacaréis torrentes de agua de las fuentes del Salvador*<sup>4</sup>. En cuanto á la felicidad, decidlo, almas dichosas, que, después de haberla buscado, pero siempre en vano, en todas partes, habéis hallado el lugar de vuestro descanso al pie del tabernáculo: ¿cabe mayor felicidad sobre la tierra que la de unirse á Cristo, al esposo dulcísimo, en abrazo tan estrecho como se cumple en la divina Eucaristía? ¡Ay! y ¿cómo suben y se encienden las llamas del amor en el altar!

<sup>1</sup> Quod totum Christus est (*August. 1. c.*).

<sup>2</sup> Io. 14, 6.      <sup>3</sup> Ps. 33, 6.      <sup>4</sup> Is. 12, 3.

12. ¡*Qué tarde te llegué á conocer, amado mío!* digamos con el ardiente Agustín: *¡qué tarde y tíbiamente te he llegado á amar!* ¿No me aplicaré en adelante á conocerte mejor? ¿No llegaré á abrazarme en caridad? Conózcate á Ti, mi Dios sacramentado: ámete aquí y en la eternidad. Así sea.

### SERMÓN SÉPTIMO

(predicado en la parroquia de San Pedro, Bogotá, 1896).

#### Efectos del Pan eucarístico: fortaleza y suavidad.

*Esurientes implevit bonis.*

Á los hambrientos hartó Dios de bienes.

Luc. 1, 53.

1. En los momentos mismos en que el mundo de las grandes ciudades, el mundo del refinamiento del lujo y los placeres, convida á los hombres insensatos á entregarse á los festines y á embriagarse con la copa del deleite de todos los sentidos<sup>1</sup>, el amoroso Jesús, el gran Padre de la familia cristiana, rico en misericordia y poderoso para satisfacer toda el hambre y sed de felicidad que devora nuestro corazón, nos invita por la voz maternal de la Iglesia su esposa, á sentarnos á una mesa, á disfrutar de un festín y banquete, que no lo tienen más espléndido y regalado los mismos bienaventurados de la patria celestial. Tal es el sagrado banquete de la Eucaristía, al cual nos llama el Salvador por estas dulcísimas palabras: *Venid y comed mi pan, y bebed del vino que he preparado para vosotros*<sup>2</sup>. *Comed, ami-*

<sup>1</sup> durante el carnaval.

<sup>2</sup> Prov. 9, 5.



gos míos, y bebed y embriagaos, hijos de mi ternura<sup>1</sup>. Próximos á dar principio á la santa cuaresma, la piedad congrega á los fieles en las iglesias ante el altar de la exposición del Santísimo Sacramento para adorarle allí durante cuarenta horas y desagrarle por los excesos de los hombres ingratos; durante todo el tiempo cuadragesimal, y mayormente hacia el fin de él, hacia la Pascua florida, la Iglesia nos urge, nos impele, nos fuerza dulcemente á participar de la sagrada Mesa; y á este fin no cesa de exclamar: ¡Oh sagrado convite en que se toma á Cristo, refréscase la memoria de su Pasión, el alma se harta de gracia, y dáenos prenda cierta de la gloria verdadera!<sup>2</sup> ¿Quién habrá entre los cristianos que se retraiga de acceder á tan honrosa y saludable invitación?

2. Este es aquel regio y celestial banquete cuyo reflejo nos pinta con vivísimos colores el Espíritu Santo en el opíparo festín del rey Asuero, dispuesto expresamente por el monarca persa *para hacer ostentación de las riquezas y esplendor de su reinado*<sup>3</sup>. Fué aquél un alarde de la magnificencia oriental, que podría parecer fabuloso, á no estar asegurada su autenticidad por el testimonio irrefragable del historiador sagrado. Tiendas de finísimo lino de color de cielo, magníficos cortinajes sostenidos por cordones de oro y púrpura enlazados con argollas de marfil, columnas de mármol, mesas de alabastro, estrados y canapés adornados de oro y plata, pavimento de mosaico labrado con jaspes y esmeraldas... ¿qué faltaba en aquellos improvisados palacios para deslumbrar los ojos y dejar atónito el sentido de los afortunados cortesanos? Agréguese la delicadeza y prodigali-

<sup>1</sup> Cant. 5, 1.<sup>2</sup> Eccl. in sacra liturg.<sup>3</sup> Esth. 1, 4.

dad de las viandas y de los vinos más exquisitos servidos en copas de oro cinceladas; contémplese en medio de la muchedumbre entregada á la alegría, el orden admirable que reinaba por doquiera, presidida cada mesa por un príncipe del reino: y dígase si no fué aquella gran cena de la populosa Susán una magnífica figura de esta otra grande y espiritual cena, dispuesta por el Rey del cielo en la noche de la vida presente, para hacer brillar, á la luz de la antorcha de la fe, las riquezas del poder, sabiduría y bondad de un Dios que se complace en regalar á los hombres. ¡Oh! ¡y qué suavidad, Señor, la de tu espíritu, debemos exclamar con la Iglesia, *pues con tan rico y delicado manjar bajado del cielo hartas de felicidad á los hambrientos!*<sup>1</sup>

3. Para animarnos á gustarla en este santo tiempo en que vamos á entrar, propongámonos considerar esta tarde los dos efectos del Pan eucarístico que parecen más obvios y son para nosotros tan necesarios, á saber, fortaleza y suavidad; pues, como dice el dulcísimo San Francisco de Sales<sup>2</sup>: «Este Pan celestial fortifica el corazón y alegra el espíritu.» ¿Quién lo experimentó antes ni mejor que María, flor de la harina con que fué amasado aquel Pan de los ángeles? Invoquémosla, por tanto, con la salutación de Gabriel: *Ave María.*

4. Si la debilidad es síntoma y precursor de la muerte, la fortaleza es, por contraria razón, condición y prenda segura de vida. Siendo ésta, en el orden moral como en el físico, un porfiado y renido combate, ¿qué vendrá á ser de la vida, faltándole la fortaleza para resistir á

<sup>1</sup> Eccl. in sacra liturg.<sup>2</sup> Filotea part. IV, cap. 12.



los embates del enemigo que sin tregua le da carga? Fácil es comprenderlo; y por eso nada hay más trivial, pero nada tampoco más acertado y prudente, que aplicarse á fortalecer la vida para ver de prolongarla, puesto que la debilidad la mata. De aquí infero que la fortaleza, ya de cuerpo ya de espíritu, es la vida misma en todo su vigor, en su apogeo, por donde, así como lo que fortalece vivifica, así también lo que vivifica fortalece y vigoriza. Pues bien, hermanos míos, Jesucristo ha dicho: *No de sólo pan material vive el hombre*<sup>1</sup>, formulando así la ley fisiológica de la vida, que se sostiene y desarrolla por medio de la nutrición. El alimento, pues, necesario para el sostenimiento de toda vida, física ó moral, eslo también para fortalecerla. Y, al hablar de la vida en general, no debemos creer más necesaria la fortaleza del cuerpo para la vida física que la del alma para la sobrenatural; muy al contrario, como quiera que siendo ésta más delicada en sí misma y más combatida por enemigos de muerte, necesita rodearse de más poderosos elementos y estar armada de mejores armas para no desfallecer en la pelea. Sí, cristianos: la vida espiritual, la vida de la gracia, infinitamente más preciosa que la vida temporal ó de la naturaleza, es, por desgracia nuestra, mucho más frágil y enfermiza, como la experiencia bien triste de cada día nos lo está demostrando. ¿Cuántos años duró en nosotros, regenerados en las aguas del bautismo, la vida de inocencia bautismal? ¡Ay! que apenas empieza el hombre á ensayarse en la vida racional por el uso de su libertad, apenas despunta en su espíritu el primer albor de la razón, cuando de ordinario muere á la vida de la gracia, de que se le había revestido gratuitamente

<sup>1</sup> Luc. 4, 4.

en el bautismo. ¡Deplorable antinomia, vivir para morir! Pero ¿no es ésta la historia de todas las almas? Y después que por influjo omnipotente del Sacramento de la resurrección espiritual, ó sea, de la penitencia, recobramos la vida, ¿no es, apenas para pocos días, si no para pocos instantes? Resucitamos otra vez y otras cien veces por la acción vivificante del que dijo: *Yo soy la resurrección y la vida*<sup>1</sup>; mas esto mismo ¿no prueba con qué pasmosa fragilidad morimos cada día? Ved aquí la necesidad de revestirnos de fortaleza invencible para conservar en nosotros la vida espiritual.

5. Busquemos, pues, el alimento que debe infundirnos esa divina fortaleza. Elías, fatigado material y moralmente, á la sombra de un enebro en el desierto, comió del pan que el Ángel del Señor le mostró; y fortalecido en alma y cuerpo con aquel alimento milagroso, prosiguió su camino sin parar hasta el monte de Dios, hasta el Horeb, donde halló remedio para sus trabajos<sup>2</sup>. ¿Cuál es el alimento doblemente milagroso, en cuya virtud caminaremos nosotros ligeros y fuertes hasta el Horeb de la bienaventuranza, sino el Pan de la Eucaristía? En efecto, *el hombre* espiritualmente *vive*, dice el mismo Jesucristo, *de la palabra que procede de la boca de Dios*<sup>3</sup>; mas ¿cuál es esa palabra por excelencia, esa palabra portentosa salida de la boca del Hijo del Altísimo, tan omnipotente como la que hizo brotar la luz del fondo de las tinieblas, sino la que resonó en el Cenáculo, aquella noche iluminada con los rayos de la más inflamada caridad: *Tomad y comed: Esto es mi cuerpo. Tomad y bebed: Esto es mi sangre*<sup>4</sup>. Y como esa pa-

<sup>1</sup> Io. 11, 25.

<sup>2</sup> 3 Reg. 19, 3 sqq.

<sup>3</sup> Luc. 4, 4.

<sup>4</sup> Luc. 22, 19 sq.



labra, por ser de quien es, obra lo que significa, y significa lo que obra, vivir de esa palabra es vivir del Sacramento que surgió de ella, no sólo en el Cenáculo, hace diez y nueve siglos, sino en los altares de la Iglesia hoy y siempre hasta la consumación de los tiempos. *Haced esto en memoria de mí*<sup>1</sup>. *Hacedlo hasta que vuelva á juzgar á todos los hombres*<sup>2</sup>. ¡He aquí el secreto de nuestra fortaleza! Comed de este divino bocado, y viviréis, y vuestras almas se sentirán fortalecidas. Y ¿cómo no, si Cristo nos asegura con énfasis que su carne es verdaderamente manjar? Luego no puede menos de nutrirnos y fortalecernos. ¿Queréis verlo más claramente? Pues reflexionad en que el alma, aguijada en sus principales potencias por el hambre y sed de conocer y amar, no se alimenta ni satisface con los bienes exteriores, sino con la verdad pura y el bien verdadero, cuya posesión la fortalece y dilata sus fuerzas. ¿Cuál es el espíritu fuerte, sino el que es capaz de abarcar muchas y sólidas verdades? Y el corazón magnánimo ¿cuál es sino el que, abrazada la verdad, está pronto á seguirla y practicarla en todas ocasiones? Pues, siendo Dios, por su esencia, la Verdad misma y el Bien sumo, y Jesucristo, por poseer la divinidad encerrada en naturaleza de hombre, *Verdad y Vida*<sup>3</sup>: ¿á qué otra mesa acudirá el débil mortal para refocilar su espíritu agotado, sino á la del altar de Dios en donde se le sirve á Cristo bajo los accidentes de corporal alimentación? *Entraré al altar de Dios*, dice el alma sabedora de su flaqueza, *tomaré á Cristo* que renueva la lozanía de mi juventud<sup>4</sup>. Aquí hallará, no una verdad

<sup>1</sup> I Cor. II, 24.<sup>2</sup> Ibid. v. 26.<sup>3</sup> Io. 14, 6.<sup>4</sup> Eccl. in offic. SS. Sacram.

ó un bien, sino toda verdad y bien cumplido, hallando á Cristo; y no lo gustará á la ligera y como con los labios, sino que lo tomará todo entero y se satisfará plenamente con la abundancia del manjar celestial. *Porque sació al alma extenuada y hambrienta, y la colmó de bienes*<sup>1</sup>, como vaticinó David. *Si los que esperan en Dios*, al decir del Profeta Isaías, *trocarn la fortaleza*<sup>2</sup>, revistiéndose de la divina, ¿qué deben esperar los que se alimentan de Dios? Por eso dice el Crisóstomo<sup>3</sup> que los que se acercan á esta Mesa divina, se apartan de ella como leones, que echan llamas por la boca, poniendo espanto al mismo infierno.

6. ¡Ah! cristianos, ¡cuánto no alienta y vigoriza al alma desmayada una palabra dulce, enérgica, oportuna! Vosotros habréis podido experimentarlo alguna vez, y he ahí descifrada la magia de la elocuencia, el prestigio del genio y el poder de la amistad. Una palabra puede valer una victoria: díganlo las legiones de Aníbal, César, Napoleón. Una palabra — y esto es más todavía — puede salvar á un hombre, arrebatándole del borde del abismo. Y si tal es el poder de la palabra humana, ¿cuál no será la eficacia de la palabra divina? Por eso no hay nada tan irresistible como la espada de dos filos que penetra y divide el espíritu, como dice el Apóstol<sup>4</sup>: la cual no es otra que la palabra de Dios. *Fuertes sois*, dice San Juan á sus discípulos; *¿por qué sino por la palabra de Dios que permanece en vosotros?*<sup>5</sup> Esa palabra que brota de los labios y del corazón de Dios mismo, es antorcha que alumbrá nuestros pasos<sup>6</sup>, fuego

<sup>1</sup> Ps. 106, 9.<sup>2</sup> Is. 40, 31.<sup>3</sup> Chrysost., Hom. 61, ad Pap.<sup>4</sup> Hebr. 4, 12.<sup>5</sup> I Io. 2, 14.<sup>6</sup> Ps. 118, 105.



que enciende nuestro corazón<sup>1</sup>, aire que dilata nuestro espíritu, hartura que le vivifica<sup>2</sup>. Comparad ahora la palabra accidental con el *Verbo*, palabra consustancial de Dios: comparad la sagrada Escritura con la sagrada Eucaristía. ¿No alcanzáis á medir la inmensa diferencia de palabra á palabra? Si en la primera está el sople de Dios, la huella de su paso, y una ráfaga de luz; en la segunda está Dios mismo, aunque oculto bajo los velos del Sacramento, está su realidad, su ser divino, fuente de toda luz, de toda fortaleza. «Dos cosas son para mí de todo punto necesarias, dice el incomparable autor de la Imitación: necesito de alimento y luz.»<sup>3</sup> Mas aunque ésta se encuentra en el libro de las divinas enseñanzas, y aquél en la Mesa de la Eucaristía, ¿quién duda, cristianos, que entrambos elementos de vida se hallan reunidos así en el altar como en la Biblia, mas no del mismo modo ni con la misma perfección? Si, pues, la palabra de Dios fortalece y vivifica donde quiera que se encuentra, mucho más lo hará en el Sacramento, donde se contiene en toda su realidad sustancial. Mas ¿qué digo, la palabra? la mirada sola, la actitud, el ejemplo ¿no son á las veces fuerzas poderosas para levantar el espíritu caído y elevarle hasta el heroísmo? ¿Qué cúmulo de fuerzas no poseerá, pues, la posesión real y verdadera del cuerpo de Jesucristo, donde tenemos el ojo que mira, la mano que obra, el corazón que inflama, y todo dentro de nosotros mismos? ¿Qué virtud no nos comunicará tan inefable comunión?

7. ¿Habéis pensado detenidamente en la insigne fortaleza de nuestros invictos mártires tanto antiguos como

<sup>1</sup> Ps. 118, 140.

<sup>2</sup> Ibid. passim.

<sup>3</sup> Imit. Christi lib. III, cap. 11 sqq.

modernos? Porque hoy mismo van desfilando á nuestros ojos cien gloriosas figuras de confesores de Cristo en África, China y Oceanía. ¿No habéis quedado atónitos ante aquel prodigio inimitable, humanamente incomprendible, de grandeza de alma y desprecio del dolor? Tiernas niñas y débiles ancianos lucían coraza de héroes, más fuertes que los leones y leopardos que los despedazaban en el circo. Mas ¿de dónde pensáis que les venía ese esfuerzo sobrehumano? Advertid en lo que nota un Padre de la Iglesia de aquel tiempo, el mártir San Cipriano<sup>1</sup>, que no se consentía entrasen los cristianos en las batallas del martirio sin haberse fortalecido primero con este Sacramento. ¿Por qué? Porque, no ellos, sino Cristo había de pelear y vencer en ellos y por ellos á todos los tiranos, como en efecto peleó y triunfó mil veces en toda la faz de la tierra. La fortaleza de los mártires era, pues, el natural efecto de la divina Eucaristía. Mas ¡ah! que no es menos admirable la grandeza de ánimo desplegada por todos los demás santos de la Iglesia, de toda edad, estado y condición, en este incruento pero largo martirio de la vida cristiana; que no se necesita menos fortaleza para combatir contra estos enemigos ordinarios de la virtud y santidad, mundo, demonio y carne, ni menos valor para vencerlos en la lucha diaria y reportar victorias en todos los instantes de la vida, que para aquellos extraordinarios combates del anfiteatro y del circo, con las fieras y con los hombres, á las veces más feroces que ellas. *Campaña es la vida del hombre sobre la tierra*, dice Job<sup>2</sup>; y prolongado, aunque oculto martirio, es la vida del

<sup>1</sup> Epist. 143 (apud *La Puente*, Trat. del SS. Sacram.).

<sup>2</sup> Job 7, 1.



cristiano, siempre que haya de ajustarse en sus menores detalles á la norma perfectísima de la ley evangélica, ley de sangre que condena á muerte toda afección desordenada, y toda condescendencia con la naturaleza corrompida. *No penséis*, dice el Salvador del mundo, *que vine á poner paz mundana en la tierra; no he venido sino á traer cuchillo y división, levantando guerra entre padres é hijos, deudos y amigos, porque los mayores enemigos son los domésticos... y el que no carga con su cruz no es digno de mí*<sup>1</sup>. ¿Qué fortaleza no se necesita para sostener estas lides cuyo campo está dentro de nosotros mismos, habiendo de combatir con afectos y pasiones que radican en nuestro mismo corazón, sin contar los aguerridos batallones de exteriores enemigos, visibles é invisibles? De aquí es que la fortaleza, virtud cardinal, cuyo objeto directo es moderar los temores y pasiones del apetito que llaman irascible<sup>2</sup>, tiene por naturales auxiliares otras cuatro virtudes, cuya jurisdicción domina un campo inmenso en la vida humana, cuales son la paciencia, la mansedumbre, la magnanimidad y la constancia. Preciso es al varón fuerte, ora sufrir sin abatimiento ni desesperación los trabajos, ora refrenar los ímpetus de la ira; ya emprender y llevar adelante grandes empresas de la gloria de Dios y bienestar de los hombres, ya perseverar constante hasta dar cima á las obras comenzadas. Y ¿de dónde espera recibir el hombrecillo débil esta fortaleza heroica, que le haga magnánimo y paciente, manso y constante en todas las contrariedades y peligros, sino de aquel divino Sacramento que es llamado en la Escritura *manjar escogido*, fruto del árbol de la vida, y maná que hace inmortal

<sup>1</sup> Matth. 10, 34 sqq.

<sup>2</sup> S. Thom., S. th. 1, 2, q. 56.

al que lo gusta?<sup>1</sup> «Si te amedrenta la furia del demonio y la terribilidad de sus tentaciones, diré con un piadoso autor á cualquier alma desalentada, come este maná que quita los temores, esfuerza á los pusilánimes y da grande ánimo en los peligros; y, si te combaten las pasiones de la sensualidad desenfrenada, come este maná que debilita estos bríos y apaga estos ardores, para que prevalezca el espíritu, y quede por suya esta victoria.»<sup>2</sup>

8. ¿Por qué, pues, lo que pareciera imposible, hay en el pueblo cristiano tantas almas débiles, cobardes y enfermizas? ¿No pudiera aplicárenos la dura corrección que dirigía el Apóstol á los tibios cristianos de Corinto: *Hay entre vosotros muchos enfermos y flacos, y adormecidos muchos*<sup>3</sup>? ¿No es general en el día la queja, demasiado fundada, de la falta de energía en los caracteres, de no sé qué especie de anemia de la voluntad, que está consumiendo la sociedad en lo moral, como la anemia física la diezma en lo material? Y ¿á qué debe atribuirse esta enfermedad de muerte, sino al abuso que reprende el mismo Apóstol, diciendo: *Iam non est dominicam cœnam manducare. No se reúnen ya los cristianos á celebrar la Cena del Señor*<sup>4</sup>? Alejados los hombres de nuestros tiempos, por lamentable indiferencia ó por sistema irreligioso, del sagrado banquete eucarístico, hasta en la época reglamentada por la autoridad de la Iglesia, han perdido, como era consiguiente, la solidez de los principios cristianos, han cegado las fuentes de sobrenatural energía, que sólo pueden engendrar las sólidas virtudes cristianas, creadas por el influjo de

<sup>1</sup> Io. 6, 59.

<sup>2</sup> La Puente, trat. 4 del SS. Sacram. cap. 4.

<sup>3</sup> I Cor. 11, 30.

<sup>4</sup> Ibid.



un alimento celestial. ¿No ha dicho terminantemente el Salvador: *Sin mí nada podéis hacer*<sup>1</sup>; y: *Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, no tendréis vida en vosotros*<sup>2</sup>? ¿Qué extraño, pues, que perezcan de inanición para el bien los que voluntariamente se alejan de la Eucaristía? Y lo peor es que, hastiadas del sólido manjar, se han entregado esas almas desgraciadas á los excesos de una sensualidad enervante que no hace más que extinguir en ellas hasta el último resto de viril energía, si alguna pudiera quedarles, merced á un temple de ánimo privilegiado. ¡Ah! ¡si en vez de correr tras placeres falaces, frívolos y torpes, probaran una gota siquiera del cáliz de la divina Eucaristía! Y en verdad ¿dónde puede encontrarse dulzura mayor que en este celestial banquete?

## II.

9. «¡Oh! ¡qué suavidad, Señor, la de tu espíritu, que, para mostrar á tus hijos tu dulzura, hinchas de bienes á los que padecen hambre, dándoles á comer el Pan suavísimo bajado del cielo, dejando ayunos á los ricos que la desdeñan!»<sup>3</sup> Verdaderamente, almas cristianas que lo habéis gustado tantas veces, *es rico y deleitoso el Pan de Cristo, y capaz de hacer las delicias de los reyes*<sup>4</sup>. Pero ¿qué género de delicias? ¿Las del sentido? ¿las que llamáis dulzuras de un corazón apasionado por la criatura, las cuales, en resumen, no son más que placeres de una sensualidad refinada? ¡Ah! mil veces no... No busquéis aquí sensuales atractivos, donde todo es espiritual y puro.... Para las almas mundanas, las que

<sup>1</sup> 1 Io. 15, 5.<sup>2</sup> Ibid. 6, 54.<sup>3</sup> Ecl. in offic. SS. Sacram.<sup>4</sup> Gen. 49, 20.

María en su cántico llama «ricas» por antífrasis, para los míseros hartos de deleites y nunca satisfechos, la sagrada Eucaristía no tiene más encantos que el mismo cielo...; para ellos el paraíso es la vida de un momento, por consiguiente el vacío. *Dejólos ayunos*. No así para las almas nobles, de aspiraciones elevadas, despreciadoras del placer, las cuales saben apreciar y gustar la suavidad de los goces del espíritu. ¡Dichosas almas, cuyo número, por desgracia, va disminuyendo cada día, á proporción que se multiplican los pasatiempos en que se apacienta la imaginación y los sentidos! El teatro con sus brillantes espectáculos, aunque no fuesen nunca reprobados por la severa moral cristiana, el salón con sus báquicos festines, el baile á la moderna y todo ese programa de fiestas y diversiones que preocupa las generaciones actuales, principalmente á la juventud que parece no sueña sino con el placer, ¿qué lugar han de dejar en el alma para sentir las inefables pero místicas delicias del altar? Desengañaos: no es posible gustar á la vez las dulzuras del espíritu y las de los sentidos, las del mundo y las del Tabernáculo de Cristo<sup>1</sup>.

10. Por lo que hace á las almas para quienes la piedad es la única delicia sobre la tierra, ellas encuentran reunidos todos los deleites celestiales en la Mesa eucarística, como los hallaban en el maná del desierto los buenos israelitas, que percibían en él la dulzura de todos los sabores<sup>2</sup>. Y ¿cómo puede ser de otra manera, si la Eucaristía contiene al mismo Dios, fuente de toda suavidad, como de todo bien; si contiene á Jesucristo, dulce por excelencia, y la misma *dulzura de los cora-*

<sup>1</sup> Que conventio Christi ad Belial? (2 Cor. 6, 15.)<sup>2</sup> Omne delectamentum (Sap. 16, 20).



zones: *dulcedo cordium*<sup>1</sup>? De ahí que todas las potencias del alma, capaces de experimentar algún placer, lo experimenten vivísimo en la sagrada comunión: la memoria con mil dulcísimos recuerdos, hasta con el de sus ya perdonados extravíos; la fantasía que sueña con el cielo, mejor dicho, no sueña, sino que lo disfruta anticipado; la inteligencia que se abisma en el piélago de la grandeza y sabiduría divinas, y tanto más goza cuanto más se ensancha á su vista el horizonte de la verdad investigable; la voluntad que se embriaga en aquella unión inefable con el amado de su corazón, y no sabe sino suspirar: *¡Dios de mi corazón... Dios mío para toda la eternidad!*<sup>2</sup> Y es tanta la abundancia y el impetuoso torrente de las delicias eucarísticas, que, rompiendo los diques de las potencias interiores, salta hasta inundar los sentidos, cautivándolos y adormeciéndolos con dulzura que excede á todas las fruiciones materiales<sup>3</sup>. Y estas delicias inefables no están exclusivamente reservadas á la participación de la sagrada Mesa, aunque en ninguna parte se gozan más de lleno que en la comunión; participan de ellas también, á medida de la fe y el amor, cuantos se acercan al Dios sacramentado para adorarle y visitarle en el altar, donde reside como en trono de amor y de misericordia. Por eso puede el piadoso creyente, mejor todavía que el devotísimo David delante del tabernáculo, exclamar: *¡Qué deliciosos son para mí tus templos, Señor de las virtudes! Desfallece el alma mía abrasada de amor al pie de tus altares*<sup>4</sup>. *¡No lo habéis probado en estos mismos días, viniendo á depositar los deseos de vuestro*

<sup>1</sup> Hymn. Eccl. in fest. SS. Nom. Iesu.

<sup>2</sup> Ps. 72, 20.    <sup>3</sup> Ps. 83, 3.    <sup>4</sup> Ps. 83, 2.

corazón, vuestras penas al par que vuestras alegrías, á los pies de Jesús sacramentado? Disfruten en buena hora los corazones estragados, de sus torpes y corruptores placeres, corran tras la vanidad de sus frívolos pasatiempos los mundanos, gocen los que nadan en un mar de riquezas, de esos bienes perecederos que no pueden poseerse sin punzantes inquietudes: nosotros, adoradores de la Eucaristía y commensales de Jesucristo, nada tenemos que envidiarles, *porque vale más un día en tu presencia, oh Dios de toda consolación, que mil años disipados en los palacios de los pecadores*<sup>1</sup>.

11. *¡Qué linaje de consolación no se saborea al pie del sagrado tabernáculo, en la intimidad de Jesús sacramentado? Todas las dulzuras de que es capaz el humano corazón: allí la dulzura de la reconciliación ó de la amistad recuperada, allí los encantos de la soledad, tan apacible para el alma hostigada del tráfigo del mundo, y allí también la suavidad de una conversación más dulce que la miel, como la de Jesús que llega al espíritu á manera de aura suave y perfumada: allí, por acabar, la dulzura del amor satisfecho y de las risueñas perspectivas... Con razón se regalaba el Real Profeta con este cáliz delicioso: ¡Qué rico es el cáliz que me embriaga santamente!*<sup>2</sup> «Verdaderamente, dice el melifluo San Bernardo<sup>3</sup>, por servir á Dios no perdemos los consuelos, sino que trocamos los de la carne por los del espíritu, recibiendo un maná dulcísimo pero escondido, porque no se gusta sino en lo secreto del corazón»... Y ¿no es dentro de éste donde se gozan los placeres verdaderos?

<sup>1</sup> Ps. 83, 11.

<sup>2</sup> Calix meus inebrians quam præclarus est (Ps. 22, 5).

<sup>3</sup> Apud *La Fuente*, trat. 4 del SS. Sacram. cap. 2.



12. Terminemos por donde comenzó este discurso: volvamos al sitio del sagrado banquete. ¡Qué nuevas delicias nos ofrece por este aspecto la venerable Eucaristía! Cristo abre de par en par las puertas de su palacio, convidando á todos los hombres á sentarse á su mesa en que *todo está preparado*<sup>1</sup> para satisfacer á todos: *Venid y gustad... tomad y bebed todos*<sup>2</sup>. ¡Ved, pues, reunida á la mesa de Cristo toda la familia cristiana como en los días clásicos del hogar; y no sólo asisten á ella los viadores para proveerse de viático de la eternidad, sino que bajan también á acompañar y festejar á los moradores de la tierra los ángeles del cielo y les dicen: «No tenéis por qué envidiarnos, pues gozáis del mismo alimento que nosotros.» Lo sabemos, sí, carísimos hermanos, lo sabemos por la fe de la presencia real de Cristo Dios en la Eucaristía; y, sin embargo, ¡son tan muertos nuestros deseos, es tan frío nuestro corazón para este manjar suavísimo! ¡Cuántos hay que, como los ingratos israelitas, lo desdeñan, y no se acercan jamás á recibirle! ¡cuántos, que le reciben con espantosa tibieza! ¡cuántos, en fin, que le profanan sepultándole en un pecho criminal, sepulcro henchido de corrupción! Acerquémonos á Jesucristo que, como madre tierna, quiere alimentarnos con su propia sangre; pero acerquémonos con viva fe, con abrasado corazón, con labios puros, y hallaremos, mejor que Sansón en el desierto<sup>3</sup>, riquísimo panal de miel, que nos hará gustar anticipadamente las dulzuras que Dios nos tiene reservadas en el festín eterno de la gloria. Así sea.

<sup>1</sup> Matth. 22, 4.<sup>2</sup> Ibid. 24, 27.<sup>3</sup> Iud. 14, 8.

## SERMÓN OCTAVO

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1896).

## La adoración reparadora del SS. Sacramento.

Venite, adoremus et procidamus [ante Deum].  
Venid, adorémosle y prosternémonos delante  
de Dios. Ps. 94, 6.

1. Un Dios oculto en nuestros sagrados tabernáculos, velando día y noche por amor á sus queridos hijos, como la tierna y abnegada madre vela y se desvela por sus pequeñuelos, no podría menos de atraer por millares los adoradores de su majestad, los amantes y reconocidos corazones, en quienes la llama de la gratitud no se hubiese extinguido totalmente. Esto, que á primera vista ocurre como tan razonable tributo de amor á Jesucristo en el trono de su ternura, no es, sin embargo, carísimos hermanos, lo que en realidad sucede. Por la más triste desventura, la gratitud no abunda sobre la tierra, y todavía menos respecto de Aquél para con quien nunca debiera menguar, para con el amable Jesús sacramentado. La soledad de Jesucristo durante largas horas del día y de la noche es un hecho lamentable, al cual ha querido ocurrir la piedad acendrada de un buen número de almas fervorosas, lastimadas en lo vivo por la ingratitud de que es objeto el Salvador; y á este efecto, agrupándose al pie de los altares, han jurado no desamparar del todo al divino Prisionero del Sagrario, venir con la mayor frecuencia á visitarle, no ya por brevísimos instantes, sino por todo el tiempo que les fuere permitido consagrar á tan dulce como santa ocupación. ¡Bendito pensamiento, lleno de amor y de justicia, el que ha fundado en la Iglesia católica la institución llamada de la *Adoración perpetua* enriquecida con tesoros



12. Terminemos por donde comenzó este discurso: volvamos al sitio del sagrado banquete. ¡Qué nuevas delicias nos ofrece por este aspecto la venerable Eucaristía! Cristo abre de par en par las puertas de su palacio, convidando á todos los hombres á sentarse á su mesa en que *todo está preparado*<sup>1</sup> para satisfacer á todos: *Venid y gustad... tomad y bebed todos*<sup>2</sup>. ¡Ved, pues, reunida á la mesa de Cristo toda la familia cristiana como en los días clásicos del hogar; y no sólo asisten á ella los viadores para proveerse de viático de la eternidad, sino que bajan también á acompañar y festejar á los moradores de la tierra los ángeles del cielo y les dicen: «No tenéis por qué envidiarnos, pues gozáis del mismo alimento que nosotros.» Lo sabemos, sí, carísimos hermanos, lo sabemos por la fe de la presencia real de Cristo Dios en la Eucaristía; y, sin embargo, ¡son tan muertos nuestros deseos, es tan frío nuestro corazón para este manjar suavísimo! ¡Cuántos hay que, como los ingratos israelitas, lo desdeñan, y no se acercan jamás á recibirle! ¡cuántos, que le reciben con espantosa tibieza! ¡cuántos, en fin, que le profanan sepultándole en un pecho criminal, sepulcro henchido de corrupción! Acerquémonos á Jesucristo que, como madre tierna, quiere alimentarnos con su propia sangre; pero acerquémonos con viva fe, con abrasado corazón, con labios puros, y hallaremos, mejor que Sansón en el desierto<sup>3</sup>, riquísimo panal de miel, que nos hará gustar anticipadamente las dulzuras que Dios nos tiene reservadas en el festín eterno de la gloria. Así sea.

<sup>1</sup> Matth. 22, 4.<sup>2</sup> Ibid. 24, 27.<sup>3</sup> Iud. 14, 8.

## SERMÓN OCTAVO

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1896).

## La adoración reparadora del SS. Sacramento.

Venite, adoremus et procidamus [ante Deum].  
Venid, adorémosle y prosternémonos delante  
de Dios. Ps. 94, 6.

1. Un Dios oculto en nuestros sagrados tabernáculos, velando día y noche por amor á sus queridos hijos, como la tierna y abnegada madre vela y se desvela por sus pequeñuelos, no podría menos de atraer por millares los adoradores de su majestad, los amantes y reconocidos corazones, en quienes la llama de la gratitud no se hubiese extinguido totalmente. Esto, que á primera vista ocurre como tan razonable tributo de amor á Jesucristo en el trono de su ternura, no es, sin embargo, carísimos hermanos, lo que en realidad sucede. Por la más triste desventura, la gratitud no abunda sobre la tierra, y todavía menos respecto de Aquél para con quien nunca debiera menguar, para con el amable Jesús sacramentado. La soledad de Jesucristo durante largas horas del día y de la noche es un hecho lamentable, al cual ha querido ocurrir la piedad acendrada de un buen número de almas fervorosas, lastimadas en lo vivo por la ingratitud de que es objeto el Salvador; y á este efecto, agrupándose al pie de los altares, han jurado no desamparar del todo al divino Prisionero del Sagrario, venir con la mayor frecuencia á visitarle, no ya por brevísimos instantes, sino por todo el tiempo que les fuere permitido consagrar á tan dulce como santa ocupación. ¡Bendito pensamiento, lleno de amor y de justicia, el que ha fundado en la Iglesia católica la institución llamada de la *Adoración perpetua* enriquecida con tesoros



de gracias! ¡Bendito el día que ese pensamiento tuvo su realización entre nosotros! Hoy recordáis con la solemnidad de los grandes recuerdos el día del año pasado en que se instituyó también en este templo, precisamente el día destinado á dar solemne culto al glorioso Patrono de los hospitales cristianos, al Padre de esta casa y Titular de esta iglesia, San Juan de Dios.

2. Para solemnizar, pues, tan fausto aniversario y alentar á los adoradores de Jesús sacramentado á llevar adelante esta piadosa empresa, quisiera haceros ver cuán útil, digna y santa es la adoración de Jesús delante del trono de la sagrada Eucaristía, y cómo se eleva su perfume hasta el cielo en el incensario de oro de vuestras fervientes preces, mejor que el humo del fragante incienso que se quema delante de nuestros altares. Para demostrarlo me bastará considerar al mismo Jesucristo como modelo de oración en el Santísimo Sacramento, y esta será la primera parte de mi discurso; y, pasando á la segunda, os la presentaré como objeto dignísimo de nuestra adoración. María, la más perfecta adoradora de Jesús, nos alcanzará las luces del Espíritu Santo de que necesitamos, si reverentes la invocamos saludándola con las palabras del Ángel: *Ave María*.

## I.

3. ¿Qué fué toda la vida de Cristo Señor nuestro sino una continuada y altísima oración? Lo que afirma el Apóstol refiriéndose particularmente al tiempo de su Pasión acerbísima, *que en los días de su mortalidad ofreció ruegos y súplicas fervientes con gran clamor y lágrimas á Aquél que podía salvarlo de la muerte*, ¿por ventura no puede, no debe entenderse de todo el tiempo de su vida: *in diebus carnis sue*<sup>1</sup>? ¿En qué

<sup>1</sup> Hebr. 5, 7.

día, en qué momento de toda ella, desde el Pesebre hasta el Calvario, no vivió orando Jesucristo, Pontífice siempre, desde que entró en el mundo hasta que consumó su sacrificio en el *Sancta Sanctorum* de la Cruz, ¿qué digo? hasta el fin de los siglos y aun por toda la eternidad<sup>1</sup>? Jesús oró desde el instante en que *el Verbo se hizo carne*<sup>2</sup>; y el seno virginal de su Madre santísima fué el primer altar donde ofreció su oración. *Aquí estoy ¡oh Dios Padre! para hacer y cumplir tu voluntad*<sup>3</sup>. Oró luego en el Portal de Belén, oró en el templo á los cuarenta días de nacido, oró en Egipto, oró en Nazaret, en Jerusalén, en todas partes, de día y de noche, en el desierto y en el huerto, en el Cenáculo y en el monte Olivete, y sobre todo, en el monte santo por excelencia, en el monte de la mirra y *en el collado del incienso*<sup>4</sup>, donde consumó, con la más alta oración, el más precioso y augusto de los sacrificios. Oró en la Cruz hasta por sus mismos verdugos, por los transgresores de su ley<sup>5</sup>. Pues bien, hermanos míos: ¿no orará también en el altar, en el ara de su eterno y perenne sacrificio? ¿No es acaso la adorable Eucaristía el memorial de todos los pasos y misterios de su vida? ¿No es Belén y Nazaret y el Calvario todo junto, ó, como si dijéramos, en místico y brillante panorama? Porque aquí no solamente se conmemora su Pasión<sup>6</sup>, sino que se reflejan al vivo todos los divinos paisajes de la existencia terrestre de nuestro Salvador, del propio modo que se compendian todos los prodigios obrados para nuestra salvación<sup>7</sup>. Pero ¿qué digo, se reflejan?

<sup>1</sup> Sacerdos in æternum (Ps. 109, 4).

<sup>2</sup> Io. 1, 14.

<sup>3</sup> Hebr. 10, 7. 9.

<sup>4</sup> Cant. 4, 6.

<sup>5</sup> Is. 53, 12.

<sup>6</sup> Recolitur memoria Passionis eius (Eccl. in offic. SS. Sacram.).

<sup>7</sup> Memoriam fecit mirabilium suorum (Ps. 110, 4).



¿No es de fe que en el altar se reproduce, se reitera en toda su realidad el sacrificio del Calvario, la inmolación de la Cruz? ¡Ah! sí, cristianos; estar delante del trono eucarístico es lo mismo que encontrarnos delante del trono de la misericordia en la cima del Calvario<sup>1</sup>. El sacrificio del altar, renovado á cada instante sobre toda el haz de la tierra, no es otro que el gran sacrificio ofrecido una vez por todas en la Cruz para redención del género humano<sup>2</sup>. Así, pues, como oró el Pontífice de los bienes eternos en el altar de su cuenta inmolación, así ora sin cesar en todos los altares de su inmolación incruenta. Y ¿qué oración más excelente ni más sublime que el acto mismo de inmolarsé á la divina Majestad como víctima propiciatoria por los pecados de todos los hombres? ¿Hay oración más subida, ni más acepta á Dios que el mismo sacrificio?

4. Pero veamos cómo ora Jesucristo en el altar. ¡Oh! ¡qué modelo inimitable de oración! ¿Quién podrá discurrir debidamente acerca de la oración perfectísima del Hombre-Dios en el Santísimo Sacramento? Ya sea que consideremos la materia, ya el modo de esta oración, hallaremos que es nuestro modelo, siquiera seamos incapaces de acercarnos á su perfección, más encumbrada que las nubes del cielo. Nube es la oración, al decir de los Santos; mas ¿quién alcanzará á calcular la altura de la nube de la oración del Salvador, más aproximada al cielo que lo están esas resplandecientes nebulosas ó nubecillas de estrellas? La materia no es otra en realidad que la que el mismo soberano Maestro dictó á sus Apóstoles cuando les enseñó á orar<sup>3</sup>; pero ¿quién, como Jesús en la Eucaristía, anhela tan vivamente y suspira

<sup>1</sup> Hebr. 4, 16.<sup>2</sup> Ibid. 10, 14.<sup>3</sup> Matth. 6, 9 sqq.

por la santificación del nombre de Dios, por el advenimiento de su reino á la tierra, por el cumplimiento de su voluntad? ¿Quién, como Él, ha abarcado en su oración todos los bienes que puede el hombre pedir á Dios su Padre, ya en el orden espiritual, ya en el temporal? ¿Quién, como Él, es capaz de comprender todo lo que estos objetos significan, la gloria del nombre de Dios, el bien cabal del hombre en el tiempo y en la eternidad? ¿Quién, como Jesús, sabe pedir estos bienes?

5. El Apóstol San Pablo nos enseña, hermanos carísimos, cuatro actos ó modos de oración, prescribiendo su práctica á los fieles. *Encargo*, diceles, *como lo primero de todo que se hagan obsecraciones, oraciones, peticiones y acciones de gracias*<sup>1</sup>. He aquí los actos más excelentes en que puede ejercitarse la oración: alabanza y glorificación de Dios, que es la oración por excelencia, en cuanto en ella levántase el espíritu á Dios para glorificarle por su suma grandeza; acción de gracias por sus infinitos beneficios; peticiones, pidiéndole otros de nuevo; y, finalmente, obsecraciones, alegando títulos para que nos conceda lo que le pedimos<sup>2</sup>. Pues, ¿qué manera de éstas no abraza perfectísimamente la incesante oración de nuestro amable Salvador en el altar? ¿No está allí glorificando y ensalzando al Ser divino y sus inefables atributos? ¿No está allí como arrobado en altísima contemplación, mirando cara á cara y de hito en hito, mejor que los bienaventurados, como comprensor beatísimo, el rostro de su Padre celestial, y repitiendo aquel *Bendígote, Padre, Señor del cielo y tierra*<sup>3</sup>, que, rebo-

<sup>1</sup> 1 Tim. 2, 1. 3. 4.<sup>2</sup> *La Puente*, Guía espirit. t. I, cap. 12.<sup>3</sup> Luc. 10, 21.



sando de gozo en el Espíritu Santo, hacía resonar en los oídos de sus discípulos? ¿No está allí rindiendo á su Padre acciones infinitas de gracias, como solía hacerlo en la tierra, cuando, alzando al cielo los ojos, decía: *Padre mío, gracias te doy, por que me has oído*<sup>1</sup>? ¿No está finalmente alegando en favor nuestro los méritos de su obediencia y de su caridad, para impetrarnos mercedes y gracias? ¡Ah! sí; lo mismo que en el cielo, Jesús está vivo en el tabernáculo eucarístico, siempre ocupado en interpelar por nosotros<sup>2</sup>. Ahí está, como en el Huerto de Getsemaní, orando, no una sino tres y mil veces, no ya para que *pase de sí el cáliz* amarguísimo de su Pasión<sup>3</sup>, sino, según autorizadas interpretaciones<sup>4</sup>, para que *se extienda á nosotros* el cáliz de las bendiciones del cielo, y podamos gustar el de la bienaventuranza, mediante la participación de sus dolores. Ahí está bañado en su propia sangre que corre hasta la tierra, moviendo á compasión las entrañas piadosísimas del Eterno Padre con tan lastimero espectáculo, á fin de desarmar su brazo justiciero armado á la venganza contra nosotros, desventurados pecadores, y haciendo que de la misma tierra, empapada en la sangre divina, suba un grito más penetrante que el de la sangre de Abel, clamando misericordia, y no justicia<sup>5</sup>. Ahí está, en fin, el divino Salvador, glorioso sí, como lo está á la diestra del Padre, pero no cerradas aún las nobles cicatrices de sus llagas de pies, manos y costado, para mostrarlas constantemente á la Majestad divina y obligarla con tal vista á concedernos cuanto le pidamos.

<sup>1</sup> Io. 11, 41.<sup>2</sup> Hebr. 7, 25.<sup>3</sup> Matth. 26, 39.<sup>4</sup> *Hilar.*, Comm. in Matth. cap. 31, u. 7—8.<sup>5</sup> Hebr. 12, 24.

6. Tal es, amados fieles, toscamente bosquejada la oración de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, considerada principalmente en cuanto á la materia. Por lo que hace al modo y condiciones excelentísimas de esta oración-modelo, pudiéramos, sin temeridad, aplicarle las cuatro dimensiones ó excelencias que el Apóstol San Pablo manda considerar en el misterio de la Redención, contemplando piadosamente la *profundidad* y *altura*, la *longitud* y *latitud* incalculable de la oración del Hombre-Dios sacramentado<sup>1</sup>. ¡Qué profundidad, ó digamos más claro, qué humildad tan profunda la que sirve de base á la oración de Jesucristo! Pues, si por una parte sabemos que *la oración del humilde atravesará las nubes*<sup>2</sup>, por otra nos dice el Apóstol que *nuestro gran Pontífice, Jesús, Hijo de Dios, penetró hasta los cielos*<sup>3</sup>, sin duda con la fuerza irresistible de su oración. Si el Real Profeta arrancaba el clamor de su plegaria de lo más hondo de su ser<sup>4</sup>, abatido ante la grandeza del Señor, ¿de qué profundidades de abatimiento no se elevaría al cielo aquel *fuerte clamor* con que oró nuestro divino Redentor expirante en la cruz? ¿No le vemos en Getsemaní postrado en tierra, hasta pegar el rostro con el polvo, y en esta humildísima postura permanecer largo tiempo en altísima oración? Y aquí en la Eucaristía ¿puede estar Jesús más humillado, puede subir de punto su anonadamiento? Esto es lo que llamo la profundidad de la oración de Jesús sacramentado. Y es visto que á la medida de esta profundidad ha de corresponder la altura: *penetró los cielos*. ¿Puede subir más arriba la oración? Altísima se llama la que llega á engolfarse

<sup>1</sup> Eph. 3, 18.<sup>2</sup> Eccli. 35, 21.<sup>3</sup> Hebr. 4, 14.<sup>4</sup> De profundis clamavi (Ps. 129, 1).



con la mente y el corazón arrebatados por el soplo del Espíritu Santo, en el océano mismo de la esencia y perfecciones divinas. Estas son las profundidades de Dios que dice el Apóstol arrebatado al tercer cielo, que el Espíritu puede escudriñar<sup>1</sup>. ¿Quién, empero, las ha escudriñado y conocido como las conoce Jesucristo, escondido bajo los velos eucarísticos, desde el oscuro fondo de un estrecho tabernáculo? La oración de Jesús es tan alta y subida como su misma persona, por la cual *se halla más encumbrado que los mismos cielos*<sup>2</sup>, segregado de los pecadores para orar y suplicar por ellos. Y por esto y el respeto que merece al mismo Dios su oración excelentísima, no puede dejar de ser oída<sup>3</sup>. *Bien sé yo*, decía el divino suplicante, *bien sé, Padre mío, que siempre me escuchas*<sup>4</sup>; sépanlo también todos los hombres para que crean en mí y se fien de mi oración. Nada diré de la longitud y latitud de la oración de Jesucristo, que se extiende tanto como la caridad del mismo Cristo, tanto como su ciencia infinita, la cual *sobrepuja á toda ciencia*<sup>5</sup>, tanto como la plenitud de Dios. Por esta latitud y longitud comprende Jesús, en cuanto hombre, hasta donde una criatura puede comprenderlas, la anchura del Ser divino, esto es, su omnipotencia é inmensidad, y la longitud del Infinito, ó sea, su eternidad. Pero ¿quién es capaz, hermanos míos, de adivinar tal perfección? Apresúrome más bien á repetiros, como el celestial Maestro á sus discípulos: *¡He aquí cómo debéis orar!*<sup>6</sup>

7. Así debéis orar, piadosas adoradoras del Dios sacramentado: así, conforme habéis visto orar á Jesús,

<sup>1</sup> 1 Cor. 2, 10.<sup>2</sup> Hebr. 6, 26.<sup>3</sup> Hebr. 5, 7.<sup>4</sup> Io. 11, 42.<sup>5</sup> Eph. 3, 17.<sup>6</sup> Sic ergo vos orabitur (Matth. 6, 9).

debéis emplear vosotras el tiempo preciosísimo que consagráis al santo ejercicio de la adoración. *Orad con el espíritu, orad con la mente*: alabad al Señor con los labios, y alabadle más con el corazón<sup>1</sup>. Decid con el Profeta Isaías: Tu nombre, Señor, y tu memorial — la Eucaristía — forman los más dulces atractivos de mi alma. *Mi alma ha suspirado por Ti durante la noche; por eso al despuntar el día velaré delante de Ti con el espíritu, con amor entrañable*<sup>2</sup>. Vuestras delicias han de estar con Jesús sacramentado, como Él tiene cifradas las suyas en permanecer día y noche, durante la serie de los siglos, en medio de los hijos de los hombres<sup>3</sup>. Suplid, almas que alcanzáis á vislumbrar la ternura inefable de un Dios apasionado por el hombre, suplid la horrenda ingratitud de tantas criaturas que, voluntariamente obcecadas, no parecen conocer á su Redentor, según que le tienen relegado al olvido, sin acudir jamás á visitarle en sus altares. Y, ya que estéis, como el Apóstol, dobladas las rodillas<sup>4</sup>, delante del Padre de Nuestro Señor Jesucristo, en actitud de profunda adoración, derramad vuestro corazón, clamad en el Espíritu Santo: *¡Padre, Padre!*<sup>5</sup> *Glorifica, Señor, á tu Hijo para que por tu Hijo seas glorificado eternamente*<sup>6</sup>. Imitad, hasta donde podáis, la humildad con que se prosterna Jesucristo ante la Majestad divina en el sagrario, emulad la caridad ardentísima con que Él ama; que orar no es otra cosa en resumen que amar y amar con todo el ímpetu del corazón que vuela al seno del amado. Rogad, en fin, como ruega Jesús en el propiciatorio de la Eucaristía, por la salud de todo el género

<sup>1</sup> 1 Cor. 14, 15.<sup>2</sup> Is. 24, 8. 9.<sup>3</sup> Prov. 8, 31.<sup>4</sup> Eph. 3, 14.<sup>5</sup> Rom. 8, 15.<sup>6</sup> Io. 17, 1.



humano, para que todos los hombres se salven por medio del conocimiento de la verdad, como Dios mismo lo quiere, y Jesús lo desea ardientemente<sup>1</sup>. Dad gracias al Padre de las misericordias<sup>2</sup> por las muchas que os otorga, y por el amor con que lo hace, y pedidle en nombre del mismo Jesucristo todo cuanto necesitéis para vosotros y para vuestras familias, amistades y relaciones, seguros de que se ha de cumplir la palabra del que dijo: *Todo cuanto pidieréis en mi nombre, os será concedido*<sup>3</sup>. Así se tornará para vosotras, almas fervorosas, la hora de adoración en rica mina de gracias: así satisfaceréis las vivas ansias de Jesús sacramentado, adorándole como objeto dignísimo de la adoración de todas las criaturas.

## II.

8. ¿Quién puede dudar, hermanos míos, que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, deba ser adorado con rigurosa adoración, con el culto de latría propio de la Divinidad? No son menester, para quien está medianamente instruído en la doctrina católica sobre el dogma de la Encarnación, extensas pruebas ni sutiles argumentaciones para convencerse de una verdad certificada por la práctica constante y universal de la Iglesia. Y en efecto, el más sencillo razonamiento fundado en la fe nos deja conocer que la adoración tiene por objeto la Persona divina; y, siendo Jesucristo el *Verbo hecho carne*<sup>4</sup>, es acreedor al mismo género de adoración que el Verbo. Y donde quiera que se encuentre la Persona, allí debe asistir la adoración. Por consiguiente debe ser adorada el alma y el cuerpo de

<sup>1</sup> 1 Tim. 2, 4.<sup>2</sup> 2 Cor. 1, 3.<sup>3</sup> Io. 16, 23.<sup>4</sup> Io. 1, 14.

Jesús, porque esa alma y ese cuerpo están sostenidos, poseídos, informados por la Persona del Verbo, sin la cual no existirían, pues carecen de subsistencia propia y natural. *Venid*, pues, *adoremos*<sup>1</sup>; y adoremos para siempre á Jesús en el regio trono del altar donde está vivo y glorioso, en alma y cuerpo, sustentados personalmente por la divinidad. ¿No dice el Profeta: *Adorad el escabel donde descansan sus pies*<sup>2</sup>? Y ¿cuál es ese escabel, según San Agustín, sino el cuerpo de Cristo, formado originariamente de la tierra? Por eso no sólo no pecamos adorándolo, sino que pecaríamos si así no lo hiciéramos, dice el gran Doctor<sup>3</sup>. ¿Qué digo, el cuerpo del Señor? La cruz misma que le sirvió de lecho de agonía y en cuyos brazos ensangrentados rindió el postrer suspiro, los clavos y las espinas que le atravesaron, la cruel y venturosa lanza que rasgó su costado y abrió la puerta del sagrado Corazón... objetos son, á todas luces, dignos de adorarse, si no por sí mismos, sí por el contacto con la Persona divina del Redentor.

9. Y ¿no veis á los ángeles al rededor del tabernáculo en humilde actitud de adoradores? ¡Ah! cristianos: ¿quién supiera adorar á Jesús en el altar como esos espíritus bienaventurados que incesantemente viven absortos en muda adoración! Ellos cumplen gustosísimos con el mandato del Eterno que, en el instante mismo en que fué Jesús introducido en el mundo, dijo con solemne acento: *¡Adórenle todos los ángeles de Dios!*<sup>4</sup> Y esta orden permanece y durará eternamente, porque: *Tú permanecerás, y tus años no se acabarán*<sup>5</sup>. Por eso

<sup>1</sup> Ps. 94, 6.<sup>2</sup> Ps. 98, 5.<sup>3</sup> S. August., Enarr. in Ps. 98, n. 9.<sup>4</sup> Hebr. 1, 6.<sup>5</sup> Hebr. 1, 11. 12.



le adoran en el altar como le adoraron en el portal de Belén, y le adorarán hasta la consumación de los siglos, y aun por toda la eternidad. *Adoremus in æternum*<sup>1</sup>. Mas no solamente adoran á Cristo los ángeles de Dios, sino que, en virtud del poder con que el Padre Eterno le ha investido, poder igual al suyo, los habitantes del infierno, lo mismo que los del cielo y los que pueblan la tierra, *doblan las rodillas ante el nombre de Jesús*<sup>2</sup>. ¿Qué será ante su presencia real? Los Reyes Magos no dudaron adorar al Dios recién nacido, movidos por inspiración del Espíritu Santo<sup>3</sup>; y el ciego de nacimiento, interrogado por el Salvador: *¿Crees tú en el Hijo de Dios?* respondió: *Creo, Señor, é incontinenti, como prueba de su fe, cayendo á sus pies le adoró*<sup>4</sup>. Adoráronle finalmente los Apóstoles, cuando le vieron resucitado y glorioso<sup>5</sup>; y nosotros debemos adorarle en el augusto Sacramento, precisamente para glorificarle sobre la tierra.

10. En efecto, demasiado explícitamente se nos ha declarado la voluntad del Padre de honrar á su Hijo, el cual, por volver por la honra de su Padre, *quiso anonadarse ocultando la forma de Dios para tomar la forma del esclavo*, pasando delante de los hombres como si no fuera más que uno de ellos<sup>6</sup>. Demasiado clara está también la voluntad del divino Salvador, quien por medio de revelaciones auténticas ha dado á conocer á su Iglesia su deseo de que se le tribute especial y significativa adoración, no solamente en su Cuerpo real, sino también en sus imágenes. Y ¿cómo no acceder con en-

<sup>1</sup> Eccl. Rhythm. SS. Sacram.

<sup>2</sup> Phil. 2, 10.

<sup>3</sup> Matth. 2, 11.

<sup>4</sup> Io. 9, 38.

<sup>5</sup> Matth. 28, 17.

<sup>6</sup> Phil. 2, 7.

tusiasmo á tan justa voluntad de nuestro Dios? Aquí no nos manda como Rey y Soberano: hablemos con acento de amigo y padre amorosísimo que reclama por título de correspondencia lo que por tantos otros le es debido, la adoración y la ternura, y quiere que el trono donde se la tributemos, sea el altar donde le hallaremos siempre, siempre dispuesto á recibirnos... ¿Venid, pues, cristianos, venid almas redimidas, y haced acá en el suelo lo que en el cielo hacen los coros de los ángeles y las legiones de los Santos! ¡Venid á adorar á Jesús en el altar! Preciso es también desagrar al agraviado Señor, preciso es indemnizarle de las afrentas que sufrió por amor nuestro en su Pasión, y de las que hoy mismo continúa sufriendo siempre víctima de amor, de parte de los que cada día las renuevan crucificando en sí mismos á Jesucristo y entregándole á la irrisión y á la befa de los hombres<sup>1</sup>. ¡Horror causa el pensarlo! Innumerables son los ultrajes de que hoy mismo, y acaso hasta en medio de nosotros, es objeto nuestro Redentor amabilísimo. Y ¿no creéis que sea así? ¿Podéis dudar de esta triste verdad? ¿Podéis ignorar lo que pasa en el mundo á este propósito? Y ¿no sabéis que aquí mismo, en esta piadosísima ciudad, tiene Jesús enemigos atroces que le profanan en la Hostia consagrada? Mas ¿para qué contristar vuestro espíritu con tan horribles revelaciones? Echemos un velo sobre esos misterios de iniquidad; y, llenos de amor y deshechos en llanto de compasión y ternura, hagamos amorosa compañía á Jesús sacramentado en esas dulces y deliciosas horas de la adoración.

11. El fruto que de ella sacaremos será inmenso, porque allí aprenderemos algo de aquella supereminente

<sup>1</sup> Hebr. 6, 6.



ciencia de la caridad de Jesucristo, de que habla el Apóstol<sup>1</sup>, con que no poco se acrecentará en nuestras almas el incendio de la caridad y el santo anhelo de todas las virtudes. Admiraréis lo infinito de aquella bondad con que *de tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito, para que todo hombre que crea en Él, no perezca, sino que alcance la vida eterna*<sup>2</sup>. Allí ponderaréis la *altura* de este amor en habernos dado tan supremo don, y para el fin más alto que puede haber, cual es la vida eterna. Veréis asimismo la *profundidad*, por haberle dado á un mundo tan bajo y lleno de maldades, humillándose Dios hasta lo sumo de la humillación en el hecho de tomar nuestras miserias y hacerse cargo de nuestros delitos. Reconoceréis la *anchura* de la caridad divina en haberse dado para bien universal de todos los hombres sin excluir á ninguno<sup>3</sup>, de suerte que baste creer en Él para ser colmados de todos los bienes de que son capaces. Comprenderéis en fin la *longitud*, ó sea la duración sin término, de esta dádiva divina que se dilata y prolonga por una carrera interminable, cual es la vida eterna. ¡Oh caridad infinita de Jesús! ¡Cómo brillas en la oscuridad del Sacramento eucarístico mejor que el astro centellante en las tinieblas de la media noche! ¡Oh misterio de amor incomprensible é inefable! Dáme que pueda yo, tu humilde adorador, imitar las excelencias de tu caridad, amándote con todo mi corazón, espíritu, alma y fuerzas, negándome á mí mismo en todo cuanto me impida este amor, cumpliendo perfectísimamente tu adorable voluntad en cuanto manda y aconseja la ley del amor, extendién-

<sup>1</sup> Eph. 3, 16.      <sup>2</sup> Io. 3, 16.

<sup>3</sup> Ut omnis qui credit in eum, etc. (l. c.).

dome á amar á todos mis prójimos, sin distinción de amigos y enemigos, y perseverando en esta disposición hasta el fin de mi vida, para continuar amándote, alabándote y adorándote por toda la eternidad en tu bienaventuranza<sup>1</sup>. Así sea.

### SERMÓN NOVENO

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1896).

#### La sagrada Eucaristía y la unidad de la Iglesia.

Quoniam unus panis, unum corpus multi sumus, omnes qui de uno pane participamus.

Como quiera que el Pan es uno solo, un solo cuerpo somos todos cuantos de ese Pan participamos.

1 Cor. 10, 17.

1. No sin misterio, amados fieles, dispuso Jesucristo nuestro Señor que las especies eucarísticas estuviesen formadas de muchas uvas y de muchos granos de trigo reducidos á un solo cuerpo de pan y de vino, porque, como discurren los ascéticos, y en cuenta algunos Padres de la Iglesia<sup>2</sup>, uno de los principales efectos del Sacramento es juntar y reducir á uno los innumerables fieles que de él se alimentan, por donde no sólo produce esta unión, sino que también la significa y representa maravillosamente. De aquí es que, siguiendo la idea del Apóstol, exclama el Padre San Agustín: ¡Oh Sacramento henchido de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad!<sup>3</sup> Muchos somos, en verdad, los lla-

<sup>1</sup> La Puente, Guía espir. t. II, tr. 3, cap. 7.

<sup>2</sup> S. Augustinus, tr. 26 in Io. n. 17.

<sup>3</sup> O sacramentum pietatis, signum unitatis, vinculum caritatis! (S. Aug., tr. 26 in Io.)



ciencia de la caridad de Jesucristo, de que habla el Apóstol<sup>1</sup>, con que no poco se acrecentará en nuestras almas el incendio de la caridad y el santo anhelo de todas las virtudes. Admiraréis lo infinito de aquella bondad con que *de tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito, para que todo hombre que crea en Él, no perezca, sino que alcance la vida eterna*<sup>2</sup>. Allí ponderaréis la *altura* de este amor en habernos dado tan supremo don, y para el fin más alto que puede haber, cual es la vida eterna. Veréis asimismo la *profundidad*, por haberle dado á un mundo tan bajo y lleno de maldades, humillándose Dios hasta lo sumo de la humillación en el hecho de tomar nuestras miserias y hacerse cargo de nuestros delitos. Reconoceréis la *anchura* de la caridad divina en haberse dado para bien universal de todos los hombres sin excluir á ninguno<sup>3</sup>, de suerte que baste creer en Él para ser colmados de todos los bienes de que son capaces. Comprenderéis en fin la *longitud*, ó sea la duración sin término, de esta dádiva divina que se dilata y prolonga por una carrera interminable, cual es la vida eterna. ¡Oh caridad infinita de Jesús! ¡Cómo brillas en la oscuridad del Sacramento eucarístico mejor que el astro centellante en las tinieblas de la media noche! ¡Oh misterio de amor incomprensible é inefable! Dáme que pueda yo, tu humilde adorador, imitar las excelencias de tu caridad, amándote con todo mi corazón, espíritu, alma y fuerzas, negándome á mí mismo en todo cuanto me impida este amor, cumpliendo perfectísimamente tu adorable voluntad en cuanto manda y aconseja la ley del amor, extendién-

<sup>1</sup> Eph. 3, 16.      <sup>2</sup> Io. 3, 16.

<sup>3</sup> Ut omnis qui credit in eum, etc. (l. c.).

dome á amar á todos mis prójimos, sin distinción de amigos y enemigos, y perseverando en esta disposición hasta el fin de mi vida, para continuar amándote, alabándote y adorándote por toda la eternidad en tu bienaventuranza<sup>1</sup>. Así sea.

### SERMÓN NOVENO

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1896).

#### La sagrada Eucaristía y la unidad de la Iglesia.

Quoniam unus panis, unum corpus multi sumus, omnes qui de uno pane participamus.

Como quiera que el Pan es uno solo, un solo cuerpo somos todos cuantos de ese Pan participamos.

1 Cor. 10, 17.

1. No sin misterio, amados fieles, dispuso Jesucristo nuestro Señor que las especies eucarísticas estuviesen formadas de muchas uvas y de muchos granos de trigo reducidos á un solo cuerpo de pan y de vino, porque, como discurren los ascéticos, y en cuenta algunos Padres de la Iglesia<sup>2</sup>, uno de los principales efectos del Sacramento es juntar y reducir á uno los innumerables fieles que de él se alimentan, por donde no sólo produce esta unión, sino que también la significa y representa maravillosamente. De aquí es que, siguiendo la idea del Apóstol, exclama el Padre San Agustín: *¡Oh Sacramento henchido de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad!*<sup>3</sup> Muchos somos, en verdad, los lla-

<sup>1</sup> La Puente, Guía espir. t. II, tr. 3, cap. 7.

<sup>2</sup> S. Augustinus, tr. 26 in Io. n. 17.

<sup>3</sup> O sacramentum pietatis, signum unitatis, vinculum caritatis! (S. Aug., tr. 26 in Io.)



mados por la vocación cristiana á formar este cuerpo moral ó místico, cuya cabeza no es otra que el mismo Hijo de Dios, encarnado para encabezar y guiar la humanidad á sus altos destinos; pero una sola y magnífica es la figura de la santa Iglesia, una esencialmente, como formada, no de una ó algunas fracciones de la familia humana, sino de la humanidad entera, no de muchas, sino de una sola cabeza, Jesucristo, y si bien de muchos miembros, materialmente distintos, de un solo cuerpo divinamente organizado. ¿Dónde cabe, pues, en la institución de Cristo esa monstruosa multitud de sectas verdaderamente heréticas, esto es, separadas, así unas de otras, como todas ellas del verdadero centro de unidad, y por eso mismo muertas y entregadas á la descomposición? ¿Cómo pueden los que se dicen secuaces de la doctrina del Salvador no comprender lo absurdo de esa pluralidad de iglesias ó comuniones, cristianas todas, y hondamente divididas entre sí por diversidad de credos, ritos é intereses? Y, á pesar de tanta luz, hermanos carísimos, hoy es el día en que se empeñan los sectarios en acreditar su predicación entre los pueblos católicos, sembrando con fanático ardor por todas partes doctrinas disociadoras y funestas. ¡Y hay almas tan ciegas que se dejan sorprender por los embustes y engaños de la secta protestante y sus afines!

2. Para estrechar, pues, más y más cada día nuestras filas, piadosos católicos que tan de corazón adoráis á Jesucristo Señor nuestro en el trono del altar, agolpándoos en sus templos, á fin de solemnizar la grande Oración de Cuarenta Horas, fijad hoy la consideración en el augusto Sacramento como *centro de unidad cristiana*, según las palabras del Apóstol á los fieles de la primitiva Iglesia: *Como quiera que el Pan de nuestras*

*almas es uno solo, un solo cuerpo somos también todos los que de él participamos*<sup>1</sup>. De donde debéis inferir que la fe en la Eucaristía es la piedra de toque de los verdaderos fieles, de suerte que el que no cree en el Sacramento del altar, no sólo no es católico, pero ni cristiano siquiera, por más que otra cosa diga; ese tal no pertenece á Jesucristo, y debe tenerse por étnico y publicano. Porque, como paso en seguida á demostraros con sencillos é irrefutables razonamientos, toda la unidad religiosa está vinculada á la Eucaristía: 1º la *unidad de fe*, ó de espíritus; 2º la de *caridad*, ó de corazones. Siendo un cuerpo solo, claro es que no podemos tener sino una sola cabeza para opinar, y un solo corazón para amar, lo cual es imposible si no reconocemos á Jesucristo realmente presente en el altar. Imploramos, etc.

## I.

3. Según el sentido claro y manifiesto de las palabras del Apóstol que acabáis de oír<sup>2</sup>, la razón de ser todos un solo cuerpo, es la participación de un mismo Pan: *Unum corpus sumus, qui de uno pane participamus*. ¿Cómo, pues, pretenden estar en el cuerpo de la verdadera Iglesia, ó ser cristianos, que tanto vale, los que por incredulidad sectaria no participan realmente de este Pan divino? ¿Cómo han de ser miembros de Jesucristo los que niegan la realidad de su presencia en la sagrada Eucaristía, y de este modo, aunque en alguna forma aparenten participar del Pan que dió el Salvador á sus discípulos la noche de la Cena, desvirtúan en hecho de verdad la naturaleza divina de la Comunión, no creyendo recibir al mismo Cristo, sino un símbolo, una mera figura

<sup>1</sup> L. c. supra.<sup>2</sup> 1 Cor. 10, 17.



de su cuerpo y sangre? ¿Es éste *el Pan* de que habla San Pablo, el admirable maestro del Dogma de la Eucaristía, cuya doctrina<sup>1</sup> conserva fielmente la Iglesia católica? No por cierto, amados míos: San Pablo habla expresa y claramente de la Cena del Señor, esto es, de aquella mesa en la cual se come aquel mismo Cuerpo de Jesucristo que fué entregado á la muerte por nosotros, no la sombra ó apariencia de ese cuerpo; en la cual se bebe la misma Sangre derramada, no en figura, sino á torrentes en el leño de la cruz; y de ahí que sea tan horrendo el sacrilegio de quien come y bebe indignamente el verdadero Cuerpo y Sangre del Señor, de cuya muerte se hace reo<sup>2</sup>. Ésta es la doctrina del Apóstol, la que él aprendió de Jesucristo, según él mismo lo asegura; y doctrinas diferentes, basadas en interpretaciones arbitrarias y evidentemente falsas, no son sino inventos del espíritu de la mentira para la perdición de los hombres. Tales son las doctrinas de todos los herejes llamados sacramentarios: tales son las falsas enseñanzas de Lutero, Calvino y demás corifeos del protestantismo. Queda, pues, fuera de duda, por este único y sencillísimo argumento, que sólo forman el cuerpo místico de Jesucristo y pertenecen á la verdadera Iglesia, los que participan del verdadero Pan de Cristo, los católicos, que le reciben en la sagrada Mesa. Los demás se quedan fuera<sup>3</sup>.

4. En vano tratarán de engañar á los sencillos é incautos alegando que ellos también participan del Pan celestial que significa, no el Cuerpo real, sino la doctrina de Cristo, puesto caso que ellos creen en el mismo

<sup>1</sup> I Cor. II per totum.

<sup>2</sup> I Cor. II, 27.

<sup>3</sup> Foris canes (Apoc. 22, 15).

Dios y adoran al mismo Salvador, en cuyos méritos fincan la esperanza de la salvación, y cuyas puras máximas les sirven de regla de conducta. Así hablan los herejes de todos los tiempos, de los cuales yo os diré con el Evangelista San Juan: *Guardaos de creerles... Todo el que divide á Jesucristo*, no reconociendo en una sola persona las dos naturalezas divina y humana, *no tiene el espíritu de Dios, miente y engaña*<sup>1</sup>, *es anticristo y falso profeta*. El Pan celestial de que hemos de alimentarnos no es solamente la doctrina de Jesús, sino también, y hablando propiamente, su verdadera carne, según aquellas palabras: *El pan que yo daré es mi carne inmóla da por la vida del mundo*<sup>2</sup>. Pero aun concediendo que ese Pan divino no fuese más que la doctrina de salvación enseñada por el Maestro bajado del cielo, el hereje ó incrédulo que no confiesa y adora la presencia real de Cristo en la Eucaristía, no participa en manera alguna del Pan celestial de las almas, porque no posee la fe ni la caridad de Cristo, que es la fe de la Iglesia católica y la caridad cristiana. Vais á verlo. La fe de Cristo es una sola, conforme á aquel admirable epítonema del Apóstol: *Un solo Dios, una sola fe, un solo bautismo*<sup>3</sup>. Y ¿por qué es una? Porque forma un solo cuerpo de creencias, porque no hay más que un *Credo*, al cual debe asentir por entero y sin excepción de ninguno de sus artículos, la razón humana sometida al yugo de la palabra infalible de Dios, dueño y señor de todo entendimiento. Luego basta rehusar el asenso á un solo dogma, verbigracia al de la presencia real, para romper la unidad de la fe, para perderla enteramente, y ser del número de los paganos. Y que sea la

<sup>1</sup> I Io. 4, 3.

<sup>2</sup> Io. 6, 52.

<sup>3</sup> Eph. 4, 5.



presencia real uno de los artículos del Credo cristiano lo demuestran suficientemente, además de las definiciones de la Iglesia<sup>1</sup>, las clarísimas palabras antes aducidas del Apóstol San Pablo, por no hacer mérito de todas las demás autoridades de la Sagrada Escritura y, lo que es más decisivo, de la tradición divina, que sube hasta el origen del cristianismo, inquebrantable cimiento de todos nuestros dogmas.

5. Con esto solo quedaría bien sentada la proposición de mi discurso en cuanto á la primera parte, ó sea, que la fe en la Eucaristía es vínculo de unidad de creencias, de manera que, aquélla destruída, toda la fe viene á tierra, rota la esencial unidad. Pero hay más, mucho más en la materia de que hablamos. Trátase, en efecto, de un dogma central en el grandioso sistema de los dogmas revelados, de una verdad que, como el sol, ilumina el círculo de todas las verdades desde el centro en que reside; por manera que, apagado ese foco de luz sobrenatural, extenderíase denso manto de tinieblas por todo el firmamento de las verdades religiosas: *He aquí que las tinieblas cubrirían la tierra*, podemos decir con el Profeta<sup>2</sup>, y *la oscuridad envolvería los pueblos*, como en hecho de verdad ha sucedido en las desgraciadas regiones enseñoreadas por el protestantismo. ¡Qué oscuridad en materia religiosa reina allí donde no arde la lámpara del tabernáculo! ¡Qué caos de doctrinas contradictorias, de errores y extravagancias en esos pueblos, por otra parte tan ilustrados en la ciencia de la naturaleza! Pero ¿qué otra cosa podía acaecer á inteligencias entregadas al criterio del libre examen? Negada la verdad de la presencia real de Jesucristo en

<sup>1</sup> Conc. Trid. sess. 13, can. 1.

<sup>2</sup> Is. 60, 2.

el Santísimo Sacramento, y negada sin otro motivo que la dificultad para aceptarla que forzosamente ha de encontrar la razón humana, no apoyada firmemente en la virtud de la palabra divina; ¿qué verdad revelada puede subsistir incontrastable y firme? ¿á cuál de nuestros augustos misterios, todos oscuros é impenetrables á la sola luz de razón, no alcanza la piqueta demoleadora del criterio racionalista? Pues éste y no otro viene á ser el criterio protestante, por más que afecte respetar como baluarte de la fe la santa Biblia, y apele hipócritamente á la letra de las Escrituras. No hay quien deje de comprender el valor que queda á la palabra escrita desde que se la somete á la interpretación privada de cualquier dogmatizante erigido en maestro. Ese valor es ninguno. ¿Cómo creará, por ejemplo, en la Encarnación del Verbo el que no admite, por incomprendible, la presencia real? ¿Es por ventura más fácil de comprenderse ó de explicarse con razones humanas el misterio que San Pablo llama *escondido á todos los siglos*<sup>1</sup>, el mismo del cual dijo Jesucristo que estaba oculto á los sabios y prudentes del mundo, y descubierto á los humildes creyentes<sup>2</sup>? Pues, ¿qué diréis, católicos, del otro oscurísimo abismo de un Dios en tres Personas, piedra de toque en que se prueba la sinceridad de aquella fe que no vacila en admitir lo que á la débil razón parece inadmisibile, una vez que lo abone la autoridad de la palabra de Dios? Si pues — diríamos nosotros á los disidentes — dobláis la arrogante cerviz al yugo suave y honroso de la Palabra divina cuando os propone el misterio de la Trinidad y el de la Encarnación de la segunda Persona en las entrañas virginales

<sup>1</sup> Col. 1, 26.

<sup>2</sup> Matth. 11, 25.



durante los años de su provechoso ministerio. No ha podido ocurrírsele idea más feliz ni más útil, tanto para los fieles, como para el clero de estas regiones.

Los que hemos tenido la fortuna de pasar agradabilísimas horas embelesados con los torrentes de elocuencia que brotaban de sus labios, podemos juzgar mejor que nadie de la importancia del servicio que prestará á las almas rectas y deseosas de conocer la verdad la publicación que tiene V. R. proyectada, y que espero se convertirá presto en hermosa realidad. Allí encontrarán los eruditos pasto abundante para alimentar su espíritu, ávido de sólida y legítima ciencia; los dialécticos hallarán perentorios argumentos que les disipen toda duda en materia de fe; los metafísicos encontrarán la anhelada solución de cuestiones largamente discutidas, pero nunca bien definidas; y los piadosos hallarán conmovedores trozos de mística que los abrasen en amor divino y los llenen de fervor. Así se multiplicará el fruto de su fecunda predicación, pues oirán la inspirada palabra de V. R. también los que viven á muchas leguas de distancia del lugar donde V. R. enseña y evangeliza.

Tengo la firme convicción de que sus sermones harán inmenso bien á todo lector desapasionado y amante de la luz.

Y el clero ¡cuántas ventajas reportará de su obra! En ella aprenderá á conciliar la claridad del lenguaje con la elevación de las ideas, á hermanar la argumentación filosófica con las pruebas históricas, á amenizar la explicación ardua y abstrusa de los dogmas con la aplicación adecuada y oportuna de interesantes ejemplos, y, lo que más importa, á ilustrar la verdad católica con la profunda sabiduría de la Escritura Sagrada y de los Padres de la Iglesia. En suma, el clero estudioso aprenderá el difícil arte de la oratoria y se acostumbrará á esgrimir con eficacia la poderosa arma de la palabra.

No demore V. R. la realización de su feliz pensamiento, y cuénteme entre los primeros que adquirirán su interesante obra.

Dios guarde á V. R. largos años para el bien de las almas y el honor de la Compañía á que pertenece. Ruegue por su

Afectísimo en Jesucristo

(Firmado) † PEDRO ADÁN, Obispo.

Cartagena, octubre 12 de 1898.

## AL LECTOR.

PUBLICA en este libro el R. P. Nicolás Cáceres, distinguido religioso de la Compañía de Jesús, hijo de la República de Guatemala y felizmente residente en Colombia, algunos de los sermones que ha predicado en su fecunda y ya larga carrera de orador sagrado.

El P. Cáceres se ha conquistado en nuestro país, amén de la reputación merecida de sacerdote ejemplar, docto catedrático, escritor elegante y cumplidísimo amigo, la de maestro en el arte de la elocuencia sagrada. Y, sin que el amor patrio nos ciegue, no es honor mezquino llegar á la primera línea en una tierra donde se han oído los varoniles sermones del Señor Canónigo Guerra; la peroración altísima del Doctor Saavedra; la perfecta declamación del Doctor Aguilar; la palabra llena de hechizos del Señor Arzobispo Paúl y, sobre todo, las homilias y sermones del santo y docto Arzobispo Mosquera, en quien revivieron en ocasiones la sabiduría, el celo y aun la serena levantadísima elocución de los antiguos Padres de la Iglesia. Ni faltan entre los sacerdotes colombianos quienes hayan seguido las huellas de los maestros precitados, y hay entre los que hoy viven, quien iguale, si no aventaja, á sus ilustres predecesores.

Si esta fuera colección de artículos literarios, bastaría que dijésemos al entendido lector: juzga por ti mismo del mérito del artista; mejor que nuestras palabras lo recomiendan



sus escritos. Mas éste es un florilegio de piezas oratorias, y aparecen aquí frías, desnudas de la voz, de la acción, del gesto, del calor que mientras vivieron las hicieron obras maestras de elocuencia. Son estos sermones como retratos fieles de grandes personajes ya muertos, bustos de Cicerón, grabados que representan á O'Connell ó á Bossuet, más propios para avivar la curiosidad que para satisfacerla.

La obra literaria, como el hombre que la crea, consta de cuerpo y alma. El primero, la parte material, la que le es común con la prosa más seca, son los pensamientos. La segunda, el principio activo, viviente, que le comunica al escrito su carácter de poético, es la forma; la encargada de colorear la austera verdad del entendimiento con los reflejos irisados de la fantasía, de elegir el vocablo que, no sólo retrate la idea, sino que la retrate embelleciéndola, de hallar la *callida iunctura* de unas palabras con otras, de combinarlas de modo que suenen como música al oído.

La oratoria necesita otra energía, una alma de aquella alma. Haciéndonos, por un instante no más, discípulos de Escoto, diremos que, á la forma literaria común á los demás géneros del arte, debe unir la elocuencia *entelechia* nueva que le da la declamación, la primera, y la segunda, y la tercera — según Marco Tulio — de las dotes del perfecto orador.

«El orador y el auditorio», dice Lacordaire, «son dos hermanos que nacen y mueren en un mismo día.» Añade en seguida con tristeza: «He aquí la suerte del orador. Después de arrebatarse las multitudes, baja con ellas en un mismo silencio. En vano la posteridad se esfuerza por oírlo, y por oír al pueblo que le aplaude; éntrambas voces se van desvaneciendo en el tiempo, como se desvanecen los sonidos en el espacio.»

Si esto se dice de la oratoria en general, ¿qué no se dirá de la sagrada? Allí hay más que perder con la dis-

tancia; el tono de autoridad de quien sabe que no habla en su nombre sino en nombre de Dios; la eficacia que comunica á la palabra sacerdotal la gracia de lo alto; la vibración del celo y de la caridad en el acento y el ademán; y las bóvedas altísimas del templo, y el altar dorado que brilla con el reflejo de los cirios, y los sonidos del órgano, voz de la Iglesia, que se apagan para dejar oír la voz del Señor mismo.

Por eso el lector que conocerá en este libro la materia y la forma literaria de los sermones del P. Cáceres, nos agradecerá que le demos una idea del alma ausente de esas oraciones. Así los niños oyen de boca de los ancianos narrar cómo era el gesto, el andar, el traje, las costumbres íntimas de los personajes de otro tiempo.

El consumado orador sagrado ha de ser teólogo consumado, y filósofo de cepa. No se puede infundir forma, soplo de vida pujante, á una materia raquítica y mezquina. No se esculpe el *Moisés* si no hay un trozo enorme de mármol blanquecino, ni se pinta el *Juicio Universal* sino en el amplio muro de la Capilla Sixtina. El P. Cáceres es teólogo y filósofo y tiene fuerza y agilidad didácticas, y la inapreciable ventaja de saber y profesar la filosofía entera, la de las edades antiguas, la que averigua de veras las causas últimas, la que recomienda León XIII, la de Santo Tomás y Suárez.

Pero la teología no es oratoria, y la filosofía no es elocuencia; la verdad ha de ir, para ser artística, envuelta en ropaje de severa hermosura. El P. Cáceres sabe vestir los austeros dogmas cristianos. En ocasiones, el adorno no alcanza á cubrir enteramente la aridez del pensamiento filosófico. Este defecto, si lo fuera, es defecto de artista. Los pintores suelen de intento fingir desgarrado el regio manto del guerrero para dejar entrever la recia contextura y los soberbios músculos del brazo potente.



Juzgará el lector por sí mismo de la correcta y limpia frase del P. Cáceres; verá transparentarse en este libro la piedad y el celo del religioso, y barruntará su humildad por el hecho de publicar estos sermones. No hay sacrificio para la vanagloria como entregar á la estampa obras que han dado fama, quitándoles lo que forma su principal mérito: la declamación en las obras de elocuencia.

El autor de estos sermones tendrá cincuenta años de edad; la época de la vida en que ya se ha desvanecido en el alma toda ilusión terrena; la que precede á la madurez perfecta de la ancianidad, sin haber perdido aún las energías de la juventud. Es de alta estatura, delgado de complexión, derecho de cuerpo, pero con aquella inclinación de cabeza que tienen al andar las personas que llevan graves deberes sobre sí. Su rostro es ascético, serio, pero se hace muy afable al hablar. Ya las canas empiezan á platearle la cabeza. Modesto en el vestir, pero muy pulcro, y con aquella distinción en los modales que no se obtiene sino con irreprochable educación primera.

La voz del P. Cáceres es dulce y sonora, con un ligerísimo acento nasal. Pronuncia con grande corrección, y sabe mudar el tono de la voz sin aquellas transiciones bruscas de soprano á bajo profundo, y viceversa, de que aún no hemos aprendido á gustar los bogotanos.

Dice con facilidad, y nunca lo hemos sorprendido vacilando para encontrar el vocablo y la frase; pero no es la afluencia de palabras de quien sabe el sermón de memoria, ó de aquéllos en quienes corren á la par el pensamiento y el verbo: al P. Cáceres le sobran pensamientos, y hay ocasiones en que hemos adivinado el sacrificio que hace al elegir una idea, dejando otra igualmente buena y apropiada.

Su acción oratoria sigue de preferencia al pensamiento interior, más bien que á la palabra; y como es de tempera-

mento nervioso — el mejor para un orador, siempre que se gobierne bien — tiene, como todo predicador notable, movimientos y ademanes que le son característicos.

En suma, es el R. P. Cáceres un timbre de honor para su patria y para la Compañía de Jesús, y su presencia en Colombia una fortuna. Quiera Dios que estos sermones tan fructuosos cuando se predicaron, continúen siéndolo para quien los leyere. Es lo único á que aspira su modesto y humilde autor, que, como buen hijo de San Ignacio, tiene por lema: *Ad maiorem Dei gloriam*; y, como sacerdote pide todos los días con el Profeta: *No á nosotros, Señor, no á nosotros des la gloria, sino solamente á tu santo nombre.*

RAFAEL M. CARRASQUILLA,  
Presbítero.

Bogotá, 1899.





## À MANERA DE PRÓLOGO.

AL publicar esta serie de sermones me creo en el deber de decir una palabra, no ya por rutina, sino para dar algún descargo á los que me notaren de temeridad ó sinrazón. Porque, si bien habrá muchas personas bondadosas é indulgentes, máxime entre las que me favorecen con su aprecio, á quienes no parezca mal mi propósito, no faltarán otras, y acaso no pocas, que mirando el libro de reojo se pregunten: «¿Para qué publicar más sermones? ¿no están atestados de sermonarios las bibliotecas? Y todavía, si trajeran algo nuevo... Pero...»

¿No tengo, pues, razón suficiente para acusarme á mí mismo de atrevido y temerario, al poner esta pobre y desaliñada producción en manos de un público tan exquisito como el de nuestros días?

Por desgracia el caso ha llegado á términos que me colocan en una penosa disyuntiva. Los *cuasi compromisos* contraídos con los dignísimos preladados con quienes consulté mi proyecto, y de quienes recibí, sin excepción, no sólo favorable acogida, sino conceptos y expresiones sobremana benévolas, abrumadoras algunas, no me permiten hoy volver atrás sin mengua del decoro y hasta de la formalidad. Otro tanto me acontece con la respetable Casa Editorial del Señor B. HERDER, cuya generosa respuesta á mi primera proposición dejó altamente comprometida mi gratitud. ¿Qué hacer pues? ¿pasar por temerario, ó por desobligado?



Todo bien reflexionado, y añadida la aprobación de la obra por mis superiores religiosos (cosa para mí de gravísimo peso), he resuelto dar de mano á toda vacilación y arrostrar toda clase de dificultades, sobreponiéndome á temores no infundados. Sale, pues, la obra emprendida seriamente hace cuatro años, y va, no en busca de humano aplauso, sino de la gloria de Dios y el provecho de las almas. Sea lo que fuere del éxito que alcanzare, la intención á lo menos no quedará sin recompensa. Por lo demás, si he de decir algo para sincerarme de la nota de atrevido, alegando, no el valor, sino la utilidad de la publicación, séame permitido advertir al que leyere que, por muchos y muy buenos que sean los sermonarios hasta aquí publicados, como muchos son también los libros de texto y de consulta que cada día ven la luz pública en toda materia, no está por demás una obra predicable que llega en su hora oportuna á llenar una necesidad sentida y reconocida por los del oficio en determinadas circunstancias. Y tal podría juzgarse la presente, aun á pesar de sus defectos.

Así parece lo han juzgado personajes tan respetables como el Ilustrísimo Señor Don Esteban Rojas, Obispo del Tolima en Colombia, quien en carta de noviembre de 1898 escrita al autor, le dice lo siguiente:

«Magnífica y oportunísima es la idea de V. R. de publicar un curso ó serie de sermones adaptados á nuestra América Latina: obra cuya necesidad se hace sentir demasiado y que, sin duda, y por la misma razón, con la bendición divina va á producir grandes frutos en todas estas Repúblicas, principalmente en la nuestra. Reciba V. R., etc.»

De igual sentir son los Ilustrísimos Señores Arzobispo de Guatemala y Obispos de Comayagua, San Salvador y Costa Rica, de quienes extractaremos algunos honrosos conceptos.

El Excelentísimo Señor Doctor Don Ricardo Casanova y Estrada, Arzobispo de Guatemala, escribe en estos términos: «Me complace mucho saber que piensa V. R. dar á luz una colección de sermones, dedicándola al clero de Centro-América y al de Colombia. Por la parte que nos toca en esta provincia eclesiástica, apruebo con gratitud la dedicatoria de *una obra que me persuado habrá de ser de notable provecho á las almas, etc.*» El Ilustrísimo Señor Doctor Don Manuel Francisco Vélez, Obispo de Comayagua, dice al autor: «Y ¿cómo no había yo de desear, con la mayor vehemencia de mi alma, que se publicara la colección de sus sermones, cuando *esta obra*, no sólo contribuiría á las glorias literarias de nuestra querida Patria (Centro-América), sino que *sería de grande provecho y utilidad á nuestro clero centroamericano?* Bien sabe V. R. que carecemos de una obra de este género... y que, publicándose una que corresponda á nuestras peculiares circunstancias y á nuestras locales necesidades, ella sería de máxima ventaja para nuestro clero.» El Ilustrísimo Señor Doctor Don Antonio Adolfo Pérez, Obispo de San Salvador, se expresa así: «Muy grata me es la noticia de la edición que S. R. tiene entre manos: *ella sería muy útil para instrucción y práctica de nuestro clero en la Cátedra sagrada*, y aprovechará no menos al pueblo para corrección y mejora de sus costumbres. Por lo que no puedo dejar de enviarle mi aprobación más completa, invitándole á que no prescinda de llevarla á cabo, y procure vencer las muchas dificultades que para ello deberán presentársele, como sucede ordinariamente con toda obra que tiene por fin la gloria de Dios.» Finalmente el Ilustrísimo Señor Doctor Don Bernardo Augusto Thiel, Obispo de Costa Rica, en términos no menos expresivos decía: «Aprovecho esta ocasión para felicitar á V. R. por tan feliz idea de publicar sus sermones, los que serán leídos con gusto, no sólo por



los sacerdotes, sino también por los seglares, y *que seguramente harán un bien inmenso.*» Con expresiones semejantes han apoyado el propósito de la presente publicación los Ilustrísimos Señores Doctores Don Ignacio Antonio Parra, Obispo de Nueva Pamplona, Don José Benigno Perilla, Obispo de Tunja, Don Rafael Zeledón, Obispo de Santa Marta, Don Fray Nicolás Casas, Vicario Apostólico de Casanare, y otros cuya aprobación nos es altamente satisfactoria. Y algunos, como los Prelados de Honduras, Santa Marta y otros, no contentos con prestar su apoyo moral, han ofrecido espontáneamente tomar considerable número de ejemplares para distribuirlos entre el clero de sus respectivas diócesis. Sin duda alguna los documentos aducidos (y otros que se verán adelante) nada prueban en favor del mérito intrínseco de la obra, siendo como son efecto de la excesiva benevolencia de tan ilustres personajes para con el autor; demuestran, sin embargo, que su publicación en las presentes circunstancias no es importuna ni debe reputarse inútil. ¡Ojalá que el resultado correspondiese, en parte al menos, á la idea preformada de la obra por los dignísimos prelados! De esto no me atrevo á responder, pero sí de la utilidad que ella podría producir entre nosotros.

Tenemos, en efecto, muchísimos volúmenes de sermones, originales algunos de autores españoles, traducidos la mayor parte de otras lenguas, especialmente del francés, porque es indiscutible la superioridad de la cátedra francesa, no sólo en el siglo de Luis XIV, sino aún en nuestros días.

Á pesar de toda esa riqueza, yo pregunto: ¿Nada nos queda que desear en materia de predicación? Díganlo cuantos tienen las manos en la masa. ¿Cuántas veces andan buscando y rebuscando algo que desean y necesitan para subir al púlpito, y no lo encuentran fácilmente? Y no porque no hallen en los libros que hojean, tesoros de doctrina y obras

maestras de elocuencia sagrada, sino porque no son esas obras las que les convienen en determinadas circunstancias, para tal lugar, fiesta ó clase de auditorio. Esas obras clásicas claro es que no deben faltar en ninguna mediana biblioteca de predicador ó literato, porque ésos son los eternos modelos en su género, sin cuyo estudio no se formará jamás ningún orador sagrado de algún mérito. Pero tampoco bastan esas obras al predicador de nuestros días y de nuestros países americanos, entre otras razones, por la diversidad de tiempos y lugares. ¿Podremos predicar hoy como antes de la revolución francesa, como en la época de nuestros cándidos abuelos? ¿espetaremos á nuestro ignorante pueblo una conferencia de Nuestra Señora de París? ¿tendrán en América las vehementes peroraciones de Segneri el mismo efecto que en Italia?

Conviniendo en la exactitud de estas observaciones, se objetará tal vez que poseemos ya numerosas bibliotecas de predicadores modernos franceses, españoles, etc. perfectamente adecuadas á las necesidades de la época y siglo en que vivimos: y en tal concepto no hay que pensar en nuevas publicaciones de índole tan apocada como la nuestra. Sea todo así verdad, y nosotros los primeros reconocemos el mérito no escaso de algunas de esas obras que corren en nuestros países, y sacan de serios apuros á muchos predicadores faltos de tiempo para componer obras propias. No creemos, sin embargo, que todo esté ya hecho ni mucho menos, en esta materia; y muchos pensarán como nosotros que queda mucho por hacer, no sin provecho de las almas y comodidad de los señores sacerdotes que se dedican á la ardua tarea de la predicación. Con este objeto hemos trabajado á la medida de nuestras fuerzas; y sin pretensiones de grandes aciertos, á pesar de larga experiencia en el sagrado ministerio del púlpito, nos damos por satisfechos con haber



puesto en tan importante labor nuestro pobre contingente. El título de la obra que hemos querido llamar *El Pulpito Americano*, revela nuestras leales y moderadas aspiraciones.

Nacido en suelo americano, natural es que propenda á cuanto puede contribuir al desarrollo de nuestra naciente literatura, pobrísima todavía en este género; y creo laudable todo esfuerzo que se haga en este sentido por los hijos de América, eclesiásticos y laicos. La amplitud misma del título (que corresponde á una obra de muchos volúmenes) denota el ardiente deseo, ya que no el propósito (que no está en mis manos realizar), de que esta humilde publicación abra la puerta á otras muchas más valiosas, fruto de los fecundos ingenios de toda la América Latina, las cuales reunidas en voluminosa colección den lustre á nuestro caro suelo, y presten útiles servicios á las iglesias de nuestro continente que anuncian la palabra de Dios en idioma castellano. Todas ellas, con poquitas diferencias, se hallan en las mismas condiciones y sienten las mismas necesidades. ¡Ojalá nuestro deseo se viese realizado no muy tarde! El pensamiento parece muy de acuerdo con las altas miras del Concilio Plenario Latino-Americano convocado en Roma en el año pasado por la sabiduría del inmortal Pontífice León XIII. Y su ejecución sería, á no dudarlo, un magnífico homenaje de nuestra parte á la gloria de Jesucristo nuestro Redentor, para coronar el siglo de la independencia de América y cimentar el que guarda, según esperamos, grandes elementos de prosperidad social y religiosa para nuestra querida patria.

A. M. D. G.

NB. Creemos un deber de gratitud publicar íntegras las cartas de recomendación de algunos Ilmos. Prelados, por más que nos confunda lo inmerecido de sus elogios que atribuimos á excesiva benevolencia personal.

## ÍNDICE.

	Pág.
El Autor . . . . .	VII
Á manera de prólogo . . . . .	XVI

### SERMONES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

1. La Eucaristía, mundo sobrenatural por excelencia . . . . .	3
2. Jesucristo, fuente de vida sobrenatural en la Eucaristía . . . . .	19
3. La Eucaristía, Sol del mundo sobrenatural . . . . .	36
4. El hombre, tabernáculo de Dios por la sagrada Eucaristía . . . . .	55
5. El porqué de las especies sacramentales . . . . .	72
6. Efectos de la sagrada Eucaristía: conocimiento y amor de Dios . . . . .	88
7. Efectos del Pan eucarístico: fortaleza y suavidad . . . . .	103
8. La adoración reparadora del SS. Sacramento . . . . .	119
9. La sagrada Eucaristía y la unidad de la Iglesia . . . . .	133
10. La sagrada Eucaristía, medicina y antídoto de la sensualidad . . . . .	148
11. La transformación moral del hombre por el modelo de la Eucaristía . . . . .	163
12. La Paz, fruto de la sagrada Eucaristía, asegurada por el culto público del SS. Sacramento . . . . .	177
13. La Fe y la Eucaristía . . . . .	192
14. La Esperanza y la Eucaristía . . . . .	206
15. La Caridad, columna de la Eucaristía . . . . .	220
16. La Eucaristía y la Encarnación: sus armonías . . . . .	235
17. La Eucaristía y la Encarnación: sus frutos . . . . .	252
18. La luz en las tinieblas . . . . .	267
19. La Eucaristía, antídoto del pecado . . . . .	282
20. La Eucaristía, ideal de santidad . . . . .	297
21. La Eucaristía y la libertad . . . . .	311
22. La Eucaristía y la igualdad . . . . .	326
23. La Eucaristía y la fraternidad . . . . .	341
24. Las dos vidas, eucarística y gloriosa . . . . .	355



SERMONES SOBRE ALGUNOS MISTERIOS  
DE JESUCRISTO.

	Pág.
Primer Panegírico del Dulce Nombre de Jesús . . . . .	375
Segundo Panegírico del Dulce Nombre de Jesús . . . . .	389
Sermón para la fiesta del Dulce Nombre de Jesús . . . . .	407
Sermón para la fiesta de la Epifanía . . . . .	424
Primer Sermón del Mandato . . . . .	439
Segundo Sermón del Mandato . . . . .	455
Primer Sermón del Descendimiento de la Cruz . . . . .	469
Segundo Sermón del Descendimiento de la Cruz . . . . .	484
Sermón de las siete Palabras del Redentor en la Cruz . . . . .	498
Sermón para el Domingo de Resurrección . . . . .	541
Sermón para el día de Pentecostés . . . . .	555
Panegírico de la Santísima Trinidad . . . . .	572
Sermón para la fiesta del Corpus . . . . .	589
Primer Panegírico del sagrado Corazón de Jesús . . . . .	605
Segundo Panegírico del mismo . . . . .	622
Tercer Panegírico del mismo . . . . .	637
Primer Sermón del sagrado Corazón de Jesús . . . . .	651
Segundo Sermón del mismo . . . . .	666

SERMONES  
DEL  
SANTÍSIMO SACRAMENTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



de María, aunque tal vez (por una de vuestras inconsecuencias ordinarias) neguéis á la Madre del Verbo encarnado la perpetua é inviolable virginidad; ¿por qué rehusáis vuestro asentimiento á esa misma palabra cuando os dice: *Tomad y comed, que esto que os doy es mi cuerpo*<sup>1</sup>? ¿No salta á la vista la inconsecuencia de esas sectas que no tienen otra ley de creer que su capricho? Concluyamos este punto dejando asentado que la fe en la Eucaristía es la garantía de toda fe cristiana, por lo mismo que la negación de todos nuestros dogmas es la muerte de la fe y el triunfo lógico del racionalismo ateo, ya tan avanzado en nuestros días.

6. Á la unidad de la fe se refiere, como á primera vista se comprende, la unidad de culto no menos preciosa ni menos esencial que la primera de la cual dimana. *Una fides, unum baptisma*. Unidos estrechísimamente por el lazo de una fe común que no discrepa en un solo ápice, están reunidos los verdaderos cristianos en un mismo lugar de oración, en un solo templo, no ya material, sino formal, porque adoran á Dios todos los días con unos mismos ritos y ceremonias lo mismo en el remoto Oriente que en los confines del Occidente, con unos mismos cánticos, oraciones y salmos, y hasta con un mismo idioma. Así como no puede darse más bello espectáculo de fraternidad, así no hay signo más auténtico de la verdad de la religión, esencialmente una, que esa bellísima uniformidad. Aquí sí que se verifica la ley formulada por el heraldo de la Cruz entre las gentes: *No hay delante de Dios judío ni gentil, bárbaro ni civilizado, sino todo y en todos Jesucristo*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Luc. 22, 19.<sup>2</sup> Col. 3, 11.

Aquí sí que se cumple el vaticinio de Malaquías que anunció el reino de Cristo caracterizado por la oblación universal de un sacrificio de suma limpieza que había de ofrecerse por toda la redondez de la tierra<sup>1</sup>. Pues bien, amados fieles, tan sublime cuadro de unidad de culto desaparece de nuestros ojos con la horrible negación del más augusto y más amable de nuestros misterios, el de la presencia real de Jesucristo en la sagrada Eucaristía. Sin ésta ¿qué queda de nuestro sacrificio del altar, supremo acto del culto divino entre los cristianos? ¡Ay de los míseros pueblos saqueados por la herejía de su más rico tesoro, la fe en el Sacramento adorable! ¡Pobres pueblos despojados de su culto! ¡Miserables templos, indignos ya de llamarse casas de Dios y moradas de oración! Desiertos están, aunque parezcan llenos de fríos adoradores, porque ha salido de allí ó, mejor dicho, ha sido indignamente arrojado de su trono Jesucristo. ¿Qué queda? Ni su imagen sacrosanta de la que abomina la herejía, ni su sombra, ni nada que revele su presencia. Desde el momento que la unidad de fe quedó rasgada por la blasfemia herética, murió también la verdadera y sólida piedad, porque sólo el Sacramento de nuestros altares es capaz de mantener ardiente su llama: ¡*Oh Sacramento*, volveré á exclamar con San Agustín, *Sacramento de piedad y signo de unidad*!

7. Destruído el culto cristiano, digno de este nombre, quedaba por el mismo hecho rota y despedazada la unidad de sacerdocio y jerarquía, cuyo centro es también la presencia eucarística. No habiendo ya sacrificio que ofrecer, ¿para qué ordenar y consagrar ministros? ¿acaso para las demás funciones del culto? Pero aca-

<sup>1</sup> Mal. 1, 11.



bamos de ver á qué se reduce ese culto donde no se tributa adoración á Jesús sacramentado; para tales ministerios, leer la adulterada palabra divina, dar lecciones de moral universal, cantar y tocar instrumentos como en un salón de academia, no es necesario verdadero sacerdocio, pues todas esas funciones pueden desempeñarlas ministros inferiores y aun simples laicos. Por lo demás, el sacerdocio fué claramente instituído por Jesucristo en la noche de la Cena conjuntamente con la Eucaristía y para servicio de este Sacramento: *Haced esto en memoria mía*<sup>1</sup>. Donde no hay Sacramento sino su profanación sacrílega, el sacerdocio ¿pasará de ser una indigna farsa? Bien sé que los ministros de tal culto, hijo de la herejía, se arrogan el pomposo título de Pastores; pero ese no sólo es un título hueco, por lo que hace al rebaño de Cristo, sino capaz de acarrear maldiciones á quien quiera que lo usurpa y lleva indignamente. Oíd al Señor por el Profeta Ezequiel: *¡Ay de vosotros pastores, que os apacentáis á vosotros mismos!*<sup>2</sup> Y de ellos habla el divino Salvador cuando dice: *El que no entra por la puerta en el aprisco, sino escalando los muros, ése no es pastor, sino ladrón.... Ese no viene sino á robar, matar y destruir las ovejas*<sup>3</sup>. Y ¿sabéis quién entra por la puerta del aprisco? Sólo aquél que, obediente al cayado del primer pastor, el Sumo Pontífice Romano, recibe de él las llaves, la imposición de las manos, la jurisdicción; aquél, en fin, que respeta inviolable la unidad del sacerdocio instituído por el Sacerdote Eterno, por el Pontífice de los bienes venideros<sup>4</sup>. Rotos, pues, y destruídos todos los lazos de la unidad

<sup>1</sup> Luc. 22, 19.<sup>2</sup> Ez. 34, 2.<sup>3</sup> Io. 10, 1. 10.<sup>4</sup> Hebr. 9, 11.

de fe, por obra de la herejía sacramentaria, ¿podrán menos de romperse los santos vínculos que ligan los corazones? ¿quedará á salvo *su unidad de caridad*? Vais á verlo en la segunda parte.

## II.

8. La unidad establecida por el Fundador del cristianismo no es sólo de creencias, con que se enlazan todos los espíritus, los cuales no piensan en materias religiosas sino en perfecto acuerdo con su cabeza visible; eslo también de sentimientos, con que se hacen uno en Cristo los corazones de todos los creyentes<sup>1</sup>. Así se vió en aquella edad de oro de la naciente Iglesia: *Entre toda aquella muchedumbre de cristianos no había más que un corazón y una alma*<sup>2</sup>. Jamás vió ni oyó el mundo un caso semejante, y ésta debía ser la contraseña de los verdaderos discípulos de Cristo, según disposición expresa del divino Maestro<sup>3</sup>. Fácil era, según esta señal inequívoca, reconocer al primer golpe de vista á los cristianos de pura raza, y discernirlos de los espúreos y de sólo nombre. Éstos fueron siempre *herejes*, es decir, según la fuerza literal del vocablo, autores de división, desgarradores de la túnica inconsútil, enemigos de toda unidad. Los que negaron más adelante, desde el siglo IX hasta nuestros días, la verdad de la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, merecen más que todos la nota de disociadores y fautores de discordias en el pueblo cristiano. Porque á poco que se reflexione se hallará que no hay germen más fecundo de discordia, como arraigado en lo más hondo del corazón, que la divergencia de opiniones religiosas. ¡Y si, en efecto, se

<sup>1</sup> Col. 3, 11.<sup>2</sup> Act. 4, 32.<sup>3</sup> Io. 13, 35.



tratara de meras opiniones! Así suelen apellidarse en este siglo de vacilaciones y paradojas, las creencias religiosas; pero por lo que respecta al verdadero católico, esas creencias, lejos de ser simples opiniones, son convicciones firmísimas, por cuyo sostenimiento daría sangre y vida, si fuese menester; son verdades más incommovibles en su pecho que las rocas de los principios evidentes; son su más precioso tesoro, que por ninguna violencia se dejaría arrebatar. Y ¿quién no comprende que, siendo de tal naturaleza las verdades de la fe sobrenatural, nada es tan odioso como herirlas de frente con la negación, y atacarlas hasta con la sátira y el insulto, como lo hacen los sectarios, mofadores de la respetable creencia secular de todo un pueblo? ¿Quién puede calcular hasta dónde llegará la amargura que esa lucha de doctrinas debe necesariamente producir en las entrañas del cristiano pueblo, como tósigo de muerte? La historia de todos los siglos, pero especialmente de los tres últimos, lo atestigua con la elocuencia de los hechos. ¡Qué de guerras de religión, qué de animosidades y odios implacables, qué de ruinas no ha amontonado el protestantismo, intruso por la fuerza ó el ardid en las naciones católicas! ¡Ay del pueblo dividido por oposición de doctrinas religiosas, que no podrá permanecer mucho tiempo sin rasgarse en bandos, y de ahí en sangrientas luchas intestinas! Pero demos de barato que, debido á la general indiferencia religiosa, ya casi apagado el ardor de la fe antigua, ó, si queréis, merced á cierto espíritu de tolerancia, las discordias no lleguen á tocar en esos extremos lamentables: ¿dejará por eso de resfriarse más y más la caridad? ¿podrán amarse como hermanos los que andan hondamente separados en punto tan importante como las doctrinas de la fe? ¡No! no

llega todavía á tanto la indolencia, que no influya, y no poco, en la unión y desunión de los corazones la unidad ó disonancia de doctrinas. Díganlo los que viven bajo un mismo techo, los que cobija una misma bandera. Por eso exhortaba San Pablo á los fieles de Corinto: *Decid todos una misma cosa, para que no haya cisma entre vosotros*<sup>1</sup>. *Sed perfectos teniendo un mismo sentir y parecer. ¿Hay por ventura división en Cristo?*

9. Y ¿qué será, cristianos oyentes, si á la oposición de creencias se sigue, como es natural, la oposición de prácticas y de lenguaje? ¿si uno alaba lo que otro vitupera, si el marido blasfema de lo que tiene por sacrosanto la mujer, si el incrédulo se mofa del augusto Misterio y desprecia el Sacrificio de la Misa á que no asiste jamás, entre tanto que el deudo y el amigo se arrodillan respetuosamente al pasar el santo Viático, y se descubren la cabeza al oír tocar á *Sanctus*, y no pierden procesión ni Misa? ¿Podrá negarse que esta contrariedad de costumbres, si no llega á turbar por completo la paz de las familias y de la sociedad, es un mal gravísimo, semillero de disgustos que hacen amargas y tristes muchas vidas? ¿No es esto romper la unión de los corazones, esa suave y venturosa unión que hace de la tierra un trasunto y remedo del cielo? Demasiado lo sabéis, ¡oh almas que tenéis la desgracia de experimentarlo de cerca! Ahí tenéis una de las mayores desventuras acarreadas á la sociedad moderna por la mal llamada libertad de conciencia y su corolario, la libertad de cultos, para no hablar de otro fruto no menos funesto, cual es el espíritu de indiferencia religiosa, la pérdida de la fe que resulta del escándalo corriente.

<sup>1</sup> I Cor. I, 10—13.



10. Pero miremos ya el asunto por un aspecto más consolador, contemplando el espectáculo de millares de corazones unidos, como en cadena de oro, por la fe y el culto de la sagrada Eucaristía. *O sacramentum pietatis, vinculum caritatis!* ¿Qué fuerza de atracción espiritual puede igualarse á la que posee el Sacramento del amor? Porque, en primer lugar, por él nos unimos estrechamente á Jesucristo, como los miembros á su cabeza, ó, mejor dicho, como el cuerpo al espíritu que lo anima y vivifica. Oíd al gran doctor San Agustín discurrendo sobre aquellas palabras: *El que come mi carne y bebe mi sangre, él permanece en mí y yo en él*<sup>1</sup>: «Permanecemos en Él siendo sus miembros; permanece Él en nosotros cuando somos templo suyo. Pero ¿cómo podemos serlo, si la unidad no nos enlaza? y ¿cómo puede enlazarnos sino por la caridad? Luego el espíritu de Cristo es el que nos vivifica, mientras permanecemos unidos á su cuerpo. Separados de éste, ya no puede darnos vida su espíritu. Esto debe infundirnos un saludable temor de ser separados y cortados del cuerpo de Cristo, y cierto que nada debería temer tanto el cristiano.»<sup>2</sup> He aquí, pues, el Sacramento por el cual nos unimos á Cristo hasta el grado de incorporarnos con Él y participar de su propia vida. Y al ser esto así, decidme, ¿no quedamos también mutua y estrechamente unidos en el mismo cuerpo del Señor? Miembros disgregados ¿pueden recibir la vida que les da el espíritu? Evidente es que no: luego el Sacramento de la Eucaristía es el más fuerte y hermoso vínculo de los corazones cristianos. ¿Qué será, pues, de los que lo desconocen, de los que le blasfeman, de los que no le

<sup>1</sup> Io. 6, 57.<sup>2</sup> S. August., tr. 27 in Io. (in Brev.).

reciben jamás? ¿Podrán mantener éstos viva en su pecho la llama de la caridad? Por lo que toca á los verdaderos adoradores del Dios sacramentado, la caridad los inflama, la caridad los compele á amar hasta á sus mismos enemigos y perseguidores, hasta á los enemigos de Dios, porque la caridad de Cristo no conoce el odio, ni el rencor, ni la venganza: la comunión hace fervientes cristianos, no fanáticos ni vengativos.

11. Aun para llegarse á ofrecer un don cualquiera ante el altar, es preciso reconciliarse primero con el hermano agraviado, á fin de que la ofrenda sea aceptable á los ojos de Dios<sup>1</sup>. Sí, hermanos míos, si por dicha nuestra nos sentamos á la Mesa de Jesucristo, para alimentarnos de su sagrado cuerpo, nuestro deber es hacerlo como hijos de un mismo padre, como verdaderos hermanos que se aman de todo corazón. Lejos del sagrado banquete los odios, envidias y rencores y cuantas malas pasiones corroen el corazón y secan el árbol frondoso de la caridad. Abracemos en la caridad de Cristo á los mismos desgraciados que no participan de nuestra fe ni de nuestros sentimientos, y pidamos al Señor les arranque la venda de los ojos para que vean que este Sacramento de piedad es el mayor tesoro que nos ha legado Jesús al morir, porque es el signo de aquella unidad característica de la verdadera Iglesia, fuera de la cual no hay unión con Dios sobre la tierra por gracia, ni puede haberla en la eternidad por la visión beatífica. En cuanto á nosotros católicos, unidos por la fe y el amor de Jesús sacramentado, confiamos llegar á la unidad perfecta en el seno de Dios en la bienaventuranza. Así sea.

<sup>1</sup> Matth. 5, 24.



## SERMÓN DÉCIMO

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1896).

## La sagrada Eucaristía, medicina y antidoto de la sensualidad.

Frumentum electorum et vinum germinans  
virgines.  
Trigo de los escogidos y vino que engendra  
virgenes.

Zach. 9, 17.

1. No os parezca fuera de propósito, cristianos oyentes, que hablemos hoy de enfermedades y medicinas, cuando, para completar la festividad del glorioso médico celestial San Juan de Dios, nos congregamos á adorar de día y de noche al divino Señor sacramentado en estas solemnísimas Cuarenta Horas. ¿Por ventura no venimos hoy también á implorar del bendito Padre de los pobres y caritativo curador de los enfermos, alivio á las dolencias, harto más peligrosas y agudas que las del cuerpo, que aquejan nuestro espíritu enfermizo, si ya no víctima de mortal y desesperada enfermedad? ¡Ah! yo no veo por todas partes más que enfermos, más ó menos amenazados de muerte, y muerte eterna, porque tal es el triste espectáculo que por doquiera nos ofrece la sociedad humana, contemplada con los ojos del espíritu. Y ¡ojalá que á tantos dolientes les viniera al menos el deseo de sanar, y no estuviesen bien hallados con las enfermedades que los consumen! Entonces vendrían á postrarse, como lo hacen los que se afanan por la salud corporal, á los pies del caritativo médico San Juan de Dios, el cual les mostraría la piscina milagrosa, donde, mejor que en la de Jerusalén<sup>1</sup>, hallarían la salud anhelada. Ellos no podrían alegar, como el pobre para-

<sup>1</sup> Io. 5, 2.

lítico de treinta y ocho años, que no tenían un hombre, un amigo que les diese la mano para echarse al agua agitada por el ángel de la salud; porque Juan de Dios, como tan amigo del ángel Rafael, sería para ellos ese hombre que, conduciéndolos al pie de Jesús sacramentado, los pondría en estado de feliz y pronta curación. ¿Qué mejor y más prodigiosa piscina espiritual que la sagrada Eucaristía? ¿No os parece, hermanos enfermos, que, no uno, sino todos cuantos acudieren á sus aguas saludables, habrán de obtener la salud? ¿No está escrito por el dedo de Dios que *no hay salud en otra parte*?<sup>1</sup> No extrañéis, pues, oyentes míos, que venga á hablaros hoy de enfermedades, porque Jesús sacramentado es aquel *que las sabe y quiere curarlas todas*<sup>2</sup>.

2. Pero una hay entre todas que, por horrible, cruel y arraigada en lo más interior de nuestro ser, resiste á todo humano tratamiento, y hace hoy y continuará haciendo universal estrago en el género humano, si Jesús mismo, con su virtud infinita, no viene á curarla. Es aquella insanable llaga de pésimo carácter de la cual parece hablar Dios por Jeremías: *Insanabilis fractura tua, pessima plaga tua*<sup>3</sup>. No lo toméis á exageración, hermanos en el Señor; vosotros mismos lo reconoceréis conmigo tan pronto como os la designe con su nombre: es la sensualidad, monstruo — diré apropiándome las frases de un autor contemporáneo — que el mundo no conoce, á pesar de ser su víctima, y que yo quiero denunciar como el azote más terrible de la especie humana. Pero no: no es mi intento denunciarlo solamente, que bien penetrados estáis de su malignidad; quiero más bien proponeros su remedio en la sagrada Eucaristía. Remedio

<sup>1</sup> Act. 4, 12.<sup>2</sup> Matth. 4, 23.<sup>3</sup> Jer. 30, 12.



heroico es éste, no puede negarse; pero también remedio eficazísimo, medicina y antídoto del cruel y asqueroso sensualismo, de ese mal que corroe la medula de los huesos á las nueve décimas partes de la degenerada familia de Adán. Ved aquí, pues, el grave asunto de vuestra piadosa atención. María, *salud de los enfermos*, intercederá por nosotros para que sea á todos de espiritual provecho. Al efecto saludemos como de costumbre á la más pura de las vírgenes. *Ave María*.

## I.

3. Para apreciar lo heroico del remedio sería preciso conocer á fondo tres condiciones del mal que señalamos: su gravedad, su extensión, su incurabilidad. Es una plaga *pésima, universal, insanable*<sup>1</sup>. Y con todo nos atrevemos á indicarle el remedio de la sagrada Eucaristía. No, miserabilísimos enfermos, apestados de la lepra más cruel y contagiosa, no hay que desesperar, si, como supongo, deseáis de veras la salud, porque Aquel que dijo al que yacía: — *¿Quieres sanar?* — añadió á la contestación afirmativa: — *Levántate, toma tu estrado y camina*. — Y la orden de Cristo se cumplió en el acto. El desahuciado de treinta y ocho años se halló repentinamente sano<sup>2</sup>. ¿Quién desconfiará de tal virtud para curar?

4. El mal de que adolece la mayor parte del género humano, y es la plaga asoladora de las modernas sociedades, la sensualidad, es ciertamente un mal de pésimo carácter, es una enfermedad de muerte, y muerte eterna. No hablemos ya como cristianos diciendo que por efecto de este vicio tan abominable á los ojos de un Dios,

<sup>1</sup> Ier. 30, 12.<sup>2</sup> Io. 6, 6—9.

que es puro espíritu y santidad por esencia, se precipitan al infierno á consumirse en eternas llamas la mayor parte de los que se condenan, y que «de cada cien réprobos, los noventa y nueve lo son por causa de la impureza»<sup>1</sup>. Esta consideración sería bastante para hacernos comprender la gravedad del mal de que tratamos, si la fe tuviera en nuestras almas la vivacidad suficiente para esclarecernos é impresionarnos; pero, ya que esto, por efecto tal vez del mismo vicio, no sea así como debiera, discurremos como meros moralistas sobre las bases de la razón y la experiencia. Basta conocer la naturaleza del infame vicio. «Siendo la sensualidad, diremos con un conocido escritor, el amor desordenado ó el apetito de goces materiales, es la victoria habitual de la carne sobre el espíritu.» ¿Qué os parece de tamaño desorden y tan indigno trastorno moral, que sustituye al noble señorío del espíritu el oprobioso yugo de los sentidos, haciendo reina la que debía ser esclava, y esclavizando con vergonzosas cadenas á la reina de nuestro ser, la razón? ¿Lo comprendéis, enfermos voluntarios del mal de la voluptuosidad? Deberíais en toda situación ser dueños de vosotros mismos, sujetar vuestras inclinaciones sensuales, reprimir vuestros desarreglados apetitos, que para ello os dió el Criador fuerzas bastantes en el fulgor de la razón, en la energía del libre albedrío, y, supuesta la caída original, en la luz de la fe y en el poder de la gracia. *Bajo de ti estará tu apetito, tú te enseñorearás de él*, dijo Dios á Caín dominado por la ira y la envidia de su hermano<sup>2</sup>. Y al Apóstol que pedía verse libre de la guerra cruel de

<sup>1</sup> S. Ligor. (apud Marchal, L'homme comme il le faut).<sup>2</sup> Gen. 4, 7.



los sentidos<sup>1</sup>, díjole el Señor: *Bástate mi gracia*<sup>2</sup>. ¿Lo veis? Por fuerte que sea la mala inclinación, por recia y encarnizada que se presente la pelea, el hombre, responsable siempre de sus actos ante Dios y la conciencia, no puede ser vencido si resiste al ímpetu del enemigo, si sabe conservar la dignidad moral de hombre y de cristiano. ¡No! la carne no le dominará, mientras él no lo consienta. Y no debe, no puede consentirlo, á menos de abdicar cobardemente el cetro, de envilecerse y degradarse hasta el nivel de los irracionales<sup>3</sup>. ¿No reconocéis ya claramente la enorme gravedad del mal que llamamos sensualidad, abarcando en un solo vocablo todos los vicios de los sentidos que el Apóstol enumera con sus nombres propios, cuando dice que son bien conocidas las obras de la carne<sup>4</sup>? Sí, verdaderamente infinitos son los daños que él sólo apareja al hombre, ya como individuo, ya como miembro de la sociedad. El solo es raíz de infinitas miserias de alma y cuerpo, fuente de lágrimas en el hogar, cenagoso manantial de desventuras para las naciones. La experiencia de acuerdo con la razón y la fe lo atestiguan diariamente. Conocido y demostrado es aquel terrible aforismo de la ciencia: «Los hombres no mueren, sino que se matan.» Y los hospitales lo comprueban.... Las familias lloran frecuentemente en secreto los desórdenes que produce ora la embriaguez, ora el libertinaje, ora la traición y la infidelidad conyugal. ¿Qué diré de las deshonras en que sume la pasión sensual á tantas víctimas de su tiranía? No es, pues, una enfermedad horrible, es una muerte espantosa la sensualidad, porque mata en el hombre todo

<sup>1</sup> 2 Cor. 12, 8.<sup>2</sup> Ibid. 9.<sup>3</sup> Ps. 48, 13.<sup>4</sup> Gal. 5, 19.

cuanto en él vive, alma y cuerpo, sentimientos generosos y rectos, honor, dignidad, energía para el bien, toda virtud....

5. ¡Y siquiera no fuese un mal tan contagioso! Y si no fuesen tántas, tantísimas las víctimas que arrastra día por día hasta el sepulcro, hasta el infierno! Esto es lo que más debe horripilarnos, si algún interés nos inspira, no ya nuestro bienestar personal, sino la suerte de la pobre humanidad. Bien sé que esta enfermedad no es de data reciente, sino tan antigua como el hombre mismo, puesto que precedió ya al diluvio universal, siendo ella otro diluvio de corrupción más espantoso que el que bajó del cielo á barrer toda la inmundicia de la tierra. Mas ¿quién duda que hoy, como en los días del paganismo antiguo, la sensualidad domina todo el mundo, y amenaza inundarlo enteramente en torpe ciego? ¿Qué dicen las modernas costumbres? ¿No es ya infinito el número de los sibaritas? ¿Cuántos hay en el gran mundo que, disponiendo de riquezas, no viven sólo para regalarse, anegándose en placeres? Y los que carecen de medios para satisfacer sus insaciables y locos apetitos, ¿no se desesperan? ¿no se llaman malaventurados? ¿no se hastían y reniegan de la vida? ¡Cuán cierto es lo que consigna un escritor bien experto en este asunto: «Tan encarnado está este vicio en las costumbres de nuestra degenerada sociedad — habla de Francia — que los sacrificios que se hacen para enriquecerse, no tienen otro objeto que el de adquirir con qué comprar deleites.... Al deleite se habitúan tan sin remordimiento las enervadas generaciones, que llegan á decir seriamente que la vida sin él no tiene objeto.»<sup>1</sup> ¿No

<sup>1</sup> *Marchal* l. c. cap. 5.



son éstas, cristianos oyentes, las máximas y costumbres que van tomando carta de naturaleza en todas partes? ¿No parece que á esto tienda, como á su último fin, todo lo que se ha dado en llamar adelanto y civilización? Por manera que lo sumo de la felicidad será el *máximum* del placer, ni más ni menos que en las doctrinas degradantes de Epicuro, perfectamente practicadas por Heliogábalo en la antigüedad, y por muchos Heliogábalos contemporáneos. ¡Lamentable situación de los espíritus en la hora presente! Niños, jóvenes, ancianos, hombres y mujeres, gentes de la clase alta y de la obrera, todos, con rarísimas excepciones, no aspiran más que á gozar por los sentidos, á saturarse de placeres materiales. Bien sabéis cuánto concurren á este general desorden las corruptoras doctrinas que van difundiendo también por todas partes con el pomposo título de filosofía moderna, de verdadera ciencia; doctrinas inmorales en el fondo, por más que traten de disfrazarse con bellas palabras, doctrinas cuya aplicación no puede menos que producir el más crudo y descarado sensualismo. Por eso la Iglesia, única institución que vela por la sana moral como por la verdad religiosa, no cesa de anatematizar tales doctrinas, y lucha por apartar de esas fuentes envenenadas á sus hijos. Pero ¡ay! ¡qué poco pueden los desvelos maternos de la Iglesia! Nada valen sus advertencias saludables ni sus amenazas terribles, por ese ardid satánico, puesto hoy en juego por las sectas, de desacreditar y escarnecer á la Iglesia ante la sociedad, presentándola como enemiga de la ciencia y del progreso, cuando ella sólo es enemiga del error y de la corrupción. Sabéis también cuán poderoso incentivo de la pasión sensual son los espectáculos lascivos, las novelas, el lujo inmodesto y ruinoso, la licencia

de costumbres y tantas otras prácticas naturalizadas en la vida moderna.

6. Así sucede que el mal de la sensualidad llega á ser casi incurable en el desgraciado que se ha dejado dominar por él. ¡Qué imperio tan difícil de derrocar el del hábito del deleite sensual! ¿Quién podrá romper esas cadenas? «Lejos de mí, volveré á decir con el autor citado, lejos de mí la idea de desalentar á una sola alma, ni exagerar nada por exceso de celo; la misericordia de Dios es infinita, y bien conoce Dios el limo de que está amasada la pobre humanidad; y, por otra parte, como Él es omnipotente, puede obrar de modo que baste un instante á su gracia para transformar un corazón como el de Magdalena, y purificar una alma como la de Agustín.... Pero, á despecho de lo que acabo de decir, es verdad que la pasión cuyos estragos denunció tiene con harta frecuencia por resultado, notadlo bien, carísimos oyentes, tiene por resultado hacer imposible para el corazón que domina, una vuelta sincera á la virtud.»

7. ¿Será, pues, preciso renunciar á toda esperanza de salud? ¿Habrà Dios de abandonar á la perdición temporal y eterna á tantas almas, por no decir, á la humanidad en masa? No, cristianos; pues á la gravedad imponderable del mal ha opuesto la divina misericordia un remedio heroico, así de curación para los más desahuciados enfermos, como de preservación para los todavía sanos ó no tan agravados por la mortal dolencia. ¿Cuál es este remedio? Oídlo, pecadores, oídlo, almas inocentes, oídlo, hombres todos que no os resignáis á ver morir al género humano sin recurso: el remedio es la sangre de Jesucristo, infiltrada en nuestras venas por el Sacramento de la Eucaristía. *Sanguis Christi emundat*



nos<sup>1</sup>. Porque, si la sangre de las víctimas legales, decía el gran Doctor de las gentes, era poderosa para santificar al hombre manchado, purificando su carne, ¿cuánto más no lo será la sangre del Cordero immaculado?<sup>2</sup> ¡Dichosos, pues, los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero!<sup>3</sup> Y no penséis, hermanos míos, que estas palabras signifiquen solamente el perdón de los pecados cometidos y la recuperación feliz de la inocencia; pues la misma virtud que borra las feas manchas de la culpa, puede muy bien borrar y destruir los malos hábitos, que son sus gérmenes, puede fortalecer el espíritu contra los asaltos de una carne depravada, renovar y regenerar á todo el hombre, formando en él una *nueva criatura*, como se explica el Apóstol<sup>4</sup>. En virtud de esta restauración, añade el mismo, la criatura renovada se verá libre de la esclavitud de su propia corrupción<sup>5</sup>. Porque ¿de qué nos aprovecharía ser purificados una vez, si quedásemos sujetos á la necesidad de volver á encenagarnos en el vicio, siendo esclavos eternos, irredimibles de nuestras pasiones? No, carísimos hermanos, esto no puede ser así. Existe, pues, un específico eficaz para la más cruel de nuestras enfermedades. Y si existe, no puede ser otro que la Eucaristía; porque, si bien la preciosa sangre se comunica al alma por el conducto de todos los sacramentos de la Iglesia, por ninguno corre tan abundante y vivifica como por el de la comunión sacramental. Aquí están aquellas *fuentes del Salvador* que profetizó Isaías, de donde podemos tomar con alegría el agua de la salvación<sup>6</sup>. Y si la pasión de Cristo nuestro Redentor es tan eficaz

<sup>1</sup> 1 Io. 1, 7.<sup>2</sup> Hebr. 9, 14.<sup>3</sup> Apoc. 22, 14.<sup>4</sup> Gal. 6, 15.<sup>5</sup> Rom. 8, 20.<sup>6</sup> Is. 12, 3.

remedio para todas nuestras llagas y pasiones, que, como dice San Bernardo: «En ninguna parte he encontrado medicina más eficaz que en las llagas de Cristo»; ¿qué enfermo irá á buscar en otra parte que en la Eucaristía el codiciado remedio, sabiendo que aquí está real y verdaderamente Cristo crucificado, y su pasión aquí renovada, y su muerte á todas horas repetida en el divino sacrificio?

8. Y veis aquí, amadísimos oyentes, un remedio tan universal como la misma dolencia que atrozmente aflige á cuantos hemos nacido de una carne inficionada por la concupiscencia. Porque si *nadie*, como dice Job, *está limpio de esta mancha, ni aun el recién nacido*<sup>1</sup>, nadie hay tampoco que no pueda purificar su corazón y sus sentidos en esta fuente de gracia y de pureza, colocada, como vaticinó un Profeta, en medio de la Iglesia ó casa de David<sup>2</sup>. Venid todos al Sacramento del Altar, venid enfermos de toda clase y condición: para todos tiene Cristo salud y vida, porque Él ha dicho: *Yo soy tu salud... venid á mí todos*<sup>3</sup>. ¡Ay! ¡cuántos le desoyen, y aun le vuelven las espaldas!... ¡Cuántos se mofan en su corazón del remedio que se les propina! Así se retiraba incrédulo y murmurando aquel gran personaje de Siria, Naamán, cuando para curarse de la lepra mandó el Eliseo lavarse en las aguas del Jordán, creyendo él hallar mejores y más salutíferos baños en su tierra. Lavóse empero, mejor aconsejado, y al instante quedó sano<sup>4</sup>. Con harta más razón quedarán sanos de la sensualidad los que acepten la salud que les brinda el médico divino en la piscina de la sagrada Eucaristía. ¿Re-

<sup>1</sup> Job 14, 4 (vers. alexandr.).<sup>2</sup> Zach. 13, 1.<sup>3</sup> Ps. 34, 3. Matth. 11, 28.<sup>4</sup> 4 Reg. 5, 14.



cordáis aquel ciego á quien mandó Jesús bañarse en el estanque de Siloé? Hízolo lleno de fe, y volvió con vista. Pues tened fe, y recobraréis al punto la salud del alma. Porque, como paso á exponer en segundo lugar, las condiciones de salud que posee la Eucaristía, hácela eficazísima contra la sensualidad.

## II.

9. Averiguada cosa es, así por la razón como por la común experiencia, que el manjar delicado y el vino exquisito son incentivos violentos del vicio sensual. De ahí que para reprimir sus bríos nada se aconseje y recete tanto como la frugalidad y la templanza. *El vino y las mujeres*, dice la Escritura, *hacen caer en la apostasia á los mismos sabios, y en el oprobio á los hombres sensatos*<sup>1</sup>. *El vino*, dice en otra parte el Espíritu Santo, *lleva á la lujuria, á la embriaguez y al tumulto*<sup>2</sup>. Lo mismo debe decirse de la glotonería y regalo de los opíparos banquetes, tan del gusto de los sibaritas de todos los siglos. Pero con ser así todo, hay un manjar del cielo que se llama *Trigo de los escogidos*, y un vino de sabor dulcísimo que *hace germinar virginidad y pureza* á los que lo gustan, y es lo más bueno y hermoso de la mesa del mismo Dios<sup>3</sup>. ¿Quién no admira este prodigio? ¿quién no ve designada aquí la sagrada Eucaristía, la deliciosa Mesa de la comunión? Ella produce efectos diametralmente opuestos á los de las viandas y bebidas corporales, precisamente por ser espiritual, porque *el espíritu hace siempre guerra á la materia*<sup>4</sup>. Regalad la carne, dadle fuerzas, acariciadla, y no habrá

<sup>1</sup> Eccli. 19, 10.<sup>2</sup> Prov. 20, 1.<sup>3</sup> Zach. 9, 17.<sup>4</sup> Gal. 5, 17.

fiera más indómita, y os despeñará en el abismo; por el contrario, alimentad el espíritu, fortalecedlo, y la bestia feroz perderá su fiereza, y se sujetará fácilmente al yugo de la razón.

10. Por el sólo hecho de dársenos la Eucaristía en forma de alimento se echa de ver cuán eficazmente obra en nosotros como medicina, puesto caso que suelen ser más eficaces los remedios que van al interior á buscar y atacar la enfermedad en su mismo origen que los que sólo se aplican á combatirla por de fuera. No os parezca, hermanos míos, de poca fuerza este argumento, tomado de bien conocida analogía; porque, si hay enfermedades tan hondamente arraigadas en el organismo, que para vencerlas es preciso hacer que las sustancias que las atacan penetren en lo interior de los mismos órganos, á fin de que, mezcladas con los elementos vitales, destruyan, dentro de aquéllos, los gérmenes mortíferos que allí se han hecho fuertes; decidme: para lanzar el virus de la sensualidad, para purificar la sangre del alma, ¿no será menester introducir por medio del alimento celestial de la Eucaristía elementos divinos, y, por decirlo así, reconstituyentes de una naturaleza estragada y empobrecida con los excesos del vicio? ¿No será menester que se trasvase sangre divina en nuestras venas? Así es en efecto, cristianos, y así lo ha dispuesto el amoroso médico de nuestras almas, dándonos su propia sangre por medicina. ¿Cómo no ha de criar sangre pura en nosotros ese vino formado de la leche virginal! ¿Cómo no ha de robustecer nuestra debilitada naturaleza, hasta trocarnos en héroes de castidad, ese Pan de los fuertes!

11. Hay todavía otra consideración, más decisiva. Por la Eucaristía nos ponemos en contacto íntimo con el cuerpo del Señor. No es su alma solamente y su



divinidad lo que nos da Jesucristo, es su carne inmaculada: *Caro mea vere est cibus. Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, no tendréis vida en vosotros*<sup>1</sup>. De donde infiero, con lógica inflexible, que el Sacramento eucarístico mata en nosotros la sensualidad. ¿Por qué, cristianos? Porque, así como la carne de pecado no puede tocarse sin que manche, así, por el contrario, no puede tocarse físicamente la carne pura, inmaculada del Verbo Encarnado sin que purifique á quien la toca. Así lo sentía vivamente aquella doncellita tan pura como varonil, la bienaventurada Inés<sup>2</sup>, cuando exclamaba llena de entusiasmo cantando el epitalamio de sus bodas con el celestial Esposo: «Amo á aquel que no tiene madre en el cielo ni padre en la tierra; á Él sí puedo amarle siendo casta, porque su contacto me hace pura, su posesión acrisola mi virginidad.» Si el roce con personas de acendrada pureza, como brisa del cielo, purifica las almas, según la historia de la Iglesia lo atestigua, y no puede menos de suceder, ora se considere el respeto que impone la inocencia hasta en los espíritus más licenciosos, ora se atienda á la dulce y poderosa simpatía que irradia de la virtud: ¿qué quilates no debe comunicar á la limpieza de cuerpo y alma el roce más estrecho que darse puede, el más íntimo contacto con el autor de toda pureza y santidad? Si, al tocar solamente la orla de sus vestiduras, huyó la enfermedad de aquella pobre enferma de diez y ocho años que, llena de fe, había dicho: *Si llego á tocar sus vestidos, seré sana*<sup>3</sup>; ¿qué enfermedad espiritual, por inveterada que sea, podrá resistir al contacto del cuerpo real del Salvador? ¿Por ventura no

<sup>1</sup> Io. 6, 54.<sup>2</sup> Brev. Rom. in fest. Sanctæ Agnetis V. M.<sup>3</sup> Matth. 9, 20.

aparta de nosotros toda imagen de profanos goces y todo sentimiento de sensual deleite la sola presencia de ese Dios sacramentado, ante quien nos hallamos reunidos en el santo templo? ¿A menos que nuestro espíritu esté totalmente vacío de las impresiones de la fe, á menos de asistir á esta reunión solamente con el cuerpo, ó de venir expresamente á profanarla con la disipación y el desacato, es imposible que el corazón más relajado no sienta aquí, delante de la Majestad de un Dios oculto pero realmente presente, impresiones saludables, que, enfrenando los sentidos, le dispongan, por lo menos, á seguir una conducta más arreglada y virtuosa. ¿Qué será, pues, si nos acercamos á la sagrada mesa con las disposiciones que la fe nos inspira y la Iglesia reclama? ¿Qué afecto no producirá la frecuente y devota comunión?

12. Porque, en este caso, hermanos míos, ponemos en juego por nuestra parte todos aquellos medios y arbitrios que la cristiana prudencia nos sugiere y la voz de un fiel amigo nos señala, para convalecer y curar de la cruelísima dolencia del vicio sensual. *Esta clase de demonios*, decía el divino Libertador, *no se lanza del hombre sino á poder de oración y de ayuno*<sup>1</sup>. La austeridad, pues, la mortificación de los sentidos y la oración fervorosa y humilde, armada de fe en Dios y desconfianza propia, son los más poderosos antídotos contra la sensualidad, indicados á una por la razón y la experiencia. Cuantos han tenido la felicidad de curarse de esa asquerosa lepra, no lo han obtenido por otros medios. Porque, desengañémonos de una vez para siempre: no son los remedios de la ciencia ni mucho

<sup>1</sup> Matth. 17, 20.



menos los que nuestro propio orgullo nos sugiere, los que han de poder obrar en un corazón corrompido el milagro de restituirle la sanidad de la pureza, sino la gracia divina y sobrenatural, la virtud de Jesucristo en nosotros, mediante, eso sí, nuestra cooperación seria y constante. Sin esto, os puedo asegurar, que no hay hombre puro y casto sobre la faz de la tierra. La santa pureza es don altísimo que sólo de Dios descende, como ya lo reconoció el sapientísimo Salomón<sup>1</sup>, y reconócenlo por experiencia propia cuantos de veras se proponen adquirirla. Pues bien, en la sagrada comunión, que necesariamente ha de ir precedida de la penitencia sacramental, acompañada de profundo recogimiento de espíritu y alejamiento de toda distracción, y naturalmente seguida de más asidua vigilancia de sí mismo y de una severa represión de pasiones y ocasiones pecaminosas, hallaréis maravillosamente combinados cuantos elementos pueden concurrir, ya de parte de Dios, ya de parte del hombre, para operar la apetecida y difícil curación de la más terrible de las enfermedades que afligen á nuestra pobre y ruin naturaleza. ¡Plegue al Señor concedernos abundante luz y gracia para querer seriamente aprovecharnos del heroico remedio que nos ofrece la sagrada Eucaristía! Entonces comprenderéis que *el dedo de Dios está aquí*<sup>2</sup>. Así sea.

<sup>1</sup> Sap. 8, 21.<sup>2</sup> Ex. 8, 19.

## SERMÓN UNDÉCIMO

(predicado en la iglesia de la Tercera, Bogotá, 1885).

## La transformación moral del hombre por el modelo de la Eucaristía.

Vivo... ego, iam non ego, vivit vero in me Christus.  
Vivo yo, ya no yo, sino que vive Cristo en mí.  
Gal. 2, 20.

I. ¡Qué transformación más magnífica, amados oyentes, que la operada en el Seráfico Patriarca de Asís por la impresión de las sagradas llagas del Redentor! Si ésta no hubiese sido demasiado patente, como lo asegura la historia<sup>1</sup>, los efectos sobrenaturales, perfectamente visibles en el glorioso Santo, habrían denunciado un hecho de carácter extraordinariamente portentoso, como causa proporcionada de aquellos fenómenos divinos. No extrañéis esta expresión que significa la brillante aparición de Dios en la acción del hombre. Porque si hasta entonces el gran Padre San Francisco había sido más que hombre, ángel por la santidad y la pureza, desde que un alado Serafín le imprimió los sagrados estigmas del Dios crucificado, fué ya él mismo un Serafín de amor, fué más todavía, la viva imagen y copia acabadísima del mismo Cristo Jesús, brillando así Dios en el hombre con extraordinarios resplandores. Por más que el varón santo, tipo de la humildad más profunda, tratase de esconder aquellas maravillosas señales, la secreta virtud de las mismas llagas sacrosantas producía en lo exterior tales milagros de santidad, dice San Buenaventura, que no podía menos de revelarse á los ojos de cuantos le rodeaban<sup>2</sup>. Y ¿cuáles eran estos

<sup>1</sup> S. Bonav. in Leg. S. Franc. c. 13 (Brev. Rom.).<sup>2</sup> Ut illorum occulta et mira vis Stigmatum manifesta pateret claritate signorum (ibid.).



menos los que nuestro propio orgullo nos sugiere, los que han de poder obrar en un corazón corrompido el milagro de restituirle la sanidad de la pureza, sino la gracia divina y sobrenatural, la virtud de Jesucristo en nosotros, mediante, eso sí, nuestra cooperación seria y constante. Sin esto, os puedo asegurar, que no hay hombre puro y casto sobre la faz de la tierra. La santa pureza es don altísimo que sólo de Dios descende, como ya lo reconoció el sapientísimo Salomón<sup>1</sup>, y reconócenlo por experiencia propia cuantos de veras se proponen adquirirla. Pues bien, en la sagrada comunión, que necesariamente ha de ir precedida de la penitencia sacramental, acompañada de profundo recogimiento de espíritu y alejamiento de toda distracción, y naturalmente seguida de más asidua vigilancia de sí mismo y de una severa represión de pasiones y ocasiones pecaminosas, hallaréis maravillosamente combinados cuantos elementos pueden concurrir, ya de parte de Dios, ya de parte del hombre, para operar la apetecida y difícil curación de la más terrible de las enfermedades que afligen á nuestra pobre y ruin naturaleza. ¡Plegue al Señor concedernos abundante luz y gracia para querer seriamente aprovecharnos del heroico remedio que nos ofrece la sagrada Eucaristía! Entonces comprenderéis que *el dedo de Dios está aquí*<sup>2</sup>. Así sea.

<sup>1</sup> Sap. 8, 21.<sup>2</sup> Ex. 8, 19.

## SERMÓN UNDÉCIMO

(predicado en la iglesia de la Tercera, Bogotá, 1885).

## La transformación moral del hombre por el modelo de la Eucaristía.

Vivo... ego, iam non ego, vivit vero in me Christus.  
Vivo yo, ya no yo, sino que vive Cristo en mí.  
Gal. 2, 20.

I. ¡Qué transformación más magnífica, amados oyentes, que la operada en el Seráfico Patriarca de Asís por la impresión de las sagradas llagas del Redentor! Si ésta no hubiese sido demasiado patente, como lo asegura la historia<sup>1</sup>, los efectos sobrenaturales, perfectamente visibles en el glorioso Santo, habrían denunciado un hecho de carácter extraordinariamente portentoso, como causa proporcionada de aquellos fenómenos divinos. No extrañéis esta expresión que significa la brillante aparición de Dios en la acción del hombre. Porque si hasta entonces el gran Padre San Francisco había sido más que hombre, ángel por la santidad y la pureza, desde que un alado Serafín le imprimió los sagrados estigmas del Dios crucificado, fué ya él mismo un Serafín de amor, fué más todavía, la viva imagen y copia acabadísima del mismo Cristo Jesús, brillando así Dios en el hombre con extraordinarios resplandores. Por más que el varón santo, tipo de la humildad más profunda, tratase de esconder aquellas maravillosas señales, la secreta virtud de las mismas llagas sacrosantas producía en lo exterior tales milagros de santidad, dice San Buenaventura, que no podía menos de revelarse á los ojos de cuantos le rodeaban<sup>2</sup>. Y ¿cuáles eran estos

<sup>1</sup> S. Bonav. in Leg. S. Franc. c. 13 (Brev. Rom.).<sup>2</sup> Ut illorum occulta et mira vis Stigmatum manifesta pateret claritate signorum (ibid.).



milagrosos signos, carísimos hermanos, sino la transformación maravillosa y completa del hombre estigmatizado, en la figura de Cristo clavado en la cruz, no ya por el martirio del cuerpo, sino por los incendios de un alma enamorada?<sup>1</sup> Aparecía, pues, Francisco como un hombre completamente nuevo, revestido del mismo Jesucristo según la vigorosa frase del Apóstol: *Revestíos del nuevo hombre, creado según Dios, en justicia y santidad de verdad*<sup>2</sup>.

2. Tal debiera aparecer todo hombre que se pone en contacto con el Sacramento augusto de la Eucaristía; porque, si tan maravilloso efecto produjo en el Patriarca de Asís el místico contacto de un Serafín y la impresión material de la semejanza de las llagas del Crucificado, ¿por qué no debiera ser idéntico el efecto producido por el contacto real y físico del mismo Cristo y la participación de su llagado cuerpo? En verdad, hermanos míos, así debiera suceder, y así sucedería, siuviésemos las disposiciones de aquel gran Santo; pues, no por ser ordinario en la Iglesia, es menos eficaz el hecho de unirse con nosotros Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía; ni es otro el fin que el Salvador se propuso al instituirlo, sino el de nuestra plena transformación en Él, no por cambio alguno en nuestro cuerpo, sino por la renovación de nuestro espíritu<sup>3</sup>.

3. En efecto, vamos á ver en esta tarde, para tributar dignos homenajes al Dios de nuestros altares en estas solemnes Cuarenta Horas de exposición, cómo la sagrada Eucaristía es no sólo causa eficiente y principio eficaz para transformarnos en Cristo, sino principalmente

<sup>1</sup> L. c.      <sup>2</sup> Eph. 4, 24.

<sup>3</sup> Renovamini spiritu (Eph. 4, 23).

modelo de esa transformación que podemos apellidar divina, porque nos hace semejantes á Dios: *Qui secundum Deum creatus est*<sup>1</sup>. Para el cabal desarrollo del asunto se hace necesario bosquejar en la primera parte el ideal de la transformación sobredicha, y en la segunda presentar su realización por el tipo eucarístico.

## I.

4. Transformación, y grande y sustancial, ha de haber, hermanos míos, en el hombre, á efecto de la general restauración obrada por El que vino, según el Apóstol, *á restaurar todas las cosas*<sup>2</sup>. ¿Qué transformación más completa que la del hombre *viejo* en hombre *nuevo*? ¿del hijo de Adán en el hijo de Dios? ¿del que nació en la iniquidad y vive en la ley del pecado, en el que nace, según la primera ordenación del Creador, en la justicia y en la verdadera santidad? *In iustitia et sanctitate veritatis*<sup>3</sup>. Hacer, pues, del hombre malo por la naturaleza caída un hombre bueno por la justicia; más aún, hacerlo santo, según el elevado concepto que despierta esta palabra: he ahí, en resumen, el ideal de la transformación del hombre por la gracia de Jesucristo.

5. Hacer que el hombre renazca en la justicia: *in iustitia*: he ahí lo que el buen Nicodemus no comprendía cómo podía verificarse, porque tomaba las palabras de Cristo según el sonido material<sup>4</sup>; he ahí, sin embargo, lo que debe suceder y, en efecto, ha sucedido ya en el mundo regenerado por la gracia del Redentor. ¿Qué es el hombre obrando según los instintos de su

<sup>1</sup> Eph. 4, 24.

<sup>2</sup> Eph. 1, 10.

<sup>3</sup> Ubi supra.

<sup>4</sup> Io. 3, 4.



naturaleza corrompida? Un ser moralmente malo y perverso, obrador de iniquidades, digno del aborrecimiento y separación eterna de Dios<sup>1</sup>. En vano se pretende por los modernos naturalistas desconocer ó negar el hecho de la original degradación, atestiguado no sólo por la revelación sino por la universal experiencia del género humano, el cual, de consuno con aquélla, proclama en alta voz: *Inclinados están hacia lo malo los sentidos del hombre desde su adolescencia*<sup>2</sup>; lo mismo sus pensamientos y su corazón. Y claro está que tan detestable propensión no puede suponerse propiamente natural ó traída de su misma naturaleza primitiva, porque *vió Dios cuanto había hecho, y todo lo halló bueno y perfecto*<sup>3</sup>. ¿Solamente el hombre habría de salir de las manos del Criador viciado con la funesta propensión al desorden? No, cristianos, no puede tal imaginarse: luego es indispensable sospechar, por lo menos, afirmar, mejor, que hubo un incidente desgraciado en la cuna misma de la humanidad que pervirtió nuestra naturaleza, y ese incidente fué el pecado. *He aquí, pues, exclama el Real Profeta, que he sido concebido en iniquidades, y en pecados concibióme mi madre*<sup>4</sup>. Nace, pues, el hombre esclavo infeliz de sus propios apetitos, súbdito inconsciente de avasalladora concupiscencia; y, si bien no ha perdido en absoluto la fuerza del libre albedrío, este viene tan debilitado por el abuso original que apenas puede el hombre, con sus propios esfuerzos, dominar la desenfrenada ley de los sentidos y hacer que triunfe la razón. *Veo, decía San Pablo, una ley en mis miembros que tiende á sobreponerse á la ley de mi mente*

<sup>1</sup> Discedit . . . (Matth. 7, 23).<sup>2</sup> Gen. 8, 21.<sup>3</sup> Ibid. 1, 31.<sup>4</sup> Ps. 50, 7.

*y me cautiva en el pecado*<sup>1</sup>. «No soy dueño de mis actos, sino el pecado que en mi habita.»<sup>2</sup> ¡Infeliz hombrecillo! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte, de esta odiosa y torpe servidumbre? Y añade inmediatamente con plena seguridad el Apóstol: *Librárame la gracia de Dios por medio de Jesucristo Señor nuestro*<sup>3</sup>.

6. Tal es el hombre, hermanos míos; esclavo que, por la acción libertadora de la gracia, va á tornarse hombre libre, triunfando de sí mismo. El pecador va á hacerse justo. Y esta transformación campea todavía más en el hombre que, no ya sólo por la culpa de origen, sino por mil desórdenes personales, ha descendido al abismo de la corrupción y del envilecimiento, arrastrado por los feroces impulsos de su estragada naturaleza. Mirad á ese hombre, como tantos de su especie, aherrojado por todas las pasiones: ¡qué cuadro tan desgarrador el que presenta! El orgullo le extravía, la pereza le aprisiona, la ambición le ahoga, la sensualidad le devora, la avaricia le envilece, la envidia le consume, la cólera le ciega, la desesperación le atormenta, la veleidad le avergüenza, la vanidad le burla, el desaliento le mata.... Pues bien, hermanos míos, este ser tan degradado, este hombre de sí tan abatido y miserable, ha de transformarse en un ser del todo nuevo, en un hombre justo, reformado según el modelo primitivo. ¿Y qué es el *justo*? Todo el reverso del cuadro que acabamos de contemplar con horror: un hombre que sabe mantener á raya todos los movimientos de la concupiscencia, que dice á las pasiones, encrespadas como las olas del mar: «De aquí no pasaréis: aquí donde la

<sup>1</sup> Rom. 7, 23.<sup>2</sup> Ibid. v. 20.<sup>3</sup> Ibid. v. 25.



razón traza la línea quebrantaréis vuestra hinchazón.»<sup>1</sup> El justo es un hombre enaltecido con la corona de todas las virtudes, que se levanta en medio de la creación como la palma florida de Cades<sup>2</sup>, para gloria del Criador y alegría de todas las criaturas: el justo es el hombre racional por excelencia, en quien la razón impera sobre todas las potencias inferiores, estando ella misma sumisa y encadenada á la ley santa del Señor<sup>3</sup>: es el esclavo generoso del deber, esclavitud que dignifica al hombre más que todas las vanas grandezas terrenales, incluso la regia dignidad<sup>4</sup>. El justo, en una palabra, es el hombre que ama el bien y aborrece el mal<sup>5</sup>, y en ese amor se bonifica y perfecciona, porque, al decir del gran Doctor San Agustín, el hombre es aquello mismo que ama, tierra ó cielo, y hasta Dios, si Dios está en medio de su corazón<sup>6</sup>. ¿Puede concebirse grandeza moral mayor que la del justo? Y ¿que pueda alcanzarla el hombre después de la original depravación de su naturaleza! Con razón pregunta admirado el Sabio: *¿Quién es éste, y lo alabaremos? Pues ha hecho cosas admirables en su vida*<sup>7</sup>. ¡Cómo luce y resplandece en el justo la rectitud más acrisolada de miras é intenciones<sup>8</sup>, la pureza de corazón que rechaza hasta la sombra del desorden, el amor al bien que le entusiasma y como que le saca fuera de sí por la vehemencia del afecto!

<sup>1</sup> Iob 38, 17.      <sup>2</sup> Iustus ut palma florebit (Ps. 91, 13).

<sup>3</sup> In lege Domini voluntas eius (Ps. 1, 2).

<sup>4</sup> Servire Deo regnare est.

<sup>5</sup> Dilixisti iustitiam etc. (Ps. 44, 5).

<sup>6</sup> Deus cordis mei . . . (Ps. 72, 26).

<sup>7</sup> Eccli. 31, 9.

<sup>8</sup> in directione cordis (Ps. 118, 7).

7. Esta hermosa transformación no es un mito, hermanos míos, no es una simple hipótesis, ni menos una vana utopía: es un hecho realizado ya en el mundo á raíz de los acontecimientos del Calvario y del Cenáculo, y un hecho permanente hasta el día de hoy, merced al cual la sociedad cristiana se sustenta y aparece grande y radiosa en el caos de la humana sociedad ó Babilonia antigua y moderna. Existen para honor del cristianismo, hoy como en los diez y ocho siglos que nos precedieron, un buen número de almas que parecen haber escapado al común contagio de la infección adámica, tan superiores se muestran á las humanas miserias y flaquezas. Y ¿qué fuera del desgraciado mundo si por dicha no poseyera, como riquísimo tesoro, frecuentemente más escondido que el codiciado mineral y las piedras preciosas, un número considerable de almas justas? ¿Adónde subirían ya las ondas cenagosas del diluvio universal de la humana corrupción? ¿Sin ese firmísimo baluarte, opuesto como una muralla de granito al embate del desorden que agita toda la faz de la tierra, ¿quién puede calcular hasta qué punto llegaría con la iniquidad, la desolación y la ruina de la sociedad? ¡Ay! demasiado alarmantes son, á pesar de que la justicia no se ha extinguido todavía, los horribles avances de la inmoralidad en ciertas sociedades ya casi vueltas al paganismo, y aun en ciertas zonas de la sociedad cristiana y católica, bastante inficionadas por falsa y especiosa cultura de índole puramente pagana. ¡Demasiado trasciende ya la corrupción (por más que trate de ocultarse) en todas las esferas sociales, en todas las clases y edades, hasta en aquella que parece todavía invulnerable, la niñez, fuerte por su misma debilidad! Bien podemos exclamar con Isaías: *Si el Dios de los ejércitos no nos*



hubiese dejado, por su misericordia, la buena simiente, habríamos llegado á ser como Sodoma y Gomorra<sup>1</sup>. Pero el grande Apóstol que cita estas palabras, añade: *No ha sido así, porque las naciones que antes no seguían la justicia, la han abrazado ya, como fruto de la fe de Jesucristo*<sup>2</sup>.

8. Si, hermanos míos, la virtud cristiana, la justicia que todavía florece en la sociedad creyente, emana de la fe, pero de la fe pura y vivificante, que se sustenta con las buenas obras, que se alimenta y fortifica con la gracia de los Sacramentos establecidos por el autor y consumidor de la fe<sup>3</sup>, la Eucaristía es la fuente principal é inagotable de las virtudes cristianas, porque allí reside en persona Jesucristo, causa eficiente de toda justificación. *El Justo por excelencia*, había dicho Dios por Isaías, *mi siervo, justificará á muchos*<sup>4</sup>; y, en efecto, dice San Pablo, *hemos sido justificados gratuitamente por la gracia del que nos redimió con su sangre*<sup>5</sup>. Pruébalo evidentemente la experiencia. Porque ¿quién es el que llega á advertir en sí mismo ese maravilloso cambio, esa transformación de pecador en justo, sino el que cree y practica, el que busca la gracia al pie de los altares, el que invoca, como debe invocarse, el nombre del Señor<sup>6</sup>? ¿Qué prueba más luminosa é irrefutable de la verdad de nuestra fe, de la eficacia divina de nuestros Sacramentos, del valor de las prácticas piadosas para la santificación de las almas?

9. Pero, cristianos, la transformación que por virtud de Cristo se efectúa en el hombre, traspasa alguna vez

<sup>1</sup> Is. 1, 9.      <sup>2</sup> Rom. 9, 30.      <sup>3</sup> Hebr. 12, 2.

<sup>4</sup> Is. 53, 11.      <sup>5</sup> Rom. 3, 24.

<sup>6</sup> Quicumque invocaverit . . . (Act. 11, 21).

los linderos de la virtud ordinaria, asequible á la generalidad de los hombres, para elevarse en ciertas almas, hasta las alturas inconmensurables de la santidad. ¿Quién me diera alas, como de paloma, exclamaré con el Salmista<sup>1</sup>, para volar á esas regiones altísimas donde se ciernen las águilas, tranquilas en la contemplación del sol infinito y perfectísimo? ¿Quién pudiese siquiera vislumbrar las altas cimas de la santidad? ¿Quién ascendiera, preguntaba el mismo Rey Profeta, *al monte del Señor? ó ¿quién estará de pie en el lugar santo de Dios?*<sup>2</sup> La santidad ¡ah cristianos! es más que el heroísmo, más que el genio, más que todas las grandezas imaginables en la esfera de lo natural; porque, aun dentro de los límites de ese otro mundo superior á la naturaleza criada, nada hay que la iguale, siendo el más elevado pico de las montañas del Señor. Es la participación, el vivo reflejo de aquel atributo que Dios se complace en poseer tres veces, siendo tres veces santo el Señor Dios de los ejércitos<sup>3</sup>; santo en sí mismo y santo en las operaciones que terminan fuera de sí; santo en la generación eterna de su imagen consustancial, y santo en la creación temporal de sus imágenes accidentales, las criaturas. Es la semejanza más perfecta del hombre con el Hombre-Dios, es la verdadera fraternidad con Cristo, la más íntima y regalada amistad con Jesús, el desposorio místico y celestial con el divino Esposo de las almas. Todo esto encierra el concepto de la verdadera santidad, que sólo puede hallarse en el tesoro de la Iglesia verdadera: *in sanctitate veritatis*. Si el paganismo conoció lo que era la virtud, aunque no llegó á practicarla sino rudimentariamente, de la

<sup>1</sup> Ps. 54, 7.

<sup>2</sup> Ps. 23, 3.

<sup>3</sup> Is. 6, 3.



santidad no tuvo la menor idea, no habiendo alcanzado siquiera á atribuírsela á la divinidad. La revelación cristiana, descubriéndonos la santidad de Dios, nos ha dado también á conocer la naturaleza de la santidad en el hombre. Jesucristo, Santo entre los Santos, *ungido por el Padre con el óleo de la virtud y santidad divina*<sup>1</sup>, ha derramado algunas gotas de ese precioso unguento en ciertas almas, comunicándoles vivos reflejos de su propia santidad. Tal fué el portento obrado en el Serafín de Asís, cuando el otro Serafín crucificado le imprimió, con la imagen de las llagas de pies, manos y costado, la imagen espiritual del mismo Cristo, santísimo en la inmolación de la cruz. Resultó, pues, el bienaventurado Francisco trocado en otro hombre enteramente nuevo, él que antes era ya modelo de virtudes. *Novus homo Franciscus* llámalo San Buenaventura, después de aquel nuevo é inaudito prodigio<sup>2</sup>. Remontado con esto á las cumbres de la santidad, no le faltaba más que subir de un salto á las alturas de la gloria: trocar la caridad de la tierra por la claridad del cielo. Tales prodigios de transformación, hermanos míos, aunque no siempre en igual grado, puede obrar y obra, en efecto, la comunicación íntima de Cristo sacramentado con el alma que fervorosa y humildemente le recibe. Y ¿por qué no? ¿No es la Eucaristía aquel fuego divino que el Salvador vino á traer y difundir por la tierra<sup>3</sup>? Y ese fuego ¿no es aquel mismo de que dice el Profeta que consume y purifica y acrisola y transforma<sup>4</sup>? Pues si Cristo, hecho alimento del hombre en la santísima Eucaristía, le transforma en sí, depurándole

<sup>1</sup> Luc. 4, 18.<sup>2</sup> S. Bonav. l. c.<sup>3</sup> Luc. 12, 49.<sup>4</sup> Hebr. 12, 29.

y divinizándole cuanto cabe en la condición terrena, ¿no podremos afirmar que el Santísimo Sacramento es la oficina de la santidad? Pues es también, por una maravillosa disposición del mismo Dios, el modelo de la santificación, como veremos en seguida.

## II.

10. Para realizar en el mundo ese ideal de justicia y santidad que acabamos de bosquejar, era preciso que Dios mismo apareciese en la tierra, viviendo entre los hombres, no sólo como principio modelador, sino también como modelo y arquetipo. *Fué visto en la tierra y conversó familiarmente con los hombres*, dijo hablando como historiador, el Profeta Baruch<sup>1</sup>. *Vimos su gloria, asegura San Juan, gloria propia del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*<sup>2</sup>. El Dios humanado ha exhibido, pues, en sí mismo á los ojos del hombre corrompido la imagen de su perfección divina en la humanidad, á fin de arrebatarse con sus encantos, al mismo tiempo que le infundía fuerzas suficientes para reproducir esa encantadora imagen, dándole poder para hacerse hijo de Dios y hermano suyo<sup>3</sup>. ¿Qué más pudiera exigir y aun anhelar el hombre degradado? Pues bien, amadísimos hermanos, Jesucristo le ofrece perennemente ese modelo en otra forma no más perfecta, ciertamente, pero al parecer más adecuada para servir de tipo de la transformación, y tal es la vida eucarística.

11. Y en primer lugar, considerad esta vida en su origen, esto es, en el gran misterio de la Transustanciación. ¿Qué es lo que aquí pasa, qué es lo que se

<sup>1</sup> Bar. 3, 38.      <sup>2</sup> Io. 1, 14.<sup>3</sup> Dedit eis potestatem filios Dei fieri (ibid. v. 12).



ve todos los días en el solemne momento en que el Ministro de Dios, en persona de Cristo, pronuncia sobre las sustancias materiales de pan y vino las omnipotentes palabras de la consagración? Pues no otra cosa sino la transformación completa de lo terreno en divino, de lo corruptible en inmortal, pudiéndose aplicar á este caso las palabras del Apóstol: *Siembrase cuerpo animal y resucitará un cuerpo espiritual*<sup>1</sup>, como quiera que, por la Transustanciación ó cambio de sustancias, un cuerpo — el pan y el vino — material y corruptible es convertido, transformado enteramente, en otro cuerpo, incorruptible y revestido de espiritualidad — la carne y sangre del Señor. ¡Oh transformación pasmosa, real y verdadera, aunque invisible á los ojos carnales! ¿Qué tipo, qué modelo pudiera darse más expresivo de la transformación moral del hombre por la santidad? Pues, así como el pan se convierte en Cristo, Dios-hombre, así el hombre viejo, el hombre del pecado, debe convertirse, y de hecho se convierte, por la virtud divina, en el hombre nuevo, en hijo de Dios, en otro Jesucristo<sup>2</sup>. Entonces puede exclamar el hombre nuevo, como exclamaba el perseguidor transformado en Apóstol: *Ya no soy yo el que vivo, es Cristo el que vive y obra en mí*<sup>3</sup>. ¿Lo veis, hermanos míos? La Eucaristía, en su misma cuna, por decirlo así, es apropiada imagen y modelo de la transformación espiritual del hombre. La conversión no aparece á los sentidos: *La vista, el tacto, el gusto nada descubren*<sup>4</sup> de este cambio operado en la sustancia, que no en las apariencias; no importa, el cambio no puede

<sup>1</sup> 1 Cor. 15, 44.

<sup>2</sup> Christianus, alter Christus (*Tertull.*).

<sup>3</sup> Gal. 2, 20.

<sup>4</sup> Visus, tactus, gustus in te fallitur (*Eccl. in hymn.*).

ser más real ni más completo. Así en el hombre convertido, santificado, divinizado, por explicarme así, puede muy bien quedar oculto el maravilloso cambio obrado en el fondo del espíritu, bajo las comunes apariencias de la humanidad y de la vida ordinaria, sin que deje por eso de ser tan real y positivo, que hace otro al hombre en la presencia y ante el juicio de Dios. La conversión del pecador en justo no es un fenómeno superficial, ni mucho menos extrínseco, es un hecho que penetra hasta las entrañas del ser humano, infundiéndole una nueva y divina naturaleza; que esto significa la expresión del Apóstol: *nueva criatura*, según el sentir de los Padres y Doctores de la Iglesia. Por esto llama San Macario á la gracia *Sal de la divinidad, santa y buena, y levadura celestial del Espíritu Santo*, la cual, mezclada é infundida en la naturaleza del hombre, hace que deje el alma la antigua fetidez de la malicia<sup>1</sup>. «Este ser de la gracia, dice el gran teólogo P. Nieremberg, no sólo es tan admirable, perfecto, lleno, eminentísimo, intelectualísimo, raíz de la bienaventuranza, santo y divino; no sólo es participación de la divina naturaleza, sino que sirve el justo que lo tiene, de naturaleza; y así, según algunos hablan, viene á ser la primera y radical forma que da al hombre ser sobrenatural como sustancialmente... de suerte que á la gracia, como á primera forma sobrenatural, á manera de sustancia, la siguen las propiedades y accidentes sobrenaturales.»<sup>2</sup> ¡Ved si es profunda la transformación que obra en el alma!

12. Pues, si por este aspecto la Eucaristía puede considerarse como modelo de aquélla, considerada la

<sup>1</sup> Hom. 32, apud *Nieremberg*.

<sup>2</sup> Del aprecio y estima de la divina gracia l. 1, c. 12.



vida de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, la hallaremos, no más santa que la que el mismo Señor llevó sobre la tierra en carne mortal, pero quizá más adaptada, en la forma, para representar el ideal de la santidad cristiana. ¿Cómo puede ser esto así? me preguntaréis, amados fieles. Y yo os respondo: medita un momento en ese modo de ser de nuestro amable Salvador oculto, anonadado en el oscuro rincón del Tabernáculo. ¿Dónde están allí los esplendores del Tabor que revelen la virtud divina en la santa humanidad? ¿Dónde, esta misma humanidad visible, tangible, atrayendo hacia sí todos los corazones, como cuando peregrinaba por la tierra de Judea? Apagada está según todas las apariencias la luz de esa vida humano-divina, porque en la Eucaristía no hay nada que se mueva, que se vea, que se palpe de Jesucristo Dios y hombre; y sin embargo, allí está Él, allí palpita su corazón de carne, allí circula el fuego del amor con la sangre de sus venas. Ahora bien, hermanos míos: ¿no es esta forma de vida enteramente extinta á los sentidos, llena en realidad, oculta pero guardada en el seno de Dios, la que caracteriza á la más heroica santidad, conforme á aquellas palabras del Apóstol: *Muertos estáis; empero vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*<sup>1</sup>? Sí, cristianos, la vida eucarística es tipo magnífico de la transformación del hombre por Jesucristo, porque ésta puede sintetizarse en la más perfecta espiritualización del hombre, ó sea, en su máxima segregación de todo lo que es sentidos y vida material, y luego en su mayor aproximación á lo divino, en su más alto grado de semejanza con la vida del cielo....

<sup>1</sup> Col. 3, 3.

13. *Revestios*, pues, terminaré diciendo con el Apóstol, *revestios*, carísimos hermanos, *del hombre nuevo, de aquél que fué creado, según el plan divino, en la justicia y verdadera santidad*<sup>1</sup>. Revistámonos de Cristo, llevándole no sólo en el corazón sino también en nuestro exterior, á manera de riquísimo vestido, de suerte que aparezcamos ante Dios y los hombres, ante el cielo y la tierra, como otros tantos Cristos, hombres renovados enteramente por el espíritu del nuevo Adán. Tal apareció en la Iglesia en las pasadas edades el gloriosísimo Francisco, renovadas en sus pies, manos y costado las sagradas llagas del que las llevó por renovar al hombre llagado en cuerpo y alma, potencias y sentidos. Para alcanzar esta venturosa renovación de todo nuestro ser necesitamos de una nueva naturaleza, que es la gracia; pero ¿no es la sagrada Eucaristía la fuente copiosa de esa gracia, cuyo autor es el mismo Jesucristo? Tenemos, pues, cuanto necesitamos para efectuar la anhelada transformación. Aprovechémoslo. Así sea.

#### SERMÓN DUODÉCIMO

(predicado en la Catedral de Bogotá, enero de 1887).

**La Paz, fruto de la sagrada Eucaristía, asegurada por el culto público del SS. Sacramento.**

A fructu frumenti... multiplicati fideles, in pace Christi requiescunt.

Multiplicados los fieles por el fruto del sagrado trigo... descansan en la paz de Cristo.

Eccl. in Offic. SS. Sacram.

I. Entre las gratas perspectivas que ofrece al ánimo el Año Nuevo, la más hermosa, si no la más brillante,

<sup>1</sup> Eph. 4, 24.



vida de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, la hallaremos, no más santa que la que el mismo Señor llevó sobre la tierra en carne mortal, pero quizá más adaptada, en la forma, para representar el ideal de la santidad cristiana. ¿Cómo puede ser esto así? me preguntaréis, amados fieles. Y yo os respondo: medita un momento en ese modo de ser de nuestro amable Salvador oculto, anonadado en el oscuro rincón del Tabernáculo. ¿Dónde están allí los esplendores del Tabor que revelen la virtud divina en la santa humanidad? ¿Dónde, esta misma humanidad visible, tangible, atrayendo hacia sí todos los corazones, como cuando peregrinaba por la tierra de Judea? Apagada está según todas las apariencias la luz de esa vida humano-divina, porque en la Eucaristía no hay nada que se mueva, que se vea, que se palpe de Jesucristo Dios y hombre; y sin embargo, allí está Él, allí palpita su corazón de carne, allí circula el fuego del amor con la sangre de sus venas. Ahora bien, hermanos míos: ¿no es esta forma de vida enteramente extinta á los sentidos, llena en realidad, oculta pero guardada en el seno de Dios, la que caracteriza á la más heroica santidad, conforme á aquellas palabras del Apóstol: *Muertos estáis; empero vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*<sup>1</sup>? Sí, cristianos, la vida eucarística es tipo magnífico de la transformación del hombre por Jesucristo, porque ésta puede sintetizarse en la más perfecta espiritualización del hombre, ó sea, en su máxima segregación de todo lo que es sentidos y vida material, y luego en su mayor aproximación á lo divino, en su más alto grado de semejanza con la vida del cielo....

<sup>1</sup> Col. 3, 3.

13. *Revestios*, pues, terminaré diciendo con el Apóstol, *revestios*, carísimos hermanos, *del hombre nuevo, de aquél que fué creado, según el plan divino, en la justicia y verdadera santidad*<sup>1</sup>. Revistámonos de Cristo, llevándole no sólo en el corazón sino también en nuestro exterior, á manera de riquísimo vestido, de suerte que aparezcamos ante Dios y los hombres, ante el cielo y la tierra, como otros tantos Cristos, hombres renovados enteramente por el espíritu del nuevo Adán. Tal apareció en la Iglesia en las pasadas edades el gloriosísimo Francisco, renovadas en sus pies, manos y costado las sagradas llagas del que las llevó por renovar al hombre llagado en cuerpo y alma, potencias y sentidos. Para alcanzar esta venturosa renovación de todo nuestro ser necesitamos de una nueva naturaleza, que es la gracia; pero ¿no es la sagrada Eucaristía la fuente copiosa de esa gracia, cuyo autor es el mismo Jesucristo? Tenemos, pues, cuanto necesitamos para efectuar la anhelada transformación. Aprovechémoslo. Así sea.

#### SERMÓN DUODÉCIMO

(predicado en la Catedral de Bogotá, enero de 1887).

**La Paz, fruto de la sagrada Eucaristía, asegurada por el culto público del SS. Sacramento.**

A fructu frumenti... multiplicati fideles, in pace Christi requiescunt.

Multiplicados los fieles por el fruto del sagrado trigo... descansan en la paz de Cristo.

Eccl. in Offic. SS. Sacram.

I. Entre las gratas perspectivas que ofrece al ánimo el Año Nuevo, la más hermosa, si no la más brillante,

<sup>1</sup> Eph. 4, 24.



es la de la paz... ¿Por qué, cristianos? Porque sin este bien no hay bien alguno; con ella no hay mal que no sea en algún modo llevadero. Base de todo bienestar posible, es aun más la condición de todo goce sólido y perfecto. ¿Qué vendrá á ser un goce lleno de inquietudes, sino una copa de buen vino mezclado con amarga hiel? ¿Á qué conduciría la posesión de un bien cualquiera, si no fuese pacífica y tranquila? ¡Felicidad individual, sueño dorado de todos los mortales! ¿dónde encontrarte sino en la paz del corazón? ¡Ventura del hogar cristiano, encantos de la familia! ¿qué sois sin la tranquilidad doméstica? ¡Prosperidad pública, aspiración de todos los buenos patricios! ¿puede poseerte la nación que no disfruta de reposo? La naturaleza misma parece enseñarnos las dulzuras de la paz. Mirad esas ondas dormidas sobre la bruñida superficie del océano: la mar en calma, ¡qué perspectiva más bella para el medroso viajero que, en frágil leño, se lanza al océano, tremendo cuando airado! El cielo estrellado, inmóvil en apariencia; el aire sereno, la estación risueña... ¿por qué vierten en el alma impresiones tan suaves que no parecen sino emanaciones del paraíso? Es porque pintan la paz entre las grandes potencias beligerantes de la naturaleza, vientos, aguas, electricidad...

2. Al despuntar este nuevo año de gracia ¿podemos disfrutar de esa hermosa perspectiva en Colombia? Todo parece respondernos que sí: antecedentes, estado de los ánimos, elementos de toda clase...<sup>1</sup> ¿Y nada más que esto, amadísimos oyentes? Yo añado que hay un ele-

<sup>1</sup> Vencida la revolución de 1885, acababa de darse la nueva Constitución política de la República de Colombia, basada en los principios de la regeneración cristiana. La instrucción pública estaba reorganizada, etc.

mento más de primera importancia para la consolidación y afianzamiento de la paz, el elemento religioso, el culto solemne y verdaderamente social que aquí, como feliz augurio del año, se tributa al Dios sacramentado. Esto sí que nos promete días de engrandecimiento y de prosperidad, porque está escrito: *Si el Señor no edificare la casa, en vano trabajarán los hombres por edificarla: si el Señor no guardare la ciudad, inútil es que velen los centinelas por guardarla*<sup>1</sup>. Fruto cierto y espontáneo de la sagrada Eucaristía, según paso á exponer en la primera parte de mi discurso, la paz, no cualquiera sino la paz de Cristo, verdadera y única, es manantial de prosperidad para el pueblo cristiano, como veréis en la segunda. El asunto bien merece vuestra atención. Imploremos, etc. *Ave María*.

## I.

3. La paz, he dicho, es fruto natural de la adorable Eucaristía. Y ¿cómo no, si el Dios eucarístico es aquél que tantas veces apellida la Escritura *Dios de paz*<sup>2</sup>? Sí, cristianos: el Dios de la Eucaristía es el Dios de Belén y del Calvario, es el verdadero Dios del cristianismo, *es nuestro Dios: Ipse est Dominus Deus noster*<sup>3</sup>. *¡No hay otro Dios sino tú*<sup>4</sup>, soberano Señor sacramentado! En la Eucaristía se adunan por maravillosa manera los encantos de Belén con la sublime majestad del Calvario... Hay aquí una víctima y un niño, hay cruz y pesebre, sudario fúnebre y blancos pañales. En el altar nace Jesús y muere juntamente: ¡oriente y ocaso prodigiosos! Nace á la voz del hombre que, por un

<sup>1</sup> Ps. 126, 1, 2.

<sup>2</sup> Rom. 15, 33 et alibi.

<sup>3</sup> Ps. 94, 3.

<sup>4</sup> Eccli. 36, 2.



extraño orden de cosas (obra de Aquél que todo lo hace nuevo<sup>1</sup>), pronuncia el *fiat* sobre su Criador, y le hace aparecer bajo las místicas especies, cual si saliese de la nada. Muere en el mismo acto al filo de esa espada misteriosa, la misma voz del sacrificador, que separa la carne immaculada de la divina sangre... Nace para morir: muere naciendo. ¡He ahí el altar, Belén y Calvario al mismo tiempo!

4. Pero tanto en Belén como en el Gólgota, Jesús es el Rey victorioso que asienta sobre base incommovible el imperio de la paz. Apenas nacido en establo de bestias el Niño que el mundo debiera recibir en palmas, y recibe en duras pajas, el Párvulo anunciado por el Profeta como rico don del cielo<sup>2</sup>, cuando un ejército de celestiales espíritus, mensajeros del mayor gozo que se oyó en la tierra, entonan á grandes coros el himno de la paz celebrada entre Dios y los hombres: *Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad*<sup>3</sup>. *Gloria... paz*: paz al hombre y gloria á Dios: unión eterna de la tierra y el cielo. Por lo cual dijo el Apóstol que Jesús, *que es nuestra paz*, unió los dos extremos<sup>4</sup>. ¡Gloria al recién nacido de Belén! ¡gloria al Dios de nuestros altares! Y en la cima nebulosa del monte Calvario ¿qué sucede? ¿qué se hace allí, en hora eternamente memorable, sino firmar y refrendar con sello de sangre divina el tratado de paz, el decreto de perdón, el Nuevo Testamento de perpetua alianza? ¡Sináí, montaña venerable de la primera alianza! ¡Teatro de la majestad aterradora del Dios del trueno y el relámpago! ¡Calvario, monte de la mirra y collado

<sup>1</sup> Apoc. 21, 5.<sup>2</sup> Is. 9, 6.<sup>3</sup> Luc. 2, 14.<sup>4</sup> Eph. 2, 4.

del incienso<sup>1</sup>, donde, entre arroyos de sangre divina, se deja admirar la misericordia infinita abrazada con la eternal justicia<sup>2</sup>! Uno y otro estáis representados al vivo en el altar de la Iglesia, aunque en él no corra sangre, ni crucen en derredor rayos, ni lo envuelva tiniebla misteriosa. Nuestro altar es el trono del Dios misericordioso del Gólgota y del terrible Dios del Sináí, del Dios de paz en todas partes, en la Antigua y en la Nueva Alianza.

5. Y ¿cómo pudiera dejar de ser así, siendo Él sólo nuestro Dios? Sí, cristianos: el Dios que adoramos oculto en la Eucaristía, es el Dios verdadero y único, á quien cielo y tierra adoran, es el Dios del cristianismo, en cuyas aras inmolaron su vida diez y ocho millones de mártires al grito unísono de: *Credo in unum Deum*. El cristianismo y la venerable Eucaristía no sólo no pueden separarse, vivir el uno sin la otra, sino que son, en el fondo, una sóla y misma cosa: unión con Dios, adoración de Dios, vida de Dios en el hombre. Por eso es que el protestantismo, inconsecuente y caprichoso como la vana razón, suprimiendo el tabernáculo y arrasando el altar, ha derruído moralmente el templo, y aniquilado la religión que él pretendió reconstituir en su pureza primitiva. No hay religión sin templo, ni templo sin altar, ni altar sin sacrificio, ni otro sacrificio aceptable á Dios el día de hoy, que el de aquella *Hostia pacífica* que Él mismo, en su calidad de Pontífice de la creación, vino á inmolar en la tierra, queriendo que su inmolución se continuara por toda la duración de los siglos. Ahora bien, hermanos míos muy amados, el cristianismo es el dichoso reinado

<sup>1</sup> Cant. 4, 6.<sup>2</sup> Ps. 84, 11.



de la paz. *Pacificar los cielos y la tierra*<sup>1</sup>, tal ha sido la gran obra del cristianismo, no siendo otra la misión del divino Redentor. En efecto; el cielo estaba en abierta hostilidad con la desventurada tierra, herida por la maldición<sup>2</sup>: para ella no tenía más que rayos y diluvios de agua y fuego, provocados en mal hora por la temeridad de Babel y las torpezas de Pentápolis. Mas he aquí que nace, lleno de magnificencia, el Rey Pacífico<sup>3</sup> en Belén de Judá, y los cielos se han vuelto de miel<sup>4</sup> para destilarla sobre la tierra. Ésta, á su vez, ardía en vivas llamas de universal discordia, no viendo sobre su faz sino espectáculos fieros de guerra fratricida. La tradición de Caín se había perpetuado ¡ay! por largos siglos, durante los cuales la historia del mundo no es más que el cuadro espantoso de la lucha feroz del hombre con el hombre. Por fin, cansado el hombre de luchar, adormecidas las pasiones ó subyugadas por el brazo providencial de Roma, aparece en el horizonte social la aurora de la calma, de aquella hermosa y larga paz que la historia ha llamado octaviana, precursora de otra paz más dichosa y más estable. Era que venía ya del cielo el gran monarca, quebrantador del acero y destructor de las armas homicidas, el que había de echar al fuego los escudos del guerrero<sup>5</sup>.

6. Tal es el hecho, hecho más refulgente que la luz del día; que, si bien no terminaron de una vez para siempre las guerras en el seno de la familia humana, fueron siquiera desde entonces menos crueles, y hubo ya en la tierra elementos vigorosos y gérmenes fecun-

<sup>1</sup> Col. 1, 20.<sup>2</sup> Gen. 3, 17.<sup>3</sup> Rex pacificus magnificatus est (Eccl. in offic. Nativ. Domini).<sup>4</sup> Melliflui facti sunt coeli (ibid.).<sup>5</sup> Ps. 45, 10.

dos de paz en las ideas y sentimientos implantados por la doctrina de Cristo, gérmenes que, andando el tiempo, dilataron las fronteras de la paz<sup>1</sup>, arrojando la guerra á los confines de las gentes bárbaras. Pues no es otra la teoría de la divina religión de Cristo. Mientras tanto que las otras religiones, sin excepción, desde las altas teosofías griegas hasta las enmarañadas teogonías del oriente, intentan llevar la guerra al mismo cielo, introduciendo con las pasiones incendiarias la discordia en el Olimpo, sublevando dioses contra dioses, ó bien sustentando eterna lucha entre los dos principios supremos, eternamente irreconciliables, del bien y del mal; el cristianismo, como única revelación de la verdad digna de Dios y del hombre, su imagen, nos pone delante, en la paz inalterable de la Trinidad beatísima y en la unidad perfectísima de las divinas Personas, así el tipo de la paz del hombre como el ideal de la felicidad verdadera, la ley del amor y la sanción de la fraternidad. Con esta revelación tan sublime en su objeto, como clara y sencilla en sus términos, con la adoración y culto de la Trinidad divina, ¿no debían quedar extirpados en el campo social todos los gérmenes de guerra? ¿no debían ser en adelante uno en caridad todos los hombres, como lo son en esencia las Personas divinas<sup>2</sup>? Sin duda, cristianos, si esta celestial doctrina llegase á penetrar en todos los espíritus, y á ser la ley de los pueblos y naciones, reducidos todos al conocimiento y amor de Jesucristo. Porque esa *paz de Dios*<sup>3</sup>, como la llama el Apóstol, esa paz eterna que reina en el seno de la Divinidad, ha sido traída del cielo á la tierra, cual precioso fruto, por el Espíritu santo y santifica-

<sup>1</sup> Ps. 147, 14.<sup>2</sup> Io. 17, 11.<sup>3</sup> Phil. 4, 7.



dor<sup>1</sup>, es uno de sus dones, siendo consecuencia necesaria y natural de la caridad difundida por el mismo Espíritu en los corazones de los fieles en donde ha venido á morar como en su alcázar<sup>2</sup>. La caridad ¿no es el sello de la religión de Cristo? ¿no es el distintivo legítimo de su escuela?<sup>3</sup> El cristianismo ¿es otra cosa que el venturoso reinado del amor? Luego el cristianismo es la religión de la paz. ¡Ah! ¿no es cristiano de pura raza el pueblo del motín y de la revolución! ¿No es cristiano el bando que solivianta las pasiones banderizas, y atiza odios y rencores, y ensangrienta las ciudades, y arrasa las campiñas!... Y ¿puede vanagloriarse de cristiana la nación que lleva, fuera de necesidad extrema, la guerra con todos sus horrores á otra nación hermana, y la que ve despedazados á sus propios hijos en contiendas civiles parricidas? ¿No, mil veces no! Pues quien tal hace no ha gustado del fruto de la paz de Cristo: *No conocieron las sendas de la paz*<sup>4</sup>. ¡Ah! la paz de Cristo es la única verdadera y completa y digna de este nombre. *Mi paz os dejo*, decía el Salvador á sus discípulos, *mi paz os doy, no la que el mundo da, sino otra muy distinta*<sup>5</sup>. Es paz que llega al corazón y tranquiliza eternamente, como la del cielo.

7. No nos detengamos en la comparación de la paz de Cristo y la del mundo. ¡Cuántas reflexiones pudiéramos hacer sobre la falsedad de ésta, sobre su carácter hipócrita, puramente exterior y casi siempre deleznable! Sondeando más bien la naturaleza de la religión cristiana, parémonos á considerar el medio por donde ella

<sup>1</sup> Gal. 5, 22.<sup>2</sup> Rom. 5, 5.<sup>3</sup> Io. 13, 35.<sup>4</sup> Rom. 3, 17.<sup>5</sup> Io. 14, 27.

nos asegura la posesión de la paz que no miente ni caduca, el goce de la paz verdadera y estable. Siempre fué la victoria el medio necesario para obtener y afianzar la paz de las naciones, según el conocido aforismo antiguo: *Si vis pacem, para bellum*. Pues también lo es para el reposo de las almas la victoria alcanzada en la gran lucha con las pasiones aviesas que bullen en el humano corazón, introduciendo en él, con el desorden, la intranquilidad, según lo observó el santo Apóstol: *¿De dónde nacen en vosotros las guerras y combates? ¿no es por ventura de las concupiscencias que guerrear en vuestro interior?*<sup>1</sup> Menester es, por tanto, hacer cruda, implacable guerra á las tumultuosas pasiones para llegar por el triunfo sobre ellas al goce de la bienaventuranza prometida á los pacíficos poseedores de sí mismos. «¡Ay de mí!» exclama el profundo autor de la Imitación de Cristo, «¡que todavía vive en mí ser el hombre viejo, no está del todo crucificado, no está perfectamente muerto! Por eso mueve guerra interior, y no deja al alma reinar en santa paz.»<sup>2</sup> De aquí que diga sin rebozo nuestro divino Salvador: *No he venido á traer paz á la tierra, sino espada*<sup>3</sup>, por más que esta declaración de guerra parezca contradictoria con aquella otra afirmación: *Mi paz os doy: la paz sea con vosotros*<sup>4</sup>. La aparente contradicción se explica fácilmente, cristianos, observando que la paz de Jesucristo no excluye el previo combate, necesario para conseguirla, antes lo implica; ó de otra manera: Jesucristo da la paz á los hombres, declarando guerra abierta á las pasiones enemigas del hombre y robadoras de su reposo. Debe-

<sup>1</sup> Iac. 4, 1.<sup>2</sup> Imit. Christi lib. III, cap. 10.<sup>3</sup> Matth. 10, 34.<sup>4</sup> Io. 20, 19.



ladas éstas, la paz florecerá sobre la tierra al lado de la justicia en la abundancia del gozo del Espíritu Santo<sup>1</sup>.

8. Si, pues, el cristianismo es la religión de la paz, la sagrada Eucaristía deberá llamarse *Sacramento de la paz*<sup>2</sup>, por el cual dijo Dios por Isaias que haría correr hacia las almas *como un río de paz*<sup>3</sup>. Y en efecto ¿no lo atestiguan claramente así los mismos ritos venerandos con que se celebra y administra en la Iglesia? ¿Por qué se anuncia desde el principio la nueva feliz de la paz repitiendo el himno angélico de Belén? ¿Por qué el Pontífice saluda á los fieles con aquellas hermosas palabras del Salvador resucitado: *Pax vobis*? Y después de implorar del Cordero de Dios que borra los pecados del mundo el don de la paz: *Dona nobis pacem*, ¿por qué aquel ósculo y aquellos abrazos fraternales en mitad del sacrificio? Demasiado significativas son estas bellas ceremonias para no columbrar en ellas el espíritu del sacrificio eucarístico. Por otra parte, la preparación obligada, así para recibir el Sacramento como para ofrecer el sacrificio, no es otra que la adquisición de la paz ó su arreglo, ya con Dios por medio del Sacramento de la penitencia, ya con los hombres por una franca y sincera reconciliación<sup>4</sup>. De otra suerte no es lícito al hombre acercarse al altar, ni siquiera á las gradas de la santa Mesa. Y su fruto ¿cuál es sino de paz? Además de aquélla que, cual río caudaloso, inunda el alma del que recibe á su Dios sacramentado, trayéndole afluencia de bienes celestiales, la concordia es el fruto propio y peculiar de aquel Sacramento que por eso se

<sup>1</sup> Rom. 14, 17.

<sup>2</sup> Statuit illi testamentum pacis (Eccli. 45, 30).

<sup>3</sup> Is. 66, 12.      <sup>4</sup> Matth. 5, 24.

llama *de la comunión*, por cuanto reúne en comunidad de sentimientos y afectos de amor mutuo á todos los hijos de la Madre Iglesia sentados á la mesa de familia<sup>1</sup>. *¡Oh Sacramento de piedad*, excluiré con San Agustín<sup>2</sup>, *oh signo de unidad, oh vínculo de caridad!* Todo esto nos advierte, concluye el mismo Padre, cuánto debemos amar la unión y temer la división entre los fieles<sup>3</sup>, supuesto que nada hay tan temible y detestable como la guerra, nada tan amable y apetecible como la paz.

## II.

9. En verdad, hermanos míos, la paz de Cristo, fruto, como dejamos dicho, de la sagrada Eucaristía, es, como vamos á ver en segundo lugar, el más rico manantial de prosperidad para los pueblos, porque, como canta la Iglesia: *Multiplicados los fieles por el fruto del sagrado trigo y del vino que hace vírgenes, descansan en la paz de Cristo*<sup>4</sup>. Desde luego se comprende que no hay felicidad cumplida para el corazón del hombre sino en la posesión perfecta de la paz. *¡Bienaventurados los pacíficos!* ha dicho la Verdad eterna<sup>5</sup>, *porque ellos serán llamados hijos de Dios*; y no sin razón, pues, como agudamente discurre el gran Doctor San Agustín, en la paz está la perfección, y por eso merecen llamarse hijos de Dios los que la tienen, por cuanto expresan al vivo la semejanza del Padre celestial, infinitamente perfecto<sup>6</sup>. ¿En qué otra cosa debe cifrar la felicidad el ser racional sino en el reinado pacífico del bien, en el concierto del orden dentro y fuera

<sup>1</sup> Congregavit nos Dominus (offic. SS. Sacram.).

<sup>2</sup> Tr. 26 in Io.      <sup>3</sup> Tr. 27 in Io.

<sup>4</sup> Ut supra.      <sup>5</sup> Matth. 5, 9.

<sup>6</sup> L. 1 de serm. Domini in monte.



de sí mismo? Pues tal es el estado felicísimo, dice el mismo Santo, del hombre pacífico, en quien todo está tan bien ordenado, que lo que es principal y más excelente en el hombre, eso impera sin resistencia de los elementos inferiores, esto es, de los apetitos comunes al hombre y á la bestia; y aun aquello mismo que sobresale en el ser humano, como es, el alma racional, está sujeto á otro principio superior que es la Verdad, el Hijo Unigénito de Dios. Ésta es la vida del sabio consumado y perfecto. Ésta es, por lo tanto, la suprema felicidad sobre la tierra, felicidad que no son parte á destruir las más encarnizadas persecuciones concitadas en lo de fuera por Satanás, enemigo de todo bien y perturbador universal.

10. Discurriendo por analogía deberíamos decir, amados fieles: *¡Bienaventurados los pueblos pacíficos!* porque ellos se granjearán el renombre de pueblos de Dios, como el antiguo pueblo de Jacob, escogido y colmado de bendiciones, de quien dijo el profeta: *¡Dichoso el pueblo al cual Dios eligió, para sí, como su herencia!*<sup>1</sup> Ése es el pueblo que sabe regocijarse<sup>2</sup>, ése es el pueblo feliz. Porque, así como no hay felicidad para el individuo fuera de los caminos de la virtud, así tampoco la hay para los pueblos fuera de los senderos de la paz. La paz supone, así en lo individual como en lo social, la victoria de la razón sobre las turbulentas pasiones que producen el trastorno de las almas y de las sociedades. Ella, pues, constituye una virtud pública, ó, mejor dicho, es el resultado de muchas y muy nobles virtudes cívicas y morales, á las que naturalmente corresponde la corona de la prosperidad, que es el *desideratum* y

<sup>1</sup> Ps. 32, 12.

<sup>2</sup> Beatus populus qui scit iubilationem (Ps. 88, 16).

el orgullo de las naciones. No es otra cosa la pública prosperidad sino el creciente desarrollo de todos los elementos de bienestar que en todo orden, material, moral y religioso, posee la sociedad. Pero ¿á quién no se le alcanza que ningún género de progreso es hacedero y realizable sino en el firme terreno de la paz? ¿Qué puede edificarse sobre arena movediza, ó qué torre podrá resistir á los sacudimientos de un terreno volcánico? De ahí el atraso material y moral en que yacen muchos países, como los de nuestra hermosa América, llamados por mil títulos á disfrutar de un alto grado de prosperidad y grandeza en el cuadro de las naciones civilizadas. ¿Quién no lo sabe aquí perfectamente? ¿Quién no lamenta en lo más hondo del alma las disensiones civiles, origen de todas nuestras interminables desventuras? Sí, carísimos hermanos: sin el imperio de la pública tranquilidad no hay riqueza nacional, por más oro que circule en nuestras venas minerales, no hay industria de alguna consideración, no hay artes, ni ciencias, ni aun moralidad en las costumbres: no hay sino atraso, ignorancia, mendicidad y repugnantes vicios. Huelga en este sitio y ocasión demostrar los males horribles del monstruo de la guerra, penetrados como estamos todos del justo horror que despierta hasta su nombre. Y, sin embargo, no estamos aún seguros de vernos para siempre libres de sus pérfidos amaños y espantosos estragos. ¿Qué magia infernal y verdaderamente satánica tiene esa Furia en el corazón de ciertos pueblos, que, con sólo agitar su rojo pabellón, levanta masas de hombres, más que entusiastas, fanáticos, arras-trándolos ciegos al campo de batalla para despedazarse mutuamente, y dejar empapado el suelo de la patria en lágrimas y sangre? ¿Es posible que la guerra, y



la peor de las guerras, la intestina, haya llegado á hacerse endémica, ó más bien cáncer corrosivo y gangrena mortal de tantas infortunadas naciones hispanoamericanas? La revolución permanente parece haber sentado sus funestos reales en medio de este hermoso Continente. ¡Ah! ¿qué porvenir nos aguarda, si no logramos con el favor del cielo afianzar de veras el imperio de la paz pública, extinguido para siempre el espíritu de odio y de revuelta?

II. Pero hemos de convenir, carísimos oyentes, en que este triunfo nobilísimo sólo puede obtenerlo aquí y en todas partes, el espíritu de nuestra santa religión, y, más en concreto, el culto fervoroso de la sagrada Eucaristía. Las razones, después de lo expuesto en la primera parte de este discurso, parecen obvias y sencillas; podemos, no obstante, corroborarlas con sólo reflexionar sobre la insuficiencia de los otros medios inútilmente ensayados y puestos en práctica para el logro de la paz. En efecto, ¿á qué no se ha acudido para obtener este bien supremo en los pueblos devorados por el espíritu anárquico y revolucionario? Ahí están en primer lugar los grandes ejércitos permanentes que cuestan á los gobiernos sumas fabulosas, dejándolos incapacitados para hacer otras erogaciones que serían de suma utilidad y aun de necesidad urgente para el servicio público, y hasta gravando el erario con enorme deuda nacional. Y ¿qué puede hacer, á pesar de tales sacrificios, la fuerza armada sino dar una paz exterior, también forzada, como efecto de la fuerza material, paz violenta y no durable<sup>1</sup>, pronta á desaparecer en el momento en que pueda sacudirse la aborrecida presión, según lo tiene ya demostrado la experiencia? Los in-

<sup>1</sup> Nihil violentum, perpetuum.

tereses particulares tampoco alcanzan á fundar una paz sólida y duradera, como quiera que ellos mismos son varios y mudables, no siendo, por otra parte, capaces de contener los desenfadados apetitos de la multitud desheredada, que antes bien los provocan estimulando á las masas á la revuelta con la loca esperanza del botín. En vano se ha apelado, como á arbitrio decisivo y seguro, á la difusión de la cultura intelectual por la multiplicación de escuelas laicas é institutos científicos de carácter pagano, puesto caso que las llamadas luces no enfrenan las brutales pasiones de un corazón corrompido por el materialismo ateo, antes bien le sugieren medios más abundantes para satisfacerlas.... ¿Qué resta, pues, sino el espíritu cristiano, las luces verdaderas de la fe, el espíritu de temor de Dios y de respeto á todo lo que represente la augusta autoridad divina, la moderación de los deseos terrenales, calmados con la esperanza de bienes eternos, en fin, la caridad fraternal que nos vino á enseñar Jesucristo, y cuyo fuego se aviva continuamente con el culto de la adorable Eucaristía? Desengañémonos, cristianos: éstos y no otros son los principios que han de obrar la tranquilidad tan deseada de las almas, produciendo en consecuencia la tranquilidad pública; porque, bien así como el cristianismo promulgó desde la gruta de Belén la ley de la paz universal, del mismo modo la promulga hoy y seguirá promulgándola desde el tabernáculo del Dios sacramentado. De aquí, pues, ha de brotar el torrente de paz que alegre la Ciudad de Dios, hermoso río que, arrastrando en sus ondas todos los elementos de discordia, asegure para muchos años la tranquilidad de que hoy felizmente disfruta la República. Así sea.



## SERMÓN DÉCIMOTERCIO

(predicado en la Capilla del Sagrario, Bogotá, 1886).

## La Fe y la Eucaristía.

Sapientia edificavit sibi domum, excidit columnas septem.

La Sabiduría se edificó una casa, labró siete columnas.

Prov. 9, 1.

I. ¡Magnífico edificio el de la sagrada Eucaristía! No contenta la Sabiduría del Padre con haber construido para sí un palacio verdaderamente regio donde habitar entre los hombres, en el terreno virgen del seno de María, el palacio de la sacrosanta humanidad, dispuso edificarse otra casa, no menos suntuosa, en la cual había de permanecer, aun después de trasladarse á su corte celestial, para ser en la tierra la felicidad de los hombres, con quienes le place habitar eternamente<sup>1</sup>. Aquel gran Dios que, por su inmensidad habita en todas partes, llenando con su presencia el cielo y la tierra<sup>2</sup>, ha querido fijar su asiento, como hombre y Dios juntamente, esto es, como Dios revestido de nuestra naturaleza limitada por el tiempo y el espacio, en el templo de la adorable Eucaristía, nueva y como más maravillosa forma del templo de su humanidad. En él vive oculto, verdad es, invisible á los ojos de la carne, rodeado de misteriosas sombras, porque, de no ser así, ¿quién pudiera resistir al fulgor deslumbrante de su vista? ¿quién se atrevería, cual nuevo Moisés<sup>3</sup>, á acercarse á su tremenda majestad? Mas no por eso, es menos real y positiva su presencia en ese templo, donde los ojos del espíritu iluminados por el rayo de la fe, le con-

<sup>1</sup> Deliciae meae esse cum filiis hominum (Prov. 8, 31).<sup>2</sup> Jer. 23, 24.<sup>3</sup> Ex. 19, 3.

templan y le gozan con más segura mirada que si le vieran al descubierto y en figura corpórea los ojos materiales.

2. Para levantar ese edificio majestuoso, en el cual había Dios de reinar en medio de la tierra hasta la consumación de los siglos, dispuso la Sabiduría infinita labrar siete columnas más firmes que de finísimo granito y más esbeltas que las del antiguo templo Salomónico, sobre las cuales se alzara la soberbia techumbre de su gloria. ¿Cuáles son, hermanos míos muy amados, esas columnas elegantes é imperecederas en que descansa el edificio de la Eucaristía?<sup>1</sup> ¿Será temeridad afirmar que no son otras que las siete primarias y fundamentales virtudes que cortó el mismo supremo Artífice de la piedra viva que es Cristo<sup>2</sup>, para engalanar los templos vivos de las almas? ¿Tendré necesidad de enumerar aquí las tres virtudes teologales y las cuatro del orden moral, llamadas justamente cardinales, como que sobre ellas giran todas las demás? No creo ciertamente necesario haceros ver cómo se encuentran en el culto del Dios sacramentado los actos de todas estas virtudes, sin las cuales no podríamos conocerlo, ni adorarlo dignamente, ni participar de sus copiosos bienes. Allí se ejercita por maravillosa manera nuestra fe, allí se aviva la esperanza cristiana, allí se enciende en celestes ardores la divina caridad; y, aunque no se comprenda á la primera vista, es también verdad que á las virtudes teologales acompañan y sirven allí las cardinales, teniendo lugar muy distinguido la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. Nada más puesto en razón que el concurso de todas las virtudes para alzar el trono

<sup>1</sup> Eccl. in offic. SS. Sacram. ad Laud. año. 1.<sup>2</sup> I Cor. 10, 4.



espiritual en que descansa y reina gloriosísimo *Señor de las virtudes*<sup>1</sup>.

3. Y dando hoy principio por *la Fe*, ¿no son sus oscuras claridades el velo más adecuado para formar el pabellón ó tienda en que deba habitar aquel Dios de incomprensible verdad que prometió que *habitaría entre la niebla*<sup>2</sup>? ¿no es, por ventura, la incomprensibilidad el atributo de Dios que, al decir del profundo Tertuliano, mejor nos da á conocer su perfección infinita? Pues no sería tal la perfección del Ser divino, si fuese dado al flaco entendimiento de criatura penetrarlo y comprenderlo. Digo, pues, carísimos oyentes, que la fe es la primera columna que sostiene el alcázar de la Eucaristía, porque, en primer lugar, ninguna otra de las obras de Dios parece tan adecuado objeto de esa virtud; y en segundo, ninguna otra ilumina tanto como la Eucaristía el humano entendimiento. Aquí tenéis el plan de este discurso: ayudadme á implorar los auxilios necesarios para desenvolverlo con acierto. *Ave María*.

## I.

4. Cuando afirmo, oyentes míos, que ningún otro dogma cristiano fuera de la Trinidad nos presenta un objeto tan adecuado á nuestra fe como el de la sagrada Eucaristía, me fundo precisamente en lo que pudiera hacerlo, al parecer, más inaceptable al entendimiento, y, por consiguiente, más inadecuado á la creencia, esto es, su misma oscuridad. Porque es un error suponer que un misterio por menos oscuro es más creíble, debiendo prudentemente afirmarse lo contrario. No pretendo decir con esto que la oscuridad sea el motivo

<sup>1</sup> Ps. 23, 10 et passim.

<sup>2</sup> 3 Reg. 8, 12.

formal de nuestro asenso á la verdad revelada, siendo así que creemos, no por la oscuridad, sino á pesar de la falta de luz, arrastrados por la autoridad de la palabra del que nos habla y afirma ser una cosa de tal ó cual manera. Ni siquiera es condición indispensable para la fe que su objeto sea oscuro á la razón, supuesto que Dios puede revelarnos, y de hecho nos ha revelado, algunas verdades que la razón humana alcanza con sus propias luces, como son la existencia y principales atributos del Criador, la espiritualidad del alma, la ley eterna y otras, si bien en este caso danos Dios á conocer tales verdades de un modo nuevo, más claro é incomparablemente más cierto que por la sola razón. Todo esto no obstante, y conforme á la doctrina del Apóstol que enseña ser la fe *la prueba ó argumento de las cosas que no aparecen*<sup>1</sup>, no puede negarse que la oscuridad es como el tinte ordinario de las verdades reveladas, siendo ese carácter lo que hace moralmente necesaria la revelación; pues ¿qué necesidad habría de este medio sobrenatural para conocer lo que naturalmente nos fuese con evidencia conocido? Sí, cristianos, la fe divina, de que hablamos, se nutre y alimenta de misterios: su campo está cubierto de una densa niebla, impenetrable á la sola razón, y la fe es la antorcha que nos guía, según el Apóstol San Pedro, á través de ese caliginoso desierto<sup>2</sup>, mientras alumbra el día de la eterna luz. De donde creo podemos inferir que, cuanto más oscura sea una verdad, por exceder infinitamente el alcance de nuestra natural inteligencia, tanto es más digna de ser revelada por Dios y tanto más adecuada para ser objeto material de nuestra fe.

<sup>1</sup> Hebr. 11, 1.

<sup>2</sup> 2 Petr. 1, 19.



5. Ahora bien, si exceptuamos el misterio de los misterios, que es la vida íntima de Dios, uno en tres Personas, en ningún otro dogma cristiano parece condensarse tanta oscuridad como en el augusto misterio de nuestros altares, ante el cual, como ante el trono de la Trinidad, no se puede menos de exclamar con el atónito Apóstol de las Gentes: *¡Oh altitudo!*<sup>1</sup> Y es porque en ninguna otra obra del Omnipotente se agolpan tantos y tan estupendos milagros, siendo la Eucaristía, según el Doctor Angélico, *el mayor de los milagros* obrados por el Señor Jesús. Misteriosa es, en efecto, la real presencia de Jesucristo bajo la apariencia de los accidentes; y no lo es menos la manera de existir y de obrar que allí tiene el Salvador. Nada hay en este Sacramento que no sea un gran milagro; y el milagro ¿no es acaso un verdadero misterio que obliga á preguntar: *Cómo es esto?*<sup>2</sup> ¿Qué es lo que aquí pasa? Fijad vuestros ojos reverentes en el santo tabernáculo. Allí está Jesucristo, como estuvo en el pesebre, como en el Calvario, como está hoy en el cielo á la diestra del Padre. Créolo así, no puedo dudarle; mas ¿cómo está aquí tan oculto, tan callado que ninguna exterior señal me atestigua su presencia? ¡He ahí, cristianos, una presencia completamente misteriosa, un modo de ser impenetrable á la sola luz de mi razón!

6. Comparemos, en efecto, la presencia eucarística con la presencia de Dios en el universo, así en todos como en cada uno de los seres que lo pueblan. *¡Por ventura no lleno yo,* dice el Señor, *el cielo y la tierra?*<sup>3</sup> También esta presencia del Ser divino es misteriosa, porque á Dios no le veo, ni le siento en las

<sup>1</sup> Rom. 11, 33.<sup>2</sup> Ex. 13, 14.<sup>3</sup> Ier. 23, 24.

criaturas. Sin embargo, el discurso racional me la persuade, y de ella me convence la evidente conexión de las existencias creadas con la existencia del Criador, condición tan esencial en la duración de los seres como en su principio y origen. Dondequiera que hay un ser, allí está el Ser sin el cual no hay ser posible, del cual todo ser depende en absoluto sin que pueda subsistir de otra manera. Así es cómo los cielos y aun los abismos me refieren la presencia del que los sustenta con su brazo omnipotente<sup>1</sup>, y hasta los átomos de materia y los grados de fuerza imponderables me la pregonan con sus mil millones de unidas y elocuentes voces. No sucede así con la presencia de Jesucristo en el altar. Las palabras sacramentales se han pronunciado sobre un pedazo de pan y una copa de vino: el gran portento se ha efectuado, porque aquellas palabras son de virtud infinita y no pueden pronunciarse en vano, son palabras del Criador: *Él lo dijo, y todo fué hecho; Él lo mandó, y todo fué creado*<sup>2</sup>. Nada, empero, me revela lo que acaba de pasar, lo que está pasando delante de mí mismo; y no sólo no se muestra á mis sentidos, pero ni siquiera mi discurso tiene aquí punto de apoyo en que hacer pie, si no es levantado á otro orden de cosas superior al de la naturaleza. Quedo, pues, como en el aire, sostenido únicamente por la palabra de Dios: *¡Ipsé dixit!* y: *Nada más verdadero que esta palabra de verdad*<sup>3</sup>, y afirmo que el Dios-hombre está aquí realmente escondido bajo el velo de estas especies corporales: creo con toda la firmeza de una convicción sobrenatural, pronta á sellarse con la sangre de mis

<sup>1</sup> Ps. 18, 2. Ps. 138, 8.<sup>2</sup> Ps. 32, 9.<sup>3</sup> Ritmo de Santo Tomás.



venas, que aquí se oculta la plenitud de la Divinidad y la majestad del Dios humanado. Los ángeles ¡oh, y qué venturosos me parecen! lo ven con toda claridad, como veían á Dios en el Infante del portal de Belén; pero yo ¡pobre de mí! no solamente no le veo, pero ni alcanzo, por mucho que abra los ojos, á divisarlo en lontananza, de modo que pueda exclamar como el discípulo amado: *¡Él es, el Señor es!*<sup>1</sup> ¡Parece que estuviera á millones de leguas de distancia lo que está á un palmo de mis ojos! ¡Oh presencia de mi Amado verdaderamente oscura y misteriosa!

7. Porque no sólo no se me revela de algún modo, sino que antes, por el contrario, todo cuanto ven y palpan mis sentidos en el Sacramento, se o pone y contradice á la presencia real de Jesucristo, de manera que, para afirmarla, me veo forzado á renegar del testimonio de aquéllos, creyendo á pie juntillas que se engañan en este caso, por más que en cualquier otro admita yo su testimonio<sup>2</sup>. Para afirmar que está Dios en todas partes, sírveme de punto de partida la realidad de las cosas criadas, porque ésta no excluye, antes exige la realidad de la presencia divina; mas aquí, en el mundo eucarístico, sucede todo al revés, porque, para creer que está realmente Jesucristo en la Hostia consagrada, preciso es que crea que no está en ella la realidad del pan, sino sólo su apariencia y accidentes. No se me dice simplemente que Jesucristo está donde no hay nada sensible, en el espacio vacío, lo cual fuera ya verdaderamente misterioso; se me dice otra cosa mucho más oscura y difícil de entender, y dura para el corazón del

<sup>1</sup> Io. 21, 7.

<sup>2</sup> Visus, gustus, tactus in te fallitur (Eccl. in hymno).

incrédulo, y es que existe en el espacio que yo veo ocupado por otras sustancias corporales, como son el pan y el vino, y no compenetrándose ó coexistiendo con ellas, que, aunque milagroso, fuera tal vez un modo de existir más asequible á mi razón, sino, al contrario, destruyendo y aniquilando dichas sustancias para sustituirse Él mismo como dueño y señor del universo. Y luego, por lo que hace á los puros accidentes, separados, contra su inclinación natural, de su propia sustancia, díceseme que no los sustenta, como sujeto, el cuerpo y la sangre de Cristo, sino que están allí sustentados por sí solos, sin apoyo de sustancia alguna, arimados únicamente á la virtud divina del mismo que, con su entrada, destruyó su arrimo natural<sup>1</sup>. ¡Cosa inaudita y de todo punto extraña á mi entender! *¿Quién oyó jamás tales cosas, ó vió algo semejante á esto?*<sup>2</sup> ¡Tan misteriosa es la presencia real de Jesucristo en la venerable Eucaristía!

8. Ni lo es menos la manera que allí tiene de existir. Está allí todo el cuerpo de Cristo nuestro Señor, con la misma entereza y hermosura con que está en el cielo<sup>3</sup>, mas no está como cuerpo, sino como espíritu, todo entero en toda la hostia y en cada partecita de ella, á la manera que nuestra alma está toda en todo el cuerpo y toda en cada una de sus partes. Así se expresan con teológica sencillez los autores católicos. Tiene, pues, hermanos míos, aquel cuerpo sacratísimo, así como la integridad de sus miembros, la plenitud de las cualidades corpóreas que le son esenciales, á fuer de verdadero cuerpo; y, no obstante, ¡prodigioso caso! está

<sup>1</sup> La Puente, Guía espir. tr. 2, cap. 15.

<sup>2</sup> Is. 66, 8.

<sup>3</sup> La Puente l. c.



exento en la Eucaristía de la condición y leyes naturales de esas mismas propiedades, como son la resistencia é impenetrabilidad, la divisibilidad, la ubicación. Está, como sabéis, de un modo semejante al del alma en el cuerpo; pero advertid que esta semejanza no nos aclara todo el misterio del modo de ser de Jesucristo en las especies sacramentales, puesto caso que no sólo está todo entero, sino perfecto y completo, en cada partícula; no así el alma en cada uno de sus órganos corpóreos, en los cuales, si bien está toda sustancialmente, no lo está con la plenitud de sus facultades ni con absoluta independencia. He ahí, pues, un modo de existir sobremanera misterioso y que deja abismado nuestro entendimiento.

9. Y al existir corresponde el obrar. Por eso no es menos oscura é impenetrable á nuestra pobre inteligencia la operación de Jesucristo en este Sacramento, al cual con razón llama la Iglesia *admirable*<sup>1</sup>. Porque, teniendo carne verdadera, no vive vida de carne ó de sentidos: tiene ojos y no ve, lengua y no habla, pies y manos y no anda ni palpa, no ejercitando allí las potencias sensibles sino solamente las espirituales; y de esta suerte, siendo alimento de las almas, su carne viva da vida á los que sacramentalmente la comieren. Es verdadero alimento, y no reciben inmutación ni corrupción alguna ese cuerpo y esa sangre adorables, como acontece á los alimentos reales y corpóreos que sustentan nuestra vida física, de modo que, como canta la Iglesia por la voz del gran Tomás de Aquino: *A sumente non concisus, non confractus, non divisus, integer accipitur*<sup>2</sup>. La in-

<sup>1</sup> Deus, qui nobis... (Eecl. in offic. SS. Sacram.).

<sup>2</sup> In offic. SS. Sacram.

mutación se queda en la cubierta de los accidentes bajo la cual se oculta Jesucristo por amor nuestro, y bajo la cual obra verdaderamente. ¿Qué linaje de operación es ésta, cristianos, que no causa impresión en el agente<sup>1</sup>, y más siendo, no sólo agente real, sino corpóreo? ¡Operación de todo punto misteriosa! Las sombras, pues, se espesan á tal grado que casi podríamos llamar á la divina Eucaristía un mar tenebroso, donde corre peligro de naufragio nuestra fe. ¡Pero no! no temáis que naufrague una fe sincera y humilde, como la del verdadero creyente, guiada por la estrella de la palabra de Aquél que, como afirma el Apóstol, *mandó á la luz salir resplandeciente del fondo de las tinieblas*<sup>2</sup>. En efecto, pasemos á ver cómo esa misma oscuridad se torna un océano de luz, así como, á virtud del primer *fiat*, brotó del caos primitivo la hermosa luz del primer día de la creación.

## II.

10. Como quiera que todos los soberanos misterios de nuestra santa fe arrojan, por maravillosa manera, torrentes de luz sobre las verdades que forman su objeto, bien podemos asegurar que éste de la Eucaristía, mejor que ningún otro, nos da una luz vivísima y verdaderamente grande<sup>3</sup> acerca de los atributos de Dios, y sobre todo una luz fecunda en frutos de santificación. Ved ahí, hermanos carísimos, dos importantes reflexiones que ilustrarán nuestro asunto.

11. Desde luego debemos dar por sentado que el misterio no es lo imposible, sino simplemente lo desconocido, lo impenetrable á nuestra débil razón corta

<sup>1</sup> Nec sumptus consumitur (ibid.).

<sup>2</sup> 2 Cor. 4, 6.

<sup>3</sup> Is. 9, 2.



de vista, y ese carácter no sólo no es ajeno de la verdad, sino que de él suelen andar revestidas las verdades sublimes, las que pertenecen á un orden de cosas más elevado que nosotros mismos. Por otra parte este carácter de incomprendibilidad que rodea al misterio no solamente puede, sino que suele acompañar á lo real, á lo innegable, como acontece en mil fenómenos del mundo físico, cuya existencia nos consta, pero cuya naturaleza nos es desconocida, y acaso lo será eternamente. Pero lo desconocido, la sombra, me diréis, ¿cómo puede arrojar luz en nuestro entendimiento? ¿No hay aquí un sofisma ó, cuando menos, una evidente paradoja? No por cierto, cristianos, y me explico. Dado que á Dios y sus atributos no podemos contemplarlos en sí mismos, sino como en su reflejo, en sus criaturas, en las obras de sus manos, el misterio, si bien no nos da á conocer á Dios directamente, danos sí una escala mucho mayor que la creación para medir la extensión de su bondad, el alcance de su sabiduría, y la magnitud de su poder. Esto se verifica de un modo especial en los misterios eucarísticos, ya que no uno sólo, sino innumerables concurren en el augusto Sacramento. Y de aquí que la prudencia, en su más alta acepción, tenga lugar para ejercer sus funciones en el campo de los hechos misteriosos. *Aprende*, decía el profeta Baruch, *dónde está la prudencia, para que adviertas dónde está la luz de los ojos y la paz*<sup>1</sup>. En verdad la ciencia de Dios es una ciencia de cálculo, aun más que la ciencia de los mundos siderales y de los enormes astros que en ellos giran, cuya magnitud y extensión excede á nuestro pensamiento. Los hechos misteriosos que la Eucaristía nos

<sup>1</sup> Bar. 3, 14.

pone delante, no son tales sino por cuanto pertenecen á otro orden de existencias, tan real como el nuestro, pero diferente de éste en que vivimos, y por lo mismo desconocido para nosotros. Añadamos que, bien visto, tanto prueba el poder divino la existencia de un orden como la de otro, así como lo prueban igualmente la creación de un granito de arena y la de un sol, pues para crear el primero no se necesita menos que poder infinito. Sin embargo, ¿quién no ve que la contemplación de ese astro, oscuro y luminoso al mismo tiempo, nos da la más alta idea de la magnificencia de su excelso Hacedor?<sup>1</sup> Por eso, reflexiona San Agustín, fué necesario el milagro, porque, acostumbrados como estamos á no admirar bastante las obras ordinarias del Criador, por lo mismo que no exceden nuestra comprensión, era preciso lo incomprendible, lo maravilloso, esto es, lo deslumbrante, para elevarnos al conocimiento y admiración del poder divino<sup>2</sup>. Pues bien, no sólo sobre todo lo natural, sino también sobre todo lo milagroso está la sagrada Eucaristía, el mayor de los milagros, al decir de Santo Tomás. «Tiende los ojos, dice un docto y piadoso escritor<sup>3</sup>, por cuanto está escrito en las divinas Escrituras y en los libros de las criaturas, y aquí lo hallarás con infinita excelencia, aunque cifrado y encubierto con aquel velo exterior de pan y vino.... ¡Oh alteza y profundidad de la sabiduría y caridad de Dios!... ¡Alámbente, Dios mío, las jerarquías hermosísimas de los ángeles por esta unión que has hecho de tanta hermosura con tan humilde cubierta! Cuanto más humi-

<sup>1</sup> Sol, vas admirabile, opus Excelsi (Eccli. 43, 2).

<sup>2</sup> Hoc admotum est sensibus, quo erigeretur mens (tr. 24 in Io.).

<sup>3</sup> P. Luis de La Puente (l. c.).



llado te miro, tanto más me admiro y tanto más te amo....»

12. Pero hay aquí una circunstancia más notable, si cabe, que completará mi pensamiento. El misterio de la Eucaristía no nos da el simple conocimiento, la idea, sino el sentimiento íntimo de Dios, como quiera que abraza, no sólo la presencia real, sino la comunión del cuerpo y sangre del Señor. Sentimos, pues, á Dios al unirnos sacramentalmente con Cristo, y quedamos bañados de la luz eucarística tan fecunda y poderosa para santificarnos. Porque ¿de qué nos aprovecharía conocer las divinas excelencias, si por medio de ese conocimiento no nos hiciéramos mejores? No son las claras luces de la fe cristiana como las vanas especulaciones de la filosofía orgullosa y estéril: ésta hincha, aquélla edifica; ésta, cuando más, satisface al espíritu, aquélla purifica é inflama el corazón. Así es que ningún otro Sacramento, como el llamado *Santísimo*, aprovecha tanto al dichoso viajero de la eternidad que, en su peregrinación terrestre, se alimenta con el Pan divino. Pureza de alma y caridad ardentísima son los frutos como naturales y espontáneos de la sagrada Eucaristía; y estos frutos se derivan del conocimiento íntimo de Cristo y de sus *invenciones*<sup>1</sup>, conocimiento que en ella y por ella adquiere nuestra alma. Siete maravillosos inventos del amor divino enumeran los teólogos ascéticos en el adorable Sacramento<sup>2</sup>, y por ellos se descubren á las claras las virtudes celestiales que en esos mismos milagros se representan, y las cuales ejercita el divino Maestro que lo instituyó para mostrarnos su infinita sabiduría y caridad. Y ¿quién duda que la contemplación

<sup>1</sup> Is. 3, 10.

<sup>2</sup> *La Puente*, ubi supra.

devota de estas maravillosas invenciones, ó revelaciones del poder divino en la Eucaristía, contribuirá poderosamente á despertar en nuestras almas un amor ferviente é inventivo como el de Jesús? ¿No es esto lo que quiso Dios dar á entender por aquellas palabras proféticas de Isaías dirigidas al Justo por antonomasia, Jesucristo nuestro Salvador: *Decid al Justo que bien está, que él comerá el fruto de sus invenciones*<sup>1</sup>? En efecto, fruto, y muy exquisito, de las invenciones ó milagros de la Eucaristía han sido las invenciones que han hecho los apóstoles, los mártires, las vírgenes, los anacoretas y tantas almas fieles, para mostrar á Jesucristo el amor que le tenían por el que Él les tuvo, y ahora están disfrutando en el cielo, á la mesa de Cristo, del fruto de las invenciones que hicieron en la tierra.

13. Así es, hermanos míos, cómo el misterio eucarístico, á pesar de sus sombras infranqueables al humano entendimiento, irradia maravillosos rayos de luz sobrenatural para conocer á Dios y sus atributos, y, mediante este conocimiento, inflamarnos en su amor. De esta misma suerte la fe, primera de las virtudes que el Espíritu Santo infunde directamente en nuestras almas, la fe avivada por el Sacramento de la Eucaristía, nos dispone suavemente á las otras virtudes teologales, la esperanza y la caridad, las cuales, como veremos en los discursos siguientes, se perfeccionan, mejor que en parte alguna, en el augusto Sacramento, en donde reina glorioso el Dios de las virtudes. Así sea.

<sup>1</sup> Is. 1. c.



## SERMÓN DÉCIMOCUARTO

(predicado en la Capilla del Sagrario de Bogotá, 1886).

## La Esperanza y la Eucaristía.

Iam non bibam de hoc genimine vitis, usque  
in diem illum, cum illud bibam novum in regno Dei.

Ya no beberé otra vez con vosotros de este  
fruto de la vid, hasta aquel día en que tengo de  
gustarlo nuevo en el Reino de Dios.

Marc. 14, 25.

1. ¿No advertís, cristianos, el misterio escondido en estas palabras del Salvador á sus discípulos, los comensales de la noche de la Cena? «*Ya no beberé otra vez con vosotros de este fruto de la vid, hasta aquel día en que tengo de gustarlo nuevo en el Reino de Dios.*» ¿Quién no admira aquí expresada la identidad de los dos banquetes, el del Cenáculo y el del Reino celestial, el de la santa Eucaristía, y el de la eterna Bienaventuranza? ¿No es uno mismo el fruto de la vid que en ambas mesas se propina, el que ha de gustar Cristo, y nosotros con Él? Evidentemente lo dicen las palabras de Jesús, advirtiéndolo sí, que en la gloria se dará *nuevo* el vino añejo de su preciosa sangre; nuevo, si no en la sustancia, ciertamente en el modo de servirlo y de gustarlo. He aquí, hermanos míos, un pensamiento no menos dulce al corazón que apropiado para servir de apoyo á la proposición que intento desarrollar en esta tarde, á gloria del Sacramento augusto que aviva y despierta en nuestros corazones la segunda de las virtudes teologales, la *Esperanza*.

2. Es, en efecto, la institución de la sagrada Eucaristía el baluarte firmísimo de la esperanza cristiana, de tal suerte que, el que cree en ella y la recibe, no caerá jamás en el espantoso abismo de la desesperación. *El que cree en mí*, decía el Salvador, *aunque estuviere*

*muerto, vivirá*<sup>1</sup>; aunque estuviere muerto por el pecado, vivirá por la esperanza de recobrar la gracia y, mediante ella, alcanzará la vida eterna. Porque, bien considerada esta virtud teologal, tiene por objeto la bienaventuranza de la gloria; y, por motivo, la fidelidad de Dios á sus promesas. Esperamos firmemente, apoyados en la palabra infalible de aquel Señor que nos ha dicho como á Abraham: *Yo seré tu galardón*<sup>2</sup>, de Aquél que, supuesta nuestra fidelidad á sus santos mandamientos, para cuya guarda nos dará los auxilios suficientes de su gracia, nos coronará también con la eterna posesión del Bien infinito que es Él mismo: *Ego ero merces tua*. Y seguros y tranquilos, como el hijo que duerme sin recelo sobre la palabra de su padre, abrigamos esta dulce confianza en nuestro seno, á imitación del pacientísimo Job, quien, en medio de sus dolores, solazábase diciendo: *En mi seno guardo depositada esta esperanza*<sup>3</sup>. Ahora bien, en la divina Eucaristía vinculó Cristo Señor nuestro, como discurre un docto y piadoso escritor<sup>4</sup>, seis excelentes promesas, en que están cifradas todas las que pertenecen á nuestra salvación; y por prenda para la seguridad de ellas diónos este admirable Sacramento, que encierra lo que vale tanto como todas. Véase lo que Cristo promete por San Juan: «*El que come mi carne, y bebe mi sangre, está en mí, y yo en él; vivirá por mí, como yo vivo por mi Padre; no tendrá más hambre ni sed; no morirá, sino vivirá para siempre; tiene en sí la vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.*»<sup>5</sup> Concretando, pues, nues-

<sup>1</sup> Io. 11, 25.

<sup>2</sup> Gen. 15, 1.

<sup>3</sup> Job 19, 27.

<sup>4</sup> *La Puente*, De la perfección en general tr. 4, cap. 4.

<sup>5</sup> Io. 6, per totum.



tro asunto, veremos, 1.º cómo la Eucaristía es imagen de la gloria, y 2.º cómo es prenda segura de alcanzarla. De donde en consecuencia sacaremos que es sólido apoyo de nuestra esperanza, y que, lo mismo que esta virtud, nos hace fuertes y templados. Invoquemos á María, *madre de la santa esperanza*<sup>1</sup>. *Ave María*.

## I.

3. «¡Oh sagrado banquete, exclama la Iglesia, en el cual se nos da una prenda de la vida verdadera!»<sup>2</sup> Mas no sólo una prenda de la gloria es la sagrada Eucaristía; porque, bien mirada, es la gloria misma, anticipada á nuestras esperanzas. ¡Oh bondad inestimable del Dador de todo bien, pues, no contento con reservar para nosotros aquella vianda regalada de la posesión de sí mismo en la patria, nos la da á probar en el destierro, dejándose gustar sacramentado! Con razón aseguran los santos Doctores que por la Eucaristía la tierra se ha trocado en cielo; pues lo que constituye sustancialmente la felicidad de los comprensores, es lo mismo que tenemos ya los afortunados viadores. Oíd al gran Crisóstomo: «Mientras vivimos en esta vida, la tierra es para nosotros cielo por obra de este divino misterio»<sup>3</sup>; porque, prosigue diciendo un devoto escritor, el mismo Señor que honra el cielo con su presencia, y alegra y llena de bienes á los bienaventurados, ése está en la tierra con nosotros *con todo su poder y grandeza*, para llenarnos de sus bienes<sup>4</sup>. Aquí se nos

<sup>1</sup> Eccli. 24, 24.<sup>2</sup> Eccl. in offic. SS. Sacram.<sup>3</sup> Dum in hac vita sumus, ut terra nobis cœlum sit, facit hoc mysterium (*Chrys.*, Hom. 24 in 2 Cor.).<sup>4</sup> *La Puente*, ubi supra.

da lo mismo que allá se nos dará, dice otro no menos pío escritor ascético, sólo que aquí debajo de accidentes, y allá á plato descubierto<sup>1</sup>. No difiere, pues, la dicha de los que poseemos á Dios en la Eucaristía, de la felicidad de los que le ven á cara descubierta en el cielo, sino en el modo de poseerle y de gozarle, que no en la cosa misma poseída. ¿No tenemos aquí á Dios, al Dios verdadero, al Bien Sumo, al Dios vivo y vidente, como habla San Agustín, á quien están contemplando eternamente los bienaventurados?<sup>2</sup> Verdad es que ellos le ven: *Prométese á nosotros la visión de Dios*, dice el santo Doctor; pero, aunque en el Sacramento de su real presencia no le vemos con los ojos del cuerpo glorificado, vémosle, á través de los sacramentales velos, con los ojos de la mente iluminada por la fe. Y de todos modos, es lo cierto que realmente le poseemos, porque aquí está no sólo el Verbo Encarnado, sino el Padre y el Espíritu Santo que le hacen inseparable compañía y vienen y moran con nosotros. Así lo asegura terminantemente el Salvador: *Vendremos á él, y moraremos en su casa*<sup>3</sup>. Por donde viene á decir el ya citado autor: «Si quieres que tu alma se convierta en cielo, come este Pan celestial; porque, siendo trono suyo, serás también su cielo, comenzando desde luego á gustar en la tierra la vida que esperas gozar en el cielo.»<sup>4</sup> Más allá no puede Dios mismo adelantar la dádiva de sí, puesto caso que, si hubiéramos de verle aquí, claramente, como realmente le poseemos, la vida presente no sería ya de prueba y de

<sup>1</sup> P. *Al. Rodríguez*, Trat. del SS. Sacram.<sup>2</sup> *Aug.*, Sermon. 10 de verb. Domini.<sup>3</sup> Io. 14, 23.<sup>4</sup> *La Puente* l. c.



pasaje, sino de asiento y goce perdurable. En tal caso ya podríamos exclamar con el Apóstol arrobado en el Tabor: *Bonum est nos hic esse!*<sup>1</sup> Pero ¿no sería esto un desatino? En verdad, Pedro *no sabía lo que hablaba*<sup>2</sup>.

4. Muy dignas de ponderación, hermanos míos, son aquellas palabras del Señor, hablando expresamente de la manducación de su cuerpo: *El que come este pan vivirá eternamente*<sup>3</sup>. La expresión *vivet* no parece significar solamente la promesa de la vida eterna, sino afirmar la realidad de esta vida poseída actualmente, aunque no en su plenitud. Pero ¿cómo dudar de que así sea, cuando el mismo Jesucristo de un modo clarísimo lo asegura por estas otras palabras: *El que come mi carne, tiene la vida eterna*<sup>4</sup>? Tienela ya de presente, no sólo en esperanza para el porvenir. ¡Oh! ¡y qué bien se comprende que, quien posee á Dios en la Eucaristía, tiene ya la vida verdadera! Imagen viva de la gloria, la Eucaristía es la luz de la esperanza cristiana que alienta y da vida al corazón. El corazón que espera con tal firmeza que tiene ya seguro el bien que se le promete, y está como tocándole con la mano, no es un corazón muerto, es un corazón que respira lleno de vida y de felicidad. Donde la esperanza fenece, allí ciertamente es la muerte quien impera. Donde aquella languidece y desmaya, la muerte se aproxima y lucha con la vida. Por eso la muerte del cristiano, bañada por los rayos de la aurora de otra vida que ha de lucir cuando la temporal se extinga, no es muerte propiamente, ni casi puede así llamarse: diríase mejor sueño, metamorfosis, cambio de vida. *Nuestro amigo Lázaro duerme*<sup>5</sup>,

<sup>1</sup> Marc. 9, 4.<sup>2</sup> Ibid. 9, 5.<sup>3</sup> Io. 6, 59.<sup>4</sup> Ibid. 6, 55.<sup>5</sup> Io. 11, 11.

decía Jesús á sus discípulos; y de la otra difunta tendida ya en el féretro afirmaba el Señor: *No está muerta la niña, sino dormida*<sup>1</sup>. Estos muertos iban á resucitar en seguida, verdad es; mas nosotros, que creemos en Él y le recibimos en el Sacramento de su cuerpo y sangre, ¿no hemos de resucitar también en el día final? *Yo lo resucitaré en el último día*<sup>2</sup>. La cuestión, como veis, es sólo de tiempo, la realidad de la vida es la misma: *No así el impío*, no por cierto, exclama el Profeta; *mas como puñado de polvo que arroja el viento y lo disipa de la haz de la tierra*<sup>3</sup>. Porque, muerto ya en vida por la desesperación, no aguarda para después de su último aliento sino la total extinción de su ser, la nada; y ¡aun esta mísera esperanza le saldrá fallida! porque lo que hallará serán tinieblas y condenación eterna, peor infinitamente que la misma nada. *Bien le estuviera no haber nacido*<sup>4</sup>.

5. Aun acá sobre la tierra, desierto donde vaga el hombre peregrino en busca de la tierra prometida, sólo la columna de fuego de la esperanza, con sus alegres irradiaciones entre las tinieblas de la noche de la vida, impide al cansado viajero sucumbir al peso de sus interminables desventuras. ¡Cuarenta años sostuvo la esperanza al errante pueblo de Israel por el desierto! Los que incrédulos desconfiaron de la palabra de Dios quedaron, á millares, sepultados en la caliente arena; pero la generación nueva, los hijos de la esperanza, tomaron posesión de la tierra que manaba leche y miel. ¿Quién sino el Ángel de la esperanza salvó de la muerte á la desvalida Agar y al hijo agonizante de la esclava?

<sup>1</sup> Matth. 9, 24.<sup>2</sup> Io. 6, 40.<sup>3</sup> Ps. 1, 4.<sup>4</sup> Matth. 26, 24.



Y, si tales prodigios obra la esperanza de terreno bienestar, ¿qué no será capaz de obrar en el alma del creyente la esperanza de bienes eternos, avivada con la posesión de la divina Eucaristía?

6. Porque en este misterio se encierra, cristianos, no sólo la imagen sustancial de la bienaventuranza, sino el modelo y perfectísimo ideal de la gloria que esperamos. Si hemos de ser eternamente felices, con gloria de alma y cuerpo, como la fe nos lo asevera, sin duda lo seremos á semejanza de Jesús, y por la participación de su gloria, según aquello del Apóstol: «*Cuando apareciere Cristo, vuestra vida, entonces apareceréis también vosotros con Él gloriosos.*»<sup>1</sup> Pues bien; no es menor la gloria de Jesucristo en la Eucaristía que en el cielo. Porque en ella, á pesar de la muerte mística que embarga al Cordero inmolado en el altar, está Jesús lleno de vida en sí mismo<sup>2</sup>, como causa y fuente de nuestra vida; á pesar de la aparente humillación del sepulcro, que no otra cosa es el tabernáculo, disfruta nuestro Salvador de toda la felicidad que corresponde al que es Cabeza de todos los predestinados. No hablo de Jesucristo en cuanto Dios, cuya gloria es infinita, la misma del Padre y del Espíritu Santo, como canta la Iglesia diariamente: *Tu solus Altissimus, Iesu Christe, cum Sancto Spiritu in gloria Dei Patris*<sup>3</sup>. Refiriéndome á la gloria del Hijo del Hombre, como tal; digo que, ya sea que se considere la de su alma santísima, ya la de su cuerpo glorioso, es en la Eucaristía el dechado de la que tendrán los justos después del día de la Resurrección de la carne á vida inmortal. En efecto, aquí está el alma de Cristo disfrutando de la visión clara de

<sup>1</sup> Col. 3, 4.<sup>2</sup> Io. 5, 26.<sup>3</sup> Eccl. in Missa.

Dios con lumbre de gloria excelentísima, con la cual no sólo ve y entiende la divina esencia con suma perfección, sino que posee todas las ciencias naturales y sobrenaturales de todas las cosas, con toda la eminencia que conviene al alma que está unida con la Sabiduría del Eterno Padre, de quien procede toda la ciencia de ángeles y hombres. Aquí, en la Eucaristía, está el alma de Cristo con su voluntad encendidísima, ardiendo en llamas de amor beatífico de Dios y de los hombres por Él. Y á par de la caridad, propia de la voluntad deificada, están en ella todas las demás virtudes con suma excelencia, como vestidura riquísima con que á sí misma se engalana, y adorna también á los que dignamente le reciben sacramentado. Aquí goza finalmente esa dichosísima voluntad del mar de los tesoros de los deleites celestiales, porque bebe del río caudaloso de los goces de Dios hasta hartar sus deseos con hartura suma, y con tanta plenitud, que de lo que le sobra, puede llenar á todos los bienaventurados de alegría<sup>1</sup>.

7. Mas ya que el ideal de la bienaventuranza del hombre no se limita á la gloria del espíritu, sino que, rebosando ésta de la parte superior de nuestro ser, ha de inundar de felicidad al mismo cuerpo, revestido de hermosura y satisfecho con todos los goces del sentido, contemplemos algo más de propósito la gloria del sagrado Cuerpo de Nuestro Señor en el trono de la Eucaristía, no menos resplandeciente que en el cielo empíreo. ¡Oh, si nos fuese concedido por un instante verle, rasgados los velos de las especies sacramentales, como está realmente allí, en ese Tabor del Santísimo Sacramento! Allí está adornado de aquellas cuatro dotes de gloria que recibió el

<sup>1</sup> La Fuente, tr. 4, cap. 3.



día de su Resurrección: allí está inmortal é impasible, mil veces más brillante que el sol, con la agilidad, sutileza ó espiritualidad que le conviene según su estado glorioso, y con tanta belleza en cada una de sus partes, que basta para robar la afición de los que le miran<sup>1</sup>. Allí está tan bello como lo describió la Esposa en el libro de los Cantares<sup>2</sup>, *totus desiderabilis*, todo él amable y dignísimo de ser deseado y amado de todos los hombres. Cinco soles de inmenso resplandor, que aumentan sobremanera su hermosura, adornan sus manos, pies y costado, donde en otro tiempo se abrieron crueles llagas; setenta y dos estrellas, que corresponden á otras tantas heridas que hicieron las espinas, forman en la cabeza de este gloriosísimo cuerpo una corona de inmortalidad, más lucida que joyel de diamantes. Y ¿no se dilatará nuestro corazón contemplando en el cuerpo glorioso de nuestro Salvador sacramentado el modelo del nuestro después de la resurrección?

8. Síguese de aquí que la sagrada Eucaristía, avivando nuestra esperanza con la hermosa perspectiva de la gloria del cielo, inunda de goces celestiales el vacío del pobre corazón humano. ¡Qué maravilla que las almas regaladas con las delicias eucarísticas experimenten insuperable hastío por los placeres de la tierra! Á estas almas no deslumbradas por el falso brillo de los bienes pasajeros, no les es difícil moderar y tener á raya los afectos terrenos, en lo cual consiste el oficio de la virtud de la templanza. Toman de este mundo apenas lo indispensable para el viático de la eternidad, despreciando todo lo superfluo, contentos, como el Apóstol, de tener alimentos y vestido con que sostener la vida

<sup>1</sup> La Puente l. c.

<sup>2</sup> Cant. 5, 10 sqq.

y atender á la decencia<sup>1</sup>. ¿Pues qué? ¿no se han visto santos, como Catalina de Sena, que se sustentaban durante muchos días con el solo pan de la Eucaristía, con el regalado manjar del Cordero sin mancilla? ¡Ah! y ¡qué poco sabor debe encontrar en el banquete eucarístico el alma cuyo contentamiento se cifra en la posesión y goce de bienes terrenales! Pero también ¡qué pocos atractivos tiene el cielo para esta clase de almas apegadas á la tierra! ¡Qué amortiguada está en ellas la esperanza!

## II.

9. Pasemos á considerar la sagrada Eucaristía como prenda segura de la bienaventuranza prometida. El Apóstol San Pablo nos presenta en forma elocuente el siguiente argumento de nuestra confianza omnímota en el Dador de todo bien: *Quien no perdonó á su propio Hijo, antes lo entregó á la muerte por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de haber dado juntamente con él todos los bienes?*<sup>2</sup> El argumento es de los que se llaman á *pari*, porque concluye con la misma fuerza de razón con que se afirman las premisas. Y basados en él podemos discurrir así para nuestro propósito. Quien nos dió la sagrada Eucaristía, y esto en el país de la prueba y del dolor, ¿cómo no nos ha de dar la gloria en la patria que será el teatro de las eternas recompensas? Si tan exquisita es la vianda dispuesta en este Sacramento á los pobres viadores, ¿cuál será la opulencia del banquete celestial preparado para los que llegaron al término del viaje, conseguida la victoria decisiva? *Ni el ojo vió, dice el Apóstol, ni el oído oyó, ni cupo*

<sup>1</sup> Tim. 6, 8.

<sup>2</sup> Rom. 8, 32.



en corazón de hombre lo que preparó Dios para los que le aman<sup>1</sup>. Bastábanos ciertamente para asegurarnos del cumplimiento de las promesas divinas la palabra del que es fiel por excelencia: *fidelis Deus*<sup>2</sup>; bastábanos tantas otras pruebas, ya generales, ya particulares, como nos acreditan la indefectible fidelidad divina, efecto de su veracidad, bondad y omnipotencia. *El cielo y la tierra pasarán, dice el Señor, pero mis palabras no quedarán sin cumplirse*<sup>3</sup>. Quiso, no obstante, aquel Señor que mide todo el fondo de nuestra debilidad, sostener nuestra lánguida esperanza con la prenda más valiosa que pudiera imaginarse, la dádiva de sí mismo en el Sacramento de la Eucaristía. Como si dijera, en tono de familiar coloquio, al medroso mortal, ó, mejor aún, al pecador instintivamente desconfiado: «Para asegurarte de que yo he de ser tu recompensa, mira que yo mismo quiero ser tu alimento, porque *Mi carne es verdaderamente manjar tuyo.*» ¡Qué dignación tan soberana! ¡Qué condescendencia tan maravillosa con las exigencias de nuestra poquedad!

10. Á la verdad, carísimos hermanos, no teníamos poca necesidad de ser así sostenidos por el brazo de la divina clemencia, atendida la gravedad de los motivos que nos inclinaban á la desconfianza. Mas ¿por qué desconfiar? No ciertamente por lo que toca á la parte de nuestro buen Dios y Señor; sí, únicamente, por lo que mira á nosotros mismos. Porque, puesto el hombre culpado en presencia de sí mismo y de sus hechos criminales, ¿cómo podrá menos de caer en desconfianza de entrar en posesión del reino prometido? «¡Ah! podrá decir allá en sus horas de reflexión, yo

<sup>1</sup> 1 Cor. 2, 9.<sup>2</sup> Ibid. 1, 9.<sup>3</sup> Marc. 13, 31.

bien sé cuán bueno es Dios, cuán dadivoso, como que es la bondad misma; y por lo tanto daríame, sin merecerla yo jamás, su bienaventuranza, dado caso que yo hubiese permanecido fiel á sus preceptos, aunque manchado en el origen mismo de mi vida...; daríamela acaso, si, una vez delincuente pero arrepentido, hubiese yo guardado mi palabra de nueva, inviolable fidelidad: porque á la inocencia adquirida en el agua del bautismo, y aun á la penitencia sincera, atestiguada con la fe de la promesa cumplida, aunque nada de esto implique mérito riguroso de una gloria sobrenatural, concibo que corresponda la fe de las promesas divinas. Pero á una conducta como la mía, mil veces reprochable; á una falta absoluta de fidelidad á mi palabra, á tantos abominables perjurios, pues he violado los más sagrados juramentos, aun después de haberlos sellado con lágrimas al pie de los altares... ¿cómo esperar que otorgue Dios la recompensa prometida á la virtud, aun supuesto el final aunque tardío arrepentimiento de mis faltas? ¿No deberé pensar como el desventurado Caín, que *es demasiado grande mi iniquidad para que merezca perdón*<sup>1</sup>?» — Así parece que tendría derecho á discurrir el pobre pecador, abrumado de miserias, remordimientos y temores, si la institución de la sagrada Eucaristía no acudiese á enderezar su descaminado discurso.

11. Porque, en efecto, si la Eucaristía hubiese sido instituída únicamente para alimentar á los ángeles de la tierra, para regalar á las almas puras é inocentes, pudiera deducirse que sólo para éstas estaba reservado el cielo. Pero si aquélla es también el remedio heroico de las almas enfermas, si Jesucristo me permite recibirle

<sup>1</sup> Gen. 4, 13.



después de haberle mil veces ultrajado, con tal que arrastre á sus pies mi humilde arrepentimiento y llegue, como la Magdalena, á enjugárselos con mis lágrimas, confesando mi suma indignidad<sup>1</sup>; si lleva su condescendencia mi Salvador hasta el extremo de dejarse gustar por labios inmundos, que convierten en tósigo de muerte el alimento de vida... ¿cómo no he de persuadirme, en virtud de tantas demostraciones, de la firmeza de voluntad con que Dios quiere, no obstante mi excesiva ingratitud y vileza, darme la posesión eterna de sí mismo? Discurriendo de esta suerte, vengo á reconocer, y no me engaña este discurso, que Dios tiene voluntad eficaz de salvarme, así como la tiene de estar siempre conmigo en el augusto Sacramento.

12. Vigorizado el corazón con la deliciosa confianza de ver cumplidas las divinas promesas, no haya miedo que nos dejemos arrastrar hasta el fondo de nuestra debilidad, abusando neciamente de la liberalidad divina. Mucho influye la seguridad del éxito en la energía de la acción con que se trabaja para obtenerlo. La Eucaristía es fuente de fortaleza cristiana. Con esta virtud acometemos animosos, con ella permanecemos firmes en la lucha. Es muy alto y escarpado el monte del Señor: *¿Quién podrá subir á él?*<sup>2</sup> y es el hombre flaco y cobarde en demasía. ¿No le vemos más de una vez, desesperado en el combate de la vida, renunciar definitivamente á la felicidad terrena, para la que se persuade no haber nacido, cortando de un golpe el hilo de su mísera existencia? Tal es la historia escandalosa del suicidio tan menudeado en estos tiempos de decadencia

<sup>1</sup> Domine, non sum dignus... (Eecl. in ss. Missæ sacrif.).

<sup>2</sup> Quis ascendet in montem Domini? (Ps. 23, 3).

moral. ¡Oh! pues esto mismo le sucede al hombre, no alguna sino millares de veces, con respecto á la felicidad eterna, la cual, colocada de suyo tan arriba, exige esfuerzos más que titánicos para conquistarla. Aturdido el infeliz mortal por su mismo apocamiento, sin duda á causa de haber olvidado, en el tráfago de la vida presente, la palabra de vida futura, al columbrar los alcázares del cielo, puestos arriba de las nubes, mide de una ojeada la distancia, calcula las asperezas de la vía, y dice, en el tono amargo de la desesperación: ¡No he nacido para volar tan alto! ¡no he nacido para el cielo! No me siento con fuerzas de gigante ni corazón de héroe. Ciertamente, cristianos, el que así se abate no conoce el tesoro de fortaleza que posee en la sagrada Eucaristía. El verdadero cristiano, puesto, cual otro Elias, al pie del monte misterioso, aunque á punto de quedar desmayado, siéntese robustecido con el Pan eucarístico para escalar la alta cumbre. *Y llegó, con la fortaleza de aquel manjar, hasta el monte de Dios*<sup>1</sup>.

13. ¡Oh vosotras, almas débiles y enfermizas, que vivís siempre en angustias, porque no hay calma donde falta la fuerza para el bien obrar; vosotras que, para no sentir el aguijón de vuestras propias flaquezas, os vais engañando cada día, ora con frívolos entretenimientos del sentido, ora también con falsas devociones y piedad mentida! venid por fin con viva fe y humilde corazón á implorar al pie de los altares los recursos de fortaleza que os brinda el Dios de la Eucaristía, que es el Dios de la esperanza y Padre de las misericordias. Él os dará, en premio de los esfuerzos hechos para recibirle dignamente, aquella maravillosa *pedra blanca*

<sup>1</sup> 3 Reg. 19, 8.



que Él mismo promete en el Apocalipsis<sup>1</sup>, la cual, como explican los expositores<sup>2</sup>, significa la esperanza cierta de vida eterna fundada en las riquezas espirituales que comunica en el divino Sacramento. Con ella os dará juntamente una prenda de absolución de vuestras culpas, de remisión de las penas eternas y de elección para reinar con Él en la bienaventurada eternidad. Así sea.

### SERMÓN DÉCIMOQUINTO

(predicado en la Capilla del Sagrario, Bogotá, 1886).

#### La Caridad, columna de la Eucaristía.

In medio est ipse accensus ob filias Jerusalem.  
En medio está él ardiendo de amor por las hijas de Jerusalén.

Cant. 3, 10.

1. Fruto de la Fe es la Esperanza; mas ni una ni otra llegan á la perfección de que el hombre es capaz en esta vida, por más que sean ambas á dos efusiones del Espíritu Santo en nuestras almas. Es á la Caridad á la que corresponde santificar plenamente el espíritu del hombre, enriqueciéndole con la plenitud de la gracia y el tesoro de todas las virtudes. *Charitas, vinculum perfectionis*<sup>3</sup>. Porque, *siendo Dios caridad, el que posee la caridad permanece unido á Dios*<sup>4</sup>. ¡Feliz el hombre que tiene la fe y la esperanza! pero más feliz el que posee la caridad, que, como dice el Apóstol, es el mayor de los dones celestiales<sup>5</sup>. De aquí es que la caridad no sólo no podía faltar en el edificio de la sacrosanta

<sup>1</sup> Apoc. 2, 17.

<sup>2</sup> *La Puente* l. c. tr. 4, cap. 7, § 3.

<sup>3</sup> Col. 3, 14.

<sup>4</sup> 1 Io. 4, 16.

<sup>5</sup> 1 Cor. 13, 13.

Eucaristía, concedida á los hombres para hacerlos bienaventurados en la tierra, sino que ella es la principal y más vistosa de las columnas que lo sustentan. Sí, cristianos: la caridad es columna de oro purísimo del templo eucarístico. Y admirad desde luego el maravilloso simbolismo de ese rey de los metales.

2. Nada pudiera simbolizar mejor que el oro las excelencias y propiedades de la divina caridad. ¿Qué otra materia ha creado Dios en el seno de la tierra más pura y más sólida y brillante? De aquí la estimación universal y nunca desmentida en que el hombre de todo tiempo y clima lo ha tenido, hasta emprender dilatadísimos viajes, afrontando peligros de muerte por mar y tierra, á fin de conseguirlo. *¿Á qué no obligas los pechos de los mortales, exclama el poeta latino, maldita sed del oro?*<sup>1</sup> Nada ha encendido más la codicia humana que el preciado metal, cuyos rayos parecen deslumbrar los ojos y fascinar el corazón. ¿Pues qué decir de su belleza? Si no fuera tanta, no sería el oro la materia de las obras de arte más preciosas, ni el engaste natural y apropiado de las famosas piedras del Oriente. ¿Hay otro que pueda sustituirle en la corona de los reyes, en la tiara de los pontífices, en los sagrados vasos del altar, en los collares de las princesas y en las cruces pectorales de los príncipes de la Iglesia? Ninguno ciertamente; y por eso Dios mismo, en los tiempos modernos como en los antiguos, así en los templos cristianos como en el de Salomón, se ha dignado servirse de él para su culto. Y lo que es más notable, del oro se ha valido el Espíritu Santo como de término de comparación y semejanza para darnos la

<sup>1</sup> *Verg. Æn.* III, 57.



que Él mismo promete en el Apocalipsis<sup>1</sup>, la cual, como explican los expositores<sup>2</sup>, significa la esperanza cierta de vida eterna fundada en las riquezas espirituales que comunica en el divino Sacramento. Con ella os dará juntamente una prenda de absolución de vuestras culpas, de remisión de las penas eternas y de elección para reinar con Él en la bienaventurada eternidad. Así sea.

### SERMÓN DÉCIMOQUINTO

(predicado en la Capilla del Sagrario, Bogotá, 1886).

#### La Caridad, columna de la Eucaristía.

In medio est ipse accensus ob filias Jerusalem.  
En medio está él ardiendo de amor por las hijas de Jerusalén.

Cant. 3, 10.

1. Fruto de la Fe es la Esperanza; mas ni una ni otra llegan á la perfección de que el hombre es capaz en esta vida, por más que sean ambas á dos efusiones del Espíritu Santo en nuestras almas. Es á la Caridad á la que corresponde santificar plenamente el espíritu del hombre, enriqueciéndole con la plenitud de la gracia y el tesoro de todas las virtudes. *Charitas, vinculum perfectionis*<sup>3</sup>. Porque, *siendo Dios caridad, el que posee la caridad permanece unido á Dios*<sup>4</sup>. ¡Feliz el hombre que tiene la fe y la esperanza! pero más feliz el que posee la caridad, que, como dice el Apóstol, es el mayor de los dones celestiales<sup>5</sup>. De aquí es que la caridad no sólo no podía faltar en el edificio de la sacrosanta

<sup>1</sup> Apoc. 2, 17.

<sup>2</sup> *La Puente* l. c. tr. 4, cap. 7, § 3.

<sup>3</sup> Col. 3, 14.

<sup>4</sup> 1 Io. 4, 16.

<sup>5</sup> 1 Cor. 13, 13.

Eucaristía, concedida á los hombres para hacerlos bienaventurados en la tierra, sino que ella es la principal y más vistosa de las columnas que lo sustentan. Sí, cristianos: la caridad es columna de oro purísimo del templo eucarístico. Y admirad desde luego el maravilloso simbolismo de ese rey de los metales.

2. Nada pudiera simbolizar mejor que el oro las excelencias y propiedades de la divina caridad. ¿Qué otra materia ha creado Dios en el seno de la tierra más pura y más sólida y brillante? De aquí la estimación universal y nunca desmentida en que el hombre de todo tiempo y clima lo ha tenido, hasta emprender dilatadísimos viajes, afrontando peligros de muerte por mar y tierra, á fin de conseguirlo. *¿A qué no obligas los pechos de los mortales, exclama el poeta latino, maldita sed del oro?*<sup>1</sup> Nada ha encendido más la codicia humana que el preciado metal, cuyos rayos parecen deslumbrar los ojos y fascinar el corazón. ¿Pues qué decir de su belleza? Si no fuera tanta, no sería el oro la materia de las obras de arte más preciosas, ni el engaste natural y apropiado de las famosas piedras del Oriente. ¿Hay otro que pueda sustituirle en la corona de los reyes, en la tiara de los pontífices, en los sagrados vasos del altar, en los collares de las princesas y en las cruces pectorales de los príncipes de la Iglesia? Ninguno ciertamente; y por eso Dios mismo, en los tiempos modernos como en los antiguos, así en los templos cristianos como en el de Salomón, se ha dignado servirse de él para su culto. Y lo que es más notable, del oro se ha valido el Espíritu Santo como de término de comparación y semejanza para darnos la

<sup>1</sup> *Verg. Æn.* III, 57.



más alta idea de sus dones y gracias. *La ciudad santa de Dios*, que vió San Juan en el Apocalipsis, *estaba cubierta toda de oro puro y bruñido*<sup>1</sup>; y los justos son probados como el oro en el crisol<sup>2</sup>. *Yo te aconsejo*, dice el mismo Dios, *que compres de mí el oro acrisolado para que seas verdaderamente rico*<sup>3</sup>. ¿Y cuál es este oro, según San Lorenzo Justiniano, sino la caridad?<sup>4</sup> Todas nuestras obras, dice este Santo, aunque sean en su género buenas, son de plomo, esto es, de ningún valor sin la caridad: ésta es oro que da merecimiento á todas ellas. Y para que nada falte á la belleza y excelencia del riquísimo metal, el fuego lo purifica y añádele hermosura comunicándole, en cierta manera, sus atributos. ¿No le presta un tinte más subido, semejante al de la llama? Y á su vez, el fuego, arrojando borbotones de chispas por la chimenea de la locomotora, ¿no semeja una copiosa lluvia de oro que embelesa los sentidos? He ahí, pues, al fuego remedando al oro, y á éste revistiéndose de las propiedades de aquél. He ahí el adecuado símbolo de la más alta y preciosa de todas las virtudes, sin la cual nada tiene precio en los ojos de Dios.

3. Pues ésta es la columna principal que sostiene el magnífico templo de la sagrada Eucaristía. Porque, como vamos á ver en esta tarde, de los ardores del Corazón divino, hija de la inmensa caridad de Cristo, nació la Eucaristía; y su objeto final no es otro que abrasar en fuego el humano corazón. La caridad es principio y término de la sagrada Eucaristía: principio, el anhelo de Dios por unirse con el hombre;

<sup>1</sup> Apoc. 21, 18.<sup>2</sup> Sap. 3, 6.<sup>3</sup> Apoc. 3, 18.<sup>4</sup> In ligno vitæ (De car. c. 3, p. 26).

término, la unión del hombre con Dios. Imploramos etc. *Ave María*.

## I.

4. Procuremos sentar primero el concepto genuino del amor, afecto que, elevado á un orden sobrenatural, llega á ser la caridad. Apresurémonos á discriminarlo de otros conceptos espurios que se le asemejan, mejor dicho, que lo remedan torpemente usurpándole su nombre, y se llaman propensión, afecto, simpatía y aun inclinación sensual. ¡Miserable condición humana que tiende á profanar lo más santo, apellidando amor el egoísmo! El amor, afecto nobilísimo de la voluntad libre y señora de sí, es por índole nativa generoso y pródigo, porque supone como base la bondad, la cual, según los filósofos y teólogos, es *difusiva de sí*, propende á dilatarse y desbordarse como la concha llena y superabundante de aguas cristalinas. El ser cuanto más bueno es en sí, tanto mayor capacidad tiene de amar, siendo éste el atributo propio de los seres más perfectos, y primero y principalmente de aquél que no sólo es perfectísimo, sino la perfección plena y absoluta. Y, si no ¿por qué tantas veces se repite en la Escritura que *Dios es amor*? ¡Qué pobre y mezquino debe de ser aquél que, concentrando en sí mismo todos sus afectos, no sale fuera de sí por la irradiación del bien! Pero el amor magnánimo, no satisfecho con derramar la abundancia de sus bienes, obliga al amante á darse á sí propio, si es posible, á transfundirse en el amado, de donde con suave violencia le conduce hasta el sacrificio. La dádiva y entrega de sí mismo es la fusión del amante en el amado, es la consumación del amor.

<sup>1</sup> Io. 4, 8.



5. Apliquemos ahora esta teoría á la institución de la sagrada Mesa, para demostrar cómo el principio de ella es la infinita é inagotable caridad de Dios. Este Ser omnipotente é infinitamente bueno, que había comunicado al hombre, por el hecho de la creación, tanta suma de bienes, de que Él solo es dueño y soberano, como son la existencia, la vida, la inteligencia, la libertad y cuanto de estos bienes se deriva, según la humana capacidad y la riqueza que le concedió en lo exterior, quiso darnos otros dones todavía más preciados y de mayor cuantía, cuales fueron los tesoros de la gracia en el orden sobrenatural, que dice el Apóstol San Pedro <sup>1</sup>: joyas, como si dijéramos, desprendidas de su misma persona para ataviarnos con ornamento propio de la Divinidad. *A fin de hacernos participantes de la naturaleza divina*, añade el mismo Apóstol. Con esto parecía agotado el poder de dar, no pudiendo Dios dar su propio ser á una criatura, por ser la naturaleza divina esencialmente incomunicable fuera de sí misma. Y sin embargo, aun no estaba agotado, porque no puede estarlo nunca, su poder de amar. ¿Qué hace, pues, el amor omnipotente? Atended á estas maravillosas invenciones divinas: *adinvenciones eius* <sup>2</sup>. Dale á una naturaleza humana individual su propia personalidad, y con ella, necesariamente, su divinidad; hácese Dios hombre, ya que el hombre no podía hacerse Dios. Entonces aparece en el mundo Jesucristo, Dios hecho hombre, *Dios con nosotros* <sup>3</sup>, supremo esfuerzo del amor de Dios, invención prodigiosa de la bondad infinita. *Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo Unigénito* <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Maxima et pretiosa nobis promissa donavit (2 Petr. 1, 4).

<sup>2</sup> Is. 12, 4.

<sup>3</sup> Matth. 1, 23.

<sup>4</sup> Io. 3, 16.

6. ¿Qué os parece, cristianos? ¿Estará con esto plenamente satisfecho el infinito amor de Dios? Me atrevo á decir que no; pues, aunque se ha dado todo entero á su criatura, pudiendo decir ésta con verdad: *Todo cuanto te pertenece ¡oh Dios! es mío* <sup>1</sup>, sin embargo todavía no se ha sacrificado. Á la verdad, en naturaleza divina no cabe sacrificio. Dios puede darlo todo; mas ¿cómo podrá perder algo de su ser necesario é inmutable? Aquí se toca en el confín de lo imposible. Pero no lo hay para el amor; y el amor quiere á todo trance el sacrificio. Pues bien: el Padre vacía, por decirlo así, todo su corazón en el corazón de su Hijo hecho hombre; y el corazón de Jesucristo, que encierra todo un piélago sin límites de amor, dará satisfacción en su naturaleza apropiada, en la naturaleza humana, á las imperiosas exigencias del amor, empeñado en sacrificarse por el hombre. Y, en efecto, sacrificase Jesucristo, da su vida en un patíbulo afrentoso, muere exangüe y de todos desamparado, á fin de que su sacrificio abrazara toda suerte de bienes, la vida, el honor, el corazón. Aquí quedara todo terminado si el amor infinito no burlase todo cálculo, dilatándose siempre más allá de todas las fronteras del pensamiento. Dios se había comunicado, por la unión hipostática ó personal, á un solo hombre: pero su caridad, como pondera Santo Tomás <sup>2</sup>, no podía sufrir que uno solo gozase de aquel bien, sin que se comunicase en alguna manera á todos los demás. Dios se había sacrificado una vez <sup>3</sup> en el *Sancta Sanctorum* de la Cruz, lo cual era bastante para santificarlos á todos; quería, no obstante, sacri-

<sup>1</sup> Io. 17, 10.

<sup>2</sup> Opusc. 58, cap. 5, apud *La Puente*.

<sup>3</sup> Hebr. 9, 12.



ficarse millones de veces, perpetuar hasta el fin de los siglos su sacrificio real, aunque místico é incruento. Su dádiva y su inmolación debían durar, con la novedad de un hecho siempre actual, hasta donde fuese posible prolongarlos en la serie de los tiempos: *Usque ad consummationem saeculi*<sup>1</sup>. He ahí la caridad, raudal de donde brotó la sagrada Eucaristía, como torrente de aguas vivas que salta hasta la vida eterna<sup>2</sup>.

7. Y Jesucristo ha logrado á maravilla el objeto que se propuso al instituir el Sacramento del amor. Nos da todo cuanto á un Dios omnipotente es posible dar á su criatura: si no nos da más, es porque para Él mismo es ya imposible. ¿Qué es lo que deja de darnos? La personalidad divina, la unión hipostática, porque, como siente el Doctor Angélico, *no era decente á su infinita majestad, que personalmente se uniera con cada uno de los hombres*<sup>3</sup>; y nadie habrá que no convenga en esta verdad. Excluido esto, podemos decir á boca llena: Todo Dios es mío, cuando sacramentalmente le recibo: *Mi amado es todo para mí, téngole y no le dejaré*<sup>4</sup>. Dáme no sólo su divinidad, indisolublemente unida á su cuerpo y sangre, y con ella las tres divinas Personas, sino también su humanidad santísima, cuerpo y alma, con todos los tesoros que allí se encierran. «¡Oh hombre, más que hombre! exclama un devoto escritor; ¡oh Cristo Jesús, Dios y hombre verdadero! ¡Cuán bien nos descubres tu infinita caridad en este Sacramento, dándonos toda la sustancia de tu casa, sin reservarte cosa alguna! Conforme á lo que se dice en el libro de los Cantares<sup>5</sup>: *Si diere el hombre toda la sustancia*

<sup>1</sup> Matth. 28, 20.<sup>2</sup> Io. 4, 14.<sup>3</sup> Opusc. cit.<sup>4</sup> Cant. 2, 16.<sup>5</sup> Ibid. 8, 7.

*de su casa por el amor, despreciarâlo como si nada diera.* Aquí nos das tu misma casa, que es tu cuerpo sacratísimo; la sustancia de que se sustenta, que es tu preciosa sangre; el morador que habita en ella, que es tu alma santísima y tu divina persona; y las alhajas que la adornan y los tesoros que la enriquecen, que son tus virtudes y merecimientos infinitos.»<sup>1</sup> El Padre nos da á su mismo Hijo vestido de accidentes de pan para que se entrañe en nosotros y nos una por amor consigo; el Verbo dáenos á sí mismo, hecho verdadero manjar, encerrado, como *maná escondido*, dentro de este Sacramento; y el Espíritu Santo, compañero inseparable del Padre y del Hijo, entra juntamente con Cristo en el alma que le comulga; y de esta suerte, todas tres Personas de la adorable Trinidad dan testimonio interiormente al que comulga, de la grandeza del Pan vivo que recibe<sup>2</sup>.

8. Así se alarga la dádiva de infinita grandeza hasta donde es posible comunicarse Dios á su criatura. Pues también el sacrificio, exigido por el amor, se prolonga eternamente por la institución eucarística, siendo Cristo Señor nuestro *sacerdote eterno según el orden de Melchisedech*<sup>3</sup>. No bastándole haber ofrecido el sacrificio de su cuerpo y sangre en el Calvario, para cumplir y realizar las figuras de los antiguos sacrificios aarónicos de víctimas animadas y escogidas, quiso ofrecer perennemente en su Iglesia el sacrificio incruento de su mismo cuerpo y sangre en forma de pan y vino, á fin de verificar las figuras de las ofrendas de Melchisedech, sacerdote del Altísimo<sup>4</sup>. Y este holocausto diario y

<sup>1</sup> *La Puente*, Perfección tr. 4, cap. 3.<sup>2</sup> Ibid.<sup>3</sup> Ps. 109, 4.<sup>4</sup> Gen. 14, 18.



repetido en innumerables puntos del globo, esta ofrenda que de todos los ángulos del planeta se eleva incesantemente á la Divinidad, cual incienso olorosísimo; y este baño de sangre divina que empapa y enrojece toda la redondez de la tierra, como para ocultar á los ojos de la infinita santidad las feas manchas que la cubren, constituye el testimonio auténtico del amor eterno que inmola siempre al Cordero de Dios para borrar los pecados del mundo. *Ecce Agnus Dei*. Tal es la sagrada Eucaristía.

9. El hombre carnal, el espíritu orgulloso que no alcanza, en su estrechez de miras, á discernir las operaciones propias del Espíritu de Dios<sup>1</sup>, que es todo amor, en vez de adorar, amar y agradecer, no encuentra sino ocasión de escándalo en ésa que pudiéramos llamar prodigalidad y exceso de la bondad divina para con el hombre. En lugar de exclamar profundamente humillado, como el profeta: *¿Quién es el hombre, Señor, para que así le engrandezcas? ¿por qué inclinas hacia él tu corazón?*<sup>2</sup> murmura como los judíos carnales y duros de cerviz: *¿Quién puede dar oído á tal discurso? ¿Es cosa fuerte de creer!*<sup>3</sup> Así también los gentiles se mofaban del misterio de un Dios muerto en la cruz por la salvación del género humano. El racionalista de hoy, tan vano y orgulloso como el sabio de Atenas, se burla de nuestra creencia, reputándola candidez propia de niños, ó acaso solemne imbecilidad. ¿Por qué así? ¿Será por haber llegado, en su alta ciencia, á formarse la verdadera idea de la Divinidad, idea de que nosotros carecemos? ¡Ah! no creáis tal cosa, hermanos míos

<sup>1</sup> Animalis homo... (1 Cor. 2, 14).

<sup>2</sup> Iob 7, 17.

<sup>3</sup> Io. 6, 61.

muy amados: es precisamente todo lo contrario. Es porque *ignora á Dios*, según la expresión de San Pablo, como lo ignoraban los paganos<sup>1</sup>: porque, presa su corazón del más torpe egoísmo, el egoísmo de la sensualidad y del orgullo, discurre, si así puede decirse, como apocado que es, como hombre que no siente en sí ni una centella de aquel fuego vivífico que se llama amor. Y claro está que el que no ama, nada entiende de las obras de la caridad: no sabe su lenguaje; no comprende qué cosa es darse á sí mismo, qué es sacrificarse. Por esto decía el ardoroso Agustín, el sabio y santo entre los Doctores: «Dáme un alma que ame, y entenderá perfectamente lo que digo.»<sup>2</sup> *¡Dejad á los muertos que entierren á sus muertos!*<sup>3</sup>

## II.

10. Si la caridad es el principio, también es el término de la institución del divino Sacramento, no siendo otro su fin que la unión del hombre con Dios. Sí, cristianos, su unión espiritual, como fruto de la sacramental. Á esto se endereza la maravillosa unión de Cristo con el alma que en el Sacramento lo recibe, á hacer que el espíritu del hombre se haga un mismo espíritu con Dios, según aquella sentencia de San Pablo: *Quien se junta con Dios, es un espíritu con Él*<sup>4</sup>. Pues quien come sacramentalmente el cuerpo del Señor, ¿cómo no se tornará un solo espíritu con Cristo por un modo de unidad inefable, representada por la manducación? Que no en vano dispuso el divino Amador que esta

<sup>1</sup> 1 Thess. 4, 5.

<sup>2</sup> Da amantem, et sentit quod dico (*Aug.*, tr. 26 in Io.).

<sup>3</sup> Matth. 8, 22.

<sup>4</sup> 1 Cor. 6, 17.



unión de su cuerpo con nosotros fuese en forma de comida, para que, bien así como el manjar se convierte en nuestra propia sustancia, y se hace *carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos*<sup>1</sup>, así mismo, aunque inversamente, nuestra alma se trasfundiese en el alma de Cristo y se convirtiese en Él por caridad. Esta virtud, amor levantado á la esfera de lo divino, exige del hombre en quien prendió su llama, que dé á Dios cuanto tiene y posee, siquiera no lo tenga sino prestado, puesto que nada tiene completamente suyo la pobre criatura; exíguele que se dé y entregue á sí mismo en cuerpo y alma, que se deshaga en amor de su Hacedor, que se anonade y derrita en el fuego del sacrificio. Pues todos estos actos de la verdadera caridad que el Espíritu Santo derrama en el humano corazón, se ejercitan admirablemente, ya en el acto mismo de participar del Sacramento, ya como efecto propio y natural de su participación. *Como yo vivo por mi Padre*, dice Jesucristo, *así el que me come, vivirá por mí*<sup>2</sup>. Lo cual juntamente nos declara la alteza de la unión sacramental, comparada aquí con la unión eterna y sustancial de las divinas Personas, y la entrega total que hace de sí el alma, dejando de vivir por sí misma para vivir por Cristo, vida nuestra. Porque en este caso, puede decirse que ya no es ella la que vive, sino Cristo el que vive en ella, como lo experimentaba el grande Apóstol<sup>3</sup>: no tiene ya otro sentir, ni otro querer que el de Cristo, ni otro obrar que por el mismo que vive y obra en ella. *Vivo sin vivir en mí*, decía la seráfica Teresa de Jesús; y esto, á proporción, debe decir toda persona que comulga. Sí, como dice San Gregorio Niceno,

<sup>1</sup> Gen. 2, 23.<sup>2</sup> Io. 6, 58.<sup>3</sup> Gal. 2, 20.

se nos da en alimento el que siempre es, *ut id efficiamur, quod ipse est*<sup>1</sup>, preciso será que dejemos de ser lo que somos para que seamos lo que Él es.

11. Y ¿qué ha de producir la sagrada comunión sino arranques de ardentísima caridad? Ésta es su fruto principal, fruto que en mayor ó menor grado se alcanza, á medida del afecto y disposición del alma que recibe á Jesús sacramentado. De la comunión eucarística brotaron, como llamas de una hoguera encendidísima, aquellas palabras apostólicas: *¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? ¿Por ventura la tribulación ó la angustia, la persecución ó la espada?*<sup>2</sup> De la Eucaristía salieron aquellos generosos espíritus de tantas almas antes tímidas en las batallas del espíritu, y luego esforzadas y animosas y terribles como leones, capaces de hacer frente y poner en fuga al mismo Lucifer. *Facti diabolo terribiles*, que dice el gran Crisóstomo<sup>3</sup>. Porque es propio del amor divino hacer á los hombres magnánimos y fuertes, obradores de cosas heroicas, como dice San Gregorio<sup>4</sup>, é invencibles en la lucha con los enemigos de Dios, que son los mismos enemigos de todo nuestro bien. Eliseo recibió con la capa de Elías duplicado el espíritu de este gran profeta, con el cual, como su maestro, hizo prodigios de celo por la gloria de Dios: así, dice San Juan Crisóstomo<sup>5</sup>, el discípulo de Cristo que recibe en la Eucaristía la vestidura purísima del cuerpo de su divino Maestro, queda revestido del espíritu doblado del mismo Cristo, con el cual es capaz de hacer obras de maravillosa virtud y fortaleza. Y

<sup>1</sup> Apud *La Puente*, De la medit. tr. 2, cap. 16.<sup>2</sup> Rom. 8, 35.<sup>3</sup> Hom. 61 ad pop.<sup>4</sup> Apud *Rodríguez* l. c.: Amor magna operatur.<sup>5</sup> Hom. 2 ad pop.



¿cuál es este doble espíritu, sino la caridad de Dios y del prójimo? De esta suerte, por efecto de la sagrada Eucaristía, se han formado en el mundo tantas vivas imágenes de Jesucristo, lumbreras de santidad, acabados trasuntos de las virtudes excelentísimas del Hombre-Dios, otros Cristos....

12. De la fuente eucarística nacen toda clase de afectos encendidos y generosos, con que aspira á desahogarse el ardor intolerable de la caridad que arde en el pecho endiosado con la posesión de Cristo. Y primero, aquel deseo vehementísimo de retribuir al Señor por la munificencia de sus dones algo de nuestra pobrísima hacienda, á la manera que anhelaba hacerlo el Real Profeta: *¿ Quid retribuam Domino? ¿ Qué podré darle al Señor, por todo lo que Él me ha dado á mí?* <sup>1</sup> Y, no hallando traza y manera de dar nada á Dios en su persona, porque *Él no necesita de nuestros cortos bienes*<sup>2</sup>, ni hay alguno en nosotros que no lo sea antes de Él, han discurrido retribuirle en su gloria, trabajando por la dilatación de su reino y ensalzamiento de su nombre en la tierra, y luego, en la persona de los hombres á quienes Dios ama como suyos, procurándoles todo el bien posible, aun á costa del sacrificio cumplido de sí mismos. Pasa adelante el afecto del alma agradecida, saliendo como fuera de sí por la vehemencia del amor, y prorrumpiendo en cánticos de alabanza, bendición y gloria, á semejanza de los bienaventurados moradores del cielo, cuya única ocupación es anegarse en el piélago de las dulzuras de la casa del Señor. «Recibe mis votos, Dios y Señor mío, exclaman trasportados de devoción; recibe los deseos de infinitas alabanzas y

<sup>1</sup> Ps. 115, 3.

<sup>2</sup> Ps. 15, 2.

de bendiciones sin número, cuales á Ti se deben según la grandeza de tu inefable soberanía. Para alabarte conmigo convidó á todos los espíritus celestiales, á todos los fieles de la tierra, á todos los pueblos, tribus y lenguas, para que todas las criaturas ensalcen y engrandezcan con suma alegría tu santo y melifluo nombre.»<sup>1</sup>

13. Mas, no satisfecha el alma con devotísimos afectos, echa mano de las obras de caridad, hasta de las más heroicas, y dificultosas, sedienta del bien espiritual y corporal del hombre, criatura de Dios, imagen del Criador, y hermano y representante de Jesucristo. ¡Oh! y ¡cómo se inflama en el amor del prójimo el alma apacentada con las delicias de la santa Mesa! Pues no solamente se une y estrecha con todos los hombres, como miembros de un mismo cuerpo místico, cuya cabeza es nuestro Dios sacramentado; no solamente se regocija con ellos, como con comensales del mismo banquete celestial; sino que aprende práctica y eficazísimamente el arte de aprovechar á sus hermanos, de amarlos no ya con palabras blandas y afectuosas, sino *con obras de verdad*<sup>2</sup>, acudiendo al remedio de sus necesidades y prestándoles ayuda para que alcancen la felicidad verdadera. Aprende finalmente el arte divino de inmolarse por ellos, cuando así lo exija el bien y provecho de sus prójimos, como quiera que, en la escuela de la Eucaristía, se llega hasta la consumación de la caridad; y: *Nadie la tiene mayor que quien da su vida por sus amigos y hermanos*<sup>3</sup>. «El Pan del cielo, observa juiciosamente un escritor, es el único que desarrolla en nosotros esa heroica virtud de la caridad evangélica.

<sup>1</sup> Imit. Christi lib. IV, cap. 17.

<sup>2</sup> 1 Io. 3, 13.

<sup>3</sup> Io. 15, 13.



Ni se la conocía antes del cristianismo, ni existe aún en los países donde no ha penetrado la luz del Evangelio. Es tan evidente que la caridad es el fruto de la sagrada Eucaristía, que no se la encuentra tampoco en las sociedades cristianas donde es poco conocido y venerado este adorable misterio... Las sectas que han roto con la sagrada Eucaristía, ignoran las hazañas apostólicas, permanecen extrañas á los prodigios de la fe, de la abnegación, del sacrificio; y no comprenden á qué grado de heroísmo llega la caridad...»<sup>1</sup>

14. Practiquemos, pues, carísimos hermanos, esa virtud que nos une con Dios y con nuestros semejantes en apretados lazos de amor puro, santo y generoso: esa virtud que, cual columna de oro adornada de riquísimos diamantes, sustenta el Tabernáculo del divino Sacramento; y llegaremos también nosotros á ser columnas vivas en el templo del Señor, conforme á la promesa hecha por Cristo á los gloriosos vencedores<sup>2</sup>. Llegaremos, en fuerza de la misma virtud (la cual en sí contiene por modo eminente todas las otras virtudes), á cumplir perfectamente los deberes de la justicia, en su más lato y hermoso sentido, porque daremos á Dios el amor que le debemos, y al prójimo mucho más de aquello á que estrictamente estamos obligados. De esta suerte todas las virtudes, teologales y cardinales, sustentarán en nosotros el edificio eucarístico, viva imagen en la tierra del templo suntuoso de la gloria. Así sea.

<sup>1</sup> *Ratisbona*, Man. de las madres crist. c. 2.

<sup>2</sup> Apoc. 3, 12.

## SERMÓN DÉCIMOSEXTO.

(predicado en la iglesia de la Veracruz, Bogotá, 1887).

### La Eucaristía y la Encarnación: sus armonías.

Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.

Io. 1, 14.

1. No es la menor de las excelencias de la gloriosa Virgen María, ser ella sola quien puede sentir dignamente del adorable Sacramento de la Eucaristía. Porque así como no hay hombre, por más santo que sea, y aunque tuviera, como dice el autor de la Imitación<sup>1</sup>, la pureza de los ángeles y la santidad del Bautista, que sea digno de recibir á Dios sacramentado, así no hay ninguno tampoco, por más iluminado que se halle con la luz del cielo, que alcance á pensar y sentir de tan alto misterio como la grandeza del mismo lo requiere. Institución divina es ésta, dice el mismo autor, no invención humana, y así no basta sutileza de entendimiento angélico para entenderla de algún modo<sup>2</sup>. Sólo María, depositaria de la Sabiduría divina nueve meses en sus entrañas incontaminadas de virgen purísima, sería capaz de decirnos lo que encierra y contiene la maravilla de un Dios-hombre realmente presente debajo de viles accidentes de pan y vino. Y es, cristianos oyentes, porque median relaciones estrechísimas entre la Encarnación, de la que María fué parte tan principal, y la Eucaristía, á cuya participación somos llamados nosotros, aunque vilísimas criaturas. Es la Eucaristía, al decir de un agudo escritor, *vivísimo retablo de la Encarnación*<sup>3</sup>. Si pues

<sup>1</sup> Lib. IV, cap. 5.

<sup>2</sup> Ibid. cap. 4.

<sup>3</sup> P. *Nierenberg*, Del aprecio y estima de la div. gracia.



SERMONES SOBRE ALGUNOS MISTERIOS  
DE JESUCRISTO.

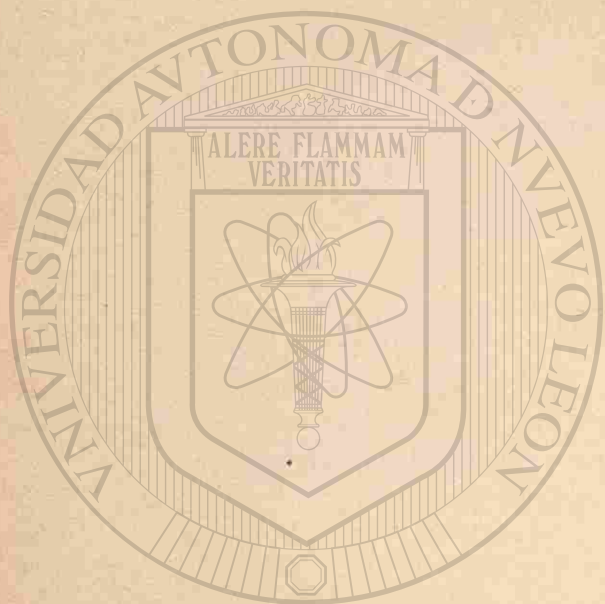
	Pág.
Primer Panegírico del Dulce Nombre de Jesús . . . . .	375
Segundo Panegírico del Dulce Nombre de Jesús . . . . .	389
Sermón para la fiesta del Dulce Nombre de Jesús . . . . .	407
Sermón para la fiesta de la Epifanía . . . . .	424
Primer Sermón del Mandato . . . . .	439
Segundo Sermón del Mandato . . . . .	455
Primer Sermón del Descendimiento de la Cruz . . . . .	469
Segundo Sermón del Descendimiento de la Cruz . . . . .	484
Sermón de las siete Palabras del Redentor en la Cruz . . . . .	498
Sermón para el Domingo de Resurrección . . . . .	541
Sermón para el día de Pentecostés . . . . .	555
Panegírico de la Santísima Trinidad . . . . .	572
Sermón para la fiesta del Corpus . . . . .	589
Primer Panegírico del sagrado Corazón de Jesús . . . . .	605
Segundo Panegírico del mismo . . . . .	622
Tercer Panegírico del mismo . . . . .	637
Primer Sermón del sagrado Corazón de Jesús . . . . .	651
Segundo Sermón del mismo . . . . .	666

SERMONES  
DEL  
SANTÍSIMO SACRAMENTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## SERMÓN PRIMERO

(predicado en la iglesia parroquial de San José de Bogotá, en la Oración de Cuarenta Horas, 1895).

### La Eucaristía, mundo sobrenatural por excelencia.

*Dedit eis potestatem filios Dei fieri... qui... ex Deo nati sunt.*

*Diéles poder para hacerse hijos de Dios, los cuales de Dios han nacido.*

Io. 1, 12, 13.

1. Nacido el hombre para explorar los campos dilatadísimos de la verdad, consumido de hambre de saber cada día cosas nuevas, en nada suele hallar tanto atractivo y satisfacción como en el relato de las exploraciones de mundos desconocidos. Así es que nada escucha con tanto placer el niño como los cuentos del viajero que viene de lejanas tierras. Y en esta parte, creedme, hermanos míos, la humanidad es y será siempre un niño. Por eso los cuerpos científicos, lo mismo que los corros de los ignorantes, oyen con cierto arrobamiento delicioso la historia de los descubrimientos que les relata el diligente geógrafo ó el atrevido marino. Crece el interés naturalmente, si, salvando los límites del planeta que habitamos, las exploraciones tienen por teatro los mundos siderales, y por objeto los astros que los pueblan. Y ved aquí regiones que pudieran llamarse infinitas, mundos que no podrán jamás ser explorados, ni siquiera en alas de la imaginación, por más siglos que vayan trascurriendo. Mas, á pesar de esta imposibilidad, no



hay contemplación que tan alto eleve el pensamiento y el corazón del hombre, en este valle de sombras y de lágrimas, como la de esos mundos del espacio, esferas que van sucediéndose unas tras otras sin que nadie pueda adivinar hasta dónde...

2. Empero, por grande que esto sea, amadísimos oyentes, todo ello se contiene y cabe perfectamente (digan lo que quieran ciertos soñadores filósofos) en los límites de lo natural, de lo finito. ¿Qué será aquello que pasa más allá de todos estos límites? ¿Qué será el mundo de lo infinito propiamente dicho, de lo divino, de lo que con toda exactitud se llama *sobrenatural*, porque está *sobre* toda *naturaleza*, sobre toda creación, no sólo real sino aun posible? ¿No os parece, hermanos míos, esta región mucho más interesante que el mundo mismo de los astros? Pues hasta allá puede elevarse el cristiano; y, sin el auxilio de otra ciencia ni de otro telescopio que su fe, subir puede, por la contemplación del misterio de la sagrada *Eucaristía*, hasta la región inaccesible donde, *entre oscuras claridades*<sup>1</sup>, habita el Ser sobre todo ser, el *Dios de los dioses*<sup>2</sup>, el Criador y Ordenador de los mundos corporal y espiritual. Porque, en efecto, ¿qué es la sacratísima Eucaristía sino un mundo verdaderamente sobrenatural? Ni solamente debe llamarse así por la muchedumbre y grandeza de los milagros que allí se verifican, que todo allí supera á las fuerzas de la naturaleza, sino *por ser este augusto Sacramento el trasunto más fiel de aquel estado en que, como veréis, consiste el orden sobrenatural*. Para comprender esta proposición se hace preciso formar, en la primera parte de este discurso, una idea lo más clara

<sup>1</sup> 1 Tim. 6, 16.

<sup>2</sup> Deut. 10, 17.

y adecuada posible de lo que es ese mundo llamado propiamente sobrenatural. Imploremos las luces del Espíritu Santo, etc. Ave María.

## I.

3. El conocimiento á fondo de ese orden de cosas llamado *sobrenatural* interesa extraordinariamente á todo el que quiera darse cuenta del medio ó región espiritual en que vive, de la índole y naturaleza de la religión revelada, y, por último, de los monstruosos errores de esa escuela contemporánea llamada *Naturalismo* ó Religión puramente natural. Punto es este, hermanos míos, en que no creo estén bastante instruídos la generalidad de los piadosos creyentes. Confúndese de ordinario lo que es sólo *preternatural* con lo que es rigurosamente *sobrenatural*. Aquello, el milagro verbigracia, está situado *fuera* del curso ordinario y regular de la naturaleza física, pero no excede, absolutamente hablando, á la naturaleza misma de las cosas, puesto que cabe holgadamente en los términos de lo posible, mediante la omnipotente voluntad del Criador. El fenómeno que llamamos *milagro* por la admiración que produce<sup>1</sup>, está por encima de las leyes del orden físico, pero no del esencial; del hipotético, mas no del absoluto: el agente natural no tiene poder de producirlo, pero no supera á la esencia de las cosas que tal efecto se produzca. No sucede así con los fenómenos del orden rigurosa y propiamente dicho sobrenatural, que son tales que no caben siquiera en la capacidad de lo posible, ni Dios mismo puede hacerlos en calidad de Criador, sino en virtud de aquella altísima soberanía por la cual las esencias

<sup>1</sup> *a mirando* — S. Agustín.



mismas de las cosas dependen, no ya de su libre voluntad, pero sí de su divina inteligencia y de la plenitud de su ser. Fenómenos son éstos de la índole de aquellos de que asegura el apóstol de las gentes que *ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni en corazón de hombre cupieron jamás*<sup>1</sup>; dones son del mismo Dios, como que Él solo es la fuente de todo orden natural y sobrenatural, pero tales que el apóstol San Pedro los califica de *sumos, eminentes y preciosísimos, porque por ellos llega el hombre á hacerse partícipe y consorte de la naturaleza divina*<sup>2</sup>. Y decidme, oyentes míos: ¿Cabe en humana posibilidad que el hombre participe del ser mismo de Dios, de suerte que pueda decirse de él en cierto sentido verdadero: *Dios eres*<sup>3</sup>? ¿Cabe en los límites de la humana comprensión que llegue el hombre á emparentar con Dios, á hacerse en hecho de verdad hijo de Dios, y como tal, darse este título con pleno derecho?<sup>4</sup> Que un hombre, después de yacer en el sepulcro, vuelva á la existencia y al comercio de los hombres, por más extraordinario que parezca, y para nosotros sea nunca visto, no es cosa, sin embargo, que sobrepuje la naturaleza del hombre, ser viviente, sino tan sólo á la ley establecida de que la vida humana sea continua, y que, una vez rota por la muerte, no se reanude por las solas fuerzas de ningún agente finito, no así por el querer de Dios. Pero que el hombre conozca á Dios por visión intuitiva, y que, conforme á este grado de conocimiento, le goce y le posea, he aquí, hermanos míos, una cosa que de todo punto ex-

<sup>1</sup> 1 Cor. 2, 9.      <sup>2</sup> 2 Petr. 1, 4.

<sup>3</sup> Ego dixi: Dii estis, etc. (Ps. 81, 6).

<sup>4</sup> Dedit eis potestatem filios Dei fieri (Io. 1, 12). — Ut filii Dei nominemur et simus (1 Io. 3, 1).

cede y va infinitamente más allá de lo que puede la potencia del hombre, ser racional, incapaz por sus solas fuerzas intelectuales de conocer intuitivamente á Dios. Por aquí podréis empezar á formaros una idea algún tanto aproximada de lo que es ese inefable mundo sobrenatural.

4. Sin tener la osadía de escalar el cielo y penetrar hasta la región de lo impenetrable, tratemos de fijar nuestras débiles miradas, con el auxilio de la revelación, en el objeto primario, ó sea, en el centro mismo del orden sobrenatural. Ese mundo situado más allá de todos los mundos que puede columbrar la mente finita, esa región de luz y de maravillas, inaccesible á todo esfuerzo de criatura, no es otra cosa, hermanos míos, que el seno adorable de Dios, ó lo que hay de más recóndito y arcano en las profundidades de la Esencia divina. Así nos lo enseña el mismo Hijo de Dios, el Verbo Encarnado, cuando dice: *El Unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, es quien nos lo ha revelado*<sup>1</sup>. Y ¿qué es eso sino la vida íntima y personal de Dios, la manera con que aquel ser infinito, si así podemos expresarnos, es y vive dentro de sí mismo, el misterio altísimo de sus relaciones *ad intra*, por el cual es Trino en personas, siendo Uno en esencia? He ahí el seno de Dios, el abismo de la divinidad, lo totalmente invisible á toda inteligencia criada, mientras Dios mismo no se digne manifestarlo, revelándose, lo eterna y necesariamente incomprendible, aun después de revelado: *Deum nemo vidit unquam*<sup>2</sup>. *Quem nullus hominum vidit, sed nec videre potest*<sup>3</sup>. ¡He ahí señalado, aunque á distancia infinita, el centro de este divino sistema planetario que se llama

<sup>1</sup> Io. 1, 18.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> 1 Tim. 6, 16.



el mundo sobrenatural! No solamente es Dios, sino lo más íntimo de Dios, lo divino en lo divino: *Divinorum divinissimum*<sup>1</sup>. ¡Qué asombro!

5. Porque en ese mismo ser divino podemos, y aun debemos, señalar y distinguir dos como fases y aspectos, uno interior y otro exterior, el primero visible á sólo Dios, el segundo accesible á la humana inteligencia. Tal es la doctrina enseñada por el Apóstol en las bien conocidas palabras: *Invisibilia Dei etc.*<sup>2</sup>, de la cual deduce el Doctor de las naciones que fueron inexcusables en su voluntaria ceguedad los sabios y filósofos antiguos. Porque, conociéndose realmente á Dios, descubriéndose claramente sus atributos por el solo espectáculo de las criaturas que pueblan el cielo y la tierra, aquéllos debieron reconocerle, y no lo hicieron cegados por la malicia de su orgulloso corazón. Puede, pues, el hombre, en virtud de su propia naturaleza racional, subir por las criaturas, como por otros tantos escalones, hasta el trono del Criador; puede mirarle en aquéllas, como en magníficos espejos en que se representan y reflejan los rayos de la Divinidad, y formar por este camino, situado en el orden natural, verdadero aunque imperfecto y oscuro concepto de la grandeza de Dios<sup>3</sup>. Y, si esto puede aun durante la presente vida, en región como la tierra, de noche y de tinieblas<sup>4</sup>, ¿cuánto más perfectamente no lo podrá hacer una vez desatado de los lazos de la carne, caída para siempre la venda que le estorbaba la vista de los objetos suprasensibles, desarrollada plenamente en el entendimiento el hambre y la aptitud de

<sup>1</sup> S. Dion. Areop.

<sup>2</sup> Rom. 1, 20.

<sup>3</sup> *La Puente*, Guía espir. t. II, tr. 3, cap. 4.

<sup>4</sup> 2 Petr. 1, 19.

conocer la verdad, la cual es el mismo Dios? *Deus lux est*<sup>1</sup>.

6. Lo que no podrá jamás por sí mismo, en ningún estado ó condición en que pueda suponerse al hombre, fuera *del seno de Dios*, es verle claramente, contemplarle en sí mismo, *cara á cara*<sup>2</sup>, como es en sí<sup>3</sup>; ¿por qué? porque este linaje y manera de conocimiento, *la visión* del ser infinito, supera absolutamente toda la capacidad intelectual del hombre, por ser éste una criatura *racional*, esto es, que conoce la verdad por medio de la razón ó del razonamiento, no por visión ó intuición, por conocimiento abstractivo y que sólo toca el exterior de las cosas, no por aprensión concreta de su objeto. Ni aun las esencias de las cosas finitas espirituales, ¿qué digo? ni siquiera las de las cosas corpóreas, puede ver en sí mismo este pobre y menguado entendimiento humano, de quien tanto se paga la ciencia moderna, y de cuyas fuerzas presume neciamente: ¿cómo podrá ver en sí la esencia divina? ¿cómo alcanzará á conocer á Dios tal como es, Padre, Hijo y Espíritu Santo en la unidad perfectísima de su naturaleza indivisible? Notad, hermanos míos, que todas nuestras ideas, hasta las que parecen más puras y elevadas, respecto de Dios y de sus perfecciones se reducen á meros cálculos y conjeturas; alcanzando más bien lo que *no es* Dios que lo que realmente *es*; aquéllo con negaciones, ésto con afirmaciones ilimitadas. Sabemos que Dios *no es* limitado en el poder *ni* en el saber, *ni* en la riqueza y bienes que posee<sup>4</sup>; que *no tiene* principio *ni* fin, que *no está* ceñido á lugar determinado, *ni* se puede mudar, *ni* comprender, *ni*

<sup>1</sup> 1 Io. 1, 5.

<sup>2</sup> Num. 12, 8.

<sup>3</sup> 1 Io. 3, 2.

<sup>4</sup> *La Puente*, ubi supra.



Ni se la conocía antes del cristianismo, ni existe aún en los países donde no ha penetrado la luz del Evangelio. Es tan evidente que la caridad es el fruto de la sagrada Eucaristía, que no se la encuentra tampoco en las sociedades cristianas donde es poco conocido y venerado este adorable misterio... Las sectas que han roto con la sagrada Eucaristía, ignoran las hazañas apostólicas, permanecen extrañas á los prodigios de la fe, de la abnegación, del sacrificio; y no comprenden á qué grado de heroísmo llega la caridad...»<sup>1</sup>

14. Practiquemos, pues, carísimos hermanos, esa virtud que nos une con Dios y con nuestros semejantes en apretados lazos de amor puro, santo y generoso: esa virtud que, cual columna de oro adornada de riquísimos diamantes, sustenta el Tabernáculo del divino Sacramento; y llegaremos también nosotros á ser columnas vivas en el templo del Señor, conforme á la promesa hecha por Cristo á los gloriosos vencedores<sup>2</sup>. Llegaremos, en fuerza de la misma virtud (la cual en sí contiene por modo eminente todas las otras virtudes), á cumplir perfectamente los deberes de la justicia, en su más lato y hermoso sentido, porque daremos á Dios el amor que le debemos, y al prójimo mucho más de aquello á que estrictamente estamos obligados. De esta suerte todas las virtudes, teologales y cardinales, sustentarán en nosotros el edificio eucarístico, viva imagen en la tierra del templo suntuoso de la gloria. Así sea.

<sup>1</sup> *Ratisbona*, Man. de las madres crist. c. 2.

<sup>2</sup> Apoc. 3, 12.

## SERMÓN DÉCIMOSEXTO.

(predicado en la iglesia de la Veracruz, Bogotá, 1887).

### La Eucaristía y la Encarnación: sus armonías.

Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.

Io. 1, 14.

1. No es la menor de las excelencias de la gloriosa Virgen María, ser ella sola quien puede sentir dignamente del adorable Sacramento de la Eucaristía. Porque así como no hay hombre, por más santo que sea, y aunque tuviera, como dice el autor de la Imitación<sup>1</sup>, la pureza de los ángeles y la santidad del Bautista, que sea digno de recibir á Dios sacramentado, así no hay ninguno tampoco, por más iluminado que se halle con la luz del cielo, que alcance á pensar y sentir de tan alto misterio como la grandeza del mismo lo requiere. Institución divina es ésta, dice el mismo autor, no invención humana, y así no basta sutileza de entendimiento angélico para entenderla de algún modo<sup>2</sup>. Sólo María, depositaria de la Sabiduría divina nueve meses en sus entrañas incontaminadas de virgen purísima, sería capaz de decirnos lo que encierra y contiene la maravilla de un Dios-hombre realmente presente debajo de viles accidentes de pan y vino. Y es, cristianos oyentes, porque median relaciones estrechísimas entre la Encarnación, de la que María fué parte tan principal, y la Eucaristía, á cuya participación somos llamados nosotros, aunque vilísimas criaturas. Es la Eucaristía, al decir de un agudo escritor, *vivísimo retablo de la Encarnación*<sup>3</sup>. Si pues

<sup>1</sup> Lib. IV, cap. 5.

<sup>2</sup> Ibid. cap. 4.

<sup>3</sup> P. *Nierenberg*, Del aprecio y estima de la div. gracia.



la Santísima Virgen, por haber concurrido personalmente á la ejecución de esta obra divinísima, no pudo menos de entenderla hasta donde es posible á una criatura; ¿quién duda que ella sea la única capaz de penetrar en el abismo de las excelencias que contiene la sacrosanta Eucaristía? ¡Oh! ¡cuáles serían los sentimientos de la Virgen Madre durante aquellos dichosos nueve meses de la gestación del Verbo encarnado en sus purísimas entrañas! ¡Qué pensaba María de este arcano profundísimo de la Sabiduría infinita! ¡Qué, de la Divinidad que llevaba en su seno, como otra Arca animada del Nuevo Testamento! ¡Qué, del sublime abatimiento de la Majestad de un Dios encerrado en el estrecho albergue del claustro maternal! No podría menos de abismarse cada momento más y más en aquel piélago de grandezas soberanas, exclamando en un éxtasis continuo: *Magnificat anima mea Dominum*. Pues rastread por aquí lo que debió sentir la misma devotísima Señora, si, como piensan, no sin fundamento, respetables Doctores de la Iglesia, recibió muchas veces después de la Ascensión de Cristo el cuerpo sacramentado de su Hijo. Rastread, amados oyentes, lo que siente y piensa ahora mismo, gloriosa en el cielo, respecto al augusto Sacramento de la Eucaristía de que gozamos nosotros en la tierra. Porque, en verdad, ¿dónde mejor que en la luz de la visión beatífica con que ve á Dios cara á cara, descubrirá María los arcanos de sabiduría y bondad encerrados en esta admirable institución?

2. Pero volvamos al tiempo en que llevaba á Dios en forma de infante recién formado, en la litera de oro de su seno virginal. ¿No era aquello disfrutar, por secreta y maravillosa manera, de una perenne comunión

con Cristo? Traía dentro de sí, hecho uno consigo en unidad de vida física, á Aquél que dijo: *Yo soy el pan vivo*<sup>1</sup>; y, si María le alimentaba con la sustancia de su sangre, era á la vez alimentada por él con la sustancia de su espíritu, bien así como cuando Simeón, el santo anciano, llevaba en sus brazos al Niño, y era llevado y regido por el mismo Niño, como considera San Agustín<sup>2</sup>. Y al tiempo que se cumplían en ella estos misterios, María representaba á la Iglesia, Esposa de Jesús, y, en cierta manera, Madre de Él por la posesión de su cuerpo y sangre engendrado diariamente en el altar. Á nadie como á la Iglesia convienen aquellas palabras del Salvador: *El que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y hermana y madre*<sup>3</sup>. He aquí, pues, la Encarnación verificada en el vientre de María y renovada místicamente en el seno de la ennoblecida humanidad. Por este hermoso aspecto vamos á contemplar, amados fieles, el Sacramento que es hoy objeto de nuestros devotos homenajes. Vamos á admirar las singulares analogías que existen entre los dos misterios: 1º en su preparación, 2º en su ejecución, 3º en sus resultados inmediatos. Imploramos, etc. *Ave María*.

## I.

3. Los grandes hechos no se cumplen sin preparación. Pues, ¿qué diremos de las obras de la diestra del Señor? Entra en los planes de su Providencia sapientísima disponer suave y eficazmente las causas remotas y próximas de los efectos que por ellas quiere ejecutar su omnipotente mano, mayormente en el orden sobre-

<sup>1</sup> Io. 6, 51.

<sup>2</sup> Eccl. in offic. Purif. B. M. V.

<sup>3</sup> Matth. 12, 50.



natural, donde aquélla se muestra más admirable. De aquí procede la preparación remota y próxima de los grandes acontecimientos de la historia. El Mesías fué durante cuarenta siglos *la expectación de todas las naciones*<sup>1</sup>. Y esta universal expectativa fué como la preparación lejana del misterioso advenimiento del Hijo de Dios á la tierra. Preparación especial, aunque todavía distante del suceso, fué la existencia providencial de un pueblo, escogido entre todos los que habitaban la tierra en los tiempos de Abrahán, y destinado á mantener siempre viva en el género humano la esperanza de la venida del Salvador, y, llegada la plenitud de los tiempos, á concurrir á darle cima y servirle de precursor y testigo. Fundamento de esta expectación y esperanza fueron las promesas del mismo Dios, que, arrancando del mismo paraíso, continúan por Abrahán y los patriarcas, repítense periódicamente por la voz de los profetas, á través de la historia del privilegiado pueblo de Jacob, hasta terminar en Malaquías y Zacarías, después de la restauración del templo Salomónico, ó, mejor dicho, hasta expirar en la boca de Juan, decapitado por dar testimonio de la luz en el desierto de una nación degenerada<sup>2</sup>. Á las profecías, prenuncios terminantes de la venida de Cristo, acreditados con el cumplimiento de otros vaticinios secundarios, acompañan las figuras, profecías mudas, profecías de acción no menos ciertas ni menos brillantes, y, al parecer, más adecuadas á la capacidad de unas gentes que tienen por guía los sentidos. En ellas, como en un magnífico lienzo, se dibujan junto con el acontecimiento secular de la Encarnación del Verbo de Dios, todas las circunstancias de que irá re-

<sup>1</sup> Gen. 49, 10.<sup>2</sup> Io. 1, 7.

vestida su aparición, así de lugar y tiempo como del modo prodigioso con que habrá de verificarse para que su luz se difunda hasta los últimos confines de la tierra por entre el mar de tinieblas en que yace el universo<sup>1</sup>. En ese cuadro se destaca al lado de Jesús, Reparador del linaje humano, la pura y resplandeciente figura de la Virgen María, su Madre<sup>2</sup>. ¡Confusión para los que se atreven á desconocerla!

4. ¿Y no tendrá también preparación profética la Eucaristía? y ¿no habrá sido prefigurada desde los tiempos más lejanos? y ¿no la habrá precedido universal y gozosa expectación? Sin duda, hermanos míos; y, aunque entre sombras impenetrables al común de los hombres, porque no era posible fuese de otro modo, el misterio de esta celestial comida fué vislumbrado por los profetas, designado manifestamente en muchas figuras bíblicas y, de consiguiente, esperado con vivas ansias por las almas justas, aunque confundándose su expectación con la misma del Mesías Redentor. En efecto, bastaría recordar, dejando muchas otras, las proféticas palabras de Isaías: *Sacaréis gozosos el agua de las fuentes del Salvador*<sup>3</sup>, siendo este Sacramento, entre todos, la fuente más gloriosa y abundante, por tener dentro de sí al mismo Salvador, que es fuente de la luz y de todas las aguas vivas de la gracia<sup>4</sup>. Y en el mismo sentido profético dijo Zacarías: *En aquel día habrá una fuente pública en la casa de Jacob para los habitantes de Ferusalén, en la cual se lavarán los pecadores manchados*<sup>5</sup>. Esta fuente de ablución general no es otra

<sup>1</sup> Is. 49, 6. Luc. 1, 79.<sup>2</sup> Bulla dogm. Pii Pap. IX.<sup>3</sup> Is. 12, 3.<sup>4</sup> *La Puente*, tr. 4 del SS. Sacram.<sup>5</sup> Zach. 13, 1.



que la de la divina sangre derramada en la cruz y guardada en el vaso de la sagrada Eucaristía para ser la panacea de todos nuestros males. ¿Qué diremos de la clarísima visión de Malaquías, con que vió la grandeza del nombre de Dios en medio de las naciones ya convertidas á la verdadera religión, y, como testimonio de aquélla, *la oblación inmaculada ofrecida á su Majestad* desde el oriente hasta el ocaso en todos los puntos de la tierra<sup>1</sup>? ¿Qué, de las muchas alusiones proféticas de David en sus Salmos, de los que con razón se ha valido la Iglesia católica para formar ese admirable concierto de alabanzas que resuena en la solemnidad del Santísimo Sacramento? La exposición de estas profecías sería, por sí sola, abundante materia de un discurso, y aun de muchos, en loor de la Eucaristía; pero bastará citar aquélla del Salmo ciento diez, tan conocida por lo mismo que es tan evidente: *Miserator et misericors Dominus*, etc. El Señor misericordioso y hacedor de misericordias, queriendo señalarse en ellas, hizo memoria y resumen de sus maravillas, dándose en manjar á los que le temen<sup>2</sup>. Porque verdaderamente fueron ellas tantas y tan admirables, como discurre un piadoso autor, que deslumbraron á los que se tenían por sabios, y no han querido admitirlas los hijos de la soberbia... aunque en esto mismo descubren su ignorancia, *blasfemando*, como dice el Apóstol<sup>3</sup>, *de lo que ignoran...*<sup>4</sup>

5. Mas, para decir algo de las figuras más notables de este Sacramento trazadas en la Ley antigua, supuesto que, como asegura el Doctor Angélico, *In figuris præ-*

<sup>1</sup> Mal. 1, 11.

<sup>2</sup> Ps. 110, 4. 5.

<sup>3</sup> Iud. v. 10.

<sup>4</sup> La Puente l. c.

*signatur*, recordemos las tres que el mismo Santo nos pone á la vista, la inmolación de Isaac, el Cordero pascual, el Maná llovido del cielo<sup>1</sup>. ¡Qué figuras tan expresivas y tan bellas! En la primera se nos representa al vivo el incruento Sacrificio, en la postrera, el Sacramento; en la segunda, uno y otro reunidos en la sagrada Mesa de la Eucaristía. Abrahán está ya á punto de descargar el golpe de gracia sobre la desnuda cerviz de la inocente y resignada víctima, cuando el ángel mensajero de la justicia y de la misericordia declara que es bastante la obediencia y la resignación para satisfacer á la Majestad soberana. Isaac sobrevive á su propia inmolación, pero ésta no deja de ser real, aunque incruenta y sólo consumada en el corazón del patriarca. No faltarán, sin embargo, las apariencias y como especies del sacrificio sangriento, quedando en el Horeb realmente consumido por el fuego el macho cabrío allí aparejado por la Providencia. ¡Cómo se traslucen en esta figura los caracteres principales del grande y eterno sacrificio del verdadero Abrahán, del Padre de todos los creyentes, Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fe<sup>2</sup>! Por lo que hace al Maná del desierto, Jesucristo mismo nos descubre su significado, diciendo: *Vuestros padres se alimentaron del Maná, y no obstante murieron: el que come del pan vivo, que soy yo, vivirá eternamente*<sup>3</sup>. Y el Apóstol San Pablo no menos claramente nos enseña que el Maná y el agua milagrosa brotada de la piedra no eran más que figuras de Cristo: *Nuestros padres, dice, todos comieron y bebieron de la misma comida y bebida espiritual; y bebían de la piedra*

<sup>1</sup> In festo SS. Sacram.

<sup>2</sup> Hebr. 12, 2.

<sup>3</sup> Io. 6, 59.



que los iba siguiendo, y esta piedra era Cristo<sup>1</sup>. Sobre las cuales palabras dice un autor: «Ellos comieron el maná; nosotros, el pan vivo que representaba. Ellos bebían el agua de la piedra; nosotros, la sangre de la piedra viva que era figurada por ella.»<sup>2</sup> De ahí es que las maravillas que acompañaron á la caída de aquel manjar celestial y á su distribución y uso por los israelitas, figuraban también en algún modo los milagros estupendos obrados por la omnipotencia del Señor en este divino Sacramento, para alimentar espiritualmente y regalar al pueblo cristiano. No nos detendremos á considerar la figura del Cordero pascual, cuya comida quiso el mismo Cristo que precediese inmediatamente á la institución del banquete de su cuerpo y sangre, para darnos á entender cómo era tipo acabado de este divino Sacramento: *Post agnum typicum, expletis epulis*, etc.<sup>3</sup> Era, en efecto, aquel cordero asado al fuego y despedazado sin romperle los huesos, figura expresiva del cuerpo adorable del Salvador, consumido en la cruz y en el altar por el fuego del amor, distribuido entre los millones de fieles que de él se alimentan, pero conservando siempre la integridad de su ser, dándose todo á todos en precio de salud, y en alimento. Pero vengamos ya á la preparación inmediata.

6. Uno y otro misterio nos la ofrecen revestida de singular semejanza. Á la Encarnación del Verbo precede inmediatamente la misión del arcángel Gabriel á María con mensaje del mismo Dios: *Missus est angelus Gabriel a Deo*<sup>4</sup>; precede la exposición de esta embajada á la humilde virgen con las palabras más reverentes y

<sup>1</sup> 1 Cor. II, 3. 4.<sup>2</sup> *La Puente* l. c. cap. I.<sup>3</sup> Eccl. in offic. SS. Sacram.<sup>4</sup> Luc. I, 26.

halagüeñas, y la respuesta de la doncella prudentísima, seguida de la declaración tranquilizadora del celestial mensajero: *Ne timeas, Maria...*<sup>1</sup>; precede, finalmente, la terminación del misterioso coloquio con la aceptación por parte de María, y completa sumisión de la criatura á la palabra del Criador: *Ecce ancilla Domini, fiat...*<sup>2</sup> Esto hecho, el ángel se retira, y el Espíritu Santo desciende para efectuar la obra por antonomasia de la diestra del Altísimo. Á la institución eucarística permite Jesucristo la formal promesa contenida en el capítulo sexto de San Juan: *El pan que yo os daré, es mi carne para dar vida al mundo*<sup>3</sup>. Para esto recuerda su misión divina, que no es otra cosa que su misma Encarnación: *Como me envió el Padre vivo, y yo vivo por mi Padre*<sup>4</sup>; y expone en términos clarísimos la naturaleza del don, asegurando que dará á comer su carne y á beber su sangre; á pesar de parecer esto imposible. ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne?<sup>5</sup> Y, mientras que los espíritus apocados se obstinan en su incredulidad y se retiran del lado de Cristo, los discípulos fieles, atenidos á la promesa de Aquél que, siendo el Hijo de Dios, tiene palabras de vida eterna<sup>6</sup>, esperan gozosos el cumplimiento de la dádiva celestial. Notad, amados fieles, que en uno y otro misterio la disposición inmediata debía ser un espíritu de fe absoluta en la omnipotencia de Dios, creyéndole capaz de obrar las más inauditas y estupendas maravillas, como quiera que *no hay cosa imposible para Dios*<sup>7</sup>. Por esto el ángel pronunció esta sentencia solemne al anunciar á María que había de

<sup>1</sup> Luc. I, 30.<sup>2</sup> Luc. I, 38.<sup>3</sup> Io. 6, 52.<sup>4</sup> Io. 6, 58: *S. Cyrill.*, lib. 4, cap. 18 in Io.<sup>5</sup> Io. 6, 53.<sup>6</sup> *Ibid.* v. 69.<sup>7</sup> Luc. I, 37.



concebir y dar á luz un hijo sin lesión de su virginidad: y por esto también Jesucristo, antes de proponer el augusto misterio de la manducación real de su cuerpo vivo, fortalece los ánimos de los que le escuchan con la fe de su divinidad, diciéndoles: *Yo soy el pan vivo que bajé del cielo... nadie puede venir á mí, si el Padre que me envió no lo trajere... todo el que oyó y aprendió de mi Padre esta verdad, viene á mí*<sup>1</sup>. Y con el mismo designio el Evangelista San Juan, habiendo de anunciar tan sorprendente misterio, previene los ánimos de los incrédulos con la afirmación de la omnipotencia de Cristo, diciendo: *En sus manos puso el Padre todas las cosas*<sup>2</sup>, dejando con esto cerrada la puerta á la vanas argucias de la pobre razón desorientada. Argumento de credibilidad para la Encarnación fué el hecho milagroso y sobrenatural de la concepción del hijo de la estéril, obra exclusiva del poder divino; y argumento para hacer creíble la institución eucarística, fué también la milagrosa multiplicación de los panes, no menos sobrenatural que la caída del Maná en el desierto.

7. Consideremos, en fin, la disposición próxima de la Santísima Virgen para ser hecha madre del Verbo, la que puede llamarse preparación última del gran misterio. Y ¿cuáles fueron las disposiciones del cuerpo y alma de María, sino la santidad en sumo grado, y el poder sobrenatural que le fué conferido para concurrir con acto propio y personal y altamente meritorio á la nueva generación del Unigénito de Dios en forma de siervo?<sup>3</sup> Para este objeto hubo de ser María protegida

<sup>1</sup> Io. 6, 41. 44. 45.

<sup>2</sup> Io. 13, 3.

<sup>3</sup> Nova per carnem nativitas... (Eccl. in offic. Nat.).

por la augusta sombra del Espíritu Santo y asistida de la virtud del Altísimo, conforme lo previno Gabriel<sup>1</sup>; y de ahí que el fruto de sus entrañas fuese el *Santo*, el Hijo de Dios, no un hombre solamente. También para dar Jesucristo á su Iglesia congregada en el Cenáculo su cuerpo y sangre, hubo de purificarla con el lavatorio misterioso de los pies, después del cual quedó limpia hasta del polvo de la culpa<sup>2</sup>; y, así purificada por la gracia, otorgóle no sólo la participación del Sacramento, sino también la potestad de efectuarlo con autoridad suya cuantas veces quisiere hasta la consumación de los siglos: *Esto haréis en memoria mía*<sup>3</sup>. Diósele, pues, á la Iglesia el poder divino de hacer aparecer á Cristo, Dios y hombre, en el altar bajo las especies sacramentales. Y, como para sellar divinamente su obra, en ese mismo Cenáculo desciende sobre la Iglesia el Espíritu Santo, para que con la virtud de lo alto pueda lo que sin ella sería imposible. Pero pasemos ya á contemplar, llenos de asombro, las no menos singulares analogías de los dos misterios en su ejecución.

## II.

8. Desde luego sorprende aquella pasmosa rapidez con que se verifican, tan característica de las obras inmediatas del Todopoderoso, de Aquél cuyo querer es hacer<sup>4</sup>. En menos tiempo que se pronuncia un *fiat* hace Dios la luz, hácese Dios hombre, el Hombre-Dios aparece en el altar. *Accedit verbum ad elementum*, dice el profundo Agustino, *et fit sacramentum*<sup>5</sup>. Una palabra

<sup>1</sup> Luc. 1, 35.

<sup>2</sup> Io. 13, 10.

<sup>3</sup> Luc. 22, 19.

<sup>4</sup> Ipse dixit, et facta sunt (Ps. 32, 9).

<sup>5</sup> In Io. tr. 80, n. 3.



pronunciada sobre el elemento basta para hacer el Sacramento. Y para hacerlo ¡qué esfuerzo del poder divino no es necesario, á nuestro flaco modo de entender! Porque, así como, para encarnarse, bajó el Verbo eterno del cielo al seno de la bienaventurada Virgen, como canta David: *De lo más alto del cielo fué su salida*<sup>1</sup>; así, para ponerse en las manos del sacerdote, desciende del cielo, según aquellas palabras: *Éste es el pan que bajó del cielo*<sup>2</sup>. Mas, así como en aquel misterio de tal modo vino al mundo que ni por un instante se separó del lado de su Padre, en el cual está siempre<sup>3</sup>; así en éste, aunque Cristo haya vuelto realmente al cielo, como Él mismo lo afirma: *Vado ad Patrem*<sup>4</sup>, no por eso dejó de habitar con nosotros, antes bien, fiel á su promesa, con nosotros permanece hasta el fin de este orden de cosas pasajero<sup>5</sup>. El Profeta suplicaba al Señor que, rasgando sus cielos, bajara á la tierra á hacerse hombre y redimirnos<sup>6</sup>; y el Señor oyó sus ruegos con asombro de los mismos cielos y pasmo de todas las criaturas. El sacerdote, teniendo en sus trémulas manos el pan de bendición, ruega á Dios que lo convierta en el cuerpo y la sangre de su amadísimo Hijo, y pocos momentos después, con no menos asombro, pronunciadas las palabras sacramentales, en nombre del mismo Cristo, el sacerdote y el pueblo adóranle presente en aquella humilde apariencia. ¡Qué efecto no debe producir esta súbita venida del Criador á la tierra en toda la naturaleza atónita, como lo contempló el Profeta! *Á la vista del Señor se estremeció la tierra, á la vista del Dios de Jacob*<sup>7</sup>.

<sup>1</sup> Ps. 18, 7.<sup>2</sup> Io. 6, 59.<sup>3</sup> Io. 1, 1.<sup>4</sup> Io. 14, 28.<sup>5</sup> Matth. 28, 20.<sup>6</sup> Is. 64, 1.<sup>7</sup> Ps. 113, 7.

Y ¿qué extraño es que se vean suspendidas sus leyes, obedeciendo la criatura á su Criador?

9. Vino, pues, el Verbo desde su regio asiento<sup>1</sup>; y, uniendo á su augusta Persona la sacrosanta humanidad, formó aquel divino compuesto de las dos naturalezas<sup>2</sup>, que se llama Cristo nuestro Señor<sup>3</sup>. Y, al venir al altar ¿qué hace sino formar de su cuerpo y las especies sacramentales este divinísimo Sacramento? Y ¿en dónde se oculta más profundamente la gloria de su divinidad, en la Eucaristía ó en la Encarnación? No sabríamos decirlo, carísimos hermanos; pues, si en ésta aparece Jesucristo á los ojos de los hombres puro hombre, en aquélla no ven los sentidos humanos sino sustancia de pan. Allá, dice San Cipriano, estaba escondida la divinidad: *latebat divinitas*; aquí la esencia divina se encuentra de una manera imposible de explicarse: *ineffabiliter divina se effudit essentia*<sup>4</sup>. ¿Qué hace, pues, el Verbo Divino al encarnarse? Responde el Apóstol: *anonadarse á sí mismo, tomando la naturaleza de siervo*<sup>5</sup>: humillarse hasta el último grado, como hombre, ante el acatamiento del Padre, al mismo tiempo que entra en el mundo como dueño y señor de todo lo creado: *Vino á su propia casa*<sup>6</sup>. ¿Á qué viene el Hijo de Dios? Á restaurar el orden primitivo perturbado por la culpa del hombre prevaricador; y esto por medio de la adoración, la acción de gracias, el sacrificio.... Que todo esto da á entender aquella expresiva manera de hablar del Evangelista: *El Verbo se hizo carne*<sup>7</sup>. Sí, se hizo

<sup>1</sup> A regalibus sedibus venit (Eccl.).<sup>2</sup> S. Thom., S. th. 3.<sup>3</sup> Qui vocatur Christus (Matth. 1, 16).<sup>4</sup> S. Cypr. in serm. de Cæna Domini, apud Carthagenam.<sup>5</sup> Phil. 2, 7.<sup>6</sup> Io. 1, 11.<sup>7</sup> Io. 1, 14.



víctima del sacrificio sangriento de la cruz. Y ¿qué otra cosa hace el mismo Cristo al reencarnarse, digámoslo así, en el Sacramento de la Eucaristía? Helo aquí anonadado, humillado quizás más profundamente, según sienten graves autores, que al revestirse de nuestra carne: helo aquí hecho ya no sólo esclavo, sino alimento del esclavo, invisible, hasta en su forma de hombre, á los ojos de los hombres, pudiendo decir: *Gusano soy, y no hombre*<sup>1</sup>, manjar de vilísimos gusanos. Y por medio de esta incomprensible humillación, aquí está Jesús restaurando incesantemente, y hasta el fin de los siglos, la gloria del Criador, viviendo sobre la tierra, sin dejar el cielo, en actitud de perenne adoración, alabanza y sacrificio. Que por esto el espíritu de la devoción al Santísimo Sacramento no puede ser otro que el de humillación del ser humano en la presencia de la Majestad divina, de oblación plena y perfecta de sí mismo en sacrificio de alabanza, en fin, de sumisión total á la divina y soberana voluntad, *para que el Padre sea glorificado en el Hijo*<sup>2</sup>.

Tales son, cristianos, las armonías que resplandecen en la ejecución de los dos misterios que vamos contemplando. Pocas palabras añadiré todavía acerca del fruto y resultado inmediato de la Encarnación y la Eucaristía.

### III.

10. Hacer al hombre hijo de Dios por adopción, pero tan real y verdaderamente que pueda decirse que *ha nacido de Dios*<sup>3</sup>, parece haber sido el fruto primero de la Encarnación del Verbo; pues, apenas deja ésta

<sup>1</sup> Ps. 21, 7.

<sup>2</sup> Io. 14, 13.

<sup>3</sup> Io. 1, 13.

sentada el Apóstol San Juan en el primer capítulo de su Evangelio, añade: *En cuanto á aquéllos que lo recibieron, y creyeron en su nombre, dióles poder para ser hechos hijos de Dios*<sup>1</sup>. No encarnara el Hijo de Dios, si el hombre no le hubiese de reconocer por tal, si no hubiese de ver su gloria de Unigénito del Padre, *lleno de gracia y verdad*<sup>2</sup>, y de esta suerte, iluminado por la fe, no le recibiera en su corazón por la caridad. Al creerla, pues, recibe el hombre á Cristo, participa de la condición de hijo de Dios, nace, en cierta manera, de Dios mismo por el parentesco de hermandad que contrae con el Verbo Encarnado. Ninguna gloria puede compararse con tan gloriosa afinidad. Ella trae consigo el derecho á la herencia del mismo Dios en asociación con su Hijo, como lo advirtió el Apóstol: *Si somos hijos, también seremos herederos, coherederos con Cristo*<sup>3</sup>. Y ¿no os parece, cristianos, que esta divina filiación y esta herencia celestial son también el fruto de la sagrada Eucaristía? ¿No es éste *verdaderamente el pan de los hijos*, como canta la Iglesia? ¿No es la *prenda de la gloria venidera*? Y, si por recibir á Cristo por la fe, se adquiere el derecho de ser hijos de Dios, ¿qué será por recibirle en la verdad de su cuerpo y sangre, alma y divinidad?

11. Pero demos que no sea, hablando en rigor, la Eucaristía, sino el bautismo, el Sacramento que nos confiere la nueva forma, y como segunda naturaleza de hijos de Dios. ¿Quién negará que á lo menos la perfecciona y sustenta, siendo manjar divino fabricado para dar vida divina y sobrenatural? La sustancia maternal con que se alimenta el niño, ¿no es la que desarrolla y completa

<sup>1</sup> Io. 1, 12.

<sup>2</sup> Ibid. v. 14.

<sup>3</sup> Rom. 8, 17.



la vida recibida de la madre? Y tomar esa sustancia ¿no es, según el lenguaje común, ser hijo por segunda vez? Pues, ¿qué leche hay comparable con el alimento eucarístico, en el cual, como dice San Juan Crisóstomo, Jesucristo, á manera de madre ternísima, nos apacienta y nutre con su propia sangre<sup>1</sup>? Así, pues, escribe un piadoso autor<sup>2</sup>, como mediante la unión hipostática, por estar Dios unido con el hombre, vive éste vida divina, que así lo significan estas palabras: *Yo vivo por mi Padre*<sup>3</sup>; así también por la unión de Cristo con aquél que dignamente le recibe en el Sacramento, vive el hombre vida de Cristo, vida de hijo de Dios, como lo experimentaba el Apóstol que decía: *Cristo vive en mí*<sup>4</sup>. He aquí por qué acueductos tan excelentes dimana hasta nosotros el agua de la vida con que la Eucaristía riega y fecunda nuestras almas: el Padre es la fuente, de él recibe la vida el Hijo, el cual la trasmite á la humanidad de Cristo: de ésta viene á nosotros por el canal del divino Sacramento, en donde, como en raudal copioso, dice Santo Tomás<sup>5</sup>, gustamos la dulzura del espíritu.

12. Consideremos, finalmente, el otro efecto maravilloso que producen la Encarnación y la Eucaristía, de unir al hombre con Dios. Unión más estrecha y más perfecta que la hipostática ciertamente no es dado concebir; mas ¿qué diremos de la unión eucarística, la más íntima y excelente después de aquella? Bástenos considerar de cuántas maneras y con qué expresivas semejanzas han tratado de exponerla los Padres y Doctores

<sup>1</sup> *Proprio sanguine pascit* (*Chrysost.*).

<sup>2</sup> *Carthagera*, De aug. Euchar. sacram. lib. 9, hom. 18.

<sup>3</sup> Io. 6, 58.      <sup>4</sup> Gal. 2, 20.

<sup>5</sup> *S. Thom.* in opusc. 57.

de la Iglesia, así griega como latina, sin llegar jamás á declararla enteramente. San Agustín y San Cipriano no vacilan en compararla con la unión conyugal, diciendo que, mejor que de los esposos, puede asegurarse de Cristo y del que comulga dignamente lo del Génesis: *Serán dos en una misma carne*<sup>1</sup>; pues, si bien en el bautismo se celebran las nupcias del alma con Cristo, es en el Sacramento de la Comunión donde este místico desposorio se consuma y perfecciona<sup>2</sup>. San Gregorio Niseno<sup>3</sup> se vale de la semejanza de la levadura y la masa por ella fermentada, aplicándola á la transformación que produce en el alma el cuerpo del Señor introducido en nosotros por la Eucaristía. Apoyando la misma sentencia, añade el Crisóstomo: *En realidad de verdad, y no sólo por la fe, ni sólo por la caridad, nos convierte en su cuerpo*, al modo que convertimos nosotros en carne nuestra el alimento. No se trata, pues, de una unión puramente espiritual y afectiva con Cristo, la cual se forma por la verdadera caridad, al decir de San Cirilo, sino de otro género de unión según la carne, ó natural, según se expresa el mismo santo Doctor<sup>4</sup>. Unión es ésta, carísimos oyentes, difícil de explicarse por ser tan misteriosa como el mismo Sacramento, pero de la cual pudiéramos dar alguna idea, diciendo con un distinguido teólogo moderno<sup>5</sup>, que es tal que, mediante su carne sacratísima, Cristo obra no solamente en el alma, sino también directamente en el cuerpo del que comulga, disminuyendo el fómite del pecado, moderando los desordenados apetitos sensuales, y, con el contacto

<sup>1</sup> Gen. 11, 24.

<sup>2</sup> Apud *Carthagera* l. c.

<sup>3</sup> Orat. catech. c. 37.

<sup>4</sup> Apud *Carthagera*.

<sup>5</sup> *Carthagera*.



de su carne purísima, refrenando la rebeldía de la nuestra, tornándola pura y casta, como enseñan, entre otros, San Cirilo y San Gregorio Niseno, y es doctrina del Catecismo Romano <sup>1</sup>.

13. Sea, pues, toda la gloria de tan maravillosos efectos á aquel divino Señor que, no contento con haberse vestido de los andrajos de nuestra pobre humanidad en el misterio de su Encarnación, para enriquecernos con la púrpura de su divinidad <sup>2</sup>, ha querido descender de su solio al humilde tabernáculo de la sagrada Eucaristía para continuar en nosotros por maravillosa manera los efectos de su unión con nuestra naturaleza, haciéndonos partícipes, con su cuerpo y sangre, de su vida divina, y dándonos prendas de eterna participación de su gloria. Adoremos la sublime armonía de las dos obras maestras de la omnipotencia, sabiduría y bondad infinitas, y, llenos de fe en su palabra y de amor á su largueza, digámosle con el amante Pedro: *Señor, ¿adónde iremos? Tú sólo tienes palabras de vida eterna!* <sup>3</sup> Amén.

### SERMÓN DÉCIMOSEPTIMO

(predicado en la Catedral de Bogotá, enero de 1886).

#### La Eucaristía y la Encarnación: sus frutos.

Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.

Io. 1, 14.

1. El pesebre y el altar, Belén y el templo católico, ¡qué bellas analogías nos ofrecen, qué raudales de

<sup>1</sup> Hoc sacram. sensuum libidinem cohibet (*Pius V. in Catech.*).

<sup>2</sup> *S. Leo M.*      <sup>3</sup> Io. 6, 69.

luz para la mente y de dulzura para el corazón! ¡Belén y el altar! ¿No son éstos los únicos objetos que llenan el espíritu de los verdaderos fieles en este tiempo consagrado por la Iglesia á la celebración de los misterios del nacimiento é infancia de Jesús? Como el Dios Niño permaneció cuarenta días enteros en la humilde y desmantelada gruta que escogió para nacer, así las almas piadosas gustan de pasar largas horas durante muchos días delante del sagrado tabernáculo do se dignó habitar con los hombres hasta la conclusión de los tiempos. ¡Ah! ¡pluguiese á Dios que no nos apartásemos jamás, sino forzados por la necesidad, del pie de los altares! ¡Pluguiese á Dios que abundara en las almas la sencillez de los pastores betlemitas y la fe de los magos del oriente!

2. Á la verdad, hermanos muy amados en el Señor, la solemne oración de Cuarenta Horas, durante las cuales la Majestad del Dios sacramentado está expuesto á la adoración de los fieles con el brillante aparato que emplea en esta clase de funciones la religiosidad de los países católicos, convierte nuestros templos en verdaderos trasuntos de la afortunada cueva de Belén. ¿Qué hubo en ella que no lo tengamos aquí? ¿Ángeles que anunciaron, desparramados por sus alegres campiñas, la buena nueva del nacimiento del Mesías, dando gloria á Dios y paz á los hombres? Aquí los tenemos á millares llenando el recinto de este vasto templo, y sus himnos eucarísticos se repiten cada día entre acordes festivos por la voz de los ángeles visibles, los sacerdotes del Señor. ¿Pastores y zagalas que corrían desalados en busca del prodigio que se les había revelado, llevando sencillos dones para ofrecerlos al recién nacido Niño? Aquí vienen en masa los adoradores de toda edad, sexo y condición, trayendo por ofrenda al Dios



de su carne purísima, refrenando la rebeldía de la nuestra, tornándola pura y casta, como enseñan, entre otros, San Cirilo y San Gregorio Niseno, y es doctrina del Catecismo Romano <sup>1</sup>.

13. Sea, pues, toda la gloria de tan maravillosos efectos á aquel divino Señor que, no contento con haberse vestido de los andrajos de nuestra pobre humanidad en el misterio de su Encarnación, para enriquecernos con la púrpura de su divinidad <sup>2</sup>, ha querido descender de su solio al humilde tabernáculo de la sagrada Eucaristía para continuar en nosotros por maravillosa manera los efectos de su unión con nuestra naturaleza, haciéndonos partícipes, con su cuerpo y sangre, de su vida divina, y dándonos prendas de eterna participación de su gloria. Adoremos la sublime armonía de las dos obras maestras de la omnipotencia, sabiduría y bondad infinitas, y, llenos de fe en su palabra y de amor á su largueza, digámosle con el amante Pedro: *Señor, ¿adónde iremos? Tú sólo tienes palabras de vida eterna!* <sup>3</sup> Amén.

### SERMÓN DÉCIMOSEPTIMO

(predicado en la Catedral de Bogotá, enero de 1886).

#### La Eucaristía y la Encarnación: sus frutos.

Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.

Io. 1, 14.

1. El pesebre y el altar, Belén y el templo católico, ¡qué bellas analogías nos ofrecen, qué raudales de

<sup>1</sup> Hoc sacram. sensuum libidinem cohibet (*Pius V. in Catech.*).

<sup>2</sup> *S. Leo M.*      <sup>3</sup> Io. 6, 69.

luz para la mente y de dulzura para el corazón! ¡Belén y el altar! ¿No son éstos los únicos objetos que llenan el espíritu de los verdaderos fieles en este tiempo consagrado por la Iglesia á la celebración de los misterios del nacimiento é infancia de Jesús? Como el Dios Niño permaneció cuarenta días enteros en la humilde y desmantelada gruta que escogió para nacer, así las almas piadosas gustan de pasar largas horas durante muchos días delante del sagrado tabernáculo do se dignó habitar con los hombres hasta la conclusión de los tiempos. ¡Ah! ¡pluguiese á Dios que no nos apartásemos jamás, sino forzados por la necesidad, del pie de los altares! ¡Pluguiese á Dios que abundara en las almas la sencillez de los pastores betlemitas y la fe de los magos del oriente!

2. Á la verdad, hermanos muy amados en el Señor, la solemne oración de Cuarenta Horas, durante las cuales la Majestad del Dios sacramentado está expuesto á la adoración de los fieles con el brillante aparato que emplea en esta clase de funciones la religiosidad de los países católicos, convierte nuestros templos en verdaderos trasuntos de la afortunada cueva de Belén. ¿Qué hubo en ella que no lo tengamos aquí? ¿Ángeles que anunciaron, desparramados por sus alegres campiñas, la buena nueva del nacimiento del Mesías, dando gloria á Dios y paz á los hombres? Aquí los tenemos á millares llenando el recinto de este vasto templo, y sus himnos eucarísticos se repiten cada día entre acordes festivos por la voz de los ángeles visibles, los sacerdotes del Señor. ¿Pastores y zagalas que corrían desalados en busca del prodigio que se les había revelado, llevando sencillos dones para ofrecerlos al recién nacido Niño? Aquí vienen en masa los adoradores de toda edad, sexo y condición, trayendo por ofrenda al Dios



de los altares no sólo cuanto hay de más vistoso y rico en la naturaleza y en los tesoros del arte, sino, lo que es más acepto al divino Dueño, la fe sencilla del creyente, la humildad del cristiano, la devoción y compostura del que sabe adorar á su Dios en espíritu y en verdad<sup>1</sup>. ¿Sabios y grandes de la tierra? Aunque no abundan hoy, porque no han sido ellos jamás los favoritos del Salvador<sup>2</sup>, nacido y muerto en la pobreza y el desprecio, no faltan, sin embargo, en número más que suficiente para demostrar á los pretendidos sabios y á los orgullosos magnates del siglo décimonono que la fe católica en la sagrada Eucaristía no es sólo el patrimonio de los ignorantes y desheredados de los bienes terrenos. ¡Oro, incienso y mirra, dones preciosos de los potentados orientales! El oro brilla en nuestros tabernáculos, la pedrería resplandece en torno de la Hostia sacrosanta; el incienso sube de continuo en fragantes espirales, y embarga suavemente nuestros sentidos; en cuanto á la mirra, símbolo de la mortificación de la carne, aquí está la Víctima sagrada inmolándose incesantemente en el altar, y en derredor hay millares de víctimas voluntarias que ofrecen á la Majestad divina el sacrificio de sus corazones y sentidos. Jesús, el infante recién nacido en Belén, es la gloria de nuestros templos, iluminándolos con su presencia real en la sagrada Eucaristía; y tal será esta tarde el asunto de nuestra consideración y el tema de mi discurso. Para lo cual os haré ver, cristianos, que el Sacramento eucarístico no es otra cosa que la extensión de la Encarnación, como habla San Crisóstomo<sup>3</sup>; pues, en uno y

<sup>1</sup> Io. 4, 23.      <sup>2</sup> 1 Cor. 1, 26.

<sup>3</sup> Apud *Carthagena*, Hom. cathol. vol. IV, lib. 9, hom. 7.

otro caso se verifican las palabras del Evangelista: «Et verbum caro factum est»<sup>1</sup>, siendo, por consiguiente, unos mismos sus frutos de salvación. Saludemos á la Madre del Verbo Encarnado con las palabras con que la felicitó el arcángel: *Ave María*.

## I.

3. No quiero, amadísimos oyentes, os diré con el glorioso Crisóstomo<sup>2</sup>, no quiero que paséis sin muy atenta y detenida consideración por encima de la verdad que he propuesto, pues encierra admirables secretos del altísimo misterio. Todos los Sacramentos, es cierto, dimanen de la Encarnación como arroyos de su fuente; pero de una manera particular la Eucaristía, tanto que puede decirse que es la fuente misma que salta perennemente en el paraíso de la santa Iglesia. En efecto, del costado de Cristo abierto por la lanza brotaron aquellos torrentes de agua y sangre que simbolizaban el bautismo y los sagrados misterios: del cuerpo de Cristo, dormido en la cruz, nació su esposa mística, la Iglesia, como dice agudamente San Agustín, y con la Iglesia nacieron también los Sacramentos, sin los cuales no se entra á participar de la vida verdadera<sup>3</sup>. ¿Qué son los Sacramentos sino vasos riquísimos, donde está recogida, dice un docto escritor<sup>4</sup>, la sangre de Jesucristo para lavar las manchas de nuestros pecados y sanar las llagas de nuestras pasiones? ¿qué son sino aquellas *fuentes* que Isaías llama *del Salvador*<sup>5</sup>, de las cuales sacamos con grande

<sup>1</sup> Io. 1, 14.

<sup>2</sup> *Chrysost.*, Hom. 84 in Io. cap. 19.

<sup>3</sup> *August.*, Tract. 120 in Io.

<sup>4</sup> *La Puente*, Trat. de la perfección en gen., tr. 11 de los Sacram.

<sup>5</sup> Is. 12, 3.



gozo abundancia de aguas vivas para apagar la sed de nuestros corazones? El profeta Zacarías<sup>1</sup> viólos figurados en siete aceteras de oro llenas de aceite, el cual les venía de una hermosísima lámpara de oro por dos picos que tenía, para darnos á entender que de Jesucristo con sus dos naturalezas, divina y humana, procede toda la gracia que se comunica á los hombres por estos siete Sacramentos. Es, pues, el Verbo Encarnado quien nos lava, cura y fortifica cuando el sacerdote vierte sobre nuestro cuerpo el agua regeneradora, cuando pronuncia sobre nuestra cabeza la sentencia de absolución, cuando nos da el bocado celestial en la sagrada Mesa. Pero no ciertamente de la propia manera, ni en el mismo sentido. Porque, si en los otros casos obra Jesucristo presente sólo moralmente, aquí, en el altar, lo hace por corporal presencia, inmolándose físicamente, aunque sin aparato cruento, en el santo sacrificio de la Misa, y uniéndose físicamente también al que lo recibe en la comunión. Éste es, no lo olvidemos, el Sacramento del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo; del cuerpo formado por obra del Espíritu Santo en el seno de María Virgen; de la sangre que tomó de las venas de su Madre purísima; del cuerpo que nació milagrosamente en la gruta de Belén, tan real y verdadero como pasible y vulnerable al cuchillo de la dolorosa circuncisión. Así es como lo saluda la Iglesia: *Ave, verum Corpus, natum de Maria Virgine*. Está aquí, pues, la Encarnación continuada, renovada tantas veces cuantas, al sonar de las palabras de la consagración: *Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre*, reaparecen en el altar aquel cuerpo y aquella sangre divinos, hipostáticamente

<sup>1</sup> Zach. 4, 2. 12.

unidos á la persona del Verbo que jamás los abandona y acude siempre á sostenerlos con su propia subsistencia.

No dudemos, según esto, que el Verbo del Padre, al tomar por primera vez carne mortal en las entrañas virginales, pensó en darnos á todos sus hijos esa misma carne sacrosanta, adaptándola de forma que pudiese servirnos de alimento espiritual; pensó en humanarse para siempre, de suerte que fuera *Cristo*, como dijo el Apóstol, *el mismo por los siglos*<sup>1</sup>, no sólo allá en el cielo en carne gloriosa y resplandeciente, sino también acá en la tierra, glorioso é impasible aunque oculto debajo de corruptibles accidentes. *Yo te saludo, pues, ¡oh cuerpo sacratísimo, concebido y nacido de la más pura de las vírgenes!* ¡Oh cuerpo del Verbo formado para habitar eternamente con los hombres! *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*<sup>2</sup>.

4. Por esto enseña el Angélico Doctor que la institución del Sacramento de la Eucaristía incluyendo, como incluye, la Encarnación, no pudo preceder á ésta en cuanto al tiempo, á lo menos conforme al plan que se propuso el divino Salvador<sup>3</sup>. Pero una vez verificado aquel soberano misterio, preguntamos nosotros: ¿pudo Jesús haber dejado de instituir la Eucaristía? Atrevida parece tal cuestión; pero ella podrá, humildemente discutida, arrojar mucha luz sobre el tema de nuestro discurso. Pudo ciertamente, hablando en absoluto; mas ¿cómo sería entonces verdadero *Emmanuel*, Dios con nosotros, según la profecía<sup>4</sup>? ¿cómo se verificaría en toda su realidad la promesa de estar siempre con nosotros hasta la consumación de los siglos<sup>5</sup>? Sin la ins-

<sup>1</sup> Hebr. 13, 8.

<sup>2</sup> Io. ubi supra.

<sup>3</sup> S. th. 3, q. 73, a. 5.

<sup>4</sup> Is. 7, 14.

<sup>5</sup> Matth. 28, 20.



titución de la sagrada Eucaristía nosotros no tendríamos sino una noticia histórica de la Encarnación, la cual habría pasado y desaparecido, como todos los hechos, si no en cuanto á sus efectos, sí en cuanto á la sustancia. El Verbo Encarnado moraría en el cielo, á la diestra del Eterno Padre; mas no se le encontraría en nuestro planeta, y tendríamos que preguntar angustiados como la Esposa: *¿Habéis visto por ventura al Amado de mi alma?*<sup>1</sup> ¡Ay! ¿qué fuera entonces de nosotros, verdaderos y desventurados huérfanos? ¿qué sería de la tierra, ya de suyo lugar de destierro? Y ¿no nos había dicho Jesucristo, al partir de este mundo, que no nos dejaría huérfanos?<sup>2</sup> Después de todo, sin la permanencia de Cristo en el Sacramento, ¿sería tan glorioso, tan magnífico el hecho de la Encarnación? Ponderando la grandeza del triunfo obtenido por el amor de Cristo, considera un piadoso y sabio autor, que, no contento con haber derribado del cielo al mismo Dios con sus saetas de fuego, trayéndole á la tierra para vestirse de nuestra carne, hizolo también su cautivo en este Sacramento, encerrándolo de modo que no puede apartarse de la compañía del hombre. Lejos de nosotros el miedo de que se nos vaya nuestro amantísimo Dios, pues el amor le ha hecho prisionero voluntario en la estrechísima cárcel de los sacramentales accidentes.

He aquí, pues, el magnífico remate y como complemento adecuado de la obra portentosa de la Encarnación, la sagrada Eucaristía, por lo mismo que ésta lleva esculpida en sí la memoria de la pasión y muerte de Aquel que sólo se hizo hombre para morir por el hombre. Verdaderamente en el Santísimo Sacramento del

<sup>1</sup> Cant. 3, 3.<sup>2</sup> Io. 14, 18.

altar hizo Jesucristo el resumen y epílogo de aquellas dos maravillosas obras, su Encarnación y su Pasión, y un epílogo de tal naturaleza que es la misma obra repetida y renovada sustancialmente hasta el fin de los siglos. Así se enlazan las divinas invenciones, y en su conjunto armonioso nos dan á conocer mejor los atributos de su autor.

5. Si pasamos ahora á considerar el augusto Sacramento en cada uno de los que le reciben, ¿qué otra cosa es la comunión sino una suerte ó manera de Encarnación por la cual se comunica Dios á cuantos comulgan? Comunicarse, he ahí lo que hizo Dios por manera eminente en el misterio de la Encarnación; comunicar á la criatura, no ya el ser participado, como en la creación, sino el ser propio suyo, su misma esencia y personalidad, uniéndose hipostáticamente á la naturaleza humana, y en ella también de algún modo á todas las criaturas<sup>1</sup>: he ahí la Encarnación. Y ¿qué es la comunión sino la dádiva de sí mismo (aunque no por modo de unión hipostática) hecha por Dios al hombre que le recibe sacramentado? ¡Oh dádiva de infinito precio! ¡Oh don verdaderamente inefable y soberano! Tres géneros de comunicación de Dios á las criaturas distingue Santo Tomás<sup>2</sup>: el primero, por la creación natural; el segundo, por la gracia, en virtud de la cual, como lo asegura el Príncipe de los apóstoles<sup>3</sup>, participa el hombre de la naturaleza divina; y el tercero, por la Encarnación, en la cual unió su propia persona en unidad de supuesto con la humanidad de Cristo, y es el género de comunicación más excelente que cabe discurrir, como

<sup>1</sup> Vide *Carthagena* l. c. lib. 2, hom. 7.<sup>2</sup> Opusc. 60.<sup>3</sup> 2 Petr. 1, 4.



que por ella, hecho el hombre Dios, entra á poseer la naturaleza y perfecciones divinas. Ahora bien, cristianos, la Eucaristía pertenece ciertamente al segundo de estos géneros ó grados de comunicación divina, pues por ella dásenos la gracia; pero dásenos con tal plenitud, que se aproxima mucho al modo de comunicarse Dios por la Encarnación, como que con toda verdad se dice que recibimos á Dios, alimentándonos con el cuerpo y sangre de Cristo, verdadero Dios. Y es así que el alimento del alma, á la manera del alimento corporal, debe incorporarse tan íntimamente con nosotros que se convierta en una misma sustancia con nosotros, ó más bien nos convierta en una misma cosa con él. Y ¿no se encarnan en nosotros las sustancias de que, por medio de la nutrición, se forma y robustece nuestra carne? Y ¿no dice el profundo Tertuliano que, por la Eucaristía, el alma se robustece con la sustancia de Dios?<sup>1</sup>

Es muy de notar el pensamiento de algunos Padres de la Iglesia, entre ellos San Juan Damasceno<sup>2</sup>, que consideran en el gran misterio de la Encarnación del Verbo un beneficio de la bondad divina hecho, no sólo á la especie humana, sino en ella á toda especie de criaturas, visibles é invisibles. Y en este sentido dice Santo Tomás: «Comunicóse Cristo al hombre, y consiguientemente á todos los géneros, en unidad de persona.»<sup>3</sup> Y el fundamento de esta verdad no es otro sino que, como dice San Gregorio, *el hombre tiene algo de todas las criaturas*. Pudo, pues, afirmar Cayetano sin exageración, que *la Encarnación es la elevación de todo el universo*. Mas, aunque sea esto así, es cierto

<sup>1</sup> Anima de Deo saginatur (Tertull.).

<sup>2</sup> De Nativ. Virg.      <sup>3</sup> S. Thom., apud Carthagena.

que la naturaleza divina no se comunicó propiamente sino á una humanidad individual, la de Cristo nuestro Señor, la cual por esta gracia debía ser singular y única; mientras que por la Eucaristía se comunica á innumerables individuos, pues llama á todos los hombres á su mesa: *Comed todos de este pan...*<sup>1</sup>

6. Al considerar, hermanos carísimos, la alteza á que nos eleva este divino Sacramento, no podemos menos de exclamar con el Pontífice San León: *Reconoce, ¡oh cristiano! tu dignidad... acuérdate de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro*<sup>2</sup>. Porque ¿á quién no asombran las maravillosas analogías que á primera vista se descubren entre las dos uniones de Dios con el hombre, la eucarística y la hipostática? En ésta, el hombre vive por el Verbo, como el Verbo vive por el Padre, diciendo Jesucristo: *Yo vivo por el Padre*<sup>3</sup>; en aquella, el alma que recibe á Cristo, dice el mismo Jesucristo, vive también por el Verbo: *Qui manducat me, et ipse vivet propter me*. Por la Encarnación el Verbo está en el hombre, y el hombre en el Verbo, pudiéndose atribuir las propiedades de una naturaleza á otra por razón del vínculo personal que une á entrambas; y así se dice que Dios muere, y que el hombre está sentado á la diestra de Dios. Por la comunión también se verifica que Cristo permanece en el hombre, y éste mora en Cristo, conforme á aquellas palabras: *Él permanece en mí, y yo en él*<sup>4</sup>, siendo tal la comunicación de afectos del alma con Cristo, que el hombre es capaz de operaciones sobrenaturales y divinas, revistiéndose también de las virtudes y propiedades del mismo Jesucristo. De

<sup>1</sup> Cf. 1 Cor. II, 24.

<sup>2</sup> Serm. I de Nativ. Domini.

<sup>3</sup> Io. 6, 58.

<sup>4</sup> Ibid. v. 57.



aquí ya es fácil comprender la semejanza de los efectos que producen la Encarnación y la sagrada Eucaristía, como vamos á ver en la segunda parte.

## II.

7. Comentando el sagrado texto, podemos decir: *El Verbo hecho carne* ha santificado la humana carne; y *El Verbo habitando con nosotros* en la Eucaristía, prosigue hasta el fin de los tiempos esa misma obra de santificación. Contemplemos primero los efectos inmediatos de la Encarnación. No nos engolfaremos en la consideración de lo que obró el Verbo Divino en la sacratísima humanidad que tomó para sí, *santificándola*<sup>1</sup> y consagrándola como su más precioso tabernáculo; y bastará decir que los tesoros de santidad que en ella derramó fueron infinitos, no pudiendo recibir aumento la santidad de Dios. Y en cuanto á su carne, no pudo ser más pura, como formada por el Espíritu Santo de la purísima sangre de la Virgen María para ser unida con el alma santísima de Cristo. Mas por lo que hace al hombre en general, bien puede decirse que la Encarnación produjo frutos de santificación en toda carne. La humanidad entera ha sentido el influjo santificador de la presencia corporal del Verbo hecho habitante de la tierra. Dijérase que, al hacerse carne el Verbo de Dios, el hombre, que era carne por el imperio del pecado, se había hecho espíritu; y no cabe duda, cristianos oyentes, sino que de la Encarnación de Dios data la espiritualización del hombre. Si antes había jurado el Eterno: *No permanecerá mi espíritu en el hombre, porque es carne*<sup>2</sup>, después pudo decir: Permanecerá con

<sup>1</sup> Io. 10, 36.<sup>2</sup> Gen. 6, 3.

el mi espíritu, porque el Verbo se ha hecho carne. Hasta entonces el hombre había sido enteramente carnal, esclavo ciego de los apetitos de una naturaleza estragada; desde entonces empezó el hombre, hecho cristiano, unido á Cristo, á ser espiritual, á regirse por los dictámenes del espíritu; y no sólo del espíritu humano, sino del espíritu de Dios. Llenas están de estas expresiones las epístolas del Apóstol San Pablo, por las cuales entreveamos cuáles fueron los efectos del evangelio, ó sea de la Encarnación, en aquellos primeros miembros de la sociedad regenerada. *Vosotros que sois espirituales*, decía San Pablo á los fieles de su tiempo, *instruid con espíritu de mansedumbre á los que yerran*<sup>1</sup>. Y á los que tal vez quedaban rezagados en este movimiento espiritualista, impreso por el soplo cristiano, echábase en cara el mismo Apóstol su debilidad é inconsecuencia, diciéndoles: *No pude hablaros como á varones espirituales, sino como á carnales*<sup>2</sup>. Y á todos exhortaba: *Caminad en espíritu, y no satisfaceréis los deseos de la carne*<sup>3</sup>. De la carne proceden todos los vicios, prosigue el mismo Doctor de las naciones, enumerando las que llama manifiestas obras de la carne<sup>4</sup>; del espíritu proceden todas las virtudes, la caridad, el gozo, la benignidad, la longanimidad<sup>5</sup>, y todo cuanto forma el esplendor de la santidad cristiana. Ahí tenéis, oyentes míos, los efectos de la Encarnación en el hombre, la santificación universal. De la presencia corporal de Dios, hecho morador de la tierra, han dimanado hasta hoy, y continuarán dimanando hasta que el mundo sea destruído, todas esas nobles y levantadas aspira-

<sup>1</sup> Gal. 6, 1.<sup>2</sup> 1 Cor. 3, 1.<sup>3</sup> Gal. 5, 16.<sup>4</sup> Gal. 5, 19.<sup>5</sup> Gal. 5, 22—23.



ciones hacia lo bello y lo bueno, todos esos arranques del espíritu que, hollando generosamente la materia, se lanza á la esfera de lo espiritual en busca de la perfección que corone su inmortal destino. Mientras durare el hecho de la Encarnación, y Jesucristo sea *de ayer, de hoy y del porvenir*<sup>1</sup>, el mundo no volverá á hundirse enteramente en el fango del materialismo.

8. Ahora bien, lo que empezó la Encarnación, prosíguelo y complétalo victoriosamente en su continuación la Eucaristía. He aquí el Sacramento que podemos llamar de la santificación, *el Santísimo*, no sólo porque contiene al Santo de los santos, sino porque es la oficina de la santidad. Este es su efecto natural y propio, santificar. Porque, como reflexiona el Apóstol, si la sangre de las víctimas simbólicas de la ley antigua era capaz de purificar la carne manchada con la culpa legal, *¿cuánto más la sangre de Cristo limpiará nuestra conciencia de las obras de muerte, dándonos gracia para servir al Dios vivo!*<sup>2</sup> Si sólo el contacto, el roce de Cristo era bastante para santificar, así como tenía virtud para dar salud y vida corporal<sup>3</sup>, ¿cómo no santificará la recepción de su mismo cuerpo en el Sacramento? Y, si es verdad que la obra de santificación empieza por la curación de nuestras llagas espirituales, por el remedio de nuestras mortales dolencias, ¿no creemos que pueda sanarlas la virtud eucarística? ¡Ah! si esta divina panacea no bastara para curarlas, sería necesario reconocer que eran del todo insanables. Pero ¿quién tal dirá que conozca la eficacia irresistible de la virtud del Salvador, el cual *curaba á todos*, según el Evangelista médico? En efecto, cristianos, supuesto que

<sup>1</sup> Hebr. 13, 8.

<sup>2</sup> Hebr. 9, 13. 14.

<sup>3</sup> Luc. 6, 19.

la santidad, según la definición de San Dionisio<sup>1</sup>, consiste en la perfecta limpieza del alma, acompañada de positiva perfección adquirida en la práctica de las virtudes, fácil es ver cómo la sagrada Eucaristía purifica al alma de sus manchas, y la levanta á la perfección de las virtudes cristianas.

9. Nada se opone tanto á la santidad como el pecado: si es mortal, la destruye completamente; y, si venial, la empaña y desfigura. Pero nada tampoco es tan contrario al pecado como la santa Eucaristía: *antídoto*, dice el Concilio de Trento, *con que nos preservamos de las culpas mortales, y nos libramos aún de los defectos cotidianos*. Pues, como dice San Bernardo, impide que demos consentimiento á los pecados graves, y disminuye la inclinación que sentimos á las faltas leves<sup>2</sup>. Sábenlo por experiencia propia las almas débiles que, para verse libres del vergonzoso yugo del pecado, frecuentan devotamente la sagrada Mesa. ¿Qué más? Ocasiones pueden darse en que, según los teólogos más respetables<sup>3</sup>, el Sacramento del altar sirva, como el de la penitencia, para borrar del alma la horrible mancha del pecado mortal con la cual, en buena fe, se acerque un cristiano á recibirlo. Abundan los dichos de los santos Doctores que enaltecen la virtud de la Eucaristía para purificar el alma, especialmente de la miserabilísima propensión á los deleites sensuales. ¡Ay! es tan furiosa la violencia de la pasión, que bien pudiera compararse á la impetuosidad del torrente, cuya caída sólo pudiera detenerla el brazo del poder divino.

<sup>1</sup> Apud *Avancini*, Medit. de Vita et Doctr. Jesu Christi.

<sup>2</sup> Apud *Carthagena* l. c. lib. 9, hom. 21.

<sup>3</sup> *S. Thom.*, S. th. 3, q. 80, a. 4.



Pues bien, cristianos; así como el Arca de la Alianza, hermosa figura de este Sacramento, entrando en el caudaloso Jordán, retardó y aun detuvo el curso de las aguas del gran río, prodigio que hizo prorrumper al Profeta Rey en esta exclamación: *¿Qué tienes ¡oh Jordán! que te has vuelto atrás?*<sup>1</sup>, así la frecuencia de la comunión es capaz, como felizmente lo experimentamos, de hacer cambiar el curso de la vida humana, conteniendo la corriente de los más inveterados hábitos del vicio, refrenando el agitado mar de las pasiones, transformando al pecador en santo.

10. Las más altas y delicadas virtudes son los frutos propios de este *árbol de la vida*, plantado en el Paraíso de la Iglesia para dar al hombre la inmortalidad después de darle la salud y el vigor de una indeficiente juventud<sup>2</sup>. Bien puede compararse este divino Sacramento al otro árbol del Paraíso de que habla San Juan en el Apocalipsis<sup>3</sup>, el cual lleva doce frutos en los doce meses del año, esto es, la suma de todas las virtudes, pues todas ellas brotan lozanas del árbol benditísimo de la comunión<sup>4</sup>. Por ella dan todos los frutos de sus obras con perfección y perseverancia, de modo que, ni por ser continuas, dejan de ser nuevas; ni, por ser nuevas, cesan de ser continuas en el decurso de la vida. El mundo cristiano, acostumbrado como está á ver todos los días actos heroicos de caridad, paciencia y todas las virtudes, casi no para mientes en el árbol que las produce; pero nosotros sabemos muy bien que no es otro que la divina Eucaristía. El Verbo de Dios Encarnado y habitando entre nosotros para renovar con-

<sup>1</sup> Ps. 113, 5.      <sup>2</sup> Gen. 2, 9.      <sup>3</sup> Apoc. 22, 2.

<sup>4</sup> *La Puente*, Perfección en general tr. 4.

tinuamente los efectos de su admirable Encarnación, es quien santifica al hombre del pecado, haciendo brillar en la frente bañada con sangre divina la esplendorosa aureola de la santidad de Dios. Y, á pesar de tales y tan estupendas maravillas, ¡todavía se encuentra el mundo cubierto de sombras de abominación, como en los tiempos del ciego paganismo! Y nosotros mismos, carísimos oyentes, que tantas veces nos acercamos con gozo á la fuente del Salvador, al banquete de los ángeles, ¡todavía nos hallamos tan lejos del bello ideal de la santidad cristiana! ¡Acaso, acaso muchos de los que comulgan, no acaban nunca de verse libres del horrible contagio de la culpa! ¡Ah! roguemos fervorosamente al amable Salvador en estos días de solemne adoración, que se digne renovar entre nosotros los prodigios de Belén, transformándonos, como á los pastores y magos, de ciegos en iluminados, de débiles en fuertes, de pecadores en santos, dándonos así segura prenda de aquella eterna bienaventuranza que debe ser el único objeto de nuestros deseos. Así sea.

#### SERMÓN DÉCIMOCTAVO

(predicado en la parroquia de San Pedro de Bogotá, febrero de 1897).

#### La luz en las tinieblas. ®

Deus... dixit de tenebris lucem splendescere.  
Dios... dijo que la luz brillase de en medio de las tinieblas.

<sup>2</sup> Cor. 4, 6.

1. Inclínados profundamente ante la autoridad de la palabra de Dios que resuena de continuo en nuestras almas, no vacilamos en prosternarnos también ante la



Pues bien, cristianos; así como el Arca de la Alianza, hermosa figura de este Sacramento, entrando en el caudaloso Jordán, retardó y aun detuvo el curso de las aguas del gran río, prodigio que hizo prorrumper al Profeta Rey en esta exclamación: *¿Qué tienes ¡oh Jordán! que te has vuelto atrás?*<sup>1</sup>, así la frecuencia de la comunión es capaz, como felizmente lo experimentamos, de hacer cambiar el curso de la vida humana, conteniendo la corriente de los más inveterados hábitos del vicio, refrenando el agitado mar de las pasiones, transformando al pecador en santo.

10. Las más altas y delicadas virtudes son los frutos propios de este *árbol de la vida*, plantado en el Paraíso de la Iglesia para dar al hombre la inmortalidad después de darle la salud y el vigor de una indeficiente juventud<sup>2</sup>. Bien puede compararse este divino Sacramento al otro árbol del Paraíso de que habla San Juan en el Apocalipsis<sup>3</sup>, el cual lleva doce frutos en los doce meses del año, esto es, la suma de todas las virtudes, pues todas ellas brotan lozanas del árbol benditísimo de la comunión<sup>4</sup>. Por ella dan todos los frutos de sus obras con perfección y perseverancia, de modo que, ni por ser continuas, dejan de ser nuevas; ni, por ser nuevas, cesan de ser continuas en el decurso de la vida. El mundo cristiano, acostumbrado como está á ver todos los días actos heroicos de caridad, paciencia y todas las virtudes, casi no para mientes en el árbol que las produce; pero nosotros sabemos muy bien que no es otro que la divina Eucaristía. El Verbo de Dios Encarnado y habitando entre nosotros para renovar con-

<sup>1</sup> Ps. 113, 5.      <sup>2</sup> Gen. 2, 9.      <sup>3</sup> Apoc. 22, 2.

<sup>4</sup> *La Puente*, Perfección en general tr. 4.

tinuamente los efectos de su admirable Encarnación, es quien santifica al hombre del pecado, haciendo brillar en la frente bañada con sangre divina la esplendorosa aureola de la santidad de Dios. Y, á pesar de tales y tan estupendas maravillas, ¡todavía se encuentra el mundo cubierto de sombras de abominación, como en los tiempos del ciego paganismo! Y nosotros mismos, carísimos oyentes, que tantas veces nos acercamos con gozo á la fuente del Salvador, al banquete de los ángeles, ¡todavía nos hallamos tan lejos del bello ideal de la santidad cristiana! ¡Acaso, acaso muchos de los que comulgan, no acaban nunca de verse libres del horrible contagio de la culpa! ¡Ah! roguemos fervorosamente al amable Salvador en estos días de solemne adoración, que se digne renovar entre nosotros los prodigios de Belén, transformándonos, como á los pastores y magos, de ciegos en iluminados, de débiles en fuertes, de pecadores en santos, dándonos así segura prenda de aquella eterna bienaventuranza que debe ser el único objeto de nuestros deseos. Así sea.

#### SERMÓN DÉCIMOCTAVO

(predicado en la parroquia de San Pedro de Bogotá, febrero de 1897).

#### La luz en las tinieblas. ®

Deus... dixit de tenebris lucem splendescere.  
Dios... dijo que la luz brillase de en medio de las tinieblas.

<sup>2</sup> Cor. 4, 6.

1. Inclínados profundamente ante la autoridad de la palabra de Dios que resuena de continuo en nuestras almas, no vacilamos en prosternarnos también ante la



majestad del Verbo de Dios Encarnado y como reen-  
carnado en el Sacramento de los altares. En efecto  
¿quién puede admitir racionalmente la más ligera som-  
bra de duda acerca de la realidad de la presencia de  
Cristo bajo las místicas especies, cuando oye al mismo  
Cristo, Hijo de Dios vivo<sup>1</sup>, verdad y vida eterna<sup>2</sup>, pro-  
nunciar en voz clara y solemne estas sacramentales pa-  
labras: *Esto que os doy, es mi cuerpo; y esto que os  
brindo en el cáliz, es mi sangre*<sup>3</sup>; y: *lo que yo hago,  
hacedlo también vosotros hasta la consumación de los  
siglos*<sup>4</sup>? ¿A qué hombre de sana razón no le basta para  
asegurarse de la realidad de un hecho, cualquiera que  
sea, la afirmación del mismo por boca de Dios? *Habló  
Dios, y todas las cosas fueron hechas*<sup>5</sup>; porque *por la  
palabra del Señor quedaron afianzados los cielos*, cuya  
fuerza toda estriba en el aliento de la boca del Criador<sup>6</sup>.  
Así, nuestra creencia reposa tranquila é incommovible en  
el aliento de la boca de Cristo, más fuerte y poderoso  
para afianzarla, que todos los huracanes de la humana  
vociñería para echarla por tierra. De no ser por la  
virtud incontrastable de esa palabra divina, ¿cómo pu-  
diera explicarse la fe de millones y millones de creyen-  
tes, por el largo espacio de casi diecinueve siglos, en  
un misterio, cual es la sagrada Eucaristía, tan superior  
á todo el alcance de nuestra razón, ó, mejor dicho, tan  
opuesto á todo lo que nos dicen los sentidos, cuyo tes-  
timonio aceptaría la razón, si no se lo prohibiera la fe?  
He ahí un hecho al parecer increíble y, sin embargo,  
cierto é irrefragable, el cual no puede explicarse sino  
por la verdad de ese otro hecho misterioso é incom-

<sup>1</sup> Io. 11, 27.<sup>2</sup> I Io. 5, 20.<sup>3</sup> I Cor. 11, 24, 25.<sup>4</sup> Luc. 22, 19.<sup>5</sup> Ps. 32, 9.<sup>6</sup> Ps. 32, 6.

preensible, la presencia real de Jesucristo en el Santísimo  
Sacramento.

2. Con todo y ser esto verdad, no faltan nubes de  
dificultades que, cruzando por el sereno cielo del es-  
píritu, pugnan con la luz de la fe para oscurecer y de-  
bilitar nuestra sagrada creencia. La razón humillada bajo  
el peso de lo impenetrable pretende á veces sublevarse  
y sacudir el yugo. La imaginación que ve cortadas  
sus alas y cerrado el espacio por el muro de la fe di-  
vina, siéntese como desesperada, y apoya en sus locas  
pretensiones á la rebelada razón, presentándole con visos  
de imposible y absurdo lo que ella no alcanza á con-  
cebir. En fin, la pasión, de concierto con la imaginación  
y la inteligencia descarriada, se pronuncia abiertamente  
contra lo que la encadena y sujeta sus caprichos. De  
aquí nacen las cavilaciones del sectario y las bruscas  
objeciones del incrédulo, las cuales es preciso, hermanos  
míos, rebatir, no sólo con nuestra humilde piedad y fe  
inalterable, despreciando á los necios detractores de  
nuestra santa religión, sino también, á ser posible, con  
respuestas irrefutables á fin de hacerles palpar su atrevi-  
miento é insensatez, como aconseja el Apóstol á Tito,  
diciendo: *Es menester replicar á los seductores*<sup>1</sup>. Y no  
se crea que esto es imposible por tratarse de una ver-  
dad ciertamente indemostrable á la razón; pues, para  
responder victoriosamente á la falsa ciencia, bastaría sen-  
tar la proposición siguiente: «No puede rechazarse la  
presencia real por estar envuelta en las sombras del  
misterio, porque en tal caso habría que rechazar otras  
muchas irrefragables verdades, no menos oscuras que  
aquella, relativas á Dios, al hombre y á la naturaleza.»

<sup>1</sup> Tit. 1, 11.



Y podría añadirse sin riesgo de ser desmentido: «Lo que la ciencia ha alcanzado á descubrir de las leyes naturales, lejos de aumentar las aparentes dificultades de la Eucaristía, tiende á desvanecerlas cada día más y más.»<sup>1</sup> He aquí lo que va á ocupar brevemente vuestra piadosa atención. Imploramos, etc. *Ave María.*

## I.

3. Cuando vemos, hermanos míos, que una cosa tiene que ser de cierto modo, porque la razón así nos lo persuade, forzoso es admitir que la cosa es así, cualesquiera que sean las dificultades que se nos ocurran en contra. Á todas ellas respondemos: «Sea de esto lo que fuere, aquello no puede ser de otra manera: no lo entiendo, pero así es, ó la razón me engaña, y tendría yo que rechazar toda verdad, cayendo en el abismo de la negación y de la duda universal; y esto es lo imposible, esto lo verdaderamente absurdo. La dificultad, me digo finalmente, por más insondable que parezca, no debe estar en la cosa misma, sino en la limitación de mi capacidad intelectual: soy demasiado pequeño para abarcar tanta amplitud y grandeza de verdades.» Así discurre en tales casos (harto frecuentes) el buen sentido de la humanidad, y discurre cuerdamente porque nada hay en esta manera de pensar que no sea razonable. Veámoslo, en efecto, en cuestiones prácticas, como las siguientes. Sea la primera la naturaleza de Dios y de sus atributos. ¿Hay cosa más cierta que esta verdad: Dios existe? Evidentemente no la hay, porque el negar la existencia del Criador, ó ponerla en duda siquiera, así como es la más horrible impiedad, es tam-

<sup>1</sup> *Moigno*, Esplend. de la Fe tom. IV, cap. 31.

bién el mayor de los absurdos. Esto no necesita de pruebas; y, quien las exigiera seriamente, no estaría en aptitud de apreciarlas<sup>1</sup>. Y reconocida la existencia del Ser infinito, no es menos necesario reconocer sus adorables é infinitas perfecciones, su bondad, sabiduría, poder, inmensidad, eternidad, etc., sin las cuales no sería Dios. ¿Qué hay, sin embargo, más oscuro ni más impenetrable al corto entendimiento humano que el Ser divino?<sup>2</sup> Y no que no puedan deducirse lógicamente de premisas ciertas sus principales atributos, sino que, afirmados éstos por la humana razón, de acuerdo con la fe, todavía queda un abismo de oscuridad ya sobre el modo de ser de estos mismos atributos en la esencia divina, ya sobre el modo de conciliarlos entre sí, pareciendo algunos contradictorios, verbigracia la libertad y la inmutabilidad, la presciencia y la bondad. Concebimos sin dificultad que Dios es infinitamente sabio; pero ¿podemos acaso comprender la extensión y profundidad de ese piélago de la ciencia divina, ni cómo Dios con un solo acto simplicísimo, como de una sola y rápida mirada, abarca su mismo ser y todos los seres que están fuera de Él existentes y posibles? ¿No hay aquí un hondo é inescrutable misterio que ningún sabio ha podido ni podrá descifrar? Y por eso, amados oyentes, ¿le disputaremos al Ser infinito su sabiduría? No, por cierto. Pues, viniendo al sacrosanto misterio que nos ocupa, yo creo y afirmo en virtud de la palabra terminante é infalible de la Verdad eterna, que Cristo está presente en la Hostia consagrada, todo entero en toda

<sup>1</sup> *Moigno* l. c. tom. IV, cap. 22.

<sup>2</sup> Es el misterio de los misterios, ante el cual todos los otros misterios y todas las objeciones se desvanecen (*Moigno* l. c. tom. IV, cap. 26). Iob 11, 8.



ella y en cada una de sus mínimas partículas, todo aquí y todo en innumerables puntos del globo donde se celebra el santo sacrificio y se consagra el pan y el vino. Mas ¿cómo se verifica este prodigio de la ubicuidad de Cristo sacramentado? ¿Cómo puede un solo cuerpo estar á la vez en innumerables lugares, en el cielo y en la tierra? Á esto responde el sentido común: También Dios está presente en todas partes por el atributo de su inmensidad<sup>1</sup>; y ¿Dios se multiplica por eso en muchos dioses? y ¿deja de ser simplicísimo en su esencia por más que llene toda la extensión de los cielos y la tierra? Y luego ¿comprendo yo cómo está aquí Dios, dentro y fuera de mí, sin estrecharse ni mudarse ni sufrir agravio alguno? He aquí de qué manera nos vemos obligados á admitir una verdad á pesar del misterio que la envuelve. Pues no tiene más dificultad la verdad eucarística. Y lo que hemos deducido de la consideración del Ser divino, podemos también deducirlo de la inspección de nuestro propio ser, de la consideración del alma humana.

4. Nuestra alma es una sustancia simple, espiritual é inmortal, que anima é informa nuestro cuerpo. Estas son verdades de sentido común que ningún hombre sano y cuerdo se atrevería á desechar. Pero ¿no son también profundamente misteriosas? Conocemos por el sentido íntimo los actos y propiedades de nuestra alma; pero ¿sabemos por eso cuál es su íntima sustancia? Nos consta que es espíritu; pero, aunque definimos á éste, ¿llegamos á conocerle en su misma esencia? Y luego ¿son menos misteriosas las operaciones del alma? Cuán oscuras sean, pruébalo la dificultad que tienen los mayores

<sup>1</sup> Jer. 23, 24.

ingenios para explicarlas, los sistemas que para lograrlo han inventado los filósofos, y después de todo, lo poco que se alcanza con los más serios estudios psicológicos. La intelección ó acto de conocer es un misterio; no lo son menos el acto de querer libremente, el de recordar y sentir. ¿Qué diremos del modo maravilloso con que el alma informa y vivifica al cuerpo? Fácil cosa es inventar una fórmula para declararlo, pero muy difícil satisfacer con ella al espíritu investigador. Sabemos, finalmente, que el alma está toda en todo el cuerpo, y toda en cada partecita del organismo vivo; está en el ojo que ve, en el oído que oye, en la mano que toca. ¿Deja por esto de ser una y simple é indivisible? Siendo inextensa, ¿cómo se acomoda é iguala á la extensión? Si una mano se seca ó corta del cuerpo, el alma no se reduce á menos de lo que antes era; si el cuerpo crece, el alma lo ocupa sin dilatarse ni aumentarse. ¿No son éstos verdaderos misterios, carísimos hermanos? Y á pesar de serlo ¿dejamos de tenerlos por verdades positivas? Nada digo de tantos otros arcanos oscurísimos como encierra el corazón del hombre, conocidos únicamente de Dios<sup>1</sup>, pues el hombre no se comprende á sí mismo; y paso á considerar algunos de los misterios de la naturaleza corpórea.

5. ¡Qué confusión, hermanos míos, para la soberbia razón humana! En un orden de cosas, situado al parecer bajo el dominio del hombre, cual es el de los cuerpos, es todavía tan profunda su ignorancia como en el de los espíritus. Aquí sí que pueden aplicarse aquellas palabras del sapientísimo libro de Job: *Coge Dios á los sabios en la astucia de ellos mismos, y disipa sus con-*

<sup>1</sup> Ps. 43, 22.



sejos depravados: por el día discurrirán en tinieblas, y al mediodía andarán á tientas como á media noche<sup>1</sup>. Bien puede el Soberano Creador y Ordenador infinitamente sabio de todas las criaturas, burlarse amargamente de las ridículas y sacrílegas pretensiones de los hombres, deslumbrados con vislumbres de ciencia, apostrofándoles, como en otro tiempo al justo y piadoso Job: «Prepárate con todas tus luces para responderme. Dime: ¿dónde estabas tú cuando echaba yo los cimientos de la tierra? Dáme á entender en qué descansan sus sólidas bases, y quién puso su piedra angular.»<sup>2</sup> «¿Conoces el orden del cielo, y sus relaciones con la tierra? ¿por ventura gritarás en medio de la niebla, y la lluvia se desgajará sobre tí? ¿llamarás al rayo, y se te presentará al instante para que lo dispares?»<sup>3</sup> Mucho se ponderan las luces, descubrimientos y progresos científicos de nuestro siglo; y, sin negarlos absolutamente, y aun exagerándolos cuanto se quiera, es lo cierto que no sólo el vulgo de los hombres ignoran el porqué de la mayor parte de los fenómenos de la naturaleza, pero aun los mismos oráculos de las ciencias naturales, y hasta los más presumidos ateos se ven obligados, en llegando á ciertos puntos trascendentales y decisivos, á confesar paladinamente su ignorancia, y hasta la imposibilidad de disiparla. Escuchad á uno de estos orgullosos sabios contemporáneos: «Frente á frente, dice, de los enigmas del mundo material, la Filosofía está habituada á pronunciar con una vigorosa energía (!) este antiguo veredicto escocés: *¡Lo ignoramos!*... Pero frente á frente de la cuestión: ¿Qué es la fuerza y la materia, y cómo dan nacimiento al

<sup>1</sup> Job 5, 13. 14.<sup>2</sup> Job 38, 3. 4. 6.<sup>3</sup> Job 38, 33 sqq.

pensamiento (nuestro sabio es un crudo materialista), es preciso que una vez por todas se resigne á este otro veredicto, mucho más difícil de pronunciar: *¡Lo ignoraremos!*<sup>1</sup> ¡Qué confesión tan preciosa por lo ingenua!

6. Viniendo, cristianos, al punto que hace más al caso para el objeto que nos proponemos, si hay misterios impenetrables para la ciencia, son los que tienen por objeto la materia, su naturaleza y propiedades; y precisamente esto sería necesario conocer á fondo y claramente para tener derecho á declarar como imposibles los milagros eucarísticos. Porque ¿á qué se reducen estos milagros que tanto cuesta aceptar á la orgullosa razón? Bien lo sabéis, á los hechos siguientes: La transustanciación ó conversión de la sustancia del pan y del vino en la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; la persistencia de los accidentes sin sujeto propio que los sustente; y, en fin, el modo de estar el cuerpo del Señor bajo las especies sacramentales con concentración, multilocación, etc. Todos estos hechos milagrosos se contienen en el hecho divinamente atestiguado de la presencia real. Según esto, hermanos míos, para tener derecho á decir que estos milagros son imposibles hasta para la omnipotencia, salta á la vista que sería necesario poseer el conocimiento cierto y evidente, 1.º de la esencia de la materia y de la esencia del cuerpo, es decir, de lo que constituye su sustancia propia, la molécula; 2.º de la naturaleza real de los accidentes ó propiedades de los mismos cuerpos; 3.º de los diversos estados en los cuales puede existir un cuerpo, ya en sí mismo, ya con relación al tiempo, lugar, etc. Mientras no se conozca todo esto, ¿cómo podrá afirmarse

<sup>1</sup> Du Bois-Reymond, apud Maigno l. c.



que es absurdo lo que la fe nos enseña de la presencia de Cristo en el Sacramento? Pues bien, desengañaos los que tal vez tenéis una idea exagerada de las conquistas de la ciencia moderna; por confesión de los más sabios, todas las cosas arriba mencionadas son y serán incógnitas eternas, misterios inaccesibles á la razón<sup>1</sup>: de donde resulta que ésta no puede rechazar la creencia católica sin desmentirse á sí misma. Tanto menos, cuanto que, como vamos á ver en seguida, y de lo anunciado en mi proposición, los progresos de las ciencias naturales tienden cada día más, según el sentir de autoridades incontestables, á desvanecer las supuestas imposibilidades del augusto misterio de la Eucaristía.

## II.

7. Si hubiéramos de contentarnos, hermanos míos, con la contemplación sencilla de los admirables hechos del orden natural, sin abrigar pretensiones científicas de ninguna clase, como solían hacerlo nuestros mayores en aquellos tiempos en que la razón no impugnaba sistemáticamente á la fe, podríamos señalar muchos fenómenos vulgares como ejemplos del poder divino, por medio de los cuales ha querido Dios hacernos columbrar las maravillas eucarísticas. En este camino, como en todos los de la Teología, nos ha precedido y nos alumbrado con su eminente ciencia y sutileza de ingenio, el Doctor Angélico Santo Tomás de Aquino<sup>2</sup>. Podríamos, verbi-gracia, para hacernos creble el gran milagro de la transustanciación, reflexionar sobre esa otra transustanciación ordinaria que se verifica en nosotros mismos, y

<sup>1</sup> Moigno l. c. tom. IV, cap. 31.

<sup>2</sup> Opusc. 59, apud *Carthagena*.

mediante la cual se sustenta nuestra vida, cual es la conversión sustancial del alimento en nuestra carne y sangre. ¿Qué diremos de tantas otras conversiones sustanciales como se efectúan continuamente en la naturaleza? ¿Quién no sabe el vulgar axioma: «La corrupción de un cuerpo es la generación de otro»? Dejando, empero, estos ejemplos para las almas sencillas, y colocándonos por un momento en el terreno científico, por exigirlo así la condición de nuestra época, nos bastará observar que la ciencia moderna, en virtud de los descubrimientos hechos y observaciones multiplicadas, ha llegado á adquirir y formular, acerca de la naturaleza ó sustancia de los cuerpos, sus accidentes, estados y propiedades, ciertas nociones ó datos científicos admitidos hoy por los que justamente se apellidan sabios, que armonizan maravillosamente con las exigencias del misterio cristiano de la Eucaristía. No se crea por esto que el misterio pueda desaparecer algún día, llegando á explicarse naturalmente, como se explican otros hechos naturales tenidos antes por milagros ó misterios; no, ciertamente, porque tal pretensión sería temeraria y absurda. La Eucaristía será siempre y eternamente el *mayor de los milagros* obrados por nuestro Señor Jesucristo<sup>1</sup>, ni dejará nunca de ser incomprensible, por más que la ciencia de la naturaleza avance en sus descubrimientos. Lo único que nosotros pretendemos y necesitamos para vindicar nuestra fe de la necia acusación de contradecir á la verdad conocida, es mostrar que, lejos de estar en conflicto, están de acuerdo la fe y la ciencia, como quiera que los datos científicos, en lugar de aumentar la dificultad de creer, la disminuyen, justi-

<sup>1</sup> *Miraculorum ab ipso factorum maximum (S. Thom.)*.



ficando y apoyando nuestro dogma, hasta donde es posible.

8. Cuáles sean esos datos ó nociones de la verdadera ciencia que favorecen de algún modo la inteligencia de los misterios eucarísticos, difícil es exponerlo en una cátedra destinada á hablar al pueblo cristiano en general, ya por la índole del asunto, al parecer menos propio del púlpito que de la escuela, ya por la condición del auditorio que en su mayor parte no puede estar al tanto de estas materias ni de su lenguaje. Diré, sin embargo, lo que crea más adecuado á la capacidad general de los oyentes, esforzándome á exponerlo con la mayor claridad. La ciencia distingue perfectamente entre la sustancia ó esencia de los cuerpos y los accidentes de los mismos, y dice: *La sustancia del cuerpo no es de ninguna manera aquello que nos aparece en él, lo que vemos y tocamos, el volumen, el color, el gusto, etc.*<sup>1</sup> Como veis, hermanos míos, esta sola distinción nos conduce á no juzgar ligeramente de la naturaleza de las cosas por las apariencias de las mismas, verbigracia, de la existencia del pan por el color, sabor y demás accidentes que suelen acompañar esta sustancia, pero que no son ella misma, y que, por no serlo, podrían encontrarse sin ella, á lo menos por obra del poder divino. Compréndese, pues, que la distinción científica de sustancia y accidentes es muy favorable á la inteligencia del misterio de la Eucaristía que tan cuidadosamente la establece, distinguiendo entre la sustancia y los accidentes de pan y vino, la sustancia del cuerpo y sangre de Cristo y los accidentes de este mismo cuerpo y sangre. Sigamos adelante. La sustancia propiamente

<sup>1</sup> Moigno l. c.

dicha, ó aquello que constituye esencialmente los cuerpos, es una cosa invisible y como escondida en lo interior de los mismos, de donde resulta la oscuridad que la envuelve. Por eso están de acuerdo todas las escuelas en afirmar que nos es desconocida la esencia de la materia ó de los cuerpos. Ni hay instrumentos mecánicos ni análisis químicos que basten para llegar á sorprenderla. Lo más que la ciencia ha logrado averiguar es que los cuerpos compuestos, organizados ó inorgánicos, están formados de moléculas ó grupos de moléculas simples, y que los cuerpos simples ó elementales se forman de partículas de materia infinitamente pequeñas que se llaman átomos, puntos inextensos (por lo menos físicamente), idénticos los unos á los otros, inertes por sí mismos, pero dotados de fuerza y movimiento. De manera que la sustancia verdadera de los cuerpos se encuentra en las moléculas, las cuales no cambian de ningún modo con el estado del cuerpo; son las mismas, por ejemplo, en el agua sólida que en la líquida ó en la reducida á vapor. Pero ¿cuál es la magnitud ó volumen de estas moléculas? Es tal su pequeñez, amados oyentes, que excede á cuanto podemos imaginar. Millones de millones de moléculas caben en un espacio tan reducido como sería un milímetro cúbico de agua, y lo que es más portentoso aún, dentro del volumen de una sola molécula (por razón de la inextensión de los átomos) podrían caber los innumerables átomos ó moléculas de un cuerpo cualquiera, ¡qué digo! del mundo entero, interviniendo una fuerza superior<sup>1</sup>.

9. No negaré que todo esto parece misterioso; pero es preciso convenir en que la ciencia así lo afirma. Y,

<sup>1</sup> Moigno l. c.



siendo así, ¿quién no ve cuánta luz arroja el misterio científico sobre el misterio sobrenatural? Supuesta esta teoría, al verificarse por virtud de las palabras de la consagración la transustanciación milagrosa, no hay repugnancia ninguna para concebir que permanezcan los accidentes ó propiedades físicas del pan y del vino, aunque estas sustancias hayan desaparecido; ni que las moléculas del cuerpo y de la sangre de Jesucristo estén en el espacio en donde antes estaban las moléculas del pan y del vino, aunque no aparezcan á nuestros sentidos los accidentes ó dimensiones del cuerpo vivo y animado del Señor. Siendo, como dejamos dicho, la sustancia de los cuerpos una cosa invisible, bien puede verificarse el cambio de una sustancia en otra sin que nuestros sentidos sean capaces de advertirlo. Tanto más que los efectos ejercidos por los cuerpos sobre nuestros sentidos, en opinión de la mayor parte de los sabios<sup>1</sup>, pueden explicarse, no por las propiedades físicas de los mismos, sino por las propiedades esenciales de los átomos, la inextensión y la fuerza. De donde resulta igualmente que el cuerpo de Cristo sacramentado puede carecer de extensión ó cantidad y demás propiedades corpóreas, puesto que no son éstas esenciales á ningún cuerpo, aunque le sean naturales, pudiendo también estar como concentrado en un espacio casi indivisible, y no obstante estar allí con toda la distinción y orden de partes que pide el cuerpo humano. Explícase también, supuesto el milagro (como queda dicho), la multi-localación, ó existencia simultánea del cuerpo de Cristo en el cielo y en todas las hostias consagradas, pues no hay en esto mayor dificultad que en concebir toda

<sup>1</sup> Apud Moigno l. c.

la realidad del mismo cuerpo en cada una de las moléculas ó partículas de la sagrada forma.

10. Pero basta ya, hermanos míos, de una materia que, sobre ser tan delicada y sutil, podría tal vez distraernos de los piadosos afectos que exige nuestra devoción. Después de todo, ¿quién no admira la grandeza del saber y del poder de Dios en las obras de la creación, hasta en un grano de arena, en una semilla microscópica, en un invisible microbio? Pues, si en lo más vulgar y más pequeño ostenta el Criador tanta riqueza, ¿quién podrá vacilar ni un momento en admitir como ciertos y certísimos los portentosos efectos que la fe nos enseña se verifican en el más alto y magnífico de nuestros misterios, en el que puede llamarse la obra sobrenatural por excelencia? «Allí se ve el Verbo de Dios, dice un sabio y piadoso escritor contemporáneo<sup>1</sup>, dominando sobre toda la creación, como un físico todopoderoso, que tuviera un derecho ilimitado de vida y muerte sobre todos los elementos sometidos á su acción soberana.» No resta, pues, hermanos míos, á la razón que no esté fatalmente trastornada, sino decir con la Iglesia: *Tantum ergo sacramentum veneremur cernui...*<sup>2</sup> Sí, veneremos con profunda reverencia de alma y cuerpo al Dios de las alturas oculto por amor bajo el velo de viles accidentes. Adoremos en el altar su bondad, sabiduría y poder infinitos. *Præstet fides supplementum...* La fe suplirá con sus luces el defecto de nuestros débiles sentidos. Ella hará que broten del corazón y los labios himnos de júbilo y bendición al Padre Soberano, al Hijo Unigénito y al Espíritu Santo, que aquí tienen magnífico trono donde refleja su gloria sempiterna. Así sea.

<sup>1</sup> Mgr. Landriot.

<sup>2</sup> Eccl. in offic. SS. Sacram.



## SERMÓN DÉCIMONONO

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1897).

## La eucaristía, antídoto del pecado.

Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi.

¡Mirad allí al Cordero de Dios; mirad allí al que quita el pecado del mundo!

Io. 1, 29.

1. Allá en los días de la Redención, cuando Jesús andaba por la tierra de Judea, hubo un hombre extraordinario por su carácter y misión; y su nombre, designado directamente por el cielo, indicaba desde luego las dotes de que estaba adornado, la gracia, la piedad y la misericordia<sup>1</sup>. ¡Maravillosa coincidencia del nombre y el carácter, del nombre y la misión recibida de lo alto! Juan era su nombre, porque así debía llamarse quien había de sobresalir en las obras de misericordia. Juan Bautista fué, amados oyentes, en cierto modo el precursor de nuestro Juan de Dios, así como lo fué propiamente del Redentor del mundo, á quien señaló con el dedo delante de la muchedumbre pronunciando estas misteriosas palabras: *Ecce Agnus Dei!* ¡Mirad allí al Cordero de Dios; mirad allí al que quita el pecado del mundo!<sup>2</sup> ¡Oh! y ¿qué obra de caridad más insigne que la de revelar á una turba de enfermos el remedio de sus dolencias mostrándoles al médico que había de curarlas? Esto hizo el glorioso Bautista, y esto dijérase que hace hoy Juan de Dios señalándonos en la sagrada Eucaristía, á cuyo culto nos convida, la panacea universal y eficaz de nuestros males. Él nos dice cómo la Iglesia al distribuir el Pan eucarístico, y vosotros lo habéis escuchado mil veces

<sup>1</sup> Ioannes (= pius, graciosus, misericors) est nomen eius (Luc. 1, 63).<sup>2</sup> Io. 1, 29.

en estos mismos días: *He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo*<sup>1</sup>.

2. Fijaos bien, hermanos míos, en el profundo significado de cada una de estas divinas palabras; ellas os enseñarán el día de hoy una verdad de la mayor importancia práctica y moral. He aquí en el altar, como en el lugar destinado para el sacrificio, al Cordero, á Aquél de quien vaticinó Isaías<sup>2</sup> que sería llevado á la muerte como manso cordero que no bala siquiera ni se queja del que le trasquila; Aquél á quien vió claramente Jeremías ser llevado al sacrificio como inocente víctima<sup>3</sup>; el mismo, finalmente, con cuya sangre, como de cordero sin mancha, hemos sido rescatados de la esclavitud de la universal corrupción, según el dicho de San Pedro<sup>4</sup>. Cordero de Dios tenía que ser él, que había de inmolarse al Dios vivo y verdadero para tan alto fin, pues éste no eran capaces de obtenerlo los corderos prefigurativos que solían degollarse á mañana y tarde en el antiguo templo<sup>5</sup>: cordero que juntamente fuese Dios, pues ¿quién sino Dios tiene poder y virtud para quitar del todo y borrar y destruir el pecado?<sup>6</sup> Quitálo en efecto este Cordero divino, y no solamente lo quitará en tiempo futuro ó lo ha quitado en el pasado, sino que ahora y siempre lo está quitando y destruyendo por su virtud propia y conatural, como agudamente notó San Crisóstomo<sup>7</sup>. Y al decir el pecado del mundo, quiso dársenos á entender que este divino Cordero, por la virtud infinita de su sangre, borra y destruye, no uno, sino todos los pecados que se han cometido desde el

<sup>1</sup> Eecl. in ritual. s. commun. distrib.<sup>2</sup> Is. 53, 1 sqq.<sup>3</sup> Jer. 11, 19.<sup>4</sup> 1 Petr. 1, 19.<sup>5</sup> Ex. 29, 39.<sup>6</sup> Marc. cap. 2.<sup>7</sup> Hom. 17 ep.



origen del mundo, y los que se hayan de cometer hasta el fin de los tiempos por todos los hombres de todas las razas y naciones; porque, como escribió el otro Juan Evangelista: *Él es la víctima de propiciación por nuestros pecados, mas no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo*<sup>1</sup>, que todos ellos estaban virtualmente contenidos, como en su germen venenoso, en aquel primer pecado original de que dice el Apóstol: *Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte*<sup>2</sup>. Y, puesto caso que el pecado, original y actual, es la funesta raíz de todos los males que hasta en el orden físico aquejan á la desventurada humanidad, el Cordero sacramentado que quita los pecados del mundo, quitará también, hasta donde esto es posible en las condiciones de la vida presente, en su misma raíz y germen todos nuestros males. Esto es, amados hermanos míos, lo que me prometo demostraros por medio de la proposición siguiente: La sagrada Eucaristía destruye el pecado, 1.<sup>o</sup> por la oposición directa que le hace; 2.<sup>o</sup> por el influjo que ejerce sobre nuestros sentidos, amortiguando en ellos el fómite de la culpa, las pasiones. Para lograr mi objeto, á mayor gloria de Dios y bien de vuestras almas, ayudadme, etc. *Ave María.*

## I.

3. Si hay alguna oposición diametral, invencible, hermanos míos, es la que media entre Cristo y el pecado. Por eso interrogaba el Apóstol á los primeros cristianos: *¿Qué alianza puede haber entre la justicia y la iniquidad? ó ¿qué sociedad entre la luz y las tinieblas? en fin ¿qué pacto puede ajustarse entre Cristo y el es-*

<sup>1</sup> 1 Io. 2, 2.<sup>2</sup> Rom. 5, 12.

*piritu del mal?*<sup>1</sup> Ya sea que consideremos el pecado en sí, ya en sus efectos, la Eucaristía, trono animado de Dios vivo, lo destruye y desbarata, ora como Sacrificio, ora como Sacramento. Mirémosla brevemente por el primero de estos dos aspectos. Es punto de fe católica, definido por el sacrosanto Concilio de Trento contra los novadores del siglo décimoquinto y décimosexto, que la Eucaristía es aquel divino sacrificio que figuraban los varios de la Ley natural y de la Ley escrita, como que abraza todos los géneros de sacrificios, y encierra todos los bienes que por ellos se alcanzaban en lo antiguo<sup>2</sup>. Uno de los fines principales del sacrificio, en todo tiempo y culto reconocido, es aniquilar el pecado en la presencia del Altísimo, esto es, en la responsabilidad que acarrea al pecador ante el tribunal de la soberana Justicia. Y esto se obtiene ofreciendo á la divina Majestad tal satisfacción, y tan cumplida, que no pueda menos de aplacarse y darse por plenamente satisfecha. Tal fué la satisfacción ofrecida por Cristo, víctima divina, en el ara de la cruz, con la cual, dice el Apóstol, desarmado el brazo de la Justicia divina, quedó firmada la paz universal y eterna entre el cielo y la tierra<sup>3</sup>. Tal es el día de hoy, y lo será perennemente hasta el fin de los siglos, la satisfacción que ofrece el mismo Cristo en el ara del altar, en donde, como dice San Agustín, se inmola cada día sacramentalmente, del propio modo que una vez se inmoló en su persona<sup>4</sup>. De suerte que éste es en rigor el sacrificio llamado por el Profeta *Sacrificio de Justicia*<sup>5</sup>, porque por sus méritos

<sup>1</sup> 2 Cor. 6, 14—15.<sup>2</sup> Syn. Trid. sess. 12, c. 1.<sup>3</sup> Col. 1, 20.<sup>4</sup> Apud *Carthagera*, Homil. cathol. lib. 9, hom. 28.<sup>5</sup> Iuxta *S. Ambros.* in Ps. 4, 20.



hechos nuestros, pagamos rigurosamente nuestra deuda al Eterno Padre. Queda, pues, destruído el pecado en su tremenda responsabilidad, queda aniquilado en el tribunal de Dios. ¡Oh! si pudiera ofrecerse el sacrificio eucarístico por los desventurados réprobos, ó en favor de ellos, hasta en el infierno quedaría destruído el pecado, y las voraces llamas extinguidas para siempre. En cuanto á los felices moradores de la tierra que lo tienen en sus manos y pueden ofrecerlo á la infinita Majestad ofendida, oigan lo que afirma el citado Concilio, infalible en sus definiciones: Aplacado por esta oblación el Señor, perdona los más enormes crímenes, concediendo el don de la penitencia y la gracia<sup>1</sup>. ¿Qué puede, en efecto, negar el Padre Eterno cuando se le pone á la vista la imagen viva y verdadera de su Hijo unigénito herido y muerto, aunque místicamente, en el sacrificio de la Misa? ¡Oh eficacia admirable y virtud verdaderamente divina de la Eucaristía para borrar los pecados del mundo! En verdad, como profetizó Isaías: *Él tomó sobre sí nuestras dolencias, y cargó con el fardo de nuestros dolores*<sup>2</sup>.

4. Pero contemplemos ya la Eucaristía como Sacramento, y veremos más de relieve su oposición al pecado, considerado en sí mismo. Todos los Sacramentos instituidos por Cristo en su Iglesia, como quiera que no son otra cosa que signos sensibles por los cuales se nos infunde la gracia, dicen oposición directa al pecado, siendo éste y la gracia enemigos irreconciliables. Y, si bien no todos los Sacramentos contienen la gracia primera, ni por consiguiente arrojan del alma el monstruo del pecado, pues los hay, y son los más, cuyo efecto

<sup>1</sup> Apud *Carthagena*.

<sup>2</sup> Is. 53, 4.

es aumentar la gracia recibida, y conferir otra nueva y especial; sin embargo, esto mismo demuestra hasta qué punto llega la oposición entre el Sacramento y el pecado, supuesto que, para producir aquél su efecto, es necesario que éste haya desaparecido y huído lejos del alma que lo recibe; y, de no ser así, el Sacramento, como espantado retrocede y no produce sino el efecto contrario, la muerte. Mas, aunque la Eucaristía sea propiamente Sacramento de vivos, el cual supone destruído el pecado con anticipación por medio de la penitencia, en hecho ó en voto, queda siempre en pie la sentencia de Santo Tomás, que *ningún otro Sacramento es más saludable que éste, con el cual se purgan los pecados y se aumentan las virtudes*<sup>1</sup>. Privilegio especialísimo es éste, no disputado en buena teología, de borrar aun el pecado mortal, siquiera accidentalmente, esto es, en el caso de llegarse á la sagrada comunión un pecador actual que, no teniendo conciencia de su triste estado, procede en buena fe y tiene dolor imperfecto á lo menos, aunque él cree tenerlo de verdadera contrición<sup>2</sup>; privilegio, digo, hermanos míos, que prueba hasta qué punto sube la virtud de este divino Sacramento por contener en sí al que es la vida verdadera<sup>3</sup>. Que, si en el principio del mundo el espíritu vivo de Dios comunicó vida á una carne muerta, según aquello del Génesis: *Infundió en su faz un soplo de vida*<sup>4</sup>; ¿por qué no podrá, invertidos los términos, la carne viva del mismo Dios hacer revivir con su contacto á un espíritu muerto por el pecado?<sup>5</sup>

<sup>1</sup> In opusc. 57.

<sup>2</sup> *S. Thom.*, S. th. 3, q. 7, a. 8.

<sup>3</sup> Io. 1, 4.

<sup>4</sup> Gen. 2, 7.

<sup>5</sup> *Carthagena* l. c. hom. 21.



5. Mas, dejando aparte esta consideración, basta reflexionar en el atributo ó calidad de Santísimo que atribuimos á este Sacramento, para hacer palpable su oposición al pecado, polo opuesto de la Santidad. Santísimo es, en efecto, el Sacramento de la Eucaristía, así porque encierra verdaderamente al Dios tres veces santo, como por ser fuente de toda santidad para el que dignamente lo recibe. Santo era el monte Sinaí por la presencia visible del Señor que allí se apareció á Moisés, aunque en figura de ángel, y le reveló sus designios en medio de un volcán de llamas<sup>1</sup>: santo, el monte del Señor que canta David, y no puede escalar sus cumbres misteriosas sino el inocente de manos y limpio de corazón<sup>2</sup>. Pues ¿cómo no será sin comparación más santo y venerable el tabernáculo del Dios de las virtudes<sup>3</sup>, el trono donde mora de asiento, día y noche, el que se dignó ser nuestro Emmanuel, *Dios con nosotros*<sup>4</sup>? ¿Cuál es el adorno que propiamente conviene á la casa del Señor que ha de permanecer hasta el fin de los siglos, sino la santidad, según canta el Real Profeta<sup>5</sup>? Todo respira aromas de santidad en rededor del trono donde reside nuestro Dios; y por eso nadie penetra en el templo católico con sentimientos de fe cristiana, que no se sienta súbitamente movido á la detestación del mal y al amor del bien. ¿Cómo, pues, hermanos míos, osaría llegarse á la santa Mesa algún desgraciado pecador, con la conciencia agitada por el remordimiento, sin haberse purificado previamente de sus manchas en el baño saludable de la penitencia? ¿Cómo se atrevería á gustar del Pan de los ángeles un alma que se deleita

<sup>1</sup> Act. 7, 30 sqq.<sup>2</sup> Ps. 23, 3.<sup>3</sup> Ps. 23, 10.<sup>4</sup> Matth. 1, 23.<sup>5</sup> Ps. 92, 5.

con los viles pastos de los brutos? Y después de gustado aquel manjar divino, ¿quién se retirará llevando el corazón tan manchado como lo estaba antes de acercarse al altar? No, amados oyentes: no nos atrevamos nunca á llegar á la Mesa de la Eucaristía sin habernos descalzado los pies de nuestros desordenados afectos y purificado el corazón con actos de verdadera penitencia, sin los cuales en vano recibiríamos aquel otro Sacramento instituido para la remisión de los pecados. Recordemos que á Moisés, varón santísimo, fué dicho en el Horeb: *Depón el calzado, porque la tierra que pisas está santificada*<sup>1</sup>. Y cuando, después de esmeradísima preparación para comulgar, hayamos tenido la dicha de hospedar en nuestro mismo pecho al Dios de nuestro corazón<sup>2</sup>, ¡oh! no permitamos que divaguen nuestros sentidos, recojámonos dentro de nosotros mismos, penetremos de la grandeza del don recibido y de la santidad infinita del Dador, á fin de que la participación del cuerpo y sangre de Cristo sea para nosotros verdadera fuente de santificación. Oíd al elocuente San Crisóstomo exhortando al pueblo de Antioquía: «Velemos sobre nosotros mismos, decía este Padre, ya que disfrutamos de tan grandes bienes; y, cuando nos viniere en deseo decir alguna cosa torpe, ó nos viéremos arrebatados de la ira ó de algún otro vicio semejante, pensemos en la santidad de los misterios á que se nos ha admitido, y ese solo pensamiento bastará para reprimir en nosotros todo movimiento contrario á la razón.» ¡Ay de mí! exclamaba el celoso Doctor: «¡Cuántos caminos... tenemos abiertos para la salvación! Jesucristo nos ha dado su mismo cuerpo real, después de habernos hecho cuerpo

<sup>1</sup> Ex. 3, 5.<sup>2</sup> Ps. 72, 26.



suyo místico; y nada de esto basta para apartarnos del mal.»<sup>1</sup>

6. Para comprender todavía mejor la verdad que vamos exponiendo, consideremos la sagrada Eucaristía bajo algunas figuras que muy al vivo nos la representan, verbigracia como foco de luz, manantial de vida y reino de Cristo por antonomasia. Por todos estos aspectos veremos al Cordero de Dios sacramentado quitando el pecado del mundo. ¿Qué otra cosa es el pecado sino tinieblas, muerte, esclavitud? Pues todo lo contrario es la divina Eucaristía. Trono de Dios resplandeciente, brilla más que el carro del sol, es más luminoso que el de fuego en que fué arrebatado el Profeta Elías<sup>2</sup>. ¿Cómo, pues, tolerará junto á sí las tinieblas espesas del pecado? ¡Horrible noche, el estado del triste pecador! En las altas horas de la noche, dice el Salmista, atraviesan los desiertos campos las fieras del bosque, abandonadas sus hórridas guaridas<sup>3</sup>. Por la conciencia desolada de un pecador cruzan mil fantasmas de terrores y de criminales designios, más espantosos que sangui-narias fieras. Despunta el primer rayo de sol, y éstas vuelven presurosas á ocultarse en sus cavernas, dejando libre el campo á las faenas de los hombres. Día clarísimo es la vida del justo, y *su camino es como huella de luz resplandeciente*<sup>4</sup>. Y ¿de dónde irradia principalmente esta luz en el alma del justo sino del foco de la sagrada Eucaristía? *Acercaos á Dios y seréis iluminados*, dice el Profeta, *y vuestros rostros no tendrán de qué ruborizarse*<sup>5</sup>, como la frente siempre nublada del pecador. La Eucaristía es vida, y vida por excelencia:

<sup>1</sup> Hom. 61 ad pop. Ant.      <sup>2</sup> 4 Reg. 2, 11.

<sup>3</sup> Ps. 103, 20.      <sup>4</sup> Prov. 4, 18.      <sup>5</sup> Ps. 33, 6.

*Yo soy el Pan vivo*<sup>1</sup>, y el pecado es muerte, y muerte funestísima del alma, y prelude de muerte eterna. *El fin de las obras de iniquidad*, dice el Apóstol, *es la muerte*<sup>2</sup>. Y ¿podrá morar de asiento el pecado en una alma que frecuenta la Mesa eucarística? *Si alguno comiere de este pan, no morirá*<sup>3</sup>, decía el divino Salvador. ¿Cómo es que, á pesar de esta verdad, parecen haberse entendido para no destruirse mutuamente, el pecado y el uso de este Sacramento? ¡Ah! cristianos, apenas es creíble tal monstruosidad; pero no se hable aquí del uso, cúlpese y abomínese el perverso abuso y la profanación del más santo de los Sacramentos, cual es la comunión del cuerpo y sangre del Señor. Nada más horrible y espantoso que el sacrilegio, la indigna comunión, sello de condenación eterna, como lo fué para el miserable Judas. *Muerte es para los malos lo que es vida para los buenos*, dice el Doctor Angélico, y canta la Iglesia<sup>4</sup>; que tal es la malicia de esta ponzoña del pecado, que convierte la misma vida en ruina y perdición. Mas no hablo ahora, cristianos, sino de la comunión recibida dignamente, á lo menos en cuanto cabe en la humana flaqueza, esto es, con las disposiciones necesarias, según la doctrina del Apóstol: *Pruébese á sí mismo el hombre antes de comer de tal Pan y beber de aquel Cáliz*<sup>5</sup>. De esta comunión no hay duda que arrojará del alma en poco tiempo el monstruo de la culpa grave, pues es imposible conciliar la vida con la muerte. En fin, la Eucaristía puede muy bien considerarse como el reino especial de Jesucristo en el co-

<sup>1</sup> Io. 6, 41.      <sup>2</sup> Rom. 6, 21.      <sup>3</sup> Io. 6, 50.

<sup>4</sup> Mors est malis, vita bonis (Eecl. in offic. SS. Sacram.).

<sup>5</sup> 1 Cor. 11, 28.



razón de su esposa la Iglesia; pues allí es donde recibe todo el amor y las adoraciones de los fieles, allí donde Él, como Rey munífico, reparte á manos llenas los tesoros de sus gracias. Y el pecado ¿qué es, hermanos míos, sino el reino tenebroso del demonio en el corazón del hombre? He allí dos reinos incompatibles en un mismo sujeto; pues, como argumentaba el divino Maestro, si Satanás es arrojado de las almas por el dedo de Dios, ¿cómo quedará en pie su reino?<sup>1</sup> Ahora bien, Jesucristo ha venido á la tierra, y ha fijado en ella su asiento para derrocar el imperio de Satanás. *Viniste á perdernos*, decían á Jesús, despechados, los espíritus infernales<sup>2</sup>. ¡Ojalá que ese imperio maldito quedara destruido para siempre por el triunfo de la adorable Eucaristía! Por ella, en efecto, pierden su fuerza las tentaciones diabólicas, así como se debilitan las sugestiones de la carne, destruyendo el pecado el Cordero de Dios en su misma raíz, la sensualidad, según veremos brevemente en la segunda parte.

## II.

7. La sensualidad ó dominio desordenado de los sentidos en el hombre, es, hermanos míos, la funesta raíz de nuestros males, el germen del pecado. Porque ¿qué otra cosa es la sensualidad sino la concupiscencia ó deseo inmoderado y vehemente de los bienes sensibles, de la cual dice el Apóstol Santiago que cada hombre es tentado, seducido y arrastrado<sup>3</sup>, y que, una vez que concibe el mal deseo, da á luz el pecado, el cual finalmente engendra la muerte<sup>4</sup>? La concupiscencia produce

<sup>1</sup> Matth. 12, 26.

<sup>2</sup> Marc. 1, 24.

<sup>3</sup> Jac. 1, 14, 15.

<sup>4</sup> Jac. 1, 15.

la corrupción que reina en el mundo, y de que debe huir el cristiano, según el precepto de San Pedro<sup>1</sup>. En el lugar llamado en la Escritura *Sepulcros de la concupiscencia* provocaron los Israelitas la cólera divina<sup>2</sup> por haber apetecido, con desprecio de la Providencia, la carne de las aves, y allí mismo fueron castigados con terrible estrago. La concupiscencia y el crimen, hermanos míos, andan casi siempre juntos; pues, como dice el Sabio, la inconstancia de sus deseos, ó, mejor, de sus caprichos, trastorna el juicio del hombre sin sentirlo<sup>3</sup>. Por eso nada se nos recomienda tanto en los libros santos del Antiguo y Nuevo Testamento como resistir al ímpetu de esta concupiscencia corruptora<sup>4</sup>. *No reine el pecado en vuestro cuerpo*, decía el Apóstol San Pablo á los romanos, *haciéndoos esclavos de sus concupiscencias*<sup>5</sup>. Por desgracia, hermanos míos, son pocos, muy pocos aun en el pueblo cristiano los que acatan el mandato del Apóstol, que es precepto de Dios mismo, y aun mandamiento de la Ley natural. ¿Cuántos hay que resistan constantemente á los embates de sus desenfrenadas pasiones, que no son otra cosa que las cabezas de esta hidra infernal de la concupiscencia? De ella nacen, no sólo el apetito vergonzoso de deleites, sino también la codicia ó hambre devoradora de riquezas, la sed insaciable de honores, la ambición que todo lo avasalla á trueque de satisfacer el ansia de sobreponerse á todo el mundo. Hoy, como en los tiempos del Apóstol San Juan, cuando todavía dominaba el paganismo, puede asegurarse que *no se ve otra cosa en todas partes que concupiscencia de la carne, concupiscencia de los*

<sup>1</sup> 2 Petr. 1, 4.

<sup>2</sup> Num. 11, 34.

<sup>3</sup> Sap. 4, 12.

<sup>4</sup> Eccli. 18, 30.

<sup>5</sup> Rom. 6, 12.



*ojos, y soberbia de la vida*<sup>1</sup>. ¡Espectáculo bien triste, por cierto, y desconsolador! Á pesar de las máximas cristianas que parecen relegadas á la región de lo ideal, el joven no sueña hoy sino con devaneos y placeres corruptores, diversiones y pasatiempos en que perece la inocencia del corazón; el hombre maduro no trabaja sino por asegurar y acrecentar los bienes de fortuna; todos, finalmente, se afanan por satisfacer sus codicias, atropellando, si es necesario, la justicia; nadie busca sino el propio interés, la vanidad, el lujo, el paraíso en el destierro. *Todos*, dice el Apóstol San Pablo, buscan sus intereses, no los de Jesucristo<sup>2</sup>. ¿Cómo no han de ir cada día en aumento los desórdenes causados por tal desbordamiento de pasiones? ¿Cómo no han de propagarse en asombrosa proporción los vicios más abominables, la inmoralidad, la usura, el robo, la embriaguez, la ociosidad, el juego? ¡Terrible amenaza para la sociedad cristiana! Y ¿puede llamarse tal una sociedad corroida por el vicio, dominada por las malas pasiones, el orgullo, la sensualidad y la avaricia? No, por cierto, amados fieles; y, en hecho de verdad, donde quiera que tales desórdenes toman carta de naturaleza, las genuinas prácticas de la religión desaparecen, los sacramentos caen en desuso, las funciones del culto se profanan ó degeneran en meras exterioridades. Á buen seguro que la sagrada comunión no se frecuenta, ó se recibe indignamente. Porque no puede fallar la sentencia del Apóstol que escribe á los corintios: *Por el abuso de la santa Mesa hay entre vosotros muchos enfermos y débiles, y mueren muchos*<sup>3</sup>. Á la verdad, la digna y piadosa participación del cuerpo y sangre del Hombre-Dios

<sup>1</sup> 1 Io. 2, 16.<sup>2</sup> Phil. 2, 21.<sup>3</sup> 1 Cor. 11, 30.

no puede menos de influir eficazmente en nosotros para la extirpación del pecado.

8. Supuesto que éste radica en nuestra carne, según la doctrina de San Pablo<sup>1</sup>, ¿qué remedio más enérgico para purificarla que el contacto íntimo de la carne del Cordero immaculado? Notadlo bien, cristianos: la Eucaristía no sólo nos acerca á Dios, sino que acerca al mismo Dios á nosotros, y nos junta estrechamente con él; y esta unión no es puramente moral, sino física, mediante el cuerpo sacrosanto del Verbo Encarnado, realmente presente en la venerable Eucaristía. En nuestro mismo cuerpo le recibimos, en nuestro pecho descansa, corre su sangre divina por nuestras venas, alimenta nuestras almas, incorporándose con todo nuestro ser. Los Padres de la Iglesia no temen asegurar que la sagrada comunión santifica nuestra misma carne, calmando en nuestras venas el fuego de las pasiones que la devoran. *Ella modera*, dice el Doctor San Cirilo, *mediante la permanencia de Cristo en nosotros, la dura ley de los sentidos*<sup>2</sup>. Y San Gregorio Niseno la llama saludable medicina que corrige las perversas inclinaciones de nuestro cuerpo<sup>3</sup>. Finalmente, así lo enseña en su catecismo el Pontífice San Pío V: *Este Sacramento refrena la liviandad de los sentidos*<sup>4</sup>.

9. Y, aparte de esta virtud intrínseca de la Eucaristía para poner freno á las pasiones, ¿quién no admira, quién no siente el influjo de una comunión fervorosa<sup>®</sup> en el terreno mismo de la sensibilidad? *Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo*, exclamaba el Pro-

<sup>1</sup> Rom. 7, 25.<sup>2</sup> Lib. 3 super Io. cap. 27 sqq.<sup>3</sup> Orat. catech. cap. 37, apud Carthagena.<sup>4</sup> Apud eundem.



feta David<sup>1</sup>. Alégrase el corazón con trasportes inefables de felicidad, de que el cuerpo se siente inundado, cuando dignamente participa de las delicias del sagrado banquete. ¿Qué deleites de la tierra podrán compararse en suavidad y riqueza con los místicos placeres de la comunión sacramental? Decidlo vosotros que habéis probado todos aquéllos, como en otro tiempo Salomón, vosotros que nada habéis rehusado á vuestro corazón de cuanto caprichosamente apetecía, y que no habéis encontrado en ninguna parte la anhelada felicidad<sup>2</sup>. ¡Qué diferentes placeres, cuán puros y cuán llenos, los que habéis gustado en la participación del cuerpo del Señor! Vosotros habréis exclamado también con el Profeta: *¿Cuán amables son para mí tus tabernáculos, Señor Dios de las virtudes!*<sup>3</sup> Y, al sentir tales avenidas de felicidad más bien celestial que terrena, ¿no ha de quedar amortiguada en nosotros la fiebre voraz de los míseros bienes del sentido? ¡Oh cristianos! Plegue á Dios que la virtud de la santa Eucaristía destruya en nosotros el pecado, y así queden cegadas de una vez para siempre las fuentes de todos nuestros males. ¡Gloria sea á Dios en el trono de los cielos, y al Cordero en el trono del altar! Así sea.

<sup>1</sup> Ps. 83, 3.<sup>2</sup> Eccli. 1, 14.<sup>3</sup> Ps. 83, 2.

## SERMÓN VIGÉSIMO

(predicado en la Catedral de Bogotá, enero de 1898).

## La Eucaristia, ideal de santidad.

Estote sancti, quia ego sanctus sum.  
Sed santos, porque yo santo soy.

Lev. 11, 44; 20, 7.

I. ¿Qué son estos solemnes cultos tributados al Santísimo Sacramento en la Catedral metropolitana de Colombia, sino un feliz augurio de felicidad para la nación en el año que empieza, así como un homenaje de acción de gracias por el año que termina? ¡Plegue á Dios que no salgan fallidas nuestras esperanzas; y que, no sólo en lo de fuera, sino principalmente en lo interior de las almas, disfrute este católico pueblo de ventura y bienestar durante el año de gracia de 1898! Pero ¿de qué otra manera pudiera esto conseguirse sino por medio del espíritu de Jesucristo, renovado y desarrollado cada día más en todos los corazones? No es posible disfrutar de felicidad verdadera, lo mismo las naciones que los individuos, sino por efecto del espíritu cristiano, germen de paz y de todo bienestar, según el Apóstol: *Fructus Spiritus est... gaudium, pax*<sup>1</sup>. Luego nada mejor debemos desear, ni puede Dios conceder á su pueblo otro bien mayor que la santidad, en la que consiste toda la esencia del cristiano, según el mismo Apóstol: *Non enim vocati estis in immunditiam, sed in sanctificationem*<sup>2</sup>, y según San Pedro: *in sanctificationem spiritus*<sup>3</sup>.

2. Aspiremos, pues, hermanos carísimos, á la santidad, cuyo autor y principio es el mismo Jesucristo á quien tributamos nuestros homenajes en el augusto Sacra-

<sup>1</sup> Gal. 5, 22.<sup>2</sup> 1 Thess. 4, 7.<sup>3</sup> 1 Petr. 1, 2.



feta David<sup>1</sup>. Alégrase el corazón con trasportes inefables de felicidad, de que el cuerpo se siente inundado, cuando dignamente participa de las delicias del sagrado banquete. ¿Qué deleites de la tierra podrán compararse en suavidad y riqueza con los místicos placeres de la comunión sacramental? Decidlo vosotros que habéis probado todos aquéllos, como en otro tiempo Salomón, vosotros que nada habéis rehusado á vuestro corazón de cuanto caprichosamente apetecía, y que no habéis encontrado en ninguna parte la anhelada felicidad<sup>2</sup>. ¡Qué diferentes placeres, cuán puros y cuán llenos, los que habéis gustado en la participación del cuerpo del Señor! Vosotros habréis exclamado también con el Profeta: *¿Cuán amables son para mí tus tabernáculos, Señor Dios de las virtudes!*<sup>3</sup> Y, al sentir tales avenidas de felicidad más bien celestial que terrena, ¿no ha de quedar amortiguada en nosotros la fiebre voraz de los míseros bienes del sentido? ¡Oh cristianos! Plegue á Dios que la virtud de la santa Eucaristía destruya en nosotros el pecado, y así queden cegadas de una vez para siempre las fuentes de todos nuestros males. ¡Gloria sea á Dios en el trono de los cielos, y al Cordero en el trono del altar! Así sea.

<sup>1</sup> Ps. 83, 3.<sup>2</sup> Eccli. 1, 14.<sup>3</sup> Ps. 83, 2.

## SERMÓN VIGÉSIMO

(predicado en la Catedral de Bogotá, enero de 1898).

## La Eucaristia, ideal de santidad.

Estote sancti, quia ego sanctus sum.  
Sed santos, porque yo santo soy.

Lev. 11, 44; 20, 7.

I. ¿Qué son estos solemnes cultos tributados al Santísimo Sacramento en la Catedral metropolitana de Colombia, sino un feliz augurio de felicidad para la nación en el año que empieza, así como un homenaje de acción de gracias por el año que termina? ¡Plegue á Dios que no salgan fallidas nuestras esperanzas; y que, no sólo en lo de fuera, sino principalmente en lo interior de las almas, disfrute este católico pueblo de ventura y bienestar durante el año de gracia de 1898! Pero ¿de qué otra manera pudiera esto conseguirse sino por medio del espíritu de Jesucristo, renovado y desarrollado cada día más en todos los corazones? No es posible disfrutar de felicidad verdadera, lo mismo las naciones que los individuos, sino por efecto del espíritu cristiano, germen de paz y de todo bienestar, según el Apóstol: *Fructus Spiritus est... gaudium, pax*<sup>1</sup>. Luego nada mejor debemos desear, ni puede Dios conceder á su pueblo otro bien mayor que la santidad, en la que consiste toda la esencia del cristiano, según el mismo Apóstol: *Non enim vocati estis in immunditiam, sed in sanctificationem*<sup>2</sup>, y según San Pedro: *in sanctificationem spiritus*<sup>3</sup>.

2. Aspiremos, pues, hermanos carísimos, á la santidad, cuyo autor y principio es el mismo Jesucristo á quien tributamos nuestros homenajes en el augusto Sacra-

<sup>1</sup> Gal. 5, 22.<sup>2</sup> 1 Thess. 4, 7.<sup>3</sup> 1 Petr. 1, 2.



mento donde le plugo quedarse con nosotros hasta la consumación de los siglos. Y veamos en Él no sólo la fuente de toda santidad, sino también el dechado, y como el ideal de la misma, de suerte que nada podrá contribuir tan eficazmente á hacer un pueblo santo como el culto de la venerable Eucaristía. En efecto, aquí es donde Jesucristo nos enseña práctica y brillantemente que toda nuestra santidad consiste en someternos, como Él, en cuanto hombre, se somete á la ley del orden esencial de toda racional criatura: esto es, la sumisión de la carne al espíritu, del corazón á la razón, y de ésta á Dios. Y ved aquí la materia y división de mi discurso. Imploremos, etc. *Ave María.*

## I.

3. Nada más cierto, hermanos carísimos, que nuestra vocación á la práctica de la santidad. *Habetis fructum vestrum in sanctificationem*, nos dice el Apóstol, *finem vero vitam æternam*<sup>1</sup>. Si Dios, al hacernos cristianos, nos ha llamado á la vida eterna, como á fin, también nos ha obligado á llevar frutos de vida santa. Pero ¿en qué consiste la verdadera santidad? ¿Será solamente en conformar nuestra conducta con las reglas de la honradez mundana, ó, si se quiere, con las de la moral universal? Algo más seguramente exige de nosotros el carácter y nombre que llevamos de cristianos, como á todos se nos alcanza fácilmente. ¿Consistirá, pues, en sólo profesar la fe de Jesucristo, como opinan los maestros protestantes? No, por cierto; porque, si bien la fe es la base de toda santidad, no basta ella sola para justificarnos. *La fe sin las obras está muerta*, dice

<sup>1</sup> Rom. 6, 22.

Santiago<sup>1</sup>: luego no puede infundirnos la vida. ¿Acaso será menester hacer milagros ó recibir otros dones gratuitos de los que brillan á los ojos de los hombres, para ser santos? No, cristianos, porque la santidad es algo personal y habitual en el alma, por donde se adquiere el mérito de la salvación; y *no todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos*<sup>2</sup>. No está, pues, la santidad en la predicación ni en los milagros. La santidad consiste sencillamente en vivir para Dios y según Dios, en guardar el orden establecido por el mismo soberano legislador, combatiendo continuamente el desorden que reina en nosotros, en nuestras acciones y hasta en nuestros pensamientos y afectos. *La religión pura é inmaculada delante de nuestro Padre Dios, dice Santiago, es obrar misericordia y guardarse de la corrupción del siglo*<sup>3</sup>. El orden, pues, pero el orden completo, he ahí la santidad. Y este orden pide primero que todo la pureza de las costumbres, en oposición á la inmoralidad dominante en el siglo, ó sea, en el mundo no cristiano. Y ¿de qué depende esta pureza, sino de la sumisión de la carne al espíritu en el hombre, compuesto de espíritu y materia? Ésta, no sólo como inferior sino como esclava rebelde, debe vivir bajo el yugo de aquél, á quien está destinada á obedecer y servir. ¿No os parece, cristianos, que el cuerpo es para el alma, y no el alma para el cuerpo? ¡Vana filosofía aquélla que trata de confundir las dos sustancias ó elementos constitutivos del ser humano; ó bien, reconociendo su esencial diferencia, pretende establecer una armonía absurda é imposible, igualándolas en derechos! Contra tales aberraciones del sensualismo protesta la razón, la ex-

<sup>1</sup> Jac. 2, 17.

<sup>2</sup> Matth. 7, 21.

<sup>3</sup> Jac. 1, 27.



perencia interna y la fe, atestiguando la lucha de las dos sustancias. *Caro concupiscit adversus spiritum...*<sup>1</sup>; y, por consiguiente, la necesidad de someter con energía la parte inferior del alma, esto es, la sensualidad, á la superior, á la ley de la razón. De allí dimana el precepto racional y evangélico: *Abneget semetipsum*<sup>2</sup>. *Mortificate membra vestra*<sup>3</sup>. Sin el cumplimiento de esta ley no sólo no hay santidad cristiana, pero ni virtud propiamente tal.

4. Ahora bien, hermanos míos: ¿no es esto lo que nos enseña Jesucristo nuestro Salvador, aniquilando, por decirlo así, su Carne sacratísima en la sagrada Eucaristía? No contento con haberla afligido en el pesebre, exponiendo sus delicadísimos miembros infantiles á todos los rigores de la estación más cruda, en total desabrigo; ni satisfecho aún con todos los dolores que la hizo padecer desde la circuncisión hasta el Calvario, despedazándola así, atormentándola y como aniquilándola por nuestra redención: he aquí que en el nuevo Belén del altar, en el nuevo Calvario del sacrificio eucarístico, si bien no sufre dolores sensibles, de que no es ya capaz<sup>4</sup>, sacrifica é inmola esa misma carne ya gloriosa; al filo de la espada mística de las palabras sacramentales, deja exangüe el cuerpo, cual si vertiera otra vez toda la sangre, se consume en holocausto por las llamas del amor, se aniquila á nuestra vista, no apareciendo en figura corporal, pues no vemos allí más que accidentes de pan y vino debajo de los cuales se encubre. ¿No está allí realmente el cuerpo del Señor? Sin duda alguna, pero ¿con qué presencia? Invisible, impalpable, espiritual. Le recibimos dentro de nuestro

<sup>1</sup> Gal. 5, 17.<sup>2</sup> Matth. 16, 24.<sup>3</sup> Col. 3, 5.<sup>4</sup> Rom. 6, 9.

mismo cuerpo, es verdad, pero ¿acaso le sentimos? ¿acaso vemos su rostro divino, ú oímos su voz dulcísima? ¡Oh velos misteriosos de la Eucaristía que nos robáis la presencia sensible de nuestro amado Jesús! ¿Qué otra cosa nos enseñáis sino á vivir, no la vida de los sentidos, sino la vida del espíritu? *Revestidos de la carne*, dice el Apóstol, *no militemos según sus leyes*<sup>1</sup>. ¡Ay del que lleve una vida sensual, porque lleva germen de muerte y corrupción!<sup>2</sup> ¡Qué diferencia de vidas, la del espíritu y la de la carne! ¡Qué nobleza de la primera, qué vileza y afrenta de la segunda! La vida carnal es efecto de la acción del hombre; la espiritual procede de la operación de Dios. *Lo que ha nacido de la carne, carne es*, dice el mismo Jesucristo; *y lo que ha nacido del espíritu, es espíritu*<sup>3</sup>.

5. Y ¿no es ésta, como lo vemos todos, la llaga más horrible y asquerosa de la pobre humanidad el día de hoy, como lo era en los tiempos en que se predicó por vez primera á Jesucristo crucificado? ¡Ah! cristianos: ¡pudiéramos correr un denso velo sobre la vida mundana de este fin de siglo para no ver la corrupción moral que la devora! Pero ¿por qué cegarnos voluntariamente y no ver el mal á fin de corregirlo siquiera en la parte que nos concierne á cada uno? Sí, desengañémonos, la corrupción de la carne lo ha invadido todo, favorecida y estimulada por la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Eso es lo que forma el día de hoy, lo mismo que en los tiempos del paganismo, el espíritu y modo de ser del mundo<sup>4</sup>. Nadie piensa ya sino en gozar (y bien sabéis á qué nivel ha descen-

<sup>1</sup> 2 Cor. 10, 3.<sup>2</sup> Gal. 6, 8.<sup>3</sup> Io. 3, 6.<sup>4</sup> Io. 2, 16.



dido el significado de esta expresión), en gozar por los sentidos, como seres animales á quienes la inteligencia sólo sirve para aumentar y refinar el goce material. Gozar es el objeto de la vida, según las degradantes doctrinas que práctica y aun teóricamente se propalan. Todo nos habla de gozar. Á eso conspiran los codiciosos progresos, no sólo de la industria, del comercio y de las artes, sino aun los de las ciencias naturales. Y para gozar es preciso ver, oír y gustar por todos los sentidos, por más que éstos no se satisfagan jamás<sup>1</sup>. De ahí, el hambre de espectáculos y diversiones, tanto más apetitosas cuanto más libres y desenvueltas. De ahí, el lujo que corrompe la inocencia, empobrece y arruina á las familias, y es origen de estafas, injusticias y, tal vez, desesperaciones y suicidios. De ahí, la sed del oro, maldecida hasta por los antiguos paganos. De ahí, la ociosidad, la indiferencia religiosa, el abandono de todos los deberes morales....

6. Mas ¿á qué fin nos da Jesús, en el espléndido banquete de la sagrada Eucaristía, su propia carne y sangre, sino para hacernos suave la mortificación de la nuestra? ¿No nos asegura Él mismo que: *quien come su carne y bebe su sangre permanece en Él, y Él mismo se incorpora con el que le recibe*<sup>2</sup>? Y ¿sería posible que, santificada así la carne frágil con el contacto de la carne inmaculada y santa de Jesús, se dejase arrastrar al desorden monstruoso de las pasiones de ignominia? ¿Cómo me atreveré, decía el Apóstol<sup>3</sup>, á entregar al vicio un cuerpo que pertenece al mismo Jesucristo? No hagamos, tal afrenta, hermanos míos, á la comunión eucarística del cuerpo y sangre de Jesús sacramentado. Y no sólo

<sup>1</sup> Eccli. 1, 8.<sup>2</sup> Io. 6, 57.<sup>3</sup> 1 Cor. 6, 15.

nos obliga á la ley de la mortificación la participación del Sacramento, pero aún la asistencia á los sagrados misterios, la simple concurrencia al templo para adorar al Dios de nuestros altares, nos advierte que debemos ajustar nuestros afectos y acciones á la ley severa de la mortificación. Porque desde este tabernáculo, tanto como desde lo alto de la cruz, nuestro divino Salvador nos predica en altas voces la necesidad de refrenar los deseos de nuestra sensualidad. Jesucristo no quiere tener por adoradores á los viles esclavos de la carne, porque Él mismo ha dicho: *Veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate*<sup>1</sup>. Ángeles rodean su trono, y émulos de los ángeles han de ser los que se postran en derredor del trono de la Eucaristía.

## II.

7. Preservarse, pues, de la corrupción general de este siglo teniendo siempre á raya los desarreglados apetitos de la carne, tal es, amados oyentes, la primera etapa de la santidad cristiana. Pero es preciso ir adelante, porque Jesucristo nos convida á una perfección infinita: *Estote perfecti*<sup>2</sup>, dándonos el ejemplo de ella en el Sacramento de la Eucaristía. Por otra parte el orden pide, no sólo la sujeción de la carne al espíritu, sino también la del corazón á la razón. El corazón se desvía muchas veces del camino de la rectitud, y toca á la razón corregir ese extravío. ¡Oh, si nuestro corazón fuese tal como salió de las manos del Criador, sus movimientos serían siempre derechos, sus afectos irían á lo alto en busca del Bien capaz de satisfacerlo y darle hartura! Pero ¡ah! que el virus del primer pecado, así

<sup>1</sup> Io. 4, 23.<sup>2</sup> Matth. 5, 48.



como inficionó la carne, así también llegó á envenenar las entrañas de nuestro ser, y ya el corazón enfermo y débil nos hace traición á cada paso. Hay escuela malsana que pretende justificar todos los ímpetus del corazón humano santificando las pasiones, por más que ellas arguyan siempre debilidad y flaqueza, inexcusable en quien dispone siempre de libertad física para gobernar sus actos. No, mis amados hermanos: no basta la vehemencia de la pasión para disculpar las trasgresiones del deber, ni mucho menos ciertos rasgos de generosidad ó nobleza que á veces la acompañan, para legitimarla en el tribunal de la sana moral. Las pasiones, como sabéis, nacen y se desarrollan bajo el influjo de la sensibilidad, y así como ésta, ellas también están por naturaleza sometidas á la dirección de la razón. Y la razón, de acuerdo con la doctrina del evangelio, ¿qué prescribe al corazón? Amar el bien verdadero y desechar el aparente y falso, preferir al útil y deleitable el bien honesto, el bien propio del ser racional y espiritual, amar á Dios, Bien soberano, sobre todos los otros bienes, y aun sobre sí mismo, puesto caso que el mismo corazón está ordenado naturalmente á Dios. *Fecisti nos, Domine, ad te*<sup>1</sup>. Y, si esto piden y exigen la razón y la fe, claro está que sin esto no hay virtud, ni menos santidad posible. La santidad, lo propio que la caridad, es, como dice el profundo San Agustín, *el orden del amor*. El Esposo divino *había ordenado* en el alma, su esposa, *la caridad*<sup>2</sup>; con lo cual quedó santificada. Ordenemos en nuestro corazón el amor, y seremos santos, cuales nos quiere el Dios que nos llamó á la santificación<sup>3</sup>. He nombrado la caridad; he aquí el todo de la santidad,

<sup>1</sup> S. August.<sup>2</sup> Cant. 2, 4.<sup>3</sup> 1 Thess. 4, 7.

he aquí el vínculo de la perfección<sup>1</sup>. El más santo de los hombres es aquél que tiene mayor caridad, porque es el que mejor imita á Dios, santidad infinita, el cual, como dice San Juan, es *caridad*<sup>2</sup>. Y ¿qué es el Dios sacramentado sino caridad?

8. ¿No está ardiendo en llamas de amor inmenso, inextinguible el Dios de la adorable Eucaristía? Lugar común es éste, pero indispensable en la oratoria sagrada, porque se hace imposible discurrir y hablar del Santísimo Sacramento sin hallarse el espíritu engolfado en el mar sin orillas de la caridad de Dios, que aquí, en la institución de este magnífico Sacramento, agotó, como decirse suele, todos los recursos de su bondad, sabiduría y poder. *Memoriam fecit mirabilium suorum*<sup>3</sup>. Y hablando de Jesús, nuestro amorosísimo Salvador, dice su Apóstol más querido: *Como hubiese amado á los suyos, al fin señaladamente los amó*<sup>4</sup>. No insistiré por tanto en presentar á vuestra consideración lo que salta á la vista del creyente, lo que arrebató y arrebatará eternamente el corazón de los verdaderos cristianos, el rasgo más brillante y deslumbrador de la Eucaristía, cual es el amor de Jesucristo á los hombres: *Dilexit eos*. Pero sí llamaré vuestra atención á lo que forma el tema de mi discurso, á la caridad de Cristo como ideal de santidad en la santa Eucaristía. ¿Por qué reconocéis y adoráis en ella al *Santísimo*, al Santo de los santos? Porque allí está Jesús efectuando el acto supremo de caridad que puede hacer un Hombre-Dios, inmolarse y consumirse, como Hostia viva de propiciación, por la salud eterna de los hombres, á gloria y

<sup>1</sup> Col. 3, 14.<sup>2</sup> 1 Io. 4, 8.<sup>3</sup> Ps. 110, 4.<sup>4</sup> Io. 13, 1.



honra del Criador: porque allí está cantando eternamente el himno de la gloria de Dios. *Ego te clarificavi super terram*<sup>1</sup>. Y para glorificar á su eterno Padre, que es lo sumo del amor, porque es querer eficazmente, el único bien de Dios, su gloria, está allí atrayendo á los hombres hacia sí, para atraerlos al bien, á la felicidad, que no se encuentra fuera de Él, y diciendo á voces: *Venite ad me omnes*<sup>2</sup>. Esto es la caridad, hermanos míos, amar á Dios en el hombre, y al hombre por Dios: amarle con todas las veras del corazón, sacrificarse por el amado, anonadarse por él día y noche, y perseverar así por siglos y siglos con una constancia inquebrantable. ¡Oh amor de Jesucristo, modelo de caridad sublime que excede todo concepto y todo cálculo!

9. Y ésta es la que nosotros, adoradores de la Eucaristía, debiéramos esforzarnos á imitar, amando como ama nuestro Dios sacramentado. Al pie del altar de un Padre tan amante debieran hoy agruparse todos los hijos de la Iglesia, los hombres de toda condición y carácter, para darse cordialmente un abrazo fraternal y un ósculo de paz. El culto de la Eucaristía debiera, no sólo extinguir todos los odios y rencillas entre los fieles, sino también estrechar los corazones con lazos de amor sincero y generoso. La caridad encendida en las llamas de la eucarística mesa debiera ser la que describe el Apóstol San Pablo, la caridad legítima y no falsificada: Benigna, compasiva con las humanas flaquezas, no es envidiosa ni obra con malignidad; no es hinchada ni ambiciosa; no busca el propio interés, no se irrita, no piensa mal, ni se goza en las faltas de su hermano, antes bien se regocija en la verdad. En fin, está dis-

<sup>1</sup> Io. 17, 4.<sup>2</sup> Matth. 11, 28.

puesta á sufrirlo todo, porque, llena de fe, todo lo espera y todo lo soporta<sup>1</sup>. Nada mejor puedo desearos, en este día, amadísimos oyentes, que una caridad de estos quilates, porque ella, como fruto del Espíritu Santo, va siempre acompañada de todos los bienes que trajo á la tierra con su espíritu el divino Salvador, principalmente de aquella paz y júbilo universal que anunciaron los ángeles en el portal de Belén<sup>2</sup>. ¡Quiera el cielo conceder este don precioso de la paz que nace de la caridad, á todos los habitantes de este religioso país, donde sé muy bien cuánto abundan los hombres de buena voluntad! Esta voluntad, siendo tan buena como es de creerse y esperarse, hará prodigios como los ha hecho siempre la voluntad recta y abnegada, la voluntad heroica, la voluntad animada del espíritu cristiano. *Pax hominibus bonæ voluntatis!* Ella encadenará las pasiones, sujetando los ímpetus del corazón á la regla de la razón ilustrada con las luces de la prudencia, no carnal sino evangélica. Esta sabiduría celestial en que consiste la santidad de que vamos hablando, nos enseñará finalmente á someter de grado nuestra misma razón á Dios, razón suprema de todas las cosas, fuente de toda verdad y santidad, como vamos á ver en la tercera parte.

## III.

10. Si el orden pide que las potencias inferiores del hombre, la sensibilidad y los afectos, se regulen por la razón, ese mismo orden reclama la sumisión de la razón humana á la razón divina, como á su principio y supremo regulador. ¿Por ventura, dice el Profeta, *no se sujetará á Dios mi alma, siendo Él la fuente de todo*

<sup>1</sup> I Cor. 13, 4-7.<sup>2</sup> Luc. 2, 14.



*mi poder?*<sup>1</sup> Para no deber hacerlo así fuera preciso suponer en la razón del hombre una independencia y autonomía que no existe ni puede existir con relación á Dios. ¿Quién pretenderá sin notorio desvarío erigir la débil y mezquina razón del hombre en fuente de verdad y fundamento último de la moralidad de las acciones? La razón, es verdad, pregona la ley, pero no es ella la legisladora, porque la ley moral es anterior á ella misma, y la obliga con imperio irrecusable. La ley está fuera de la razón y por encima de ella: la inteligencia humana no hace más que conocerla é imponerla á las acciones en calidad de intérprete y promulgadora. Por eso, dice el grande Apóstol, *la sabiduría de la carne*, la vana ciencia del mundo, *es enemiga de Dios*, porque no quiere someterse á la ley de Dios, ni puede hacerlo sin renunciar á sí misma<sup>2</sup>. Pero los que se atienen á esta ciencia carnal, prosigue el Apóstol, no pueden agradar á Dios. En cuanto á vosotros cristianos, no pertenecéis á esta escuela, sino á la del espíritu, con tal que en efecto habite en vosotros el espíritu de Dios; pero el que no posee el espíritu de Cristo, no le pertenece<sup>3</sup>. Bien claro se explica el Doctor de las naciones sobre la ley de sumisión de la razón humana á la razón divina, porque, en definitiva, no es la razón, propiamente hablando, sino la sensualidad, la pasión, el amor propio, el que rehusa someterse á la autoridad de la palabra infalible, ya sea en materia de creencias, ya de acciones. La razón verdadera, la razón no ofuscada por el orgullo, reconocerá siempre su natural dependencia de Dios, como de su principio y fuente de luz y de verdad. He aquí la humildad, sin la cual carece de cimiento

<sup>1</sup> Ps. 61, 2.<sup>2</sup> Rom. 8, 7.<sup>3</sup> Rom. 8, 9.

todo el edificio de la santidad; la humildad, cuyo atributo esencial es someterse plena y absolutamente á Dios. *Humiliamini sub potenti manu Dei*<sup>1</sup>. Someteos bajo la poderosa diestra del Señor. Lo contrario es el orgullo satánico, infernal, es la soberbia en su más horripilante forma, la rebeldía contra Dios.

II. Volvamos otra vez los ojos á Jesús sacramentado. ¡Qué modelo, qué ideal más sublime de humildad! Sí, el Verbo se había casi anonadado, en expresión del Apóstol, al tomar, encarnándose, la forma y naturaleza de siervo<sup>2</sup>; aquí, en la Eucaristía, apura el anonadamiento, ocultando hasta la forma de hombre bajo los viles accidentes del común manjar de pan y vino. Sí, cristianos, aquí es donde cumple exclamar en éxtasis de asombro: *Exinanivit semetipsum! Exinanivit!* ¡No queda del Verbo Encarnado sino la sombra! Y esta inaudita humillación ¿delante de quién se hace? ¿por qué así se abate Jesucristo? ¡Ah! ¡tal misterio no podría concebirse sino alzando los ojos al cielo hasta el trono del Criador! Delante del Padre omnipotente se abate y anonada su Hijo, no en la naturaleza divina, porque esto es imposible, pero sí en la naturaleza humana de que está revestido. Abátese al tiempo de inmolarsse en sacrificio, hecho víctima y pontífice juntamente en el altar, como lo fué en la cruz. Caer como inocente cordero bajo la cuchilla de la eterna justicia que le hiere por los pecados del mundo. Y ¿todavía rehusará humillarse ante Dios el miserable criminal? Si sólo por su condición de criatura, debería someterse el hombre á su Criador, creer en su palabra, adorar sus perfecciones, y obedecer á sus leyes, ¿á qué linaje de sumisión no le obliga su

<sup>1</sup> 1 Petr. 5, 6.<sup>2</sup> Phil. 2, 7.



condición de reo y pecador? ¿Puede el reo levantar la frente descarada delante de la Majestad, de la Justicia y de la Santidad divinas? ¡Oh! ¡cuán monstruosa y abominable es la soberbia humana, la soberbia del incrédulo, del indiferente, del infractor de las leyes divinas! Imitemos, hermanos carísimos, al Dios de la Eucaristía, y doblemos humildemente las rodillas, inclinemos la frente, sometamos la razón misma delante del Dios grande y poderoso, delante de la Majestad que ciegos ofendimos. Rindámosle en este día, por medio del mismo Jesucristo nuestro mediador, humildísimo homenaje de amor y reconocimiento por los beneficios recibidos de su mano en el año que acaba de expirar, á fin de atraer sus misericordias para nosotros y cuanto nos pertenece, principalmente para la patria bien necesitada, en el año que hoy comienza. La ingratitud para con Dios es efecto natural, pero espantoso, de la más refinada soberbia.

12. ¡Qué espectáculo tan consolador el que hoy mismo ha presenciado el católico pueblo bogotano! La nación representada por sus altos funcionarios ha venido al templo máximo á adorar al único verdadero Dios, al Dios de nuestros tabernáculos: Jesucristo ha recibido las adoraciones de toda la sociedad colombiana, como en otro tiempo recibió en el portal de Belén la de pastores y reyes ignorantes y sabios, judíos y gentiles. El ejército, símbolo de la fuerza nacional al servicio del derecho de los ciudadanos, ha recibido, puesto de hinojos, la bendición del Señor; y el pabellón orgulloso que preside á los triunfos y glorias de la patria, ha besado el suelo delante del Dios de las batallas, del árbitro de la suerte de hombres y naciones. ¡Loor á Colombia cristiana! Actos como éstos la honran y enal-

tecen, y, lo que más es, la aseguran largos días de prosperidad y gloria verdadera. ¡Quiera el Dios de las misericordias aceptar este acto solemne de religiosidad en expiación por la culpable indiferencia de tantas almas extraviadas que olvidan á su Criador y no cuentan para nada con su Providencia, como si no existiera Dios, ó no se cuidara de la suerte de los hombres! ¡Dígnese concedernos la paz, no sólo la exterior, sino principalmente la del espíritu, adquirida por el señorío de nuestras bastardas pasiones, por la represión de nuestros desarreglados apetitos, por la sumisión perfecta de nuestra razón á su infinita grandeza! Así sea.

### SERMÓN VIGÉSIMO PRIMERO

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1897).

#### La Eucaristía y la libertad.

In libertatem vocati estis.  
Habéis sido llamados al estado de libertad.  
Gal. 5, 13.

1. Pan y espectáculos sangrientos<sup>1</sup>, pedía á voces el envilecido pueblo romano de los tiempos del imperio: pan material y libertad para todos los antojos, reclama el día de hoy en ciertos países de Europa y América el pueblo hambreado por la codicia de los propietarios y extraviado por la perversidad de los sofistas; y si los césares antiguos, repartiendo abundantes víveres y dando juegos en el circo, acallaban á la turba de esclavos que los victoreaba como dioses, no tan fácilmente

<sup>1</sup> Panem et circenses...



condición de reo y pecador? ¿Puede el reo levantar la frente descarada delante de la Majestad, de la Justicia y de la Santidad divinas? ¡Oh! ¡cuán monstruosa y abominable es la soberbia humana, la soberbia del incrédulo, del indiferente, del infractor de las leyes divinas! Imitemos, hermanos carísimos, al Dios de la Eucaristía, y doblemos humildemente las rodillas, inclinemos la frente, sometamos la razón misma delante del Dios grande y poderoso, delante de la Majestad que ciegos ofendimos. Rindámosle en este día, por medio del mismo Jesucristo nuestro mediador, humildísimo homenaje de amor y reconocimiento por los beneficios recibidos de su mano en el año que acaba de expirar, á fin de atraer sus misericordias para nosotros y cuanto nos pertenece, principalmente para la patria bien necesitada, en el año que hoy comienza. La ingratitud para con Dios es efecto natural, pero espantoso, de la más refinada soberbia.

12. ¡Qué espectáculo tan consolador el que hoy mismo ha presenciado el católico pueblo bogotano! La nación representada por sus altos funcionarios ha venido al templo máximo á adorar al único verdadero Dios, al Dios de nuestros tabernáculos: Jesucristo ha recibido las adoraciones de toda la sociedad colombiana, como en otro tiempo recibió en el portal de Belén la de pastores y reyes ignorantes y sabios, judíos y gentiles. El ejército, símbolo de la fuerza nacional al servicio del derecho de los ciudadanos, ha recibido, puesto de hinojos, la bendición del Señor; y el pabellón orgulloso que preside á los triunfos y glorias de la patria, ha besado el suelo delante del Dios de las batallas, del árbitro de la suerte de hombres y naciones. ¡Loor á Colombia cristiana! Actos como éstos la honran y enal-

tecen, y, lo que más es, la aseguran largos días de prosperidad y gloria verdadera. ¡Quiera el Dios de las misericordias aceptar este acto solemne de religiosidad en expiación por la culpable indiferencia de tantas almas extraviadas que olvidan á su Criador y no cuentan para nada con su Providencia, como si no existiera Dios, ó no se cuidara de la suerte de los hombres! ¡Dígnese concedernos la paz, no sólo la exterior, sino principalmente la del espíritu, adquirida por el señorío de nuestras bastardas pasiones, por la represión de nuestros desarreglados apetitos, por la sumisión perfecta de nuestra razón á su infinita grandeza! Así sea.

### SERMÓN VIGÉSIMO PRIMERO

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1897).

#### La Eucaristía y la libertad.

In libertatem vocati estis.  
Habéis sido llamados al estado de libertad.  
Gal. 5, 13.

1. Pan y espectáculos sangrientos<sup>1</sup>, pedía á voces el envilecido pueblo romano de los tiempos del imperio: pan material y libertad para todos los antojos, reclama el día de hoy en ciertos países de Europa y América el pueblo hambreado por la codicia de los propietarios y extraviado por la perversidad de los sofistas; y si los césares antiguos, repartiendo abundantes víveres y dando juegos en el circo, acallaban á la turba de esclavos que los victoreaba como dioses, no tan fácilmente

<sup>1</sup> Panem et circenses...



consiguen los césares modernos acallar la grito de las masas famélicas ni contenerlas dentro del círculo de hierro del orden social.

2. Por todas partes el hombre racional, aspirando á satisfacer, como tiene derecho, dos grandes necesidades de su vida moral, pide al cielo y á la tierra pan y libertad: pan de doctrina, porque siente necesidad de luz para su inteligencia; libertad en los términos de la justicia, porque necesita atmósfera y espacio para moverse sin estorbos en prosecución del bien. Satisfecha débitamente esta doble necesidad por la acertada disposición de los elementos sociales, y más aún por un beneficio inestimable de la Providencia, reguladora de las cosas humanas, el hombre no parece que tenga otra cosa que desear sobre la tierra, debiendo reputarse por dichoso el pueblo que disfruta de tan grandes bienes como son verdad y justicia, luz y libertad.

3. ¿Más pide, á pesar de eso, no satisfecho todavía el hombre cristiano? ¡Qué nobles y sublimes ambiciones despierta en nuestro corazón la benignidad de Aquél que puso en nuestros labios esta petición: *Dános el pan nuestro sobresustancial*<sup>1</sup>. Pide, dice San Agustín, *deleitarse en el Señor*; y el Señor se complace en concederle las peticiones de su corazón: *Dabit tibi petitiones cordis tui*<sup>2</sup>. «Hay un placer del corazón, dice el mismo santo Doctor, placer inefable para aquél que gusta del pan celestial.»<sup>3</sup> De la abundancia de este manjar divino dijo el Profeta: *Serán embriagados con la riqueza de tu casa, y se hartarán con el torrente de tus delicias*<sup>4</sup>. Esto no lo entiende sino el que ama de veras,

<sup>1</sup> Matth. 6, 2.

<sup>2</sup> Ps. 36, 4.

<sup>3</sup> S. August., tr. 26 in Io.

<sup>4</sup> Ps. 35, 9.

el alma que siente el hambre de los bienes eternos, el peregrino sediento en el desierto de esta vida que suspira por la fuente de la eterna patria. Estas almas generosas y verdaderamente cristianas, no contentas con los bienes pasajeros, aunque reales, que les brinda el orden de la naturaleza, tienen hambre de otro pan, y suspiran por otra libertad, á la manera que anhelaba el Apóstol ser desatado de los lazos de la carne mortal<sup>1</sup>. No les basta una libertad cualquiera, porque, así como sienten los grillos de la vanidad, así quieren que llegue el día en que, como dice el mismo Apóstol, *toda criatura se verá libre de la servidumbre de la corrupción*, en aquel estado de gloriosa libertad propia de los hijos de Dios<sup>2</sup>. Para anticiparnos, en cuanto era posible, la posesión de esos bienes, alentando firmísimamente nuestra esperanza de poseerlos el día de la gran revelación<sup>3</sup>, dispuso nuestro amable Salvador dejarnos el augusto Sacramento de la Eucaristía, y en él como vamos á ver 1º el regalado Pan de los hijos: *Vere panis filiorum*<sup>4</sup>; 2º el germen fecundo de la santa libertad á que, según el Apóstol, hemos sido llamados; y 3º como suma de estos bienes, una cifra de la bienaventuranza. *Ave María*.

## I.

4. Dios, Padre universal de sus criaturas por haberles dado el ser, aunque no con semejanza de naturaleza, no puede olvidar para con la menor de todas ellas su amorosa condición de tal. Por eso las provee á todas generosamente del necesario sustento; por eso se con-

<sup>1</sup> Rom. 7, 24.

<sup>2</sup> Rom. 8, 20.

<sup>3</sup> *Exspectatio creaturæ...* (Rom. 8, 19).

<sup>4</sup> Eccl. in seq. Miss. SS. Sacram.



mueven sus entrañas misericordiosas cuando llega á sus oídos el rugido del león que, atronando las selvas, le pide su presa y el chillido del ave que da gritos al cielo desde la punta del peñasco<sup>1</sup>. Él provee de grano á los pobres y despreciados pajarillos, sin olvidar á la hormiga codiciosa ni al asqueroso reptil. *Dándoles tú, canta el Profeta, recogerán; abriendo tú la mano, todas las criaturas gozarán del bien en abundancia*<sup>2</sup>. ¿Con cuánta más razón debemos creer que aquellas criaturas, de quienes es Padre en sentido más riguroso, por haberlas hecho, á lo menos en cuanto á la porción principal, á imagen y semejanza suya<sup>3</sup>, á ésas, digo, les dará con doble solicitud y providencia especialísima el necesario mantenimiento de alma y cuerpo? ¡Con cuánta dulzura y sencillez persuasiva nos enseña esta consoladora verdad el mismo divino Maestro! Escuchad este conocido pasaje de San Lucas: *Mirad á los cuervos que ni siembran, ni cosechan, ni tienen graneros ni trojes, y Dios los mantiene por su cuenta: ¿cuánto más valéis vosotros que ellos? Contemplad á los lirios cómo crecen sin trabajar; no hilan y sin embargo visten más ricamente que Salomón en el trono de su gloria... No os afanéis, pues, en solicitud de alimento y vestuario, porque vuestro Padre conoce todas vuestras necesidades*<sup>4</sup>. Mas, al enseñarnos este intencionado descuido de las cosas temporales que miran á la vida del cuerpo, Jesucristo ha querido inspirarnos la solicitud de los bienes del alma, del manjar del espíritu que nos da vida eterna. *Trabajad, nos dice, no por el pan perecedero, sino por el que dura eternamente, el cual el Hijo del Hombre*

<sup>1</sup> Ps. 103, 12, 21.<sup>2</sup> Ps. 103, 28.<sup>3</sup> Eclli. 17, 1.<sup>4</sup> Luc. 12, 24 sqq.

*os le dará*<sup>1</sup>. He ahí, pues, cómo Dios ha asegurado á todos los hombres el pan espiritual que da fuerzas para obrar lo que Dios manda, para ejecutar las obras de Dios<sup>2</sup>. Sin embargo, y á pesar de esta universal dispensación divina, es justo y razonable establecer una diferencia de alimento entre los que en sentido estricto llama la Escritura *hijos de Dios* y los que apellida solamente *esclavos*. El hijo pródigo del evangelio envidiaba, no sin razón á los siervos de la casa paterna, y al regresar al seno de su padre se daba por contento con el puesto del último de los jornaleros<sup>3</sup>. Á estos no les faltaba el pan en abundancia. Pues ¿qué será á los hijos, á los que se sientan todos los días á la mesa del Padre celestial? Hijos son los justos, á diferencia de los pecadores que apenas se merecen el honroso dictado de siervos del Señor; pero todavía más propiamente son honrados con el renombre de hijos de Dios, los justos de la nueva Ley, los cristianos, admitidos por Jesucristo á la condición de hermanos suyos adoptivos. Dícelo expresamente San Juan en el primer capítulo de su evangelio donde nos revela el misterio de la Encarnación del Verbo: *Á los que le recibieron en su corazón por la fe de su divinidad, dióles poder para hacerse hijos de Dios*<sup>4</sup>. Y á propósito de esta preclara adopción exclama el mismo Apóstol: *¿Qué caridad la del Padre celestial, la de habernos concedido que nos llamemos y efectivamente seamos hijos de Dios!*<sup>5</sup>

5. Pues bien, cristianos: el manjar exquisito preparado para la mesa de los hijos, no es otro que la sagrada Eucaristía, según las palabras adoptadas por la

<sup>1</sup> Io. 6, 27.<sup>2</sup> Io. 6, 28.<sup>3</sup> Luc. 15, 19.<sup>4</sup> Io. 1, 12.<sup>5</sup> I Io. 3, 1.



Iglesia: *Vere panis filiorum*. De este celestial banquete se interpretan aquellas otras de la Sabiduría: *Venid á comer de mi pan; bebed el vino que he preparado para vosotros*<sup>1</sup>. ¿Quién habla así, sino un padre á sus hijos? Pudiera alegar en prueba de mi aserto que los ángeles son llamados alguna vez en la Escritura hijos de Dios<sup>2</sup>, y que lo son por título especial, no cabe duda, aunque no lo sean por natural condición; ahora bien, sabido es que la Eucaristía es el Pan de los ángeles, y así canta la Iglesia: *El Pan de los ángeles hácese ya pan de los hombres*<sup>3</sup>. ¿Por qué, sino porque á una misma mesa se sientan hombres y ángeles como hermanos todos y verdaderos hijos de Dios? Ni hay por qué extrañar que se regale con manjar tan rico á los que el celestial Padre se ha dignado llamar hijos; al contrario, no debía ser inferior el alimento á la condición filial, esto es, á la naturaleza de esta filiación divina. De otra suerte, ¿cómo pudiera nutrirse y desarrollarse la vida sobrenatural en el hombre corruptible? ¿Cómo pudiera éste crear sangre divina, sentimientos tan generosos cual los pide la altísima condición de hijos de Dios? Y además, si á los hijos les pertenece por derecho la herencia, como arguye el Apóstol<sup>4</sup>, siendo ésta el banquete de la eterna bienaventuranza, no menos les pertenecerá lo que es su prenda segura en esta vida, á saber, el banquete eucarístico.

6. Así lo pedía también la liberal magnificencia de tal Padre, y el amor inefable que profesa á sus hijos adoptivos. ¿Qué no hizo aquel generoso padre del hijo

<sup>1</sup> Prov. 9, 5.

<sup>2</sup> Job.

<sup>3</sup> Eccl. in offic. SS. Sacram.: Panis angelicus... Ecce panis angelorum.

<sup>4</sup> Rom. 8, 17.

pródigo para festejar la vuelta de quien tan mal había correspondido á su cariño? Nada faltó en el banquete de bienvenida para el fausto y la alegría, ó, más bien, para la satisfacción del amor paternal<sup>1</sup>: ni la riqueza de las viandas, ni la sinfonía de los instrumentos musicales, ni la numerosa concurrencia de distinguidos convidados. No nos admire ya la esplendidez de este sagrado festín, ni la delicadeza del manjar, pues se trata de un Padre omnipotente que quiere en este Sacramento manifestar á sus hijos toda la suavidad y dulzura del amor que les profesa. Por eso, como notó Salomón, aquel Maná del desierto, llovido del cielo para alimentar al pueblo de Dios, contenía todos los sabores más delicados y gustosos, porque mostraba la suavidad de la bondad divina para con sus hijos<sup>2</sup>. Por lo mismo en este pan sobresustancial de la Eucaristía hallaremos, como dijo el Sabio, *toda sustancia preciosa*<sup>3</sup>. Por lo demás debemos razonar con el Apóstol: *Quien nos dió á su propio Hijo, ¿cómo no nos había dado juntamente con él todos los bienes?*<sup>4</sup> Esta dádiva ¿no lo encierra todo de una vez? Y quien tan de buena gana se daba al hombre por hermano ¿no se le daría también en alimento? Y en el sacrificio del Calvario ¿no está bosquejado el sacramento del Cénaculo? La Cena eucarística ¿no debía preceder y seguir también á la muerte del Señor?<sup>5</sup> Omito, cristianos, otras muchas consideraciones que ilustrarían la verdad propuesta, para dar mayor espacio á la segunda parte que creo de mayor momento, pues se refiere á la cuestión de la libertad, tan interesante en todo orden, religioso y político.

<sup>1</sup> Luc. 15.

<sup>2</sup> Sap. 16, 21.

<sup>3</sup> Prov. 1, 13.

<sup>4</sup> Rom. 8, 32.

<sup>5</sup> Mortem Domini annuntiabit. (1 Cor. 11, 26).



## II.

7. Y, para que veáis la ilación con que se nos ofrecen estas ideas, yo asiento que, siendo la sagrada Eucaristía el pan propio de los hijos, lo será también de los libres en Cristo y por Cristo. ¿Pues qué? la condición filial ¿no es condición de libertad? ¿pueden los hijos ser esclavos? Y, tratándose de los hijos de Dios, ¿no pudieran aplicárseles las palabras de Jesucristo dichas á propósito de libertad de tributos: *Luego los hijos son libres*<sup>1</sup>? Sí, por cierto, libres son los verdaderos hijos de Dios y hermanos de Jesucristo, y con una libertad tan verdadera como ninguna otra de cuantas corren por el mundo, y tan feliz como que en ella se cifra toda la felicidad humana. Nada hay tan frecuentemente inculcado en el Nuevo Testamento como la libertad otorgada por Cristo al pueblo cristiano juntamente con la filiación adoptiva, de manera que ser hijos de Dios y ser libres viene á significar una misma cosa, esto es, la gracia de la redención. Por lo cual dice Jesús por San Juan: *Si el Hijo de Dios os librare, seréis verdaderamente libres*<sup>2</sup>; luego no de otra manera ni por otro título. ¿Qué son, en efecto, todos los demás títulos en que apoyan los hombres y los pueblos sus acariciadas libertades en comparación de éste de la libertad que nos dió Jesucristo? Por eso exhortaba á los primeros fieles el Apóstol: *Estad firmes en la posesión de la libertad que Jesucristo conquistó para vosotros*<sup>3</sup>. ¿Qué libertad es ésta, amados fieles? Inmunidad de la más odiosa y pesada de las servidumbres, la del demonio y del pecado, para que, como cantó Zacarías, padre del Bautista, *libres de todo temor, arrancados de las manos*

<sup>1</sup> Matth. 17, 25.<sup>2</sup> Io. 8, 36.<sup>3</sup> Gal. 4, 31.

de nuestros enemigos, sirvamos á Dios solo<sup>1</sup>. Libres ya del yugo del pecado, dice San Pablo, hemos sido hechos *siervos de la justicia*, y de Dios<sup>2</sup>. Es cosa sobrado evidente que servir al deber y obedecer á Dios es la suma perfección y la verdadera libertad de la criatura racional. La libertad legítima del hombre, aquella que constituye su dignidad y su ventura, no tiene nada de común con la condición del salvaje ó de la fiera, exentos de sujeción á toda ley, y, por lo mismo, sujetos en todo á la presión de la fuerza y á la tiranía del instinto. La libertad racional y cristiana es inseparable de la justicia, y ésta lo es de Dios.

8. Pero hay más todavía en la santa libertad de que nos ha dotado nuestro divino Salvador. Librónos de la esclavitud de la ley mosaica, la cual, si era buena y necesaria en cierto tiempo y para ciertas gentes, no lo era en absoluto ni para siempre, y así debía ser abrogada en su día por el nuevo y universal Legislador, Jesucristo. Verdad es que éste había dicho: *No he venido á desatar la ley, sino á perfeccionarla*<sup>3</sup>; pero precisamente en esto consiste la perfección evangélica, como declara San Pablo, en sustituir el espíritu á la letra, porque *la letra mata, el espíritu da vida*<sup>4</sup>; y porque, siendo la Ley antigua esencialmente prefigurativa de los nuevos misterios de Cristo y su Iglesia, la letra debía ser borrada por la realidad, y á la práctica servil de los antiguos ritos debía reemplazar la fe en Jesucristo y la observancia de sus eternos preceptos. Creer en el Hijo de Dios Encarnado, amarle y seguirle, he ahí todo cuanto necesitamos para la salvación. Esto

<sup>1</sup> Luc. 1, 74.<sup>2</sup> Rom. 6, 18, 22.<sup>3</sup> Matth. 5, 17.<sup>4</sup> 2 Cor. 3, 6.



es lo que el Apóstol Santiago pregona á voz en grito con el nombre de *ley de perfecta libertad*<sup>1</sup>. Esto mismo en sustancia decretaron los Apóstoles reunidos en concilio por vez primera en Jerusalén, siguiendo la autorizada voz de Pedro, reconocido ya por Vicario de Cristo<sup>2</sup>. Mas no sólo no pesa ya sobre nuestros hombros el yugo de la Ley antigua, sino, lo que es más importante aún, se nos ha libertado de aquel espíritu servil que caracterizaba al pueblo judaico, espíritu de terror, propio de esclavos, infundiéndose en nuestros corazones, por el Espíritu Santo, el espíritu de amor y confianza, propio de los hijos adoptivos<sup>3</sup>. He aquí el fruto más precioso de la Redención, he aquí la verdadera y genuina libertad de los hijos de Dios<sup>4</sup>. Y, en efecto, ella es consecuencia de la habitación de Dios en nuestras almas, porque *donde está y mora el Espíritu del Señor, allí hay libertad*<sup>5</sup>. De donde resulta que no puede confundirse la libertad cristiana con la apócrifa y mentida, propalada en todos tiempos por los apóstoles de la licencia. Ésta es libertad carnal, aquélla otra es espiritual y divina. Por eso amonestaba el Apóstol á los fieles recién convertidos, que *no tomaran ocasión de la libertad santa que les predicaba, para soltar la rienda á las pasiones*<sup>6</sup>, como quiera que nada hay tan contrario como la carne al espíritu<sup>7</sup>. *Andad en espíritu*, concluye el grande Apóstol, *y no satisfaceréis los deseos de la carne*<sup>8</sup>. En el mismo sentido habla San Pedro, exhortando á los cristianos á la obediencia, á la mortificación de las pasiones y á todo género de buenas obras, conforme

<sup>1</sup> Iac. 1, 25.<sup>2</sup> Act. 15, 23 sqq.<sup>3</sup> Rom. 8, 15.<sup>4</sup> Ibid. v. 21.<sup>5</sup> 2 Cor. 3, 17.<sup>6</sup> Gal. 5, 13.<sup>7</sup> Gal. 5, 17.<sup>8</sup> Ibid. v. 16.

al querer de Dios, el cual debe ser glorificado por sus hijos delante de sus enemigos<sup>1</sup>, concluyendo con prevenirlos seriamente que *no se sirvan de su libertad como de un velo de malicia para encubrir maldades*, sino al contrario, para obrar el bien como verdaderamente libres y siervos de Dios. Tal es, amados oyentes, el elevado concepto que debemos formarnos de la libertad que nos conquistó Jesucristo: por ella, ayudados eficazmente con la fuerza sobrenatural de la gracia del mismo Salvador, podemos obrar el bien sin trabas de ninguna especie, llevados de la fuerza del amor y no turbados de temor servil, como hombres de conciencia<sup>2</sup>, y que conocen la alteza de su vocación sublime<sup>3</sup>.

9. Y ¿quién no comprende fácilmente que la Eucaristía es el regio banquete dispuesto para celebrar el triunfo de la libertad cristiana, la mesa á la cual se sientan los libres, y no los esclavos, porque en derredor de ella no se respira sino bienestar y libertad? Para manumitir á un esclavo, según refiere Tertuliano<sup>4</sup>, solían los romanos sentarle á su mesa, quedando por esta sola manifestación el afortunado siervo libertado de la esclavitud. Y ¿podrá llamarse esclavo del demonio el que se sienta á la mesa de Cristo? Y ¿no deberá estar libre de la dura servidumbre del pecado el que participa dignamente de la sagrada Eucaristía? Por lo demás ¿quién ignora que la institución de esta Cena siguió inmediatamente á la celebración de la otra cena pascual del Cordeiro típico<sup>5</sup>, para indicarnos que con este rito nuevo quedaban terminados los antiguos ritos y abrogada la

<sup>1</sup> 1 Petr. 2, 16.<sup>2</sup> Ibid. v. 19.<sup>3</sup> Ibid. v. 21.<sup>4</sup> Apud *Carthagena*, Hom. cathol. vol. IV, lib. 9, hom. 15.<sup>5</sup> Eccl. in Miss. SS. Sacram.



Ley vieja? *Phase vetus terminat*<sup>1</sup>. Ahora bien, si la libertad es precisamente el espíritu de la Ley nueva, ¿en dónde mejor se infunde este espíritu que en la participación del Pan suavísimo llovido del cielo para saciar á las almas hambrientas del bien? ¡*Oh cuán suave es, Señor, tu espíritu*, exclama la Iglesia, *que así has demostrado la dulcedumbre de tu afecto para con tus hijos!*<sup>2</sup> Y, por lo que hace á darnos fortaleza para bien obrar, en qué consiste la verdadera libertad, pues sólo *es libre el que todo lo puede*, como el Apóstol<sup>3</sup>, la Eucaristía es fuente de divinas energías para la virtud.

10. Trabas de la libertad para el bien obrar son, como sabéis, las pasiones del propio corazón, la tiranía del mundo, las preocupaciones del amor propio, para no señalar sino las más notables, de todas las cuales nos ayuda á desembarazarnos la sagrada Eucaristía. Consideradlo brevemente. En vano los judíos se gloriaban de ser libres, cuando el Señor les ofrecía la verdadera libertad del espíritu por el conocimiento de la verdad: *Conoceréis la verdad, y la verdad os librará*<sup>4</sup>. Por más que ellos insistieron en lo esclarecido de su origen, diciendo: *Somos hijos de Abrahán, y á nadie hemos servido jamás*<sup>5</sup>, Jesucristo los confundía objetándoles: *En verdad os digo que quien obra mal, es esclavo del pecado*<sup>6</sup>; y vosotros tratáis de dar la muerte á quien os enseña la verdad, lo que no hiciera el que llamáis vuestro padre, Abrahán<sup>7</sup>. Luego, en hecho de verdad, sois esclavos de vuestras pasiones, no sois libres. Libre era Abrahán, porque hacía buenas obras; hacedlas también

<sup>1</sup> Eccl. in Miss. SS. Sacram.

<sup>2</sup> Eccl. in offic. SS. Sacram.

<sup>3</sup> Phil. 4, 13.

<sup>4</sup> Io. 8, 32.

<sup>5</sup> Ibid. v. 33.

<sup>6</sup> Ibid. v. 34.

<sup>7</sup> Ibid. 8, 40.

vosotros que alegáis la libertad de vuestra condición. Como si dijera: Cada cual es hijo de sus obras, y éstas lo son del principio de que dimanar la pasión ó la razón, el vicio ó la virtud, el bien ó el mal. Sólo es libre el que obra el bien. Y ¿puede obrarlo el que sirve ciegamente á desatentadas pasiones? ¡Ah! pero la Eucaristía, purificando el alma, no sólo del pecado, sino de la desordenada afición á los bienes sensibles, tiene virtud para hacernos superiores á la violencia de nuestros desenfrenados apetitos. Por la falsa dulzura con que nos seduce el sensual deleite, la divina Comunión nos da á gustar delicias inefables, que exceden á todas las terrenas. Y ¿qué puede el mundo con sus leyes tiránicas sobre una alma generosa que se fortalece en la mesa eucarística? El respeto humano, fantasma aterrador de los pechos cobardes, desaparece ante el Pan de los fuertes; y, alcanzada esa victoria sobre el mundo, goza el alma cristiana de admirable libertad para servir á su Criador. El amor propio, veneno que se infiltra hasta en la práctica de la virtud, y engendra insensiblemente aquel espíritu de temor donde no hay que temer<sup>1</sup>, de ruindad de miras, encogimiento pueril y desconfianza que entorpecen la marcha en el divino servicio, herido con la luz que arroja la sagrada Eucaristía, se desvanece también y deja al alma en condiciones de paz y santa libertad. De aquí el que, como vamos á ver brevemente, sea la Mesa del Señor el secreto de la felicidad sobre la tierra.

### III.

11. ¿De qué felicidad no disfruta, cristianos, el alma que ha llegado á esta región de paz y libertad<sup>2</sup> por el

<sup>1</sup> Ps. 13, 5.

<sup>2</sup> Imit. Christi lib. III, cap. 25.



uso frecuente y piadoso de la sacrosanta Eucaristía? Porque en primer lugar, y ésta es la primera condición para ser feliz, nada le falta, según la endiosada Virgen Teresa de Jesús, aun faltándole todo el mundo. *De otro pan no tengamos cuidado*, exclamaba aquella alma grande y verdaderamente libre. ¿No está bien alimentada el alma que se regala en la mesa de Cristo? ¿podrá sentir el hambre espantosa de lo divino, de lo verdaderamente bueno y bello? Pues ¿no dice el Espíritu Santo por boca del profeta Zacarías: *¿Qué es lo bueno de Dios, y qué es lo hermoso del Señor, sino el trigo de los escogidos, y el vino que engendra vírgenes?*<sup>1</sup> ¿No nos convida por otro profeta diciendo: *Comed lo bueno, y vuestra alma se regalará*?<sup>2</sup> Y finalmente ¿dónde se cumple más puntualmente aquella promesa de Cristo: *Bienaventurados los que han hambre... porque ellos serán hartos*?<sup>3</sup> ¡Oh, qué hartura y qué delicias las de este sagrado banquete, sólo inferiores á las de la bienaventuranza!

12. Discurrir en seguida por todos los bienes que acarrea en el orden meramente natural la posesión de la humana libertad, bienes tan grandes, tan preciosos y evidentes que obligan al hombre á comprar aquélla á cualquier costa, lo mismo que á sacudir de sí con titánico esfuerzo las cadenas de la esclavitud, que es cárcel llena de miserias. Conquistada la libertad á precio de sangre, el hombre se cree rico, grande, feliz sobre la tierra. Pues ¿cómo no lo será mucho más, hecho dueño de otra libertad más real y más preciosa, cual es la del espíritu, la de los hijos de Dios, la de los

<sup>1</sup> Zach. 9, 17.<sup>2</sup> Is. 55, 2.<sup>3</sup> Matth. 5, 5.

santos? Gran ventura es, sin duda, el poder disponer de un pedazo de tierra como señor y propietario, no como feudatario miserable; pues, ¿qué dicha no será ser señor de sí mismo, dueño de la tierra del propio corazón, como los que por la mansedumbre han conquistado el señorío de sus actos y movimientos interiores? No en vano apellidó felices á los mansos el divino Salvador<sup>1</sup>. Gloríese en horabuena el que puede llevar una vida hasta cierto punto independiente en medio de la sociedad; más gloriosa es la independencia del espíritu, sólo rendido á la verdad, no esclavo de mundanos caprichos y vanas opiniones, despreciador, como el Apóstol, de los juicios comúnmente injustos y apasionados de los hombres<sup>2</sup>. En fin, la tranquilidad en el goce del derecho, la paz no turbada por enemigos interiores ni exteriores, es el colmo de los bienes que no siempre alcanza á dar la libertad. Mas ¿quién podrá robar ni alterar siquiera la tranquilidad de una alma verdaderamente libre, fundada en la adhesión incontrastable á la voluntad divina, fruto del puro amor del único bien inmutable y eterno? ¡Alma venturosa la que puede afirmar con el Apóstol: *Nada en el mundo podrá separarme de la caridad de Dios que está en Jesucristo*!<sup>3</sup> ¿No es esto, cristianos, gozar de un remedo de la bienaventuranza? Concluamos. La libertad plena y perfecta no se disfrutará sino en el cielo, rotas ya las cadenas de nuestra cárcel terrenal. Entre tanto, y en medio de las penalidades del destierro, si hay medio de vivir feliz en posesión de la dulce libertad cristiana, es, á no dudar, la frecuencia de la sagrada Eucaristía, Pan de los

<sup>1</sup> Matth. 5, 4.<sup>2</sup> I Cor. 4, 3.<sup>3</sup> Rom. 8, 35.



hijos de Dios. ¡Cosa admirable! *O res mirabilis!* ¡El Prisionero voluntario del Tabernáculo es el Libertador de las prisiones de nuestra voluntad!

### SERMÓN VIGÉSIMO SEGUNDO

(predicado en la iglesia parroquial de San José, Bogotá, 1898).

#### La Eucaristía y la igualdad.

Non enim est distinctio Iudæi et Græci; nam idem Dominus omnium, dives in omnes qui invocant illum.

No hay delante de Dios distinción de judío y griego, porque uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos los que lo invocan.

Rom. 10, 12.

1. Tras el anhelo de una falsa libertad, que no es ni puede ser otra cosa, en definitiva, que verdadera y oprobiosa esclavitud, surge en los hombres fascinados por las ideas revolucionarias, el loco afán de nivelación é igualdad absoluta de clases y condiciones y derechos. Jesucristo nuestro Salvador es el único que darnos puede libertad verdadera y gloriosa, cual es la que corresponde á los *hijos de Dios*, á cuya dignidad nos ha llamado<sup>1</sup>; él sólo es también capaz, hermanos míos muy amados, de otorgarnos la posible igualdad, esto es, la que puede armonizarse con la naturaleza y la justicia, la que se funda en la bondad y liberalidad infinita del Señor para con todas sus criaturas, según las palabras del Apóstol: *No hay delante de Dios distinción de judío y griego, porque uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos los que lo invocan*<sup>2</sup>. Porque es evidente que esa otra igualdad de mala ley, tan contraria á la

<sup>1</sup> Rom. 8, 21.

<sup>2</sup> Ubi supra.

naturaleza misma de las cosas, como al orden establecido por Dios entre los hombres, Él no puede ni quiere concedérmola; y el cristiano y el hombre de razón deben renunciar á tan locas pretensiones. En efecto, hermanos carísimos, ¿no es una locura tratar de oponernos á la ley de desigualdad manifiestamente estampada por el soberano Creador en todo el universo? ¿Hay por ventura dos cosas en toda la creación que sean perfectamente iguales, aunque de una misma especie? Poseyendo millones de criaturas las mismas propiedades esenciales, verbigracia, los hombres las de animal y racional, cada uno de ellos se constituye por cualidades accidentales que lo individualizan y distinguen de todos los demás; y esta casi infinita variedad de accidentes en la unidad de naturaleza es precisamente lo que imprime en el universo ese sello de hermosura y perfección que acusa su divino origen. Alzad los ojos á la bóveda estrellada de los cielos, y allí veréis astros sin número girando en espacios sin medida; pero por más que os esforcéis á distribuirlos en grupos de varias magnitudes, no lograréis descubrir dos solamente que brillen con la misma intensidad y posean la misma velocidad y el mismo peso. ¡Admirable variedad, ó sea, desigualdad de las obras de Dios! Y ¡cómo realzan la armonía de la creación! *Vió Dios todo lo que había hecho, y hallólo todo bueno y perfecto*<sup>1</sup>. Y ¿pretenderá el hombre corregir la plana al sapientísimo Hacedor, queriendo igualar á los hombres que Él hizo tan desiguales como las estrellas?<sup>2</sup>

2. Pero advertid desde luego, hermanos míos, que el hombre ofuscado por el orgullo y la sensualidad no

<sup>1</sup> Species cœli gloria stellarum (Eccli. 43, 10).

<sup>2</sup> Gen. 1, 31.

<sup>3</sup> Iob 38, 31.



hijos de Dios. ¡Cosa admirable! *O res mirabilis!* ¡El Prisionero voluntario del Tabernáculo es el Libertador de las prisiones de nuestra voluntad!

### SERMÓN VIGÉSIMO SEGUNDO

(predicado en la iglesia parroquial de San José, Bogotá, 1898).

#### La Eucaristía y la igualdad.

Non enim est distinctio Iudæi et Græci; nam idem Dominus omnium, dives in omnes qui invocant illum.

No hay delante de Dios distinción de judío y griego, porque uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos los que lo invocan.

Rom. 10, 12.

1. Tras el anhelo de una falsa libertad, que no es ni puede ser otra cosa, en definitiva, que verdadera y oprobiosa esclavitud, surge en los hombres fascinados por las ideas revolucionarias, el loco afán de nivelación é igualdad absoluta de clases y condiciones y derechos. Jesucristo nuestro Salvador es el único que darnos puede libertad verdadera y gloriosa, cual es la que corresponde á los *hijos de Dios*, á cuya dignidad nos ha llamado<sup>1</sup>; él sólo es también capaz, hermanos míos muy amados, de otorgarnos la posible igualdad, esto es, la que puede armonizarse con la naturaleza y la justicia, la que se funda en la bondad y liberalidad infinita del Señor para con todas sus criaturas, según las palabras del Apóstol: *No hay delante de Dios distinción de judío y griego, porque uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos los que lo invocan*<sup>2</sup>. Porque es evidente que esa otra igualdad de mala ley, tan contraria á la

<sup>1</sup> Rom. 8, 21.

<sup>2</sup> Ubi supra.

naturaleza misma de las cosas, como al orden establecido por Dios entre los hombres, Él no puede ni quiere concedérmola; y el cristiano y el hombre de razón deben renunciar á tan locas pretensiones. En efecto, hermanos carísimos, ¿no es una locura tratar de oponernos á la ley de desigualdad manifiestamente estampada por el soberano Creador en todo el universo? ¿Hay por ventura dos cosas en toda la creación que sean perfectamente iguales, aunque de una misma especie? Poseyendo millones de criaturas las mismas propiedades esenciales, verbigracia, los hombres las de animal y racional, cada uno de ellos se constituye por cualidades accidentales que lo individualizan y distinguen de todos los demás; y esta casi infinita variedad de accidentes en la unidad de naturaleza es precisamente lo que imprime en el universo ese sello de hermosura y perfección que acusa su divino origen. Alzad los ojos á la bóveda estrellada de los cielos, y allí veréis astros sin número girando en espacios sin medida; pero por más que os esforcéis á distribuirlos en grupos de varias magnitudes, no lograréis descubrir dos solamente que brillen con la misma intensidad y posean la misma velocidad y el mismo peso. ¡Admirable variedad, ó sea, desigualdad de las obras de Dios! Y ¡cómo realzan la armonía de la creación!<sup>1</sup> *Vió Dios todo lo que había hecho, y hallólo todo bueno y perfecto*<sup>2</sup>. Y ¿pretenderá el hombre corregir la plana al sapientísimo Hacedor, queriendo igualar á los hombres que Él hizo tan desiguales como las estrellas?<sup>3</sup>

2. Pero advertid desde luego, hermanos míos, que el hombre ofuscado por el orgullo y la sensualidad no

<sup>1</sup> Species cœli gloria stellarum (Eccli. 43, 10).

<sup>2</sup> Gen. 1, 31.

<sup>3</sup> Iob 38, 31.



pretende propiamente igualarse con los demás hombres, sino antes bien sobreponerse á todos, por más que declame y grite en favor de la igualdad. ¿No es evidente que sólo quieren igualarse con los de arriba los que están abajo, pero no al revés? Los que son menos quieren á todo trance aparearse con los que son más; los pobres ansían por ser ricos, los que carecen de posición social, se desviven por escalar los altos puestos de la sociedad, los que padecen se desesperan por gozar como los más felices y afortunados de este mundo. ¿No es esta la verdad? Luego no se diga que el hombre aspira á establecer en la tierra el imperio de una igualdad imposible: dígase francamente que la ambición y la codicia luchan por alzarse hasta las alturas sociales; y, cuando lo hayan conseguido, maldecirán de la igualdad que para nada necesitan. Entre tanto Jesucristo nos ha enseñado doctrinas enteramente opuestas, diciéndonos de palabra y con su ejemplo: *El que es mayor entre vosotros, hágase como el menor de todos*<sup>1</sup>. Y en el Sacramento augusto de nuestros altares se abate y disminuye hasta hacerse invisible por su pequeñez. Pero, eso no obstante, nos iguala hasta donde es posible, al convidarnos y admitirnos á la mesa de la Eucaristía, como vais á ver en la primera parte de este discurso; y al propio tiempo nos enseña á encontrar la armonía moral en la misma desigualdad necesaria á la humana condición, como veréis en la segunda. Imploramos, etc. *Ave María.*

### DIRECCIÓN GENERAL I.

3. ¡Admirable parábola de Jesucristo la que se registra en el capítulo 14 de San Lucas, de la gran cena

<sup>1</sup> Luc. 22, 26.

dispuesta por un hombre rico y generoso! En ella, bajo el velo del apólogo, nos enseña el divino Maestro cuál es la conducta del Padre celestial respecto de los hombres en orden al repartimiento de los verdaderos bienes, que son los del espíritu. El Criador, en su altísimo consejo, ha formado en verdad muy desiguales á los hombres, por más que sea padre universal de todos, y á todos los abraza en el seno de su amor infinito<sup>1</sup>; ha hecho á unos sanos, y á otros enfermos; á éstos pobres, y á aquéllos ricos; pequeños y despreciables á muchos, grandes y honorables á pocos; inteligentes y sabios á algunos, cortos é ignorantes á los más: á unos inclinados á la virtud, á otros propensos por su mismo natural al vicio; en fin, á éstos los hizo nacer en medio de la luz y de la civilización, á aquéllos en las tinieblas de la barbarie y del paganismo; quiso que unos fuesen judíos, otros griegos, otros bárbaros y escitas. Pero, en medio de tanta diversidad de condiciones, de tanta desigualdad de bienes y fortunas, en una cosa quiso que todos los hijos de Adán fuesen absolutamente iguales, en aquello en que consiste su verdadera felicidad, supuesto que á todos los destinaba á ser eternamente felices: en el conocimiento de la verdad, y en las gracias suficientes para la salvación. Tal es la doctrina del Apóstol: *Dios quiere positivamente que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad*<sup>2</sup>. Que si, no todos son iluminados, ni arriban todos al término feliz de su destino, no es ciertamente porque Dios les niegue ni escasee los medios necesarios para la salvación. Así lo persuaden de consuno la razón y la fe católica. Por eso los llama á todos el Padre de familias

<sup>1</sup> Sap. 11, 25.

<sup>2</sup> 1 Tim. 2, 4.



de la parábola evangélica, habiendo preparado una cena opípara y suntuosa, porque quiere que se *llene su casa* sin que sobre lugar<sup>1</sup>. Es cierto que primero invita á los magnates del pueblo escogido, á los que parecían más dignos del llamamiento al Evangelio por su misma profesión de maestros y doctores de la ley antigua: *Vocavit multos*. Mas una vez que éstos, por soberbia, sensualidad y apego á los bienes terrenales, despreciaron la cortés invitación del Señor, las puertas del palacio quedaron abiertas para todos, pobres y plebeyos, enfermos y desgraciados, para cuantos poblaban las plazas y arrabales de la ciudad; y, no contento aún con tanta gente, manda á sus criados que salgan por los pueblos y ciudades comarcanas á llamar á todos sin distinción de personas, ni de razas<sup>2</sup>: su casa es demasiado grande para que nadie quede afuera: su banquete es tan abundante, que todo el mundo puede participar de él hasta saciarse. Solamente serán excluidos sin remedio los despreciadores de la generosa invitación.

4. Esta cena por antonomasia grande, hermanos míos, designa, según la interpretación de los Padres<sup>3</sup>, no sólo la bienaventuranza de la gloria, en donde serán embriagados de felicidad sus dichosos moradores<sup>4</sup>, sino también la Iglesia, esto es, la verdadera religión, el evangelio y la fe en Jesucristo, y finalmente el festín de la sagrada Eucaristía. Ahora bien: ¿á qué hombre, por mísero y desventurado que sea por naturaleza y condición, no llama Dios á gozar de la gloria de su reino por toda la eternidad? ¿á quién no convida con la luz del evangelio y con los bienes de la gracia que se

<sup>1</sup> Luc. 14, 23.<sup>2</sup> Ibid.<sup>3</sup> *Corn. a Lapide*, Comm. in Luc. cap. 14.<sup>4</sup> Ps. 35, 9.

comunican por los Sacramentos de la Iglesia? ¿á quién, en fin, se le niega el acceso á la Mesa del Altar, en donde se reparte á todos por igual el alimento de vida eterna, el *Pan de los hijos*<sup>1</sup>? La Iglesia y sus ministros, en calidad de emisarios de Cristo, están invitando á todas horas á toda suerte de personas, á grandes y pequeños, pobres y ricos, sabios é ignorantes, á acercarse, con disposiciones de fe, hambre espiritual y decente atavío de virtudes, al divino banquete, á la gran Cena, ofreciéndoles á todos hartura de deseos, satisfacción y contento más de cielo que de tierra. ¡Ah! cristianos; y ¿cuántos no hay, en los mismos términos del pueblo escogido, esto es, entre los católicos que desdeñan y aún desprecian descortésmente la cariñosa invitación, disfrazando, como dice San Gregorio, con palabras humildes su soberbia?<sup>2</sup> ¿Cuántos no alegan, para excusarse del celestial Convite de la Eucaristía, tan fútiles pretextos como aquéllos de los convidados de la Parábola: *Villam emi... uxorem duxi... non possum venire*<sup>3</sup>? ¿Por quién, pues, queda el que no nos sentemos todos á la misma mesa como hijos de un mismo Padre y Señor, á disfrutar de la misma fortuna, de los mismos deleites celestiales? No ciertamente por parte de aquél que *es rico* en misericordia *con todos los que le invocan*<sup>4</sup>, con todos los que aceptan agradecidos su convite. Los que no lo aceptan por creerse bastante felices con los bienes y placeres de este mundo, ésos son los que no quieren la igualdad, los que prefieren distinguirse de los demás, afectando sobre ellos superioridad y grandeza.

<sup>1</sup> Matth. 15, 26.<sup>2</sup> *S. Gregor.*, Hom. 13 in Evang.<sup>3</sup> Luc. 14, 18. 20.<sup>4</sup> Ibid.



¡Ah! ¡cuán distinta sería su conducta, si el mismo Dios los convidara á otra mesa, á otros bienes y delicias del sentido! Entonces los veríais acudir afanosos adonde los lleva y aun arrastra la ruin inclinación de la naturaleza corrompida. Y lo que acaece, hermanos míos, con la vocación ó convite á la comunión del cuerpo y sangre de Jesucristo, eso mismo sucede con el llamamiento que hace Dios á todos los hombres para que participen de la gracia y de la gloria. Todos querría Él que fueran ricos, todos grandes en el reino de los cielos; pero hay muchos que prefieren ser pobres y pequeños, infatuados con la vana pompa y falsa riqueza de este mundo. *Á los hambrientos llenó de bienes, cantó la santísima Virgen, y á los ricos dejó vacíos*<sup>1</sup>.

5. Y, no sólo nos iguala á todos el gran Padre de familias en la invitación á la sagrada Eucaristía, sino también en la porción y calidad del celestial alimento que allí nos ofrece; pues, como canta la Iglesia: *Sumit unus, sumunt mille: quantum isti, tantum ille*<sup>2</sup>. Tanto recibe uno como mil, recibiendo á todo Cristo contenido en el Sacramento. En aquel famoso banquete que celebró el rey Asuero, *para hacer ostentación oriental de las riquezas y poderío de su reino*<sup>3</sup>, aunque tan espléndido y regalado como no se ha visto otro en el mundo, no fueron todos los habitantes de Susán admitidos á la misma mesa, ni disfrutaron igual tiempo de las delicias del festín, puesto que para los grandes del reino duró seis meses y para todo el pueblo sólo siete días, aunque no con menor lujo y abundancia. No sucede lo mismo, hermanos carísimos, en este banquete

<sup>1</sup> Luc. I, 53.<sup>2</sup> Eccl. in fest. SS. Corp. Christi.<sup>3</sup> Esth. I, 4.

lucidísimo preparado por Dios para regalar á sus hijos, los ciudadanos del reino de los cielos, en donde todos son admitidos en condiciones exactamente iguales, á todos se le sirve la misma vianda del cuerpo y sangre de Cristo, y por todas las veces que quieran recibirle, pues el convite eucarístico dura por toda la vida del hombre y de la humanidad, desde que fué abierto en la noche de la Cena. No hay aquí distinción de razas, de sexos, de edades ni aun de condiciones sociales, por lo cual exclama llena de admiración el alma piadosa: *O res mirabilis!* ¡Oh dignación admirable! *Manducat Dominum pauper, servus et humilis*. Al mismo Señor come el pobre, el siervo, el abatido<sup>1</sup>, que el rico, el grande y poderoso del mundo. ¡Prodigio de largueza del que es rico para todos! ¡Qué ostentación tan magnífica hace aquí el gran Rey, de los tesoros de su misericordia y poder! Como quiera que de nada ni de nadie necesita, pues Él es quien provee á todas sus criaturas de toda suerte de bienes<sup>2</sup>, convida á todos los hombres á comprar sin oro ni plata ni moneda alguna el vino exquisito y la suave leche del manjar eucarístico<sup>3</sup>. Y, no contento con llamarlos á todos y con sentarlos á su mesa, lleva su dignación hasta servirles con su propia mano: *Tomad y comed todos*<sup>4</sup>. ¿Quién dirá después de ésto que hay en nuestro buen Dios acepción de personas?<sup>5</sup>

6. Por lo que hace á los efectos de la sagrada comunión, gustos y delicias que en ella experimenta el alma, con los demás frutos de vida eterna que produce en quien dignamente la recibe, si hay desigualdad, her-

<sup>1</sup> Eccl. ubi supra.<sup>2</sup> Ps. 33, 10.<sup>3</sup> Is. 55, 1.<sup>4</sup> I Cor. II, 24.<sup>5</sup> Rom. 2, 11.



manos míos, ésta no depende sino de nosotros mismos, de la desigual disposición con que llegamos á la sacrosanta mesa. Quien va á coger agua de una fuente abundante y cristalina, puesta para proveer á todos, tanta agua recibe cuan grande vaso lleva<sup>1</sup>. *Habrà en aquel tiempo*, dice Dios por Zacarías<sup>2</sup>, *una fuente descubierta á los de la casa de David*, la fuente copiosa de su sangre, colocada en medio de la Iglesia católica para refrigerio y beneficio de todos los cristianos. ¡Oh! ¡si todos cuantos comulgan, se acercasen provistos siquiera de las disposiciones necesarias para recibir á Cristo dignamente, y con él la vida y la salud! Mas, por desgracia, hay quienes, no sólo no reciben abundancia de vida, sino que se tragan la muerte y la condenación. *El que come y bebe indignamente*, es sentencia del Apóstol, *come y bebe el juicio para sí*<sup>3</sup>. ¡Qué suerte tan desigual, dice la Iglesia, la de los que comulgan! Vida ó muerte reciben, conforme á sus buenas ó malas disposiciones, aunque reciban el mismo Sacramento<sup>4</sup>. Que no basta, observa San Agustín, recibir el Sacramento visible, sino que es necesario recibir la virtud del Sacramento. *Aliud est sacramentum, aliud virtus sacramenti*<sup>5</sup>. ¿Por ventura, dice el mismo Santo, no fué veneno para Judas el bocado que le ofreció el Señor en la noche de la Cena? Al recibirlo entró en él Satanás; mas no fué que recibiera el mal, sino que, *siendo el malo, recibió el bien malamente*<sup>6</sup>. Por lo demás, ¡cuántos pobres y despreciados del siglo, cuántas almas puras y sencillas de la ínfima condición social, reciben torrentes de gracias y con-

<sup>1</sup> Rodríguez, Trat. del SS. Sacram.<sup>2</sup> Zach. 13, 1.<sup>3</sup> I Cor. 11, 29.<sup>4</sup> Eccl. 1. c.<sup>5</sup> S. August., tr. 26 in Io., in Breviar.<sup>6</sup> Ibid.

suelos cada vez que se acercan al altar, mientras otros de superior condición, de más inteligencia y más luces, apenas perciben alguna gota de dulzura espiritual! Aquellos se anegan en un mar de dulcedumbre y devoción que les hace echar en olvido los goces y los pesares de la tierra; éstos no encuentran más que disgusto y desabrimiento en la mesa de la Eucaristía. Pero ¿quién tiene la culpa de esta desigualdad, si no somos nosotros mismos?

7. Jesucristo arde en deseos de colmarnos á todos de felicidad, de enriquecernos con los tesoros de su gracia y elevarnos á la condición nobilísima de ciudadanos de su corte y comensales suyos en la mesa de la gloria: para eso nos regala anticipadamente con el banquete de su cuerpo y sangre, que, más bien que de viajeros, es festín de bienaventurados, mesa celestial, y no terrena. ¡Hasta dónde llega el empeño del Señor por engrandecer á los hombres! He aquí, que por la institución de este divino Sacramento, no sólo nos iguala á todos en derredor de su mesa, sino que nos ensalza por una especie de igualación con los ángeles. *¡He aquí, canta la Iglesia alborozada, he aquí el Pan de los ángeles hecho alimento de los pobres viadores!*<sup>1</sup> *El pan de los ángeles se convierte en pan de los hombres*<sup>2</sup>. *Dióles á gustar pan del cielo más dulce y sabroso que el antiguo Maná de los viajeros israelitas, y el hombre se alimentó con manjar propio de ángeles*<sup>3</sup>. Y ¿no constituye esto sólo, hermanos míos, una suerte de igualdad entre el hombre, criatura de barro, y el ángel, puro y

<sup>1</sup> Ecce panis angelorum (Eccl. in offic. SS. Sacram.).<sup>2</sup> Panis angelicus fit panis hominum.<sup>3</sup> Sap. 16, 20. Eccl. ubi supra.



bienaventurado espíritu? Si por la naturaleza de nuestra alma espiritual, y más aún por el ser sobrenatural de la gracia, pudo decir el Real Profeta que Dios había elevado al hombre á una altura *poco menor* que la de los ángeles<sup>1</sup>, coronándolo de gloria y honor, ¿qué diremos después que, por la institución de este divino Sacramento, le ha admitido á la mesa de los ángeles, para alimentarle con un mismo pan del cielo? De esta manera y en un orden superior, restablece nuestro buen Dios el imperio de la igualdad entre los hombres; y en virtud de esta misma disposición maravillosa nos ayuda á buscar y hallar la armonía moral que se oculta en esa misma desigualdad indispensable en la humana condición, según paso á declarar brevemente en la segunda parte.

## II.

8. La desigualdad ó variedad que se encuentra en todas las obras del Criador, y, por consiguiente, la que vemos entre los hombres, no es, mis amados hermanos, como ya lo notamos al principio, elemento de desorden, sino al contrario, condición de armonía. Ésta no existe propiamente donde reina perfecta igualdad, sino donde entre la variedad descuella la unidad, ó sea, en la igualdad de los seres desiguales. La igualdad absoluta produciría la monotonía, impresión poco grata á la vista y á la inteligencia. ¿Cuán otra es la impresión que nos causa un conjunto armónico de cosas infinitamente varias? Díganlo las bellas artes, dígalo la ciencia, dígalo el sentido común. Sin necesidad de profundizar mucho en esta grande é importante verdad, bástenos considerar,

<sup>1</sup> Ps. 8, 6.

como nos lo propone el Apóstol San Pablo, la maravillosa armonía de nuestro propio cuerpo<sup>1</sup>. ¿De qué depende su perfección y hermosura esencial? ¿no es acaso de la multitud y diversidad de sus miembros, dispuestos como plugo á la mano del Criador en un organismo viviente, en una máquina de fábrica divina, perfectamente ordenada para todas las funciones de la vida animal y racional? Si los órganos del cuerpo humano fuesen todos iguales, ¿cómo funcionarían diferentemente? Y entonces ¿á qué quedaría reducida la vida?<sup>2</sup> Y entre esos miembros diversos claro está que debe existir diversidad de nobleza y perfección, como lo nota el mismo Apóstol escribiendo á los corintios<sup>3</sup>; mas no por eso está descontento ningún miembro, ni se queja el pie de no ser mano, ni ésta de no ser cabeza ó corazón, antes todos parece que se ayudan mutuamente y conspiran para conservar y desarrollar la vida del compuesto. Hay armonía en la desigualdad. Ved ahí, hermanos míos, una hermosa y exacta figura del cuerpo social, doméstico, político y religioso, y de la armonía que debe reinar entre los hombres para el bien común, dada la diversidad de los individuos y desigualdad necesaria de los estados y condiciones. Sobre dos bases principales estriba, á mi ver, esta armonía, condición de felicidad para los hombres; prescindiendo de otros medios ó agentes exteriores. Estas bases nos las da el espíritu de Jesucristo que se nos comunica de lleno en la comunión de su adorado cuerpo, y son humildad y caridad. Declaremos con alguna extensión este pensamiento.

9. Por medio de la humildad, que es la verdad, como sabiamente se ha dicho, cada uno de los miem-

<sup>1</sup> Rom. 12, 4.

<sup>2</sup> I Cor. 12, 19.

<sup>3</sup> Ibid. v. 22 sqq.



bros de la sociedad, sea doméstica, civil ó religiosa, está contento con ocupar el puesto señalado para él expresamente por la sabia Providencia, de quien es disponer las suertes de los hombres<sup>1</sup>. ¿Por ventura, dice Jesucristo, puede alguien añadir un codo ó un palmo á su estatura natural?<sup>2</sup> Luego menos podrá cambiar su estado contra la voluntad del Soberano Hacedor. No está en manos del hombre trastornar impunemente lo que Dios ha establecido para el bien del hombre mismo; y, siendo la desigualdad de condiciones resultado natural de las cosas, es preciso reconocer que ella viene del Autor de la naturaleza, y al hombre no le es dado conjurarse para destruirla. Y ¿qué obtendría después de todo por ese medio? ¿Acaso llegaría á ser más feliz que antes? ¡Ah, cristianos! No está la felicidad precisamente en ser más de lo que Dios quiere que seamos, sino en ser lo que debemos dentro de la esfera en que nos colocó su Providencia. No está la felicidad tan suspirada en subir siempre, en poseer más y más, en disfrutar cada día de mayores goces, porque la razón y la experiencia nos enseña que muchos hallaron desencantos en la elevación, espinas en la riqueza, y amargura y desesperación en el placer. Creyeron que, saliendo de su esfera, serían más felices, y se hallaron después más desdichados, aun viendo satisfechas sus locas ambiciones. Y ¿qué, si no consiguen, por mucho que se agiten, el cambio apetecido? Y ¿no es ésta la suerte ordinaria de los que reniegan de la suya? ¿Logran acaso la mayor parte de los hombres descontentos mejorar de posición ó de fortuna? Alguna vez acontece, hermanos míos, que Dios, para mostrar que es dueño de todas las cosas y

<sup>1</sup> Jer. 10, 23.<sup>2</sup> Luc. 12, 25.

de los acontecimientos, levanta del polvo al indigente y lo saca del fango de su miseria para colocarlo al lado de los grandes de la tierra<sup>1</sup>; mas no es ésto lo ordinario, ni pudiera serlo sin trastorno de las leyes que rigen á los hombres y á las sociedades. La ley regular es que cada cual viva y muera en el escalón social en que nació, si no es que descienda á otro inferior. El cristiano que pone los ojos en el abatimiento voluntario de un Dios sacramentado, el cual, como reflexiona el Apóstol<sup>2</sup>, siendo inmensamente rico y poderoso en la condición natural de su divinidad, descendió hasta la indigencia y el anonadamiento de la Encarnación y del altar, no alimentará en su corazón pensamientos de fantásticas grandezas, ni soñará con igualarse á los que ocupan el pináculo de la sociedad, ni maldecirá la posición social ó doméstica que le correspondió en la general distribución de los destinos humanos. Así hallará la paz y la tranquilidad de espíritu, bien infinitamente mayor que los frívolos placeres y vanos engrandecimientos exteriores. Así, por el culto de la sacrosanta Eucaristía, revestido cada uno de los sentimientos de Cristo, contribuirá por su parte á establecer la armonía moral en medio del desequilibrio de las condiciones.

10. Á este efecto concurrirá también, por parte de los más afortunados según el mundo, la cristiana virtud que brota de la fuente eucarística, la caridad. Por ella descenderán los grandes hasta los pequeños, los ricos hasta los pobres, como descendió el Rey del cielo, no sólo hasta la tierra, sino hasta la región situada debajo de ella, para llevar la luz y la vida á los que yacían allí en tinieblas de muerte<sup>3</sup>. Siguiendo la enseñanza del

<sup>1</sup> Ps. 112, 6. 7.<sup>2</sup> Phil. 2, 6—7.<sup>3</sup> Eph. 5, 9.



divino Maestro<sup>1</sup>, el que es mayor entre los hombres harase como el menor, y el que preside como quien sirve; ni afectará imperiosidad insultante sobre sus hermanos, sabiendo que todos necesitamos de todos<sup>2</sup>. Confundidas todas las clases sociales en el recinto del templo, ya para la común adoración del Dios sacramentado, ya para la comunión de su sagrado cuerpo, desaparecerán siquiera momentáneamente las desigualdades que tanto hieren el mal aconsejado amor propio de las clases inferiores; y, olvidándose los unos de que son amos, y los otros de que son sirvientes, no se acordarán sino de que son hijos de un mismo padre, siervos todos de un mismo señor, miembros de un solo cuerpo cuya cabeza es Cristo, el Hombre-Dios. La diversidad de clases, lo mismo que la variedad de dones, distribuidos por Dios según le place, no tiene por objeto, enseña San Pablo á los efesios, el bien privado de cada miembro social sino la *edificación de todo el cuerpo: in ædificationem corporis Christi*<sup>3</sup>. Hanse dado, pues, mayores bienes á los unos á fin de que sirvan con ellos á los desheredados, á fin de que los socorran y acudan con amor fraterno, *obrando con verdadera caridad*, dice el Apóstol<sup>4</sup>, y de este modo *crezcamos todos proporcionalmente debajo de Cristo, nuestra cabeza*, hasta llegar á la plenitud de la vida, la cual no se consumará sobre la tierra, sino en la bienaventurada eternidad.

11. He aquí, para concluir, vinculada al augusto Sacramento de la Eucaristía la solución del pavoroso problema de la desigualdad entre los hombres; he aquí la clave para hallar la apetecida armonía. De la Eucaristía

<sup>1</sup> Luc. 22, 26.<sup>2</sup> 1 Cor. 12, 21.<sup>3</sup> Eph. 4, 12.<sup>4</sup> Ibid. v. 15.

subamos, hermanos carísimos, al cielo, á aquella venturosa ciudad de Dios, donde todos seremos grandes, ricos, y felices, no subsistiendo allí más desigualdades que las producidas por la diversidad de nuestros merecimientos. Seamos santos en la tierra, y seremos grandes en el reino de los cielos. Así sea.

### SERMÓN VIGÉSIMO TERCIO

(predicado en la parroquia de Las Aguas, Bogotá, 1898).

#### La Eucaristía y la fraternidad.

In pietate autem (ministrate) amorem fraternitatis.

Ejercitad en la piedad el espíritu de fraternidad.

<sup>2</sup> Petr. 1, 7.

I. ¡Dulce es, hermanos míos, el sentimiento que liga los corazones de los hombres con ese estrecho vínculo, puro y desinteresado, que se llama la amistad!<sup>1</sup> ¡Pero más dulce es todavía aquel afecto santo grabado por Dios mismo en el corazón humano, que, cual cadena de oro, enlaza los miembros de un mismo hogar, los renuevos de un mismo tronco, los que se cobijan bajo una misma sombra: el afecto de la *fraternidad!* ¡Oh, y qué bueno y qué agradable es, dice el Salmista, *habitar unidos los hermanos!*<sup>2</sup> ¿No es por ventura el amor fraterno uno de los principales elementos de felicidad en el seno de la humana familia? ¿Quién no lo siente así? ¿quién no lo proclama en alta voz? ¡Cuánto más bello, pues, cuánto más dulce no será, amados oyentes, este mismo sentimiento, no ya circunscrito al estrecho

<sup>1</sup> Eccli. 25, 12.<sup>2</sup> Ps. 132, 1.



divino Maestro<sup>1</sup>, el que es mayor entre los hombres harase como el menor, y el que preside como quien sirve; ni afectará imperiosidad insultante sobre sus hermanos, sabiendo que todos necesitamos de todos<sup>2</sup>. Confundidas todas las clases sociales en el recinto del templo, ya para la común adoración del Dios sacramentado, ya para la comunión de su sagrado cuerpo, desaparecerán siquiera momentáneamente las desigualdades que tanto hieren el mal aconsejado amor propio de las clases inferiores; y, olvidándose los unos de que son amos, y los otros de que son sirvientes, no se acordarán sino de que son hijos de un mismo padre, siervos todos de un mismo señor, miembros de un solo cuerpo cuya cabeza es Cristo, el Hombre-Dios. La diversidad de clases, lo mismo que la variedad de dones, distribuidos por Dios según le place, no tiene por objeto, enseña San Pablo á los efesios, el bien privado de cada miembro social sino la *edificación de todo el cuerpo: in ædificationem corporis Christi*<sup>3</sup>. Hanse dado, pues, mayores bienes á los unos á fin de que sirvan con ellos á los desheredados, á fin de que los socorran y acudan con amor fraterno, *obrando con verdadera caridad*, dice el Apóstol<sup>4</sup>, y de este modo *crezcamos todos proporcionalmente debajo de Cristo, nuestra cabeza*, hasta llegar á la plenitud de la vida, la cual no se consumará sobre la tierra, sino en la bienaventurada eternidad.

11. He aquí, para concluir, vinculada al augusto Sacramento de la Eucaristía la solución del pavoroso problema de la desigualdad entre los hombres; he aquí la clave para hallar la apetecida armonía. De la Eucaristía

<sup>1</sup> Luc. 22, 26.<sup>2</sup> 1 Cor. 12, 21.<sup>3</sup> Eph. 4, 12.<sup>4</sup> Ibid. v. 15.

subamos, hermanos carísimos, al cielo, á aquella venturosa ciudad de Dios, donde todos seremos grandes, ricos, y felices, no subsistiendo allí más desigualdades que las producidas por la diversidad de nuestros merecimientos. Seamos santos en la tierra, y seremos grandes en el reino de los cielos. Así sea.

### SERMÓN VIGÉSIMO TERCIO

(predicado en la parroquia de Las Aguas, Bogotá, 1898).

#### La Eucaristía y la fraternidad.

In pietate autem (ministrate) amorem fraternitatis.

Ejercitad en la piedad el espíritu de fraternidad.

<sup>2</sup> Petr. 1, 7.

I. ¡Dulce es, hermanos míos, el sentimiento que liga los corazones de los hombres con ese estrecho vínculo, puro y desinteresado, que se llama la amistad!<sup>1</sup> ¡Pero más dulce es todavía aquel afecto santo grabado por Dios mismo en el corazón humano, que, cual cadena de oro, enlaza los miembros de un mismo hogar, los renuevos de un mismo tronco, los que se cobijan bajo una misma sombra: el afecto de la *fraternidad!* ¡Oh, y qué bueno y qué agradable es, dice el Salmista, *habitar unidos los hermanos!*<sup>2</sup> ¿No es por ventura el amor fraterno uno de los principales elementos de felicidad en el seno de la humana familia? ¿Quién no lo siente así? ¿quién no lo proclama en alta voz? ¡Cuánto más bello, pues, cuánto más dulce no será, amados oyentes, este mismo sentimiento, no ya circunscrito al estrecho

<sup>1</sup> Eccli. 25, 12.<sup>2</sup> Ps. 132, 1.



círculo de los que nacieron dentro de los mismos muros, sino ensanchado, dilatado á todos los que, descendiendo de un mismo origen, del primer tronco formado por las manos del Creador, componen la gran familia humana! No hay duda que, si la fraternidad llegase á reinar sobre la tierra, ésta sería desde luego un trasunto del paraíso terrenal, donde los hombres todos se sentirían felices. Ahora bien, hermanos carísimos: ¿por qué no ha reinado efectivamente en el mundo la fraternidad? Todos la desean vivamente, todos la proclaman como ley de las relaciones mutuas entre los hombres y entre las sociedades; y de un siglo acá muy especialmente, desde la demoledora Revolución del siglo XVIII, la fraternidad, al lado de la igualdad y de la libertad, viene pregonándose como dogma de la escuela humanitaria, como conquista de las nuevas ideas, como base del soñado progreso porvenir<sup>1</sup>. ¿No será, pues, hacedero establecer su imperio sobre la tierra?

2. Sí, cristianos; mas no por las sendas tenebrosas trazadas por los corifeos del moderno progreso revolucionario, sino por el camino recto y bien iluminado que para la felicidad nos ha descubierto nuestro adorable Redentor Jesucristo. Él, diez y ocho siglos antes que los filántropos modernos, había enseñado al mundo esta doctrina regeneradora, la había establecido sobre las sólidas bases de la verdadera religión, y la dejó en herencia á los hijos de su Iglesia, los cuales, con la gracia de la fe y los Sacramentos, la han practicado y la practican maravillosamente. Sí, carísimos hermanos, la fraternidad es un hecho brillante en el mundo cristiano, y lo será más y más á proporción que florezcan

<sup>1</sup> «Libertad, igualdad, fraternidad» (lema de la Revolución francesa).

las doctrinas é instituciones del Salvador. Oíd al Apóstol San Pedro, enseñando á los primeros fieles la práctica de la fraternidad basada en la piedad y la fe. *Ejercitad*, les dice, *en la fe la piedad, y en la piedad el espíritu de fraternidad*<sup>1</sup>. ¡Admirable orden de ideas, fe, piedad, fraternidad! La fe nos revela el misterio de nuestra filiación divina, aunque adoptiva, habiendo sido hechos por Jesucristo *partícipes de la naturaleza divina*<sup>2</sup>; la piedad nos hace tributar á Dios Padre el culto filial; y la fraternidad nos liga, en consecuencia, con vínculos de hermanos. Todo esto es lógico y reposa en la enseñanza de Cristo, Hijo de Dios encarnado para nuestra salvación. Aquí tenéis, amados fieles, la verdadera idea de la fraternidad universal por Cristo: la sagrada Eucaristía la completa y perfecciona. Tal es la importante verdad que me propongo desarrollar en esta tarde. ¡Logre yo, por la poderosa intercesión de María, madre de todos los hombres, dejar en vuestras almas hondamente impresa la convicción de que el sentimiento de la fraternidad, lejos de ser conquista de la Revolución anticristiana, es fruto natural del evangelio y de la participación eucarística! *Ave María*.

#### I.

3. ¡Ay del mundo por razón de los escándalos! exclamaba nuestro divino Salvador<sup>3</sup>. ¡Ay del mismo, pudiéramos exclamar nosotros, si, por efecto de funestas doctrinas, llegase á oscurecerse en la conciencia del género humano la idea cristiana, y á extinguirse en el corazón su virtud! Extinguida la práctica de la fraternidad, el mundo volvería á ser, como en los tiempos de an-

<sup>1</sup> Ubi supra.

<sup>2</sup> 2 Petr. 1, 4.

<sup>3</sup> Matth. 18, 7.



taño, un campo de batalla donde los hombres se despedazarían unos á otros como fieras. Resucitaría el axioma nefando: *Homo homini lupus*, y la condición de la vida humana sería intolerable. ¡Á ese abismo quieren empujarnos las falaces doctrinas revolucionarias! ¡Á ése llevan el humanitarismo y la fraternidad mentida! ¿Se necesita más que la experiencia de ayer para probarlo? ¿Acaso no se vió el mundo ensangrentado, cuando la proclamación á voz en cuello de la fraternidad sectaria por la Revolución francesa? ¿acaso no se renovaron cien veces y mil las escenas de Caín y Abel en el nuevo paraíso de soñadas delicias? Cuando las pasiones se desencadenan, roto por la impiedad el único freno del temor de Dios, ¿qué valen las bellas palabras de fraternidad, humanidad, amor universal? Ni basta para ligar á los hombres con lazos prácticos de amor fraterno la creencia bien asentada de la unidad de origen y el reconocimiento de la igualdad de naturaleza, puesto que en la cuna misma del género humano y á la vista de Adán y Eva, el desnaturalizado Caín se lanzó como lobo carnicero sobre el inocente Abel. Algo más se necesita que la simple convicción filosófica para practicar la fraternidad, para que los hombres vivan y se traten como verdaderos hermanos. ¿Sabéis qué más se necesita? La luz de la fe y la gracia que emana del Salvador.

4. Es un hecho que nadie se atreverá á discutir, carísimos hermanos, que antes de aparecer el evangelio no se practicaba entre los hombres, ni aun se conocía, el sentimiento de la fraternidad, por más que se creyeran todos descendientes de un mismo tronco, es decir, á pesar de la reconocida unidad de la especie humana. Ni pretendo por esto afirmar que esta misma verdad no se haya oscurecido en el mundo hasta el grado de ne-

garla entonces, como hoy, algunos pretendidos filósofos y sabios. ¿No han osado muchos sostener, en nombre de la ciencia, que la diversidad de razas acusa diversidad de origen, y que no puede explicarse que la raza negra, verbigracia, provenga del mismo tronco que la blanca? ¿no se pretendió aquí mismo, en tierra de América, cuando su descubrimiento y primeras conquistas, que los indígenas no eran de igual naturaleza que los europeos? ¡Á tales desvaríos arrastra á la razón el necio orgullo de los hombres! Y ¿qué fuera de la fraternidad con el predominio de tan ruines ideas? Sin duda que contribuiría mucho al oscurecimiento práctico de la verdad sobre el común origen de la especie humana la ferocidad de costumbres que imperó universalmente en los tiempos del paganismo. ¿Cómo habrían de tenerse por hermanos los amos y los esclavos? Y ésta era entonces la gran división establecida entre todos los hombres. En virtud de ella dos terceras partes de la humanidad, cuando menos, yacían debajo de la planta de la otra tercera parte, libre, dueña tiránica del resto de la humana familia. ¡La humanidad gemía esclavizada, no sólo por Lucifer, tirano de las almas, sino por el orgullo, tirano de los cuerpos! ¡Qué situación tan horrible aquélla de que nos redimió el divino Libertador Jesucristo! ¿No deberíamos por este solo título tributarle solemne homenaje de amor y gratitud? ¿Habéis reflexionado bien, amados oyentes, en lo que era la esclavitud de aquellos tiempos? Pero ¿quién no lo sabe? La esclavitud era la condición más dura y degradante á que podía verse reducido el hombre, el cual no era ya siquiera persona, sino cosa y propiedad del amo. Trábase al esclavo con menos compasión y reparo que á la bestia: se le azotaba cruelmente, se le abofeteaba,



se le degollaba, si así convenía al dueño, impunemente<sup>1</sup>. Y al proceder así, creíase obrar con perfecto derecho, porque la naturaleza misma, según los más autorizados filósofos, era la madre de la esclavitud: había hombres nacidos para ser esclavos de los otros hombres. El esclavo era un hombre inferior por naturaleza, como lo es un sexo respecto de otro<sup>2</sup>. Tales eran las ideas corrientes que hacían de todo punto impracticable en el mundo pagano la fraternidad universal. Y, aunque más moderadas en el pueblo judío, tampoco era posible que en él se mirasen y tratasen como hermanos los esclavos y los señores. ¿Agar la sierva ¿podría jamás ser hermana de Sara la señora?

5. Y, si los hombres amparados por una misma nacionalidad, no eran hermanos, ¿cuánto menos lo serían los pertenecientes á distintas razas y nacionalidades! El judío ¿podía mirar al griego como hermano? De ningún modo. Y la Historia nos atestigua que los diferentes pueblos se miraban naturalmente como enemigos, lo mismo que sucede todavía entre las tribus bárbaras. El derecho exigía destruirse mutuamente. «Los pueblos, dice un apologista moderno<sup>3</sup>, se trataban mutuamente de bárbaros, profesándose unos á otros la aversión más profunda.... El mismo pueblo judío, con ser depositario de la verdadera fe, no conocía la fraternidad, á lo menos con respecto á las naciones vecinas, con las que ningunas relaciones cultivaba, según la prohibición que había recibido de su legislador.» Cuán arraigadas estaban en todas partes estas mezquinas ideas de división de razas

<sup>1</sup> *D'Hauterive*, Cathéchisme de Pers. tom. XII.

<sup>2</sup> Aristóteles, apud *Balmes*, El Protestantismo, etc.

<sup>3</sup> *D'Hauterive* l. c.

y nacionalidades, se deja ver por las enérgicas palabras del Apóstol de las gentes á los gálatas: *Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque cuantos habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo; ya no hay, pues, judío ni griego, siervo ni libre, ni varón ni mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús*<sup>1</sup>. Lo mismo inculca á los romanos diciendo: *No hay diferencia entre griegos y judíos, siendo uno mismo el Señor de todos*<sup>2</sup>. He ahí derribadas por el soplo de la doctrina de Cristo las altísimas barreras levantadas entre los pueblos dispersos en Babel por el orgullo y las demás pasiones: he ahí proclamada en los primeros centros del mundo civilizado la ley de la fraternidad universal en Jesucristo. ¿Quién otro que Él podía establecerla? Sólo Aquél á quien correspondía reconciliar el cielo con la tierra, era capaz de reconciliar á los hombres entre sí, resucitando de este modo el dogma ya casi aniquilado de la fraternidad<sup>3</sup>.

6. ¿Cuál es, en efecto, la doctrina abiertamente enseñada por el divino Maestro? Oídla de sus mismos labios: *Uno sólo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos*<sup>4</sup>. ¡Oh palabra de inefable dulzura y no menos eficacia, jamás oída entre los hombres! *No llaméis á nadie padre sobre la tierra, continúa diciendo, pues, uno sólo es vuestro padre, el que está en los cielos*. Sí, porque en comparación de esta paternidad soberana, ¿qué vale la terrena y carnal? Lo mismo digamos de la fraternidad según la carne. ¿Qué viene á ser, comparada con esa otra fraternidad que liga á los hijos de Dios entre sí por Jesucristo? No es ya en el orden de la

<sup>1</sup> Gal. 3, 26 sqq.

<sup>2</sup> Rom. 10, 12.

<sup>3</sup> *D'Hauterive* l. c.

<sup>4</sup> Matth. 23, 8.



naturaleza y como hombres, sino en el de la gracia y como cristianos, donde hemos de buscar el precioso vínculo fraternal que nos enlaza á todos. Salidos de las manos del mismo Creador, hemos sido rescatados todos con la sangre del mismo Redentor, y, por consecuencia de nuestro rescate, hemos sido todos convidados á esa divina filiación que nos permite llamar á Dios con el nombre ternísimo de Padre. De esta suerte se han duplicado y apretado más los lazos que nos unen á todos los cristianos, y ha quedado establecida una fraternidad más perfecta que la de la naturaleza. ¿Dónde podrá jamás encontrarse fraternidad más verdadera, sólida y estable? Los sectarios del día, que tanto alardean de fraternidad universal, aunque tan desmentida por sus hechos, ¿podrán señalarnos mejores bases y más sólidos fundamentos que los que sustentan la maravillosa fraternidad cristiana? ¿Creen ellos en un solo Dios Creador y Redentor de todos los hombres? Pues, entonces su dogma de la fraternidad no es nuevo, sino tan antiguo como el cristianismo; es el dogma fundado por Jesucristo y anunciado al mundo por los Apóstoles. ¿No creen? En ese caso no lograrán jamás asentar otra fraternidad que la de los brutos, fundada en la mera semejanza de naturaleza.

7. La doctrina de Jesucristo fué en seguida divulgada á los cuatro vientos por los fieles discípulos á quienes Él confió la misión de enseñar á todas las naciones, siendo recibida en el mundo con entusiasmo universal. Nada se inculcaba tanto á los neófitos, ya fuesen de procedencia judía, ya de gentil, como el *amor de la fraternidad*, fruto de la piedad y de la fe<sup>1</sup>; nada po-

<sup>1</sup> 2 Petr. 1, 7.

día ser tan grato á los gentiles, hasta entonces excluidos de la vocación al conocimiento de Dios y á la participación de sus gracias, como verse ya admitidos por los judíos al banquete de la fraternidad religiosa, cumpliéndose aquellas proféticas palabras de David: *Los príncipes de los pueblos se juntaron con Abrahán para adorar á Dios*<sup>1</sup>. Tal era el tema favorito de la predicación de San Pablo, ora dirigiéndose á sus connacionales, ora á los paganos convertidos á la fe de Jesucristo. Á todos llamábalos *hermanos* á boca llena, y con este nombre debían llamarse en adelante los regenerados en Cristo, sin distinción de razas ni naciones, porque en la nueva ley de adopción y gracia, no había, como en la antigua, privilegio ni predilección para ningún pueblo, y la ley mosaica había caducado, *llegada la plenitud de los tiempos*<sup>2</sup>. Con mayor razón había de abrazar la fraternidad cristiana á los desheredados y desechados del mundo, en cuento los míseros esclavos, una vez que éstos no eran menos llamados ni menos admitidos á la salvación por la gracia del Redentor universal que los libres y los ricos y afortunados de la tierra. Caían, pues, hechas pedazos las cadenas de la monstruosa esclavitud pagana, devuelta al esclavo su dignidad nativa de hombre y la sobrenatural del hijo de Dios, aunque no pudiesen desde luego quebrantarse los grillos materiales de la servidumbre. No era esto necesario, ni posible tampoco en aquellas circunstancias<sup>3</sup>. Por lo demás, la persistencia de la desigualdad de condiciones entre los hombres en la sociedad, dimanada de la misma naturaleza, y, por lo tanto, más ó menos

<sup>1</sup> Ps. 46, 10.      <sup>2</sup> Gal. 4, 4.

<sup>3</sup> Vide *Balmes*, El Protestantismo, etc.



invariable, hacía más brillante el triunfo de la idea cristiana, siendo de admirar que siervos y señores, pobres y ricos, se tratasen de hermanos, olvidando la desigualdad de categoría y nacimiento. ¿No era espectáculo nuevo y sorprendente en el mundo que un hombre rico y poderoso de Colosos, Filemón, recibiera á su esclavo prófugo Onésimo, gracias á la recomendación de San Pablo, no ya como esclavo, sino como hermano muy querido en Jesucristo <sup>1</sup>?

8. Y esto no era más, en hecho de verdad, que el resultado necesario de las grandes ideas acerca de Dios y del hombre traídas al mundo por el Verbo Salvador. De aquí es que, mientras esas sublimes nociones se sustenten y florezcan como han florecido en diez y nueve siglos, merced á la acción imperecedera de la Iglesia, la fraternidad se mantendrá siempre en pie, y no será una vana palabra solamente, como la falsa y contrahecha, sino fecunda y admirable realidad. Y ¿cuáles son esas ideas, cristianos oyentes, sino las que aprendemos todos, doctos é ignorantes, desde la niñez en el libro de oro de nuestro catecismo? Dios, su unidad, su providencia; la Trinidad de las Personas divinas; la Encarnación del Verbo Eterno para salvar al hombre prevaricador, la Redención por la sangre de Cristo, la aplicación de sus merecimientos por la fe y buenas obras, la fundación y duración eterna de la Iglesia.... Si analizáramos estas divinas enseñanzas, estos artículos de nuestro Símbolo, ¿no hallaríamos contenido en todos y cada uno de ellos el germen fecundo de la fraternidad universal? Hacedlo vosotros, carísimos oyentes, ya que la brevedad del discurso no me permite entrar en ese

<sup>1</sup> Philem. 16.

desenvolvimiento. Apuntaré también, en corroboración de la verdad propuesta, que, así como de las doctrinas del cristianismo nace la teoría, así de las virtudes cristianas brota la práctica de la fraternidad, como observa el Príncipe de los Apóstoles: *In pietate amorem fraternitatis* <sup>1</sup>. Amad á Dios como á padre común de todos los hombres, y no podréis menos de amarlos á todos como á hermanos. ¿Qué otra cosa viene á ser esa amable fraternidad sino la práctica de la más acendrada y generosa caridad? ¿qué otra cosa sino el complemento y perfección de aquel precepto del Salvador: *Amaos unos á otros* <sup>2</sup>? ¿Hay amor más arraigado y más puro y desinteresado entre los iguales, que el cariño fraternal? Y ¿qué, si se trata de hermanos según el espíritu, y no según la carne, de aquéllos que, como escribe San Juan, *no de la sangre, ni de la voluntad del varón, sino de Dios han nacido* <sup>3</sup>? ¿Hay en la tierra cariño de hermanos que aventaje á la fraternidad cristiana? Pues, ¿qué, si la nutre y fomenta la comunión del cuerpo y sangre de Jesús sacramentado?

## II.

9. En efecto, la Eucaristía sola bastaría, cristianos, para avivar entre los hombres el fuego de la caridad fraterna. ¿No se cae de su peso que el Sacramento de la unidad tiene que ser el más estrecho y fuerte vínculo de la fraternidad? Al instituir el Sacramento de la Eucaristía, dice San Agustín, Jesucristo nos ha recomendado que permanezcamos en Él, así como Él quiere permanecer en nosotros <sup>4</sup>; mas ¿cómo podrá esto suceder

<sup>1</sup> L. c.      <sup>2</sup> 1 Io. 3, 23.      <sup>3</sup> Io. 1, 13.

<sup>4</sup> Io. 6, 57.



si no somos miembros suyos, unidos por la caridad? <sup>1</sup> Y, al sentirnos íntimamente abrazados en la unidad del cuerpo real y místico de Cristo, ¿no nos sentiremos estrechamente unidos todos como los miembros de un solo organismo viviente? Pues, tal es la imagen exacta de la fraternidad cristiana, como enseña el Apóstol <sup>2</sup>. Así es que la sagrada Eucaristía, no menos que Sacramento del amor de Cristo, puede llamarse Sacramento de la caridad fraterna. Comulgar no es solamente comunicar del modo más íntimo con Jesucristo, sino unirnos unos á otros, fundirnos en el crisol de la caridad de Dios al pie de los altares. *Una sola cosa somos*, decía el Apóstol, *con ser muchos, cuantos participamos de un mismo Pan* <sup>3</sup>. ¡Mirad á la Iglesia cómo goza y se regala viendo á sus hijos sentados á la mesa del convite eucarístico presidido por su divino Esposo que se da á sí mismo en suavísimo manjar!

10. Los banquetes fueron siempre entre los hombres, aparte de ostentación de riqueza y munificencia, reuniones de carácter fraternal, y por lo mismo, teatros de expansión, franqueza y jovialidad. El arquitrículo, sentado á la cabecera, hacía las veces del padre de familia, y todos los comensales se miraban con ojos de hermanos. Traición horrible hubiera sido abusar de aquella reunión de convidados para consumir algún designio criminal. Tal fué el crimen abominable de Absalón, que amargó los últimos días del penitente David <sup>4</sup>. No así los inocentes hijos del piadoso Job, los cuales, para fortalecer más los dulces lazos de familia, solían celebrar por turno modestos convites, convidando cada uno de

<sup>1</sup> *S. August.*, Tract. 27 in Io.      <sup>2</sup> Eph. 5, 30.

<sup>3</sup> 1 Cor. 10, 17.      <sup>4</sup> 2 Reg. 13.

ellos á sus tres hermanas. El Patriarca de Idumea bendecía en nombre de Dios aquellas reuniones santificadas por el amor fraterno. Y en la primitiva Iglesia ¿por ventura no solían reunirse los fieles, llevados del sentimiento de la fraternidad, para celebrar aquellos memorables Ágapes, banquetes de caridad, donde los ricos servían á los pobres, representando al vivo la última Cena del Señor? <sup>1</sup> ¡Oh, y cómo contribuían estos fraternales festejos, celebrados en el recinto mismo de los templos, á estrechar más fuertemente las relaciones íntimas que unían en aquellos hermosos tiempos á los hijos de la Iglesia! Pues, ¿cuánto más eficaz no sería el banquete eucarístico para hacer de todos aquellos primeros fieles *un solo corazón y una alma sola* <sup>2</sup>! Aquí era sin duda donde se encendían más las celestiales llamas de aquella fraternidad generosa y sincera que tan poderosamente contribuyó á acreditar y difundir el cristianismo. ¡Cristianos! y ¿no se avivarán también aquí los tibios ardores de nuestra caridad, tan amortiguada el día de hoy por los vientos que corren de sensualidad, codicia y egoísmo? ¿Seremos capaces de acercarnos á la sagrada Mesa con la hiel del rencor en el corazón, y disimulando bajo la máscara de la piedad sentimientos de envidia, odio y venganza contra nuestros hermanos? Traed á la memoria los rasgos brillantísimos de caridad fraterna que nos dejaron trazados los cristianos de los tiempos apostólicos. No contentos con orar unos por otros, con perdonarse las injurias, con ayudarse mutuamente en los trabajos de la vida, entonces tan llena de penalidades, no sólo compartían generosamente sus haberes con los menesterosos,

<sup>1</sup> *Dominicam coenam manducare* (1 Cor. 11, 20).

<sup>2</sup> Act. 4, 32.



colectando cuantiosas limosnas para los pobres, viudas y huérfanos, sino que se desposeían voluntariamente del total de sus bienes para que los Apóstoles y Diaconos los distribuyesen entre los fieles á proporción de las necesidades<sup>1</sup>. ¡Espectáculo nuevo en el mundo y verdaderamente maravilloso, que hacía exclamar á los gentiles, según refiere Tertuliano: «Miradlos cómo se aman»<sup>2</sup>! Más aún: adoptaban por suyos á los pobres del paganismo, socorriéndolos con la misma largueza que á los bautizados. Tal era, y tal ha sido siempre, la fraternidad cristiana, fomentada por el uso de la sagrada Eucaristía.

II. Esta divina institución, no sólo como Sacramento sino como Sacrificio, nos predica continuamente la fraternidad. ¿Acaso no es ella el sacrificio de familia? El santo Job, desempeñando las funciones del sacerdocio en la Ley natural, ofrecía muy de mañana holocaustos de expiación por los pecados que hubiesen podido cometer sus hijos<sup>3</sup>. Jesús se sacrifica diariamente en el altar por los delitos de todos los hombres, sus hermanos. El sacerdote que hace sus veces en la Misa, se vuelve al pueblo que le rodea, y le ruega diciendo: «Orad, hermanos, para que mi sacrificio, que también lo es vuestro, sea acepto en el acatamiento del Dios omnipotente.» Todos, pues, cuantos concurren á la celebración de nuestros divinos misterios, participan, en calidad de miembros del mismo cuerpo místico, del derecho de sacrificar la Víctima adorable del Calvario, nuevamente inmolada en el altar. Y ¿podrían hacerlo dignamente sin estar revestidos de los más puros senti-

<sup>1</sup> Act. 4, 34.<sup>2</sup> Apud *D'Hauterive* l. c.<sup>3</sup> Job 1, 5.

mientos de fraternidad? Acordaos, hermanos carísimos, os diré para concluir, que no es lícito ofrecer á Dios presente alguno sin haberse reconciliado primero el ofensor con su hermano agraviado<sup>1</sup>; ni podrán tampoco ser aceptos al Dios sacramentado nuestros solemnes cultos, si nuestros corazones no están caldeados en ese santo fuego de la caridad de Cristo que nos haga mirar en todos los adoradores del Santísimo Sacramento otros tantos queridos hermanos sin distinción de clases ni personalidades. *Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen*<sup>2</sup>. Tal es la ley de Aquél que oró por sus mismos verdugos en la cruz, que diariamente nos perdona los ultrajes que en su misma presencia le irrogamos, y que á todos anhela llevarnos consigo al reino de su Padre para sentarnos á la mesa de su gloria por una eternidad. Así sea.

### SERMÓN VIGÉSIMO CUARTO

(predicado en la iglesia parroquial de las Nieves, Bogotá, 1885).

#### Las dos vidas, eucarística y gloriosa.

Exurrexi, et adhuc sum tecum.

Resucité, y todavía estoy contigo.

Ps. 138, 18.

1. Jesucristo, saliendo victorioso del sepulcro, dice el Apóstol San Pablo<sup>3</sup>, vuelve á la tierra, pero en condiciones de inmortalidad; resucitó, mas no como Lázaro para volver á morir, sino para vivir eternamente. *La muerte no tornará á hacer presa en aquella sacrosanta humanidad.* Y por lo mismo que la muerte no podrá

<sup>1</sup> Matth. 5, 24.<sup>2</sup> Matth. 5, 44.<sup>3</sup> Rom. 6, 9.



nombrarse siquiera con nombre que defina lo que es. Sabemos que Dios es bondad, poder, sabiduría, hermosura y toda perfección; pero no de la manera que estas perfecciones se encuentran en las criaturas, sino de otra infinitamente más cabal, excelente y perfectísima. Pero, ¿qué es esa manera de perfección? Y ¿quién podrá descifrarla? ¡Ah! solamente quien hubiese visto al mismo Dios cual es en sí. *Quis novit sensum Domini?*<sup>1</sup> ¿Quién es éste que conoce los pensamientos del Altísimo? Al Padre, dice Jesucristo, no lo conoce más que el Hijo y aquel á quien el Hijo quiera dárselo á conocer<sup>2</sup>. Y este conocimiento comunicado por el Verbo de Dios, esta revelación hecha al hombre gratuitamente, ésta solamente será un conocimiento, en todo el rigor de la palabra, *sobrenatural*. ¡He ahí los misterios de la Gracia y de la Gloria! Gracia y gloria, tales son los elementos constitutivos de ese orden magnífico sobre que vamos discurrendo. Así es, hermanos míos, que el mundo sobrenatural no es más que el admirable y grandioso conjunto de las relaciones del hombre con Dios tal como es en sí, tal como Él mismo se conoce, y conociéndose se ama, y es infinitamente feliz en la posesión de sí mismo. Visión beatífica de Dios por el hombre: ¡he ahí la gloria! Conocimiento y amor sobrenatural del mismo Dios, comunicado por el Hijo en el Espíritu Santo: ¡he ahí la gracia! La gracia como medio necesario para la gloria, es de la misma naturaleza que ésta; y, siendo ésta absolutamente sobrenatural, no lo es menos aquélla. La Eucaristía es la gracia por antonomasia, es la gloria anticipada; luego la Eucaristía es, por excelencia, el mundo sobrenatural en la tierra.

<sup>1</sup> Rom. 11, 34.<sup>2</sup> Matth. 11, 27.

Demos todo el ensanche posible á esta proposición, desarrollándola en la segunda parte.

## II.

7. Que Dios, en el exceso de su munificentísima bondad, nos haya elevado al orden sobrenatural, levantándonos á una altura infinitamente superior á todo lo que exigía nuestra naturaleza, es una verdad fundamental de la religión cristiana, sobre la cual descansa todo cristianismo, y está claramente revelada en las Sagradas Escrituras. Nuestro destino natural en la otra vida, dada nuestra fidelidad á la ley divina, no debía ni podía ser otro que el que la misma filosofía moral designa como fin último y bienaventuranza natural del hombre: la perfección de nuestro ser inteligente y libre por el conocimiento de la Verdad y el amor del Sumo Bien, pero no la vista clara de Dios y la posesión de su gloria, que nos hiciera semejantes á Él mismo. Pues esto es, sin embargo, lo que el Señor nos tiene preparado en premio de nuestra fidelidad de un momento. ¡Qué magníficas son sus promesas! ¡Qué grandes son sus recompensas! *Yo mismo seré tu galardón*<sup>1</sup>. *Dárseles ha una medida llena y colmada y verdaderamente buena*<sup>2</sup>. *Entra en el gozo de tu Señor*<sup>3</sup>. *Seremos semejantes á Dios, porque le veremos como Él es*<sup>4</sup>. *Los inundarás con un torrente de delicias*<sup>5</sup>. Para esto será menester que el mismo Dios fortalezca el flaco entendimiento humano, dándole una fuerza nueva, una luz proporcionada á la claridad del objeto; y en efecto el Señor le proveerá de aquella *lumbre de la gloria*, que no será sino una

<sup>1</sup> Gen. 15, 1.<sup>2</sup> Luc. 6, 38.<sup>3</sup> Matth. 25, 21.<sup>4</sup> 1 Io. 3, 2.<sup>5</sup> Ps. 35, 9.



irradiación de la luz del mismo Dios: *In lumine tuo videbimus lumen*<sup>1</sup>. Para llegar á tan excelsa altura de fin necesitamos también fuerzas superiores á las propias, ensanche de nuestras facultades de conocer y amar, proporcionado á la grandeza infinita del objeto. Dios nos concede esas fuerzas nuevas y sobrenaturales, sin las cuales en vano habríamos sido elevados á tan alto destino. Para subir al cielo necesitamos alas: la gracia nos reviste de ellas. Fe, Esperanza, Caridad, he ahí los vuelos del espíritu hacia Dios en el orden sobrenatural.

8. Pues bien, amados oyentes: por lo que hace al orden de la gracia, la sagrada Eucaristía es el torrente de ellas, es la fuente caudalosa situada en medio de la Iglesia para refrigerar á todos los sedientos y llenar de vida y vigor para la carrera á los viajeros de la eternidad. *De torrente in via bibet, propterea exaltabit caput*<sup>2</sup>. Por lo que mira á la gloria, la Eucaristía nos la hace disfrutar anticipadamente, siendo así, sobre la tierra, la copia más acabada de aquel mundo divino, la imagen del paraíso celestial. *Oh salutaris Hostia, quæ cæli pandis ostium!*<sup>3</sup> ¡Hostia de salud que nos abres de par en par las puertas del cielo! Porque si éste consiste, como queda dicho, en la visión beatífica, esto es, en poseer á Dios por presencia personal y contemplar su rostro, y engolfarse en aquel piélago de felicidad de la unión eterna é indisoluble con el sumo Bien; ¿dónde, si no en la Eucaristía, se verifica algo semejante bajo del cielo y durante la peregrinación terrestre? Contemplad los maravillosos efectos de la *Presencia real*.

<sup>1</sup> Ps. 35, 10.<sup>2</sup> Ps. 109, 7.<sup>3</sup> Eccl. in offic. SS. Sacram.

9. Si preguntáis al hombre, colocado fuera de la órbita de la Eucaristía, ignorante de nuestros dulces y sagrados misterios: ¿*Dónde está tu Dios?*<sup>1</sup> — ¿qué podrá responderos, siguiendo el dictamen de su recta razón? Os dirá ciertamente: «Mi Dios está en todas partes, pues Él llena la redondez del cielo y de la tierra.»<sup>2</sup> Y hasta podría, usando de delicada ironía, preguntaros á su vez: «¿Dónde no está el Inmenso, el Infinito?» Pero vosotros podéis apurar todavía la pregunta: «¿Dónde está el Dios mío, *el Dios de mi corazón*<sup>3</sup>, dónde está de modo que yo pueda sentir y gozar de su presencia?» ¿Dónde está *afuera*, como deseaba encontrarlo la Esposa de los Cantares<sup>4</sup>, y no encerrado y como aprisionado dentro del ser de las criaturas? Yo sé que mi Dios está en todas partes; donde quiera que hay un átomo de ser, sustentándolo, como latente y escondido debajo del mismo; donde hay un átomo de fuerza, obrando juntamente con el agente como primer motor. Pero ¿acaso esto basta para satisfacer mi deseo de ver á Dios en su ser propio, aislado y como separado de todo lo demás, como objeto distinto y privativo de mi vista? Bien comprendía el Real Profeta que Dios estaba en el país del destierro, lo mismo que en la patria, pues llevábele siempre delante de su vista<sup>5</sup>; sin embargo, estaba triste y pesaroso, recordando, en tierra de enemigos, el lugar del Tabernáculo admirable, el monte de Dios, el sitio propio de su habitación, donde se dejaba *ver: Videbitur Deus deorum in Sion*<sup>6</sup>, y se hacía escuchar de su querido pueblo. *Hæc recordatus sum, et effudi in me animam*

<sup>1</sup> Ubi est Deus tuus? (Ps. 41, 4.)<sup>2</sup> Cælum et terram Ego impleo (Ier. 23, 24).<sup>3</sup> Deus cordis mei (Ps. 72, 26).<sup>4</sup> Cant. 8, 1.<sup>5</sup> Ps. 15, 8.<sup>6</sup> Ps. 83, 7.



*meam*<sup>1</sup>. ¡Cómo se consolaba entretanto con la dulcísima esperanza de pasar algún día á la casa del Señor! Pero mientras este día se tardaba, ¡cómo se deshacía en deseos de ver le faz de Dios! *Quando veniam et apparebo ante faciem Dei?*<sup>2</sup> Los fieles fervorosos, los verdaderos cristianos que buscan al Señor, no se contentan con menos que con hallar y descubrir el rostro divino: *Hæc est generatio quærentium Deum, quærentium faciem Dei Jacob*<sup>3</sup>. Ciertamente, hermanos míos, en la naturaleza no veo más que la imagen del Criador, como pintada en su espejo, en tanto que Él se oculta detrás de la pared<sup>4</sup>; menos aún, veo su sombra, la huella de sus pies<sup>5</sup>. ¡Oh! que en verdad el Dios de la creación es un Dios oculto y escondido<sup>6</sup>, y por más que las criaturas me hablen de Él, por más que me alaben y ponderen sus perfecciones y me señalen el lugar por donde pasó, tengo de gemir como la Esposa, porque: *Mi amado no estaba allí, había pasado*<sup>7</sup>, y de quejarme como Job: *¿Por qué me escondes tu rostro, cual si yo fuese tu enemigo?*<sup>8</sup>

10. Veis aquí, mis amados oyentes, la necesidad que experimenta el alma de poseer á Dios personalmente. Esta es la necesidad que se ha dignado el mismo Dios satisfacer plenamente por virtud de su presencia real, como Dios y hombre, en el Sacramento de nuestros altares. Este es el tesoro de todos los tesoros, de la verdadera Esposa de Cristo, sin el cual el mismo cristianismo quedaría incompleto, y por cuya pérdida voluntaria le tienen mutilado y sin vida los desgraciados

<sup>1</sup> Ps. 41, 5.<sup>2</sup> Ps. 41, 3.<sup>3</sup> Ps. 23, 6.<sup>4</sup> Cant. 2, 3.<sup>5</sup> *Vestigia eius secutus est pes meus* (Iob 23, 11).<sup>6</sup> Is. 45, 15.<sup>7</sup> Cant. 5, 6.<sup>8</sup> Iob 13, 24.

sectarios del error, los herejes de los tres últimos siglos que apenas conservan una vana sombra de la Eucaristía. Preguntad si no al cristiano que, dueño de todos nuestros dogmas y sacramentos, careciese únicamente del Sacramento del Altar: «¿Dónde está tu Dios?» Él os respondería con entusiasmo: «*Mi Dios está en el cielo*<sup>1</sup>, haciendo la felicidad de millones de almas bienaventuradas que allí le gozan y contemplan.» *El trono del Señor está en el cielo*<sup>2</sup>. Pero, ¿no se le hallará también personalmente en la tierra? ¡Oh! sí, por dicha nuestra, pues *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*<sup>3</sup>. *Fué visto en la tierra*, había dicho proféticamente Baruch<sup>4</sup>, *y conversó familiarmente con los hombres*. Mas, ¿no subió, tras breve peregrinación de treinta y tres años, otra vez al cielo, y no está allí reinando glorioso á la diestra de su Padre? Verdad es que regresó al seno del Eterno Padre, como había de él descendido, y dejó el mundo, según lo anunció formalmente á sus discípulos: *Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre*<sup>5</sup>. Quédanos, no obstante, su palabra, resonando, como eco inextinguible, de generación en generación hasta la consumación de los siglos, y en este sentido nos queda el mismo Jesucristo: *He aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin de los tiempos*<sup>6</sup>. Quédanos, además de su voz, su acción salvadora y eficaz, la virtud de su sangre y de sus méritos, la gracia de sus sacramentos, el poder y autoridad de su Iglesia; quédanos su cuerpo místico... ¿Qué más podemos anhelar? ¿Qué más se necesita para decir con toda verdad: *Con vosotros está Dios?*<sup>7</sup>

<sup>1</sup> Ps. passim.<sup>2</sup> Ps. 10, 5.<sup>3</sup> Io. 1.<sup>4</sup> Bar. 3, 38.<sup>5</sup> Io. 16, 28.<sup>6</sup> Matth. 28, 20.<sup>7</sup> Matth. 1, 23.



II. Y, sin embargo, si olvidáis la presencia eucarística, no habéis dicho todo, habéis dejado lo más grande y admirable: *el lugar del Tabernáculo*<sup>1</sup>. Tal sería la suerte del protestantismo, aun en el caso de que poseyera, con el conocimiento sobrenatural de Jesucristo, la verdadera caridad del Espíritu Santo y la eficacia de los otros Sacramentos. Desgraciadamente para los disidentes, de nada de todo esto pueden gloriarse, porque nada les queda, habiéndose reducido á ramas secas y marchitas del árbol secular del cristianismo. En cuanto á nosotros, dichosos poseedores de todos los tesoros del mundo sobrenatural, no sólo tenemos al Dios vivo viviendo en medio de su Iglesia, como Rey de los siglos, Jefe y Cabeza real, aunque invisible, del reino de Dios sobre la tierra, sino que, fuera de todo esto (que es ya de inestimable valor), poseemos á Dios hecho hombre, al verdadero *Emmanuel*, real y verdaderamente presente en su palacio, en nuestros templos, ocupando su regio trono en el altar, rodeado de la corte más magnífica que tuvo jamás ningún monarca, recibiendo perennemente las adoraciones de millones de almas que no saben vivir sino al pie del Tabernáculo. ¡He ahí á mi Dios! ¡He ahí al Dios á quien con tanto afán andaba yo buscando! *Ecce Deus, Salvator meus!*<sup>2</sup> Ya puedo dar rienda suelta á mi alegría, diciendo con la Esposa enamorada: «Habíale buscado por calles y plazas y no había podido encontrar al amado de mi alma: pasé un poco más adelante, y he aquí que le he encontrado.»<sup>3</sup> «¡Feliz hora, exclama el autor de la Imitación, en que Jesús llama al alma de las lágrimas al gozo del espíritu! ¡Feliz la hora en que oyó Magdalena decir á su hermana: Aquí

<sup>1</sup> Ps. 41, 5.<sup>2</sup> Is. 12, 2.<sup>3</sup> Cant. 3, 1. 4.

está el Maestro, *Magister adest!*<sup>1</sup> Porque, «así como estar sin Jesús es un verdadero infierno, así estar con Jesús es dulce paraíso»<sup>2</sup>. Con la posesión del Dios sacramentado, ¿qué falta, hermanos míos, para ver á Dios *cara á cara?* Convengo en que todavía nos rodean las sombras misteriosas, que no se romperán hasta el día de la Visión; pero así y todo; ¿no estamos ya en los umbrales y como en la antecámara del cielo? ¡Ah! si el Profeta exclamaba delante del Tabernáculo, como fuera de sí por la vehemencia del afecto: *¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes! ¡Anhela y desfallece mi alma en los atrios del Señor! ¡Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor: alabarte han por siglos de siglos!*<sup>3</sup> — ¿qué deberemos decir nosotros delante del altar donde, no ya en signos y figuras, sino en toda la realidad de su presencia, aunque cubierto por los velos de las especies, para no deslumbrar nuestros débiles ojos, está el gran Dios y Señor de los cielos y la tierra? Sí, lo roban á nuestras miradas los velos de los accidentes; pero, aunque á oscuras, ya podemos decir como la Esposa abrazando á su amado: *Téngole asido y no le soltaré*<sup>4</sup>; en mis manos le tengo, en mis labios, en mi pecho. *Pondrèle á descansar en mi regazo*<sup>5</sup>.

12. De aquí, ¡qué delicias inefables para el corazón! Si á la visión beatífica corresponderá la fruición, el goce sin medida, el torrente de deleites con que *embriagará* Dios á los escogidos moradores de su casa<sup>6</sup>; también aquí, en este ensayo de bienaventuranza que

<sup>1</sup> Io. 11, 28.<sup>2</sup> Imit. 1, 2, c. 8.<sup>3</sup> Ps. 83, 1. 5.<sup>4</sup> Tenui eum, nec dimittam (Cant. 3, 4).<sup>5</sup> Inter ubera mea commorabitur (Cant. 1, 12).<sup>6</sup> Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ (Ps. 35, 9).



forma la divina Eucaristía, al conocimiento y aprensión que tengo de un Dios realmente presente, no sólo delante sino aun dentro de mí, no puede menos de corresponder un género de amor encendidísimo y de goce proporcionado, que no parece poder hallarse en otra parte debajo del sol. ¿Dónde gustar más regaladas delicias que al pie del altar? ¿Dónde podré amar á mi Dios con más ardor y dulzura que en la comunión? Verdaderamente es aquí donde me cumple decir con el Profeta: *Mi alma anhela, se pierde y desfallece*<sup>1</sup>. ¡Ah! si no desfallecemos en santos deliquios de amor, si todavía permanecemos tibios en contacto del Dios sacramentado, es, hermanos míos, sin duda alguna porque nuestros ojos, como los de los discípulos de Emmaús, están como cerrados y oprimidos por una extraña fuerza que no nos deja conocerle<sup>2</sup>. Estamos ciegos. Nuestra fe, aunque firme en la profesión, está como nublada en la práctica, como un espejo empañado por el polvo de muchos años. Avivemos nuestra fe por el recogimiento. La fe, bien lo sabéis, aunque oscura esencialmente, puede llegar á ser tan viva que produzca no sólo la certeza, sino hasta la impresión sensible de la presencia de Dios. David lo experimentaba así, supuesto que decía: *Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo*<sup>3</sup>. Millares de almas santas han experimentado lo mismo en el uso de la sagrada Eucaristía. ¡Qué fuente de delicias no hallaron en ella las Teresas, las Magdalenas de Pazzis, los Ignacios, los Franciscos de Borja, los Luises Gonzagas!

13. Concluyamos. La Eucaristía, ó Buena Gracia, es el don más precioso que pudo hacer Dios al hombre

<sup>1</sup> Concupiscit et deficit (ubi supra).

<sup>2</sup> Luc. 24, 16.      <sup>3</sup> Ps. 83, 3.

viador, porque es no sólo el camino que le conduce al cielo, *al seno de Dios*, término y corona del orden sobrenatural, sino que es este mismo orden abreviado, el trasunto más feliz de aquel mundo de lo divino, de aquella bienaventuranza superior á todo derecho y á toda aptitud de naturaleza criada, que consiste en ver á Dios en sí mismo y poseerlo eternamente. ¡Bendigamos al dador de tanto Bien! ¡Bendigamos fervorosos al Dios de la Eucaristía, que es el mismo que forma las delicias de los bienaventurados! *En la noche de esta vida ya podemos alzar nuestras manos al Sancta-Sanctorum de la eternidad*<sup>1</sup>.

## SERMÓN SEGUNDO

(predicado en la Catedral de Bogotá, Enero de 1885).

### Jesucristo, fuente de vida sobrenatural en la Eucaristía.

Ego veni, ut vitam habeant, et abundantius habeant.

Yo he venido á darles sobreabundante vida.  
Io. 10, 10.

1. Aunque la vida en el hombre sea cosa tan efímera y despreciable, que, al decir del santo y prudentísimo Patriarca de Idumea, no es más que una ráfaga de viento<sup>2</sup>, y, según el Apóstol Santiago, un poco de vapor que inmediatamente se disipa<sup>3</sup>, y finalmente, como la pinta el Sabio, es la huella de una nube<sup>4</sup> desbaratada en un abrir y cerrar de ojos por la menor oscilación del viento; no es, sin embargo, menospreciable

<sup>1</sup> In noctibus extollite manus vestras in Sancta (Ps. 133, 3).

<sup>2</sup> Iob 7, 7.      <sup>3</sup> Iac. 4, 15.      <sup>4</sup> Sap. 2, 3.



colectando cuantiosas limosnas para los pobres, viudas y huérfanos, sino que se desposeían voluntariamente del total de sus bienes para que los Apóstoles y Diaconos los distribuyesen entre los fieles á proporción de las necesidades<sup>1</sup>. ¡Espectáculo nuevo en el mundo y verdaderamente maravilloso, que hacía exclamar á los gentiles, según refiere Tertuliano: «Miradlos cómo se aman»<sup>2</sup>! Más aún: adoptaban por suyos á los pobres del paganismo, socorriéndolos con la misma largueza que á los bautizados. Tal era, y tal ha sido siempre, la fraternidad cristiana, fomentada por el uso de la sagrada Eucaristía.

II. Esta divina institución, no sólo como Sacramento sino como Sacrificio, nos predica continuamente la fraternidad. ¿Acaso no es ella el sacrificio de familia? El santo Job, desempeñando las funciones del sacerdocio en la Ley natural, ofrecía muy de mañana holocaustos de expiación por los pecados que hubiesen podido cometer sus hijos<sup>3</sup>. Jesús se sacrifica diariamente en el altar por los delitos de todos los hombres, sus hermanos. El sacerdote que hace sus veces en la Misa, se vuelve al pueblo que le rodea, y le ruega diciendo: «Orad, hermanos, para que mi sacrificio, que también lo es vuestro, sea acepto en el acatamiento del Dios omnipotente.» Todos, pues, cuantos concurren á la celebración de nuestros divinos misterios, participan, en calidad de miembros del mismo cuerpo místico, del derecho de sacrificar la Víctima adorable del Calvario, nuevamente inmolada en el altar. Y ¿podrían hacerlo dignamente sin estar revestidos de los más puros senti-

<sup>1</sup> Act. 4, 34.<sup>2</sup> Apud *D'Hauterive* l. c.<sup>3</sup> Job 1, 5.

mientos de fraternidad? Acordaos, hermanos carísimos, os diré para concluir, que no es lícito ofrecer á Dios presente alguno sin haberse reconciliado primero el ofensor con su hermano agraviado<sup>1</sup>; ni podrán tampoco ser aceptos al Dios sacramentado nuestros solemnes cultos, si nuestros corazones no están caldeados en ese santo fuego de la caridad de Cristo que nos haga mirar en todos los adoradores del Santísimo Sacramento otros tantos queridos hermanos sin distinción de clases ni personalidades. *Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen*<sup>2</sup>. Tal es la ley de Aquél que oró por sus mismos verdugos en la cruz, que diariamente nos perdona los ultrajes que en su misma presencia le irrogamos, y que á todos anhela llevarnos consigo al reino de su Padre para sentarnos á la mesa de su gloria por una eternidad. Así sea.

### SERMÓN VIGÉSIMO CUARTO

(predicado en la iglesia parroquial de las Nieves, Bogotá, 1885).

#### Las dos vidas, eucarística y gloriosa.

Exurrexi, et adhuc sum tecum.

Resucité, y todavía estoy contigo.

Ps. 138, 18.

1. Jesucristo, saliendo victorioso del sepulcro, dice el Apóstol San Pablo<sup>3</sup>, vuelve á la tierra, pero en condiciones de inmortalidad; resucitó, mas no como Lázaro para volver á morir, sino para vivir eternamente. *La muerte no tornará á hacer presa en aquella sacrosanta humanidad.* Y por lo mismo que la muerte no podrá

<sup>1</sup> Matth. 5, 24.<sup>2</sup> Matth. 5, 44.<sup>3</sup> Rom. 6, 9.



dominarle otra vez, la vida con que renace del sepulcro es una vida totalmente nueva y diferente de la que llevó durante los treinta y tres años de su peregrinación por la tierra, habiendo sido ésta perecedera y pasible, miserable y penosa, y habiendo de ser aquélla interminable y gloriosa, exenta de padecer y colmada de felicidad. Tal es la vida que Cristo llevó sobre la tierra durante los cuarenta días que siguieron á su maravillosa resurrección de entre los muertos, y precedieron á su gloriosa ascensión á los cielos: tal es la que lleva hoy mismo sentado á la diestra de su Eterno Padre<sup>1</sup> y presidiendo como rey á los coros de los ángeles y á las falanges de los hombres bienaventurados. *Heme aquí, dice Él mismo, vivo y lleno de poder y de gloria por siglos de siglos*<sup>2</sup>. *Por siglos de siglos es suya la gloria y el imperio de todas las criaturas*, dice el Apóstol San Pedro<sup>3</sup>. Ésta es la vida gloriosa que hace el regocijo y alegría de la Esposa de Cristo, la cual, como los Apóstoles en el monte Olivete, sigue mirando de hito en hito á su divino Esposo camino del cielo, no hartándose de contemplarle en todo el tiempo de la Pascua.

2. Pero ¡oh secretos inefables de la Sabiduría y de la bondad del Salvador! *He aquí que estoy y estaré con vosotros*, nos dice, *hasta la consumación de los siglos*<sup>4</sup>. No contento con la vida gloriosa del cielo, hele ahí en la Eucaristía, en el augusto y admirable Sacramento, viviendo también con nosotros, para vivificarnos, así como *resucitó*, según el Apóstol, *por nuestra justificación*<sup>5</sup>. ¡Oh vida eucarística de Jesús, no menos bienaventurada

<sup>1</sup> In dextera Dei sedens (Col. 3, 1).

<sup>2</sup> Apoc. 1, 18.

<sup>3</sup> 1 Petr. 4, 11.

<sup>4</sup> Matth. 28, 20.

<sup>5</sup> Rom. 4, 25.

y gloriosa que la que vive en el cielo á la diestra de Dios Padre! En efecto, amados fieles, por más que el tabernáculo pueda llamarse nuevo Calvario, donde Jesús víctima se ofrece é inmola perennemente á la justicia divina por los pecados del mundo — *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi!*<sup>1</sup> —, no por eso es menos cierto que Jesucristo se pone en el altar, en virtud de las palabras de la consagración, en cuerpo y alma tan glorioso como está en el cielo, y tanto en la hostia como en el cáliz, según se explica el catecismo doctrinal de la Iglesia. De esta vida eucarística, cotejada con la celestial de Jesucristo, quiero hacer esta vez, hermanos míos, el asunto de mi discurso y de vuestra pía é ilustrada atención. En el altar y en el cielo le buscan ávidos de contemplarle nuestros ojos, y en una y otra parte encuentran su objeto adecuado la fe y la caridad: Jesús, en ambas vidas, eucarística y gloriosa, es el dechado perfectísimo de la vida cristiana. Tales son los conceptos que me propongo desarrollar con la acostumbrada brevedad, después de implorar la luz del cielo por intercesión de la Virgen más pura que la nieve. *Ave María.*

#### I.

3. Digo en primer lugar, amados fieles, que Jesús resucitado y sacramentado es el objeto adecuado de nuestra fe, con relación á la segunda Persona de la adorable Trinidad. Me explico. Como tantas veces y con tanta insistencia nos enseñan los santos Padres y Doctores, nuestra fe en Jesucristo debe abrazar simultáneamente las dos naturalezas, divina y humana, en la unidad

<sup>1</sup> Io. 1, 29.



de la Persona del Verbo. Porque tan peligroso es, dice San León Magno, negar al Salvador la verdad de nuestra naturaleza, como disputarle la igualdad con la gloria del Padre<sup>1</sup>. Él es quien en el principio, ó desde la eternidad, estaba en Dios, y por Él fueron hechas todas las cosas<sup>2</sup>; y Él mismo es el que en el tiempo se hizo carne y habitó entre nosotros, cuya gloria vimos, semejante á la del Unigénito del Padre. Según esto no sólo la divinidad, sino la misma humanidad de Cristo debe ser creída con fe sobrenatural para la salvación; y las palabras del divino Maestro á San Pedro: *En verdad te digo que no la carne ni la sangre te han revelado este misterio, sino mi Padre que está en los cielos*<sup>3</sup>, pueden tener también aplicación á la sagrada humanidad. Pero ¿cómo podía ser creída de este modo, antes de la resurrección, aquella naturaleza humana que era vista y palpable como la de cualquier otro hombre? Lo que era objeto de la visión material, ¿cómo podía serlo de creencia sobrenatural? ¿Necesitaba ser revelado lo que no estaba oculto detrás de ningún velo? No así, carísimos hermanos, después de su resurrección, no así en el Sacramento de la Eucaristía. Después de su resurrección Jesús *se manifiesta* á sus discípulos, es verdad, y no una, sino repetidas veces<sup>4</sup>; pero, en primer lugar, no se deja ver sino de pocos y determinados testigos, como observa el príncipe de los Apóstoles<sup>5</sup>; de manera que para todo el resto de los hombres Jesús es ya invisible, cumpliéndose las palabras del mismo Señor: *Dentro de poco ya no me veréis más*<sup>6</sup>; y luego

<sup>1</sup> Serm. 7 de Nativ. Domini, in Brev.

<sup>2</sup> Io. 1, 3.

<sup>3</sup> Math. 16, 17.

<sup>4</sup> Io. 21, 14.

<sup>5</sup> Act. 10, 41.

<sup>6</sup> Io. 16, 16.

¿de qué modo aparece Jesucristo resucitado? ¿Acaso en la forma natural propia del hombre, ó, mas bien, en condiciones diferentes de las del cuerpo humano, condiciones que le hacen semejante á los espíritus? ¿Por ventura no ha tenido Jesús que desengañar á sus discípulos que le creían puro espíritu, diciéndoles: *Palpad y ved, que el espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo los tengo*<sup>1</sup>? Y ¿por qué se le hacía increíble á Tomás la resurrección del Maestro, á pesar de la afirmación de los discípulos: *Vimos al Señor*? ¿por qué, sino porque ya no era visible, como antes, aquella santa humanidad? Por lo cual afirmaba: *No creeré si no lo viere*<sup>2</sup>. Mas ¡cuánto se engañaba en este concepto de la fe el incrédulo Apóstol! ¿Era, pues, preciso ver para creer? ¿no debía ser precisamente todo lo contrario, no ver para poder creer? Por eso le corrige el Salvador llamando bienaventurados, como hombres de fe perfecta, á los que sin ver creyeron<sup>3</sup>.

4. Así nos acontece á nosotros, amados oyentes, y de manera especial cuando, prostrados ante el tabernáculo eucarístico, adoramos presente en cuerpo y alma y divinidad á nuestro amado Jesús. Nosotros le creemos aquí verdadero Dios y verdadero hombre sin que la divinidad ni la misma humanidad se nos hagan sensibles, antes bien en plena oscuridad para la razón y los sentidos, porque *para afianzar el corazón sincero la fe sola basta*<sup>4</sup>. Sí, la fe nos basta, y cualquier otra cosa estaría de sobra, no debiendo apoyar nuestra certeza en otro argumento que en la autoridad de la palabra de Dios. De aquí el que algún santo, según piadosa

<sup>1</sup> Luc. 24, 39.

<sup>2</sup> Io. 20, 25.

<sup>3</sup> Io. 20, 29.

<sup>4</sup> Ecl. in offic. SS. Sacram.



leyenda, rehusara acudir, como acudía el vulgo, á ver á Cristo aparecido visiblemente en la hostia consagrada, asegurando no necesitar de semejante vista para estar cierto de la verdad de su presencia. ¡Oh, y cómo pudo llamarse dichoso quien tal hizo, según la sentencia del Señor: — *Bienaventurados los que no vieron, y creyeron!* Dichosos fueron los discípulos que adoraron á Jesús resucitado, allá en el monte de Galilea, no obstante la duda y la incredulidad de algunos que allí mismo y en aquellas mismas circunstancias dudaron <sup>1</sup>, prueba evidente de que, por más que le veían, no dejaba de rodear una misteriosa penumbra la figura del Salvador. Esa duda, dice San Jerónimo, es cabalmente la que aumenta nuestra fe <sup>2</sup>. Tengamos, pues, á gran dicha nosotros, amados hermanos, adorar á Jesús sacramentado con firmísima creencia, por más que, como dice Santo Tomás, la vista y los demás sentidos se engañen aquí completamente <sup>3</sup>.

5. Por lo que mira á la divinidad, objeto necesario de nuestra fe en Jesucristo, me atrevo á asentar que en ninguna parte como en la Eucaristía, y nunca como en su vida gloriosa, se hace más creíble á los ojos de nuestra alma iluminada por la luz de la revelación. Debo, sin embargo, advertir que aquí procede emplear un razonamiento muy diferente del anterior, aunque no menos sólido, á mi pobre entender. En efecto, hermanos míos, si la humanidad de Cristo, durante su vida mortal, estaba enteramente descubierta á los ojos del hombre, no pudiendo por eso mismo ser revelada, la divinidad, al contrario, parecía demasiado velada bajo la forma

<sup>1</sup> Matth. 28, 17.

<sup>2</sup> Comment. in Matth. lib. 4, in Brev.

<sup>3</sup> In rhythmo euchar.

de siervo y la figura de pecador para poder ser creída sin especial revelación, como la que tuvo San Pedro. Y nunca estuvo más escondida la divinidad que durante la Pasión, según explica el profundo San Agustín comentando aquellas palabras del Salmista: *Acercarás el hombre á las profundidades del corazón, y Dios será exaltado* <sup>1</sup>. Acercóse, dice el Santo, esto es, hizose accesible á los perversos consejos de los malos, dejándose herir, prender, crucificar y matar, como hombre, y así brilló la divinidad de Cristo en su resurrección. Presentó á las miradas de los hombres al hombre, ocultando á Dios; porque, de no ser así, ¿cómo habría podido efectuarse la redención humana? <sup>2</sup> Pero pasa la tormenta, y triunfa Cristo de la muerte y de sus enemigos, y ¿qué acontece entonces? Que la humanidad se hace inaccesible á los tiros y aun á las miradas de los pecadores, mientras que la divinidad se deja ver á través de la misma carne ya glorificada, y confunde y amedrenta á los soberbios, regocijando á los humildes y amilanados discípulos. He aquí, pues, amados hermanos, cómo la divinidad se revela de tal modo en la vida gloriosa de Jesús, que, sin llegar nunca á dejarse ver (porque esto es imposible en esta vida), se impone á la fe de cuantos lo contemplan, obligándolos como por impulso irresistible, á caer de rodillas y adorarle. *Videntes eum, adoraverunt* <sup>3</sup>. Y ¿no hizo otro tanto el fervoroso Tomás en el instante en que, certificado de la resurrección, vió resplandecer la divinidad de su Maestro? Entonces respondió con voz entrecortada por la emoción: *Señor mío y Dios mío* <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Ps. 63, 7.

<sup>2</sup> Tract. super Psalm., in Brev.

<sup>3</sup> Matth. 28, 17.

<sup>4</sup> Io. 20, 26.



6. He ahí, hermanos míos, lo que acontece diariamente en el altar, por lo mismo que la vida eucarística de Jesucristo no es menos gloriosa que aquella de que apareció revestido después de su resurrección. ¡Cuántas veces no habréis vosotros prorumpido, con afecto semejante al del Apóstol, en aquellas abrasadoras palabras: *Dominus meus et Deus meus*: ¡Oh Dios mío! ¡oh Señor mío! ¡oh Dios de mi corazón y de todo mi ser! y mejor que en ninguna otra parte, aquí delante del *tabernáculo admirable*<sup>1</sup>, prosternados, como si estuvierais viendo palpablemente á la divinidad, en la presencia de Jesús sacramentado! ¿Cómo explicar este efecto maravilloso de la Eucaristía, efecto que llegan á sentir hasta los más descarados incrédulos, á lo menos en ciertos momentos solemnes, sino confesando que aquí la divinidad se revela de singular manera, siendo por tanto Jesucristo en su vida eucarística, como en la gloriosa, objeto cabal y adecuado de nuestra fe? Pues, no lo es menos de nuestra caridad, como vais á ver en la segunda parte.

## II.

7. ¿Acaso esas mismas expresiones de Tomás, mil veces repetidas delante de la Eucaristía, no lo comprueban suficientemente? Porque, así como son expresión viva de la fe en Jesús, Dios y hombre verdadero, así lo son también de la más ardorosa caridad. Y ¿cómo no había de saltarle el corazón de amor y de dolor al favorecido discípulo á vista de tanta benignidad del dulcísimo Maestro? Pero ¿qué diré de Magdalena, qué de las otras piadosas mujeres, qué de los discípulos que iban á Emmaús, qué de San Pedro y los demás Após-

<sup>1</sup> Ps. 41, 5.

toles? ¿no los vemos á todos abrasados en amor de Jesús resucitado? ¿no parece que la nueva forma de gloria y de felicidad con que se presenta ahora Jesucristo, arrebatada en pos de Él los corazones y los inflama en amor á su persona? Aun antes de bajar á la tierra el espíritu de amor, se verifica la profecía de Jesús: *Omnia traham ad me ipsum*: Atraeré hacia mí todos los corazones<sup>1</sup>. ¡Qué trasportes los de la amante Magdalena en el huerto donde se le apareció el misterioso hortelano! «La que antes pecadora, dice San Gregorio, había permanecido con el corazón frío, ahora con el amor ardía fuertemente. No sabía apartarse del sepulcro de su amado Señor, buscaba anegada en llanto al que no encontraba, ardiendo en deseos de poseer á quien creía le habían robado<sup>2</sup>. Pero he aquí que, compadecido el buen Jesús de tanta angustia, se deja ver de su discípula y la apostrofa por su nombre: ¡*María!* y Magdalena prorrumpe, ahogada por el sentimiento, en esta sola exclamación: *Rabboni, ¡Maestro mío!*<sup>3</sup> Dínos, endiosada Magdalena, ¿qué sintió tu corazón en este venturoso instante, cuando, sin ser dueña de ti, te arrojaste á los pies del Salvador para abrazarlos y besarlos? Pues, ¿qué sintieron las otras benditas mujeres á quienes Jesús alegró con su vista, camino de Jerusalén, saludándolas benignamente: *Avete!*, y ellas, sin poder articular palabra, le abrazaron los pies y lo adoraron<sup>4</sup>? Y ¿qué sentiría el corazón de Pedro cuando á la pregunta de Jesús tres veces repetida: ¿*Me amas, Simón?*, contesta resuelto aunque desconfiado de sí: *Tú lo sabes, Señor, tú bien sabes que yo te amo*<sup>5</sup>? Y se entristece al pensar que

<sup>1</sup> Io. 12, 32.

<sup>2</sup> Hom. 25 in Evang., in Brev.

<sup>3</sup> Io. 20, 16.

<sup>4</sup> Matth. 28, 9.

<sup>5</sup> Io. 21, 17.



Jesús pueda dudar del amor de su discípulo, ó que él mismo pueda ser infiel como durante la Pasión. Escenas como éstas, carísimos hermanos, ponen en evidencia el maravilloso poder de la vida y condición gloriosa de Jesús resucitado para levantar incendios de amor en los corazones de los hombres.

8. Ni podía ser de otra manera, ya sea que se consideren las dotes de gloria con que apareció revestida su humanidad, ya la conducta del mismo Salvador, toda suavidad y ternura con los suyos. Jesús, dejando brillar en su sagrado cuerpo las dotes de su espíritu bienaventurado, tales como la claridad, la inmortalidad, la agilidad y la sutileza, no puede menos de constituir un objeto de irresistible atractivo para el corazón del hombre. Aquella humanidad perfectísima, revestida de estas dotes, debió alcanzar un grado de hermosura rayana en lo divino, cuyo natural efecto era, no sólo la admiración, sino principalmente el amor; y este amor no debía pararse en lo humano, en lo deslumbrador del sentido, sino ir más allá, penetrar en el alma del Salvador, llegar por ella hasta el Dios Encarnado. Así lo demuestra la exclamación de Santo Tomás: *Dominus meus et Deus meus*. Así lo prueba la actitud de adoración que tomaban delante de él aquellos á quienes se les descubría en su aspecto glorioso. Recordad, hermanos míos, la impresión de ventura inefable que se apoderó del corazón de los tres afortunados testigos de la gloria de Jesús en la Trasfiguración, la cual les hizo exclamar por boca de Pedro: *¡Qué bien se está aquí!*<sup>1</sup> ¡Aquí debíamos permanecer eternamente! ¡no hay más que desear! Y calculad por aquí cuál sería el efecto de la vista de Jesús

<sup>1</sup> Luc. 9, 33.

glorificado, no ya pasajera, sino de modo estable y propio como de quien ha llegado al término de su victoriosa jornada. No hay duda que el efecto de tal vista, superior á la del Tabor, no pudo ser otro que el arrobamiento, el éxtasis.... Y ¿qué decir, si á la belleza sobrehumana, producida por aquellas dotes de vida inmortal y divina, se añade la dulzura y suavidad que rebosaba de los labios y de los ojos y de todo el porte de Jesús glorificado? <sup>1</sup> ¿Qué corazón no quedara derretido de amor al oír á Cristo dirigir expresiones tan amorosas como éstas: *Avete, pax vobis, nolite timere*<sup>2</sup>.... Dios os guarde, la paz sea con vosotros, no temáis, acercaos, vedme, palpadme; y, sobre todo, al contemplar á Jesús sentado á la mesa en medio de sus discípulos *partiendo el pan: in fractione panis*, y dándosele á comer con infinita benignidad? ¡Oh, y cómo se llevaría tras sí los corazones, á par de las miradas, cuando iba lenta y majestuosamente elevándose hacia el cielo! Verdaderamente, como canta la Iglesia, subiendo Cristo á las alturas, llevó cautivos de amor á los que antes tenía cautivados el pecado<sup>3</sup>. Pero veamos si no son estos mismos los efectos de la vida eucarística de nuestro Salvador.

9. Las condiciones que rodean á Jesús en el Sacramento del amor no pueden ser más adecuadas para captarle corazones. Ahí están, aunque por modo misterioso y velado á nuestros ojos, aquellas mismas dotes de su santa humanidad triunfante del sepulcro, comunicándole inexplicable hermosura. Y así tiene que ser, mis amados hermanos, por el hecho de estar en la Eucaristía el

<sup>1</sup> Ps. 44, 3.

<sup>2</sup> Luc. 24, 36.

<sup>3</sup> In offic. Ascens. Domini.



cuerpo del Señor tal como está hoy en el cielo, esto es, glorioso y revestido de infinita claridad. «El cuerpo de Jesucristo, dice un piadoso autor<sup>1</sup>, aunque místicamente inmolado en el altar, con todos los méritos de la Pasión y de la Cruz, no está ya separado de su alma; y la sangre divina, recogida por el poder de Dios, corre ya por las venas de ese cuerpo y lo reanima con una vida enteramente nueva, para que como carne vivificante sea nuestro alimento de inmortalidad. Hasta pudiera asegurarse que Jesús resucita obligado por la promesa que nos hizo antes de morir de dársenos todo entero en alimento: para eso recogen los ángeles con solícito afán todas las gotas de su sangre, porque nada de esa sustancia, más preciosa que todo el oro del mundo y más suave que todos los perfumes, por estar unida á ella indisolublemente la Persona del Verbo, puede perderse para nosotros, dueños ya de todo ese tesoro por la donación del Salvador.»<sup>2</sup> Nos pertenece, pues, también la gloria y hermosura de ese cuerpo glorificado: así, así es cómo debemos recibirlo y apropiárnoslo. ¡Qué júbilo, qué felicidad para el alma que comulga poder decir como la Esposa de los Cantares, ó, más bien, como María el día de la resurrección, abrazando á Jesús: *Hallé por fin al amado de mi corazón, téngole asido y no le dejaré hasta introducirlo en la casa de mi madre*<sup>3</sup>! Tal es el primer grito que se escapa del alma el día de la resurrección, y no es otra la voz de su alegría en la hora de la comunión. Tal es la Pascua del alma cristiana, que dulcemente se entretiene con Jesús resucitado, Pascua eternamente continuada en el

<sup>1</sup> Sagette, L'Eucharistie t. II.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Cant. 3, 4.

Sacramento de la Eucaristía. Y esto bastará, cristianos, para hacernos comprender cómo, por maravillosa afinidad, la vida eucarística y la vida gloriosa de Jesús nos ofrecen el objeto más adecuado para los deliciosos transportes de la caridad. Contemplémosle por último como dechado perfectísimo de la vida cristiana.

### III.

10. Jesús, *vida nuestra*<sup>1</sup>, es siempre y en todos los estados el sublime modelo de la perfección y santidad, ó sea, de la vida cristiana. De Él se ha dicho: *Míralo, y obra según el ejemplar que se te ha mostrado en el monte*<sup>2</sup>. Eso no obstante, podemos asegurar que lo es de un modo especial en su resurrección y en la sagrada Eucaristía. Formémonos clara idea de lo que constituye esa vida, según la enseñanza del Apóstol en su admirable epístola á los colosenses. *Si habéis resucitado con Cristo, díceles, buscad las cosas de allá arriba, de aquella región en donde está Cristo sentado á la diestra de Dios; gustad de los bienes celestiales, no de los terrenos. Porque estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vida vuestra, apareciere, entonces también vosotros apareceréis con él en gloria. Mortificad, pues, vuestros sentidos terrenales, dad de mano á los vicios, hijos de la incredulidad, por los cuales se desató la ira divina...* Y aquí enumera el Doctor de las gentes los vicios repugnantes en que vive el hombre viejo, el hijo de la naturaleza corrompida, vicios en que yacía sumido el paganismo; y continúa diciendo: *Revestios del hombre nuevo, de aquél que se renueva por el conocimiento de*

<sup>1</sup> Col. 3, 4.

<sup>2</sup> Ex. 25, 40.



Dios, conforme á la imagen de su Criador. Ya no hay judío ni gentil, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino todo y en todos los hombres Cristo. Revestios, pues, como escogidos de Dios, como santos y amados suyos, de entrañas de misericordia, de benignidad, humildad, modestia y paciencia... Pero sobre todas las virtudes profesad la caridad que es el lazo de la perfección; y la paz de Cristo difunda la alegría en vuestros corazones, esa paz por la cual habéis sido llamados á formar un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo habite en vosotros, llenándoos de sabiduría para enseñar á los demás, y amonestaros á vosotros mismos, entonando cordiales acciones de gracias á Dios por medio de salmos, himnos y cánticos espirituales. Finalmente, todo cuanto hacéis de palabra ú obra, hacedlo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando gracias á Dios Padre por Él<sup>1</sup>. Consta, pues, de toda esta doctrina que la vida nueva propia del cristiano es aquella que se llama interior, toda de recogimiento y mortificación de las pasiones, toda de unión con Dios y deseo de los bienes celestiales; y, en cuanto á lo exterior, vida de paz, modestia y caridad. Ése es el ideal ciertamente, hermanos míos, de una vida modelada por el ejemplo y la doctrina del divino Maestro, y el único secreto de felicidad para el hombre en el tiempo y en la eternidad. Ésa es la vida llena de dignidad y verdadera grandeza, ésa la vida del sabio verdadero y del que vive para glorificar á su Criador y para hacer bien á sus semejantes. Á ella y sólo á ella están vinculadas las esperanzas de otra vida gloriosa y semejante á la de Cristo en la bienaventuranza del Padre celestial.

<sup>1</sup> Col. 3, 1—17.

11. Ahora bien, mis amados oyentes, ¿dónde encontraremos el tipo más acabado de esta vida, mejor que en las dos vidas, gloriosa y eucarística, de Cristo nuestro Señor? Después que resucitó, dice San Pablo, vive sólo para Dios: *Quod autem vivit, vivit Deo*<sup>1</sup>. Lo hemos visto en la primera parte de este discurso: su humanidad no se muestra sino raras veces y como en visión pasajera; pues, ya no vive, como cuando mortal, en el seno de la familia apostólica, ya no anda ni habita entre los hombres. Si queréis saber dónde vive ahora, y si, como la esposa mística, le preguntáis *en dónde se sienta al medio día*<sup>2</sup>, no lograréis saberlo; pues, nadie acertaría á decíroslo: Jesús, más bien que de la tierra, es ya morador del cielo, habita entre los ángeles, vive en la mansión de Dios, aunque todavía, durante el corto espacio de cuarenta días, parece no querer abandonar este mundo por amor á sus queridos y huérfanos discípulos. Pues, por lo que hace al Sacramento de la Eucaristía, la vida de Jesús no puede ser más oculta y escondida á los ojos de los hombres. Oculto vive dentro de la oscuridad del tabernáculo, y más oculto aún debajo de humilde cortinaje de los accidentes; pero allí escondido, y como muerto, goza de la plenitud de la vida divina, vive, en cuanto hombre, contemplando, adorando, amando y glorificando á Dios: *Vivit Deo*. ¡Oh! y, lo que es todavía más admirable, vive sacrificándose continuamente ante la Majestad de Dios y aplacando su justicia, y eso á pesar de que su condición gloriosa parecía incompatible con ese estado de inmolación y de víctima. He ahí, almas cristianas, cuál debe ser nuestra vida en lo interior: muertos al mundo,

<sup>1</sup> Rom. 6, 10.

<sup>2</sup> Cant. 1, 6.



á la sensualidad y á las pasiones, debemos inmolarnos incesantemente cual hostias vivas de amor y de sufrimiento á gloria de Aquél para quien vivimos, para quien obramos, para quien morimos<sup>1</sup>.

12. Mirad, por último, la vida exterior de Jesucristo resucitado y encerrado en nuestros tabernáculos. Toda ella la consagra al bien y consolación de sus *hermanos*, que así los llama ahora, en prueba del extremado amor que les profesa. *Decid á mis hermanos: subo ya á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios*<sup>2</sup>. ¡Cómo se ocupa en visitarlos frecuentemente, yendo, por decirlo así, tras ellos, como el buen pastor en pos del rebaño disperso, por los montes de Galilea, por los caminos de Emmaús, por las riberas del lago de Gensaret, y hasta en el fondo del cenáculo donde se han encerrado por temor de los judíos! ¡Cómo los regala con dulcísimas palabras en estas visitas, templando el resplandor de su gloria con la amabilidad de sus sonrisas! Hasta podríamos decir que Jesús emplea las dotes maravillosas de su cuerpo resucitado en beneficio de sus queridos discípulos, siendo un hecho que para visitarlos y consolarlos se vale de su agilidad, sutileza y hermosura. No contento con esto, Jesucristo los instruye y los prepara para recibir las enseñanzas del Espíritu Santo que Él mismo les promete enviarles desde el cielo, los anima y fortalece para la gran misión que les confía, los arma de poderes omnímodos, y los colma de gracias con su soberana bendición. Y ¿qué otra cosa hace el mismo Señor en el Sacramento de su amor sino derramar sobre todas las almas los tesoros de su infinita caridad y ternura? ¿No es allí donde las visita diaria-

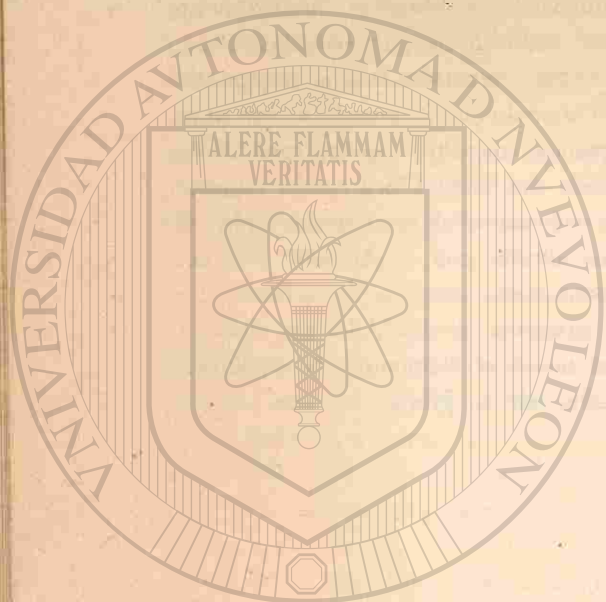
<sup>1</sup> Rom. 14, 8.

<sup>2</sup> Io. 20, 17.

mente, como sol divino que hace cada día su visita á la tierra, desde oriente hasta occidente, alegrando y animando á todos los vivientes? ¿No es allí donde las regala de inefable manera, las tranquiliza y fortifica, las instruye en los caminos de la salvación, y finalmente agota, por decirlo así, sus riquezas para hacerlas felices? ¡Oh Eucaristía sacrosanta, verdadera Pascua del pueblo cristiano! Tú eres el modelo de lo que debe ser nuestra vida de peregrinación terrestre para arribar algún día á la eterna morada del Señor! Sea, pues, amadísimos hermanos, toda celestial y divina nuestra vida, de manera que podamos afirmar con el Apóstol: *Nuestro corazón y nuestro pensamiento están en los cielos*<sup>1</sup>, para que, cuando Cristo aparezca al final de los tiempos, aparezcamos también nosotros, iluminados y resplandecientes con los destellos de su gloria. Así sea.

<sup>1</sup> Phil. 3, 20.





SERMONES

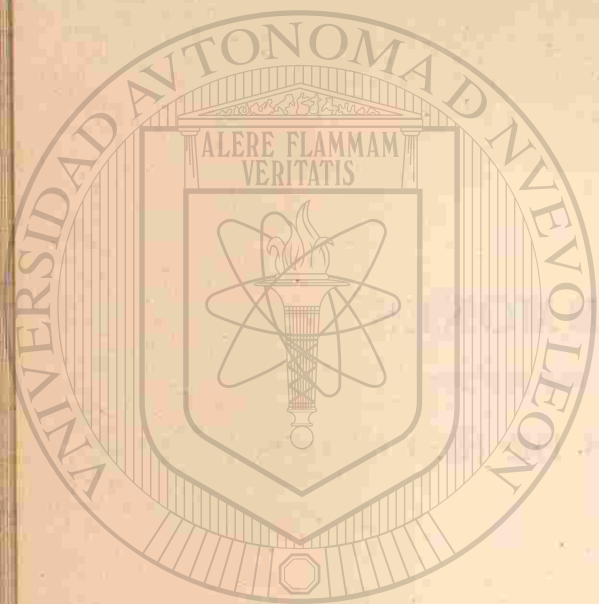
SOBRE ALGUNOS

MISTERIOS DE JESUCRISTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PRIMER PANEGÍRICO DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS

(predicado en Medellín [Colombia], 1889).

### El nombre sobre todo nombre.

Donavit illi nomen quod est super omne nomen.

Dióle Dios un nombre que es superior á todo nombre.

Phil. 2, 9.

1. Llena de entusiasmo y santa gratitud celebra hoy la Compañía de Jesús, mi Madre, la fiesta de este santo Nombre, su fiesta titular. Porque no ignoráis, cristianos, que, así como á María santísima le fué revelado por el ángel que el Santo que traería en sus entrañas se había de llamar Hijo de Dios: *Quod nascetur ex te Sanctum vocabitur Filius Dei*<sup>1</sup>, y á José le fué mandado imponer á este hijo el nombre de Jesús<sup>2</sup>; así también, por singular prerrogativa de la divina bondad, fuéle mostrado á Ignacio de Loyola en el libro de los divinos decretos, que el nombre destinado á la sagrada milicia que él había concebido en su extático pensamiento, era precisamente el de *Compañía de Jesús*<sup>3</sup>. Y, como nada fué bastante para arrancar su nombre al Redentor del mundo, el cual lo hizo brillar más que nunca sobre la cabeza del madero afrentoso de la cruz, de la misma suerte no ha bastado fuerza ni poder hu-

<sup>1</sup> Luc. 1, 35.      <sup>2</sup> Matth. 1, 25.

<sup>3</sup> Vita S. Ignatii et Hist. Soc. Iesu.



mano para arrebatarse á la Compañía, aun perseguida, aun crucificada, la inestimable divisa que lleva en su frente. El cielo se la ha dado: la suprema autoridad de la Iglesia se la ha confirmado desde la cuna<sup>1</sup> hasta el momento mismo de sacrificarla en aras de la paz, y no ha podido el odio conjurado de tres poderosos monarcas<sup>2</sup> impedir que la aborrecida y extinguida Compañía recobrase, al renacer de sus mismas cenizas, el nombre glorioso que llevó al morir, de *Compañía de Jesús*. ¿Por qué no hemos de ver en esto los hijos de Ignacio una prueba manifiesta y brillante de predilección y nunca desmentido cariño para con nuestra religión por parte de aquel benignísimo *Jesús* que la honró desde el primer día con la regia divisa de su nombre? ¿Por qué no nos será lícito, como al Apóstol<sup>3</sup>, gloriarnos en el nombre de Jesús? Sabemos muy bien la pesada carga que este nombre nos impone, que no es sino la abnegación llevada hasta el sacrificio, como quiera que el Hijo de Dios, según el Apóstol, no recibió el nombre que está por encima de todo nombre, sino por haberse humillado y hecho obediente hasta morir en la cruz<sup>4</sup>. ¿Qué valen, empero, todas las humillaciones del martirio ante el resplandor de esa gloria que alcanza á difundirse sobre todos cuantos tienen la honra de llevar tan alto nombre?

2. Esta gloria es la misma que el Apóstol encargado de llevar el nombre de Jesús á todas las naciones<sup>5</sup> pregonaba con las magníficas palabras: *nomen super omne nomen*, nombre sin igual, ante quien doblan la rodilla

<sup>1</sup> *Iul. III.*, «Pastoral. officii».

<sup>2</sup> Los reyes de Francia, España y Portugal.

<sup>3</sup> *Phil.* 3, 3.

<sup>4</sup> *Phil.* 2, 8.

<sup>5</sup> *Act.* 9, 15.

cielos, tierra é infierno<sup>1</sup>. ¿Quién pudiera ensalzarlo dignamente? Mas ¿qué puede añadirse, hermanos míos, á los conceptos sublimes del Apóstol? ¿puede enaltecerse más un nombre que poniéndole por encima de todos, sin excepción alguna: *super omne nomen*? Si, pues, el sentido literal de las palabras no nos engaña, el Apóstol coloca el nombre de *Jesús* más arriba que aquellos otros nombres por los cuales conocemos y adoramos á Aquel cuyo nombre propio ninguna inteligencia creada es capaz de pronunciar; porque, si bien cada uno de esos nombres nos revela alguna de las divinas perfecciones, el dulce y sacrosanto nombre de *Jesús* nos da entrada, por decirlo así, al conocimiento pleno de aquel misterio secular, de aquella obra divina entre las divinas por la cual quiso Dios ser conocido y adorado de todas las criaturas, á saber, la obra de la salvación. De ahí es que, al sonar este nombre, toda la creación se conmueve y cae de rodillas: un himno de amor y de alabanza resuena en las celestes bóvedas, cuyas suaves notas repercute la tierra; y hasta el hondo abismo se estremece de espanto. Tal es el pensamiento del Apóstol, cuyo desarrollo formará todo el panegírico del Dulce Nombre; y para llevarlo á cabo dignamente implorad conmigo las luces de lo alto por mediación de aquella cuyo nombre es el más venerable después del de Jesús: *Ave María*.

## I.

3. Es ley del Altísimo, promulgada por el gran vocero del evangelio, por el Apóstol de las visiones del tercer cielo, como lo habéis oído, cristianos, que *al*

<sup>1</sup> *Phil.* 2, 10.



nombre de Jesús se doble toda rodilla en las regiones del cielo. Mas, ¿cómo así, hermanos míos, cuando tal homenaje de adoración latréutica parece reservado exclusivamente para honrar á Aquél que vió Isaias sentado sobre un trono excelso y elevado sobre el trono de la Majestad?<sup>1</sup> Precisamente por esto, porque el nombre de Jesús es el nombre del Hijo unigénito de Dios, pertenece al Verbo hecho carne, al Cordero de Dios sacrificado en el altar de la justicia eterna para retornar al Padre toda la gloria que le robó el pecado. Y de ese Cordero, sentado en el mismo solio que el Omnipotente, cantaban millares de millares de ángeles con voz que atronaba los ámbitos del cielo: *Digno es el Cordero que ha sido muerto, de recibir el poder y la divinidad, y la sabiduría y la fortaleza, y el honor y la gloria y bendición*<sup>2</sup>. Y es el Cordero, Cristo Jesús, á quien todas las criaturas, en inmenso acorde con los ángeles, saludan diciendo: *Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea bendición y honor y gloria y poder por siglos de siglos*<sup>3</sup>.

4. Acaso á alguno ocurra preguntar, ¿por qué en los ángeles tanto entusiasmo por el Cordero que murió, no por ellos, sino por los hombres? ¡Ah! hermanos míos: porque si Jesús es sólo Redentor del género humano, es también, y con absoluta verdad, Salvador de los ángeles, como lo afirma con el asentimiento de toda la Iglesia el melifluo San Bernardo: *Idem quippe et angeli salvator et hominis*<sup>4</sup>. De manera que, si deben estos bienaventurados espíritus el ser natural á Dios Criador, la gracia y la gloria débensela á Jesús, Dios Salvador.

<sup>1</sup> Is. 6, 1.<sup>2</sup> Apoc. 5, 12.<sup>3</sup> Apoc. 5, 13.<sup>4</sup> Serm. 1 de Circuncis.

En efecto, bastaría el pasaje citado del Apocalipsis para hacernos comprender la extensión universal de la acción salvadora del Verbo Encarnado. Pero oíd de nuevo á Pablo, el mensajero del nombre de Jesús, anunciando á los colosenses que Cristo ha sellado con su sangre la paz del cielo y de la tierra: *Pacificans per sanguinem... sive quæ in terris sive quæ in cælis sunt*<sup>1</sup>. Haya sido, ó no, el objeto propuesto á la adoración de los ángeles, en la hora de la prueba, el Hijo del hombre, consustancial con Dios, lo cierto, lo indudable es que fué el brazo de Cristo, fué Jesús quien sostuvo con su virtud á los que permanecieron fieles en aquel espantoso cataclismo en que fueron derribadas tantas estrellas del firmamento. Por eso mientras Luzbel y sus pérfidos secuaces arrojan imprecaciones de rabia contra el Hijo del hombre, Miguel y sus cohortes de espíritus gloriosos, toda aquella multitud de millares que oyó San Juan en su Revelación, cantan en mitad del cielo: *Quis sicut Deus?*<sup>2</sup> que es como decir: ¡Viva Jesús! ¿quién tan poderoso como el Hijo de Dios?

5. Después, cuando, llegada la plenitud de los tiempos<sup>3</sup>, esto es, al rebosar el mar de gracia que inundó los cielos, dilatando hasta la tierra sus riberas, nace Jesús en la gruta de Belén, déjase ver de los hombres y escuchar una alada muchedumbre, como avanzada del ejército celestial<sup>4</sup>, como lluvia de estrellas, iluminando el contorno, y con voces nunca oídas del humano sentido, alabando á Dios y pregonando al Salvador de las alturas y Pacificador de la tierra: *Gloria in altissimis Deo...* Ya antes de nacer Jesús, había Gabriel pre-

<sup>1</sup> Col. 1, 20.<sup>2</sup> Michael, quod interpretatur..., ut supra.<sup>3</sup> Gal. 4, 4.<sup>4</sup> Luc. 2, 13.



conizado su nombre hablando á María y á José, como quien de muy atrás conocía su virtud omnipotente experimentada en el cielo<sup>1</sup>. De ahí en adelante los ángeles rodearon á Jesús, como guardia noble que escolta y hace los honores á su Rey, acompañándole en todas sus peregrinaciones; asistiéronle y le sirvieron á la mesa en el Desierto, confortáronle en el Huerto de la agonía, prontos como aguerridas legiones á despedazar á sus enemigos... si él se lo permitiera, lloraron con él junto á la Cruz, celebraron su triunfo después de su resurrección, y finalmente volvieron con él á entrar en el reino de la gloria en el gran día de la Ascensión á los cielos. Con él bajarán también en nube de gloria y majestad cuando venga á juzgar á los vivos y á los muertos en el último día de la humanidad. ¡Oh, cuán indisolubles son los lazos de amor que unen á los santos ángeles con su adorado Jesús! Lo mismo que le acompañaron en la tierra, cércanle hoy en las alturas del cielo, y le adoran día y noche en la lobreguez del tabernáculo.

6. De ahí procede que los espíritus más encubiertos en la jerarquía por la luz de la inteligencia y el vivo fuego de la voluntad, permanezcan en actitud extática, abismados en la dulce adoración del nombre de Jesús, de la manera que se complace en representarlos en el lienzo el pincel de artista cristiano. Pues, ¿quién sino aquellas inteligencias clarísimas de los querubines podrá descubrir los tesoros de perfección que encierra un nombre puesto á la medida de la dignidad infinita de la Persona que lo lleva? ¿Quién, sino el ángel, que es todo armonía y belleza, nos dará razón de la armonía inefable y hermosura de ese nombre? Si aun para el

<sup>1</sup> Matth. i, 21.

hombre miserable y pecador, sordo y mudo para todo lo divino, verdadero y bello, es tan dulce el nombre de Jesús, que nada puede serlo más: *Nil canitur suavius...*<sup>1</sup>, ¿qué será, carísimos hermanos, para el oído angélico, tan sensible á las más delicadas vibraciones del mundo espiritual? ¿Quién sino el serafín, brasa de amor en que se quema y derrite el incienso de la más pura adoración, alcanzará á gustar las dulzuras de este nombre, que es júbilo para todo corazón amante? y ¿quién otro alcanzará á pintarnos los incendios, los transportes de amor en que se pierde un corazón seráfico entre los suaves resplandores del nombre de Jesús?

Por cierto, hermanos míos, tengo por una de las más sublimes prerrogativas del ser angélico el poder contemplar de lleno y abismarse en la infinita suavidad de ese nombre, en el cual, al decir del Apóstol, están concentrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios<sup>2</sup>; no de otra suerte que es prerrogativa del ojo del águila real el poder mirar de hito en hito, y, como dijo un poeta, beber en el viento la roja luz del sol esplendoroso al mediodía. Y aun por eso creo que el hombre mismo, al hacer de ese nombre santo el objeto predilecto de su contemplación y el imán de su cariño, elévase también, como por natural impulso, á condiciones más bien angélicas que humanas. Pablo, Ignacio de Antioquía, Bernardino de Sena, Ignacio de Loyola... ¿qué son sino ángeles por la pureza de cuerpo y mente, querubines por la sabiduría altísima, serafines por los rápidos vuelos del amor? ¿Y no han sido ellos también las grandes Apóstoles del nombre de Jesús?

<sup>1</sup> Eccl. in offic. SS. Nom. Iesu.

<sup>2</sup> Col. 2, 3.



## II.

7. Pues, si tales son, hermanos míos, como hemos alcanzado á entrever, los sentimientos de los habitantes del cielo, ¡decidme qué no sentirán los pobres moradores de la tierra al escuchar el nombre sobre todo nombre! Pondránse de hinojos, la vista vuelta al cielo, las manos juntas contra el pecho, en actitud de espontánea adoración; dejarán correr de sus ojos dulces lágrimas, como quien ha oído el nombre del que viene á rescatarlos; dirán mil veces: *Vén, Jesús; vén, Señor, á libertar á tu pueblo: Veni Domine Jesu*<sup>1</sup>. Digan si esto no es verdad cuantos sienten hoy mismo su nativa condición de esclavos, pero de esclavos redimidos y libres por la virtud de ese augustísimo nombre: *Dicant qui redempti sunt...*<sup>2</sup> Porque, en hecho de verdad, no hay otro, dado á los hombres para poder salvarse, según lo afirma el príncipe de los Apóstoles<sup>3</sup>. De manera, cristianos, que, si para los ángeles el nombre de Jesús suena lo mismo que Salvador, porque los preservó de la caída, para los míseros hijos de Adán significa algo más tierno aún, más eficaz si se quiere, pues, decir Redentor es aclamar á quien los ha sacado con mano poderosa de los abismos de la culpa, y rescatado de la horrible esclavitud de la pena.

¡Qué entusiasmo no excita en los pueblos, aun después de cien generaciones, el glorioso renombre de Libertador! José llevado de triunfo en triunfo sobre el carro de Faraón por todas las ciudades de Egipto, y aclamado por millares de voces *Salvador del mundo*, nos puede dar la medida del entusiasmo popular para con los grandes libertadores de las naciones. Pero aquí sería

<sup>1</sup> Apoc. 22, 20.<sup>2</sup> Ps. 106, 2.<sup>3</sup> Act. 4, 12.

preciso comprender lo que va de esclavitud á esclavitud, de libertad á libertad, para convenir en que todo entusiasmo es nada ante el inefable trasporte que conmueve á la humanidad entera al sólo pronunciar el nombre, tan dulce como grande, de Jesús de Nazaret.

8. De Jesús, notadlo bien, oyentes míos. Si el hombre no hubiese caído del estado primitivo de la inocencia y justicia original, quizás habría concentrado toda la suma de sus sentimientos religiosos en el santo nombre de Jehovah, Dios Criador y Señor soberano; mas, una vez que el pecado, la feliz culpa que canta la Iglesia, dió lugar á aquella evolución maravillosa de la divina misericordia, á la humana redención, el nombre de Criador no alcanzaba á satisfacer el corazón del hombre, el cual necesitaba adorar á su Dios bajo el nombre de Jesús. El pueblo de Israel, á quien no fué descubierto sino entre sombras el misterio de la Redención, si bien gozó anticipadamente de sus beneficios<sup>1</sup>, no gustó tampoco de las dulzuras del nombre de Jesús. Jehovah, el Dios del Sinaí, fué el Dios de Israel: Jesús, el Dios del Pesebre y del Calvario, es el Dios del pueblo cristiano. De ahí ha nacido el carácter de este mismo pueblo, cuyo tipo es Jesús, la caridad y la misericordia<sup>2</sup>. Ni creáis por eso que los demás nombres de Dios hayan de quedar ocultos ó eclipsados; porque, así como la persona de Jesús es el reflejo perfectísimo y la imagen consustancial del Padre, en la cual el Padre mismo se mira retratado, de suerte que quien ve al *Hijo, ve juntamente al Padre*<sup>3</sup>; así también su nombre es el trasunto de los más sublimes nombres con que Dios se ha dado á conocer y quiere ser amado y glorificado de los

<sup>1</sup> 1 Cor. 10, 4.<sup>2</sup> Luc. 9, 55.<sup>3</sup> Io. 14, 9.



hombres. Decid Jesús, y habréis nombrado al Admirable, al Sabio, al Fuerte, al Padre de los siglos, al Rey de la paz, á Dios<sup>1</sup>.

No basta, pues, de hoy más á la humanidad redimida que se le anuncie á boca llena el nombre santo de Dios; menester es que se le predique el dulce nombre de Jesús. Felipe rogaba con cierto candor infantil á su Maestro que le diese á conocer al Padre: *Ostende nobis Patrem, et sufficit nobis*<sup>2</sup>; y ¿sabéis qué le contestaba el bondadoso Maestro? Que esto no era suficiente; como creía el buen discípulo; porque nadie puede ir al Padre sino por mediación del Hijo<sup>3</sup>. No os basta, pues, á vosotros, filósofos espiritualistas de todas las escuelas, persuadir á los hombres que hay un Dios, autor y gobernador de la naturaleza, para que con este sólo conocimiento sean salvos; y no os basta, porque escrito está que no hay salvación por otro nombre que no sea el de Jesús<sup>4</sup>. Á éste es á quien debéis anunciar. Vuestra filosofía, si no proclama á Jesucristo, es después de todo tan vana como las demás. «Nada tiene sabor para mí, decía San Bernardo, si no encuentro en el escrito el nombre de Jesús. Nada me aprovechan vuestras conferencias y disputas, si en ellas no suena Jesús<sup>5</sup>. Ni á vosotros os basta, sabios legisladores modernos, dictar leyes en nombre del soberano Autor de toda humana sociedad, supuesto que, constituida ya por voluntad divina la sociedad cristiana, el Padre ha cedido á Jesús el cetro real y la vara de la justicia, como lo profetizó David<sup>6</sup>. Jesús, pues, es quien debe presidir á las naciones.

<sup>1</sup> Is. 9, 6.<sup>2</sup> Io. 14, 8.<sup>3</sup> Io. 14, 6.<sup>4</sup> Act. 4, 12.<sup>5</sup> S. Bern., Serm. 15 super Cant.<sup>6</sup> Ps. 71, 2.

9. Tal es la doctrina enseñada y practicada por los apóstoles del cristianismo. En efecto, hablan y predicaban penitencia y conversión<sup>1</sup>; pero, ¿en nombre de quién, sino de Jesús? Oíd á Pedro, el primero que dirige la palabra al mundo congregado providencialmente en Jerusalén el día de la Pascua de Pentecostés, oídle aplicar á Jesús el texto sagrado de Joel: *Todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo*<sup>2</sup>; y cómo, en consecuencia, manda, como único medio de salud, recibir el bautismo en el nombre de Jesús: *Baptizetur unusquisque vestrum in nomine Jesu Christi*<sup>3</sup>. Después, cuando la curación milagrosa del ciego de nacimiento, afirma resueltamente el mismo Apóstol que se ha obrado por la virtud del nombre de nuestro Señor Jesucristo<sup>4</sup>. Ved luego á Pablo, el vaso de elección, el heraldo del evangelio entre los gentiles, llevando á reyes y pueblos el nombre de Jesús, de conformidad con la misión que había recibido<sup>5</sup>. Ved á los demás Apóstoles predicando en todas las partes del mundo<sup>6</sup>, arrojando á los demonios de los cuerpos y de las almas, siempre en el nombre de Jesús<sup>7</sup>. Pero ¿quién ignora que los Apóstoles todos hasta Javier, hasta Claver, y los misioneros de todos los siglos hasta los que el día de hoy evangelizan el Japón, las Indias y el África central, no han levantado ni levantarán otra bandera de salud y civilización que la del nombre de Jesús? ¿No veis escrito ese adorable nombre en los anchos pliegues del pabellón del gran Rey? Sobre la cabeza de la cruz está inscrito por el dedo de la Providencia el famoso *INRI*, no ya de

<sup>1</sup> Act. 2, 38.<sup>2</sup> Act. 2, 21.<sup>3</sup> Act. 2, 38.<sup>4</sup> Act. 3, 16.<sup>5</sup> Act. 9, 15.<sup>6</sup> Marc. 16, 20.<sup>7</sup> Marc. 16, 17.



afrenta, sino de gloria, clamando á las generaciones humanas: *Reinó Jesús de Nazaret*<sup>1</sup>.

10. Y los mártires de la Iglesia, ¿por qué causa dan la vida y prodigan la sangre en los tormentos? No, ciertamente, por otra que por confesar en alta voz el nombre adorado que llevan impreso en el corazón del pecho palpitante; pero jamás podrán arrancarles del alma el nombre de Jesús. Y vosotros, venerandos Pontífices, Confesores ilustres, ¿cuál es vuestro ideal y vuestro encanto? No es otro que Jesús, el Redentor de todos: *Iesu, Redemptor omnium, perpes corona Præsulum*<sup>2</sup>. Vosotros brillasteis como confesores de este nombre sagrado<sup>3</sup>: por él conculcasteis como vil basura las delicias de la tierra. Y en cuanto á vosotras, Vírgenes inmaculadas y heroicas: ¿cuál es vuestra corona sino Jesús, vuestro dulce y celestial Esposo? *Iesu, corona Virginum*. Pero, ¿qué? ¿tiene acaso el pecador otro refugio, el moribundo otro solaz, el atribulado otro alivio que invocar este dulce nombre? Para decirlo en breve, todo cuanto se hace en la Iglesia, todo se hace por Jesús. Y, si se ora, se ora *en su nombre*, como él lo tiene encomendado<sup>4</sup>. Tal es la grandeza inefable que este nombre encierra: al oírlo, todo cae de rodillas, hasta los atormentadores infernales.

### III.

11. Registrad con una mirada el hondo abismo: ¡qué cuadro de atormentadores y atormentados! Pero se ha pronunciado un nombre allá en los cielos, y una corriente misteriosa ha llevado sus ecos hasta las puertas de aquella

<sup>1</sup> Vexilla Regis prodeunt (Hymn. Eccl.).

<sup>2</sup> Eccl. in hymn. Laud. in festo Conf. Pont.

<sup>3</sup> Ibid.      <sup>4</sup> Io. 16, 23.

cárcel tenebrosa. ¡Mirad! Tiemblan de pies á cabeza las potestades infernales y doblan maquinalmente la rodilla. Es que se ha pronunciado el nombre de Jesús. Y está decretado que *in nomine Iesu* creen, á pesar suyo, los demonios, y se estremecen<sup>1</sup> ante el poder de Aquél que vino á desbaratar su imperio sobre la tierra y á perderlos para siempre<sup>2</sup>. Jehová los lanza del empleo, y Jesús los arroja de la tierra, desalojándolos de su último baluarte y como asilo de su grandeza caída. ¡Qué confusión cubre la frente de aquellos desventurados espíritus tan humillados como arrogantes! No tienen ya fuerza, con ser toda una legión, para mantenerse en posesión de un pobre hombre Geraseno, y se ven forzados á apoderarse de una piara de animales inmundos<sup>3</sup>. Crece más su abatimiento: ni siquiera se les permite hablar. Jesús les dice con voz de mando: *Obmutesce*<sup>4</sup>; y los soberbios espíritus, como bestias salvajes mal domadas por el freno, tienen que reducirse al silencio.

Mas no sólo Jesús personalmente arroja á los demonios y los hace temblar con su presencia. Los Apóstoles también, los mismos discípulos, débiles y flacos por naturaleza, podrán hacer otro tanto; pero ¿cómo? conjurándolos con el poder del nombre de Jesús<sup>5</sup>. Y, de hecho, los dominan con una facilidad que á ellos mismos los asombra y les inspira sentimientos de vanidad mal reprimidos<sup>6</sup>. Y ¿qué de veces no ha ejercitado la Iglesia el poder que le dió Cristo de refrenar con una sola palabra, el exorcismo, la audacia de Satanás, cuando éste, á pesar de estar vencido y amordazado,

<sup>1</sup> Iac. 2, 19.

<sup>2</sup> Marc. 1, 24.

<sup>3</sup> Matth. 8, 31.

<sup>4</sup> Marc. 1, 25. Luc. 4, 35.

<sup>5</sup> Marc. 16, 17.

<sup>6</sup> Luc. 10, 17.



ha logrado, por divina permisión, adueñarse momentáneamente del cuerpo de algún hombre? Por eso al resonar el nombre de Jesús, *nombre santo y terrible*<sup>1</sup>, cuanto se regocijan los bienaventurados, tanto se consternan y retuercen los demonios, y con ellos ¡triste caso! los malaventurados humanos que forman en las filas del infernal caudillo. Por eso mismo lo detestan los tiranos, lo persiguen los herejes, lo escarnecen con labio in-mundo los impíos, lo deshonoran con hechos indignos los obstinados pecadores. Todos éstos forman la legión de soldados de Satanás; mas todos ellos con su jefe, bien á pesar suyo y mordiendo el polvo de su rabia, doblan la rodilla heridos por el resplandor del nombre augusto de Jesús.

12. Todos ellos te persiguen con odio encarnizado, Compañía santa, que llevas ese nombre por divisa. Mas ¿qué importa, si él mismo es tu escudo inexpugnable? Nada temas; antes bien regocíjate y gloriáte el día de hoy conmemorando los monumentos auténticos de la predilección de tu invicto Capitán Jesús. Recuerda que Él te ha dicho: *Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi*<sup>2</sup>. No sólo te ha enriquecido con su nombre, sino también con sus ojos y su corazón: te ha dado sus ojos para mirar siempre por ti, su corazón para amarte. *Mi corazón estará allí todos los días*. Tú lo sabes muy bien, querida Madre mía, porque sabeslo por experiencia de tres siglos: Jesús no ha faltado á sus magníficas promesas. Gloriarte de esto, es gloriarte en el Señor. Bendícele, pues, y que todos tus hijos alaben su santo nombre<sup>3</sup>. Porque, bien puedo decirlo humildemente, *ha hecho contigo cosas grandes el que es*

<sup>1</sup> Ps. 110, 9.<sup>2</sup> 2 Par. 7, 16.<sup>3</sup> Ps. 102.

*todopoderoso, y cuyo nombre es santo*<sup>1</sup>. Él te ha dado fuerza y valor para llenar hasta aquí tus deberes, los dulces cuanto sublimes deberes que te impone tu divisa; de trabajar sin descanso por dilatar la gloria de ese nombre de Rey y Salvador. Prosigue infatigable ¡oh gloriosa Compañía!, prosigue hasta la consumación de los siglos, sin escasear sudor ni sangre, en esa tu nobilísima tarea, que es tarea de apóstoles, doctores y mártires. Lidia y, vencedora ó vencida, no des tregua hasta ver triunfante entre lampos de gloria ese dulce y adorable nombre, y hasta dejar asentado en la tierra su reino, el reino de Dios, que, dilatándose en el tiempo, se fije y consume en la feliz eternidad. Así sea.

## SEGUNDO PANEGÍRICO DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS

(predicado en San Ignacio de Bogotá, el 19 de enero de 1896).

### Jesús, Salvador del hombre y de la sociedad.

*Nec enim aliud nomen est sub caelo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.*

No hay otro nombre debajo del cielo, dado á los hombres, en que podamos ser salvos.

Act. 4, 12.

1. No es uno sólo el punto de semejanza que á primera vista se descubre entre la plenitud de los tiempos antiguos y la plenitud de los tiempos modernos. Llena estaba la copa del placer venenoso á que arrimaban los ardientes labios las naciones que tocaban ya la meta de la civilización puramente humana, las generaciones que Roma convidaba con sus grandezas y sus

<sup>1</sup> Luc. 1, 49.



ha logrado, por divina permisión, adueñarse momentáneamente del cuerpo de algún hombre? Por eso al resonar el nombre de Jesús, *nombre santo y terrible*<sup>1</sup>, cuanto se regocijan los bienaventurados, tanto se consternan y retuercen los demonios, y con ellos ¡triste caso! los malaventurados humanos que forman en las filas del infernal caudillo. Por eso mismo lo detestan los tiranos, lo persiguen los herejes, lo escarnecen con labio in-mundo los impíos, lo deshonoran con hechos indignos los obstinados pecadores. Todos éstos forman la legión de soldados de Satanás; mas todos ellos con su jefe, bien á pesar suyo y mordiéndolo el polvo de su rabia, doblan la rodilla heridos por el resplandor del nombre augusto de Jesús.

12. Todos ellos te persiguen con odio encarnizado, Compañía santa, que llevas ese nombre por divisa. Mas ¿qué importa, si él mismo es tu escudo inexpugnable? Nada temas; antes bien regocíjate y gloriáte el día de hoy conmemorando los monumentos auténticos de la predilección de tu invicto Capitán Jesús. Recuerda que Él te ha dicho: *Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi*<sup>2</sup>. No sólo te ha enriquecido con su nombre, sino también con sus ojos y su corazón: te ha dado sus ojos para mirar siempre por ti, su corazón para amarte. *Mi corazón estará allí todos los días*. Tú lo sabes muy bien, querida Madre mía, porque sabeslo por experiencia de tres siglos: Jesús no ha faltado á sus magníficas promesas. Gloriarte de esto, es gloriarte en el Señor. Bendícele, pues, y que todos tus hijos alaben su santo nombre<sup>3</sup>. Porque, bien puedo decirlo humildemente, *ha hecho contigo cosas grandes el que es*

<sup>1</sup> Ps. 110, 9.<sup>2</sup> 2 Par. 7, 16.<sup>3</sup> Ps. 102.

*todopoderoso, y cuyo nombre es santo*<sup>1</sup>. Él te ha dado fuerza y valor para llenar hasta aquí tus deberes, los dulces cuanto sublimes deberes que te impone tu divisa; de trabajar sin descanso por dilatar la gloria de ese nombre de Rey y Salvador. Prosigue infatigable ¡oh gloriosa Compañía!, prosigue hasta la consumación de los siglos, sin escasear sudor ni sangre, en esa tu nobilísima tarea, que es tarea de apóstoles, doctores y mártires. Lidia y, vencedora ó vencida, no des tregua hasta ver triunfante entre lampos de gloria ese dulce y adorable nombre, y hasta dejar asentado en la tierra su reino, el reino de Dios, que, dilatándose en el tiempo, se fije y consume en la feliz eternidad. Así sea.

## SEGUNDO PANEGÍRICO DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS

(predicado en San Ignacio de Bogotá, el 19 de enero de 1896).

### Jesús, Salvador del hombre y de la sociedad.

*Nec enim aliud nomen est sub caelo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.*

No hay otro nombre debajo del cielo, dado á los hombres, en que podamos ser salvos.

Act. 4, 12.

1. No es uno sólo el punto de semejanza que á primera vista se descubre entre la plenitud de los tiempos antiguos y la plenitud de los tiempos modernos. Llena estaba la copa del placer venenoso á que arrimaban los ardientes labios las naciones que tocaban ya la meta de la civilización puramente humana, las generaciones que Roma convidaba con sus grandezas y sus

<sup>1</sup> Luc. 1, 49.



refinamientos sensuales; pero, al propio tiempo, estaba llena el alma de aquella sociedad de deseos, deseos insaciables de mejor condición, ansias de felicidad, de paz, de salvación.... Aquella sociedad, brillante y hostigada de placeres, iba hundiéndose en el abismo de la nada á cuyo borde la había conducido el exceso de su corrupción, porque aquella civilización bastarda era el imperio del error y del crimen, era la ruina de la verdad y la virtud, cubierta con el manto de púrpura de la dominación universal. Por eso se elevaba desde el fondo de todas las almas, como desde los cuatro vientos del universo, aquel clamor intenso, aquel grito agudo que penetraba los cielos, aquel hondo lamentar de la mísera humanidad invocando un Salvador: *Veni, Domine!*<sup>1</sup>

2. El Salvador vino, en efecto, y su imperio, que no envejece nunca, cuenta ya diez y nueve centurias, durante las cuales la humana familia se ha levantado á una grandeza moral nunca antes soñada. Pero ¡ay! en medio de eso, á fines del siglo décimonono, del siglo de los brillantes descubrimientos científicos, del vapor y de la electricidad, óyese de nuevo el antiguo clamoreo del siglo de Augusto, óyese el grito de la sociedad moderna, no satisfecha de sí misma ni de su presente bienestar. ¿Qué quiere, pues, la humanidad? ¿Un nuevo Mesías, un nuevo Salvador? Mas, dónde lo encontrará, si desconoce al que tiene su trono en medio de la tierra? *En medio de vosotros está, decía el Precursor de Cristo, aquel á quien no conocéis*<sup>2</sup>. La presencia del Salvador del mundo entre los hombres es tan brillante como la luz del sol á mediodía, *ni hay quien pueda ocultarse de sus rayos*<sup>3</sup>; y, sin embargo, el mundo ciego suspira

<sup>1</sup> Apoc. 22, 20.<sup>2</sup> Io. 1, 26.<sup>3</sup> Ps. 18, 7.

por la aparición de un nuevo astro, por la venida de un nuevo Salvador. ¡Vana aspiración! Pues, el decreto está rubricado por el dedo del Omnipotente: *No hay otro nombre debajo del cielo, fuera del nombre de Jesús, en cuya virtud puedan los hombres ser salvos*<sup>1</sup>. Proclamémosle muy alto en este gran día que abre las puertas del año de gracia de 1896: no hay otro Salvador sino Jesús, el Hijo de Dios vivo nacido de la Virgen María. *Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo*<sup>2</sup>.

3. En efecto, hermanos míos, basta comprender la naturaleza de la salvación y las condiciones que debe revestir el Salvador, para convencerse de que éste no puede ser otro que Jesús. Porque, ¿de qué abismos se trata de rescatar al hombre? ¿Por ventura de las profundidades de la miseria temporal? ¿de la esclavitud física? ¿de la muerte misma de este cuerpo de barro? ¡Ah! cristianos: esto parece ser lo único que preocupa al pensador de nuestros días, cuando se plantea el problema de la salvación, como si el hombre no estuviera hundido en otro abismo mil veces más hondo y espantoso, el del pecado y de la muerte eterna; como si no debiese aspirar á la posesión de más altos bienes que los que le brinda la efímera existencia terrestre. De aquí que, desconociendo el alcance y la importancia de la salvación, parezca fiar el mundo de hoy su porvenir á un Salvador cualquiera, no de otra suerte que hicieron los judíos soñando con un Mesías conquistador, al modo de Alejandro. ¿Qué digo, á un héroe? Á una idea confía su salvación la sociedad pagana de este fin del siglo. Por eso invoca en términos pomposos el advenimiento de la libertad, del progreso, de la ilustración... cual si

<sup>1</sup> Act. 4, 12.<sup>2</sup> Marc. 14, 61.



en el triunfo de estas ideas estuviere cifrada la salud del género humano. ¡Error funesto! ¡ceguedad inexplicable después de tantos siglos de experiencias!

4. Desmintamos hoy el vano pensamiento del hombre, haciéndole ver que el nombre santo de Jesús es el único que debe invocar el mundo perdido ó amenazado de perderse, porque sólo Jesús es el Salvador verdadero del hombre, así en la eternidad, como en el tiempo. *Todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo*<sup>1</sup>. Más breve: Jesús, Salvador del hombre y de la sociedad, he ahí todo el objeto de vuestra atención y el asunto de mi discurso. *Ave María.*

## I.

5. En la Sagrada Escritura, hermanos míos, siempre que se habla de salvación en general, ya sea en sentido propio, ya en lenguaje figurado, entiéndese hablar de la salvación eterna y de los males eternos, no de la liberación de la muerte física y de los males temporales. Y tal es el significado grandioso que conserva esta palabra en el lenguaje universal cristiano, pues nunca se rebaja la dignidad de la palabra salvación á significar menos que la adquisición de la eterna bienaventuranza. Ésta es, en efecto, la verdadera salvación, la única con que debe preocuparse todo hombre sensato que medita y pondera la nobleza de su origen y la grandeza de su destino. Era preciso descender hasta el nivel de la antigua filosofía pagana, esto es, hasta el epicureísmo más descarado de un Nerón y un Helio-gábalo, como vergonzosamente ha descendido nuestro siglo, para degradar el concepto de salvación, refirién-

<sup>1</sup> Iael 2, 32.

dole principalmente á los bienes y males del orden material, á la vida y muerte del tiempo. Nadie dirá que calumnio á la vana sabiduría del siglo y á sus connotados representantes, cuando afirmo que para nada toman en cuenta la salvación del alma en la eternidad, preocupados totalmente con los intereses del momento. ¿No es ésta la corriente de las ideas que bajan de las altas regiones filosóficas y sociales? ¿No han inundado ya la tierra el indiferentismo, la duda, la fiebre de goces materiales?

6. Para nosotros que, gracias al nombre de Jesús, conservamos, apoyados en la fe, las doctrinas racionales de la espiritualidad é inmortalidad del alma, no hay nada más absurdo ni monstruoso que ese abyecto y grosero materialismo que nivela la suerte del hombre con la del bruto. Para nosotros la salvación exige dos cosas necesariamente, cuales son allanar el camino, y subir por él hasta el monte del Señor. Para lo primero es preciso obtener el perdón de los pecados; para lo segundo es necesario el auxilio sobrenatural y divino que se llama gracia. Manchados con la culpa, no podemos salvarnos: destituídos de la gracia, tampoco podemos escalar los alcázares del cielo. De donde se sigue que no reconocemos por Salvador sino á Aquél que puede perdonarnos el pecado, y conferirnos la gracia; y éste no es otro que nuestro buen Jesús. ¡Su nombre es el solo anuncio de salvación! ¡Viva Jesús, Salvador nuestro!

7. Causa profunda extrañeza que el pretendido sabio del siglo décimonono no se afane ni mucho ni poco por aquello de que se han mostrado vivísimamente preocupados los hombres de todos los siglos, las naciones en masa: quiero decir, por la responsabilidad ante Dios,



Juez eterno de las acciones humanas. Agobiado el pecador bajo el peso de sus crímenes, no ha encontrado más alivio que tratar de aplacar la justicia del cielo por medio de sacrificios, expiaciones y lágrimas de penitencia. Fuera de este camino no ha hallado más término á sus remordimientos que la desesperación ó un loco desenfreno. ¡Á qué letargo de muerte no conduce la pérdida de la fe cristiana! ¡Á qué ceguedad no arrastra el extravío de la razón! Desde que el pecador sacudió el yugo de la ley divina, ahogó también el remordimiento de la conciencia, prescindió de la cuestión de responsabilidad. ¡Vano intento, cristianos oyentes! El pecador no puede acallar enteramente los gritos de una conciencia culpada, y, tarde ó temprano, si no se lanza al bátrato de la desesperación y del suicidio moral, tiene que implorar el perdón de Dios, tiene que volver en torno los ojos buscando un Salvador. Y ¿á quién hallará sino á Jesús? Juan Bautista, el austero censor de los desórdenes de Herodes, predica penitencia en las aguas del Jordán; mas, cuando una nube de pecadores compungidos reclama á voces el perdón de sus pecados, el Precursor les dice: No soy yo quien puedo perdonaros, no soy el Salvador que os figuráis: *en pos de mí viene el que ha de borrar el pecado del mundo con el bautismo del Espíritu Santo*<sup>1</sup>. En cuanto á los Fariseos y Saduceos impenitentes, los aterra con esta voz de trueno: *Generación de víboras, ¿quién os enseñará á escapar de la ira de Dios que os amenaza? Ya está puesta la segur á la raíz del árbol venenoso y estéril, que será arrojado al fuego*<sup>2</sup>. Llega, en efecto, Jesús de Nazaret, preséntase en el centro de Judea, vése al

<sup>1</sup> Matth. 3, 11.      <sup>2</sup> Matth. 3, 7—10. Luc. 3, 7—9.

instante rodeado de enfermos, pecadores y obsesos, y dice al paralítico: *Tus pecados te son perdonados*<sup>1</sup>; y, para que el mundo sepa que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados, dígotle á ti, ¡oh paralítico! levántate<sup>2</sup>. Y el enfermo incurable se levanta sano de cuerpo y alma; y las turbas glorifican al Señor que ha enviado al Salvador de los hombres<sup>3</sup>.

8. Mas no ha de ser Judea el solo teatro de las misericordias del Señor. Jesús ha subido á la diestra de su Padre, dejando á los Apóstoles la misión de predicar su evangelio en todo el universo<sup>4</sup>. El universo estaba poblado todo de pecadores, muchos de los cuales, no habiendo perdido la fe ni el temor de Dios, anhelaban por la gracia de la reconciliación. Pedro anuncia á Jesucristo ante una masa de millares de judíos y gentiles, y un grito de júbilo resuena en el fondo de todas las almas: ¡es que les ha anunciado en nombre de Jesús el perdón de los pecados! *Vobis remissio peccatorum annuntiat*<sup>5</sup>. Todos los que creyeren en él, dice el heraldo de Dios, *recibirán por su nombre el perdón de los pecados, según el testimonio de todos los Profetas*<sup>6</sup>. Y, al decir estas solemnes palabras, vese bajar al Espíritu Santo sobre un grupo de paganos convertidos, como para ratificar el cielo la sentencia de la tierra. El grande Apóstol destinado especialmente á llevar la luz de la verdad á los pueblos gentiles, hablaba así á los habitantes de Roma: «Todos los hombres, judíos y gentiles, han caído en el pecado, pues escrito está: No hay un solo justo, uno sólo que obre el bien; todos,

<sup>1</sup> Matth. 9, 2.

<sup>2</sup> Matth. 9, 6.

<sup>3</sup> Luc. 5, 25 sq.

<sup>4</sup> Marc. 16, 15.

<sup>5</sup> Act. 13, 38.

<sup>6</sup> Act. 10, 43.



por tanto, necesitan de la gracia de Dios para ser justificados. La sangre de Jesucristo es el precio de la justificación: por ella se perdonan todos los delitos precedentes<sup>1</sup>. La misma doctrina predica en todas partes, pues no es otra la idea capital del gran dogma cristiano de la Redención. La Redención es todo el cristianismo; y aquella no es otra cosa que la remisión de los pecados. *¡He aquí, pues, exclamaré con el Profeta, á mi Dios, he aquí á mi Salvador!*<sup>2</sup> He ahí á ese tierno, pero omnipotente Niño, que tiene en sus manecitas la llave del perdón; si él abre, nadie se atreve á cerrar; si él cierra las puertas del cielo, ¿quién será capaz de abrirlas?<sup>3</sup> Jesús es, pues, el único Salvador, porque Él sólo perdona los pecados.

9. Y esta verdad que me enseñan á una los Profetas y los Doctores de la nueva Ley, bastante me la indica mi propia razón, esclarecida con las luces de la verdad revelada. Porque desde el instante en que hube dado albergue en mi corazón al monstruo del pecado, híceme enemigo de Dios, irroguéle ultraje desmedido, incurri para siempre en su tremenda indignación. Al dar una mirada sobre mí mismo, quedé helado de espanto, exclamé como el traidor desencantado: *Peccavi!* ¡ay de mí! soy reo de lesa majestad divina: demasiado enorme es mi iniquidad para que pueda yo esperar el perdón que no merezco<sup>4</sup>. ¿Quién lo implorará por mí? ¿quién hablará en mi favor ante el tribunal de la Justicia infinita? ¿quién será bastante poderoso para ablandar el corazón de un Dios indignado contra mí? Comprendo que no basta mi arrepentimiento para quedar desatado del reato

<sup>1</sup> Rom. c. 3, passim.

<sup>2</sup> Is. 12, 2.

<sup>3</sup> Apoc. 3, 7.

<sup>4</sup> Gen. 4, 13.

que me envuelve como cadena de infierno, ni bastan mis lágrimas para lavar la mancha de sangre que llevo impresa en mi alma. Necesito un Salvador, un Dios y hombre juntamente, cuya faz ensangrentada estremezca las entrañas del Señor: necesito triunfar de su justicia por medio de su misericordia personificada, encarnada en *el Fusto* que habrá de hacerse víctima expiatoria. ¡He ahí lo que sólo Jesús puede ejecutar! ¡Ay de mí sin Jesús mi Salvador! *Jesu, spes pœnitentibus, quam pius es petentibus, quam bonus te quærentibus!*<sup>1</sup> De ahí que las lágrimas dulcísimas de la penitencia se mezclen con las dulzuras del santo nombre de Jesús. ¿Quién mejor que el penitente, que el pecador que llora con amor y confianza y deposita sus lágrimas en el seno de la misericordia del Salvador, ha de poder decir por experiencia íntima: ¡Oh Jesús, dulcedumbre de los corazones!<sup>2</sup> ¡Ah! nadie mejor que él, arrancado del abismo de la desesperación por la unción del nombre de Jesús, sabrá decir: ¡Oh nombre más dulce al paladar que la miel, más melodioso al oído que la música suave, más deleitoso al corazón que todas las alegrías del mundo!<sup>3</sup> ¡Oh! si las almas extraviadas por el materialismo ateo que se respira en nuestro siglo, llegaran á sentir, en medio del vértigo y de las amarguras que suelen llevarlas hasta el borde del abismo, la dulzura infinita de este santo nombre, ¿habría que lamentar tantas desgracias, tantos suicidios? ¿triunfaría tantas veces el infierno con la perdición eterna de esas almas descreídas?

10. Pero no le basta al pecador anhelante de salvarse estar tranquilo y reposar sobre la palabra de perdón:

<sup>1</sup> Hymn. Eccl. in fest. SS. Nom. Iesu.

<sup>2</sup> Ibid.: Iesu, dulcedo cordium.

<sup>3</sup> Mel in ore, melos in aure, iubilus in corde.



*Confía, hijo; tus pecados están ya perdonados*<sup>1</sup>. Necesita además, de una fuerza que no encuentra dentro de sí mismo, de una fuerza, digámoslo así, de ascensión hacia lo alto; pero ¡de qué fuerza! Tan enorme ha de ser como lo es la distancia que tiene que recorrer para llegar al término de su destino. ¡Ah! ¡qué ventura, hermanos míos! Este término no queda más abajo del cielo: está por encima de todas las celestes esferas, porque está en la región adonde subió Jesús, nuestro Salvador<sup>2</sup>. Y ¿quién, sino el mismo Jesús, luz del mundo<sup>3</sup>, nos ha dado el conocimiento cierto de la alteza de gloria y felicidad á que estamos realmente destinados?<sup>4</sup> Gracias á Jesús conocemos con toda la certeza de una fe que descansa en la palabra de Dios, cuáles son las verdaderas postrimerías del hombre, cuál su fin último y destino perdurable. El cielo, con su plenitud de bienes, y el infierno, con su eternidad de tormentos, he ahí el paradero inevitable del peregrino sobre la tierra que, al hacer la jornada de la eternidad, se labra, con sus manos, ó la inmarcesible corona de la gloria, ó la cadena de eterna esclavitud. Fuera de la luminosa enseñanza cristiana no hay sino tinieblas, más ó menos densas, acerca de nuestra suerte de ultratumba. Preguntad á la escuela filosófica y científica dominante el día de hoy en los centros intelectuales emancipados de la fe: ¿qué hay de la vida futura? ¿qué será del espíritu humano después de la muerte? ¿adónde irá á proseguir su carrera, si ésta no termina con la disolución de la materia á que estuvo unido? ¿Qué os responderán los sabios

<sup>1</sup> Matth. 9, 2.

<sup>2</sup> Qui ascendens super omnes cœlos (Ecc. in Præf. Miss. Pentec.).

<sup>3</sup> Ego sum lux mundi (Io. 8, 12).

<sup>4</sup> Non sunt condignæ... quæ revelabitur in nobis (Rom. 8, 18).

que el mundo adora como oráculos? Un helado «¿quién sabe?», una desgarradora negación, un desconsolador encogerse de hombros, un desvergonzado «poco nos importa». ¡Oh vana y mentirosa ciencia! ¡qué poco vales para hacer al hombre dichoso! ¡qué estéril eres para la salvación!

11. Desestimado el cielo por el moderno sensualismo, natural es que se desprece la gracia. Pero tan cierto como es aquél, tan necesaria es ésta para conseguirlo. Sin el poder de ascensión que da la gracia, no hay medio de subir al reino eterno de la bienaventuranza. Toda la Escritura así lo afirma. Jesucristo, que nos muestra el cielo como el reino de su conquista, es el único que puede franquearnos la entrada y brindarnos asientos al lado de su trono. Decían temblando los Apóstoles á su Maestro: *¿Quién, pues, podrá salvarse?* Y Jesús les respondía con estas formales palabras: *Esto para los hombres es un imposible; no lo es, empero, para Dios*<sup>1</sup>. ¿Lo habéis oído, hombres que pretendéis no necesitar de la gracia para alcanzar la eterna bienaventuranza? El hombre no puede salvarse por solos sus propios esfuerzos, el hombre tiene necesidad de un Salvador, y éste no es otro que Jesús. *Apareció*, dice el Apóstol, *la benignidad de Dios hecho hombre para salvarnos, no ya por los méritos de vuestras buenas obras, sino por obra de su misericordia*<sup>2</sup>. Y, como es necesaria la gracia de Jesucristo para la gloria, así lo es también para la práctica de la verdadera virtud, para ejecutar obras meritorias de vida eterna en la presencia de Dios. *Sin mí nada podéis hacer*, dicenós Jesucristo<sup>3</sup>; nada, reflexiona San Agustín, absolutamente nada que valga para

<sup>1</sup> Marc. 10, 27.

<sup>2</sup> Tit. 3, 4 sq.

<sup>3</sup> Io. 15, 5.



la salvación. No existe, pues, otro nombre debajo del cielo en el cual podamos ser salvos, fuera del nombre augusto y glorioso de Jesús. ¡Desgraciado el que no lo invoque! ¡desgraciado el que lo olvide, y más aún el que lo condene al desprecio! ¿Qué diré del impío que lo blasfema? ¿qué, del que abiertamente le hace guerra? Ya decía el Precursor de Cristo: *El que no cree en el Hijo de Dios, no verá la vida, antes bien atraerá sobre sí la indignación divina*<sup>1</sup>. ¿Qué otra cosa, en efecto, ha acontecido al pueblo judío? ¿No pesa sobre él la cólera de Dios? *Ira Dei manet super eum*. ¿Qué otra cosa está pasando el día de hoy á los pueblos y naciones apóstatas que han borrado de su pabellón el nombre de Jesús? ¿no se siente pasar sobre ellos el soplo de fuego de la ira del Omnipotente?

12. Débese, en fin, al nombre de Jesús, todo el bien incalculable hecho durante diez y nueve siglos en el mundo cristiano. Por este nombre sometieron los Apóstoles las naciones paganas al suave yugo de la fe, por él arrojaron á los demonios de los cuerpos y de las almas, conforme á la promesa del mismo Jesucristo: *En mi nombre arrojarán á los demonios*<sup>2</sup>. ¿Cuál fué la misión de San Pablo sino la de llevar á todas partes el nombre de Jesús<sup>3</sup>. Ni es otro el encargo confiado á la Iglesia para toda la serie de los siglos, y desempeñado fidelísimamente por medio de los sucesores de los primeros Apóstoles, por los Pontífices romanos, por los Prelados y Doctores católicos, por los insignes misioneros, por todo el clero secular y regular. La Compañía á quien Jesús legó su nombre, como prenda de

<sup>1</sup> Io. 3, 36.<sup>2</sup> Marc. 16, 17.<sup>3</sup> Ut portet nomen meum... (Act. 9, 15).

singular amor y protección, ha participado copiosamente de la gloria que irradia del nombre de Jesús escrito en su bandera. Ignacio, Javier, Pedro Claver y otros cien héroes consagraron su vida á la mayor gloria del santo nombre de Jesús. Centenares de mártires jesuitas tuvieron á gloria derramar su sangre, después de haber agotado sus sudores, para que el nombre de Jesús no fuese afrentado á la faz de las naciones idólatras ó heréticas. Millares de hijos de Ignacio se afanan hoy, esparcidos por toda la redondez de la tierra, en dilatar de mil modos la honra y gloria del nombre de su divino Capitán, armado el brazo contra todo linaje de adversarios, combatiendo en toda arena con las armas de la fe, de la ciencia y de la caridad. Empero, si algunos triunfos ha podido obtener este abnegado escuadrón de la Iglesia, no han sido ciertamente resultado de su valor ni de su táctica, sino del favor que le dispensa el divino Jefe que lo conduce á la victoria. La Compañía levanta el día de hoy la voz para decir, agradecida á su Dueño amabilísimo y profundamente humillada en su presencia: *¡No á nosotros, Señor, no á nosotros sino á tu nombre sea dada la gloria! Non nobis, Domine, non nobis!*<sup>1</sup>

## II.

13. La cuestión de la salvación del hombre está resuelta por la virtud del nombre sobre todo nombre en el terreno del orden sobrenatural, de lo eterno. Réstanos resolverla en el orden de lo temporal, que acaso preocupa á innumerables almas más de lo que fuera preciso, siendo así que *una sola cosa es necesaria*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Ps. 113, 1.<sup>2</sup> Luc. 10, 42.



Démosle, sin embargo, al interés de la vida presente, al problema de la felicidad social, toda la importancia que hoy se quiere darle, y veamos cómo se enlaza también estrecha y necesariamente con la gloria del nombre de Jesús. Porque no hay otro, debajo del cielo, en cuya virtud pueda salvarse la humana sociedad. ¡Pobre sociedad, herida de muerte, convulsa, amenazada á cada instante de hundirse en el abismo! ¿Te acuerdas del caos de confusión y envilecimiento de que te sacó el Salvador hace cosa de diez y nueve siglos? ¿No te hallabas en aquel entonces malamente constituida, hondamente perturbada y extenuada tan completamente de fuerza moral que agonizabas, ó conservabas apenas una sombra de vida? Y el día de hoy ¿cómo te encuentras? ¿no se asemeja mucho tu estado presente al de los tiempos paganos? ¿Qué dice la anarquía en lucha abierta con la autoridad? ¿la licencia, con la moral pública y privada? ¿el ateísmo, con la religión? ¿el error, con la verdad? ¿la materia, con el espíritu? Invóquense en hora buena tantos falsos Mesías como vaya trayendo el viento de la moda: todos esos Pseudo-Cristos no bastarán á salvar la sociedad. *Guardaos de creerles*<sup>1</sup>, decía Jesucristo; no os fiéis de los que os dijeren: *Aquí está el Salvador*, mostrándoos ya un hombre, ya un proyecto, ya una idea.... No la salvará sino Jesús, ya por el poder de que es dueño; ya por la eficacia de las ideas que su nombre simboliza, dos puntos sobre los cuales os ruego fijéis, siquiera someramente, vuestra atención.

14. Las ideas salvadoras de la sociedad civil, aquellas que han de vivificar el cuerpo social, no son sino las ideas de paz, orden y progreso humano, encarnadas

<sup>1</sup> Matth. 24, 23.

en las instituciones y costumbres públicas. Pero estas ideas, eminentemente cristianas, no se forman ni se desarrollan ni viven sino por el influjo del nombre de Jesús. No las engendra el trabajo material, ni la vulgar ilustración, ni aun la más sabia legislación, como no tenga por base el cristianismo, porque todos estos elementos no bastan para crear el espíritu que ha de dar vida á la sociedad, pudiendo aquí también afirmarse: *El espíritu es el que da la vida*<sup>1</sup>. Para dar cimiento sólido á la paz pública es preciso, después de procurar al individuo la paz y tranquilidad de su interior, arraigar profundamente en el pueblo la verdadera noción de la *autoridad* y el consiguiente acatamiento que se le debe como á institución divina, superior á todo capricho y convención humana; que sólo así podrán enfrenarse eficaz y suavemente las tendencias subversivas que tienen en perenne alarma á las naciones. Para mantener el orden en toda su extensión, no sólo en lo exterior, sino mucho más en las íntimas relaciones de la vida social, no bastan las bayonetas ni el Argos de la policía; es menester, más que todo medio de coerción, implantar hondamente en las conciencias el respeto á todos los derechos individuales, las ideas prácticas de justicia y, mejor aún, de caridad, tales como Jesucristo las ha enseñado al mundo, y la Iglesia las recalca con su incansable predicación á ricos y pobres, sabios é ignorantes, grandes y pequeños. Justicia y caridad cristianas: he aquí lo que se necesita para redimir á la sociedad de universal é infalible cataclismo. Justicia y caridad: he aquí lo que hoy le hace falta, porque ha renegado de su único Salvador, Jesucristo. ¿Cómo puede progresar

<sup>1</sup> Io. 6, 64.



sólida y verdaderamente olvidando que Jesús es el camino, la verdad y la vida <sup>1</sup>? Para el progreso verdadero, tan decantado por los modernos sectarios socialistas, no para el progreso vertiginoso y ciego que todo lo trastorna y va á parar en definitiva á la barbarie barnizada de civilización, es preciso empezar por el único verdadero punto de partida del movimiento humano, Dios, y fijar bien el término final del mismo movimiento, Dios también, porque Él ha dicho: *Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin* <sup>2</sup>; y porque, errado el principio y el fin, el progreso es imposible. No lo entienden así los llamados pensadores del siglo, los cuales, como anunció el Profeta, *no invocaron en su auxilio á Dios* <sup>3</sup>, y por eso *temblaron donde no había motivo de temer*. Ahora, pues, aprended, jefes de los pueblos, á buscar apoyo, luz y acierto en el derecho divino, en el reinado de Jesucristo, cuya suprema autoridad debéis también vosotros acatar, y hacer que la acate el mundo entero.

15. Porque, además de simbolizar el nombre de Jesús todas las ideas salvadoras de la sociedad, sólo Él, con su poder de Salvador, puede arrancarla del abismo. *Dado se me ha toda potestad en el cielo y en la tierra* <sup>4</sup>. Y de este poder viene hoy revestido para salvar á las naciones: *ad salvandas gentes*. Apenas nacido en el portal de Belén, anunciase por los ángeles su aparición en el mundo como el advenimiento de la paz, resonando el himno triunfal del Rey pacífico: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax!* <sup>5</sup> No bastándole á la tierra la paz octaviana, dada por Augusto, necesitaba la paz de Jesucristo, infinitamente más sólida, estable y verdadera. Y

<sup>1</sup> Io. 14, 6.<sup>2</sup> Apoc. 1, 8.<sup>3</sup> Ps. 13, 5.<sup>4</sup> Matth. 28, 18.<sup>5</sup> Luc. 2, 14.

esta paz, aliada natural de la justicia y de la libertad bien entendida, compañera inseparable del progreso, fué la que tomó posesión de la tierra, según estaba profetizado por David: *Nacerá en sus días la Justicia y la abundancia de la paz* <sup>1</sup>. Donde el nombre de Jesús no ha brillado aún, ó, más bien, donde se han cerrado los ojos á la luz de este nombre más refulgente que mil soles, ni ha florecido la paz ni ha conocido el hombre las vías del progreso, que allí, á despecho de cierto adelanto material, no impera la civilización sino la barbarie feroz y degradante, teniendo todavía envuelta en sombras de muerte las dos terceras partes de la decaída humanidad. Tal es la suerte del Asia corrompida: tal podría ser la nuestra.

16. ¡Ah! ¡qué insensatez tan incomprensible, cristianos, ésta en que va cayendo el mundo culto, el mundo civilizado y enaltecido por la fe de Jesucristo! ¡Pretende nada menos que alejar de sus fronteras el nombre de su Salvador! De tres siglos á esta parte la sociedad, atacada de vértigo y enajenación mental, ha abierto campaña gigantesca contra el cielo, contra el Señor y su Cristo <sup>2</sup>, pugnando por sacudir el yugo de su natural y legítima dependencia. ¿Qué otra cosa ensayó el protestantismo del siglo décimosexto? ¿qué otro objeto persiguió el filosofismo del siglo décimooctavo? ¿qué se propuso la grande y sanguinaria Revolución de fines del mismo siglo? Y en el día ¿qué envuelve el liberalismo, ya bastante desenmascarado, sino la guerra á Cristo Jesús y á su reino místico, la Iglesia? Empeñada está la sociedad política, como el imberbe adolescente que ya no sufre la patria potestad, en sustraerse entera

<sup>1</sup> Ps. 71, 7.<sup>2</sup> Ps. 2, 2.



y absolutamente al influjo de la autoridad religiosa, como si el hombre en alguna condición posible fuese dueño de sacudir el yugo de la moral y del deber sin abdicar la propia dignidad y envilecerse. Pretende el Estado separarse para siempre de la Iglesia, esto es, de la enseñanza y del gobierno de Jesús, luz del mundo y guía universal del género humano. Insiste en que ha de salvarse por sí solo; que para ello se cree fuerte, no obstante el escarmiento de su debilidad é impotencia. Pero, hablando de buena fe: ¿puede el hombre salvarse por sí mismo? ¿puede la sociedad salvarse con sólo sus esfuerzos? ¿No existe ya, pues, la Providencia? ¿Abdicó Dios su derecho de gobernar los mundos que sostiene con uno de sus dedos? ¿Cabe mayor locura y presunción que baladronear con el impío de antaño: *Somos dueños de nuestra boca y de nuestro pensamiento: ¿quién es el señor nuestro?*<sup>1</sup> ¡Desgraciados los que olvidan que Jesús ha pronunciado su sentencia, sentencia de esterilidad, para todos los que le abandonan! *Sin mi nada podéis hacer*<sup>2</sup>. Jesús es el Padre del siglo venidero: *Pater futuri sæculi*, como profetizó Isaías<sup>3</sup>. ¡Quiéralo así Dios! ¡Y que el siglo veinte, desengañado de la locura del nuestro empeñado en resistir á la divina ordenación, se arroje á los pies de su amoroso Salvador, ó, mejor dicho, en sus brazos, fiándole su salvación y su felicidad! ¡Brille el nombre de Jesús en todas las esferas, en el santuario de las leyes, lo mismo que en el santuario donde se ofrece incienso á la Divinidad, en el templo de la ciencia como en el de la oración, en el hogar y en el foro, en la sociedad y en la conciencia! *Sanctificetur nomen tuum!* ¡Glorificado sea tu nombre dulce y santo,

<sup>1</sup> Ps. 11, 5.      <sup>2</sup> Io. 15, 5.      <sup>3</sup> Is. 9, 6.

¡oh Jesús! único Salvador del hombre y de la sociedad! Éstos son nuestros más ardientes deseos; esto anhela tu amada Compañía; ésta es la plegaria de nuestro corazón en este día en que la Iglesia, tu immaculada Esposa y Madre nuestra, se enorgullece con la gloria de tu nombre, más ilustre que cuantos registra la historia de la tierra y brillan con letras de oro, como estrellas en el espacio, en los fastos del cielo. Póstranse al sonar del nombre de Jesús los cielos, la tierra y los abismos infernales, y confiese toda lengua que Jesús es el único Salvador de todas las criaturas, del hombre y del ángel, que por Él se perdona el pecado, se alcanza la gracia y se asciende á la gloria donde Él mismo, sentado á la diestra de Dios Padre<sup>1</sup>, vive y reina por siglos y eternidades. Así sea.

## SERMÓN PARA LA FIESTA DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS,

[predicado en Medellín [Colombia], 1893].

### La divinidad de Jesucristo.

Donavit illi nomen quod est super omne nomen.  
Díole Dios un nombre que está por encima de todo nombre.

Phil. 2, 9.

1. En este día, amados fieles, en que la Iglesia celebra la Circuncisión del Señor, al octavo día de nacido, día en que le fué impuesto el nombre de Jesús, la Compañía destinada visiblemente por Dios desde hace tres siglos para llevar á tantos pueblos y naciones la gloria

<sup>1</sup> Col. 3, 1.



y absolutamente al influjo de la autoridad religiosa, como si el hombre en alguna condición posible fuese dueño de sacudir el yugo de la moral y del deber sin abdicar la propia dignidad y envilecerse. Pretende el Estado separarse para siempre de la Iglesia, esto es, de la enseñanza y del gobierno de Jesús, luz del mundo y guía universal del género humano. Insiste en que ha de salvarse por sí solo; que para ello se cree fuerte, no obstante el escarmiento de su debilidad é impotencia. Pero, hablando de buena fe: ¿puede el hombre salvarse por sí mismo? ¿puede la sociedad salvarse con sólo sus esfuerzos? ¿No existe ya, pues, la Providencia? ¿Abdicó Dios su derecho de gobernar los mundos que sostiene con uno de sus dedos? ¿Cabe mayor locura y presunción que baladronear con el impío de antaño: *Somos dueños de nuestra boca y de nuestro pensamiento: ¿quién es el señor nuestro?*<sup>1</sup> ¡Desgraciados los que olvidan que Jesús ha pronunciado su sentencia, sentencia de esterilidad, para todos los que le abandonan! *Sin mi nada podéis hacer*<sup>2</sup>. Jesús es el Padre del siglo venidero: *Pater futuri sæculi*, como profetizó Isaías<sup>3</sup>. ¡Quiéralo así Dios! ¡Y que el siglo veinte, desengañado de la locura del nuestro empeñado en resistir á la divina ordenación, se arroje á los pies de su amoroso Salvador, ó, mejor dicho, en sus brazos, fiándole su salvación y su felicidad! ¡Brille el nombre de Jesús en todas las esferas, en el santuario de las leyes, lo mismo que en el santuario donde se ofrece incienso á la Divinidad, en el templo de la ciencia como en el de la oración, en el hogar y en el foro, en la sociedad y en la conciencia! *Sanctificetur nomen tuum!* ¡Glorificado sea tu nombre dulce y santo,

<sup>1</sup> Ps. 11, 5.      <sup>2</sup> Io. 15, 5.      <sup>3</sup> Is. 9, 6.

¡oh Jesús! único Salvador del hombre y de la sociedad! Éstos son nuestros más ardientes deseos; esto anhela tu amada Compañía; ésta es la plegaria de nuestro corazón en este día en que la Iglesia, tu immaculada Esposa y Madre nuestra, se enorgullece con la gloria de tu nombre, más ilustre que cuantos registra la historia de la tierra y brillan con letras de oro, como estrellas en el espacio, en los fastos del cielo. Póstranse al sonar del nombre de Jesús los cielos, la tierra y los abismos infernales, y confiese toda lengua que Jesús es el único Salvador de todas las criaturas, del hombre y del ángel, que por Él se perdona el pecado, se alcanza la gracia y se asciende á la gloria donde Él mismo, sentado á la diestra de Dios Padre<sup>1</sup>, vive y reina por siglos y eternidades. Así sea.

## SERMÓN PARA LA FIESTA DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS,

[predicado en Medellín [Colombia], 1893].

### La divinidad de Jesucristo.

Donavit illi nomen quod est super omne nomen.  
Díole Dios un nombre que está por encima de todo nombre.

Phil. 2, 9.

1. En este día, amados fieles, en que la Iglesia celebra la Circuncisión del Señor, al octavo día de nacido, día en que le fué impuesto el nombre de Jesús, la Compañía destinada visiblemente por Dios desde hace tres siglos para llevar á tantos pueblos y naciones la gloria

<sup>1</sup> Col. 3, 1.



de este santo nombre, se extasia contemplando las grandezas de nombre tan augusto, al cual doblan la rodilla simultáneamente el cielo, la tierra y el infierno. Y ¿cómo no regocijarse con la vibración de ese nombre quien le lleva radiante en los pliegues de su bandera, y esculpido en su frente, y grabado en el corazón?

Si para todos es óleo que profusamente se derrama: *oleum effusum nomen tuum*<sup>1</sup>, eslo particularmente para esta Compañía y Religión que posee en el nombre de Jesús cuanto en él se encierra, según el sentir de San Bernardo: alimento, luz y medicina<sup>2</sup>. Con él se nutre y fortalece, con él marcha segura hacia su objeto, con él restaña la sangre que vierte á diario en las batallas del Señor. Ante la majestad de ese nombre convida ella á prosternarse á los hombres de todos los climas, intimándoles la obligación de rendir homenaje divino á aquel Rey de reyes y Soberano de los soberanos<sup>3</sup>, á quien le ha sido dado en propiedad el más grande y más ilustre nombre de cuantos resonaron en la tierra y en el cielo, el nombre que no reconoce superior: *quod est super omne nomen*. Y ¿de dónde dimana, cristianos, esta infinita superioridad? Digámoslo de una vez para fijar el blanco de nuestra atención: de que el nombre de Jesús, apropiado por decreto del cielo al niño que hoy recibe la marca de la Circuncisión, significa nada menos que *Salvador*, y, de consiguiente, él solo arguye y demuestra la divinidad del que lo lleva por derecho propio.

2. Solamente un hombre que sea juntamente Dios puede gloriarse de merecer el nombre de Jesús. Verdad

<sup>1</sup> Cant. 1, 2.

<sup>2</sup> S. Bern., Sermon. 15 super Cant.

<sup>3</sup> Apoc. 19, 16.

es que otros le llevaron en el Pueblo antiguo, pero no fué en propiedad sino sólo en figura, en cuanto representaban por algún aspecto moral al verdadero y único Jesús, *al que había de salvar del pecado á su pueblo*<sup>1</sup>, esto es, á toda la descendencia maldita del primer hombre pecador. El misterio de la Circuncisión, dice el Padre San Bernardo, á la vez que descubre al verdadero hijo de Abrahán, con la imposición del nombre de Jesús indica la gloria del verdadero Hijo de Dios: *Iesus vocatur tamquam verus Filius Dei*<sup>2</sup>. Este nombre, continúa diciendo el mismo Padre, le pertenece desde la eternidad. No se le impone, propiamente hablando, por ninguna criatura angélica ó humana, porque lo trae de su misma naturaleza, siendo innata en él la condición de Salvador. Es, pues, Jesús por lo mismo que es Dios; y de la misma manera podemos argumentar que es Dios por ser Jesús. ¿Qué extraño, según esto, que al punto de aparecer ese augusto nombre sobre el horizonte de la historia, palidezcan los más brillantes y esclarecidos nombres, ya de héroes, ya de monarcas, ya de sabios? ¿Pueden acaso sostener la comparación los nombres vanos de los hombres con el nombre de Dios?

Veremos, pues, hermanos carísimos, comprobada la divinidad de Jesús 1.º por su mismo carácter de Salvador ó Mesías; 2.º por los atributos divinos que brillan en su adorable persona y hacen que todo se postre ante la majestad de su nombre. ¿Qué himno más glorioso pudiéramos entonar en este día en honor de Jesús Salvador nuestro que el que entona la Iglesia, aclamándole *solo Santo, solo Señor y solo Altísimo, igual en*

<sup>1</sup> Matth. 1, 21.

<sup>2</sup> S. Bern., Sermon. 1 de Circuncis.



*gloria á Dios Padre*<sup>1</sup>; Válganos la piadosa intercesión de *María de la cual nació Jesús*<sup>2</sup>. *Ave María*.

## I.

3. Nuestro pecho se dilata, nuestro corazón se baña de alegría, amados fieles, al contemplar seguro el triunfo de nuestra santa fe sobre todas las herejías, sobre todas las negaciones de la incredulidad antiguas y modernas. Nuestros dogmas sacrosantos, tan firmes como la roca de la palabra divina que los sustenta, pueden hoy desafiar, lo mismo que en los pasados siglos, á toda la turba de sus impugnadores; y no sólo, como éstos pretenden, ante el tribunal de la autoridad, sino aun ante el criterio de la humana razón, previo el conocimiento de los monumentos imperecederos de la fe.

Uno de estos dogmas, negado osadamente en tiempos pasados por la bárbara secta del impío Socino, y combatido acérrimamente en nuestros mismos días por los llamados sabios racionalistas, es el dogma de la divinidad de Jesucristo. Pues bien, no temamos confesar en voz alta nuestra fe delante de la ciencia escéptica y blasfema del siglo décimonono, diciendo que Jesús, nuestro adorado Jesús, el mismo del Pesebre y del Calvario, es verdaderamente Hijo de Dios, y Dios como el Padre que está en los cielos: *Credo in Iesum Christum, Filium eius unicum*<sup>3</sup>. Así se cumple, después de diez y nueve centurias de años, la palabra del ángel á María: *Éste será grande, y será llamado el Hijo del Altísimo*<sup>4</sup>. Sí, llamémoslo Dios á boca llena, sin tergiversaciones de ninguna clase, sin distingos, con la sin-

<sup>1</sup> Eccl. in Missa.<sup>2</sup> Matth. 1, 16.<sup>3</sup> Symbol. Apostol.<sup>4</sup> Luc. 1, 32.

ceridad de nuestros padres en la fe, *luz de luz, Dios verdadero nacido del verdadero Dios*<sup>1</sup>. Y no temáis, amados oyentes, que nos veamos embarazados de dificultades para demostrar á los adversarios la verdad de nuestra afirmación, pues los argumentos de simple buen sentido se nos vienen á las manos, y pueden condensarse en esta forma: Si Jesús no fuera Dios, la palabra del mismo Dios habría fracasado, las esperanzas del mundo entero habrían quedado fallidas, el género humano todo en masa habría caído en un estado de verdadera enajenación hace cosa de mil y novecientos años. ¿Son admisibles ni por un momento semejantes absurdas suposiciones? ¿Podría alguna de estas cosas haber acaecido? ¡Imposible! exclama sobresaltada la razón humana, porque Dios no puede engañar ni engañarse, ni el hombre tampoco puede caer en la sima de una total aberración. Y, sin embargo, así habría sucedido si Jesús no fuera más que un hombre.

4. En efecto, hermanos míos, no puede haber duda en que Jesús es el anunciado Mesías, y tampoco puede negarse al Mesías la naturaleza divina. Seguid este sencillo razonamiento, basado en los grandes documentos históricos de la humanidad. Dios prometió formalmente un Salvador, un mensajero de salud á la familia humana caída en el pecado, y prometióselo en el momento mismo en que le imponía el terrible castigo<sup>2</sup>. El mundo aguardó impaciente, pero sin desesperar jamás, á su Salvador por el largo espacio de cuatro mil años. La tierra entera se estremeció á la nueva de su venida, y todos los ojos humanos le vieron y le ven todavía. *Viderunt omnes termini terræ salutare Dei nostri*<sup>3</sup>. Tal

<sup>1</sup> Symbol. Nic. et Constantinop.<sup>2</sup> Gen. 3, 15.<sup>3</sup> Ps. 97, 3.



es la historia abreviada del Mesías. Á una penosa expectativa de cuarenta siglos (noche eterna de angustias y esperanzas) ha sucedido la posesión del día lleno de resplandores que se extienden hasta los últimos confines de la tierra. *Nox præcessit*, díjolo el Apóstol, *dies autem appropinquavit*<sup>1</sup>. ¿Hay hombre de sana razón que pueda, no ya negar, pero ni desconocer estos hechos tan claros como la luz de medio día? Pues bien; si Jesús no fuese Dios, toda esta historia no sería más que una quimera, una ilusión: judíos y cristianos se hubieran engañado de plano en plano, porque no habría venido tal Mesías, ni habría de venir jamás, no siendo más que un mito. En ese caso nuevas tinieblas, más espesas que en la muerte de Jesús, habrían cubierto el universo moral<sup>2</sup>. La humana familia se habría alucinado en masa con sus pueblos y naciones, con sus sabios y profetas, con sus sacerdotes y santos, y todavía hoy estaría tan á oscuras como hace seis mil años en el asunto de mayor importancia para el hombre. Quinientos millones de cristianos, es decir, cuanto se llama civilizado en el mundo, estarían perfectamente ciegos: no habría más vidente que el incrédulo. ¿No supondría esto un trastorno universal? Evidentemente esto no puede admitirse porque implica contradicción y absurdo.

5. Pero ¿es verdad, dirá alguno, que toda la cuestión estriba en la divinidad de Jesús? Y ¿no podría ser verdadero Mesías sin ser Dios? ¿no bastaría que fuese el *Enviado del Señor*, el Santo entre los santos, el mayor de los hombres? ¡Ah! cristianos, de ninguna manera, supuesto que el carácter mesiánico por excelencia es la divinidad. El Mesías no podía ser otro que Dios, *Em-*

<sup>1</sup> Rom. 13, 12.<sup>2</sup> Matth. 27, 45.

*manuel, Dios con nosotros*<sup>1</sup>. Bien pudieron desconocer esta verdad (claramente indicada en la Escritura) aquellos judíos carnales contemporáneos de Cristo, al mismo tiempo que atribuían al suspirado Libertador de Israel los más pomposos títulos, reconociéndole las más magníficas prerrogativas. Pero en esto demostraban, dice un moderno apologista, haber olvidado la doctrina constante de los Profetas, ó haber desfigurado con bastardas interpretaciones engendradas del capricho, las más sublimes enseñanzas de las Escrituras<sup>2</sup>. Y ¿quién no palpa, discurre el mismo escritor, la contradicción en que caían aquellos obcecados Doctores de la ley y Jerarcas hebreos, rehusando la divinidad á aquel mismo personaje á quien concedían los derechos de Juez universal, Salvador y Regenerador del mundo, Fundador del reino de Dios, vencedor de todos sus enemigos, y, lo que más es, á Aquél á quien atribuían el poder de sentarse á la diestra del Eterno como participante de su gloria? Y ¿no son éstos los dictados que forman la corona que ciñeron los Profetas á la frente del Mesías? De esos títulos, como de perlas de la real diadema mesiánica, están cuajados los Salmos de David, los libros de Isaías, Jeremías, Ezequiel, Zacarías y todos los Profetas. Mas ¿cómo no ver en todos ellos otras tantas fases del atributo primordial del Mesías, la divinidad? ¿Á quién sino á Dios corresponde juzgar á todos los pueblos de la tierra<sup>3</sup> y hacer justicia á todos los menesterosos<sup>4</sup>? ¿Quién sino Dios podría salvar al mundo de la esclavitud del demonio y entonar el cántico de libertad sempiterna<sup>5</sup>? ¿Quién otro que Dios mismo podría fundar el reino eterno y sin

<sup>1</sup> Matth. 1, 23.<sup>2</sup> *Didon*, Jésus-Christ I; 236.<sup>3</sup> Is. 2, 4.<sup>4</sup> Ps. 71, 4.<sup>5</sup> Os. 13, 14.



fronteras<sup>1</sup>, para hacer de la tierra un remedo del reino de los cielos<sup>2</sup>? Salta á la vista que estas obras sobrepujan sin medida á todas las fuerzas de un puro hombre, y aun de toda criatura, como quiera que demandan en quien deba llevarlas á cabo virtud y poder infinitos, atributos divinos, y, por consiguiente, naturaleza divina.

6. Mas ¿qué necesidad tenemos de ejercitar el discurso, puesto caso que el mismo Espíritu Santo que trazó por mano de los Profetas la acabada imagen del Mesías, nos ha revelado terminantemente su divinidad? ¿Podría hablar más claro que diciéndonos por Isaías: *Será llamado Dios, Fuerte, Príncipe de la paz, Padre del siglo venidero*<sup>3</sup>? Y ¿qué significan aquellas imágenes reveladas á David, contenidas en el Salmo 109: *Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi diestra... Señorea en medio de tus enemigos. Contigo está el Principio en el día de tu virtud, en medio de los esplendores de los santos; de mi propio seno antes que brillase el lucero matutino te engendré...*<sup>4</sup> Y, como dice el Apóstol San Pablo, ¿á cuál de los ángeles fué dicho lo que á Jesús: *Tú eres mi hijo, yo te he engendrado en el hoy de mi eternidad*<sup>5</sup>? Y si todavía necesitáramos otras afirmaciones más claras de la divinidad del Salvador, ahí están las siguientes: *Dios mismo vendrá á salvaros*<sup>6</sup>. *He aquí que yo que os hablaba ya, estoy presente*<sup>7</sup>. *He aquí á Dios, mi Salvador*<sup>8</sup>. Ni se pretenda que estas expresiones no corresponden al Mesías, pues los mismos Doctores de la antigua Ley y todo el pueblo judío las han entendido del Salvador del mundo, figurado ciertamente

<sup>1</sup> Ps. 144, 13.<sup>2</sup> Apoc. 5, 10.<sup>3</sup> Is. 9, 6.<sup>4</sup> Ps. 109, 1 sqq.<sup>5</sup> Hebr. 1, 3.<sup>6</sup> Is. 35, 4.<sup>7</sup> Is. 52, 6.<sup>8</sup> Is. 12, 2.

por otros personajes de la antigüedad. Testigo de ello, y bien autorizado, es el Apóstol de las Gentes<sup>1</sup>. Tan auténticos son estos testimonios, como véis, hermanos carísimos, que se hace inútil aducir todos los demás que de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo nos suministra el Nuevo Testamento. Los textos alegados bastan para demostrar el carácter divino del Mesías, es decir, de Jesús de Nazaret<sup>2</sup>.

7. En efecto, Jesús, el hijo de la Virgen, nacido ayer en la gruta de Belén y marcado hoy con el sello del pecado en la Circuncisión de su carne inmaculada, Jesús, y no otro que él, es el Mesías prometido y enviado por el Padre á la tierra<sup>3</sup>. Jesús es el Justo que llovieron los cielos<sup>4</sup>, el Salvador que germinó de la tierra maldita<sup>5</sup>, la expectación de todas las naciones<sup>6</sup>, el Deseado de los collados eternos<sup>7</sup>. Y, si no, preséntese otro hombre á disputar á Jesús este carácter único en la historia. ¡Figuras ilustres del Mesías que iluminasteis el antiguo mundo! Vosotros fuisteis sin duda los más distinguidos entre los hombres por la santidad, el poderío y la grandeza; pero fuisteis figuras nada más, no realidad. Si á cada uno de vosotros voy preguntando: *¿Eres tú el que ha de venir?*<sup>8</sup>, todos á una me responderéis con la ingenuidad del Bautista: *Non sum, non sum ego Christus*<sup>9</sup>. Y en efecto, cristianos, la ávida expectación no se calmó, ni se acallaron los suspiros del género humano hasta la aparición de Jesús que se llama Cristo<sup>10</sup>. Si bien muchos de los suyos no quisieron reconocerle por efecto de una obcecación de orgullo bien castigado

<sup>1</sup> I Cor. 10, 2.<sup>2</sup> Io. 1, 45.<sup>3</sup> Gal. 4, 4.<sup>4</sup> Is. 45, 8.<sup>5</sup> Ibid.<sup>6</sup> Gen. 49, 10.<sup>7</sup> Gen. 49, 26.<sup>8</sup> Matth. 11, 3.<sup>9</sup> Io. 1, 20.<sup>10</sup> Matth. 1, 16.



con la ruina de su templo y el abandono del Dios de sus padres<sup>1</sup>; en cambio la masa de la humanidad, el gran pueblo gentil, griego, romano y bárbaro, que yacía hasta entonces sumida en las tinieblas<sup>2</sup>, abrió los ojos y le aclamó Dios Salvador<sup>3</sup>. ¿Puede darse prueba más evidente y magnífica de que Jesús es el Mesías? Pues si todavía queréis otra, ahí á la vista están dos libros, los más afamados del mundo, el de las profecías y el de los evangelios. Comparadlos. Aquél parece un evangelio escrito con cuatro y más siglos de anticipación. En uno y otro están bosquejados con pasmosa exactitud y precisión de detalles el nacimiento, la vida, el carácter, la muerte y el triunfo del Mesías, del que el evangelio llama Jesús. Luego la identidad del personaje es completa, es indudable. No hay otro Mesías que Jesús. Jesús es Dios. ¡Insensato el que en medio de tanta luz no le conoce! ¡Desventurado el que no exclama con San Pedro: *Tu es Christus Filius Dei vivi*<sup>4</sup>, y postrándose de hinojos no le adora! *Venite, adoremus*<sup>5</sup>.

## II.

8. ¡Miradlo ya dominando las alturas de la historia! Como en la santa montaña cautivaba á una turba innumerable con el poder de su diestra y la dulzura de su palabra; así, colocado en la cumbre de los tiempos, Jesús domina la humana muchedumbre con los atributos de la divinidad que brillan en su adorable persona. Al contemplar su incomparable fisonomía no puede negarse que Dios ha bajado á la tierra, y la adoración y el amor son un tributo irresistible que paga á Jesús el alma

<sup>1</sup> Io. 1, 11.<sup>2</sup> Is. 9, 2.<sup>3</sup> Ps. 97, 3.<sup>4</sup> Matth. 16, 16.<sup>5</sup> Ps. 94, 6.

humana. ¡Cuántos no se postraron delante de él para adorarle!<sup>1</sup> En la cuna misma adoráronle tres sabios y opulentos potentados del oriente, guiados al pesebre de Belén por la estrella misteriosa, pero deslumbrados, al llegar al portal, por la luz de la divinidad que irradiaba el rostro del niño nacido de María. Pedro se arrojó á sus pies más de una vez sobrecogido de admiración sin ser dueño de sí para no adorar al Hijo de Dios vivo que descubría en el Hijo del hombre<sup>2</sup>. Hasta muerto en el patíbulo se da á conocer por Dios, y obliga á un criminal arrepentido á confesarlo: *Vere filius Dei erat iste!*<sup>3</sup> Revestido ya con la gloriosa vestidura de la resurrección adoráronle cuantos tuvieron la dicha de gozar de su vista: adoráronle las piadosas mujeres<sup>4</sup>, los Apóstoles, y más de quinientos discípulos reunidos en el monte de Galilea<sup>5</sup>. ¡Cuántos y cuán irrecusables testimonios de la divinidad de Jesús!

9. Como quiera que en Él habitaba corporalmente, según la expresión del Apóstol, esto es, personalmente, la divinidad con toda su plenitud<sup>6</sup>, no podían menos de manifestarse los principales atributos de Dios en las operaciones de Cristo. Tales eran el poder, la verdad, la santidad, la gracia y la gloria, pero no como se encuentran estas perfecciones en las pobres criaturas, sino con aquella riqueza y esplendor que correspondía al Unigénito del Padre, *lleno de gracia y de verdad*<sup>7</sup>. Y en primer lugar, el poder: poder inmenso, irresistible, esto es, la omnipotencia. Los vientos desencadenados, como locos furiosos, revolviendo todo el mar, se recogen

<sup>1</sup> Matth. 14, 33.<sup>2</sup> Luc. 5, 8.<sup>3</sup> Marc. 15, 39.<sup>4</sup> Matth. 28, 9.<sup>5</sup> I Cor. 15, 6.<sup>6</sup> Col. 2, 9.<sup>7</sup> Io. 1, 14.



en silencio al escuchar su voz. El mar embravecido le obedece y sosiega sus olas tumultuosas<sup>1</sup>. No hay fuerza en toda la naturaleza que le sea incontrastable. ¿Qué son los milagros infinitos, estupendos de Jesús, atestigüados por millares de testigos de vista, sino otros tantos lampos de su soberana omnipotencia? Todo lo puede, en hecho de verdad, quien abre los ojos á los ciegos de nacimiento, los oídos y la boca á los sordomudos, los oscuros sepulcros á los muertos de cuatro días... Todo lo puede sin duda quien convierte el agua en vino con sólo quererlo, sin estrépito ni aparato alguno, quien con sólo cinco panes bendecidos por su mano alimenta hasta dejarlos hartos á cinco mil hombres y otras tantas mujeres y niños sentados sobre la hierba del desierto. Todo lo puede evidentemente quien extiende su poderío hasta los seres que pueblan los abismos, y los obliga con sólo su mandato á abandonar la presa que han hecho en los cuerpos humanos. En fin, para mostrar su omnipotencia verdaderamente divina, Jesús comunica á sus discípulos el poder de hacer prodigios en su nombre, no sólo iguales, sino aun mayores que los que él mismo ejecuta<sup>2</sup>. ¿No es Dios el que tal hace?

10. Jesús no sólo posee la verdad, toda la verdad, sino que (¡cosa propia de Dios!) *es la verdad: Ego sum... veritas*<sup>3</sup>. Él lo ha dicho; y ¿quién se ha atrevido á decir otro tanto antes ó después de él? Y nosotros sabemos, como el Evangelista, que su dicho es verdadero<sup>4</sup>. Afirmar, pues, que es la verdad, la verdad absoluta, primera y sustancial, es tanto como afirmar

<sup>1</sup> Marc. 4, 40.<sup>2</sup> Io. 14, 12.<sup>3</sup> Io. 14, 6.<sup>4</sup> Io. 19, 35.

que es Dios. Y Jesús lo ha demostrado con los efectos de su venida al mundo; porque, como dice San Juan, él es el que ilumina á todo hombre que, entre tinieblas, va camino de la eternidad<sup>1</sup>. *Yo soy la luz del mundo*, dijo también Jesús<sup>2</sup>; y, en efecto, la verdad es la antorcha que disipa las sombras del espíritu. Detrás del Calvario, en la sociedad antigua, no obstante las famosas y admiradas civilizaciones de Grecia y Roma, no hay, en materia religiosa y moral, sino densa ignorancia en las masas, opiniones y dudas en las célebres academias, groseros errores en las más culminantes inteligencias. Hoy mismo, fuera de Jesús, esto es, de su doctrina, rechazada por la necia presunción de los que se llaman sabios, ¿qué hay sino antiguos y degradantes errores, exhumados de las escuelas paganas, y extravíos nuevos en las nuevas rutas que intenta abrir para descubrir la verdad la ciencia atea ó panteísta? ¿Dónde está, pues, la verdad? Desengáñese el hombre de una vez: la razón humana no la hallará completa y pura, si se empeña en buscarla fuera de Jesús. Dios, el hombre mismo, el universo, son y serán siempre indescifrables enigmas, á pesar de los multiplicados inventos, para quien se obstina en cerrar los ojos á la luz que brota del nombre de Jesús.

11. Jesús es la santidad por excelencia. No hay quien pueda negarlo, así como no lo hay que sea capaz de argüírle de pecado<sup>3</sup>. Él es el santo entre los santos, porque, como dice San Ambrosio, santo es el que no tiene mancha: *Vere sanctus quia immaculatus*. Y ¿cómo no, siendo él hijo de la Virgen sin mancilla, y el Verbo engendrado del Padre *entre los esplendores de los san-*

<sup>1</sup> Io. 1, 9.<sup>2</sup> Io. 9, 5.<sup>3</sup> Io. 8, 46.



tos<sup>1</sup>? De él se dijo con propiedad que sería santificado para el Señor: *Sanctum Domino vocabitur*<sup>2</sup>; y el ángel anunció á María que, lo que nacería de ella, sería santo, como verdadero Hijo de Dios<sup>3</sup>. Fuente de santidad, no hay perfección moral, no hay grado de virtud que no emane de Jesús. Por su imitación se ha santificado el mundo corrompido; por la participación de su vida y de su gracia ha llegado el débil mortal hasta las cumbres de la santidad heroica. Mirad esas falanges de santos de todas condiciones: apóstoles y mártires, confesores y vírgenes, sacerdotes y laicos, hombres, mujeres y niños, reyes y plebeyos... todos ellos aprendieron en la escuela de Jesús. Las virtudes que practicaron, cada cual en su estado, no son más que pálidos reflejos de la santidad del divino Maestro, del que dijo: *Aprended de mí...*<sup>4</sup> Ahora bien, decidme, amados fieles: ¿Quién sino Dios puede santificar al hombre nacido en el seno de la corrupción moral? ¿Quién, dice el Santo Job, *podrá purificar al hombre nacido de inmundo germen?*<sup>5</sup> Y lo más admirable, cristianos, es que la raíz de toda santidad consiste en creer que Cristo Jesús es Dios; y su consumación, en amarle y adorarle como á tal. Luego no puede ser impostura ni alucinación la divinidad de Aquél que, creído y adorado como Dios, nos santifica, porque jamás una impostura pudo ser causa y origen de santificación.

12. Vengamos á la gracia, atributo que, tomado en toda su amplitud y perfección, conviene exclusivamente á Jesús Hijo de Dios. De él se dijo por la voz del Real Profeta: *Diffusa est gratia in labiis tuis*<sup>6</sup>; y: *Spe-*

<sup>1</sup> Ps. 109, 3.<sup>2</sup> Luc. 2, 23.<sup>3</sup> Luc. 1, 35.<sup>4</sup> Matth. 11, 29.<sup>5</sup> Job 14, 4.<sup>6</sup> Ps. 44, 3.

*ciosus forma præ filiis hominum*, porque la gracia y hermosura de Jesús no es, ni puede ser, la gracia que corresponde al hombre solamente. No es el hechizo infantil, reflejo de la inocencia del ángel en delicada forma humana, por más que la gracia se derrame en rededor de la cuna del Niño-Dios de Belén: no es tampoco la belleza del niño de doce años que cautiva los corazones de cuantos se agolpan á escucharle en el templo de Jerusalén: no es siquiera la hermosura perfecta y varonil del joven Maestro y taumaturgo que arrastra en pos de sí las muchedumbres, menos por el prestigio de su palabra y la virtud de sus prodigios, que por la magia de su persona, tipo de la absoluta perfección del ser humano. Es todo eso, y mucho más. Es algo indefinible, misterioso, que la humana inteligencia no acierta á explicar, si no viene á declarárselo la fe, diciéndole que aquello es más que humano, que es el resplandor de la divinidad que brota de la persona del Verbo, oculta en las humildes formas de la humanidad. Si tal no fuera, no se comprendería el poder avasallador que Jesús ejerció siempre sobre las almas, y especialmente sobre las almas nobles, puras y elevadas. Jesús — ¿quién lo duda? — es el ideal de la belleza, porque nada puede concebirse más perfecto que él, ni más encantador. Por eso presta al arte inspiración, brío á la elocuencia, vuelo á la poesía, éxtasis á la oración, entusiasmo á todo corazón que siente con fuerza el amor de lo bello y lo sublime. Pero ¿no es éste atributo de Dios? Un puro hombre no puede elevarse hasta las regiones de lo ideal. La gracia de Jesús es la que enciende esas hogueras de amor divino más abrasador que todos los amores terrenos, más fuerte que todos los martirios. Por Jesús amado con delirio se sacrifica la virgen en



el claustro, el hombre en el desierto, el apóstol en la arena abrasadora, el anacoreta en el bosque impenetrable, Javier en las playas de la China, Claver en Cartagena, y el Padre Damián en las leproserías.

13. Finalmente la gloria de que se ve rodeada la persona de Jesús demuestra claramente su divinidad. Esa gloria no creáis que sea únicamente objeto de la visión beatífica de los bienaventurados, tal como la vislumbraron San Pablo y San Juan. Los Apóstoles mismos contemplaron sobre la tierra la gloria de su Maestro, pues dice el Evangelista: *Vidimus gloriam eius*<sup>1</sup>; y añade que era la gloria del Unigénito salido del Padre. La gloria del Mesías se dejó admirar desde el Pesebre hasta el Calvario. *Los cielos dan cuenta de la gloria de Dios*, dice el Profeta<sup>2</sup>; y los ángeles, cielos animados, entonaron el himno eucarístico del *Gloria in excelsis* sobre la cuna del recién nacido Rey de los judíos. Hubo un momento solemne en la vida terrestre de Jesús en que brilló con todo el lleno posible de su gloria: fué el de la transfiguración en el Tabor. Allí, dice San León Magno, descubre el Señor su gloria á testigos escogidos; y para esto derrama tanta luz sobre aquella forma humana semejante á la de los demás, que su rostro brilla con los fulgores del sol, y sus vestidos deslumbran con la blancura de las nieves<sup>3</sup>. Entonces fué cuando aquellos venturosos discípulos, creyéndose fuera de este mundo, y ya trasladados á la mansión del goce eterno, exclamaron en el colmo de la felicidad: ¡Bien estamos aquí!<sup>4</sup> Mas ¿quién osará bosquejar la gloria de la resurrección del Hombre-Dios? ¿quién, la de su as-

<sup>1</sup> Io. 1, 14.<sup>2</sup> Ps. 18, 2.<sup>3</sup> S. León., Serm. de Transfig. <sup>4</sup> Luc. 9, 33.

censión á los cielos por propia virtud? y ¿aquella con que volverá un día, según el anuncio de los ángeles, á juzgar á todos los hombres cuando la consumación de los siglos? Pero fuera de esto ¿no puede con verdad decirse de Jesús, que *llenos están los cielos y la tierra de la majestad de su gloria*<sup>1</sup>? En efecto, la gloria del nombre de Jesús llena los ámbitos de la tierra. *Su obra*, el cristianismo, *está lleno de la gloria del Señor*<sup>2</sup>. Si hay gloria en este mundo, es la de Jesucristo. Á ella ceden, de grado ó por fuerza, todas las glorias humanas. Y es porque conocer á Jesús, amarle é imitarle es la más alta gloria á que el hombre aquí puede aspirar. ¿Será, pues, Jesús menos que Dios? ¡Oh! decir tal fuera no sólo blasfemia, sino insulto al sentido común y á la razón. Y el hombre que de tal grandeza apareciera revestido que pudiera equivocarse con Dios, sin serlo en realidad, no sólo sería un impostor inverosímil, sino una creación absolutamente imposible. Concluyamos con San Pablo: *No ha cometido Jesús una rapiña sacrilega, afirmando ser igual á Dios, porque lo es realmente, porque posee la naturaleza divina*<sup>3</sup>. Y, si aparece á los ojos humanos como uno de nosotros, es porque *se ha anonado á sí mismo, tomando la naturaleza de hombre, la forma de esclavo*<sup>4</sup>.

14. ¡Compañía de Jesús! gloríate de este nombre glorioso y adorable. Sí, gloríate; pero sé, como hasta aquí, siempre digna de llevarlo en tu frente, en tu bandera. Llévalo á los pueblos salvajes, para que conozcan á Jesús, Dios Salvador: llévalo á los pueblos cultos, para que reconozcan á Jesús, Dios civilizador y glori-

<sup>1</sup> Is. 6, 3.<sup>2</sup> Eccli. 42, 16.<sup>3</sup> Phil. 2, 6.<sup>4</sup> Ibid.



ficador. Llévelo en el corazón de tus hijos, para que vayamos todos á contemplar su gloria en el *Reino de Dios* y de su *Cristo*<sup>1</sup>. Así sea.

### SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA EPIFANÍA

(predicado en la parroquia de Egipto, Bogotá, 1886).

#### La revelación de la Nueva Alianza por Jesucristo.

Ecce testem populis dedi eum, ducem ac præceptorem gentibus.

Yo te he dado por testigo á todos los pueblos, jefe y preceptor de todas las naciones.

Is. 55, 4.

1. Día es éste, amados fieles, lleno de gratos sentimientos para el alma cristiana; día que completa los sagrados regocijos del Nacimiento del Señor, y que la Iglesia católica solemniza con extraordinario aparato de magnificencia litúrgica. Y ¿por qué todo esto, sino por estar este día lleno y cuajado de misterios, á cual más profundos y gloriosos? Hoy vemos á los grandes de la tierra, grandes por el brillo de la corona, y más aún por el esplendor de la ciencia y de la piedad, venir á postrarse ante el humilde pesebre de Belén, para adorar en él con devotísima reverencia y humilde actitud al recién nacido Rey de los judíos, nuestro Redentor Jesucristo: hoy contemplamos las dichosas primicias de la gentilidad atraídas por misteriosa estrella al conocimiento del verdadero Dios en la humildad del Verbo Encarnado: hoy admiramos la *Epifanía*, esto es, la manifestación de la gloria del Salvador del mundo hecha,

<sup>1</sup> Eph. 5, 5.

en la persona de tres santos reyes del oriente, á todas las naciones de la tierra: hoy reconocemos, como dice el Papa San León Magno<sup>1</sup>, en los Magos adoradores de Cristo los albores de nuestra fe y los principios de nuestra esperanza; pues fué por ellos como empezamos á tener parte en la herencia de la eternidad, y los arcanos de las Sagradas Escrituras que hablaban de Cristo, comenzaron á descubrirse á nuestra inteligencia, y la verdad, rechazada por la obcecación de los judíos, hubo de dilatar sus rayos por todas las naciones. Y ¿cómo no alegrarnos con tan felices sucesos de imperecedero recuerdo? Alegraos, dice el mismo Padre, alegraos en el Señor una vez y otra, porque el que nació de la Virgen, es hoy adorado del mundo. Y la gloria de María en esta adoración, la gloria de *Nuestra Señora de Egipto*, verdadera estrella de Jacob, cuyo rayo purísimo es Jesús<sup>2</sup>, ¿no es un motivo especial de regocijo para sus devotos, para todos los verdaderos cristianos?

2. He aquí, pues, hermanos míos, el punto de vista desde el cual debemos considerar esta gran festividad de la Iglesia y del mundo para comprender toda su vasta significación. No se trata de una gracia particular otorgada á unos pocos hombres, sino de la gracia de la vocación cristiana concedida á todos los pueblos de la tierra; no, del descubrimiento de la Divinidad hecho á algunas inteligencias privilegiadas, sino de la manifestación del Salvador del mundo á todos los que quieran abrir los ojos y conocerle; trátase, para decirlo de una vez, de la revelación de la nueva y sempiterna alianza de Dios con el hombre, cuyo testigo y mediador es

<sup>1</sup> Serm. 2 de Epiph.

<sup>2</sup> Num. 24, 17.



ficador. Llévelo en el corazón de tus hijos, para que vayamos todos á contemplar su gloria en el *Reino de Dios* y de su *Cristo*<sup>1</sup>. Así sea.

### SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA EPIFANÍA

(predicado en la parroquia de Egipto, Bogotá, 1886).

#### La revelación de la Nueva Alianza por Jesucristo.

Ecce testem populis dedi eum, ducem ac præceptorem gentibus.

Yo te he dado por testigo á todos los pueblos, jefe y preceptor de todas las naciones.

Is. 55, 4.

1. Día es éste, amados fieles, lleno de gratos sentimientos para el alma cristiana; día que completa los sagrados regocijos del Nacimiento del Señor, y que la Iglesia católica solemniza con extraordinario aparato de magnificencia litúrgica. Y ¿por qué todo esto, sino por estar este día lleno y cuajado de misterios, á cual más profundos y gloriosos? Hoy vemos á los grandes de la tierra, grandes por el brillo de la corona, y más aún por el esplendor de la ciencia y de la piedad, venir á postrarse ante el humilde pesebre de Belén, para adorar en él con devotísima reverencia y humilde actitud al recién nacido Rey de los judíos, nuestro Redentor Jesucristo: hoy contemplamos las dichosas primicias de la gentilidad atraídas por misteriosa estrella al conocimiento del verdadero Dios en la humildad del Verbo Encarnado: hoy admiramos la *Epifanía*, esto es, la manifestación de la gloria del Salvador del mundo hecha,

<sup>1</sup> Eph. 5, 5.

en la persona de tres santos reyes del oriente, á todas las naciones de la tierra: hoy reconocemos, como dice el Papa San León Magno<sup>1</sup>, en los Magos adoradores de Cristo los albores de nuestra fe y los principios de nuestra esperanza; pues fué por ellos como empezamos á tener parte en la herencia de la eternidad, y los arcanos de las Sagradas Escrituras que hablaban de Cristo, comenzaron á descubrirse á nuestra inteligencia, y la verdad, rechazada por la obcecación de los judíos, hubo de dilatar sus rayos por todas las naciones. Y ¿cómo no alegrarnos con tan felices sucesos de imperecedero recuerdo? Alegraos, dice el mismo Padre, alegraos en el Señor una vez y otra, porque el que nació de la Virgen, es hoy adorado del mundo. Y la gloria de María en esta adoración, la gloria de *Nuestra Señora de Egipto*, verdadera estrella de Jacob, cuyo rayo purísimo es Jesús<sup>2</sup>, ¿no es un motivo especial de regocijo para sus devotos, para todos los verdaderos cristianos?

2. He aquí, pues, hermanos míos, el punto de vista desde el cual debemos considerar esta gran festividad de la Iglesia y del mundo para comprender toda su vasta significación. No se trata de una gracia particular otorgada á unos pocos hombres, sino de la gracia de la vocación cristiana concedida á todos los pueblos de la tierra; no, del descubrimiento de la Divinidad hecho á algunas inteligencias privilegiadas, sino de la manifestación del Salvador del mundo á todos los que quieran abrir los ojos y conocerle; trátase, para decirlo de una vez, de la revelación de la nueva y sempiterna alianza de Dios con el hombre, cuyo testigo y mediador es

<sup>1</sup> Serm. 2 de Epiph.

<sup>2</sup> Num. 24, 17.



Jesucristo, cuyo objeto es el mismo Hijo de Dios puesto á la cabeza de la familia humana para guiarla á la conquista de la eterna bienaventuranza. Hoy se cumplen magníficas profecías que interesan á toda la humanidad: *El pueblo que andaba por sendas de tinieblas, vió en este día una luz grande*<sup>1</sup>; luz que empieza á rasgar el denso velo en que se hallaba envuelta la inmensa mayoría, por no decir, la casi totalidad del género humano; luz que se extiende hasta nosotros, pues somos hijos de la en otro tiempo ciega gentilidad. Hoy resuena la voz del Padre celestial que dice á su Hijo hecho hombre: *Yo te he dado por testigo á todos los pueblos, jefe y preceptor de todas las naciones*<sup>2</sup>. Y á todos los hombres diceles: *Oid, y vivirá vuestra alma: voy á entablar con vosotros un pacto sempiterno, voy á cumplir las promesas de misericordia hechas á David*<sup>3</sup>. De esto pacto quiero hablaros hoy, cristianos, de este nuevo y eterno Testamento<sup>4</sup>, que sucedió al famoso del monte Sinaí, hecho por mano de Moisés; y primero os haré ver sus condiciones, en las cuales resalta su grandeza, para manifestaros en seguida su objeto, que no es otro sino reconocer y adorar al Verbo Encarnado como Rey y Maestro universal. Imploramos la gracia necesaria para comprender este sublime plan divino, saludando á la bienaventurada Madre del Dios Niño con las palabras del arcángel: *Ave María*.

## I.

3. No sé, hermanos míos, qué debe llenarnos más de asombro, si la benignidad del Señor que se digna

<sup>1</sup> Is. 9, 2.<sup>2</sup> Is. ubi supra.<sup>3</sup> Is. 2, 3. Act. 13, 34.<sup>4</sup> Matth. 26, 28.

pactar con el hombre, ó la ingratitud de éste, que se atreve á menospreciar el pacto divino y aun á desconocerlo y negarlo. Desconociéronlo los pueblos de la antigüedad pagana, á quienes no fué revelado sino en la plenitud de los tiempos evangélicos; niéganlo los pueblos apóstatas del siglo décimonono, los cuales, forjándose un Dios á su antojo y según los caprichos de una razón extraviada por la sensualidad, no quieren reconocer la intervención directa y personal del Criador en el gobierno de sus criaturas. Por eso rechaza el naturalismo contemporáneo toda revelación, toda ley y religión positivas. El mundo cristiano reconoce, es verdad, la existencia del Testamento ó Alianza divina, así como en otro tiempo reconoció el pueblo judío la verdad del Antiguo Testamento; pero ¡ay! que, á semejanza de esta nación ingrata y de dura cerviz, las mismas naciones cristianas, en su vida y conducta prácticas, no dan pruebas de acatar y respetar las promesas del Señor, ni las obligaciones por ellas mismas contraídas con su Majestad. En tanto que Dios, fidelísimo á su palabra, no olvida jamás su testamento, como canta el Real Profeta<sup>1</sup>, los pecadores profanaron este testamento augusto<sup>2</sup>, no quisieron respetarlo<sup>3</sup>, ni le prestaron fidelidad<sup>4</sup>.

En dos grandes ocasiones ha celebrado Dios pactos con los hombres; cuando juró al Patriarca Abrahán que en el hijo de la promesa serían bendecidas todas las naciones<sup>5</sup>, y cuando juró á su Hijo hecho hombre<sup>6</sup> que le daría á todos los pueblos de la tierra en herencia y patrimonio. De ahí los dos Testamentos, el antiguo y el nuevo, aquél renovado en el Sinaí á la per-

<sup>1</sup> Ps. 104, 8.<sup>2</sup> Ps. 54, 21.<sup>3</sup> Ps. 127, 10.<sup>4</sup> Ps. 127, 37.<sup>5</sup> Gen. 12, 18.<sup>6</sup> Ps. 2, 8.



sona de Moisés, éste ratificado en el Calvario con la sangre del mismo Jesucristo. Nada más auténtico que estos dos solemnes pactos de Dios con la humana familia; y, para negarlos, sería preciso rechazar el testimonio de toda la historia y cerrar los ojos á la luz que arroja la existencia de los dos mayores pueblos de la tierra, el judío y el cristiano. Toda la vida del antiguo pueblo de Dios es una demostración de la verdad de la primera alianza; y todo el cristianismo proclama en alta voz la realidad de la segunda. Los modernos racionalistas, aislados en su necio escepticismo, tienen que condenarse á vivir fuera de la órbita del sentido común del género humano. Ellos seguramente se bastan á sí mismos, cuando, despreciadores de la edad pasada, insultan á la generación presente, y se creen dueños del porvenir. Pero la humanidad no abdica sus derechos por complacer á un grupo de ilusos desvanecidos en su orgullo<sup>1</sup>. Observad empero, hermanos míos, que los dos testamentos, aunque distintos entre sí, tienen estrechas relaciones, siendo el uno figura del otro, y éste complemento de aquél. Por esto el inspirado Zacarías en su cántico al nacimiento del Bautista, celebra en uno los dos por estas palabras: *Bendito el Señor Dios de Israel que ha visitado y redimido á su pueblo... conforme lo había dicho por la boca de sus santos Profetas desde el principio de los siglos.... Él ha hecho misericordia á nuestros padres de acuerdo con su sagrado testamento, según el juramento que hizo á nuestro padre Abrahán de darnos un Salvador, para que sin miedo y libres de enemigos le sirvamos en santidad y justicia delante de Él por todos nuestros días*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Rom. 1, 21.<sup>2</sup> Luc. 1, 68 sqq.

4. Eso no obstante, debemos considerar el nuevo testamento que hoy se revela á los santos magos del oriente, en parangón con el testamento antiguo hecho con la descendencia de Jacob, para admirar sus maravillosas condiciones y dar rienda suelta á nuestro regocijo. ¡Qué diferencia de la nueva á la antigua alianza! La nuestra es universal y eterna, mientras que la del pueblo hebreo no era más que particular y transitoria: la nuestra es de gracia y de misericordia, en tanto que la del Sinaí éralo de pena y de terror. ¿Qué se estipulaba en el antiguo pacto? Pues, por parte de Dios, la predilección de la raza de Jacob<sup>1</sup> con todas las ventajas que debían dimanar de tan singular como valiosa protección. *Seré enemigo de tus enemigos, afligiré á los que te aflijan*, decía Dios á su querido y escogido pueblo<sup>2</sup>. Excluía Dios el resto del linaje humano de estos particulares favores que reservaba á la reducida descendencia de Abrahán, Isaac y Jacob<sup>3</sup>, de quienes se llamaba Dios á boca llena<sup>4</sup>. Ni debe esto parecernos extraño, ni en modo alguno inverosímil ó menos digno de la bondad del supremo Hacedor, dado que el hombre, prevaricador en el Paraíso, se había lanzado á todo género de excesos y maldades, y hecho digno de las maldiciones del cielo, no quedando un solo pueblo ni un solo individuo que no fuera reo de penas eternas y provocador de la divina justicia<sup>5</sup>. Sólo Abrahán fué fiel á Dios<sup>6</sup>, sólo él fué justo y obediente al mandato divino hasta el heroísmo, y esto le valió justamente la predilección del Señor. Por lo demás, hermanos míos,

<sup>1</sup> Rom. 9, 13.<sup>2</sup> Ex. 23, 22.<sup>3</sup> 2 Esdr. 9, 7.<sup>4</sup> Ex. 3, 6.<sup>5</sup> Omnes declinaverunt (Rom. 3, 12).<sup>6</sup> Rom. 4, 3.



las ventajas estipuladas en el antiguo pacto para Abrahán y sus fieles descendientes se referían antes al bien temporal que á la felicidad eterna, y aun más al orden corpóreo que al espiritual, quedando siempre en pie la hermosa doctrina del Apóstol: *Uno mismo es el Señor de todos los hombres, rico en beneficios para todos los que le invocan*<sup>1</sup>. Á los favores divinos debía corresponder, por parte del agraciado, la adoración de un solo Dios y la fidelidad á sus preceptos. *No tendrás dioses ajenos delante de mí*<sup>2</sup>... *Guardaréis esta ley para siempre*<sup>3</sup>. *Guarda los preceptos del Señor tu Dios*<sup>4</sup>. Añadamos que estos mandamientos y ritos á que se obligaba rigurosísimamente el pueblo judío, más que interiores, eran externos, y su observancia no daba más que una pureza legal; eran además un pesado yugo hecho para cervices duras y corazones incircuncisos, hasta el grado de no haberlo podido portar, como dijo el Apóstol San Pedro, ni los mismos Apóstoles ni sus antepasados<sup>5</sup>.

5. Por el contrario, ¿qué se estipula en el nuevo pacto universal y eternamente duradero? Por parte de Dios, no ya la herencia terrenal, sino la eterna herencia de los cielos<sup>6</sup>, la posesión de Dios, la salvación<sup>7</sup>, y, como medios para conseguirla, el perdón de los pecados, la luz de la fe, el báculo de la esperanza y la interior ley de la caridad. Pacto es éste extensivo á los hombres de toda clase, país y condición, como lo declaró el Apóstol Santiago en el primer Concilio de Jerusalén, diciendo: *Llegado es el tiempo de que busquen*

<sup>1</sup> Rom. 10, 12.<sup>2</sup> Ex. 20, 3.<sup>3</sup> Lev. 16, 29.<sup>4</sup> Deut. 6, 17.<sup>5</sup> Act. 15, 10.<sup>6</sup> Hebr. 9, 15.<sup>7</sup> Act. 15, 11.

á Dios todos los hombres, según las antiguas promesas de que están llenos los Profetas; *todas las naciones invocarán el nombre del Señor*... Obra es ésta decretada por Dios desde el principio<sup>1</sup>. Y San Pablo decía á los romanos: «No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis víctimas de una falsa ciencia: la ceguedad parcial de los judíos, la incredulidad de algunos de ellos en la Nueva Alianza, ha sido la ocasión escogida por Dios para dar entrada franca en el Reino de los cielos á la multitud de los gentiles.»<sup>2</sup> Por su parte, el hombre debe concurrir con la fe cristiana, esto es, no sólo con el reconocimiento del único verdadero Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, sino con el de su Hijo Jesucristo, único Mediador y Salvador del humano linaje<sup>3</sup>, con la adoración del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, con la perfecta guarda de la Ley evangélica<sup>4</sup>. Tales son el día de hoy las condiciones necesarias para alcanzar la vida eterna: reconocer al verdadero Dios y á su enviado Jesucristo Dios<sup>5</sup>. *Preciso es que el mundo crea que tú me enviaste*, dice el mismo Salvador<sup>6</sup>. Con tal objeto franquéanse ya al hombre de todos los climas las Escrituras de Dios, en otro tiempo confiadas exclusivamente á los judíos<sup>7</sup>, y no como un libro cerrado y lleno de enigmas, sino abierto á todas las inteligencias por el soplo del Espíritu Santo de verdad, difundido por toda la faz del universo<sup>8</sup>. Hoy los magos, extranjeros en Jerusalén, saben más de los divinos misterios que los infatuados doctores de la Ley á quienes preguntan y que no saben

<sup>1</sup> Act. 15, 17, 18.<sup>2</sup> Rom. 11, 25.<sup>3</sup> Hebr. 12, 24.<sup>4</sup> Matth. 5, 48.<sup>5</sup> Io. 17, 3.<sup>6</sup> Io. 17, 21.<sup>7</sup> Rom. 3, 2.<sup>8</sup> Io. 16, 13; Sap. 1, 7.



responder sino á tientas. Éstos quedan alejados del Portal de Belén; y aquéllos, conducidos por la estrella de la nueva revelación, penetran en la santa gruta y son inundados por la luz que arroja en torno el divino infante. Desde entonces, dice San León, quedaron patentes para nosotros los arcanos de las Escrituras que nos anunciaban á Cristo.

Tal es, amados fieles, la magnificencia del nuevo testamento, cuya revelación se nos ha hecho en este día memorable. Pero él exige, como vamos á ver, de parte nuestra que reconozcamos y juremos á Jesucristo por Rey universal y supremo Maestro de toda verdad.

## II.

6. Por tal le reconocieron los dichosos magos, como no cabe dudarlo reflexionando en los detalles del relato evangélico. En efecto ¿no los oís preguntar afanosos y francos á las puertas mismas del palacio de Herodes en Jerusalén: *¿Dónde está el recién nacido Rey?*<sup>1</sup> ¿No los veis postrarse ante el pesebre, al instante que, entrando en la obscura gruta de Belén, descubren al buscado Infante en brazos de la Virgen? ¿no los veis en actitud de profunda y gozosa adoración? *Postrándose le adoraron*<sup>2</sup>. ¿No son estas demostraciones las que usan los pueblos del oriente para atestiguar su respeto casi religioso á sus poderosos reyes? Y finalmente ¿á quién sino á un rey y gran monarca se ofrecen tan magníficos presentes como los que ofrecieron los magos á Jesús recién nacido? No los tiene más ricos el oriente, cuales son el oro, el incienso y la exquisita mirra, que formaban el tesoro de aquellos grandes señores orientales.

<sup>1</sup> Matth. 2, 2.

<sup>2</sup> Matth. 2, 11.

Y ¡qué gran rey debía ser, en concepto de los magos, aquél de quien ellos, siendo reyes también, se reconocieron voluntarios vasallos! Prueban el regio carácter del Niño á quien vienen buscando, las palabras mismas de los Profetas, alegadas como incontestables por los doctores judíos: *De ti, ¡oh Belén! saldrá el Jefe que ha de regir á mi pueblo de Israel*<sup>1</sup>; palabras que, entendidas de reinado temporal, hacen estremecerse al tirano usurpador del trono de Judá, y le encienden en rabiosos celos del glorioso sucesor que viene á ocupar el solio que le pertenece por derecho divino. ¡Cruel Herodes! apostrófale poéticamente la Iglesia católica: *¿por qué temes la venida del Rey divino? ¡Si él no viene á arrebatarte el reino terrenal y caduco, sino, por el contrario, á darte un reino celestial!*<sup>2</sup>

7. ¿Quién, pues, es este rey? ¿cuál es el carácter de su soberanía? ¿por qué le adoran los reyes de Tarsis, de Arabia y de Sabá? ¿por qué le teme el sanguinario Herodes? ¿por qué, según la profecía de David, le deben adorar todos los monarcas de la tierra, y todas las naciones le han de rendir vasallaje?<sup>3</sup> Ésta es la importante verdad que debemos hoy investigar: ésta, la que Dios reveló claramente á los magos, al guiarlos por medio de una milagrosa estrella al dichoso oriente de la nueva Alianza. Una estrella de tan singular naturaleza, que la astronomía no ha descubierto en el ejército de los cielos, pero que la profecía ha designado con el nombre de estrella de Jacob<sup>4</sup>, no puede ser mensajero de un rey terreno, por grandes que hubiesen de ser sus hazañas, sino de un Dios que viene, dis-

<sup>1</sup> Matth. 2, 6.

<sup>2</sup> Hymn. Eccl. in Epiph. Domini.

<sup>3</sup> Ps. 70, 11.

<sup>4</sup> Num. 24, 17.



frazado con traje de hombre, á reinar sobre los hombres. *Esta estrella*, dice la Iglesia, *que brilla más que el disco del sol, muestra claramente al Rey de reyes, á Dios humanado: vieronla los magos, y corrieron á ofrendar sus tesoros al gran Rey*<sup>1</sup>. Este nuevo astro de extraordinaria brillantez ha sido creado expresamente para alumbrar los caminos de Belén, por donde deben concurrir á adorar al Criador hecho criatura todos los pueblos de la tierra. El rey de que se trata, el monarca buscado afanosamente por los magos, es el dueño de la misteriosa estrella, como ellos lo creen y afirman, preguntando en Jerusalén: *¿Dónde está el Infante cuya estrella hemos visto en nuestro país, cuya atracción nos ha hecho venir en busca de él para adorarle?*<sup>2</sup> ¡Cuántos reyes de los judíos habían nacido hasta entonces! dice San Agustín; y, sin embargo, ¿á cuál de ellos habían venido á buscar los sabios para adorarle? Á ninguno, ciertamente; y era porque á ninguno habían conocido por la voz del cielo<sup>3</sup>. La estrella, dice el agudo Doctor, fué para los magos la lengua con que les hablaron los cielos, como para nosotros fué estrella la lengua de esos otros cielos animados, los Apóstoles<sup>4</sup>. Son, pues, inseparables en Jesucristo, amados fieles, la divinidad y la realeza: es rey, y *rey inmortal de los siglos*<sup>5</sup>, porque es Dios como su Padre, engendrado *ab eterno* de su misma sustancia<sup>6</sup>, en quien están depositados todos los tesoros de la sabiduría y demás perfecciones divinas<sup>7</sup>. Es rey, porque es criador y dueño absoluto de todos los seres visibles é invisibles, á quien adoran y obe-

<sup>1</sup> Eccl. in offic. Epiph. Domini.<sup>2</sup> Matth. 2, 2.<sup>3</sup> Serm. 2 de Epiph.<sup>4</sup> Ibid.<sup>5</sup> 1 Tim. 1, 17.<sup>6</sup> Ps. 109, 3.<sup>7</sup> Col. 2, 3.

decen, no sólo las criaturas inteligentes, sino hasta las irracionales; y á cuyo imperio no pueden sustraerse los mismos demonios en sus antros infernales<sup>1</sup>. Por rey le reconocieron estos tres venturosos reyes del oriente; pues, juntamente con los dones materiales que sacaron de sus regias arcas para ofrendarlos al Dios Niño, hiciéronle, como lo afirman todos nuestros santos doctores, el presente más rico de la caridad, la mortificación y la oración, virtudes divinas simbolizadas en el oro, la mirra y el incienso<sup>2</sup>. Á un poderoso monarca de la tierra, á un Ciro, Alejandro ó Salomón, pudiera obsequiarse con oro acendrado del Ofir; pero sólo á un rey del cielo, á un Dios bajado á la tierra para reinar, en forma humana, sobre la humanidad entera, era debido ofrecer el oro de infinitos quilates de la caridad, la mirra preciosísima del sacrificio y el incienso sagrado de la adoración; sólo ante el Rey de cielo y tierra debía el hombre anonadar su grandeza y abatir su frente coronada hasta el polvo de un pesebre. Esto hicieron los santos peregrinos del oriente en presencia de Jesús; y así, proclamaron á la faz del universo y de todos los siglos la realeza divina del que, en expresiones figuradas, apellidaban Rey de los judíos.

8. Esto mismo debemos practicar nosotros, amados fieles; esto debe hacer todo hombre después de veinte siglos de aparecido sobre la faz de la tierra el Rey de reyes<sup>3</sup>. Este es aquél, dice San Agustín, que, apenas se dejó ver en la cuna, hizo estremecer á los soberbios reyes de Judea; ¿con cuánta razón los monarcas, imitando, no á Herodes, sino á los magos, deben com-

<sup>1</sup> Marc. 1, 27.<sup>2</sup> SS. Leo M., Gregorius, etc.<sup>3</sup> 1 Tim. 6, 15.



placerse en adorarle, hoy sobre todo que reina triunfante de la misma muerte, conquistado ya con la suya el imperio del mundo!<sup>1</sup> Y ¿quién, racionalmente obrando, negará el vasallaje á quien no rehusa la adoración? Si Jesucristo es Dios, siendo juntamente hombre verdadero, nacido en un portal y muerto en una cruz; ¿quién puede disputarle el título y las prerrogativas de rey? ¿quién, si por tal le reconoce, negarle obediencia y sumisión? Inconsecuencia es ésta que se creería inverosímil, si ya el gran Doctor de la Iglesia San Gregorio no la hubiese hecho notar. *Hay algunos herejes, dice, que creen á Jesucristo Dios, pero no creen que reine ó deba reinar en todas partes; así como hay otros que, teniéndolo por Rey universal, le niegan la divinidad*<sup>2</sup>. ¡Lamentable falta de lógica, nota característica del espíritu de error! Lo mismo que los herejes de los primeros siglos, los falsos políticos de nuestro tiempo, que profesándose sinceros católicos, rechazan el magisterio de la Iglesia sobre la sociedad, acariciando doctrinas que la Cátedra de Pedro ha reprobado, afectan reconocer la divinidad, mas no el reinado universal de Jesucristo: ¡ofréncenle incienso, pero no oro, como si éste valiera más que aquél! Hay, finalmente, espíritus caprichosos que confiesan á Jesucristo Dios y Rey, pero niegan que haya tomado carne mortal, rehusándole la mirra al mismo tiempo que le brindan el oro y el incienso. ¿No se asemejan á estos extravagantes sectarios aquellos sujetos tan numerosos en nuestra época, tan graves y religiosos en sus palabras y conceptos, los cuales, acatando la Providencia y aplaudiendo el culto del soberano

<sup>1</sup> S. Aug., Serm. 2 de Epiph.

Criador y Ordenador de todas las cosas, no se atreven á confesar á Jesucristo con la franqueza de aquél que dijo adorándole: *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo*, que has venido á este mundo para redimirle!<sup>1</sup> ¡Ah! cristianos, ¡cuánta vacilación, cuánta oculta y vergonzante apostasía se advierte en nuestros tiempos de duda y abatimiento de carácter! ¡Cuántos hablan de Jesucristo y de su doctrina moral y religiosa con respeto, y aun con entusiasmo, y en el fondo son deístas, todo menos cristianos, porque no acaban de someter su orgullosa razón al dogma de la Encarnación del Verbo, al misterio de la Cruz!

9. Ésta es la gran verdad que conviene profesar á boca llena en nuestros tiempos: *venisse in terras cum carne terrestri Deum*<sup>2</sup>: que Dios ha venido á la tierra revestido de carne terrenal, y, como consecuencia indeclinable, que ha venido como rey para reinar y gobernar al gran pueblo de Dios, á la verdadera descendencia de Abrahán, más numerosa que las arenas de la mar, á los judíos, no de raza sino de espíritu, á los hijos de la promesa, sea cualquiera su estirpe y color, como lo proclamó el grande Apóstol<sup>3</sup>. Reconozcamos llenos de júbilo como los magos, que el recién nacido Infante es Aquél á quien se ha dicho: *Darte he las naciones en herencia, y la tierra entera en posesión*<sup>4</sup>; pues de este Niño fué anunciado por el ángel: *El Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin*<sup>5</sup>. ¿Cómo se cumplirán estas afirmaciones divinas, si

<sup>1</sup> Matth. 16, 16.

<sup>2</sup> Eccl. in hymn. festi Epiph.

<sup>3</sup> Rom. 10, 12.

<sup>4</sup> Ps. 2, 8.



Jesucristo no reina de un modo espiritual, pero real y verdadero, sobre los hombres de todos los tiempos y naciones? ¿Cuál es la casa de Jacob sino la Iglesia de Cristo? Él, pues, debe reinar sobre las inteligencias y voluntades de todos los verdaderos israelitas, esto es, de todos los que reconocen y adoran á la Divinidad; Él debe imponer sus dogmas y preceptos, y todos los pueblos obedecerlos sin contradicción ni réplica; la sociedad, como los individuos, está obligada á someterse á las leyes inviolables, emanadas de la soberana voluntad del Criador y Redentor de los hombres. ¡Pluguiera á Dios que así se efectuase en día no lejano! Entonces florecería en todo su vigor, haciendo de la tierra un reflejo del cielo, aquel solemne pacto de la nueva y eterna Alianza<sup>1</sup>, sellado con la sangre misma del Dios-hombre; aquel pacto en que hoy entraron por primera vez, representados por los santos reyes magos, los pueblos gentiles del oriente. Para que este fausto día se apresure, volvamos nuestros ojos á María, Arca santa de esta nueva Alianza, Madre del grande y sempiterno Rey de los siglos, estrella en quien se reflejan los primeros rayos del Sol de Belén; acojámonos á su poderoso valimiento, y esperemos que por ella se acelere el cumplimiento de los decretos eternos. Así sea.

<sup>1</sup> Novi et Æterni Testamenti (Matth. 26, 28).

## PRIMER SERMÓN DEL MANDATO

(predicado en la Catedral de San José de Costa Rica, Jueves Santo de 1882).

### El espíritu del cristianismo sintetizado en la caridad.

Mandatum novum do vobis,  
Un mandamiento nuevo os doy.

Io. 13, 34.

I. Ilustrísimo Señor<sup>1</sup>: Llenos del más profundo respeto, al par que de religioso entusiasmo, siguiendo con piadosa curiosidad hasta los menores detalles de esta augusta ceremonia, hemos contemplado una vez más la gráfica representación del Lavatorio de los pies. Y ¿quién no comprende á primera vista lo que significa esta conmovedora acción de nuestro amable Redentor? Pero hay algo aquí escondido, puesto que de los propios labios del Maestro hemos oído la interpretación de este hecho tan sencillo y ordinario en apariencia, tan sublime y misterioso en realidad. El mismo Jesús nos ha descifrado el misterio diciendo á sus sobrecogidos discípulos: *¿Sabéis lo que he hecho con vosotros?...* Pues he querido enseñaros prácticamente el mandamiento nuevo, mi mandato por excelencia, aquella virtud que deberá eternamente caracterizar á mis discípulos; en una palabra, la caridad<sup>2</sup>. Y que tal sea, en efecto, la verdadera significación del Lavatorio, enseñálo abiertamente el lenguaje de la Iglesia, la cual ha querido designar la presente ceremonia con el nombre litúrgico de *el Mandato*. Que, si éste no es el de la caridad, como terminantemente lo afirma el Salvador<sup>3</sup>, ningún otro puede decirse

<sup>1</sup> El Ilmo. Sr. D. Bernardo Augusto Thiel, obispo de San José de Costa Rica.

<sup>2</sup> Io. 13, 12.

<sup>3</sup> Io. 1. c.



Jesucristo no reina de un modo espiritual, pero real y verdadero, sobre los hombres de todos los tiempos y naciones? ¿Cuál es la casa de Jacob sino la Iglesia de Cristo? Él, pues, debe reinar sobre las inteligencias y voluntades de todos los verdaderos israelitas, esto es, de todos los que reconocen y adoran á la Divinidad; Él debe imponer sus dogmas y preceptos, y todos los pueblos obedecerlos sin contradicción ni réplica; la sociedad, como los individuos, está obligada á someterse á las leyes inviolables, emanadas de la soberana voluntad del Criador y Redentor de los hombres. ¡Pluguiera á Dios que así se efectuase en día no lejano! Entonces florecería en todo su vigor, haciendo de la tierra un reflejo del cielo, aquel solemne pacto de la nueva y eterna Alianza<sup>1</sup>, sellado con la sangre misma del Dios-hombre; aquel pacto en que hoy entraron por primera vez, representados por los santos reyes magos, los pueblos gentiles del oriente. Para que este fausto día se apresure, volvamos nuestros ojos á María, Arca santa de esta nueva Alianza, Madre del grande y sempiterno Rey de los siglos, estrella en quien se reflejan los primeros rayos del Sol de Belén; acojámonos á su poderoso valimiento, y esperemos que por ella se acelere el cumplimiento de los decretos eternos. Así sea.

<sup>1</sup> Novi et Æterni Testamenti (Matth. 26, 28).

## PRIMER SERMÓN DEL MANDATO

(predicado en la Catedral de San José de Costa Rica, Jueves Santo de 1882).

### El espíritu del cristianismo sintetizado en la caridad.

Mandatum novum do vobis,  
Un mandamiento nuevo os doy.

Io. 13, 34.

I. Ilustrísimo Señor<sup>1</sup>: Llenos del más profundo respeto, al par que de religioso entusiasmo, siguiendo con piadosa curiosidad hasta los menores detalles de esta augusta ceremonia, hemos contemplado una vez más la gráfica representación del Lavatorio de los pies. Y ¿quién no comprende á primera vista lo que significa esta conmovedora acción de nuestro amable Redentor? Pero hay algo aquí escondido, puesto que de los propios labios del Maestro hemos oído la interpretación de este hecho tan sencillo y ordinario en apariencia, tan sublime y misterioso en realidad. El mismo Jesús nos ha descifrado el misterio diciendo á sus sobrecogidos discípulos: *¿Sabéis lo que he hecho con vosotros?...* Pues he querido enseñaros prácticamente el mandamiento nuevo, mi mandato por excelencia, aquella virtud que deberá eternamente caracterizar á mis discípulos; en una palabra, la caridad<sup>2</sup>. Y que tal sea, en efecto, la verdadera significación del Lavatorio, enseñálo abiertamente el lenguaje de la Iglesia, la cual ha querido designar la presente ceremonia con el nombre litúrgico de *el Mandato*. Que, si éste no es el de la caridad, como terminantemente lo afirma el Salvador<sup>3</sup>, ningún otro puede decirse

<sup>1</sup> El Ilmo. Sr. D. Bernardo Augusto Thiel, obispo de San José de Costa Rica.

<sup>2</sup> Io. 13, 12.

<sup>3</sup> Io. 1. c.



que lo sea, ni siquiera el de la humildad, con ser ésta virtud esencialmente cristiana. Está, pues, fuera de duda que la gran lección del Lavatorio es lección de caridad.

2. He aquí lo que venimos á aprender, cristianos, en este día santo y venerable, cuando nos acercamos á contemplar, en la persona de sus ministros, á nuestro adorable Redentor postrado á los pies de doce pobres pescadores, y lavándoselos con sus reales manos. ¡Oh, si en efecto aprendiésemos todos esta gran lección que compendia en sí sola toda la sabiduría cristiana! ¡Oh, si el cuadro indescriptible y asombroso de un Dios abatido á los pies de sus criaturas para prestarles los obsequios de la más fina hospitalidad, doblegase en nosotros la rebeldía del orgullo que nos impide estrecharnos en el abrazo de una santa y no fingida fraternidad! Irresistible es el ejemplo de aquél á quien hoy el mundo reconoce por Señor y Maestro de toda verdad<sup>1</sup>; poderosa sobremanera es su enseñanza, siendo la enseñanza del amor. Pero, á fin de hacernos más persuasiva su doctrina, Jesús nos propone el precepto de la caridad con tales caracteres que no puede menos de subyugar nuestra razón y rendir nuestra voluntad á su observancia. Llámalo mandamiento *nuevo*, desígnalo como precepto *suyo* por antonomasia; *Hoc est præceptum meum*<sup>2</sup>; es el legado precioso que deja á los suyos por contraseña y distintivo de su escuela. *En esto conocerán los hombres que sois mis discípulos, en el amor que os profeséis unos á otros*<sup>3</sup>. ¿Es posible rodear una doctrina de motivos más eficaces para imponerla suavemente al espíritu del hombre?

<sup>1</sup> Io. 13, 13.

<sup>2</sup> Io. 15, 12.

<sup>3</sup> Io. 13, 35.

Pues bien, cristianos, los caracteres indicados os dejan ya comprender cuál debe ser la materia de mi discurso en este día para común edificación del católico pueblo que hoy invade en masa esta basílica: la caridad, precepto nuevo en el mundo, será la primera parte; mandamiento de Jesús por excelencia, será la segunda. De esta suerte quedará puesto en evidencia que el espíritu del cristianismo, que no es otro que el del mismo Jesucristo, se compendia y sintetiza, por decirlo así, en el gran precepto, en el mandamiento nuevo de la caridad. Practíquese ésta de un modo genuino, perfecto, y el cristianismo se mantendrá siempre vivo, lozano y vigoroso. Tal era la enseñanza del Apóstol del amor, según el testimonio de San Jerónimo<sup>1</sup>. Entremos en materia.

### I.

3. Desde luego, cristianos, la caridad se prescribe al género humano con el carácter evidente de mandamiento nuevo. Y ¿cómo no, siendo así que por medio de ella, más que por ninguna otra fuerza moral, mejor que con ningún otro elemento regenerador, había de renovarse el mundo viejo en que todo caducaba ya miserablemente? Y ¿cómo no, si por ella debía el hombre, despojado del viejo Adán, revestirse del nuevo, que, como enseña el Apóstol San Pablo, es la obra de una creación también nueva, según un nuevo ideal mil veces más levantado que el primero, ideal divino de justicia, santidad y verdad?<sup>2</sup> Llamado á tan alto destino, que no podía realizarse sino por la sumisión á una ley nueva,

<sup>1</sup> Quia præceptum Domini est, et si solum fiat, sufficit (S. Hieron., in Brev.).

<sup>2</sup> Eph. 4, 24.



el hombre debía recibir y practicar un mandamiento nuevo, proporcionado á la sublime elevación moral con que se le convidaba. Y tal es, amados fieles, el mandamiento de la caridad. Ella responde á un orden de perfección desconocido en lo antiguo, no sólo por el pueblo que yacía en las tinieblas<sup>1</sup>, esto es, por la gran masa del género humano desheredada del tesoro de las paternas tradiciones, sino aun por aquella porción escogida y privilegiada que se gloriaba, no sin razón, de ser la depositaria y heredera de la verdad religiosa y moral, como de las promesas de salvación<sup>2</sup>. Este pueblo llamado el pueblo de Dios, la nación santa, patria de santísimos y esclarecidos varones, no llegó á poseer, en su plenitud, porque no llegó á promulgársele de esta manera, el sublime precepto de la caridad.

4. Pero ¿qué? me objetaréis: ¿por ventura no le fué intimado á Israel en las agrestes soledades del monte Siná por primer precepto del decálogo, el amor de Dios uno y verdadero, y, como complemento de la misma ley, el amor del prójimo por Dios? ¿no le fué inculcado en el libro del Levítico por la voz del sagrado intérprete, el precepto de la caridad: *Amarás á tu amigo como á ti mismo*<sup>3</sup>? Así fué, cristianos oyentes, y así debía ser, porque ninguna ley moral puede fundarse sino sobre un mandamiento semejante, y el amor del hombre al hombre radica en la naturaleza misma. Existía, pues, un precepto semejante al de la caridad, pero no creáis que fuese exactamente el mismo, antes bien son tantas y tan notables las diferencias entre el precepto antiguo y el nuevo mandamiento, que con razón podemos considerar éste como una creación

<sup>1</sup> Matth. 4, 16.

<sup>2</sup> Rom. 3, 2.

<sup>3</sup> Lev. 19, 18.

debida al espíritu del cristianismo. *Mandatum novum do vobis*<sup>1</sup>. Nada diremos de la relajación práctica y corriente de aquel precepto, originada de la falsa interpretación de la palabra *prójimo*, introducida por los fariseos, según se desprende de aquellas palabras del divino Maestro: *Habéis oído que fué dicho á los antiguos: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo*<sup>2</sup>. Pero, aun prescindiendo de esta alteración de la Ley, efecto de la corrupción de las costumbres judaicas, es indudable que el mandamiento del amor impuesto á los antiguos servidores de Dios jamás podría identificarse con esa ley de amor universal y divino, promulgada por los labios del nuevo y eterno Legislador, amor que se conoce en el mundo con el mágico nombre de caridad cristiana. Para convencernos de esta importante verdad nos bastaría establecer una ligera comparación entre la Ley antigua y la Ley nueva, entre el Mosáismo y el Evangelio, entre la Sinagoga y la Iglesia católica.

5. ¡Qué diferencia tan enorme, cristianos! Por cualquier aspecto que se considere á los dos pueblos, judío y cristiano, resulta siempre, según la expresiva imagen del Apóstol<sup>3</sup>, la misma diferencia que entre Ismael é Isaac, entre el hijo de la esclava y el hijo de la señora, ó, si queréis otra figura no menos bíblica y ya vulgarizada, entre la sombra y la realidad. Desde el punto de vista moral el trabajo de comparación se ha dignado hacerlo por sí mismo el celestial Maestro, y no tenemos más que abrir el Evangelio de San Mateo y leer el capítulo quinto para comprender perfectamente lo que era

<sup>1</sup> Io. 13, 34.

<sup>2</sup> Matth. 5, 43. Vide *Torres Amat.* nota 3 á este cap.

<sup>3</sup> Gal. 4, 22.



la moral revelada al pueblo antiguo, al lado de la perfección cristiana. Oíd y maravillaos. *No creáis que he venido á desatar la ley, sino á completarla.... Yo os digo que, si la justicia vuestra no sobrepujare á la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.... Habéis oído que fué dicho á los antiguos: No matarás, y el que matare será reo en el juicio. Pero yo os digo más: que todo el que se enojare con su hermano, el que le injuriare de palabra, será reo del fuego del infierno. Si, pues, llevas tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda y ve primero á reconciliarte con tu hermano.... Habéis oído que se dijo también: Amarás á tu allegado, y odiarás á tu enemigo. Yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian. Y notad bien, hermanos míos, el motivo que alega el Salvador para obrar de esta manera: Para que seáis, dice, hijos de vuestro Padre que está en los cielos, de Aquél que hace salir su sol sobre buenos y malos, y caer la lluvia sobre pecadores y justos. Que, si amáis, prosigue el amabilísimo Maestro, solamente á los que os aman ¿qué recompensa tendréis? ¿no hacen esto también los publicanos? Y si saludáis á vuestros hermanos solamente ¿qué más hacéis que aquéllos? ¿no hacen esto también los gentiles? Y concluye con esta sentencia que lo resume todo: Sed, pues, perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial<sup>1</sup>.*

6. Ahí tenéis, amados fieles, desarrollada por labios divinos la doctrina sublime de la caridad. ¿Qué más se necesita para comprender que es una doctrina entera-

<sup>1</sup> Matth. 5, 17 ad finem.

mente nueva, como corresponde á la perfección moral que tiene por modelo la perfección misma de Dios? *Estote perfecti sicut Pater vester caelestis perfectus est*<sup>1</sup>. ¡No! jamás en lo antiguo se había propuesto al hombre tal modelo. Esto equivale á decir: Amad como Aquél para quien no hay amigos ni enemigos, porque el amor de Padre no le permite ver en todos los hombres, por más que sean díscolos y pecadores, sino hijos: amad, pues, á todos los hombres como hermanos, para que seáis dignos de apellidaros hijos de tal Padre. Amadlos, sí, con amor efectivo y fecundo, como lo es el amor del Padre celestial, pagad en beneficios generosos los odios y calumnias. ¡No! vuelvo á decir, tal mandamiento no se había promulgado nunca á pueblo alguno. El mundo antiguo no era capaz de comprenderlo, ni menos aún, de practicarlo: su promulgación estaba reservada á los grandes tiempos de la regeneración moral del universo, y debía emanar de los labios sagrados del autor del siglo nuevo, del Dios de caridad, del Verbo hecho hombre por amor al hombre.

7. Séame permitido aún añadir otra reflexión sobre el carácter que separa la caridad de los tiempos antiguos de la de los tiempos evangélicos. Conocido nos es por la Escritura y la Historia el espíritu de la antigua ley, justamente llamada de pena y de terror: era un espíritu de sujeción servil<sup>2</sup>, de sumisión santa, sí, porque el mandato era santo<sup>3</sup>, pero forzado, como de quien á duras penas alcanza á cumplir con el precepto. La ley era espiritual, dice San Pablo, pero el pueblo que debía observarla era demasiado carnal, era un esclavo del pecado, que sólo podía sustraerse al yugo de la con-

<sup>1</sup> Matth. 5, 48.

<sup>2</sup> Rom. 8, 15.

<sup>3</sup> Rom. 7, 12.



cupiscencia por medio de otro yugo, el de la ley<sup>1</sup>. Era además exclusivista y de forma: la Sinagoga era una Iglesia nacional. El que no pertenecía á ella, era gentil y publicano, esto es, un hombre común, un ser in-mundo, abominable, á quien el judío, santo como era, no podía siquiera acercarse sin peligro de quedar contaminado<sup>2</sup>. Por una parte las prerrogativas otorgadas por el mismo Dios á ese pueblo predilecto<sup>3</sup>, asegurándole preeminencia y superioridad indisputable sobre la masa común de las naciones, y por otra las abominaciones gentílicas que obligaban al pueblo de Israel á cortar con aquéllas toda relación y comercio para no inficionarse realmente con la corrupción pagana<sup>4</sup>, todo concurría á dar por resultado, cuando no de la ley misma, á lo menos de su práctica, el espíritu de aislamiento, de separación, que, como se deja ver, hacía imposible por entonces la práctica del amor universal, de la caridad que liga con vínculo común de fraternidad á todos los hombres sin distinción de razas y nacionalidades<sup>5</sup>. ¡Esta es la ley que ha venido á promulgar nuestro único Señor, Jesucristo, el nuevo Legislador de todos los tiempos y naciones, no ya sobre un monte de Arabia, sino en el monte del Calvario! Ya no existe un solo pueblo predilecto, porque el verdadero pueblo santo y escogido, el cristiano, no reconoce más fronteras que las de la tierra<sup>6</sup>: ya no hay griego ni judío entre los que han recibido el sello de la regeneración; ya no existen siervos ni hombres libres, ni significa nada delante de Dios la distinción de los sexos<sup>7</sup>: todos

<sup>1</sup> Rom. 7, 12.<sup>2</sup> Act. 10, 28.<sup>3</sup> Rom. 3, 1.<sup>4</sup> Lev. 18, 26.<sup>5</sup> Col. 3, 12.<sup>6</sup> Ps. 2, 8.<sup>7</sup> Gal. 3, 28.

somos uno en Cristo, hijos de Abrahán todos, en el espíritu de fe, y herederos de las promesas primitivas. ¡Gloria sea dada al Salvador del mundo, Jesucristo!

Tal es, cristianos, el mandamiento nuevo que hemos venido hoy á aprender en el Cenáculo; tal es la lección sublime que se desprende del Lavatorio de los pies.

8. Pero aún no hemos considerado más que el fondo y la sustancia del precepto. ¿Qué diremos de su forma, que es aquí tal vez lo principal? Atended á aquellas palabras del Salvador: *Sicut dilexi vos*: quiero que os améis mutuamente *como yo os he amado*<sup>1</sup>. Aquí está lo nuevo y peculiar del mandamiento. Porque, si antes se ordenaba al hombre amar al prójimo como á sí mismo: *sicut te ipsum*, hoy se nos ordena amarnos *como Jesucristo nos ha amado*, lo cual constituye un mandamiento enteramente nuevo. No juzguéis, cristianos, arbitraria ó de escasa importancia esta observación, apoyada como está en gravísimas autoridades<sup>2</sup>. Por otra parte ella demuestra incontestablemente la verdad de mi proposición, y nos da al mismo tiempo la medida práctica del alcance de la verdadera caridad. ¿Amáis, hermanos míos, á vuestros prójimos, á los hombres todos sin distinción alguna, de la manera que Jesucristo nos amó? ¿Los amáis gratuitamente, sin acepción de personas, con generosidad llevada, si es preciso, hasta la perfecta abnegación? ¡Oh! si así lo practicáis, bien podéis regocijaros, porque sabéis amar, no como lo enseña la carne y sangre, sino como lo manda Jesucristo. *Hæc mando vobis, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos*<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Io. 13, 34.<sup>2</sup> *Avancini*, Vita et Doctrina Iesu Christi, med. Fer. IV quinquages.<sup>3</sup> Io. 13, 34.



forma la divina Eucaristía, al conocimiento y aprensión que tengo de un Dios realmente presente, no sólo delante sino aun dentro de mí, no puede menos de corresponder un género de amor encendidísimo y de goce proporcionado, que no parece poder hallarse en otra parte debajo del sol. ¿Dónde gustar más regaladas delicias que al pie del altar? ¿Dónde podré amar á mi Dios con más ardor y dulzura que en la comunión? Verdaderamente es aquí donde me cumple decir con el Profeta: *Mi alma anhela, se pierde y desfallece*<sup>1</sup>. ¡Ah! si no desfallecemos en santos deliquios de amor, si todavía permanecemos tibios en contacto del Dios sacramentado, es, hermanos míos, sin duda alguna porque nuestros ojos, como los de los discípulos de Emmaús, están como cerrados y oprimidos por una extraña fuerza que no nos deja conocerle<sup>2</sup>. Estamos ciegos. Nuestra fe, aunque firme en la profesión, está como nublada en la práctica, como un espejo empañado por el polvo de muchos años. Avivemos nuestra fe por el recogimiento. La fe, bien lo sabéis, aunque oscura esencialmente, puede llegar á ser tan viva que produzca no sólo la certeza, sino hasta la impresión sensible de la presencia de Dios. David lo experimentaba así, supuesto que decía: *Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo*<sup>3</sup>. Millares de almas santas han experimentado lo mismo en el uso de la sagrada Eucaristía. ¡Qué fuente de delicias no hallaron en ella las Teresas, las Magdalenas de Pazzis, los Ignacios, los Franciscos de Borja, los Luises Gonzagas!

13. Concluyamos. La Eucaristía, ó Buena Gracia, es el don más precioso que pudo hacer Dios al hombre

<sup>1</sup> Concupiscit et deficit (ubi supra).

<sup>2</sup> Luc. 24, 16.      <sup>3</sup> Ps. 83, 3.

viador, porque es no sólo el camino que le conduce al cielo, *al seno de Dios*, término y corona del orden sobrenatural, sino que es este mismo orden abreviado, el trasunto más feliz de aquel mundo de lo divino, de aquella bienaventuranza superior á todo derecho y á toda aptitud de naturaleza criada, que consiste en ver á Dios en sí mismo y poseerlo eternamente. ¡Bendigamos al dador de tanto Bien! ¡Bendigamos fervorosos al Dios de la Eucaristía, que es el mismo que forma las delicias de los bienaventurados! *En la noche de esta vida ya podemos alzar nuestras manos al Sancta-Sanctorum de la eternidad*<sup>1</sup>.

## SERMÓN SEGUNDO

(predicado en la Catedral de Bogotá, Enero de 1885).

### Jesucristo, fuente de vida sobrenatural en la Eucaristía.

Ego veni, ut vitam habeant, et abundantius habeant.

Yo he venido á darles sobreabundante vida.  
Io. 10, 10.

1. Aunque la vida en el hombre sea cosa tan efímera y despreciable, que, al decir del santo y prudentísimo Patriarca de Idumea, no es más que una ráfaga de viento<sup>2</sup>, y, según el Apóstol Santiago, un poco de vapor que inmediatamente se disipa<sup>3</sup>, y finalmente, como la pinta el Sabio, es la huella de una nube<sup>4</sup> desbaratada en un abrir y cerrar de ojos por la menor oscilación del viento; no es, sin embargo, menospreciable

<sup>1</sup> In noctibus extollite manus vestras in Sancta (Ps. 133, 3).

<sup>2</sup> Iob 7, 7.      <sup>3</sup> Iac. 4, 15.      <sup>4</sup> Sap. 2, 3.



la vida en sí misma, antes nada hay tan admirable, místico y prodigioso como ese modo de ser que, cual puente infranqueable, separa los dos reinos orgánico é inorgánico, sin que todos los esfuerzos de la vana ciencia hayan podido destruirlo, ni las investigaciones de la verdadera hayan logrado explicarlo. Qué sea la vida, es el gran problema de la biología, de la filosofía y hasta de la teología en cierto modo, como que aquella cuestión extiende sus dominios hasta la región de lo sobrenatural. ¡Qué de veces no se nombra la vida en las sagradas páginas! ¿Á quién no se le aplica, empezando por Aquel que es su fuente<sup>1</sup>, en quien no sólo está la vida sino que es la vida misma?<sup>2</sup> Y ¿qué no se dice de la vida, ya buena, ya mala, ora feliz, ora ruin y desgraciada? Háblase de la vida del cuerpo y de la del alma, de la temporal y la eterna<sup>3</sup>. En efecto, aunque una en sí, la vida es múltiple en sus géneros y en los accidentes de que está revestida. Y el hombre puede decirse que abraza todos aquéllos, y está expuesto á todos éstos. El hombre participa de la vida de todos los vivientes, ó, mejor dicho, posee en modo más excelente la vida de todos los que viven en inferior escala, al mismo tiempo que se acerca á los vivientes de escalas superiores; y, si no la tiene por naturaleza, emula noblemente la vida de los ángeles, y llega hasta participar de la vida de Dios. Porque, si el hombre comunica en cierto modo su vida propia á los seres inanimados haciéndolos vivir, animando, vivificando el mármol y el bronce, riendo con las flores y departiendo amigablemente con los animales, ¿por qué no podría también

<sup>1</sup> Ps. 35, 10.<sup>2</sup> Io. 1, 4 et I Io. 5, 20 etc.<sup>3</sup> Io. passim.

y mucho más, Aquel que es vida por excelencia, comunicar la suya á la criatura racional?

2. De esta comunicación de la vida divina nos instruye claramente la Sagrada Escritura, y la fe cristiana nos enseña que Cristo, *Vida nuestra*<sup>1</sup>, ha aparecido en la tierra para dar al hombre vida<sup>2</sup>, que por cierto no ha de ser la vida que este ya posee por su naturaleza, sino otra divina, llena y superabundante, emanación de la misma de Cristo, que es *Camino, Verdad y Vida*<sup>3</sup>. Tal es la vida sobrenatural, de que Jesucristo es el principio y la fuente. Y añadido que lo es principalmente en la adorable Eucaristía. Tal es el sentido de mi texto, y tal la proposición de este discurso. Necesitamos ver en la primera parte qué es y en qué consiste la vida sobrenatural, para entender en la segunda cómo brota de la Eucaristía ese raudal de vida divina.

## I.

3. ¡Qué majestuosa se nos aparece la vida cuando, para dar fuerza á sus asertos, la invocaban los profetas por estas palabras: *Vive el Señor, ó Vive el Señor en cuya presencia estoy*<sup>4</sup>! Pero ¡cuánto más alta idea nos da de ella la misma afirmación divina: *Vivo yo*<sup>5</sup>, ó *Vivo yo para siempre*<sup>6</sup>! Sin duda que la vida, la vida que emana de un principio interno y propio, la vida que no tiene límites en cuanto á la intensidad y en cuanto á la duración, no puede menos de ser un atributo gloriosísimo de la Divinidad. Sólo Dios puede afirmar,

<sup>1</sup> Et vita manifestata est... (I Io. 1, 2).<sup>2</sup> Ego veni ut vitam habeant... (Io. 10, 10).<sup>3</sup> Io. 14, 6.      <sup>4</sup> 3 Reg. 17, 1.<sup>5</sup> Ez. 5, 11 (et saepe).      <sup>6</sup> Deut. 32, 40.



con toda la profundidad que encierra esta palabra, que vive. Y Jesucristo, Dios verdadero aunque verdadero hombre, ha dicho también resueltamente: *Yo vivo*, añadiendo al dirigirse á los suyos: *También vosotros viviréis*<sup>1</sup>. Sin duda en virtud de esta divina palabra pudo también decir de sí mismo el grande Apóstol de las gentes: *Vivo ya no yo, sino Cristo vive en mí*<sup>2</sup>: palabras, hermanos míos, de una sublimidad inimitable, expresión de la vida divina en el hombre.

4. De esas mismas palabras nos será fácil inferir las condiciones principales ó rasgos prominentes de la vida sobrenatural, á saber: su excelencia, su fecundidad, su origen y naturaleza divina, y el velo misterioso que la rodea. Para comprender la excelencia de esta vida superior, basta considerar que es la más alta y perfecta que puede vivir la criatura racional, siendo en lo intelectual la más elevada, y en lo moral la más perfecta. Dicese vida intelectual el ejercicio de la inteligencia, ordenado al conocimiento y adquisición de la verdad. Así vive el sabio, cuyo entendimiento, ocupado siempre en perseguir los caminos de la luz, se mueve con una actividad más ligera que la luz misma, recorre los espacios infinitos de las relaciones de los seres; y, sin consumirse ni gastarse, como el viviente orgánico, cada vez más rico y más potente desarrolla y perfecciona su ser. ¡Qué acción vital más hermosa que el conocimiento, no ya sensible y por el órgano de la vista, sino intelectual y sin órgano ninguno, por la fuerza sola del entendimiento! Conocer la verdad, ¿no es el vivir más excelente? Pues bien, amados oyentes, la vida divina en el hombre es la vida de la fe: *De la fe vive el justo*<sup>3</sup>;

<sup>1</sup> Io. 14, 19.<sup>2</sup> Gal. 2, 20.<sup>3</sup> Gal. 3, 11.

y, como San Pablo decía: *Vivo en la fe del Hijo de Dios*<sup>1</sup>. Y ¿qué es la ciencia natural comparada con la fe? ¿qué valen las sutiles y laboriosas especulaciones de aquélla al lado de las magníficas y sencillas revelaciones de ésta? Se ha fingido creer que la fe en la revelación mata y ahoga la actividad intelectual, semejante á la planta parásita que seca el árbol de cuya savia se apodera y al cual ahoga entre sus brazos. Nada de esto sucede, hermanos míos. La fe, muy lejos de sofocar la energía del entendimiento, la aviva y robustece y, lo que vale más aún, le presta pábulo riquísimo de sublimes verdades, poniendo á la vista objetos, como Dios y sus atributos, y el alma y sus destinos, en cuya contemplación y estudio bien puede apurar el hombre todo el caudal de su razón antes de agotar la materia. Díganlo los grandes teólogos del cristianismo, los más vastos y agudos ingenios que han figurado sobre la tierra: díganlo un Agustín, un Gregorio, un Tomás, un Bossuet... Y todavía mejor que los sabios podrán explicar la alteza y excelencia de la vida intelectual los grandes contemplativos, los que, sin letras ni estudios académicos, han sido arrebatados, cual nuevos Elías, en el carro de fuego de la oración sobrenatural á regiones altísimas, adonde no le es dado remontarse al más sublime ingenio. Llega el alma, deificada por la acción del Espíritu Santo, no sólo á conocer cosas divinas, *arcana verba*, que dice el Apóstol<sup>2</sup>, que no hay modo ni voces con que poder explicar, sino á conocerlas *por manera casi divina*, según afirma ingenuamente de sí mismo el gran doctor de la oración, San Ignacio de Loyola<sup>3</sup>, pareciéndole

<sup>1</sup> Gal. 11, 20.<sup>2</sup> 2 Cor. 12, 4.<sup>3</sup> Modo quodam divino me cognoscere et intellegere.



aquella locución interior un concierto de música celestial.

5. Ahí tenéis, cristianos, por donde rastrear siquiera la excelencia de esa vida que comunica Dios al entendimiento, y es la más elevada en género de vida intelectual. Pues ¿qué será la vida característica del hombre, ser racional y perfectible, la vida que se llama moral? Vivir moralmente es moverse, progresar, perfeccionarse en la virtud, en el amor cada vez más ardiente, y en la práctica del bien. Porque, fuera de la virtud no hay vida humana que merezca este nombre, no hay sino la vida animal de los sentidos. Vivir como tantos desgraciados, en el seno de la corrupción, degradados por el vicio, no es vivir, hermanos míos, no es siquiera vegetar, es yacer en un horrible sepulcro, es disolverse en la putrefacción como el cadáver. Pero, ¿qué virtud ni qué cúmulo de virtudes puramente humanas, esto es, germinadas y desarrolladas en el terreno de la naturaleza racional, pueden igualar á la que es raíz y flor del árbol de vida sobrenatural, la caridad? Sin detenerme á contemplar la belleza de esta reina de todas las virtudes, sólo os diré que esta es la fuente de los más heroicos hechos, de las empresas más arduas y gloriosas y de los sacrificios más sublimes, ó lo que es lo mismo, es la fuente de poderosa y excelsa vitalidad moral en un orden mucho más elevado que el de la naturaleza. Tan alto es el precio de esta celestial virtud que, sin ella, decía el Apóstol<sup>1</sup>, nada valen los dones más aventajados, hablar lenguas diversas, hasta la lengua de los ángeles, tener la fe que traslada por su base las montañas, distribuir para mantenimiento de

<sup>1</sup> 1 Cor. 13, 1. 2. 3.

pobres todos los tesoros del mundo, arder en una hoguera por la confesión de la verdad, poseer toda la ciencia divina y humana. Todo eso, sin la caridad, nada pesa en la balanza de Aquél cuyo juicio es la justa medida de las cosas. Pues bien, oyentes míos, la caridad, *vínculo de la perfección*<sup>1</sup>, de tal modo es virtud nueva en el hombre, y superior á toda fuerza de la voluntad, que sólo de Dios emana directamente<sup>2</sup>, lo mismo que la gracia, siendo el primero de los frutos del Espíritu Santo<sup>3</sup>; porque la *caridad*, dice San Juan, *procede de Dios*<sup>4</sup>, y *el que permanece en ella está en Dios, y Dios en él*<sup>5</sup>, porque el mismo *Dios es caridad*<sup>6</sup>. Poseer la caridad es vivir real y verdaderamente, y por eso el grande Apóstol, sintiéndose abrasado y lleno de ella, exclamaba: *Vivo ego*<sup>7</sup>. ¡Qué vida tan llena y tan gloriosa!

6. Por lo mismo es tan fecunda. La fecundidad es propia de la vida. Esta, como el bien, tiende á comunicarse, á dilatarse. Porque, si la fecundidad es atributo concedido á la vida animal y aun vegetal, ¿cómo ha de condenarse á una afrentosa esterilidad la vida superior, la vida del espíritu y, mucho menos, la vida divina?<sup>8</sup> De ninguna suerte, hermanos míos, antes por el contrario no hay en el orden de los vivientes fecundidad más prodigiosa que la de esta vida sobrenatural, principio de operación maravilloso é inagotable. Ella hace revivir á tantos muertos, á quienes trasmite la vida por virtud de misterioso galvanismo. Á su voz se levantan los cadáveres, á su contacto se vigorizan los débiles, á su influjo se recobran los enfermos. Como la luz tiende

<sup>1</sup> Col. 3, 14.

<sup>2</sup> Charitas Dei diffusa est etc. (1 Cor. 8, 1).

<sup>3</sup> Gal. 5, 22.

<sup>4</sup> 1 Io. 4, 7.

<sup>5</sup> 1 Io. 4, 16.

<sup>6</sup> Ibid.

<sup>7</sup> Ibid.

<sup>8</sup> Is. 66, 9.



á llenar todo el espacio y desaloja con su presencia las tinieblas, así la vida sobrenatural, que es luz de fe y llama de caridad, se dilata por el mundo, colmando de bienes á todo el universo. ¡Bendito contagio de la luz y el bien!

7. Pero esta vida, depositada y desarrollada en el hombre, no pertenece á la naturaleza de éste, no radica, digamos así, en el fondo de su ser, como la inteligencia, el amor y la sensibilidad: es vida extraña en él, es impulso recibido de fuera; mas ¿de dónde si no del mismo Dios? Es, pues, digámoslo sin vacilar, vida de Dios en la inteligencia y en el corazón de su criatura. Harto claramente lo afirma el Doctor de las naciones: *Vivo, pero ya no soy yo el que vivo, sino Cristo vive en mí*<sup>1</sup>. Por extraordinario é increíble que parezca, éste es el carácter propio de la vida sobrenatural: traer de Dios su origen, ser de naturaleza divina. Pruébanlo aquellas valientes locuciones del mismo Apostol: *Por la gracia de Dios soy todo lo que soy*<sup>2</sup>; luego nada era por sí; *No yo, sino la gracia de Dios conmigo*<sup>3</sup>; *No porque sea yo capaz de pensar algo bueno de mí mismo, sino que toda esta capacidad me viene de Dios*<sup>4</sup>. Y todavía más expresivamente parece declararlo aquella doctrina del nacimiento divino, enseñada por el evangelista San Juan, y primero por el mismo Salvador á Nicodemo<sup>5</sup>: No puede entrarse en el reino de Dios si no es *renaciendo* del agua y del Espíritu Santo. *Habéis vuelto á nacer*, dice el apóstol San Pedro, *no de germen corruptible, sino incorruptible por la palabra de Dios*<sup>6</sup>. Porque á los que recibieron al Verbo, dióles poder de hacerse hijos de

<sup>1</sup> Ubi supra.<sup>2</sup> 1 Cor. 15, 10.<sup>3</sup> Ibid.<sup>4</sup> 2 Cor. 3, 5.<sup>5</sup> Io. 3, 5.<sup>6</sup> 1 Petr. 1, 23.

Dios, á los que creen en su nombre, los cuales no de la sangre, ni por la voluntad de la carne ni del hombre, sino de Dios han nacido<sup>1</sup>. He ahí, pues, un nuevo nacimiento de Dios, un nuevo ser en el hombre, un principio nuevo de vida sobrenatural. La razón podría apoyar esta verdad, ya considerando el punto de partida de este nuevo ser, ya estudiando atentamente sus efectos. Por lo que hace á lo primero, no hay duda que la caridad se origina de la fe, como de la luz el calor, y la fe se deriva de la revelación, pues viene del oído prestado á la palabra de Dios<sup>2</sup>. Ahora bien, es evidente que la revelación, siendo un hecho divino contingente y libre, aunque imperiosamente reclamado por las necesidades morales del hombre, está fuera del alcance de la naturaleza creada, es un efecto de la bondad de Dios que se digna descorrer, en beneficio de su criatura, una punta del velo que encubre los misterios de su ser incomprendible é inefable. Si, pues, la revelación es un hecho sobrenatural, ésto de consiguiente la fe, la caridad, la vida que resulta de estas virtudes divinas. Por otra parte, ¿cómo ver á Dios sin tener ojos de Dios? pues para aquella infinita claridad, los ojos del humano entendimiento son tinieblas, y *las tinieblas no lo comprendieron*<sup>3</sup>. ¿Cómo amar á Dios, como es en sí, sin tener el corazón divinizado? ¿Cómo unirse con Dios un ser infinitamente distante de Él, como el hombre? ¿*Qué es el hombre*, decía el Profeta, *para que te acuerdes de él ó para que le visites?*<sup>4</sup> ¿*Quién soy yo*, exclamaba David, *para ser hijo del rey?*<sup>5</sup> No será, pues, temeridad asegurar que es Dios mismo el que,

<sup>1</sup> Io. 1, 13.<sup>2</sup> Rom. 10, 17.<sup>3</sup> Io. 1, 5.<sup>4</sup> Ps. 8, 5.<sup>5</sup> 1 Reg. 18, 18.



No basta, pues, que digamos fríamente: «Yo no hago mal á nadie»; es preciso poder afirmar con la conciencia satisfecha: «Procuró hacer el bien, todo el bien que me es posible; dispuesto estoy á sacrificarme por mis enemigos, así como Jesucristo dió la vida por la salvación de los pecadores, sus verdugos.»<sup>1</sup> Pero ¿no llega á tanto nuestra caridad? ¡Oh! entonces reconozcamos si quiera, con humildad profunda, que aún no somos genuinos discípulos del Crucificado<sup>2</sup>. Pero, en ese caso, ¿cómo no temeremos la amarga y bien merecida reconvención que en cierto día dirigió el Salvador á los judíos: ¿No tenéis la ley dada por Moisés?<sup>3</sup> ¿Cómo, pues, ninguno de vosotros la practica?<sup>3</sup> ¡Tánta admiración, tanto entusiasmo como parece que despierta en los hombres de nuestro siglo la sublime doctrina de la caridad! ¡Tanto incienso como se le prodiga hasta á su nombre! ¿no diríamos mejor, á su sombra? Porque, cristianos, ¿en dónde está la práctica de la verdadera y nobilísima caridad cristiana? No falta, no, en el seno de la Iglesia católica, porque no puede faltarle jamás el espíritu de su Fundador. Pero ¿en el siglo? ¿Podría llamarse el siglo décimonono, que tanto alardea de filántropo, el siglo de la caridad? ¡Fuera un cruel sarcasmo! Llámese en buena hora el siglo de las luces ó de las ciencias naturales, el siglo de la industria y del progreso material, para no disputarle por esta vez sus títulos de orgullo, pero ¡que no se llame el siglo de la caridad! Jamás los hombres y las naciones que se dicen civilizadas, se han amado menos y aborrecido más; y es natural, porque jamás han dominado tanto el egoísmo y la soberbia y la envidia, hijas todas del feroz sensualismo que devora

<sup>1</sup> Is. 53, 12.<sup>2</sup> Io. 13, 35.<sup>3</sup> Io. 7, 19.

las actuales sociedades. Apagada la antorcha de la fe en el fondo de innumerables espíritus, y encendida por consecuencia de la incredulidad la llama del libertinaje homicida, ¿no ha debido de extinguirse también la caridad<sup>1</sup>?

9. Desengañémonos, amadísimos hermanos. La caridad cristiana, la única digna de este nombre, no es precisamente la beneficencia, privada ú oficial, ni mucho menos la liberalidad fastuosa reprobada altamente por nuestro Señor Jesucristo<sup>2</sup>: la caridad verdadera es virtud divina, es flor del cielo que no nace sino en el terreno de la Iglesia y sobre el tallo sobrenatural que se llama la fe, sostenido por el pie firmísimo de la esperanza; y esperanza y fe y caridad son tres ramas del mismo tronco, alimentadas de la misma savia divina, que es la gracia del Espíritu Santo. ¿Habéis perdido la fe? ¡Desdichados de vosotros! Tampoco poseéis la caridad. ¿Desconocéis á la Iglesia, personificación inmortal de Jesucristo, institución que vive de su espíritu y, como él, da vida al mundo<sup>3</sup>, lo ilumina y lo salva? Pues tampoco poseéis la caridad. Tendréis, á lo sumo, otra virtud cualquiera, la más bella entre todas las virtudes humanas, filosóficas y sociales, pero no tendréis la caridad de Cristo. ¿Sabéis, finalmente, por qué? Porque el mismo Jesucristo ha dicho: *In his duobus mandatis universa lex pendet, et Prophetæ*<sup>4</sup>: en el doble mandamiento de la caridad se terminan la Ley y los Profetas. Luego la caridad, lejos de destruir la Ley y anular las profecías, las presupone y las corona. ¿Rechazáis las profecías ó, lo que es igual, el carácter divino de Jesús,

<sup>1</sup> Matth. 24, 12.<sup>2</sup> Matth. 6, 2.<sup>3</sup> Io. 6, 33.<sup>4</sup> Matth. 22, 40.



atestiguado por el testimonio profético? ¿Rehusáis someteros á la observancia del Decálogo so pretexto de que os basta practicar la caridad, tal como la concebís? Pues padecéis un engaño lamentable. No hay caridad sin Ley y sin Profetas; y como la Ley y los Profetas dan testimonio de Cristo y son la base de la fe, resulta que no hay caridad, extinguida la fe ó arrasados sus sólidos cimientos.

Aun prescindiendo de este orden de consideraciones, fácil es de ver la estrecha unión con que están ligadas la fe y la caridad. Y esta nueva fase del asunto nos abre paso á la segunda parte.

## II.

10. El mandato de la caridad no sólo es nuevo en su forma y en su esencia, sino que es por antonomasia el mandamiento de Jesucristo: *Hoc est præceptum meum*<sup>1</sup>, cuya guarda, por consiguiente, ha de ser la nota característica de los suyos<sup>2</sup>. Razón tiene el amabilísimo Salvador de llamar *suyo* el precepto de la caridad, El que es todo caridad: *Deus caritas est*<sup>3</sup>; El que, en prueba de su amor infinito, ha dado sangre y vida por los hombres... ¡Oh, sí! razón tiene de exigirnos amor á nuestros prójimos llevado al heroísmo<sup>4</sup>. Digámoslo de una vez: el precepto del amor sin límites es la expresión genuina del inflamado corazón de Jesús. Vaso preciosísimo lleno de bondad y ternura para con sus hijos, deja escapar de sus labios el precepto de la caridad como un rico perfume, como el aroma de su espíritu, como la quinta esencia de su doctrina. Por eso lo repite

<sup>1</sup> Io. 15, 12.

<sup>2</sup> L. c. supra.

<sup>3</sup> 1 Io. 4, 8.

<sup>4</sup> 1 Io. 3, 16.

con marcada complacencia en aquella noche memorable de la Cena, al tiempo de dar á sus amados discípulos su lección de despedida<sup>1</sup>.

En efecto, cristianos, por la práctica de esta lección está llamado el hombre á copiar en sí mismo la imagen de su divino modelo, á formar en su corazón á Jesucristo, según la expresión del Apóstol<sup>2</sup>. Veámoslo.

11. ¡Salvador y Maestro! he ahí las dos fases principales del verdadero Jesús, del Jesús del evangelio, del *Cristo, Hijo de Dios vivo*<sup>3</sup>. *Vosotros me llamáis Señor y Maestro, y decís bien, porque lo soy*<sup>4</sup>. *Yo voy á dar mi vida por mis ovejas*<sup>5</sup>. ¡He ahí al Cristo á quien adora con Pedro la humanidad regenerada! Pues bien; los dos oficios de Salvador y Maestro significan el ejercicio de la caridad llevada hasta la perfección inimitable, que por esto afirmaba el mismo Salvador: *No hay amor más grande que el de quien da su vida por sus amigos*<sup>6</sup>. Y hablando con el Eterno Padre en esa hora suprema de sus confidencias, los ojos levantados al cielo en éxtasis de amor, exclamaba: ¡Padre! *he manifestado tu nombre á los que me diste*, para que les enseñara la doctrina de la vida eterna, la cual no es otra cosa que *el conocerte á ti, único verdadero Dios, y á tu enviado Jesucristo: de esta suerte he consumado la obra que me encomendaste...* ¡Padre! como tanto los amo, *quiero que, donde yo estoy, estén ellos conmigo, que vean mi claridad, el resplandor de la divinidad que me diste, el amor con que me amaste antes que el mundo fuera. Yo les he dado la luz que me diste, y ahora me sacrifico por ellos, para que ellos también sean santificados*

<sup>1</sup> Io. 15, 17.

<sup>2</sup> Gal. 4, 19.

<sup>3</sup> Matth. 16, 16.

<sup>4</sup> Io. 13, 13.

<sup>5</sup> Io. 10, 15.

<sup>6</sup> Io. 15, 13.



en la verdad, para que conozca el mundo que los amaste como á mí; y como tú estás en mí, así yo esté en ellos, y sean una misma cosa conmigo<sup>1</sup>. ¡Qué palabras, amados oyentes, tan superiores á todo cuanto puede concebir la mente y expresar la lengua humana! Éstas sí que pudieran llamarse, tomando las del Apóstol, *arcana verba que non licet homini loqui*<sup>2</sup>: arcanos adorables que al hombre no le es dado proferir. Ellas solas bastarían para hacernos reconocer y confesar la divinidad del que así siente y se expresa. Un puro hombre no es capaz de sentir y hablar de esa manera, sin duda porque tanto fuego no puede contenerse en la estrecha capacidad de un corazón meramente humano. Ahí tenéis al descubierto el corazón del Maestro, el corazón del Salvador, todo un horno vivo y caldeado de caridad. Después de haber enseñado la verdad al género humano á costa de fatigas, en tres años de predicación pública y treinta de enseñanza muda, pero no menos elocuente, ahora va á dar la vida por esa raza ingrata que se ha hecho sorda en su mayor parte á sus lecciones y, más todavía, orgullosamente despreciadora de su celestial doctrina<sup>3</sup>. Hales dado el pan de la verdad, y va á darles ahora el vino de su sangre, y se va á dar á sí mismo en sacrificio duradero hasta la consumación de los siglos. ¡Verdaderamente es el Dios de caridad!<sup>4</sup>

12. Y, al obrar así, nos descubre claramente con su ejemplo, más persuasivo aún que su palabra, cuál es y en qué consiste el espíritu de su ley nueva. Porque no podía decirse más clara y elocuentemente: «¡Sed após-

<sup>1</sup> Io. c. 17 per totum.

<sup>2</sup> 2 Cor. 12, 4.

<sup>3</sup> Io. 12, 37.

<sup>4</sup> Io. 13, 1.

toles! ¡Sed mártires! Apóstoles para enseñar á los hombres la verdad, mártires para dar la vida por salvarlos: esto es, amaos unos á otros como yo os he amado á todos.» Y en efecto, cristianos, el apostolado y el martirio de la Iglesia católica han sido el eco fiel de la voz de Jesús, que ha respondido en todos los siglos al mandamiento del amor. *Amaos unos á otros*, dijo Jesús á sus Apóstoles, á sus misioneros; y los Apóstoles y los enviados comprendieron que les quería decir: Id á llevar la luz de mi doctrina, predicad el evangelio á todas las naciones. Y corrieron en todas direcciones por la faz de la tierra, llevando la antorcha de la fe en la mano y el fuego de la caridad en el corazón. *Amaos unos á otros*, dijo Jesús á sus ministros; y los ministros de Jesucristo en la tierra, sus sacerdotes y pontífices, comprendieron que esto era decirles: «Apacentad el rebaño de mis fieles: sed pastores de mis ovejas, dad la vida por ellas, si necesario fuese para arrancarlas de los dientes del lobo infernal.» Y los pastores de la Iglesia, armados del cayado, se pusieron al frente del rebaño de Cristo, defendieronlo de lobos y ladrones, pusieron firme el pecho á los dardos enemigos, y apacentaron las almas con la doctrina de la fe y la moral incorruptibles. Así es que la institución de la Iglesia no es más que la organización divina del reinado de la caridad: la vida de la Iglesia con sus largas é interminables luchas con el mundo, eterno rival de Jesucristo, esa vida señalada día por día con nobles aunque costosos triunfos, no es más que la historia de la caridad siempre viva en la tierra desde que el Dios Redentor vino á encender este sagrado fuego<sup>1</sup>; y, final-

<sup>1</sup> Ignem veni mittere in terram... (Luc. 12, 49).



mente, la historia de los impugnadores de esa misma Iglesia, que lo es de la mentira y la maldad en pugna con el bien y la verdad, no viene á ser más que el relato de la estéril lucha del egoísmo con la caridad, del mezquino amor del hombre con el generoso amor de Dios.

13. ¡Ah! cristianos, ¡qué bella sería la tierra, con todo y ser valle de lágrimas, vivificada por el dulce sople de la caridad! No podrían, es cierto, desterrarse todas las miserias que la aquejan, ni enjugarse todas las lágrimas que la empapan, porque las lágrimas y las miserias son el patrimonio de la humanidad proscripta y degradada. No podría tampoco extirparse el error y el pecado, porque errores y escándalos habrán de manchar el mundo hasta la consumación de los siglos, según está escrito<sup>1</sup>; pero ¡ah! sobre la suma de las humanas miserias rebosaría el torrente de los beneficios amontonados por la mano omnipotente de la caridad, y á despecho de las sombras del error, y por entre las tinieblas espesas de la maldad del hombre, abriríanse paso triunfante los rayos bienhechores del amor de Dios y del amor del prójimo.

Concluyamos. La caridad es la propaganda de la verdad, el apostolado de la virtud, el espíritu de sacrificio, el impulso civilizador, la vida divina en el hombre y, por decirlo en breve, el genio inmortal del cristianismo. ¿Hay esperanza de salvación para el mundo devorado hoy en día por la corrupción y la miseria? Pues, si la hay, no se cifra en otra base que la caridad. Por ella, esto es, por el mandato nuevo, se renovó una vez la faz de la tierra, gangrenada hasta la

<sup>1</sup> Luc. 17, 1.

medula de los huesos por la corrupción pagana. Por ella también se renovará otra vez y otras ciento, siempre que el abismo de las humanas miserias invoque en su favor el abismo aun más profundo de las misericordias divinas. Así sea.

## SEGUNDO SERMÓN DEL MANDATO

(predicado en la Catedral de San José de Costa-Rica, 1890).

Mandatum novum do vobis.  
Un mandamiento nuevo os doy.

Io. 13, 34.

1. La imponente ceremonia que con religiosa emoción acabamos de presenciar, es ciertamente de lo más magnífico y significativo que posee nuestro admirable culto, lleno como está de riquezas y magnificencias. ¡Qué es ver á los grandes de la tierra, á los que el vulgo adora como dioses<sup>1</sup>, postrados ante la pequeñez y la miseria! ¡Los supremos poderes abatidos voluntariamente ante la debilidad, la ancianidad ó la inocente niñez! ¡Reyes y magistrados, jefes de las naciones, y hasta príncipes de la Iglesia besando humildemente en presencia del pueblo los pies de los mendigos! Cuando esto vió el mundo por la primera vez, ¿qué impresión creéis que debió de producir tan extraño, tan incoherente espectáculo? ¿qué debió de pensar la sociedad pagana á vista de semejante conducta, sino lo mismo que pensó cuando por vez primera le fué anunciado el misterio de la cruz<sup>2</sup>? «¡Locura, insensatez! ¡Es una burla,

<sup>1</sup> Ex. 22, 28.

<sup>2</sup> 1 Cor. 1, 23.



mente, la historia de los impugnadores de esa misma Iglesia, que lo es de la mentira y la maldad en pugna con el bien y la verdad, no viene á ser más que el relato de la estéril lucha del egoísmo con la caridad, del mezquino amor del hombre con el generoso amor de Dios.

13. ¡Ah! cristianos, ¡qué bella sería la tierra, con todo y ser valle de lágrimas, vivificada por el dulce sople de la caridad! No podrían, es cierto, desterrarse todas las miserias que la aquejan, ni enjugarse todas las lágrimas que la empapan, porque las lágrimas y las miserias son el patrimonio de la humanidad proscripta y degradada. No podría tampoco extirparse el error y el pecado, porque errores y escándalos habrán de manchar el mundo hasta la consumación de los siglos, según está escrito<sup>1</sup>; pero ¡ah! sobre la suma de las humanas miserias rebosaría el torrente de los beneficios amontonados por la mano omnipotente de la caridad, y á despecho de las sombras del error, y por entre las tinieblas espesas de la maldad del hombre, abriríanse paso triunfante los rayos bienhechores del amor de Dios y del amor del prójimo.

Concluyamos. La caridad es la propaganda de la verdad, el apostolado de la virtud, el espíritu de sacrificio, el impulso civilizador, la vida divina en el hombre y, por decirlo en breve, el genio inmortal del cristianismo. ¿Hay esperanza de salvación para el mundo devorado hoy en día por la corrupción y la miseria? Pues, si la hay, no se cifra en otra base que la caridad. Por ella, esto es, por el mandato nuevo, se renovó una vez la faz de la tierra, gangrenada hasta la

<sup>1</sup> Luc. 17, 1.

medula de los huesos por la corrupción pagana. Por ella también se renovará otra vez y otras ciento, siempre que el abismo de las humanas miserias invoque en su favor el abismo aun más profundo de las misericordias divinas. Así sea.

## SEGUNDO SERMÓN DEL MANDATO

(predicado en la Catedral de San José de Costa-Rica, 1890).

Mandatum novum do vobis.  
Un mandamiento nuevo os doy.

Io. 13, 34.

1. La imponente ceremonia que con religiosa emoción acabamos de presenciar, es ciertamente de lo más magnífico y significativo que posee nuestro admirable culto, lleno como está de riquezas y magnificencias. ¡Qué es ver á los grandes de la tierra, á los que el vulgo adora como dioses<sup>1</sup>, postrados ante la pequeñez y la miseria! ¡Los supremos poderes abatidos voluntariamente ante la debilidad, la ancianidad ó la inocente niñez! ¡Reyes y magistrados, jefes de las naciones, y hasta príncipes de la Iglesia besando humildemente en presencia del pueblo los pies de los mendigos! Cuando esto vió el mundo por la primera vez, ¿qué impresión creéis que debió de producir tan extraño, tan incoherente espectáculo? ¿qué debió de pensar la sociedad pagana á vista de semejante conducta, sino lo mismo que pensó cuando por vez primera le fué anunciado el misterio de la cruz<sup>2</sup>? «¡Locura, insensatez! ¡Es una burla,

<sup>1</sup> Ex. 22, 28.

<sup>2</sup> 1 Cor. 1, 23.



un sarcasmo! ¡Han perdido el juicio! ¿Qué linaje de religión es éste?» ¡Ah! mis amados oyentes: Nosotros sabemos bien lo que es y lo que significa la augusta ceremonia del *Lavatorio de los pies* en este día clásico del cristianismo. Sabemos que es el culto público de la divina caridad de nuestro Señor Jesucristo: el homenaje tributado por la sociedad cristiana á la virtud cristiana por excelencia, la humildad; en resumen, el fiel y exacto cumplimiento del mandamiento nuevo impuesto á la regenerada humanidad por el Legislador antiguo y nuevo, por el que dió la Ley en el Sinaí y la ratificó en el Calvario. *Mandatum novum do vobis...*<sup>1</sup> *Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos á otros como yo os he amado.* ¡Sublime mandamiento! ¡Precepto incomparable! ¡Amarnos mutuamente como Dios mismo nos ha amado, sabiendo que por amor nuestro se ha hecho Dios hombre, y ha vertido toda su sangre y ha dado la vida en la cruz...! ¿Quién, que no fuera Dios, habría podido trazar tan sublime dirección á la caridad, proponiéndole una norma semejante? El hombre amaba al hombre por instinto y por razón; que también la fiera ama á la fiera, y la semejanza de naturaleza engendra la atracción, la simpatía entre los seres<sup>2</sup>. Pero ¿hubiera jamás adivinado el hombre que esa ley de la naturaleza moral debía trasformarse en ley de perfección universal y suprema, en palanca de todo bien obrar, en instrumento de la conversión del mundo?

2. Porque tal es, cristianos, la verdadera caridad, la caridad según el evangelio. Sin ella el hombre es nada<sup>3</sup>: con ella lo es todo, porque sola ella basta para

<sup>1</sup> Ubi supra.

<sup>2</sup> Eccli. 13, 19.

<sup>3</sup> 1 Cor. 13, 2.

dar lleno á todos los preceptos<sup>1</sup>. Ella enaltece el espíritu humano hasta un ideal de perfección divina, porque *Dios es caridad, y quien permanece en caridad, está en Dios.* Así el Apóstol del amor<sup>2</sup>. Pero tan alta virtud no podía subsistir en pie, ni aun levantarse sino sobre el cimiento profundísimo de otra virtud que es condición indispensable de toda virtud, como de todo mérito verdadero, la humildad; y, como quiera que esta condición no podía llenarla por sí sola la humana flaqueza, impotente por el orgullo para edificar nada grande y sólido, fué preciso que todo un Dios Encarnado nos diera el apoyo de su ejemplo efficacísimo, humillándose al extremo que hoy lo vemos en el Lavatorio de los pies á los Apóstoles. Y aquí tenéis el orden de ideas y enseñanzas que naturalmente brotan de la expresiva conmemoración evangélica á que en este día, por tantos títulos venerable, nos invita la Iglesia. En resumen, la caridad, la humildad, y el ejemplo de una y otra que nos da Jesucristo, ved ahí el objeto de vuestra atención en este tarde.

### I.

3. ¡La caridad! he aquí el mandamiento nuevo: he aquí el compendio y cifra de la nueva Ley. En efecto, no cabe duda que á la caridad se refería el divino Legislador cuando decía al mundo, representado en el Cenáculo por doce pescadores: *Mandatum novum do vobis*, como terminantemente lo declaran las siguientes palabras: *que os améis mutuamente, como yo os he amado*<sup>3</sup>. ¡Oh, y cómo se complace el Salvador en repetirlo y recalcarlo, después de haberles encarecido su

<sup>1</sup> Col. 3, 14.

<sup>2</sup> 1 Jo. 4, 16.

<sup>3</sup> Jo. 13, 34.



amor, y la obligación de corresponder á su excesiva ternura, guardando sus mandamientos!<sup>1</sup> *Éste es mi precepto*, dice: como si dijera, mi mandamiento por excelencia; y todavía, cual si no fueran bastantes tan repetidas declaraciones, torna á repetir con todo el peso de una autoridad soberana: *Hoc mando vobis*: Mirad que os lo ordeno y mando, que os améis unos á otros<sup>2</sup>. Por eso el dulce Apóstol, fiel depositario de los secretos íntimos del corazón de su querido Maestro, no cesaba de amamantar á sus discípulos con esta leche suavísima de la caridad, repitiendo á cada instante: *Hijitos míos, queridos míos, amémonos unos á otros*<sup>3</sup>; porque *el que no ama como Jesús lo ha ordenado, no vive la vida de los justos, está muerto para Dios*<sup>4</sup>. *Dios está en aquél que permanece en caridad*<sup>5</sup>. Pero ¿á qué fin presentar otras pruebas de una verdad tan evidente como universalmente reconocida, no sólo por la Iglesia, heredera legítima del espíritu de Jesucristo, sino por todos cuantos poseen la más somera noción de la doctrina evangélica? Todos saben que el evangelio es el código de la caridad, y la disciplina cristiana es la disciplina del amor en su más acendrada pureza. De aquí resulta que la caridad es el sello y distintivo de los discípulos de Cristo, de los verdaderos cristianos; sello brillante, esplendoroso como un rayo de la faz de Cristo reflejado en la frente del cristiano. Así lo predijo á sus discípulos el mismo Autor del gran precepto, cuando les anunció con la seguridad de quien es dueño de la ciencia de lo futuro: *Por esta señal reconocerán los hombres que sois los alumnos genuinos de mi escuela,*

<sup>1</sup> Io. 15, 9, 10.<sup>2</sup> Io. 15, 17.<sup>3</sup> I Io. 4, 7.<sup>4</sup> I Io. 3, 14.<sup>5</sup> I Io. 4, 16.

*por el amor que os profesaréis mutuamente*<sup>1</sup>. En efecto, práctica tan nueva en el mundo como la de este efecto puro y sobrenatural, argüía doctrina nueva y nunca oída.

4. No era, pues, necesaria otra predicación que la práctica de la caridad; y sin ésta toda otra predicación habría resultado estéril y sin fruto. Guiados por esa antorcha luminosa de la caridad, como los Magos por la estrella de Jacob, pudieron los pueblos que yacían en tinieblas, descubrir el centro de toda verdad, la gran revelación de Jesucristo, la puerta de la salvación<sup>2</sup>; y, como consecuencia necesaria, el verdadero camino de la civilización y la cultura. La caridad, inflamando los pechos apostólicos, brotando de sus labios á manera de centellas de amor y de verdad, brillando en todas sus acciones, no pudo menos de atraer hacia sí las miradas atónitas de la sociedad pagana, la cual, deslumbrada y vencida por la magia de aquel nuevo meteoro del mundo sobrenatural, vino gozosa á rendir el tributo de su adhesión á la nueva doctrina y de su amor entusiasta á la ley del Redentor, con todo y ser ley de abnegación y sacrificio. ¡Tales fueron los triunfos de la caridad desde su aparición entre los hombres! Tales serán siempre, como lo fueron hasta aquí, porque ella es compañera inseparable de la Iglesia, contra la cual se estrellarán las soberbias puertas del infierno<sup>3</sup>; y de la caridad está escrito: *que es fuerte como la muerte y dura como el infierno*<sup>4</sup>. Por la caridad, como por su propia contraseña, se da á reconocer en todo tiempo y lugar la verdadera y legítima Esposa del Cordero inmaculado, la única Iglesia de Cristo, como la única institución, la

<sup>1</sup> Io. 13, 35.<sup>2</sup> Io. 10, 9.<sup>3</sup> Matth. 16, 18.<sup>4</sup> Cant. 8, 6.



única escuela que posee, no sólo la práctica y el uso de todo género de obras de beneficencia, sino, lo que más es, el genuino y puro espíritu de la caridad, bebido en los manantiales del costado del Salvador.

5. Y ¿habrá quien se maraville de los efectos portentosos de esta virtud, conociendo medianamente su maravillosa excelencia? ¿Qué lengua de hombres, ni aun de ángeles, bastaría para declararla dignamente? Bien puede atribuirse á la caridad la conversión del mundo, supuesto que ella sola basta para obrar la santificación de las almas. Es el Espíritu Santo el santificador de todas ellas; pero no las santifica sino por la infusión de la caridad, según aquella afirmación del Apóstol: *La caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado*<sup>1</sup>. ¡Qué dádiva, hermanos carísimos! Pues bien, este don sobre todo don, el Espíritu Santo, se nos da siempre junto con la caridad. No extrañéis, pues, que el mismo Apóstol llame á esta virtud la mayor de las virtudes teologales<sup>2</sup>. Y el príncipe de los Apóstoles, San Pedro, después de habernos recomendado la prudencia y la vigilancia en la oración, añade: *Però ante todo profesaos mutua y continua caridad unos á otros, porque la caridad cubre la muchedumbre de los pecados*<sup>3</sup>. Estas solas palabras bastarían para hacernos concebir la más alta idea de la excelencia de la caridad. Porque aquí se trata, según la obvia y natural interpretación, seguida por San Agustín y otros muchos santos Padres, de la caridad entre los hombres, y no precisamente de la que

<sup>1</sup> Rom. 5, 5.

<sup>2</sup> Maior autem horum est caritas (1 Cor. 13, 13).

<sup>3</sup> 1 Petr. 4, 8.

tiene por objeto á Dios, sino de la que se refiere al prójimo, de la caridad fraterna; y de ésta dice San Pedro que *cubre y borra todos los pecados*<sup>1</sup>. Y no debe parecernos increíble esta prerrogativa, si consideramos que el amor del prójimo, siendo sobrenatural y verdadero, nace de la caridad de Dios, la cual tiene virtud propia para borrar y destruir en el alma donde habita todos los pecados, santificando al hombre con la gracia, de donde se deriva la perfecta contrición. No debemos, pues, separar estos dos actos de una misma caridad, el amor de Dios y el del prójimo, que son, en sentir de San Agustín, como los dos pies con que camina esta virtud: con ambos á dos, pero no con uno solo de ellos, se va corriendo á Dios<sup>2</sup>. La caridad del prójimo, separada del sobrenatural amor de Dios, es manca y falsa caridad. ¿Qué juzgaremos de aquella otra mal llamada caridad, de que ordinariamente se jactan los mundanos que menos la poseen, del amor al hombre por razón del hombre, por natural inclinación de los seres hacia sus semejantes, por egoísmo y mal disfrazado amor propio? ¡Ah! cristianos, guardémonos muy bien de confundir con estos mezquinos sentimientos, que apenas merecen el nombre de virtudes, aquélla de que vamos hablando, que es el amor al hombre en Dios y por razón y respeto de Dios, por cuanto lleva en sí la doble imagen del Criador y del Redentor, y porque Jesucristo quiere que nos amemos unos á otros, á la manera y con la perfección que Él mismo nos ha amado á todos. Á este sentimiento nobilísimo y verdaderamente cristiano pertenecen todas las excelencias y prerrogativas

<sup>1</sup> *Corn. a Lapide*, Comment. tom. X.

<sup>2</sup> *S. Aug.* in Ps. 33, apud *Corn. a Lapide*.



de la caridad. Pero ésta, como vais á ver en seguida, tiene por base la humildad, cuya clave sólo la Iglesia católica posee.

## II.

6. El mundo de las modernas doctrinas, esto es, el mundo revolucionario que hoy combate con tenaz encarnizamiento la tradicional enseñanza de la Iglesia, no rehusa, á pesar de su inquina contra todo lo que es cristiano, tributar encomios y culto público á la divina caridad. Si durante algún tiempo, en la exaltación de su fanatismo, ha podido avergonzarse de su nombre, sustituyéndolo torpemente con otros que nunca hicieron gran fortuna, al cabo ha tenido que reconocer con nosotros la propiedad de la expresión y, sobre todo, la alteza del concepto expresado por la sublime palabra «caridad». No dudo que esa escuela orgullosa y bien pagada de sí misma, que se cree ó afecta creerse llamada á reemplazar la vieja civilizadora del mundo, el cristianismo, escribirá donde quiere en grandes caracteres de oro esa mágica palabra que, después de todo, no le pertenece ni podría asimilarse jamás. Y ¿sabéis, amados fieles, por qué razón el mundo no puede poseer la caridad? Por lo que dejo asentado en la segunda parte de mi proposición; porque la caridad marcha siempre abrazada con la humildad, y esta virtud es tal vez la más odiosa para el mundo, como la más contraria á su espíritu, la más impracticable para sus secuaces. Para comprender esta verdad basta fijar la atención en la amplitud del objeto que abraza esa virtud altísima y fecunda, creada por el mandamiento nuevo del Dios del evangelio. De ese concepto nace la extensión inmensa de su órbita y el arranque poderoso

de su genio de gigante. En efecto, ¿qué pensáis, cristianos, que es la caridad, según su genuino carácter evangélico? ¿Es acaso distribuir de cualquier manera socorros al indigente? ¿es nada más que tender con desdén la opulenta mano al que perece de hambre y de miseria? ¿es solamente dar pan al hambriento y cubrir al desnudo, sin prestar al mismo tiempo consuelo al corazón oprimido, y lágrimas de compasión al infortunio? ¡Oh, nó! la caridad cristiana no procede por cálculo, sino por inspiración: no valúa sus dones por lo que son en sí mismos, sino por el amor con que los distribuye, y este amor no tiene límites; y por esa razón la pobre viuda y hasta el haraposo mendigo, ofrendando el óbolo de su mísero haber, pueden elevarse al rango de héroes de la caridad, lo mismo que la ilustre dama y el acaudalado caballero. ¿No recordáis cómo Jesucristo encomió la humilde ofrenda de la viuda del gazofilacio? *En verdad os digo que esta pobre viuda ha dado más que todos, porque ha ofrecido todo cuanto en su penuria poseía para alimentarse*<sup>1</sup>. Pero la caridad no se encierra en el círculo de las dádivas materiales: no sólo da cuanto tiene, sino que hace todo cuanto puede. Mirad al Salvador, nuestro adorable Maestro: ved cómo atrae en torno suyo á todos los menesterosos, á los infortunados de todo linaje, al leproso, al pecador, al niño, á la oveja descarriada, diciendo: *Venid á mí todos los oprimidos de trabajos; venid, que yo os aliviare*<sup>2</sup>. No le basta al buen Jesús enviarles de lejos sus socorros, quiere acercarlos á su lado, tenerlos junto á sí, consolarlos y curarlos por sus propias manos. Estudiad á los grandes imitadores de Jesucristo, á Pablo, Fran-

<sup>1</sup> Marc. 12. 43. 44.<sup>2</sup> Matth. 11, 28.



cisco Javier, Juan de Dios, Vicente de Paúl, y tantos otros, y en ellos veréis personificado el verdadero espíritu de la caridad cristiana que se anida en el seno de la verdadera Iglesia.

7. Pero, siendo el espíritu de Jesucristo todo humildad y mansedumbre, según sus propias palabras: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*<sup>1</sup>, es cosa clara que la caridad y la humildad se dan la mano, y que no puede existir la una sin la otra. La caridad, ya sea en su ejercicio, ya en su intención, exige frecuentemente humillaciones, y siempre y en todo caso inclinación al propio menosprecio. Dios mismo para llevar á cabo el exceso de su amor al hombre, para salvarle de la eterna perdición, ha tenido que descender de las alturas de su trono hasta el abismo del anonadamiento; pues, como enseña el Apóstol: *Existiendo en su forma de Dios... anonadóse á sí mismo, tomando la forma de esclavo y pecador*<sup>2</sup>. Bajó, pues, hasta el fondo de nuestra corrupción, hasta tocar nuestras heridas para cicatrizarlas con su contacto divino<sup>3</sup>. Y ¿qué fuera de la salud del mundo sin el prodigio de la humillación de un Dios? Desengañémonos, pues, amados fieles: si nuestra caridad ha de ajustarse al divino modelo que se nos ha mostrado, si hemos de cumplir el mandamiento nuevo de amarnos *del modo con que Jesucristo nos ha amado: sicut dilexi vos*, es preciso que aquella vaya acompañada y sostenida por la humildad; porque *no es el siervo de mejor condición que su señor, ni el discípulo vale más que su maestro*<sup>4</sup>. Nadie puede amar de veras á su prójimo, si no se resuelve á menospreciarse

<sup>1</sup> Matth. 11, 29.

<sup>2</sup> Phil. 2, 7.

<sup>3</sup> S. Ambros., Serm. 1, 5 in Luc.

<sup>4</sup> Matth. 10, 24.

á sí mismo. El espíritu orgulloso es incapaz de elevarse á las alturas de la caridad de Jesucristo.

8. La caridad y la soberbia están en polos opuestos, se destruyen mutuamente, siendo la primera el amor de Dios y del prójimo, llevado hasta el desprecio de sí, y la segunda, el amor de sí hasta el desprecio de Dios. Tal es, cristianos, el exacto y profundo pensamiento de San Agustín. La soberbia, monstruo de siete cabezas, se llama, según sus varias manifestaciones, presunción y vanidad, egoísmo, sensualidad y ambición. Y la presuntuosa vanidad claro es que se desdeña de nivelarse con los niños, ignorante con los ignorantes, plebeyo con las gentes del pueblo; y el egoísmo se estremece á la sola idea del sacrificio necesario para practicar el bien; y la sensualidad mundana y delicada se asusta y sobrecoge al aspecto repugnante de la miseria y el dolor; y, en fin, la torpe codicia de riquezas no abrirá nunca las puertas de su casa al golpear del mendigo que implora socorros pecuniarios. Ya lo veis: la soberbia de la vida humana opone obstáculos insuperables al ejercicio de la caridad. Y, penetrando un poco más en el fondo de estos vicios que destrozan el corazón humano, hallaréis que todos se derivan, como arroyos de una misma fuente, del desenfrenado amor propio, pasión que puede definirse: «la idolatría del hombre por el hombre.» He aquí, pues, cómo llega la soberbia hasta producir la rebeldía declarada del espíritu humano contra toda ley, contra todo yugo de autoridad que tienda á dominarle ó á coartar lo que él llama sus derechos; de consiguiente, hasta contra el yugo de la ley divina que avasalla sus pasiones. Mirad á la soberbia irguiéndose impía y descarada contra el mismo Dios. La Ley dice al hombre racional: *Adorarás*



al Señor Dios tuyo, y á Él solo servirás<sup>1</sup>; y el hombre desatinado por el orgullo contesta: ¿Quién es el Señor para que yo le sirva?<sup>2</sup> ¿Por ventura no me he hecho yo á mí mismo?<sup>3</sup> La naturaleza ¿tiene Dueño ó Hacedor? ¿no ha nacido de sí propia? ¿no se rige por sus propias leyes, independientes de cualquier principio ó causa extraña? ¿No hay más Dios que la naturaleza! Y ¡yo soy en ella Rey y Soberano! Así habla y vocifera el insensato genio del orgullo en este siglo del materialismo ateo y de la autonomía de la razón. Y ¿se atrevería después de estos desvarios sacrílegos á disponer ruidosos espectáculos en favor de alguna obra de misericordia? ¿No sería la pretensión más ridícula y absurda? ¿no sería la profanación de la santa caridad? El mundo, pues, no puede poseer esta virtud esencialmente cristiana y, como tal, esencialmente humilde.

## III.

9. Mas ¡ay, que está demasiado infiltrado en el corazón del hombre ese virus del amor propio y la soberbia! ¿Quién será bastante humilde para ser en alto grado caritativo? Lo será, hermanos carísimos, aquél que pusiere los ojos en el divino modelo del Cenáculo, aquél que escuchare dócilmente sus lecciones. ¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me apellidáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Si yo, pues, vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, con mayor razón debéis vosotros prestaros mutuamente este servicio; porque ejemplo os he dado, para que hagáis también vosotros lo que me habéis visto practicar á mí<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Luc. 4, 8.      <sup>2</sup> Ex. 5, 2.      <sup>3</sup> Ezech. 29, 3.

<sup>4</sup> Io. 13, 12—15.

Sean, pues, cuales fueren las dificultades que oponga nuestro orgullo á la práctica de la caridad, todas quedan vencidas y anuladas por la fuerza del ejemplo de nuestro divino Salvador y Maestro. En efecto, no puede darse otro más eficaz, supuesto que es absolutamente convincente é irresistible. Para seguirlo basta ser cristiano, basta reconocer en Jesucristo al Maestro y al Señor; al Maestro único<sup>1</sup>, dado por Dios al género humano para enseñarle toda verdad religiosa y moral, el camino de toda felicidad y grandeza, las condiciones de gloria y bienaventuranza: al Señor y Dueño soberano á quien debemos sumisión completa de todo nuestro ser, de nuestro albedrío y actividad, de nuestras facultades todas, como á Rey inmortal de los siglos, como á Jefe á quien el Padre Eterno, Criador del universo y árbitro absoluto de la suerte de todas sus criaturas, ha constituido heredero universal, en frase del Apóstol, habiendo sacado por él los tiempos del seno de la nada<sup>2</sup>.

10. He dicho que el ejemplo de Jesucristo es convincente y persuasivo. Indícalo bastante la expresión del Señor: *Et vos debetis: Es un deber para vosotros seguir mi ejemplo.* El argumento que Cristo emplea aquí no puede ser más nervioso y concluyente<sup>3</sup>: «Yo lo he hecho, luego vosotros debéis también hacerlo; yo á vosotros, luego vosotros mutuamente.» ¡Oh, y con qué fuerza de lógica concluye de menor á mayor! ¿Cuándo pudo formarse argumento de esta clase que igualara en fuerza al del divino Maestro? Para eso era necesario que la distancia entre los dos términos de comparación fuese la misma que aquí, lo cual es imposible. ¿Qué

<sup>1</sup> Matth. 23, 8.      <sup>2</sup> Hebr. 1, 2.

<sup>3</sup> Avancini, Medit. Sabb. Hebdom. sexag.



distancia, ni aun la del cielo á la tierra, iguala á la que media entre Dios y los hombres, entre Jesucristo y sus discípulos? El ejemplo de los que el mundo llama grandes, de los reyes y potentados de la tierra, ha ejercido en todos tiempos y países un influjo irresistible. Á ello contribuye, de acuerdo con la razón, el sentimiento mismo del amor propio. ¿Quién no quiere naturalmente engrandecerse? Y ¿á quién no le parece que lo consigue apareándose con los que realmente son grandes, ó siquiera son tenidos por tales en concepto de los demás hombres? Y ¿cómo igualarse con ellos sino por medio de la imitación de sus acciones?<sup>1</sup> Aquí tienes, pues, hombre ambicioso, exclama un piadoso escritor, el medio legítimo y santo de satisfacer tu ambición. ¿Quieres ser grande? Imita al que lo es sobre toda medida, al que es, no sólo rey, sino Rey de reyes y Señor de señores<sup>2</sup>; imita el ejemplo de humildad que te ofrece Jesucristo en el Cenáculo, lavando los pies á doce pobres y despreciables pescadores. *Sea tu camino*, dice San Agustín<sup>3</sup>, *Aquel que por ti se ha hecho camino, á fin de conducirte á Él por sí mismo.*

II. Pero el ejemplo de humildad que nos da Jesús en el Cenáculo, no sólo nos convence y nos obliga, sino que nos arrastra á seguirlo con la dulce violencia del amor. Si es afrenta verdadera para el cristiano afrentarse de seguir á Jesucristo, no sería menos ingratitud y villanía no hacer por amor al buen Maestro lo que él ha practicado tan sólo por amor á sus discípulos. Porque Jesús, lavando los pies á sus Apóstoles, les ha dado muestra inequívoca de amor y de ternura, dicién-

<sup>1</sup> *Nepveu* S. J., *Réflexions chrétiennes.*

<sup>2</sup> Apoc. 19, 16.      <sup>3</sup> *S. Aug.* in Ps. 90.

doles: *Si yo no os lavare los pies no tendréis parte conmigo*<sup>1</sup>. Era, pues, menester purificarlos completamente lavando sus corazones de las más ligeras manchas, á fin de que mereciesen ser contados en el número de los suyos. La caridad, hermanos míos, obliga á Jesucristo á humillarse hasta el último extremo; y, si esta dulce llama llegase á prender en nuestros corazones haciéndonos sentir atracción irresistible á nuestro divino Salvador, y entrañable afecto á nuestros hermanos, la humillación perdería para nosotros todas sus dificultades. ¿Qué digo? hallaríamos tesoros de felicidad en practicarla. *Si alguno me ama*, decía el mismo Señor, *guardará mis mandamientos, y mi Padre lo amará, y vendremos á él y haremos dentro de él nuestra morada*<sup>2</sup>. Y ¿cuál es su mandamiento, como acabamos de ver, sino el de la caridad? ¡Bienaventurado, pues, quien la practica, porque merecerá ser hecho habitación de la adorable Trinidad, de aquel modelo eterno y sublimísimo del amor unitivo! ¡Dichosa la humana sociedad, si llega á regenerarse mediante el principio de vida y de salud que encierra la caridad cristiana, apoyada en la humildad! Así sea.

## PRIMER SERMÓN DEL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

(predicado en la Catedral de San José de Costa Rica, el Viernes Santo de 1880.)

Vere hic homo Filius Dei erat.

Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.

Marc. 15, 39.

I. Nada mejor puede decirse en esta hora solemne en que con profundo recogimiento y tiernas lágrimas

<sup>1</sup> Io. 13, 8.

<sup>2</sup> Io. 14, 23.



distancia, ni aun la del cielo á la tierra, iguala á la que media entre Dios y los hombres, entre Jesucristo y sus discípulos? El ejemplo de los que el mundo llama grandes, de los reyes y potentados de la tierra, ha ejercido en todos tiempos y países un influjo irresistible. Á ello contribuye, de acuerdo con la razón, el sentimiento mismo del amor propio. ¿Quién no quiere naturalmente engrandecerse? Y ¿á quién no le parece que lo consigue apareándose con los que realmente son grandes, ó siquiera son tenidos por tales en concepto de los demás hombres? Y ¿cómo igualarse con ellos sino por medio de la imitación de sus acciones?<sup>1</sup> Aquí tienes, pues, hombre ambicioso, exclama un piadoso escritor, el medio legítimo y santo de satisfacer tu ambición. ¿Quieres ser grande? Imita al que lo es sobre toda medida, al que es, no sólo rey, sino Rey de reyes y Señor de señores<sup>2</sup>; imita el ejemplo de humildad que te ofrece Jesucristo en el Cenáculo, lavando los pies á doce pobres y despreciables pescadores. *Sea tu camino*, dice San Agustín<sup>3</sup>, *Aquel que por ti se ha hecho camino, á fin de conducirte á Él por sí mismo.*

II. Pero el ejemplo de humildad que nos da Jesús en el Cenáculo, no sólo nos convence y nos obliga, sino que nos arrastra á seguirlo con la dulce violencia del amor. Si es afrenta verdadera para el cristiano afrentarse de seguir á Jesucristo, no sería menos ingratitud y villanía no hacer por amor al buen Maestro lo que él ha practicado tan sólo por amor á sus discípulos. Porque Jesús, lavando los pies á sus Apóstoles, les ha dado muestra inequívoca de amor y de ternura, dicién-

<sup>1</sup> *Nepveu* S. J., *Réflexions chrétiennes.*

<sup>2</sup> Apoc. 19, 16.      <sup>3</sup> *S. Aug.* in Ps. 90.

doles: *Si yo no os lavare los pies no tendréis parte conmigo*<sup>1</sup>. Era, pues, menester purificarlos completamente lavando sus corazones de las más ligeras manchas, á fin de que mereciesen ser contados en el número de los suyos. La caridad, hermanos míos, obliga á Jesucristo á humillarse hasta el último extremo; y, si esta dulce llama llegase á prender en nuestros corazones haciéndonos sentir atracción irresistible á nuestro divino Salvador, y entrañable afecto á nuestros hermanos, la humillación perdería para nosotros todas sus dificultades. ¿Qué digo? hallaríamos tesoros de felicidad en practicarla. *Si alguno me ama*, decía el mismo Señor, *guardará mis mandamientos, y mi Padre lo amará, y vendremos á él y haremos dentro de él nuestra morada*<sup>2</sup>. Y ¿cuál es su mandamiento, como acabamos de ver, sino el de la caridad? ¡Bienaventurado, pues, quien la practica, porque merecerá ser hecho habitación de la adorable Trinidad, de aquel modelo eterno y sublimísimo del amor unitivo! ¡Dichosa la humana sociedad, si llega á regenerarse mediante el principio de vida y de salud que encierra la caridad cristiana, apoyada en la humildad! Así sea.

## PRIMER SERMÓN DEL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

(predicado en la Catedral de San José de Costa Rica, el Viernes Santo de 1880.)

Vere hic homo Filius Dei erat.

Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.

Marc. 15, 39.

I. Nada mejor puede decirse en esta hora solemne en que con profundo recogimiento y tiernas lágrimas

<sup>1</sup> Io. 13, 8.

<sup>2</sup> Io. 14, 23.



vamos á tributar los últimos honores al Dios-hombre que ha expirado en la cumbre del Calvario. El Centurión romano lo ha dicho todo en esas cuatro palabras, sí, todo cuanto inspira á un alma herida súbitamente con el rayo de la fe, la vista de ese indefinible espectáculo de la muerte de Jesús. *Vere hic homo Filius Dei erat*<sup>1</sup>: «Realmente este hombre era más que hombre: preciso es glorificar á Dios proclamando en este mismo instante la verdad á la vista del sagrado cuerpo: el hombre que así ha muerto, no puede ser otro que el Justo por excelencia, el mismo Hijo de Dios.» Así hablaba el Centurión; y esto diciendo en altas voces, y bajando la pendiente del monte de la Calavera, el valiente soldado y todos cuantos marchaban junto á él, se herían los pechos con el golpe del arrepentimiento<sup>2</sup>. ¡Ah! cristianos que asistís hoy en espíritu á este acontecimiento eternamente memorable y siempre nuevo, ¿no excluiréis también vosotros con la convicción más íntima y los más vivos sentimientos de compunción: *Vere hic homo Filius Dei erat?* Sí, vamos á desprender de ese madero antes infame, hoy dulce y gloriosísimo<sup>3</sup>, los ensangrentados miembros del Hijo de Dios, muerto por nuestra redención.

2. Mas, antes de proseguir no podemos menos de preguntarnos: ¿cómo se explica esa transformación maravillosa obrada súbitamente en el corazón del oficial pagano? ¿no era él mismo del número de los enemigos? ¿no figuraba á la cabeza de los que le custodiaban? Sí, señores, y estaba en frente de la cruz: *stabat ex adverso*<sup>4</sup>;

<sup>1</sup> Ubi supra.      <sup>2</sup> Luc. 23, 48.

<sup>3</sup> Dulce lignum... arbor decora et fulgida (Eccl. in offic.).

<sup>4</sup> Marc. 15, 39.

y esta situación precisamente influyó en su repentina mudanza. Colocado frente á frente del Crucificado, había podido contemplar sin distraer ni un instante la vista ni el pensamiento, aquel rostro de Jesús que, aun abofeteado y contuso, era el trono visible de la majestad; había seguido con los suyos el movimiento de aquellos ojos soberanos, ya cuando se bajaban con ternura infinita sobre sus verdugos, ya cuando se alzaban al cielo con expresión de angustia y de filial confianza á un tiempo; había sentido debajo de sus pies y sobre su cabeza el estremecimiento universal de la naturaleza horrorizada; había oído — ¡ah! y esto le penetró en lo más hondo del alma — aquel grito postrimero, aquel fuerte y terrible clamor con que Jesús llamó á su Padre, entregando en manos de él su espíritu y expirando en el instante. San Marcos cuidó de notar exactamente esta circunstancia: *Viendo que había expirado clamando de aquel modo*, exclamó él también: *Vere Filius Dei erat iste*. He aquí, pues, lo que le conmovió profundamente; y he aquí lo que hoy debe á nosotros conmovernos, haciéndonos adorar, pendiente del sagrado madero, una Víctima divina. Así lo creemos, verdad es, así lo profesamos de todo corazón, á fuer de verdaderos y fervorosos creyentes, como lo son todos los hijos de este noble y religioso país; reconozcámoslo, empero, una vez más en este día, á fin de que nuestra devoción se acrezca á medida que aumente y se afiance nuestra fe; y más aún, para que nuestras buenas obras correspondan á la grandeza de una y otra. Reflexionando, pues, en las circunstancias de la muerte de nuestro divino Redentor, veremos que ha muerto por ser Hijo de Dios; que ha muerto como verdadero Hijo de Dios; que ha muerto, en fin, para hacer al hombre hijo de Dios. Ved



aquí los tres puntos que van á ser el objeto de vuestra piadosa atención, después que con la Iglesia adoremos al que está allí clavado en esa cruz: *Adoramus te, Christe*, etc.

## I.

3. ¿No parece un contrasentido, una paradoja, hermanos míos, afirmar que Jesús ha muerto por ser Hijo de Dios, es decir, por razón de su inmortalidad, por ser autor y principio de la vida? Pues ¿qué? ¿No sólo puede morir el Hijo de Dios vivo, sino que ha de morir por ser quien es? Ciertamente el Evangelista San Juan, al describirnos la eterna generación del Verbo, nos ha dicho: *In ipso vita erat*<sup>1</sup>: en él estaba la vida; y esta vida era la luz que vivifica á los hombres. ¿Cómo, pues, ha podido ser eclipsada por sombras de muerte? ¿cómo han prevalecido sobre ella las tinieblas? Hay aquí sin duda algo incomprensible y misterioso; pero ¿acaso toda la obra de la humana reparación no está llena de misterios? Insondable sería para nosotros este abismo, si el mismo Señor, *que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*<sup>2</sup>, no se hubiese dignado abrirnos la inteligencia de esta altísima verdad. Detengámonos por un momento á meditarla, que ella nos dará también lecciones prácticas de la mayor importancia.

4. Que Jesucristo haya muerto por ser Hijo de Dios no admite duda, cristianos oyentes; y, para convencernos de ello, bastaría interrogar á sus verdugos: ¿Por qué le asesináis? y á sus mismos jueces: ¿Por qué le condenáis á muerte, y muerte de cruz tan afrentosa? Si aceptamos su respuesta, hela aquí terminante y perentoria, y repetida en todos los tribunales: *Quia Filium*

<sup>1</sup> Io. 1, 4.<sup>2</sup> Io. 1, 9.

*Dei se fecit*<sup>1</sup>: este hombre debe morir, según la ley, porque se ha proclamado Hijo de Dios. Así lo vociferan con furiosos alaridos las turbas apiñadas delante del pretorio, reclamando la sentencia de crucifixión: *Crucifige, crucifige eum*<sup>2</sup>. Sea, responde el cobarde Pilatos; crucifícadle vosotros, que, en cuanto á mí, yo no encuentro en él causa alguna de muerte...<sup>3</sup> ¿Lo veis, cristianos? La legislación más sabia y prudente del mundo, la romana, ha declarado del modo más solemne la inocencia de Jesús, lo cual significa que la ley humana no puede explicarse la razón de aquella muerte. Eso no obstante, queda en pie la sentencia inexorable: *Hic homo debet mori*: es preciso que muera Jesús. La razón la dará otra ley superior á la humana, la ley divina revelada, aunque entre sombras y figuras, á aquel pueblo de misión providencial. Oíd lo que en última instancia alegan los judíos: *Filium Dei se fecit*: se ha proclamado Hijo de Dios. Y el juez pagano cede confuso, perturbado, contra su convicción, contra su conciencia, contra todo derecho, y Jesús va á expiar los delitos que no debe en el lugar del último suplicio: va á morir por ser Hijo de Dios. ¡Ah! dicen los pontífices y fariseos: muere ajusticiado por blasfemo, porque ha osado llamarse Hijo de Dios, porque, no siendo más que un hombre, se ha arrogado la divinidad<sup>4</sup>. ¡Ah! contesta el mundo, ilustrado ya plenamente sobre los designios de la justicia y de la misericordia divinas: no muere Jesús porque se ha hecho, sino porque es en realidad de verdad, el Hijo unigénito de Dios. *Non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo*<sup>5</sup>. No va á la muerte

<sup>1</sup> Io. 19, 7.<sup>2</sup> Luc. 23, 21.<sup>3</sup> Luc. 23, 22.<sup>4</sup> Io. 10, 33.<sup>5</sup> Phil. 2, 6.



por decreto de los hombres, sino por decreto de Dios. Dios envía á su Hijo á morir por los hombres pecadores, para que éstos se salven de la eterna muerte. He aquí la verdad de la muerte de Jesús. En realidad, nada valdrían para quitar la vida al Redentor las sentencias de todos los tribunales judíos, si en el tribunal del cielo no se hubiese decretado primero, si el Juez eterno no hubiera rubricado antes que Caifás aquella sentencia: *Es preciso que muera un solo hombre por el pueblo, para que no perezca todo el género humano*<sup>1</sup>. Así lo notó muy bien el Evangelista San Juan, advirtiendo que el Pontífice judío habló como profeta, intérprete inconsciente de los oráculos divinos<sup>2</sup>.

5. La conducta observada por nuestro Señor Jesucristo en presencia de sus jueces corrobora esta verdad. Porque, lejos de rechazar el cargo lo acepta y lo confirma con la más ingenua y valerosa declaración. *Tú lo has dicho*<sup>3</sup>, contesta á la pregunta del Sumo Sacerdote en pleno Sanhedrín, lo que equivalía á decir: *Yo soy ése que dices, el Cristo del Señor, el Hijo de Dios vivo*. Y añade, para hacerles creíble lo que afirma: *Muy presto veréis al Hijo del hombre trasfigurado, viniendo del cielo, como Hijo de Dios, en trono de nubes á juzgaros*<sup>4</sup>. Los insensatos y perversos jueces no le dan crédito, y sólo se aprovechan de la confesión de Cristo para tratarle de blasfemo y lanzarle por ello á la muerte, sin buscar ya otra causal ni otros testigos, exclamando todos á una voz: *Reo es de muerte*<sup>5</sup>. Jesucristo sabía muy bien este resultado de su declaración, y no obstante la hace del modo más explícito, diciendo luego á Pilatos

<sup>1</sup> Io. 11, 50.      <sup>2</sup> Io. 11, 51.      <sup>3</sup> Matth. 26, 64.

<sup>4</sup> Matth. ibid.      <sup>5</sup> Matth. 26, 66.

que *Él ha venido al mundo á dar testimonio de la verdad*<sup>1</sup>, aunque le cueste la vida: luego es evidente, amados fieles, que Jesucristo ha muerto por ser Hijo de Dios, y por haberlo así confesado ante sus jueces. No podía ni quería ocultarlo en aquella hora solemne. La fe que por entonces no había de obtener por medio de aquella revelación de su divinidad, por estar en aquellos momentos totalmente obcecados los espíritus por la pasión, obtendría más tarde, despejado ya el horizonte y serenada la atmósfera de las pasiones humanas, y llegarían á reconocerle y adorarle algunos de los mismos jueces que le sentenciaron, y muchos de los verdugos que le crucificaron, diciendo con el Centurión: *Vere hic homo Filius Dei erat*. Entre tanto moría por confesar que era Hijo de Dios, según la sentencia de los hombres, y por serlo en realidad, según el decreto del Eterno. Porque, si no lo fuera, no siendo más que hombre, el Eterno Padre no le sentenciaría á la muerte, la cual de nada habría de aprovechar para satisfacer á la divina justicia ni para redimir de la condenación al humano linaje. Habría muerto Jesús como habían muerto Adán y los patriarcas, como habrán de morir todos los hombres en fuerza de aquella antigua sentencia fulminada en el Paraíso: *Volverás al polvo de que fuiste formado*<sup>2</sup>; pero este hecho no habría tenido más resonancia en el mundo que la muerte de cualquier otro justo, verbigracia, la de Abel, y no habría producido la rehabilitación de la raza humana y la restauración de la gloria del Criador. Para que la muerte de un hombre surtiera estos efectos, era menester que ese hombre fuera juntamente Hijo consustancial de Dios, y como

<sup>1</sup> Io. 18, 37.      <sup>2</sup> Gen. 3, 19.



tal se ofreciese en sacrificio voluntario de merecimiento infinito, y lo aceptara la divina justicia. Y aprendamos de aquí, hermanos carísimos, una lección de suma importancia en el orden moral, y es que, para ser también nosotros merecedores en algún modo del título y carácter de hijos de Dios, por adopción, es absolutamente necesario que nos entreguemos á la muerte mística, á la muerte de la naturaleza corrompida, que clavemos en la cruz del Redentor nuestras pasiones, nuestros vicios y hasta nuestra carne, según la expresión del Apóstol<sup>1</sup>. De cualquier cristiano digno de este nombre puede afirmarse: *debet mori*, tiene que morir; y ¿por qué? *Quia Filium Dei se fecit*, porque ha sido hecho hijo de Dios.

## II.

6. Muere Jesús como sólo podía morir quien de verdad lo fuese. Por eso afirmaba el Centurión, después de haber visto aquella muerte: *Vere hic homo Filius Dei erat*. En efecto, el modo solamente con que Jesucristo muere á vista de millares de testigos, mejor dicho, á vista del mundo entero providencialmente congregado en Jerusalén para asistir al espectáculo más grandioso de todas las edades, basta y sobra para afirmar sobre sólidos cimientos la fe del Centurión, y la afirmación conteste de diez y nueve siglos. Contemplémoslo á la simple luz de la historia, á la luz del evangelio. Jesús muere, no por desfallecimiento como todos los mortales, no porque ya no pueda detener la vida que se escapa de sus pies y manos taladrados, de su pecho comprimido y ahogado; sino por un esfuerzo libre y voluntario

<sup>1</sup> Gal. 5, 24.

con que rompe, como dueño de la vida, los vínculos que sujetan el espíritu á la materia. Él había dicho de antemano, oyéndolo todos sus discípulos: *Nadie es capaz de quitarme la vida: yo depositaré mi alma cuando llegue el momento que he elegido*<sup>1</sup>; y he aquí cómo lo hace, cuando todo está consumado, depositando tranquilamente su espíritu en manos de su Padre: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum*<sup>2</sup>. Lanzando esta voz vigorosa es como inclina la cabeza sobre el cuello, y exhala el último suspiro. Advertid, dice San Juan Crisóstomo<sup>3</sup>, que no se expira después que se inclina la cabeza, pues lo natural es que ésta se doble y caiga después que se ha expirado. Pero aquí sucede lo contrario: ¿qué prueba más brillante del señorío de Jesús sobre la muerte? Y no pretenda el impío que Jesús sólo ha muerto en apariencia. También el juez romano se sorprende al ver que ha expirado tan pronto<sup>4</sup>; pero tiene que ceder á la realidad del hecho incontestable. Tres horas de indecible martirio en la cruz ¿no eran bastantes para acabar con la vida del hombre más robusto y bien complexionado? ¿eran poco para matar á un hombre diez y ocho horas de agonías y tormentos? Pero, aunque así no fuera, la lanza asestada contra el costado de Jesús reconocido ya muerto, habría acabado de extinguir aquella vida preciosísima, si por acaso quedaba de ella escondida alguna chispa. Murió, pues, Jesús en realidad; pero murió como señor y dueño de la vida, dejándola momentáneamente nada más, para volverla á tomar á la hora decretada. *Tengo poder*, había dicho, *para dar mi vida, y tengo lo mismo para tomarla*

<sup>1</sup> Io. 10, 18.

<sup>2</sup> Luc. 23, 46.

<sup>3</sup> In Io. 84, in Brev.

<sup>4</sup> Marc. 15, 44.



otra vez: y este encargo lo he recibido de mi Padre<sup>1</sup>. ¿Veis, cristianos, cómo Jesús se acredita Hijo de Dios, así por su muerte como por su resurrección? Y ¿será preciso recordar aquí cómo cumple el Salvador su promesa de resucitar al día tercero de su muerte? ¿no lo sabe todo el mundo? ¿no consta del modo más incontestable que Jesús resucitó verdaderamente: *surrexit vere*<sup>2</sup>?

7. Muere otro sí Jesucristo como rey de la naturaleza, trastornando, para llamar fuertemente la atención del hombre, la leyes físicas que la débil razón humana se figura inmutables y superiores al mismo imperio soberano del Hacedor del mundo. Mas ¿quién puede con la historia en una mano y con la ciencia en la otra, desmentir los acontecimientos prodigiosos del Calvario? ¿qué esfuerzos de la ciencia escéptica han bastado para explicar esos sucesos como fenómenos del orden natural? Ciudad, si podéis, las leyes de la naturaleza según las cuales el eclipse central del sol debió verificarse en aquella época, en aquel día y aquella hora, siendo así que está científicamente demostrada su natural imposibilidad. Y, sin embargo, aquel hecho tuvo lugar á la faz del mundo entero que quedó sumergido en las tinieblas desde el mediodía hasta las tres de la tarde, por testimonio incontestable de San Mateo<sup>3</sup>. Decidme por qué tuvo lugar en el punto mismo en que exhalaba el último aliento el divino Crucificado aquel estremecimiento convulsivo de toda la naturaleza y el rajarse los peñascos y abrirse, cual si estallasen, los sepulcros, como si los elementos y las mismas piedras hubiesen querido manifestar su duelo por la muerte de su autor, habiéndose

<sup>1</sup> Io. 10, 18.    <sup>2</sup> Luc. 24, 34.    <sup>3</sup> Matth. 27, 45.

dose en efecto dejado oír aquel grito misterioso que refiere Plutarco: *¡El gran Todo ha muerto!*<sup>1</sup> Negad en fin ó explicad racionalmente, sin el concurso sobrenatural, cómo en aquel mismo instante en que los sepulcros lanzaban á los muertos, el velo del templo de Jerusalén se rasgaba de alto á bajo con universal espanto de los concurrentes, como en día de horrible cataclismo. La incredulidad, hermanos míos, después de haber agotado sus recursos para negar, falsificar ó tergiversar estos hechos portentosos, apoyados no sólo en la narración evangélica sino en la historia profana y en la tradición más respetable, no ha logrado más que exhibir su impotencia y mala fe, suministrando, como observa un moderno apologista, nuevas demostraciones de la divinidad del Redentor<sup>2</sup>. Más lógico un célebre sofista del siglo décimooctavo<sup>3</sup>, forzado por el cúmulo de rasgos maravillosos que rodean la muerte de Jesús, hubo de confesar: «Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios.»

8. ¿Queremos aun más pruebas de que el que ha muerto en esa cruz es, como lo reconoció el Centurión, el verdadero Hijo de Dios? Fácil es exhibirlas en las demás circunstancias de esa muerte excepcional. En efecto, advertid que muere exclamando: *Consummatus est*<sup>4</sup>, es decir, consumando en aquel punto, punto de partida de la nueva era de la humanidad, los oráculos repetidos en cuarenta siglos, cerrando el antiguo Testamento y abriendo el nuevo, calmando la ansiedad y

<sup>1</sup> Matth. 27, 51. Aug. Nicolás, Divin. de Jesucristo cap. 12.

<sup>2</sup> Ibid.    <sup>3</sup> Juan Jac. Rousseau, apud Aug. Nicolás l. c.

<sup>4</sup> Io. 19, 30.



el desasosiego de las antiguas generaciones, y fijando el porvenir de todas las generaciones modernas. Advertid que, mientras los reyes y los grandes hombres acaban su reinado con la muerte, el que aquí muere ajusticiado en infame patíbulo, empieza su reinado glorioso é interminable: *Regnavit a ligno Deus*<sup>1</sup>, atrayendo hacia el pie de su cruz á pueblos y monarcas, inteligencias y corazones, todas las grandezas humanas, así en el orden del espíritu como en el de la fuerza. Y todo esto se verifica exactamente según él lo había profetizado: *Cuando yo fuere levantado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas*<sup>2</sup>. Una muerte que, burlándose de la muerte misma, vencida por ella, ha podido decirle: *¡Oh muerte! ¿dónde está tu victoria? ¿dónde está tu aguijón?*<sup>3</sup> decid, hermanos carísimos, ¿no es la muerte que correspondía al Hijo de Dios, dado caso que él quisiera morir en naturaleza mortal? Pues bien; vamos todavía á admirar en esa aparente derrota un verdadero triunfo, reconociendo que si Jesús muere, es para hacer al hombre hijo de Dios, que es el asunto de la tercera parte.

## III.

9. Cuando llegó la plenitud de los tiempos, dice el Apóstol, envió Dios á su Hijo para que redimiese con su sangre á aquellos que vivían bajo el yugo de la ley, *á fin de que recibiésemos todos la adopción de hijos de Dios*<sup>4</sup>. Tal ha sido el designio del Señor al redimir al hombre, hacerlo de esclavo hijo de Dios. Pero diréis por ventura: ¿no lo era ya por el mero título de su creación, por haber sido formado á imagen y semejanza

<sup>1</sup> Eccl. in hymn.      <sup>2</sup> Io. 12, 32.      <sup>3</sup> I Cor. 15, 55.

<sup>4</sup> Gal. 4, 5.

del Criador? No, cristianos, á no ser en un sentido lato; porque la verdadera y propia filiación divina, siquiera sea de adopción, cual puede convenir á una pura criatura, requiere por título especial un cierto género de participación del ser divino, de otro orden muy distinto é infinitamente más subido que el simple orden de la naturaleza. Verdad es que el primer hombre pudo ya gloriarse de ser hijo de Dios en sentido propio; pero eso fué por haber sido gratuitamente levantado á aquella condición sobrenatural. Perdida la gracia original por el pecado, nacieron todos sus descendientes, á excepción de María santísima, *hijos de ira y maldición*<sup>1</sup>; y en ese miserable estado vivieron y murieron la mayor parte de los hijos de Adán, á los que las divinas Letras denominan para su confusión y oprobio *hijos de los hombres*<sup>2</sup>. Ved ahí al género humano dividido ya en dos grupos, pequeño el uno, el de los hijos de Dios, inmenso el otro, el de los hijos de los hombres: en este último grupo aparecieron dominándolo aquellos famosos gigantes, los grandes obreros de la primera civilización pagana. De aquí, con el olvido de Dios y hasta de las primeras tradiciones de la humana familia, con la degradación profunda en que vino á caer la humanidad, sobrevino nuevo diluvio universal de corrupción en que perecieron las almas, como antes habían perecido los cuerpos, y la filiación de Dios desapareció casi por completo, no quedando más que algunas pocas almas escogidas, como precioso germen de la futura regeneración.

10. En efecto, hermanos míos, ¿dónde encontrar en el hombre de la sociedad pagana, aun en su estado de mayor cultura material y moral, aquellos nobles rasgos

<sup>1</sup> Eph. 2, 3.      <sup>2</sup> Gen. 6, 2.



de la fisonomía de Dios, que atestigüen su divino abo-  
lengo? ¿dónde hallar algún hombre, uno siquiera<sup>1</sup>, de  
aquéllos que, según la enérgica frase de San Juan, *no  
de la carne y de la sangre, ni de la voluntad de varón,  
sino de Dios han nacido*?<sup>2</sup> Lo buscaríamos en vano allí  
donde, según la pintura de un testigo divinamente au-  
torizado para anatematizar los desórdenes de la sociedad  
griega y romana, la abominación del desenfreno había  
roto todos los diques, entregado al hombre sin pudor  
ni remordimiento á los más repugnantes excesos de la  
sensualidad<sup>3</sup>. En medio de aquel asqueroso cenagal que  
nos hace tocar el Apóstol San Pablo en el primer ca-  
pítulo de su carta á los romanos, decidme ¿cómo pu-  
diera encontrarse, á no ser manchada y hecha pedazos,  
la augusta imagen de un Dios todo espíritu, todo san-  
tidad? No, no hallaréis allí sino la imagen de Satanás,  
de quien ya todos los hombres eran hijos espurios,  
atentos á cumplir en todo los deseos y mandatos del  
infernál padre<sup>4</sup>. Dejad que venga al mundo el Verbo  
de Dios, Creador y Reparador del universo: dejad que  
á precio de sangre rescate en esa cruz á la desventurada  
raza esclavizada por Satanás y aherrojada con los grillos  
de sus mismas pasiones: dejad que expire en un patí-  
bulo llamando *Padre* al mismo Dios que tan duramente  
lo hiere, y entregando el espíritu en manos de su Pa-  
dre: dejad en fin que descienda ya exánime y des-  
coyuntado de la cruz.... ¡Oh! entonces sí veréis reflore-  
cer la vida moral, la vida del espíritu, y será reprimida  
hasta el heroísmo la rebeldía de la carne, y poblarán  
la tierra pacíficamente los nuevos hijos de Dios<sup>5</sup>. ¡Oh

<sup>1</sup> Rom. 3, 12.<sup>2</sup> Io. 1, 13.<sup>3</sup> Rom. 1, 24 sqq.<sup>4</sup> Io. 8, 44.<sup>5</sup> Matth. 5, 9.

triunfo incomparable! ¡oh victoria nunca vista! y el que  
tal hace, y el que obra, muriendo, tales prodigios de  
omnipotencia y de virtud ¿no será, como lo ha pro-  
clamado el Centurión, el verdadero, propio y natural  
Hijo de Dios?

II. ¡Oh, sí, carísimos oyentes! y el mundo moderno,  
el mundo de nuestros mismos días que pretende em-  
puñar el cetro de todas las ciencias, atestigüa nuestra  
fe con sus nuevos y vergonzosos extravíos. El mundo  
moderno rehusa tributar á Jesucristo el homenaje que  
reclama la dignidad de Hijo unigénito de Dios. Pero  
ese mundo desbarra miserablemente. ¿*Quién es*, dice  
San Juan, *el que vence al mundo, sino el que cree que  
Jesús es Hijo de Dios?*<sup>1</sup> Á esta fe está vinculada la  
victoria sobre las viles pasiones que hacen del hombre  
el ser más degradado, cuando, olvidando la nobleza de  
su condición, se deja arrastrar por ellas al abismo del  
desorden. Renegad de esa fe en Jesús Hijo de Dios,  
como ha renegado el mundo apóstata, y no tardaréis, por  
fuerza lógica inflexible, en veros avasallados por los prin-  
cipios y máximas del más repugnante sensualismo. De-  
jad que se amortigüe vuestra santa fe católica, y bien  
pronto la moral purísima del evangelio se verá reempla-  
zada en las costumbres por la asquerosa moral de Epi-  
curo. Y, lo que es aun más degradante, estas doctrinas  
infames, estigmatizadas por el fallo de toda conciencia  
honrada, se verán aparecer en las escuelas con preten-  
siones de sistemas científicos. Los hechos contemporáneos  
lo atestigüan. Y, supuesto que no son ni pueden ser  
hijos de Dios los esclavos de la carne y del pecado,  
es evidente que sólo á nuestra fe está vinculada la ver-

<sup>1</sup> I Io. 5, 5.



dadera filiación de Dios. Ahora, cristianos, que venís llenos de fe y amor á honrar los funerales del Hijo de Dios crucificado y muerto por nuestra salvación, volveos al Calvario y decid á Jesús con íntimo afecto de vuestra alma: Descended ya de esa cruz, divino Salvador nuestro: abandonad ya el campo de batalla para recoger por trofeos el amor de vuestros redimidos. Aquí tenéis el tributo de millares de corazones purificados por la virtud divina de vuestro sacrificio. Descended, pues, y acompañaremos vuestros sagrados despojos hasta el sepulcro nuevo donde, sepultados también nosotros con nuestros viejos vicios, aguardaremos en paz la hermosa aurora del nuevo día de la resurrección. Así sea.

### SEGUNDO SERMÓN DEL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

(predicado en la Catedral de San José de Costa Rica, el Viernes Santo de 1882).

Si Filius Dei es, descende.

Si eres Hijo de Dios, baja (de la cruz).

Matth. 27, 40.

1. ¡Cristianos! El sacrificio está consumado. La grande obra de la redención del género humano está concluída. El Redentor acaba de expirar sobre el altar de su voluntaria inmolación: yace exánime en la cruz. ¿No le veis? Es un hecho incontestable: no le queda ya resto de vida. Los ministros del Pretor han venido á reconocer el cadáver que José de Arimatea ha pedido para darle sepultura, y han vuelto satisfechos porque *le han visto muerto*<sup>1</sup>. Y un soldado, para más asegurarse, le ha

<sup>1</sup> Io. 19, 33.

traspasado con atroz lanzada el corazón.... ¡Misterio augusto é impenetrable á la débil razón humana, la muerte de un Dios! ¿Cómo? se dice sobresaltada y rebelde: ¿Dios morir? ¿El Criador de cielo y tierra por quien y para quien todo vive<sup>1</sup>, dejar de vivir? Y, si esto es cierto, ¿cómo no se hundan cielo y tierra? Y un cataclismo universal ¿por qué no rompe de una vez la armonía de la creación? ¿Cómo no queda sepultado el universo entre sus propias ruinas? Pero no... no nos dejemos abismar nosotros mismos en el piélago de nuestra ignorancia, ó, si se quiere, en este océano insondable de misterios. Antes bien, postrados, como María, al pie del sagrado leño, de hinojos como los fieles discípulos que, antes de recoger los divinos restos del Crucificado, los adoran con profunda reverencia, adoremos también nosotros el sacrosanto cuerpo pendiente de esa cruz: *Venite adoremus!* La fe, la humildad, la compunción nos dejarán entrever las altísimas verdades que para el orgullo vano y la curiosidad impía son tinieblas aun más espesas que las que en este instante empiezan á desvanecerse en derredor del Calvario. Digamos por tanto con la Iglesia: *Adorámoste, Cristo, y bendecímoste*, etc.

2. Satisfecha así la necesidad de dar una ligera expansión á nuestros sentimientos de fervorosos creyentes, vamos ahora á acompañar á los piadosos varones José y Nicodemus, que se disponen ya para descolgar de la cruz y dar honrosa sepultura al cuerpo del Señor. Después seguiremos el fúnebre cortejo hasta dejar á nuestro Padre en el lugar de su descanso. ¡Ojalá que las lágrimas de una sincera contrición honraran, más que la pompa exterior, los funerales del Dios crucificado!

<sup>1</sup> Regem cui omnia vivunt (Invit. offic. defunct.).



dadera filiación de Dios. Ahora, cristianos, que venís llenos de fe y amor á honrar los funerales del Hijo de Dios crucificado y muerto por nuestra salvación, volveos al Calvario y decid á Jesús con íntimo afecto de vuestra alma: Descended ya de esa cruz, divino Salvador nuestro: abandonad ya el campo de batalla para recoger por trofeos el amor de vuestros redimidos. Aquí tenéis el tributo de millares de corazones purificados por la virtud divina de vuestro sacrificio. Descended, pues, y acompañaremos vuestros sagrados despojos hasta el sepulcro nuevo donde, sepultados también nosotros con nuestros viejos vicios, aguardaremos en paz la hermosa aurora del nuevo día de la resurrección. Así sea.

### SEGUNDO SERMÓN DEL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

(predicado en la Catedral de San José de Costa Rica, el Viernes Santo de 1882).

Si Filius Dei es, descende.

Si eres Hijo de Dios, baja (de la cruz).

Matth. 27, 40.

1. ¡Cristianos! El sacrificio está consumado. La grande obra de la redención del género humano está concluída. El Redentor acaba de expirar sobre el altar de su voluntaria inmolación: yace exánime en la cruz. ¿No le veis? Es un hecho incontestable: no le queda ya resto de vida. Los ministros del Pretor han venido á reconocer el cadáver que José de Arimatea ha pedido para darle sepultura, y han vuelto satisfechos porque *le han visto muerto*<sup>1</sup>. Y un soldado, para más asegurarse, le ha

<sup>1</sup> Io. 19, 33.

traspasado con atroz lanzada el corazón.... ¡Misterio augusto é impenetrable á la débil razón humana, la muerte de un Dios! ¿Cómo? se dice sobresaltada y rebelde: ¿Dios morir? ¿El Criador de cielo y tierra por quien y para quien todo vive<sup>1</sup>, dejar de vivir? Y, si esto es cierto, ¿cómo no se hundan cielo y tierra? Y un cataclismo universal ¿por qué no rompe de una vez la armonía de la creación? ¿Cómo no queda sepultado el universo entre sus propias ruinas? Pero no... no nos dejemos abismar nosotros mismos en el piélago de nuestra ignorancia, ó, si se quiere, en este océano insondable de misterios. Antes bien, postrados, como María, al pie del sagrado leño, de hinojos como los fieles discípulos que, antes de recoger los divinos restos del Crucificado, los adoran con profunda reverencia, adoremos también nosotros el sacrosanto cuerpo pendiente de esa cruz: *Venite adoremus!* La fe, la humildad, la compunción nos dejarán entrever las altísimas verdades que para el orgullo vano y la curiosidad impía son tinieblas aun más espesas que las que en este instante empiezan á desvanecerse en derredor del Calvario. Digamos por tanto con la Iglesia: *Adorámoste, Cristo, y bendecímoste*, etc.

2. Satisfecha así la necesidad de dar una ligera expansión á nuestros sentimientos de fervorosos creyentes, vamos ahora á acompañar á los piadosos varones José y Nicodemus, que se disponen ya para descolgar de la cruz y dar honrosa sepultura al cuerpo del Señor. Después seguiremos el fúnebre cortejo hasta dejar á nuestro Padre en el lugar de su descanso. ¡Ojalá que las lágrimas de una sincera contrición honraran, más que la pompa exterior, los funerales del Dios crucificado!

<sup>1</sup> Regem cui omnia vivunt (Invit. offic. defunct.).



Pero, cristianos que me escucháis: si no ha de ser para nosotros esta santa ceremonia (quizás la más pomposa y concurrida entre todas) una estéril representación de nuestros venerandos misterios, ya que no oso persuadirme de que pueda ser para nadie ocasión de profanación y escándalo; si ha de dar los felices resultados que se propone la Iglesia católica: es preciso que, antes de tomar en brazos al divino ajusticiado para conducirlo al sepulcro, le roguemos encarecidamente que se digne descender al fondo de nuestros corazones, puesto que es Hijo de Dios que bajó del cielo para nuestra salvación: *Si Filius Dei es, descende...*<sup>1</sup> Allí, en el interior del alma, le necesitan nuestras multiplicadas miserias; allí le reclaman nuestras llagas; desde allí, como desde la profundidad de un sepulcro, le está llamando la voz de nuestra corrupción. Tal es el descendimiento espiritual de Cristo, de que intento hablaros hoy con ocasión del corporal descendimiento que con tanta piedad habéis venido á solemnizar. Porque ¿de qué nos serviría, carísimos hermanos, que el cuerpo de Jesús bajara de ese altar, si su espíritu no bajase también hasta el fondo de nuestros corazones? ¡Bajad, sí, Redentor adorable, bajad, divino médico, á curar esta alma enferma! No desdeñéis el inmundo sepulcro que vos sólo podéis purificar con el contacto de vuestros miembros sacratísimos. ¿No es verdad que sólo para darme vida descendisteis del cielo? Pues bien, ¡acabad la obra de vuestros descendimientos, así muerto como estáis, así despedazado y desnudo, que así precisamente os necesita mi orgullo, mi sensualidad, mi obstinación á vuestros santos llamamientos!

<sup>1</sup> L. c.

## I.

3. Atended, hermanos míos, á esta primera reflexión: Jesucristo ha descendido de lo alto de los cielos para llevar á cabo la obra magna de nuestro rescate. Tal es el dogma fundamental del cristianismo, consignado en las siguientes palabras del símbolo de nuestra fe: *Propter nos homines et propter nostram salutem descendit de caelis*<sup>1</sup>. Éste, pues, podemos llamar primer descendimiento del Hijo de Dios. Sí, hermanos míos, del Hijo de Dios, que, si tal no fuese Jesús, tampoco diríase que había descendido del cielo. El grande hombre que viene á la tierra con la luz del genio por guía para avasallarla é imprimirle impulso civilizador, no desciende, si no es en el ocaso de la vida; sube más bien cuando aparece su estrella por el oriente de su brillante carrera. El grande hombre no baja cuando nace, aunque nazca en un pesebre, sino cuando muere aunque muera sobre el trono. No así nuestro Salvador Jesús. Él marca su aparición en el mundo con un descenso prodigioso, incalculable, igual á la distancia de la tierra al cielo, de lo finito á lo infinito. Su descendimiento es tan grande, que bien pudo ser llamado por el Apóstol aniquilamiento<sup>2</sup>. Jamás monarca poderoso ha bajado tanto cayendo hasta rodar en el polvo desde el último peldaño del más encumbrado trono de la tierra. Si os colocarais en el astro más distante de la tierra, en el cenit del firmamento, y desde allí descendierais con la velocidad del rayo hasta dar en el fondo del océano, no bajaríais tanto como Jesucristo al tomar nuestra vestidura de carne en el seno de la Virgen. Oídlo de boca del Doctor de las naciones: *Exinanivit semet ipsum formam servi accipiens:*

<sup>1</sup> Symb. Nic. et Constantinop.<sup>2</sup> Phil. 2, 7.



al tomar la forma de siervo, la naturaleza del hombre, anonadóse á sí mismo, redújose á la nada.

4. Verdad es que, según la admirable expresión de San Agustín, permaneció en toda su grandeza de Dios, tomando la humanidad, el que había hecho al hombre: *Manens Deus accepit hominem qui fecit hominem*<sup>1</sup>; ó, como se explica el gran Papa San León, haciendo hablar al Padre Eterno en el Tabor: *Éste es mi hijo, el cual, permaneciendo en la forma de mi gloria, para ejecutar nuestro común designio de reparar al género humano, inclinó hasta la forma de siervo la divinidad inmutable*<sup>2</sup>; que tal ha sido siempre la purísima doctrina de la Iglesia acerca de las dos naturalezas de Cristo; — verdad es, repito, que nada ha perdido el Verbo Eterno, haciéndose hombre, de su inamisible majestad: pero, esto no obstante, su descendimiento ha sido real, y no de mera apariencia, toda vez que ha asumido en realidad y apropiádose nuestra miserable naturaleza servil. Ha descendido, pues, hasta igualarse con nosotros, bien como Adán, en sentido contrario, había querido subir hasta igualarse con Dios, verificándose así que la amarga ironía con que en el consejo de las divinas Personas se dijo: *He ahí á Adán hecho como uno de nosotros*<sup>3</sup>, pueda decirse con verdad del Adán nuevo, en el consejo del género humano agradecido y admirado de tamaño abatimiento. Sí, cristianos, bien podemos decir sin temor de exagerar: El Verbo de Dios, el nuevo Adán reparador se ha hecho como uno cualquiera de nosotros: *quasi unus ex nobis factus est*. ¿No es verdad que ha descendido prodigiosamente?

<sup>1</sup> Tract. 28 in Io.

<sup>2</sup> Hom. de Transfig. Domini, in Brev.

<sup>3</sup> Gen. 3, 22.

5. Cúmplenos ahora inquirir, hermanos míos, con qué objeto ha bajado tanto el Hijo del Altísimo *hecho semejante á los hombres*, como habla el Apóstol<sup>1</sup>. Ya lo ha declarado abiertamente el citado San León: para ejecutar el misericordioso acuerdo de la Redención humana<sup>2</sup>. *Propter nostram salutem*, como canta la Iglesia<sup>3</sup>: sólo, sólo por nuestra salvación. Y así era menester en hecho de verdad. Porque ¿cómo pudiera la turba de los hombres ver á Cristo sino en lugar humilde y abatido? discurre el Padre San Ambrosio<sup>4</sup>. Y, si ver no podía á Cristo, Hijo de Dios, ¿hubiera podido ver al mismo Dios? *Á Dios*, dice la Escritura, *nadie le ha visto, pero ni es posible que le vea*<sup>5</sup> el ojo humano, no ya solamente el ojo de la carne, pero ni siquiera el de la inteligencia. Hombre ninguno, ni el más sabio entre los sabios, llámese Platón ó Aristóteles, ha sido capaz de conocer á Dios en sí y en su propia esencia: *El unigénito Hijo que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado á conocer*<sup>6</sup>. Y es porque Dios habita en un trono de luz inaccesible á las miradas de toda criatura. Siendo, pues, tal nuestra incapacidad de conocer á Dios, á lo menos con luz bastante para andar por el camino de la salvación, como toda la Escritura lo atestigua y lo enseñan la experiencia y la razón, ¿á qué preguntar ya por el motivo del descendimiento del Verbo? Si él no hubiese misericordiosamente descendido hasta el *valle hondo y obscuro* de nuestra naturaleza, ¿no permaneceríamos hasta hoy sepultados en tinieblas? Si el bienhechor astro del día no hiciera penetrar sus rayos en la obscura

<sup>1</sup> Phil. 2, 7.

<sup>2</sup> Ubi supra.

<sup>3</sup> Symb. Nic. et Constantinop.

<sup>4</sup> Lib. 5 in Luc. cap. 6.

<sup>5</sup> Io. 1, 18. Tim. 6, 16.

<sup>6</sup> Io. 1, 18.



grieta donde se esconde el insecto, ¿podiera éste subir hasta el solio del rey de la luz para arrancarle una centella? Creedme, carísimos hermanos, era preciso que el Sol divino viniese á disipar nuestra ceguera y á iluminarnos con sus inefables claridades para que pudiésemos vislumbrar siquiera los incomprensibles arcanos de la naturaleza y ser de Dios. Por eso, dice el Evangelista, desciende Jesús á los enfermos, ya que ellos no pueden subir hasta la altura, y, como expone San Ambrosio, baja hasta ellos para sanarlos de la fiebre de la liviandad y curarlos de la afrentosa ceguera del espíritu<sup>1</sup>.

6. ¡El hombre enfermo no podía subir hasta la morada de su celestial médico! ¡La mísera humanidad caída en languidez mortal, en el abatimiento de sus propios vicios, no era capaz de procurarse siquiera el remedio de sus males! Todo tenía que bajarle del cielo, el médico y la medicina, la vida y el autor de ella! *Yo soy*, decía Jesucristo, *la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá eternamente*<sup>2</sup>. ¿Crees esto? preguntaba el Señor á Marta. ¿Lo creéis vosotros, católicos oyentes? Y ¿cómo dudarle? ¿Por ventura no es ésta la creencia salvadora del género humano? ¿no es ésta la fe que arrancó á Lázaro del sepulcro? ¿no es ésta la base verdadera y sólida de esa grande é impercedera civilización que á boca llena llamamos cristiana? Pues, si así lo creéis, exclamad con la iluminada Marta delante del sepulcro de Lázaro: *Sí, Señor, yo he creído y creo que tú eres Cristo Hijo de Dios vivo, que has*

<sup>1</sup> Et ideo quemque in inferioribus sanat, hoc est, a libidine revocat, iniuriam cæcitatís avertit (S. Ambros. l. c.).

<sup>2</sup> Io. 11, 25. 26.

*venido á este mundo*<sup>1</sup>. ¿Para qué fin sino para dar vida al mundo?<sup>2</sup> Esta confesión, hermanos míos, es la sola que puede salvarnos. Jesucristo, la víctima del Calvario, es el Hijo de Dios vivo, no ya por adopción y por un modo de hablar figurado, ni aun antonomástico, sino por naturaleza propia, por consustancialidad con el Padre: la vida que ha venido á dar al mundo, esto es, á los hombres, no es sólo exterior y temporal, ni es tampoco cierta manera ó condición individual ó política, mejor y más perfecta que la que antes tuvieron; es todo eso y mucho más, porque es una forma de existencia espiritual, forma divina que penetra hasta las profundidades del espíritu humano, tornándole grato á los ojos de Dios, de quien era mirado con horror, y resucitándole de muerte eterna á vida inmortal y bienaventurada. Si no tuviera este carácter la Redención humana, el gran misterio que hoy celebra el cristianismo sería ciertamente el acontecimiento más grandioso y memorable de la historia por sus inmensos resultados sobre la faz de las naciones; no pasaría, empero, de los límites del orden natural, y su autor no sería más que un hombre, el más grande entre los grandes hombres, es verdad, pero no digno de sentarse á par de Dios, ni de compartir con él las adoraciones de todas las criaturas. Y, sin embargo, esto es Jesucristo Redentor, de quien cantaban millones de millones de ángeles y bienaventurados: *Digno es el Cordero que ha muerto de recibir la fortaleza y la divinidad... suyo es el poder y la gloria por siglos de siglos*<sup>3</sup>. Y el cristianismo ¿qué vendría á ser sin aquella rotunda confesión: *Tu es Christus Filius Dei vivi*? Por más que se quiera engrandecerle, el cris-

<sup>1</sup> Io. 11, 27.

<sup>2</sup> Io. 6, 33.

<sup>3</sup> Apoc. 5, 12. 13.



tianismo viene á tierra si se le despoja de su propio carácter divino y sobrenatural en todo el rigor de la palabra. Tiempo es ya, cristianos, de rechazar todo equívoco, todo ese fárrago de expresiones ambiguas con que ha pretendido cierta escuela impía sorprender la candidez de muchas almas.

7. No os paguéis demasiado, y sea ésta la ocasión de decirlo, de ciertas frases ampulosas y sonoras, pero huecas, con que acostumbran los solapados enemigos de la Iglesia encomiar en libros y periódicos al cristianismo y á su autor. Ni debéis fiaros tampoco de ciertos cuadros relumbrantes y pinturas novelescas del Redentor y su Pasión, de la sublimidad de su doctrina y de la magnitud de su obra gigantesca, con las cuales pretenden sus autores aparecer á los ojos de los incautos como entusiastas discípulos del divino Maestro. No vacilan en apellidarle divino, y ¿por qué no, si en él, según su lenguaje altisonante, se encarna lo divino más que en ningún otro mortal? Ni le escatiman los epítetos de libertador, creador del código más bello de moral, fundador de la religión absoluta y autor de la transformación más grande y trascendental que han visto las edades.... Entre tanto no los oiréis afirmar nunca con la franqueza sencilla del verdadero cristiano: *Vere Filius Dei erat*: Jesús era realmente Hijo de Dios<sup>1</sup>. Pues bien, amados fieles, tened en cuenta la siguiente regla que nos da el Apóstol de la divinidad de Jesucristo, San Juan, para discernir con criterio seguro el espíritu de Dios del espíritu del mundo, la verdad del error: *En esto se conoce el espíritu de Dios: Todo aquél que confiesa que Jesucristo ha venido al mundo en carne, tiene*

<sup>1</sup> Math. 27, 54.

*el espíritu de Dios; y todo espíritu que divide y destruye á Jesús no es de Dios*<sup>1</sup>. Más claro todavía en las siguientes palabras: *Quienquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, está en Dios y Dios en él*<sup>2</sup>. Sólo una confesión tan categórica como ésta puede servir de argumento para reconocer al cristiano verdadero y discernirlo del apócrifo y falso, hoy principalmente que, como en los tiempos del Apóstol, se han multiplicado por todas partes los pseudoprofetias, los apóstoles de falsos Cristos fabricados al capricho en el cuño de la orgullosa crítica racionalista. Los herejes, decía San Agustín, no alcanzan á entender la divinidad de Cristo ni en los Profetas ni en el mismo evangelio<sup>3</sup>. Perdonad, amados oyentes, si para apercibiros contra los insidiosos amaños de la moderna incredulidad, me he divertido al parecer del asunto principal de mi discurso. Tiempo es ya de continuarlo en la segunda parte.

## II.

8. Si el Verbo de Dios descendido hasta la tierra ha de salvarnos realmente, devolviéndonos la vida verdadera, como verdadero y propio Hijo de Dios, necesario es, hermanos carísimos, que baje hasta nosotros así como lo veis en ese madero de ignominia, desnudo, despedazado, muerto. *Si Filius Dei es, descende...*<sup>4</sup> Porque no es la nube luminosa del Tabor la que nos ha de salvar precisamente, sino la afrentosa obscuridad del Calvario. *Cuando yo fuere elevado de la tierra*, había dicho el Redentor, hablando de su exaltación en la cruz, *atraeré hacia mí todas las cosas*<sup>5</sup>. Es decir que

<sup>1</sup> 1 Io. 4, 2. 3.

<sup>2</sup> Ibid. v. 15.

<sup>3</sup> S. August., tr. 48 in Io.

<sup>4</sup> L. c.

<sup>5</sup> Io. 12, 32.



la victoria sobre el infierno, el mundo y el pecado estaba reservada en los consejos de la Sabiduría infinita, al poder misterioso de la cruz, esto es, á las humillaciones del Verbo Encarnado. Nada nos importa tanto, amados fieles, como el penetrarnos bien de esta altísima verdad. La gloria del Salvador puede ser para nosotros, como lo es para muchos espíritus, objeto de admiración estéril: sus humillaciones, sus padecimientos, su muerte de cruz son lecciones divinas que, bien aprendidas y practicadas, nos darán algo más que vana admiración é inútil entusiasmo, nos harán salvos en realidad de verdad, santificándonos en la presencia de Dios<sup>1</sup>.

9. Considerad, en efecto, la razón del misterio del Dios humanado, del Dios crucificado y muerto, según las Escrituras, la cual hallaréis no ser otra que la salud del mundo. *Qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit...*, canta la Iglesia en el Símbolo. Si Dios se ha dignado hacerse hombre, pudiendo redimirnos de otro modo, ha sido por causa de *nosotros los hombres*, á fin de que, viéndole y palpándole en nuestra misma naturaleza, nos fuera hacedero el imitarle. ¿Podríamos acaso copiarle en su forma divina, ni aun en sus obras humano-divinas? No por otra causa ha padecido, según estas palabras del Apóstol San Pedro: *Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas*<sup>2</sup>. Porque á la verdad, ¿de qué nos aprovecharía su infinita grandeza, su perfección incomparable, si nos fuese imposible la imitación de sus virtudes? ¿nos bastará para salvarnos creer en él, con fe sin obras, con fe muerta? ¿acaso no necesitamos obrar

<sup>1</sup> In sanctitate et iustitia coram ipso (Luc. 1, 75).

<sup>2</sup> 1 Petr. 2, 21.

como él, amar á Dios como él, guardar sus mandamientos, según él mismo nos lo tiene enseñado<sup>1</sup>? Por eso, si su doctrina es celestial y sublime, como arroyo que corre de aquella fuente de sabiduría infinita, sus ejemplos son para nosotros la escuela práctica donde debemos aprenderla. Podréis tal vez no comprender la profundidad de la doctrina; pero no podréis excusaros de seguir las huellas marcadas con su sangre en la vía dolorosa.

Y esto es lo importante, cristianos: seguir á Jesucristo, seguirle, no al Tabor, sino al Calvario, marchar en pos de él con la cruz al hombro y el corazón desgarrado y la voluntad sacrificada, negarse no sólo á todo lo terreno y carnal, sino á sí propio, á sus propias inclinaciones y juicios<sup>2</sup>. Quien no siente valor para morir con Jesucristo, poco medra con vocear en seductoras frases la sublimidad de la doctrina del Redentor. La religión de Cristo es práctica, como lo es la verdadera religión, y así su moral debe resplandecer en las obras; y lo más subido y perfecto de esa moral es, como bien sabéis, la abnegación llevada hasta el sacrificio. Muriendo á sí mismo alcanza el hombre la vida celestial y divina. *Si Cristo ha muerto por todos*, dice San Pablo, *es para que todos vivan, mas no para sí mismos, sino para Aquél que por ellos ha muerto*<sup>3</sup>. Y por lo que á mi toca, continúa diciendo, *libreme Dios de gloriarme en otra cosa que no sea la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo lo estoy para el mundo*<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Si diligitis me, mandata mea servate (Io. 14, 15).

<sup>2</sup> Luc. 9, 23.

<sup>3</sup> 2 Cor. 5, 15.

<sup>4</sup> Gal. 6, 12.



10. Esta reflexión, hermanos míos, os hará comprender la guerra á muerte que ha jurado el mundo á Jesucristo, y por tanto la inconcebible aberración, tan común en nuestros días, de querer conciliar extremos irreconciliables como la luz y las tinieblas, Belial y Cristo Jesús<sup>1</sup>. Y es imposible reconciliar á Jesucristo con el mundo, porque éste no ha querido jamás reconocer á Jesucristo, ó se ha engañado torpemente cuando ha dicho que le conocía. *Mundus eum non cognovit*, afirma San Juan<sup>2</sup>; porque el mundo, no siendo en sustancia otra cosa que la sabiduría carnal y terrena de que habla el Apóstol<sup>3</sup>, no tiene ojos para ver aquella Luz eterna, cuyos puros resplandores le deslumbran y ciegan, por más esfuerzos que haga para mirarla cara á cara y medirla con los cálculos de su mezquina crítica. Y el misterio de la cruz es cabalmente lo que más atormenta á la ciencia mundana, lo que la desespera y confunde por inexplicable, por ser lo que más abiertamente pugna con sus falsos principios basados en el orgullo, en la sensualidad, en la adoración del hombre. Pero Dios, como enseña el grande Apóstol, se ha burlado de los falsos sabios antiguos y modernos. *¿Dónde está aquí el filósofo? ¿dónde, el escriba? ¿dónde, el investigador de este siglo? ¿No es verdad que Dios ha confundido con la locura de la cruz la sabiduría de este mundo?*<sup>4</sup> Para los sabios filósofos de Grecia, apasionados de la ciencia de las causas de las cosas, no menos que de la belleza de las formas, el cuadro de un Dios crucificado entre ladrones, escarnecido, despedazado y muerto, era una repugnante necedad, indigna de hombres serios que

<sup>1</sup> 2 Cor. 6, 14.<sup>2</sup> Io. 1, 10.<sup>3</sup> 1 Cor. 1, 10.<sup>4</sup> 1 Cor. 1, 20.

han formado un concepto digno de la divinidad. Para los judíos, acostumbrados á ver al Dios del Sinaí fulminando entre nubes tempestuosas y arrasando ejércitos enemigos y ciudades criminales é impías, una revelación de Dios sin milagros deslumbrantes era una burla, un escándalo. ¿Qué dirán, pues, los que, á guisa de griegos y judíos, se han formado una idea de Dios á su manera, en el molde de sus tradiciones y preocupaciones humanas, al presentarles á Cristo crucificado diciéndoles: He aquí la salud y la vida del mundo: *Ecce lignum crucis, in quo salus mundi pependit?* ¿he aquí la virtud, la fortaleza y la sabiduría de Dios? ¡Qué desconcierto! ¡qué golpe para el orgullo de quien presumía poseer la ciencia de Dios! No le queda otro partido razonable que cerrar los ojos y doblar la cabeza en humilde adoración.

11. Y esto es todo cuanto necesitamos para salvarnos. Sí, carísimos hermanos, depongamos nuestro orgullo y nuestra vanidad ante la cruz del Redentor, y seremos ensalzados en el día de la visitación<sup>1</sup>. Él ha bajado del cielo para curar esas llagas de nuestra sensualidad y soberbia. Y las curará con el contacto milagroso de sus llagas sacratísimas. ¡Miradle ya cuál baja de ese leñitoso y afrentoso de la cruz en brazos de los piadosos varones José de Arimatea y Nicodemo! ¡Con qué lágrimas y sollozos van desclavando las divinas manos y los pies que tantos pasos anduvieron para nuestro remedio! ¡Con qué ternura van quitando la corona de espinas hincada en su adorable cabeza! ¡Cómo bañan todo el santo cuerpo con el riego de su llanto y le dejan finalmente en el regazo de la adolorida Madre!

<sup>1</sup> 1 Petr. 5, 6.



Allí le adoraremos en compañía de los fieles discípulos y de las piadosas mujeres, y heriremos nuestros pechos con el golpe de la contrición. ¡Caiga en presencia de un Dios despedazado y muerto el ídolo de nuestra hinchazón! ¡Desaparezca el fantasma de nuestra vanidad! ¡Queden cicatrizadas las llagas de nuestra concupiscencia! Para nosotros, iluminados con la gracia de la vocación cristiana, la necesidad de la cruz es la única sabiduría verdadera, la debilidad de la pasión y muerte de un Dios, el argumento incontrastable del poder divino; beber una gota del cáliz del dolor y de la humillación de Cristo es felicidad y gloria; morir con él es prenda de resurrección á vida inmortal y bienaventurada. Así sea.

### LAS SIETE PALABRAS DEL REDENTOR EN LA CRUZ

(sermón predicado en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, 1895).

Ascendamus ad montem Domini, et docebit nos vias suas.

Subamos al monte del Señor, y nos enseñará sus caminos.

Is. 2, 3.

#### INTRODUCCIÓN.

I. ¿Por qué corren en tropel las gentes hacia el monte de la Calavera? Agitada y convulsa está la ciudad santa: Jerusalén no es ya visión de paz, sino teatro de motín, campo de sangre y de blasfemia. Verdaderamente hoy puede afirmarse, aunque por motivo muy diverso, lo mismo que lloraba Jeremías: *Vie Sion lugent*<sup>1</sup>: De luto están las calles que conducen á Sión. Todos desamparan los alrededores del templo para lan-

<sup>1</sup> Thren. 1, 4.

zarse extramuros de la ciudad y arremolinarse en la cumbre del Gólgota. Vase allí á ejecutar una justicia nunca vista. Clavado en una cruz entre dos famosos malhechores cuelga, desnudo á la faz de cielo y tierra, el celeberrimo Profeta de Judea, aquél á quien los pueblos aclamaron entre vítores y hosanas Hijo de David y Enviado del Señor, el obrador de portentos nunca oídos, el maestro por excelencia, el suspirado Mesías, Jesús Nazareno, Rey de los judíos. ¡Qué espectáculo! Jamás lo viera igual Jerusalén, el mundo... Jamás se presentó otro semejante á las miradas del cielo... Justicia, sacrificio, injusticia, sacrilegio, adoración, blasfemia, todo fué allí gigantesco, desmedido, de proporciones infinitas, ya monstruosas, ya sublimes. Nunca se vieron reunidos en un hecho mayor grandeza con mayor villanía, ni bondad más grande con malicia más horrenda. Nunca fué tan oscura la maldad humana, ni brilló tan clara y resplandeciente la bondad divina. ¡El Calvario! ¡Ah! el monte santo, empapado con la humeante sangre del Cordero de Dios, el monte profanado con las inmundas pisadas de una multitud ebria de sangre y sedienta de deicidio. ¡El Calvario! ¡altar del sumo y verdadero sacrificio, cátedra de la verdad, escala mística del cielo, nuevo y más bello paraíso!

2. Vamos también nosotros al Calvario: *Ascendamus ad montem Domini*. Nosotros ya sabemos bien lo que allí pasa. Después de casi veinte siglos del suceso, la escena del Calvario está tan viva y palpitante como si tuviera lugar hoy mismo, á nuestros ojos. Pero ¡cuán diversamente iluminada! Sobre ella se proyectan los rayos de la fe, que dejan ver y contemplar á cada uno de los personajes que allí figuran, en su verdadero ser y con su propio traje y colorido. El nubarrón que en-



Allí le adoraremos en compañía de los fieles discípulos y de las piadosas mujeres, y heriremos nuestros pechos con el golpe de la contrición. ¡Caiga en presencia de un Dios despedazado y muerto el ídolo de nuestra hinchazón! ¡Desaparezca el fantasma de nuestra vanidad! ¡Queden cicatrizadas las llagas de nuestra concupiscencia! Para nosotros, iluminados con la gracia de la vocación cristiana, la necesidad de la cruz es la única sabiduría verdadera, la debilidad de la pasión y muerte de un Dios, el argumento incontrastable del poder divino; beber una gota del cáliz del dolor y de la humillación de Cristo es felicidad y gloria; morir con él es prenda de resurrección á vida inmortal y bienaventurada. Así sea.

### LAS SIETE PALABRAS DEL REDENTOR EN LA CRUZ

(sermón predicado en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, 1895).

Ascendamus ad montem Domini, et docebit  
nos vias suas.

Subamos al monte del Señor, y nos enseñará  
sus caminos.

Is. 2, 3.

#### INTRODUCCIÓN.

I. ¿Por qué corren en tropel las gentes hacia el monte de la Calavera? Agitada y convulsa está la ciudad santa: Jerusalén no es ya visión de paz, sino teatro de motín, campo de sangre y de blasfemia. Verdaderamente hoy puede afirmarse, aunque por motivo muy diverso, lo mismo que lloraba Jeremías: *Vie Sion lugent*<sup>1</sup>: De luto están las calles que conducen á Sión. Todos desamparan los alrededores del templo para lan-

<sup>1</sup> Thren. 1, 4.

zarse extramuros de la ciudad y arremolinarse en la cumbre del Gólgota. Vase allí á ejecutar una justicia nunca vista. Clavado en una cruz entre dos famosos malhechores cuelga, desnudo á la faz de cielo y tierra, el celeberrimo Profeta de Judea, aquél á quien los pueblos aclamaron entre vítores y hosanas Hijo de David y Enviado del Señor, el obrador de portentos nunca oídos, el maestro por excelencia, el suspirado Mesías, Jesús Nazareno, Rey de los judíos. ¡Qué espectáculo! Jamás lo viera igual Jerusalén, el mundo... Jamás se presentó otro semejante á las miradas del cielo... Justicia, sacrificio, injusticia, sacrilegio, adoración, blasfemia, todo fué allí gigantesco, desmedido, de proporciones infinitas, ya monstruosas, ya sublimes. Nunca se vieron reunidos en un hecho mayor grandeza con mayor villanía, ni bondad más grande con malicia más horrenda. Nunca fué tan oscura la maldad humana, ni brilló tan clara y resplandeciente la bondad divina. ¡El Calvario! ¡Ah! el monte santo, empapado con la humeante sangre del Cordero de Dios, el monte profanado con las inmundas pisadas de una multitud ebria de sangre y sedienta de deicidio. ¡El Calvario! ¡altar del sumo y verdadero sacrificio, cátedra de la verdad, escala mística del cielo, nuevo y más bello paraíso!

2. Vamos también nosotros al Calvario: *Ascendamus ad montem Domini*. Nosotros ya sabemos bien lo que allí pasa. Después de casi veinte siglos del suceso, la escena del Calvario está tan viva y palpitante como si tuviera lugar hoy mismo, á nuestros ojos. Pero ¡cuán diversamente iluminada! Sobre ella se proyectan los rayos de la fe, que dejan ver y contemplar á cada uno de los personajes que allí figuran, en su verdadero ser y con su propio traje y colorido. El nubarrón que en-



volvía todo el cuadro se ha desvanecido enteramente. Cada objeto aparece ya bañado de su propia realidad, sombría ó luminosa. Del centro del cuadro parte un haz de rayos más brillantes que los del sol de mediodía; nunca más radiante la faz del Redentor que en los momentos en que parece va á eclipsarse su gloria para siempre. El Hijo de Dios, el Inmortal por naturaleza y por derecho expira en un patíbulo, el más infamante de todos los patíbulos; pero muere rodeado de tales circunstancias, que aquel ocaso entre arreboles de oro y púrpura es la más bella y sublime ostentación de los atributos de la divinidad en la naturaleza humana. El Horeb y el Sinaí palidecen ante los esplendores del Calvario. Las palabras que en la cruz pronuncia el Salvador, son otros tantos rayos de luz que iluminarán á la humanidad por todo el curso de su peregrinación á través del desierto de la existencia terrestre. Ellas le mostrarán la ruta de la felicidad verdadera. Las siete palabras del Maestro son, como las siete antorchas del gran candelabro, otros tantos focos de verdad consoladora. Siete sellos guardan los libros de los sagrados, impenetrables misterios; pero, gracias á las palabras de la Sabiduría Encarnada, poseemos ya las siete llaves de los oráculos eternos, y el gran libro de la Redención se abrirá ante nuestros ojos. *Dignus es, Domine, accipere librum et aperire signacula eius*<sup>1</sup>.

3. No hay, entre las obras de Dios, sacramento más recóndito, hasta para los mismos ángeles, que el de la Redención: *misterio escondido desde la eternidad*, llámalo San Pablo<sup>2</sup>. Pues bien, ése es el grande y profundísimo misterio iluminado por las siete palabras del

<sup>1</sup> Apoc. 5, 9.

<sup>2</sup> Col. 1, 26.

Redentor agonizante, que por última vez se digna revelar á los hijos de los hombres las altísimas verdades en que él mismo es actor y parte principal. ¿Quién sino Él podría declararnos lo que se verifica en el Calvario? Por tanto, Señor, ¿á quién volveremos nuestros ojos sino á Vos? ¿á quién escucharemos en este gran día de la expiación y de la misericordia sino á Vos que tenéis palabras de vida eterna<sup>1</sup>? Hablad, Señor, que ansiamos escucharos. Venimos á meditar en lo íntimo de nuestro corazón vuestras sagradas palabras: venimos á recibir vuestras últimas lecciones. ¡Dadnos la gracia de comprenderlas de un modo eficaz para nuestra salvación! ¡Penetradnos de su verdad como con una espada de dos filos! Vuestra palabra, guardada con entrañable amor y respeto en nuestras almas, como la guardó María, producirá abundante cosecha de piedad y virtud cristianas. ¡Caiga en tierra blanda y fértil la divina semilla de estas palabras misteriosas, más elocuentes que todos los ríos de oro de la elocuencia humana!

#### PRIMERA PALABRA.

*Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt* (Luc. 23, 34).

*Victima y sacerdote: sacrificio y oración.*

1. Entonces... cuando el furor había llegado á su colmo, desbordado y sin diques toda la malicia de las humanas pasiones; entonces... cuando judíos y romanos, propios y extraños, vecinos de Jerusalén y peregrinos que pasan por la falda del Calvario, unen sus voces de maldición, escarnio y blasfemia en horrísono coro de infernal armonía para insultar al desvalido, blasfemar de

<sup>1</sup> Io. 6, 69.



Dios y burlarse del Mesías; entonces... cuando el vaso de la ira divina está á punto de rebosar, cuando la copa de oro de la venganza celeste agitada por la mano del ángel va á derramarse sobre la tierra maldita: entonces es cuando alza Jesús la desmayada voz, alzando al mismo tiempo al cielo airado los nublados ojos, y.... ¡Guay de ti, generación de víboras! ¡estremécete, tierra de maldición! ¿vas acaso á perecer, abrasada con nuevos incendios, ó ahogada con segundo diluvio? ¿vas á ser borrada del cuadro de la creación? ¡Ah! ¡no! no temas, por más que lo merezcas... Jesús no maldice, sino ruega; no pide venganza para sus verdugos, para los pecadores: pide perdón, perdón y misericordia para todos: *Pater, dimitte illis!* ¡Padre, perdónalos! ¡Oh palabra hasta entonces nunca oída! exclama San Bernardo<sup>1</sup>: ¡Oh palabra sublime, digna solamente del que es palabra sustancial del Padre! *O verbum summi Patris Verbo conveniens!* Saboreemos, amados oyentes, la suavidad de cada una de sus sílabas. *Padre*, dice, Padre mío, por quien eres, por quien soy, dame una gracia, la gracia que te pido antes de entregar en tus manos mi espíritu. Perdona á mis verdugos y atormentadores: perdona á los inicuos jueces y á los testigos perjuros, á los príncipes y al pueblo, á judíos y gentiles. Una misma excusa los ampara á todos, porque un mismo velo de ignorancia los envuelve: todos me han desconocido, ninguno de ellos sabe lo que hace: *Non enim sciunt quid faciunt.* ¡Oh generoso y misericordiosísimo abogado! ¡Cuán solícito te muestras de la salvación de tus feroces enemigos! Con súplica llena de misericordia apartaba de ellos la muerte sempiterna, dice San Agustín<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Tract. de Pass. Domini 47.

<sup>2</sup> In Ep. 1 lo.

Á la voz de su sangre que clama por las cien bocas de sus llagas abiertas, junta el clamor penetrante de su corazón que se abre paso por sus entreabiertos labios, y añade el peso de su valimiento irresistible. No hubo jamás abogado tan solícito, ingenioso y diestro para salvar á su cliente del suplicio, como lo fué Jesucristo para librar de muerte eterna á sus verdugos. Resume en pocas palabras cuantos argumentos puede un Dios acumular en favor de los reos del deicidio: la dignidad del que intercede y ruega, que es el mismo Hijo de Dios; el amor de aquél á quien suplica, de un Dios que es padre; el mérito de una súplica que no sale de los labios sino mientras que brota la sangre y corre, en expiación, de todas las venas. ¿Qué más? ¿hay algo que alegar todavía en favor del delincuente? ¡Ah! la benignidad del manso Cordero encuentra un título, una circunstancia siquiera atenuante del delito, la ignorancia del reo, aunque afectada, mejor dicho, su estúpida locura.

2. Tal es el sentido literal de la primera palabra. Esforcémonos á comprender todo el misterio que encierra, y la doctrina que enseña. El dogma y la moral, la redención del mundo y lo más heroico de la caridad cristiana, todo se ilumina con la luz de la primera cláusula del testamento del Hombre-Dios. Hora solemne, cual ninguna en toda la serie de los siglos, era aquella de la crucifixión de Cristo en el monte de la mirra. Hora de expiación tremenda y reconciliación suavísima, en la cual el gran Pontífice de la nueva Alianza, revestido con la roja túnica de su propia sangre, penetraba en el Sancta Sanctorum del amor divino para inmolar en sí mismo la única víctima que había de santificar con una sola oblación al infinito número de los peca-



dores<sup>1</sup>. La sangre saltaba á borbotones de todos los poros de la sagrada Víctima, porque, según la sentencia divina, *sin efusión de sangre no hay perdón*<sup>2</sup>: cinco arroyos, corriendo de otras tantas fuentes de salvación, dejaban casi exangüe el sagrado cuerpo del Redentor. Pero era preciso añadir al sacrificio la plegaria: clamaba la inocente sangre con más elocuencia que la del justo Abel, aunque en sentido opuesto; pero también debía clamar la lengua, la mirada, el corazón...<sup>3</sup> ¡Oh misterio de infinita ternura y caridad! ¡Oh cuadro grandioso, al par que tierno, de la amorosa economía de Dios para con el hombre! La cruz no es ya el patíbulo del ajusticiado; es el ara sacrosanta donde se ofrece el sacrificio augusto que ha de reconciliar al mundo, es el estrado donde el abogado del género humano criminal ha perorado victoriosamente nuestra causa, arrancando á la divina justicia el perdón universal de todas nuestras penas y delitos. Por eso no es sólo por los que le rodean, como rabiosos lobos, por quienes alza la oración al Padre; es por todos cuantos en cualquier grado y manera tuvieron participación en su muerte desde Adán hasta el postrero de los pecadores que existirán sobre la tierra<sup>4</sup>; es por todos nosotros, que ¡desgraciados! pusimos también en él nuestras sacrílegas manos<sup>5</sup>. ¡Ay! ¿quién de nosotros y quién de cuantos hombres han existido desde el principio del mundo pudiera asegurar con el santo Daniel: *Mundus sum a sanguine huius*<sup>6</sup>: Ninguna parte me cabe en el delito por el cual se derrama esta sangre? ¿No deberemos

<sup>1</sup> Hebr. 10, 14.<sup>2</sup> Hebr. 9, 22.<sup>3</sup> Hebr. 12, 24.<sup>4</sup> Dimitte illis, id est: Dimitte Græcis, Iudæis, peregrinis, barbaris, omnibus omnino (S. Chrysost., Hom. in Matth.).<sup>5</sup> 1 Io. 2, 2.<sup>6</sup> Dan. 13, 46.

exclamar por el contrario, llorando con el desventurado Judas: *Peccavi, tradens sanguinem iustum*<sup>1</sup>: Pequé, por eso se derrama la sangre de este Justo? ¡Ah! cristianos, día es éste de recogimiento, de compunción y lágrimas: lloremos, gimamos bajo el peso de nuestras graves culpas, y aprovechemos esta hora de universal perdón. ¡Ay! que no contentos con crucificarle una vez con el pecado de origen, le hemos crucificado otras cien veces con nuestros enormes crímenes personales... Y, á pesar de tanta malicia y tanta obstinación ¿todavía alegrará Jesucristo en favor nuestro la disculpa de nuestra ignorancia? ¡Oh Jesús amoroso! Y ¡cuán cierto es que la pasión nos ciega, que el interés nos ofusca y la ambición nos deslumbra para no ver, cuando pecamos, la gravedad de nuestros extravíos y el horror de nuestros desórdenes! Alegad, alegad que somos ciegos, que no sabemos lo que es ofender á un Dios tan grande, á un Padre tan amable, á un Señor tan poderoso. Y mientras Vos hacéis bajar del cielo el perdón de nuestras culpas, nosotros queremos aprovechar vuestras lecciones y vuestro sublime ejemplo, perdonando de todo corazón á nuestros enemigos.

3. Ésta es, amados fieles, la lección moral que Cristo dicta al mundo desde la cátedra de la cruz, momentos antes de morir. ¡Padre, perdónalos! ¡Hombres, perdonad como yo perdono á todos! ¡Sí, perdón, perdón universal! ¡olvido general de agravios! ¡paz en las conciencias, paz en la sociedad! ¡amor y concordia entre todos los hijos de un mismo Padre que está en los cielos, entre todos los hermanos de un mismo Cristo que está muriendo en una cruz! ¿No son éstos motivos

<sup>1</sup> Matth. 27, 4.



bastante poderosos para inducirnos al perdón? ¿Hay aquí algún agraviado? ¿hay alguna alma rencorosa y sedienta de venganza? Deponga aquí sus iras, arroje al abismo del olvido sus rencores, que no es bien jurar venganzas cuando Jesús pide perdones. ¡Cristianos! la gran ley del cristianismo es la caridad, y lo más heroico de ésta es el perdón de las injurias. La caridad se funda en el amor del Padre celestial, en la fraternidad de todos los hombres en Jesucristo: esto significa la expresión de *Padre* empleada por el Redentor al implorar el perdón de sus asesinos. Comprendamos en este gran día tan saludable lección, lección que, aprendida y aplicada, ha dulcificado las costumbres, ha extinguido la barbarie. ¡Ojalá que esa divina enseñanza, aprendida y aplicada hoy mismo por todos los fieles de esta católica nación, extinga para siempre el fuego infernal de las discordias, ya domésticas, ya políticas, y, fundando en bases sólidas el reinado de la paz entre nosotros, aleje eternamente los estragos de las contiendas fraticidas!

## SEGUNDA PALABRA.

*Hodie mecum eris in paradiso* (Luc. 23, 43).

*La Redención aplicada á un pecador, rechazada por otro.*

I. ¡La Redención! ¡magnífico misterio, océano de luz en sí, pero insondable en sus aplicaciones! Por todos ha orado Cristo moribundo, sin excluir de su oración al infame ladrón que agoniza á su izquierda. Por todos ruega, como por todos ofrenda su vida<sup>1</sup>. ¿Por qué el infeliz no se convierte? ¿Por qué no es perdonado y no le alcanza aquel jubileo general otorgado en este día á todos los pecadores? ¡Ah! no ciertamente por

<sup>1</sup> 2 Cor. 5, 15.

falta de poder ó de misericordia en el Redentor, que no en vano extiende los brazos á derecha é izquierda, al bueno y al malo, para abrazarlos á todos. ¿Por qué, pues? Nada más que por un prodigio de rebeldía, obstinación é impenitencia de parte del precito. Cristo oró por todos, verdad es; y también que su ruego no pudo menos de ser eficaz, porque fué escuchado en atención á la dignidad del divino suplicante<sup>1</sup>; pero no es menos cierto que la eficacia de sus ruegos no exime al pecador de la necesidad del arrepentimiento. ¡Ay del pecador en quien no hace eco la pasión de Cristo! ¡Desventurado el que no siente el aguijón del dolor, el que no cree siquiera en la necesidad de recabar el perdón! ¡Ay del que aun en la hora suprema sólo piensa en lo presente, olvidado completamente de lo eterno! Tal fué el descreído y malaventurado ladrón que, situado á la siniestra de la Cruz de Jesús, mezclaba sus blasfemias con los baldones del pueblo, y en son de burla, tratándole de mentido Profeta y falso Mesías, le decía: *Si tu es Christus, salvum fac te met ipsum et nos*<sup>2</sup>. Si fueras el verdadero Cristo, te salvarías tú mismo y nos pondrías á nosotros en salvo. Nada de fe, nada de arrepentimiento, ni la más ligera idea de la salvación del alma. No piensa el desdichado más que en escapar con vida para seguir la carrera de sus latrocinios y maldades. ¿Podía en tal situación de ánimo obtener misericordia? ¡Ah! mis amados hermanos, la conversión es obra de la gracia, pero de la gracia correspondida, no de la gracia rechazada. Y el hombre tiene el triste poder de resistir á las sugerencias más apremiantes de la bondad divina, porque es dueño de su querer y no

<sup>1</sup> Hebr. 5, 7.

<sup>2</sup> Luc. 23, 39.



querer. ¡Terrible soberanía de la voluntad, que tantas responsabilidades apareja! Mas dejemos ya al obstinado, presa de su desgracia voluntaria, y contemplemos al dichoso malhechor que expira á la derecha de Jesús.

2. Horrorizado de los impíos dicerios que vomitaba su infame compañero de suplicio contra el Señor moribundo, no puede contener su indignación y la pena que le causa el desalmado. ¿Cómo, le dice, y así te atreves á blasfemar de un inocente? ¿Ni tú temes á Dios, viéndote en el mismo tormento? <sup>1</sup> Pase que ellos no lo teman y le insulten, embriagados en su victoria y libres de todo penar; pero ¡que tú los imites en medio de agonías y colgado de esa cruz! ¿Cómo no empiezas siquiera en estos últimos momentos de la vida, á temer á Dios y arrepentirte? ¿cómo añades á tus delitos la crueldad? Y en seguida reconoce y confiesa sus pecados, al par que la inocencia del Señor: *Nosotros á la verdad padecemos con justicia, porque llevamos la pena bien merecida por nuestros delitos; pero éste ¿qué mal ha hecho?* ¡Sí, éste padece con nosotros, mas no como nosotros! Nosotros somos culpados, y él es inocente; y, sin embargo, ¡él sufre sin quejarse! Y luego, volviéndose al mismo Salvador, con voz doliente, contrito el corazón y la frente inclinada de vergüenza, dícele, no una, sino muchas veces: *Señor, acordaos de mí cuando llegareis á vuestro reino: Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum.* ¡Oh grande y magnífico alarde de la gracia del moribundo Redentor! He ahí que empieza á descorrerse el velo del Santuario de la Redención: conviértese un gran pecador como primicias y anuncio de la conversión del mundo entero <sup>2</sup>. He ahí

<sup>1</sup> Luc. 23, 40.

<sup>2</sup> S. Cyrillus.

al glorioso triunfador del pecado, destruyendo la muerte espiritual en el punto mismo en que le place morir corporalmente. *Mortem nostram moriendo destruxit* <sup>1</sup>.

3. Admiremos la prodigiosa trasformación moral del buen ladrón obrada en un instante por fuerza de la gracia. ¿Quién dirá después, que esa fuerza no es verdaderamente sobrenatural? Trasfórmase el afortunado Dimas de pecador perdido en fervoroso penitente, de salteador de caminos en predicador y apóstol, de vil ajusticiado en confesor y mártir de la divinidad de Cristo, de ladrón, en fin, de la tierra en robador del cielo. Los santos Padres y Doctores de la Iglesia no acaban de ensalzar sus heroicas virtudes. Todos esos títulos de Confesor, Apóstol y Mártir no se crea que son exagerados por el entusiasmo. Porque, como discurren Teofilacto, San Gregorio, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Bernardo y muchos otros, el buen ladrón convertido adquiere en un momento todas las virtudes: el temor de Dios, la fe, la esperanza, la caridad de Dios y del prójimo, la resignación y la paciencia, el celo, la humildad, la fortaleza... <sup>2</sup> ¿Quiérense más joyas para labrarle una corona de las más brillantes? Entre todas esas virtudes, ¿quién no admira los esplendores de aquella fe de subidísimos quilates, como dice Belarmino <sup>3</sup>? Bien pudiera decirle el Salvador como á la Cananea: *Magna est fides tua* <sup>4</sup>. Y de hecho, ¿á cuántos no salvó la fe, según el testimonio del mismo Salvador? Miradle allí enclavado en su cruz: ligado de manos y pies no tiene

<sup>1</sup> Eccl. in Præf. cruc.

<sup>2</sup> P. Ventura Ráulica, Il tesoro nascosto, hom. 30.

<sup>3</sup> Titubaverant qui viderant mortuos suscitantem: credidit qui vidit in cruce pendentem (S. Aug.).

<sup>4</sup> Matth. 15, 28.



libre de dolores el infeliz crucificado más que la lengua y el corazón<sup>1</sup>; y dócil á la divina inspiración, ofrece al Señor cuanto tiene libre, el corazón y la lengua, los únicos miembros de que podía disponer; y así, conforme á lo que escrito está<sup>2</sup>, creyendo de corazón, se justifica, y, confesando en alta voz, obtiene la salvación. Cree que es Rey inmortal y que va á entrar en posesión de su reino, como Dios, aquél que ve moribundo junto á sí; espera tener parte, como lo pide, en ese mismo reino; ama, y con tal ardor de caridad que no sufre ver ultrajado á su Señor, y, por ver de convertir á su hermano, le reprende. ¡Oh fe maravillosa que abres los ojos del alma para ver lo invisible, y sueltas la lengua para confesar á Dios! ¡Oh fe de donde brotan los más santos y heroicos pensamientos! ¡Oh fe engendradora de virtudes! Iluminado por esta luz el buen ladrón, como pondera el gran Crisóstomo, ve á Jesucristo en la cruz, y le ruega cual si lo viese sentado en el trono de los cielos; lo ve colgado de un infame madero, y lo aclama por Rey; lo ve expirando en medio de tormentos, y adóralo cual si estuviera en la gloria. *Videt in cruce, et rogat quasi sedentem in caelis; videt condemnatum, et regem invocat; videt in tormentis, et tamquam in gloria adorat*<sup>3</sup>.

4. ¿Qué respondéis, oh buen Jesús, á esta valerosa confesión y á este devoto ruego de vuestro compañero de suplicio? ¿Lo desoiréis acaso? ¡Ah Señor! Vos no sabéis menospreciar á ningún corazón contrito y humillado, según lo aseguró vuestro Profeta<sup>4</sup>: Vos no estáis

<sup>1</sup> S. Greg., Moral. 18.      <sup>2</sup> Rom. 10, 10.

<sup>3</sup> S. Chrys., Hom. de Cruc. et Latr., apud Ráulica l. c.

<sup>4</sup> Ps. 50, 59.

en esa cruz sino para acoger en vuestro seno á los pobres pecadores que se acogen á Vos. Por eso no hacéis esperar vuestra respuesta al pobrecillo ladrón, hecho ya un santo. *Amen dico tibi: hodie mecum eris in paradiso: De verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.* ¡Oh palabra digna del dulce y misericordioso Jesús! ¡Qué veloz corre la misericordia! exclama San Amadeo<sup>1</sup>. Más tarda la oración del que suplica que el premio del que remunera. Y ¡qué premio tan colmado! *Hoy*, dice Jesucristo al ladrón, hoy mismo, sin aguardar á mañana, disfrutarás conmigo de las delicias del paraíso, como compañero en el triunfo, ya que lo has sido en el campo de batalla! ¡Tú que has sido mi colateral en el patíbulo, serás el precursor de mi victoria!<sup>2</sup> El humilde penitente no había pedido á Jesús más que un recuerdo, un pensamiento en medio de su gloria<sup>3</sup>, y el generoso Señor le promete que estará en su compañía, que lo hará partícipe de su misma felicidad en el lugar de las delicias celestiales. Por un momento de servicio Jesús le concede una eternidad de recompensas. Pues ¿qué recompensa más gloriosa que la de estar con Cristo? Porque donde está Cristo, dice San Ambrosio, allí está necesariamente la vida y el reino y la felicidad. *Oh quam gloriosum est regnum in quo cum Christo gaudent omnes sancti!*<sup>4</sup> Entre ellos se cuenta el afortunado ladrón de la gloria, alternando con los Patriarcas y Profetas, Apóstoles y Mártires.... ¡Qué portentos los de la gracia! ¡qué maravillas las que ha obrado la Redención! ¿Y no aspiraremos también nosotros á ocu-

<sup>1</sup> De Bono Latrone.      <sup>2</sup> Arnald, Abb.

<sup>3</sup> Rogabat ut memor esset (S. Ambros.).

<sup>4</sup> Ecl. in fest. Omn. Sanct.



par un lugar en el paraíso? En la persona del buen Dimas Jesús lo ha prometido á todos, con la sola condición de imitar á este dichoso y sincero penitente: si el demonio arrojó á Adán del paraíso terrenal, el nuevo Adán ha abierto á todos los pecadores arrepentidos el paraíso celestial<sup>1</sup>. Apresurémonos á entrar por esas puertas tantos siglos cerradas, y hoy abiertas con la llave de la cruz: acojámonos á la diestra del Salvador y roguémosle con el buen ladrón que se acuerde de nosotros y haga mercedes á su pueblo. *Memento nostri, Domine, in beneplacito populi tui*<sup>2</sup>.

TERCERA PALABRA.

Mulier, ecce filius tuus! Deinde dicit discipulo: Ecce mater tua!  
(Io. 19, 26. 27.)

*Cooperación á la obra de la Redención: la dispensación maternal y la misión de la mujer.*

1. Jesús, el mejor de los hijos y próximo á morir, no podía mirar con indiferencia la suerte de su amada madre, que con tanto dolor como ternura le acompañaba allí cerca de la cruz<sup>3</sup>, no podía alejarse de ella para siempre y dejarla en la orfandad. He ahí el significado literal de la tercera palabra que articuló el Redentor: *Mulier, ecce filius tuus!... Ecce mater tua! Mujer, ve ahí á tu hijo: Juan, mira ahí á tu madre.* Al discípulo amado con predilección le recomienda que cuide de su madre, que mire por ella y su regalo, como si lo fuera de él: y á María le señala y da por hijo al hijo suyo, al amigo fidelísimo, al Apóstol más lleno de ternura y más resplandeciente de pureza virginal. Así cumple el buen Jesús con sus deberes de hijo, dándonos á todos

<sup>1</sup> S. Leo M.

<sup>2</sup> Ps. 105, 4.

<sup>3</sup> Io. 19, 25.

ejemplo y lección elocuentísima de amor y reverencia filial. ¡Incomparable madre de tal hijo! ¡Felicísimo discípulo á quien cupo la suerte de recibir á María en calidad de madre por legado y testamento del mismo Jesucristo! ¡Oh, y quién pudiera participar de la rica herencia de Juan! ¡Quién lograra tener á María, á la Madre del mismo Dios, por propia y verdadera madre! ¡Quién pudiera servirla como á tal, y merecer sus favores! ¡Albricias, cristianos! Nosotros tenemos todos esa dicha. El designio de Jesús no es ya un enigma. La Iglesia ha visto en la persona del amado discípulo el representante de toda la humanidad redimida; y en la Mujer, la mujer por antonomasia así llamada por Cristo en el Calvario, *Mulier*, ha reconocido también la corredentora del género humano, la segunda Eva, la verdadera Madre sobrenatural de todos los vivientes. Meditemos en esta verdad consoladora.

2. La Redención, mis amados oyentes, no se había de realizar, según el plan divino, por la acción sola de la Divinidad, sino también por la cooperación de la criatura. ¿Qué necesidad tiene Dios de ser coadyuvado en la ejecución de una obra toda suya, y efecto del poder de su brazo? Ninguna ciertamente; y así, la cooperación del hombre en la obra divina, obedece únicamente á la suave y eficaz ordenación de aquella Providencia que: *Attingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter*<sup>1</sup>. Habiendo Dios de salvar al hombre, ha querido hacerlo por el hombre, según atestiguan á una voz las divinas Letras. *Envío Dios al mundo á su Hijo, formado y nacido de mujer... para redimir á los que vivían debajo de la ley*<sup>2</sup>. Pudiendo,

<sup>1</sup> Sap. 8, 1.

<sup>2</sup> Gal. 4, 4 sq.



pues, salvar al hombre sin descender á la tierra, ha querido bajar á ella y revestirse con los viles harapos de nuestra naturaleza; pudiendo hacerse hombre por un simple acto de su voluntad, como hizo al primer hombre, sin el concurso de ningún otro agente, ha dispuesto hacerlo en el seno y de la sangre virginal de una mujer y con el concurso de la libre voluntad de la que escogía por madre. ¡Misteriosa economía de la grande obra del Altísimo! *Quis novit sensum Domini?*<sup>1</sup> Aparece, pues, María cooperando en primer término á la obra divina de la Encarnación, que no es sino la Redención iniciada en Nazaret para consumarse en el Calvario. He aquí la razón de la presencia y aun de la intervención de la misma Virgen singular en los misterios que se perfeccionan en la cima del monte santo de la expiación. Sin ella no se había empezado la reparación humana, sin ella tampoco había de darse por concluida. María, la Mujer, ocupaba en el Gólgota el puesto que la Sabiduría infinita le había señalado al lado de Jesús, del Hijo del hombre. Jehovah lo había dispuesto así desde el origen de la creación: *Non est bonum esse hominem solum: faciamus ei adiutorium simile sibi*<sup>2</sup>. Hablaba del primer hombre, no en tiempo sino en dignidad, hablaba de Cristo, nuevo Adán, y acordaba darle en la mujer por excelencia, en la mujer bendita entre todas las mujeres, una auxiliadora que le fuese en todo semejante: *adiutorium simile sibi*. ¡Ah! ¡no estaría bien que el Redentor expirase sobre la cruz en perfecto aislamiento, que no se hallase allí una madre que le aliviase á lo menos con la expresión de sus ojos arrasados en lágrimas! Y sí está bien, muy bien,

<sup>1</sup> Rom. 11, 34.<sup>2</sup> Gen. 2, 18.

que María vele el sueño mortal de su divino Hijo, al pie del lecho en que agoniza: *Stabat mater dolorosa iuxta crucem lacrimosa dum pendebat Filius*<sup>1</sup>. María, la criatura más semejante, más idéntica á Jesús, la más madre de todas las madres, le ayudará á soportar el peso de las iniquidades del mundo criminal, á beber el cáliz del desamparo del Eterno Padre y de la infidelidad de sus amigos, á apurar la amarga copa de la muerte. No morirá con él, y éste será su más atroz martirio; pero inmolará también su vida, ofreciendo la de su Hijo por la salud del mundo. Será, pues, auxiliadora eficaz del Redentor; será corredentora con él; será madre de los hombres, así como lo es de Jesús; será dispensadora universal de los tesoros de gracia adquiridos en aquella jornada. ¿No es esto lo que quiso decirle el Señor con aquella palabra de mística ternura: *Mujer, ve ahí á tu hijo?* ¿No hablaba con nosotros cuando decía al discípulo: *Ahí tienes á tu madre?* ¡Ah, sí, no lo dudemos, cristianos: éste es el sentimiento de toda la Iglesia, sentimiento bien apoyado en la sabiduría y en la misericordia, que son el sello de las disposiciones de Dios.

3. Porque, en efecto: ¿qué cosa más conforme á la sabiduría de Dios que disponer la reparación de una manera análoga al modo como había tenido lugar la caída? Así lo piensa el piadoso San Bernardo. *Ecce si vir cecidit per feminam, iam non erigitur nisi per feminam*<sup>2</sup>. Cayó el hombre por la influencia funesta de la seducida mujer; mas ya no se levantará de su caída sino por la mano de la mujer fuerte y bendita. ¡Alegraos,

<sup>1</sup> Eccl. in fest. Sept. Dolor. B. V.<sup>2</sup> Hom. 2 super *Missus*.



oh padres del género humano! Corre, Eva, á María; corre, madre, hacia tu hija: ella responderá por ti, ella borrará tu oprobio. Y tú, infeliz Adán, muda ya la expresión de inícuca excusa en voz de acción de gracias; y, en vez de decir: «La mujer que me diste me dió de comer fruto de muerte», dí: «Señor, la mujer que me diste me brindó el fruto de vida, y ese fruto dulcísimo me ha resucitado.»<sup>1</sup> El fruto, hermanos míos, está allí pendiente del árbol de la cruz; y María, empapada en la sangre que de él mana, nos presenta ese fruto dulcísimo para comunicarnos la vida eterna y verdadera. ¡Bendito el fruto de tu vientre! Y ¡bendita tú entre las mujeres!<sup>2</sup> Por otra parte ¡qué designio tan lleno de misericordia! Hacer intervenir en la dispensación de la gracia la mano de una madre, interesar en la salvación del hombre el corazón maternal, ¿no es dar á la Redención una nueva eficacia, decisiva algunas veces por su misma suavidad? ¿No es el cariño puro y santo de una madre, no es su imagen indeleble en el corazón del hombre, lo que hace de éste un héroe superior á todas las flaquezas, vencedor en las luchas del corazón con el deber? ¡Ah! ¿qué no podrá en el pecho cristiano el amor de una madre como María, correspondido con otro amor como el de Juan? ¡Arrójate, pecador, en brazos de tu Madre, antes que vayas á dar en los de la desesperación! ¡Acógete, miserable corazón, al regazo de tu madre, y tendrás valor y energía para combatir con el infame placer que te seduce! Hombre, niño, mujer, corred todos á María: la hallaréis al pie de la cruz, orando y llorando por vosotros, como suele hacerlo una madre por sus hijos. Orar y llorar: he ahí

<sup>1</sup> Hom. 2 super *Missus*.

<sup>2</sup> Luc. 1, 28.

la vida de las madres, más que vida, agonía; pero agonía que aparta al hijo de las sendas de la muerte.

4. ¡Mujer, he ahí á tu hijo! Al designar Jesús con este nombre general á su querida madre, lastimando á primera vista su corazón, ¿no habrá tal vez tenido en mira hacer extensiva hasta cierto punto la gloriosa misión de la maternidad á todas las mujeres de la nueva era, á todas las que habían de seguir las huellas de María? No parece otra cosa, cristianos, sobre todo al reparar en ese grupo de piadosas mujeres que acompañan á María, sosteniéndola en su acerbo dolor. *Stabant autem... et soror matris eius, Maria Cleophae, et Maria Magdalene*<sup>1</sup>. ¡Sí, piadosas mujeres cristianas, virtuosas madres de familia y vírgenes sagradas! Todas podéis y debéis aspirar al honor de esta sobrenatural maternidad, asociándoos al ministerio de gracia de la Madre de los pecadores, inflamándoos en su celo y trabajando activamente en la obra de Dios, que es la obra de la salvación de los humanos. Y, pues el honor discernido á María se extiende á todas sus santas compañeras de angustia al pie de la cruz, haceos dignas de pertenecer á ese grupo de Marías, acompañando en sus dolores á Jesús representado en la persona de los pobres, huérfanos, enfermos, menesterosos de toda clase. ¡Sed madres por la caridad, sed hermanas de Jesús, sed fieles compañeras de la Madre de dolores!

#### CUARTA PALABRA.

*Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* (Matth. 27, 46.)

*El desamparo de Dios, sufrido por el Redentor en pena del pecado.*

1. Jesús, el amable Redentor, no ha desamparado al pecador que le invocaba, ni ha dejado huérfana á la

<sup>1</sup> Io. 19, 25.



pobre humanidad, á quien legaba por madre á la suya propia, la piadosísima María. Y á Jesús ¿quién lo ampara en su desolación? ¿quién lo acompaña en aquella vasta soledad de la cruz? ¡Ah! parece que el desamparo ha llegado á su colmo, hasta rayar en lo imposible. Las densas luctuosísimas tinieblas que se han ido extendiendo hace tres horas sobre toda la tierra, sobre-cogiendo de terror los ánimos más esforzados, han despoblado el Calvario, y han hecho huir despavoridos á los mismos sayones, no quedando al pie del patíbulo más que los soldados de guardia y el grupo de las santas mujeres. El cielo está de luto: el sol ha ido también á esconderse, y la luna teñida de sangre ha corrido á reunirsele, como para llorar juntas aquellas dos lumbreras del firmamento, el eclipse del Sol de Justicia en aquel día trocado en noche lúgubre. También la sacrosanta Víctima está envuelta en frío manto de tinieblas. Su alma sacratísima lo está más aún, porque está hundida en noche de horrible desamparo. Entonces fué cuando, rompiendo el largo silencio de tres horas, y saliendo de altísima contemplación, dió aquella gran voz, significativa de profundos misterios: *¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado?* No es voz de queja, dice el Padre San Agustín, sino palabra de gravísima enseñanza: *Vox ista doctrina est, non querela.* Es la expresión de todos los dolores, principalmente internos, del Salvador, y juntamente de todos los dolores y lágrimas de nuestra pobre naturaleza abrumada de pecados y miserias<sup>1</sup>. ¡Ah! ¿quién pudiera penetrar en el fondo de aquel desamparo impenetrable á toda inteligencia creada? Grandes son los misterios que encierra

<sup>1</sup> Vox ipsa magni est expositio sacramenti (S. Leo M.).

esta palabra, y no menos importantes las lecciones que enseña. Procuremos alcanzar algo de unos y otros con la devota consideración.

2. Jesús se ve, en efecto, abandonado en lo más recio de sus penas, no sólo de los hombres y de los ángeles, sino hasta del mismo Dios. ¿Cómo pudo esto suceder? No ciertamente en lo interior del alma del Hombre-Dios, porque ni la Persona del Verbo desamparó jamás á la humanidad que había asumido para siempre, ni la Persona del Padre podía dejar á la del Hijo, con quien es consubstancial, ni, en fin, pudo faltarle á Cristo el amor de su Eterno Padre, que lleno de complacencia miraba el sacrificio de su Hijo obedientísimo. En el Calvario, lo mismo que en el Tabor, Jesús era el Hijo muy amado en quien el Padre se complacía soberanamente<sup>1</sup>. Y no obstante la grandeza de ese amor, el Padre, obrando según todo el rigor de su justicia, deja al Hijo soportar todo linaje de afrentas y torturas en la santa humanidad, le abandona á todo el furor de enemigos despiadados que le despedazan, cual lobos carniceros, y hasta permite que cargue sobre él, victorioso por el momento, el poder infernal de las tinieblas. Y, por más que la sensibilidad se queje, y el corazón lance agudísimos gemidos, y suba al cielo el clamor del paciente, el Padre severo no le atiende ni alarga la diestra para socorrerle. ¿No fué éste un género de horrible desamparo? *Dicitur Deus eum deseruisse, quia potestati persequentium eum exposuit*<sup>2</sup>. Y el Padre San León en términos semejantes dice: *Quasi quædam derelictio fuit, ubi nulla fuit in tanta necessitate exhibitio virtutis.* ¿Qué mayor abandono de parte de la

<sup>1</sup> Marc. I 11.

<sup>2</sup> Gloss. in Matth.



omnipotencia que esconderle su virtud en necesidad tan extrema? Aquí se cumplieron al pie de la letra las palabras proféticas del Salmista: *Cargad sobre él, oprimido, pues Dios mismo lo ha desamparado*<sup>1</sup>. Pero ¿puede Dios desamparar al justo perseguido? ¿No asegura expresamente lo contrario la palabra divina?<sup>2</sup> ¿No afirma el Profeta David que: *jamás llegó á ver un justo desamparado de la Providencia*<sup>3</sup>? ¡Ah! cristianos, aquí es donde debemos escudriñar el misterio del desamparo de Cristo, misterio que no es otro sino el de la Redención. *Posuit (Deus) in eo iniquitatem omnium nostrum*<sup>4</sup>.

3. ¿Por qué Cristo es desamparado de su mismo Padre? ¿Por qué ese grito lastimero: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Él mismo pregunta á Dios el por qué, no quejándose de su justicia, sino despertando nuestra atención para investigar el motivo de este inaudito y, al parecer, inexplicable abandono. Tal es el pensamiento de San León<sup>5</sup>. Y añade el santo Doctor: «Sepa el mundo entero, reconozca el hombre que la causa del desamparo de Cristo fué el haberse hecho Redentor nuestro, no por efecto de miseria y flaqueza, sino de infinita misericordia; fué el haberse cubierto con la divisa del pecador y haber tomado á su cargo la satisfacción de nuestras culpas.» No le faltara el socorro divino, si Él mismo no hubiese decretado expirar así privado de todo alivio para hacer colmada y superabundante nuestra Redención. Era que Jesús representaba al viejo Adán, al hombre de pecado, y éste era crucificado con Cristo, según dice el Apóstol: *Vetus homo noster simul crucifixus est*<sup>6</sup>; por eso sufría

<sup>1</sup> Ps. 70, 11.<sup>2</sup> Sap. 10, 13.<sup>3</sup> Ps. 36, 25.<sup>4</sup> Is. 53, 6.<sup>5</sup> Serm. 17 de Pass.<sup>6</sup> Rom. 6, 6.

el abandono que justísimamente merecía el pecado. El abandono de Dios, hermanos míos, es el más terrible, pero también el más justo de los castigos del pecado. Al desdén voluntario, al horrible menosprecio que el hombre hace de su Criador y de su Dios, corresponde en buena ley el abandono del hombre por parte de Dios. Pero ¡cuán espantoso no es este castigo! Él solo constituye un verdadero infierno, dado caso que éste consiste esencialmente en la reprobación de Dios y el apartamiento eterno del Sumo Bien. Entendedlo, desgraciados pecadores, que no teméis abandonar á vuestro Dios para entregaros á un vil deleite, á un vicio detestable. ¡Contemplad la desolación y la amargura en que ha puesto á Jesús el abandono de su Padre, nada más que por hallarse revestido de la semejanza y traje del pecador! ¿Qué será del pecador mismo, qué será de aquél con quien el pecado, penetrando en la medula de los huesos, se ha identificado hasta el punto de hacer odiosa al Criador la misma obra de sus manos? *Odio sunt Deo impius et impietas eius*<sup>1</sup>. ¿Y qué, si á esta especie de odio y abandono, común á todo pecador y efecto de toda culpa grave, se añade aquel otro especialísimo, aquella suerte de olvido total con que Dios, en lo más riguroso de su ira, parece que deja de su mano á ciertos grandes pecadores, dignos por su fría obstinación, del mayor de los castigos de la divina justicia? Éste es aquel abandono espantoso en que caen ciertas almas endurecidas en el mal, acostumbradas al sacrilegio, al desprecio de Dios y de la Iglesia, henchidas de orgullo y satisfechas, al parecer, de su estado miserable, emancipadas de toda ley, y por eso mismo

<sup>1</sup> Sap. 14, 9.



marcadas de antemano con el negro sello de la impenitencia final. ¡Qué suerte tan horrenda!

4. Pero ¿será que Dios abandona definitivamente al pecador, de manera que no le quede al desgraciado esperanza alguna de remedio ni tabla de salvación? ¿Hay algún hombre condenado ya absolutamente en vida? No, cristianos; por más que llegue á merecerlo nuestra refinada malicia, no lo consiente así la clemencia divina, gracias al abandono voluntario que sufrió el Redentor. Oíd al eminente Doctor de la Iglesia San Cipriano: *Derelictus est Dominus, ne nos derelinquamur; derelictus est, ut a peccatis æternaque morte liberemur*<sup>1</sup>. Precisamente por eso ha sido Él desamparado para que no lo fuésemos nosotros; ha sufrido el abandono para librar-nos á nosotros del pecado y de la muerte eterna. Nadie, pues, se arroje en brazos de la desesperación, por enormes que sean sus delitos; porque á nadie, mientras viva, se le cierran las puertas del perdón, á nadie se niegan las gracias suficientes. Cuando otra gracia no quedase al pecador, quedárale el recurso á su Dios crucificado, quedárale el poder de clamar al Redentor: ¡Señor, no me abandones para siempre! ¡acógeme en el seno de tu misericordia, por aquel desamparo con que moriste en la cruz!

QUINTA PALABRA.

*Ut consummaretur Scriptura, dixit: Sitio* (Io. 19, 28).

*La sed del Redentor, aplacada con la fe y el amor de los verdaderos hijos de la Iglesia.*

1. Después que Jesús ha rogado por nosotros, ofreciendo á su Padre por nuestra salvación su sangre y sus lágrimas; después que nos ha abierto el paraíso y

<sup>1</sup> Tract. de Pass., apud *Ráulica* l. c. hom. 31.

dádonos por madre y refugio á su dolorosísima Madre; después que ha apurado hasta las heces, por nosotros también, la amarga hiel del desamparo de su mismo Padre: ¿qué le resta por hacer para dar por terminado el gran negocio de nuestra Redención? El holocausto del divino Cordero sin mancilla está á punto de consumarse con el último suspiro de la Víctima, abrasada en la hoguera ardentísima de su propia caridad: la aplicación de los méritos del sacrificio á la salvación del pecador está hecha, y la promesa del Eterno de no anegar al género humano en el diluvio de la eterna perdición ha resonado ya por los ámbitos del cielo: *Nequaquam ultra interficietur omnis caro aquis diluvii*<sup>1</sup>. ¿Por qué, pues, no exclama todavía el Salvador: *Consummatum est*: Todo está terminado? ¡Ah! cristianos, el Evangelista, testigo ocular de estos sucesos, es también intérprete de sus misterios. *Ut consummaretur Scriptura, dixit...* Quedaba aún por cumplirse una profecía: *In siti mea potaverunt me aceto*<sup>2</sup>, y Jesucristo quería llenar la medida de su amor, completando su Pasión hasta en los menores detalles, conforme lo había ofrecido él mismo: *Un ápice de la ley no quedará sin cumplirse*<sup>3</sup>. Era preciso que Jesús agonizante manifestase en acento lastimero la horrible sed que le quemaba las entrañas, y que verdugos desalmados le arrimasen á los labios una esponja empapada en vinagre, así para que nada faltase al cúmulo espantoso de los tormentos del Redentor, como para que la crueldad de los hombres resaltase en el contraste con la generosidad del Hombre-Dios. He aquí, hermanos míos, por qué pronuncia Jesús aquella penetrante y desgarradora palabra: *Sitio*, ¡Tengo

<sup>1</sup> Gen. 9, 11.

<sup>2</sup> Ps. 68, 22.

<sup>3</sup> Matth. 5, 18.



sed! ¡Ay! ¿quién, que no fuese un bárbaro ó un demonio, no se habría movido á compasión del sediento moribundo? ¿Quién de nosotros no hubiera corrido á ofrecerle la misma sangre de las venas para apagar su sed? Pero entonces ¿cómo se cumpliría la Escritura?<sup>1</sup> ¡Insondables arcanos de justicia y de misericordia! Al quejido de Jesús no se responde con otro alivio que con brindarle un poco de vinagre; y el que hace brotar las fuentes cristalinas para refrigerar la sed de sus criaturas<sup>2</sup>, y el que fabrica la miel para regalar á sus hijos<sup>3</sup>, es regalado con hiel y vinagre, según el pensamiento de San Agustín: *Sic propinator fontium potatur aceto; mellis dator cibatur felle*<sup>4</sup>.

2. Y ¡cómo resalta en este instante la maldad insensata de los hombres al lado de la bondad del Señor! ¿Qué le mueve á Jesús á declarar la sed que le consume, sabiendo perfectamente que esto había de serle ocasión de apurar nuevo tormento? Pues éste es, y no otro, su propósito; éste el más ardiente anhelo de su corazón: padecer más y más, según contempla el piadoso Ludovico Blosio<sup>5</sup>, agotar los dolores, consumir el sacrificio, sin perdonar una sola de las circunstancias que podían hacerlo más penoso, porque el amante Salvador quería que la gracia de la Redención sobreexcediese á la malicia infinita del delito<sup>6</sup>; porque, bebiendo el vinagre acerbo de nuestros pecados, quería él traspasar en nosotros el vino suavísimo de su preciosa sangre<sup>7</sup>. Y, entre tanto que así muestra el torrente de su caridad nuestro amable Redentor, ¿qué hacen los pérfidos

<sup>1</sup> Matth. 26, 54.<sup>2</sup> Ps. 103, 10.<sup>3</sup> Ps. 80, 17.<sup>4</sup> Caten. in Ps.<sup>5</sup> Habuit aliam sitim amplius patiendi.<sup>6</sup> Rom. 5, 20.<sup>7</sup> S. Ambros., apud Ráulica l. c.

judíos, provocándole á bajar de la cruz, sino excitarle á dejar incompleto el sacrificio, mostrándose así más indignos de la gracia de la salvación? ¡Qué contraste de grandeza y pequeñez, de piedad y de barbarie!

3. Pero sigamos ahondando, piadosos oyentes, en el misterio del *Sitio*, para encontrar su más alta y secreta significación. Insoportable, en verdad, debió de ser el ardor que consumía las fauces del atormentado Jesús, atroz el martirio que le ocasionaba esta sed; pero otra sed le atormentaba todavía más, en sentir de San Cipriano<sup>1</sup>: era la sed del amor abrasadísimo de sus pobres redimidos. *Mi sed es de vuestra salvación*, le hace decir San Agustín; *más me atormenta la sed de vuestras almas que la de mi cuerpo*<sup>2</sup>. Ésta es, pues, amados míos, la que exige todo el esfuerzo de nuestra consideración, porque así podremos sacar el más copioso y sazonado fruto de este árbol de la vida. No era, pues, otra la sed de Jesucristo en la cruz sino aquella misma que había manifestado á la Samaritana junto al pozo de Siquém, cuando le pidió de beber<sup>3</sup>, á quien dijo en seguida: *¡Oh, si tú conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber! por ventura tú le pidieras á él, y él te diera el agua viva*<sup>4</sup>. ¿Qué sed era ésa sino el deseo ardentísimo de la conversión de la pobre pecadora? *Sitiebat Iesus mulieris fidem*<sup>5</sup>. De la misma sed abrasado en la cruz el Redentor, parece decir á los judíos y, en ellos, á los pecadores de todos los siglos, á nosotros: Sed tengo y vehemente deseo de vuestra salvación. *Eorum enim fidem*

<sup>1</sup> *Sitis hæc est de ardore dilectionis.*<sup>2</sup> S. August. in Ps. 61.<sup>3</sup> Io. 4, 7.<sup>4</sup> Io. 4, 10.<sup>5</sup> S. August. in Io.



sitit, continúa S. Agustín, *pro quibus sanguinem fudit*. Tengo sed de vuestra fe y de vuestro amor: anhelo vivamente porque este pobre pueblo y el género humano todo entero no se pierda por su incredulidad, suspiro porque crea en mí y se salve. ¡Oh dichosos y bienaventurados, exclama Belarmino, aquellos que oyen las palabras de Cristo, y acorren á Él como á fuente de aguas vivas á satisfacer su sed! ¿No ha dicho Él: *Si alguno padece sed, venga á mí, y beba*<sup>1</sup>? ¿No es Él quien por Jeremías se queja amorosamente de su pueblo: *Á mí me dejaron, que soy fuente de aguas vivas, y abrieron para sí fosos rotos que no pueden conservar el agua*<sup>2</sup>, cisternas cenagosas, que, lejos de apagar la sed del corazón, no hacen sino aumentar el ardor de la concupiscencia? ¡Ah! ¿por qué no acuden á Cristo, fuente de aguas vivas, todos aquellos á quienes aqueja la sed insaciable de felicidad, que, en el hombre del pecado, se traduce por sed de riquezas, honores y deleites? ¡Horrible sed que no podrá aplacarse sino trocada en sed de bienes celestiales! ¡No! la tierra no tiene bastante oro, ni el mundo bastantes placeres para dar á uno solo de estos sedientos la hartura y refrigerio que necesita. Es preciso buscar en otra parte, á la sombra de la cruz, el agua pura que salta hasta la vida eterna y da felicidad verdadera. *Omnes sitiientes venite ad aquas*<sup>3</sup>.

4. ¿Qué hacemos, entre tanto, nosotros en nuestra ceguedad é ingratitud? Despreciando el dulce llamamiento de Cristo, sordos á las voces y gemidos de su corazón, corremos desatinados al vaso lleno del vinagre de nuestra maldad, y le brindamos la esponja de la

<sup>1</sup> Io. 7, 37.<sup>2</sup> Jer. 2, 13.<sup>3</sup> Is. 55, 1.

hipocresía ó de una cruel indiferencia. ¡Mirad al apóstata, al hereje, al cismático! ¡Cómo desprecia en su locura la voz paternal de Cristo moribundo que le dice: *Sitio*: Tengo sed de tu fe, pero de una fe sincera, pura, humilde, cabal y acompañada de buenas obras, no de una fe vana y soberbia, acomodaticia á las pasiones y resultado del capricho; no de una fe alterada con errores, cual vino mezclado de hiel, como vinagre ingrato y pestilente. ¡*Dáme de beber!* Y el infeliz sectario que se obstina en resistir á la autoridad doctrinal de la Iglesia, ¡niega á su Dios una gota de agua pura, y le presenta ufano una copa de vinagre!—Mirad otrosí al mal católico, que, contento con profesar la verdadera fe de Cristo, no se cuida de ajustar su vida con el tipo del verdadero cristiano, como si fuese bastante la fe muerta para ganar la vida eterna. En vano le da voces Jesucristo desde la atalaya de su cruz: *Sitio*: Sed tengo de tu salvación; rompe ya las cadenas del vicio, abandona esa vida de desorden, conviértete á mi amor y vén á implorar el perdón de tus delitos, pues por ti vierto mi sangre, por ti muero, y no quiero morir sin perdonarte. ¡Ah, mis amados oyentes! ¿Seremos tan ingratos, como los sayones del Calvario, que brindemos á nuestro Redentor el vinagre de una fría obstinación en vez del vino generoso de una conversión sincera? Presentémosle aquí mismo la esponja de nuestro corazón deshecho en lágrimas para merecer algún día oír de sus labios el: *Venite, benedicti Patris mei*<sup>1</sup>, *pues tuve sed, y me disteis de beber.*

<sup>1</sup> Matth. 25, 34.



## SEXTA PALABRA.

Consummatum est (Io. 19, 30).

*Consumación y perfección de la grande obra: la Redención está concluida.*

1. ¡Grande y profunda palabra! No alcanza á concebir la mente humana un epílogo más sublime de la carrera más gloriosa, un fin más digno de la más grande de las empresas de Dios.... *Consummatum est!* ¡Con qué serenidad, con qué acento de satisfacción pronuncia el Redentor esta sentencia, después de haber verificado la última profecía que le quedaba por cumplir! ¡Con cuánta verdad puede ya decir, viniendo á cuentas con su pueblo, con todo el género humano: *Quid ultra debui facere vinee meae, et non feci ei?*<sup>1</sup> En efecto, discurre San Agustín, no le quedaba al Señor nada que hacer, antes de morir: *Nihil remanserat quod, antequam moreretur, fieri oporteret*<sup>2</sup>. Reflexionemos y aprendamos. La Redención, por parte del Salvador, está completa; sólo falta que hagamos lo que está de nuestra parte para aprovecharnos de sus merecimientos y poder decir también: «Mi salvación está asegurada», *Cursum consummavi*<sup>3</sup>.

2. Como el viajero infatigable que, llegado al término de su correría, divisa desde la alta cima allá á lo lejos las regiones que ha recorrido, á través de profundas quebradas y ásperas serranías; ó bien, como el guerrero victorioso que registra con mirada de águila el vasto campo de batalla donde ha recogido cosecha de laureles inmortales: así el divino triunfador del infierno y sus legiones, el descubridor del mundo nuevo de la Historia, el conquistador del cielo, vuelve la serena

<sup>1</sup> Is. 5, 4.<sup>2</sup> Tract. 119 in Io.<sup>3</sup> 2 Tim. 4, 7.

mirada á los cuarenta siglos que le han precedido en ávida expectación de su venida, recuenta las voces proféticas que le han anunciado, repasa los símbolos que le han figurado, los sucesos que le han preparado el camino, los votos de los Patriarcas, las promesas reiteradas de siglo en siglo, los últimos treinta años, su vida, sus peregrinaciones, sus luchas, sus dolores... y al ver este cúmulo de acontecimientos secundarios, enlazados estrechamente y subordinados todos al grandioso acontecimiento que se está cumpliendo en la cruz, Jesucristo, el Mesías verdadero, el Deseado de todas las naciones, el Pontífice de la nueva Alianza, el Padre del siglo futuro... no puede menos de exclamar: *Consummatum est*, todo está terminado, la grande obra está concluida: sólo me resta poner el espíritu en manos de mi Padre.

3. Por otra parte, mirando Cristo á lo presente, próximo ya á exhalar el último suspiro, ya casi denegrido el rostro y velado por las sombras de la muerte, viendo así consumado el deicidio y realizada la obra de iniquidad de los judíos, ¿qué podía decir sino que todo estaba consumado? ¿No estaba colmada la medida de la humana maldad? ¿no quedaba satisfecho el furor de sus enemigos, y harta la rabia de los poderes infernales? Para atormentar al Santo y apurar su paciencia invencible ¿no se habían agotado todas las invenciones humanas y diabólicas? Todo el cuerpo era una llaga, el aliento iba extinguiéndose, las venas estaban exhaustas, la vida se escapaba, y hasta los verdugos yacían por tierra cansados. ¡Qué espectáculo tan desgarrador! *Fera pessima devoravit eum*<sup>1</sup>. ¡El cordero inocente expirando

<sup>1</sup> Gen. 37, 20.



entre las garras de los lobos que le han despedazado! Pero á lo menos así terminará la serie de dolores y trabajos de tan larga peregrinación y tan atroz martirio. Con esto tendrán fin las penalidades, compañeras inseparables de la naturaleza humana, el hambre, la sed, el cansancio, las injurias, los azotes... con esto quedará desarmado para siempre el poder otorgado por él mismo á sus enemigos sobre su persona, quedando juntamente burlado y destronado el infernal tirano que enseñorea el mundo. *Nunc princeps huius mundi eicietur foras*<sup>1</sup>. Anonadado será el imperio del demonio sobre la tierra, porque, rescatados los cautivos, van á ser derruidas las fortalezas del fuerte armado, derribados sus altares y proscrito su inmundo culto. El paganismo cruje, sacudido por el gran cataclismo del Calvario: los antiguos dioses van á rodar de sus pedestales, heridos por el rayo de la única religión universal y eterna, el cristianismo. También va á apagarse el sagrado fuego de los holocaustos judaicos, una vez consumado el sacrificio de todos los sacrificios, al cual miraban, como sombras á la verdad, todos los ritos de la Ley antigua. Oíd al Pontífice San León: *Trajiste, Señor, todas las cosas á Ti, porque, cesando ya la muchedumbre de los sacrificios carnales, uno solo, el de tu cuerpo y sangre preciosísima, vale cumplidamente por todos juntos*<sup>2</sup>. ¡Qué sacrificio el del Calvario, renovado á cada instante en cien altares por toda la extensión de la tierra! ¡Qué sacrificio aquél en que un Dios-hombre es el sacrificador, el ara la cruz, la hostia el Cordero de Dios, el fuego con que se ofrece, la caridad, y el fruto la salud del mundo! ¡Sacrificio y oblación eterna, la más excelente

<sup>1</sup> Io. 12, 31.<sup>2</sup> Serm. 8 de Pass.

que se halló jamás! Tal fué el sacrificio consumado en el Calvario: por eso dijo Jesucristo: *Consummatum est*.

4. De esta suerte, queda asegurada para siempre la salvación de todos los hombres, objeto de la ardiente sed del Redentor. *Ecce Agnus Dei!* He ahí el Cordero de Dios; he ahí el que quita los pecados del mundo<sup>1</sup>; Cordero inmolado desde el principio del tiempo, por cuanto el valor infinito de su sangre aprovechó á los pecadores de todos los siglos, así de los que le siguieron, como de los que le precedieron, presentes todos á los ojos de la Providencia. La Iglesia, pues, esta Esposa inmaculada del Cordero, esta Madre de todos los vivientes, edificada del costado de Cristo, como Eva de la costilla de Adán, ha nacido ya entre los últimos suspiros y agonías de Jesús. Así entienden muchos Padres y Doctores el *Consummatum est*, diciendo que el edificio de la Iglesia quedó entonces coronado y perfecto, porque no fué Cristo como aquel hombre que *empezó á edificar y no pudo acabar*<sup>2</sup>. Este místico edificio, empezado á levantar en el Jordán, cuando, bautizado el Señor, oyóse la voz del Padre que le constituía maestro universal, fué concluído en la cumbre del Gólgota con la muerte de su Fundador, misterioso sueño figurado por el del primer hombre en el Edén<sup>3</sup>. ¡Salud, Iglesia santa, Esposa única del Cordero sin mancha, templo vivo de Dios, arca de salvación, maestra y señora de todos los pueblos de la tierra! No hay otra Iglesia fuera de ti, ni hay salvación para el hombre y la sociedad sino en ti. Tú eres la obra perfecta, la obra maestra del Redentor, por quien dijo al morir:

<sup>1</sup> Io. 1, 29.<sup>2</sup> Luc. 14, 30.<sup>3</sup> Augustinus, Epiphanius etc., apud Ráulica l. c.



*Consummatum est.* ¿Quién se atreverá á insultarte y despreciarte? ¡Ah! solamente el que se atreva á insultar al Hijo de Dios que te infundió vida con el último aliento de su corazón!

5. *Todo está consumado*, una vez asegurada, con la fundación de la Iglesia, la salvación de la gran familia humana. ¡Cuántos hombres, no obstante, se han perdido y se habrán de perder eternamente, á pesar del precio inmenso del sacrificio, á pesar de la virtud divina de la Iglesia y de la eficacia de los Sacramentos! Sí, mis amados oyentes, miles de hombres redimidos por Cristo se perdieron sin remedio; y nosotros también nos perderemos, si no practicamos las lecciones que nos da Jesús al exclamar: *Consummatum est.* ¿Qué lecciones? Valga una por todas: que no debemos dejar para el último instante de la vida la grande obra á que toda ella debe consagrarse, la de nuestra salvación. Jesucristo le ha dado la última mano en el Calvario, pero la había empezado en la gruta de Belén, y la había proseguido en todos los instantes de su vida, en Egipto y Nazaret, en Galilea y en Judea, demostrándonos que no sólo en el punto extremo de la muerte, sino durante el curso entero de la vida, no debemos pensar ni trabajar en otra cosa que en salvarnos, pues no otro es el fin y objeto de nuestra existencia: *Sive vivimus, sive morimur, Domini sumus*<sup>1</sup>. ¿Lo hemos comprendido así, cristianos? ¡Ay, que quizás ni siquiera lo hemos pensado seriamente! ¡Y la muerte avanza por momentos y gana terreno á cada instante! Pues, ¿qué será de nosotros, si nos sorprende en la inacción y en la indolencia? ¿Podremos reparar entonces en una hora tantos años mi-

<sup>1</sup> Rom. 14, 8.

serablemente perdidos? ¡Dichoso aquel que, habiendo vivido como Cristo y para gloria de Cristo, puede exclamar como él á punto de expirar: *Consummatum est:* la obra de mi salvación está concluída!

#### SÉPTIMA PALABRA.

*Pater, in manus tuas commendo spiritum meum* (Luc. 23, 46).

*Resultado final de la Redención, la vuelta del espíritu del hombre á las manos de su Padre, Dios.*

1. Si las palabras anteriores de Cristo son graves y profundas, henchidas de misterios y ricas de enseñanzas, la séptima y última rebosa de dulzura, sabiduría y caridad. *Padre*, dice, *Padre mío, propio y verdadero*, declarándose, á la faz de cielo y tierra, consubstancial Hijo de Dios<sup>1</sup>; — *en tus manos*, en el seno de tu omnipotencia y bondad, en esas manos con las cuales fabricaste el universo y me revestiste á mí de cuerpo; — *encomiendo*, entrego y deposito; — *mi espíritu*, mi alma humana y mi vida corporal, para recobrar aquélla en breve tiempo, y retornar también muy pronto de las sombras de la muerte á la vida triunfante é inmortal. *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.* Notad bien, amados fieles, que lo que Jesús resignaba propiamente en las manos seguras de su Padre, era vida preciosa que iba á inmolar en aquel mismo instante á la gloria del Eterno, como nuevo y verdadero Isaac, sacrificado realmente con el cuchillo de la obediencia; y á tales manos la confiaba que pudiese volvérsela muy en breve, acelerando el día y hora de su Resurrección. De esta plegaria habla el Apóstol cuando dice: *Preces supplicationesque ad eum, qui possit illum salvum fa-*

<sup>1</sup> S. Beda: Patrem invocando, Filium Dei se esse declarat.



*cere a morte, cum clamore valido et lacrimis offerens, exauditus est etc.*<sup>1</sup> Ya que voluntariamente ofrecía aquella vida que por ningún título debía extinguirse, justo era que el Padre se la devolviese, apenas consumado el sacrificio y cumplidas las profecías, como sucedió en efecto. Fué, pues, aquella la súplica del Hijo al Padre, llena de confianza, y escuchada plenamente por respeto á la dignidad del que la dirigía: *Exauditus est pro sua reverentia*. ¿Qué eficacia no tendrá en todo caso la oración de Cristo por nosotros? ¿Qué confianza no debe infundirnos esta seguridad completa de que Cristo ruega y ruega siempre, aun en el cielo, por los suyos<sup>2</sup>? Y la resurrección de toda carne, en el último día de los tiempos, y la recuperación de nuestra vida, tras largos siglos de muerte, ¿no os parece que se explican por la virtud de la oración del Redentor? ¿No lo entrevió así el santo Job, el profeta de la resurrección, cuando dijo: *Scio quod Redemptor meus vivit*<sup>3</sup>?

2. Que si Jesucristo encomendaba al Padre su alma propiamente dicha, significada también por la palabra *espíritu*, no se crea por eso que el encomendarla fuese efecto de temor, semejante al que experimentan los que claman á Dios en el paso de la muerte, justamente amedrentados por el peligro de caer en las manos del Dios vivo y Juez inexorable, y temerosos de ser presa del enemigo infernal que acecha al alma en aquel trance, como el astuto cazador á la fiera al salir de su guarida. En Cristo no cabía temor ni riesgo de esta naturaleza, ya porque su alma estuvo siempre unida hipostáticamente al Verbo y, por consiguiente, era de Dios, ya porque, á consecuencia de la misma unión, el alma del Salvador

<sup>1</sup> Hebr. 5, 7.<sup>2</sup> Hebr. 7, 25.<sup>3</sup> Job 19, 25.

gozó de la visión beatífica desde el instante de su concepción, y así no pudo experimentar ninguno de aquellos sobresaltos y temores que nos asaltan á nosotros al pasar el puente de la eternidad. Ni ¿qué podía temer Jesucristo del furor de las potestades infernales á quienes dejaba domadas y vencidas, habiendo sido su muerte triunfo gloriosísimo sobre el infierno y el demonio? Pero entre tanto encomendaba y depositaba su alma, lo mismo que su vida corporal, en las manos de su Padre hasta que llegase, pasados tres días, el de su Resurrección, conforme á las palabras del Libro de la Sabiduría: *Iustorum anima in manu Dei sunt*<sup>1</sup>: allí estarán como depositadas y seguras hasta el día en que hayan de tornar á juntarse con sus cuerpos. ¡Grande y provechosa lección para nosotros! ¿Cómo nos encontraremos de sobrecogidos y turbados en aquel tremendo tránsito del tiempo á la eternidad? ¡En qué golfo embravecido de angustias y congojas nos veremos sumergidos, casi á punto de perdernos! ¡Nosotros que todo tenemos que temerle en aquella hora de la estrecha cuenta y, en cierto modo también, del poder de las tinieblas! Mas no por esto debemos desmayar un instante, habiendo Cristo nuestro Redentor encomendado nuestras almas al Eterno Padre, juntamente con la suya, según la pía interpretación de San Atanasio<sup>2</sup>; y habiéndonos enseñado al mismo tiempo cómo debemos encomendarnos nosotros mismos en aquella hora. Así lo cree el bienaventurado San Bernardo: *Ut disceremus spiritum nostrum Patris æterni manibus commendare, cum corpore egressus fuerit*<sup>3</sup>; y así lo tiene y usa la Iglesia nuestra tierna Madre, tan solícita de

<sup>1</sup> Sap. 3, 1.<sup>2</sup> S. Athan., De orat. Christi.<sup>3</sup> S. Bern., Tract. de Pass.



sus hijos puestos en aquel amargo trance<sup>1</sup>, y por lo mismo lo acostumbran los fieles todos, los cuales, al repetir la palabra de Cristo una y mil veces, con humilde y firmísima confianza, en nombre y con el espíritu del mismo Salvador, siéntense inundados de consuelo y fortaleza, armados como de un escudo impenetrable contra los dardos del tentador, y como inaccesibles á todos los terrores de aquella hora formidable. En efecto ¿qué dulzura no experimentará un cristiano fervoroso, que ha procurado imitar en vida el amor y la obediencia del Hijo de Dios, al tomar en los labios, á la hora de la muerte, aquellas dulcísimas y regaladas palabras, salidas de los mismos labios del moribundo Redentor: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu?* ¿Qué fuerza no tendrán estas palabras salidas de un pecho henchido de fe en Dios y de amor á Jesucristo? El mismo hecho de apropiárselas ¿no vale tanto como revestirse de los sentimientos del divino Redentor, ponerse en su lugar y aplicarse sus méritos? Por eso desde ahora para entonces digamos con todo el fervor de nuestro corazón, y acostumbremos á repetirlo á cada instante: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum!*

3. ¡Desgraciado, eso sí, del que no participa del espíritu de Cristo! ¿En qué manos entregará su espíritu, al separarse del cuerpo entre mortales agonías? ¿Tendrá valor para hacer suyas las palabras de Cristo, cuando el ministro de la Iglesia se las sugiera al oído, ya casi apagado? él, que no ha sabido pensar como Cristo, ni amar lo que Cristo amó, ni vivir la vida sobrenatural de hijo de Dios? ¡Ah! mis amados oyentes, desengañémonos de una vez, escuchando la reflexión que hace á este

<sup>1</sup> S. Hieronymus.

propósito el profundo Orígenes: *El encomendar de esta suerte el espíritu en mano de Dios es propio solamente de las almas santas, que por la práctica de las buenas obras se han grangeado, como el mismo Cristo, un lugar de refugio en el seno de Dios.* En vano, pues, tratarán de usurpar estas palabras los desventurados que no han querido entregar su alma al Señor durante el tiempo de la vida, sometiéndose á su ley, resignando su entendimiento á la fe, cumpliendo religiosamente sus santos mandamientos... No es posible hallar á Dios en el límite de la vida, no habiéndole buscado durante ella, por más que, de un modo ú otro, el espíritu del hombre, justo ó pecador, haya de venir á parar á manos del Criador. Porque tal es el fin de la humana vida, tal es la ley de toda criatura, semejante en su destino al mismo Cristo que dijo, al despedirse de la tierra: *A Deo exivi et ad Deum vado*<sup>1</sup>: salir de Dios para volver á Dios. Dios es el fin último, como es el primer principio. ¡Órbita inmensa que todo espíritu debe recorrer! ¿Quién podrá escaparse de este círculo? Sale el hombre de las manos del Criador para volver á ellas; ni puede ser de otra manera, atendida la naturaleza divina y la exigencia de la misma criatura. Dios, océano sin orillas, recoge dentro de sí todo lo que tiene ser, como fuera de sí le da existencia: una sola gota no puede perderse en el vacío, ningún espíritu podrá vagar eternamente fuera del círculo divino. Pero ¡ay del que gravita fuera del centro de la misericordia! Tendrá que caer bajo el dominio de la eterna justicia, siempre en las manos de Dios, pero ¡en qué manos tan pesadas! Tendrá que lamentarse sin consuelo, porque sentirá como

<sup>1</sup> Io. 13, 3.



de hierro la mano del Señor<sup>1</sup>. Acojámonos con tiempo al seno de la bondad infinita: la Redención consumada en el Calvario, nos abre las puertas de la misericordia. Rescatados con la sangre del Cordero, podemos poner confiadamente nuestras almas en las manos del Padre celestial, y después... dormir tranquilamente el sueño de Jesús.

## CONCLUSIÓN.

*Et inclinato capite, tradidit spiritum* (Io. 19, 30). *Defunctus* (Abel) *adhuc loquitur* (Hebr. 11, 4).

1. Jesús ha pronunciado su última palabra, y no volverá á hablar. ¡Oh silencio terrible! ¡Oh labios divinos donde posó la gracia, de donde manaban perlas y rubíes! ¿por qué estáis ya cerrados, cárdenos y fríos? ¡Ay! la muerte, aunque tímida y callada, va acercándose á la sagrada Víctima.... Jesús la invita á que dé el golpe, llamándola con una dulce inclinación de cabeza: Jesús le presenta la nobilísima cerviz, como el mártir dobla el cuello para recibir el golpe de la cimitarra. ¡Ea, muerte, llega sin recelo, que si tú nada puedes contra el Inocente y Santo, él te da derecho para que le hieras y hagas presa en su vida preciosísima. *Oblatus est quia ipse voluit*<sup>2</sup>. Descarga ya el golpe de gracia, que de tí depende la gracia de nuestra salvación. Jesús manda á la muerte, y es obedecido. *Et inclinato capite, emisit spiritum*. Su frente está más blanca que la cera, sus ojos se han entrecerrado, sus mejillas se han hundido y el pecho se ve levantado: todo el sagrado cuerpo se ha estremecido, y el madero cruje, y la tierra tiembla y se hunde debajo de los pies. La noche se ha robado

<sup>1</sup> Ps. 31, 4.

<sup>2</sup> Is. 53, 7.

al día; ¿dónde está el sol? ¿qué ha sucedido? ¿qué cataclismo es éste? ¿por qué gime consternada la naturaleza? ¡Ay! todo está terminado. Jesús, nuestro Salvador y Padre, ha dejado de existir. El autor de la vida ha muerto. ¡Misterio incomprensible! ¡Llorad, ángeles de paz; llorad, hombres; llorad, criaturas todas que pobláis el universo! ¿Cómo podréis vivir, muerto el autor y conservador de vuestra vida? Lloremos, pecadores, porque se ha consumado la obra de nuestra iniquidad: lo que parece imposible es un hecho, ¡hemos asesinado al mismo Dios! ¡Ah! nuestro dolor nos llevaría al abismo de la desesperación, si el mismo Jesús, aunque muerto, no nos hablase con la voz interior de la fe, explicándonos las ventajas infinitas que nos proporciona su sagrada muerte, y ofreciéndonos perdón. Sí, cristianos: Jesús, el nuevo Abel, el autor y consumidor de nuestra fe<sup>1</sup>, todavía nos habla desde el féretro para instruirnos y consolarnos: *Defunctus adhuc loquitur*, y ésta es la última palabra suya que debemos recoger para guardarla en lo más recóndito del corazón.

2. Oíd cómo habla el Salvador exánime: «Vosotros me habéis dado muerte, y yo os he de dar vida, y vida eterna, imperecedera. Venid á mí, todos los reos; venid todos los verdugos; levantaos, muertos, y yo os revestiré de vida nueva. No temáis: sé que lo habéis hecho por ignorancia<sup>2</sup>, pero yo he rogado al Padre que os perdone, como yo por mi parte os perdono. Perdón piden estas llagas aún no cerradas, perdón clama mi sangre, perdón os ofrecen mis brazos extendidos y mi costado abierto. Ya no lloverá fuego del cielo, ni arrasará nuevo diluvio la tierra antes maldita, hoy santificada

<sup>1</sup> Hebr. 12, 2.

<sup>2</sup> Act. 3, 17.



con el riego de mi sangre. Yo os he franqueado el camino de la salvación: entrad por él resueltamente, y llegaréis á mi Padre que de ahora en adelante es Padre vuestro<sup>1</sup>. Yo he quebrantado las férreas puertas del paraíso, y ya podéis entrar á la gloria de mi Padre. Yo he aherrojado y lanzado al profundo al gran tirano que os esclavizaba, y ya sois libres. ¡Mi muerte es el sello de vuestra libertad, es la fuente de vuestra vida!» Á estas palabras responde la creación universal con un himno eterno de amor y de alabanza, cantando ángeles y hombres á millares: *¡Digno es el Cordero que ha sido muerto, de recibir el poder y la divinidad, y la sabiduría y la fortaleza, y el honor y la gloria y la bendición!* Y todas las criaturas, así del cielo como de la tierra, las que habitan debajo de ella y en lo profundo del mar, todas se oyó que decían: *¡Bendición, honor y gloria y potestad por siglos de siglos al que está sentado en el trono, y al Cordero: Amén!*<sup>2</sup> Y nosotros, con los veinticuatro misteriosos ancianos del Apocalipsis, caeremos de hinojos en muda y humilde adoración, y adoraremos muerto en el árbol de la cruz al que vive por siglos infinitos. Así sea.

<sup>1</sup> Io. 20, 17.<sup>2</sup> Apoc. 5, 12 sqq.

## SERMÓN PARA EL DOMINGO DE RESURRECCIÓN

(predicado en Chapinero, 1897).

Surrexit, non est hic.  
Resucitó, ya no está aquí.

Marc. 16, 6.

1. Es un ángel, acaso el mismo Gabriel, quien ha pronunciado estas palabras de inefable regocijo para el mundo: *Jesús, el Crucificado, á quien buschis, resucitó, ya no está aquí*<sup>1</sup>. ¿Por qué un ángel, hermanos míos? Porque, así como fué enviado un mensajero celestial para anunciar á María el misterio de la venida del Verbo á la tierra para habitar en ella treinta y tres años en carne mortal<sup>2</sup>; así, dice San Gregorio, un ángel, sentado á la derecha del sepulcro vacío, debió anunciar á las piadosas mujeres el advenimiento del Salvador resucitado á vida perenne é inmortal<sup>3</sup>. Y, si en aquella primera venida de Cristo en la gruta de Belén los ángeles se regocijaban con los hombres<sup>4</sup> por el nacimiento del Salvador, que era gozo propio de éstos, ¡con cuánta más razón se alegrarían en la Resurrección, que era tan propia festividad de ellos como nuestra? Pues, como discurre el mismo Padre de la Iglesia, si la Resurrección de nuestra Cabeza nos devolvió el reino de la inmortalidad, ella colmó también los tronos que dejaron vacíos los ángeles rebeldes, aumentando así y completando el número de los bienaventurados. Razón tienen, pues, los ángeles de regocijarse con los hombres en esta universal solemnidad de tierra y cielo; razón tiene la Iglesia de exclamar: *Alégrense los cielos y la tierra en tu*

<sup>1</sup> Luc. 24, 6.<sup>2</sup> Luc. 1, 26.<sup>3</sup> Hom. 21 in Evang.<sup>4</sup> Luc. 2, 10.



con el riego de mi sangre. Yo os he franqueado el camino de la salvación: entrad por él resueltamente, y llegaréis á mi Padre que de ahora en adelante es Padre vuestro<sup>1</sup>. Yo he quebrantado las férreas puertas del paraíso, y ya podéis entrar á la gloria de mi Padre. Yo he aherrojado y lanzado al profundo al gran tirano que os esclavizaba, y ya sois libres. ¡Mi muerte es el sello de vuestra libertad, es la fuente de vuestra vida!» Á estas palabras responde la creación universal con un himno eterno de amor y de alabanza, cantando ángeles y hombres á millares: *¡Digno es el Cordero que ha sido muerto, de recibir el poder y la divinidad, y la sabiduría y la fortaleza, y el honor y la gloria y la bendición!* Y todas las criaturas, así del cielo como de la tierra, las que habitan debajo de ella y en lo profundo del mar, todas se oyó que decían: *¡Bendición, honor y gloria y potestad por siglos de siglos al que está sentado en el trono, y al Cordero: Amén!*<sup>2</sup> Y nosotros, con los veinticuatro misteriosos ancianos del Apocalipsis, caeremos de hinojos en muda y humilde adoración, y adoraremos muerto en el árbol de la cruz al que vive por siglos infinitos. Así sea.

<sup>1</sup> Io. 20, 17.<sup>2</sup> Apoc. 5, 12 sqq.

## SERMÓN PARA EL DOMINGO DE RESURRECCIÓN

(predicado en Chapinero, 1897).

Surrexit, non est hic.  
Resucitó, ya no está aquí.

Marc. 16, 6.

1. Es un ángel, acaso el mismo Gabriel, quien ha pronunciado estas palabras de inefable regocijo para el mundo: *Jesús, el Crucificado, á quien buschis, resucitó, ya no está aquí*<sup>1</sup>. ¿Por qué un ángel, hermanos míos? Porque, así como fué enviado un mensajero celestial para anunciar á María el misterio de la venida del Verbo á la tierra para habitar en ella treinta y tres años en carne mortal<sup>2</sup>; así, dice San Gregorio, un ángel, sentado á la derecha del sepulcro vacío, debió anunciar á las piadosas mujeres el advenimiento del Salvador resucitado á vida perenne é inmortal<sup>3</sup>. Y, si en aquella primera venida de Cristo en la gruta de Belén los ángeles se regocijaban con los hombres<sup>4</sup> por el nacimiento del Salvador, que era gozo propio de éstos, ¡con cuánta más razón se alegrarían en la Resurrección, que era tan propia festividad de ellos como nuestra? Pues, como discurre el mismo Padre de la Iglesia, si la Resurrección de nuestra Cabeza nos devolvió el reino de la inmortalidad, ella colmó también los tronos que dejaron vacíos los ángeles rebeldes, aumentando así y completando el número de los bienaventurados. Razón tienen, pues, los ángeles de regocijarse con los hombres en esta universal solemnidad de tierra y cielo; razón tiene la Iglesia de exclamar: *Alégrense los cielos y la tierra en tu*

<sup>1</sup> Luc. 24, 6.<sup>2</sup> Luc. 1, 26.<sup>3</sup> Hom. 21 in Evang.<sup>4</sup> Luc. 2, 10.



resurrección ¡oh Cristo!<sup>1</sup> ¡Resuene por todos sus ámbitos el alegre aleluya, mil veces repetido! Alégranse también los senos antes tenebrosos donde por espacio de tantos siglos gemían, como en obscura cárcel, los santos Padres aguardando la llegada triunfal del Redentor que había de romper sus cadenas y llevarlos al reino de la eterna bienaventuranza. ¡Oh, cuáles serían las voces de júbilo con que resonó aquella obscurísima caverna al ser iluminada por los rayos de la aurora de su salvación! ¡oh, cuáles las saluciones de bienvenida al poderoso libertador de aquellas santas almas allí detenidas bajo la opresión de Satanás! ¡Qué aleluyas, qué hosanas, qué cánticos no se entonarían al glorioso triunfador de la muerte y del infierno!

2. Pero ¿á quiénes corresponde la alegría de este triunfo con más justo derecho que á nosotros, los hijos de la Iglesia? La Resurrección de Cristo es nuestra resurrección, su vida es nuestra vida. Unidos estrechamente con él, como los miembros con su cabeza, sus penas y sus goces nos pertenecen como cosa propia; y, si lloramos con Cristo paciente y muerto en la cruz, natural es que rebosemos de contento al verle ahora salir airoso del fondo del sepulcro. La resurrección del Salvador, obra del poder divino, aterró á los demonios y derribó como muertos á los impíos centinelas que guardaban la tumba; la presencia del ángel, de faz deslumbrante como el rayo, anunciaba la majestad del Señor de la vida y de la muerte, no pudiendo menos de infundir terror en los malvados<sup>2</sup>. Empero, á las piadosas mujeres no debía causar espanto sino alegría la vista

<sup>1</sup> Eccl. in offic. Domin. temp. paschal.

<sup>2</sup> S. Gregor. 1. c. Matth. 28, 2.

de aquel nuncio de vida, revestido de un ropaje blanco como la nieve, y así les fué dicho: *No queráis temer: ¿buscáis á Jesús que fué crucificado? Resucitó, ya no está aquí. Ha cumplido su promesa*<sup>1</sup>. Y, en efecto, poseídas de indecible júbilo fueron á llevar la nueva del gran acontecimiento á los discípulos. Y ¿qué mayor motivo de gozo para ellos y para nosotros que saber de cierto que Jesucristo ha resucitado en cumplimiento de su formal promesa<sup>2</sup>, y que su resurrección es anuncio y prelude de la nuestra, y, finalmente, que le veremos en todo el resplandor de su gloria, y nosotros mismos apareceremos revestidos de ella<sup>3</sup>? He aquí, hermanos míos, por qué la Resurrección de Cristo nuestro Señor es y será siempre la solemnidad de las solemnidades para el pueblo cristiano, porque, como vais á ver, en ella estriba nuestra fe, por ella se afirma nuestra esperanza y se enciende nuestra caridad. Tal será el asunto de vuestra atención, para cuyo desarrollo necesito de los auxilios del Espíritu Santo, los cuales imploraremos, como de costumbre, por mediación de la Reina del cielo, diciendo: *Regina cæli* etc.

#### I.

3. *No temáis*, decían los ángeles á las tímidas mujeres sobrecogidas de religioso temor al ver el rostro resplandeciente de los enviados del cielo. *No temáis*, hermanos míos, diré yo á los fieles, tal vez espantados por los progresos lamentables del error y de la apostasía en el seno de la sociedad cristiana: no temáis que nuestra fe se eclipse y palidezca ante los falsos resplandores de la moderna ciencia que se atreve á disputar

<sup>1</sup> Matth. 28, 5. 6.

<sup>2</sup> Luc. 18, 33.

<sup>3</sup> Col. 3, 4.



á la fe la supremacía en el espíritu humano. Nuestra fe está edificada sobre el firmísimo cimiento de la verdad divina, revelada auténticamente por la boca de Dios, y providencialmente conservada por el magisterio infalible de la verdadera Iglesia, *columna y firmamento de la verdad*, según la expresión del Apóstol<sup>1</sup>. Una fe como la nuestra, sellada con la sangre de millones de mártires, acreditada con la autoridad de innumerables sabios de primer orden, y la santidad heroica de un sinnúmero de varones santísimos, ¿no os parece, cristianos, bastante fuerte para resistir á todos los golpes que se la asesten para derribarla? ¡Ah! ¿quién lo duda? y esto es lo que causa en nuestros corazones tanta alegría, como paz y serenidad en nuestras almas. Porque tenemos, como escribía el Príncipe de los Apóstoles, el argumento más fuerte<sup>2</sup>, el argumento de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, atestiguada por el hecho irrefragable de su gloriosa Resurrección de entre los muertos. *Surrexit sicut dixit*: resucitó, como lo había predicho<sup>3</sup>. Porque claro es, hermanos míos, que, si Cristo resucitó real y verdaderamente, después de haber muerto, no en apariencia sino en realidad, y de haber dormido el sueño del sepulcro por tres días, no puede haber duda sobre su divinidad, como quiera que el poder necesario para darse vida nueva es poder infinito, es la omnipotencia propia del Criador, es atributo inseparable de la naturaleza divina. Y, así como Dios en su propia naturaleza es incapaz de morir, así el hombre, como hombre, es incapaz de resucitar. Si ha muerto, pues, Jesús que se llama Cristo<sup>4</sup>, debe ser hombre verdadero

<sup>1</sup> 1 Tim. 3, 15.<sup>2</sup> 2 Petr. 1, 19.<sup>3</sup> Matth. 28, 6.<sup>4</sup> Matth. 1, 16.

y no sólo Dios; y, si resucitó de entre los muertos, no por virtud ajena sino propia, debe ser Dios y hombre juntamente: el hombre murió, el Dios resucitó. *Dios estaba en Cristo*, dice San Pablo<sup>1</sup>, y este Dios, este ser divino lo levantó de las profundidades del sepulcro<sup>2</sup>, como dice el mismo. Hombres había visto el mundo, dotados de tan eximia virtud que hicieron levantar á otros hombres de la tumba, y el mundo no los creyó dioses, pero sí instrumentos de poder divino, porque el dar ó devolver la vida es obra superior á toda fuerza creada: *Dios es el que vivifica y da la muerte*<sup>3</sup>; *Dios es el único que revive á los muertos, pues Él llama á lo que no es lo mismo que á lo que tiene ser*<sup>4</sup>. Pero hombre, profeta ó taumaturgo que, una vez oprimido por la losa sepulcral, se irguiese triunfante de la muerte por virtud encerrada en sí mismo, he ahí lo que jamás había visto el mundo, lo que jamás volverá á presentarse, y lo que vió efectivamente una sola vez con tal evidencia que le obligó á postrarse delante del resucitado exclamando: *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo*<sup>5</sup>.

4. Razón tuvo el universo en aclamar la divinidad del hombre que, al cabo de tres días de yacer en el seno de la tierra, pudo recobrar por sí mismo la vida. ¿Sabéis por qué? Porque este hecho probaba claramente que era dueño de la vida; que, si por una parte había muerto, por otra estaba vivo, puesto que obrar, y obrar tal maravilla es propio del ser viviente. ¿Cómo puede obrar un muerto, siendo así que la muerte es la extinción de toda actividad? He aquí, pues, realizada la más estupenda paradoja: *Dux vitæ mortuus*, canta la

<sup>1</sup> 2 Cor. 5, 19.<sup>2</sup> Col. 2, 12.<sup>3</sup> 1 Reg. 2, 16.<sup>4</sup> Rom. 4, 17.<sup>5</sup> Io. 11, 27.



Iglesia, *regnat vivus*<sup>1</sup>. Está muerto, no lo dudéis, pues su alma se ha separado de su cuerpo, y éste ha quedado exánime, yerto y rígido como cualquiera otro cadáver; pero el difunto no es un hombre solamente, es el *Dueño de la vida, Dux vitæ*, el que la lleva adonde quiere, el que reina en toda región, lo mismo en la de la luz que en la de las tinieblas, y por eso, á la hora que le place, reúne el cuerpo al alma y se presenta nuevamente en la tierra, en actitud de ascender al cielo. Ni se diga que no es Jesús quien se resucita á sí mismo, sino que lo resucita Dios, porque hablar así sería contradecir al mismo Jesucristo que dijo formalmente, según confesión de sus enemigos: *Resucitaré el tercero día*<sup>2</sup>, promesa reiterada en diferentes ocasiones. *El Hijo del hombre será crucificado, y al tercer día resucitará*<sup>3</sup>. Y el Apóstol de las gentes afirma resueltamente en mil pasajes de sus epístolas, no que Dios resucitó á Cristo, sino que Cristo resucitó: *Cristo murió y resucitó, á fin de reinar sobre vivos y muertos*<sup>4</sup>, donde claramente se atribuye á Cristo su resurrección, lo mismo que su muerte. Y notad, amados fieles, que la muerte de Cristo no fué puramente pasiva como la de los demás mortales, sino efecto libre de su propia voluntad: *Murió porque quiso morir*: porque *Yo, dice, de mí mismo entrego mi vida, y nadie pudiera arrancármela*<sup>5</sup>. Y la entrego, añadía, *para tomarla otra vez*, para resucitar<sup>6</sup>. ¿Podría expresarse más claramente el dominio de Jesús sobre la vida y la muerte? Y este dominio, hermanos míos, ¿no es atributo exclusivo de la divinidad? Luego si Jesu-

<sup>1</sup> Eccl. in fest. Pasch.<sup>2</sup> Matth. 27, 63.<sup>3</sup> Matth. 20, 19.<sup>4</sup> Rom. 14, 9.<sup>5</sup> Io. 10, 18.<sup>6</sup> Io. 10, 17.

cristo ha resucitado, evidentemente es Dios. ¿Quién no le reconoce por tal oyéndole decir: *Yo soy la resurrección y la vida*<sup>1</sup>? Y ¿cómo dudar, después de la resurrección, de la verdad de aquellas otras palabras con que Jesús se llama Hijo de Dios, igual al Padre: *Así como el Padre resucita á los muertos, así el Hijo da la vida á quien quiere*<sup>2</sup>?

5. No queda, pues, á la ciega incredulidad, heredera de la perfidia judaica, otro arbitrio para rehusar á Cristo el cetro de la divinidad, que negar abiertamente el hecho de la resurrección. De no hacerlo así, su causa está perdida. Así lo comprendieron los judíos, quienes, para impedir que se divulgara el gran milagro y, con él, la creencia en Jesucristo Dios, apelaron al soborno de los primeros testigos, los soldados romanos, á los cuales dieron cuantiosa suma de dinero para obligarles á forjar una ridícula fábula de la desaparición del cuerpo de Jesús: *Decid que mientras vosotros dormiais, en altas horas de la noche, vinieron los discípulos y lo robaron*<sup>3</sup>. ¡Tan ridículas como ésta son las miserables evasivas ó hipótesis de que echa mano la impiedad antigua y moderna, para esquivar el asenso á la realidad del grande hecho sobrenatural que la confunde! Discutido el milagro de la resurrección del Salvador por innumerables críticos católicos, desde San Agustín hasta los apologistas contemporáneos, el hecho ha resultado incontestable; y poco menos que inútil considero el trabajo, muy fácil por lo demás, de repetir aquí la palmaria demostración de esta verdad. Á los incrédulos de buena fe, si los hay por ventura, bastaría remitirlos á nuestras bibliotecas donde hallarían cuanto fuera ne-

<sup>1</sup> Io. 11, 25.<sup>2</sup> Io. 5, 21.<sup>3</sup> Matth. 28, 13.



cesario para el convencimiento racional de estas palabras: *Surrexit Dominus vere*<sup>1</sup>. Para los que sin prevenciones racionalistas buscan la verdad en la historia, basta ciertamente saber que el hecho de que se trata está apoyado en testimonio histórico de tales condiciones como las requiere la crítica más exigente para declarararlo criterio de verdad en esta clase de materias. Un hecho visible y público como la presencia de un hombre á quien millares de ojos han visto bajar muerto del patíbulo, y cuya sepultura ha sellado la autoridad pública, y cuyos despojos han guardado centinelas de toda confianza para impedir cualquier fraude (por otra parte imposible en aquellas circunstancias); testigos oculares mayores de toda excepción, ya por su número que pasa de quinientos<sup>2</sup>, ya por su calidad, pues abonan su dicho con su propia sangre<sup>3</sup>: ¿qué más exige la razón humana para cerciorarse de la verdad del acontecimiento? Si con tal peso de pruebas todavía es lícito dudar y aun negar abiertamente, tendremos que acogernos al escepticismo histórico como á única escuela racional y filosófica; tendremos además que reprochar de imbécil y mentecato á lo más selecto del género humano por haber aceptado hace ya veinte siglos, y seguir aceptando sin temor de equivocarse, el hecho de la resurrección de Jesucristo. Desde luego todos los creyentes, lo mismo que los Apóstoles que predicaron, en calidad de testigos, la resurrección del Salvador, no son más que unos pobres ilusos, blasfemos contra Dios y, en fin, los más miserables de los hombres<sup>4</sup>. Ahora bien, el sentido común rechaza indignado semejante con-

<sup>1</sup> Luc. 24, 34.<sup>2</sup> 1 Cor. 15, 6.<sup>3</sup> Act. 4, 33.<sup>4</sup> 1 Cor. 15, 19.

clusión, y ésta es lógica, aunque extrema; luego es preciso volver á la afirmación cristiana, diciendo tranquilamente con San Pablo: *Nunc autem Christus resurrexit a mortuis, primitiæ dormientium*<sup>1</sup>. Es un hecho, y un hecho de actualidad, *nunc*, que Cristo resucitó de entre los muertos, como primicias de los que han de resucitar por él á vida eterna y gloriosa.

## II.

6. En efecto, tal es nuestra esperanza, de la que pudiéramos decir lo que el santo Job: *Guardada tengo en mi seno esta dulce esperanza mía*<sup>2</sup>. Pues realmente no es otra la nuestra que la del Profeta de Idumea, la de ver con nuestros ojos de carne á nuestro Salvador vivo y glorioso, cuando en el último día de los tiempos sacudamos el polvo de la tumba<sup>3</sup>. Y, aunque no tuviéramos otros mil fundamentos en que apoyarla, bastarían la resurrección de Cristo, nuestra cabeza y capitán, para asegurarnos de que algún día resucitaremos también. Porque, en efecto, amados oyentes, no es sólo la gloria de nuestra alma en la vista y posesión de Dios el objeto de la esperanza cristiana; ésto también la felicidad y bienaventuranza del cuerpo, de todo el compuesto humano, y ella nos la garantiza, además de la promesa divina, el hecho de la gloria de Jesucristo en cuerpo y alma por efecto de su resurrección. Tal es la enseñanza consoladora que nos da el grande Apóstol cuando escribe á los fieles de Tesalónica: *No queremos que ignoréis lo que toca á los difuntos, para que no os entreguéis á la tristeza como hacen los paganos, que no abrigan*

<sup>1</sup> 1 Cor. 15, 20.<sup>2</sup> Job 19, 27.<sup>3</sup> Job 19, 25. 26.



*ninguna esperanza*<sup>1</sup>. Para el cristiano la muerte no es más que un dulce sueño pasajero, del cual, á su tiempo y en el orden marcado para cada uno, despertará en los brazos de Jesús, al sonido de la trompeta del arcángel. ¡Oh día aquel de triunfo y bienandanza para los que murieron en la fe y en el ósculo del Salvador! Entonces, arrebatados en luminosa nube, irán por los aires al encuentro de Cristo, que bajará del cielo á juzgar á los pecadores y lanzarlos al infierno por su incredulidad teórica ó práctica, entre tanto que aquéllos acompañarán, como asesores, al soberano Juez, y subirán en seguida con él al reino de la inmortalidad para no separarse de él jamás: *Et sic semper cum Domino erimus*<sup>2</sup>. Y esta suerte venturosa fúndala el Apóstol en la fe de la Resurrección. *Porque, dice, si creemos que Jesús murió y resucitó, también debemos creer que Dios reunirá con él á los que durmieron en la gracia de Jesús*<sup>3</sup>. La dependencia que guardan estos dos hechos entre sí, la resurrección de Cristo y la del hombre cristiano, es para el Apóstol evidente, y, por lo mismo, debe ser indudable para quien tiene la doctrina de la santa Iglesia católica y apostólica. Digno es de toda consideración el celo con que el Apóstol inculca á los fieles de Corinto la verdad de nuestra resurrección fundada en la de Cristo, hasta el punto de afirmar que, *si nosotros no hemos de resucitar, tampoco Cristo ha resucitado*<sup>4</sup>, como si la resurrección del Salvador no tuviera objeto, ó, por lo menos, no quedara completa sin la nuestra.

7. He aquí, hermanos míos, cómo el alegre día de la Pascua del Señor inunda de regocijo nuestros cora-

<sup>1</sup> 1 Thess. 4, 12.

<sup>2</sup> 1 Thess. 4, 16.

<sup>3</sup> 1 Thess. 4, 13.

<sup>4</sup> 1 Cor. 15, 13.

zones, elevándonos á la contemplación y deseo del día de la eternidad. Por eso la Iglesia, con las voces del Apóstol, nos exhorta á buscar en adelante, no ya los bienes terrenales, sino los de arriba: *Quæ sursum sunt querite*, la gloria del Padre, á cuya diestra se eleva el trono de Cristo, y en derredor del cual están otros mil tronos destinados á los fieles seguidores de Cristo. No gustemos ya de los falsos placeres de la tierra, llamados como estamos á los deleites del cielo: *Quæ sursum sunt sapite, non quæ super terram*<sup>1</sup>. Muertos á todo lo terreno, debemos vivir, como Cristo después de su resurrección, vida divina y celestial<sup>2</sup>. No importa que nuestra vida, sepultada por hoy en el olvido del mundo, desconocida de los hombres, no ofrezca nada de brillante y halagüeño á los sentidos, sometidos á la dura ley de la mortificación: día vendrá, y no muy tarde, en que, al aparecer nuestro divino Salvador resplandeciente y glorioso á la vista de todo el universo, apareceremos también nosotros revestidos de la claridad de su gloria<sup>3</sup>. ¡Qué aliento no debe infundir en el pecho cristiano esta esperanza de tan magnífica y segura recompensa para practicar las más arduas virtudes, en cuyo ejercicio consiste la nueva vida propia de quienes resucitaron con Cristo, dejando en el sepulcro los despojos del hombre viejo, esto es, el pecado y sus perversas obras! De ahí que San Pablo añade como consecuencia forzosa de la esperanza de los bienes eternos: *Deponed todos los vicios, la sensualidad, la avaricia, compañeros de la torpe idolatría, la ira, la malicia, los abusos todos de la lengua, el engaño y la mentira; en una palabra, todos los actos que pululan de la corrupción de la natura-*

<sup>1</sup> Col. 3, 2.

<sup>2</sup> Col. 3, 3.

<sup>3</sup> Col. 3, 4.



leza<sup>1</sup>. ¡Ojalá, cristianos, que, reavivada en este día nuestra esperanza, tratáramos ya seriamente de merecer, con la pureza y santidad de nuestras costumbres, esos goces inefables y altísimos cuya posesión entrevemos al lado de Cristo glorioso! ¡Ojalá llegáramos, por virtud de la esperanza de nuestra resurrección, á hacernos superiores lo mismo á los bienes que á los males de la vida presente, diciendo con el Apóstol: *¿Qué proporción guardan los padecimientos y trabajos del tiempo con la gloria venidera que se nos dará á gozar?*<sup>2</sup>

## III.

8. Y así empezáramos ahora mismo á disfrutar de una gloria anticipada en las dulcísimas fruiciones del amor de Cristo. Porque, si el misterio que hoy celebramos robustece nuestra fe y anima nuestra esperanza, también es cierto que enciende la llama de nuestra caridad. ¿Dónde mejor que en su vida gloriosa se nos presenta el Dios-hombre como objeto dignísimo de nuestro amor? ¿Dónde ejerce más poderosos atractivos? Basta reflexionar que el cielo de los bienaventurados es la patria del amor, porque allí, recorridos los velos de la belleza infinita, se va el corazón tras de aquella hermosura sin término, allí se ama á Dios con fuerza de atracción irresistible. Pues bien, hermanos carísimos, la vida gloriosa de Cristo resucitado no es otra cosa que un vivo trasunto de la vida del cielo; así que, viéndole tan lleno de encantos, como hombre, y de majestad y hermosura, como Dios, no puede el alma dejar de exclamar, abismada en sublime arrobamiento: *Specie tua et pulchritudine tua intende, prospere procede et regna*<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Col. 3, 5. 8. 9.<sup>2</sup> Rom. 8, 18.<sup>3</sup> Ps. 44, 5.

¡Adelante, príncipe hermosísimo, marcha rodeado de prosperidad á la conquista de los corazones de todas las criaturas! ¿Quién no te amará, Cristo Jesús, esplendor del Eterno<sup>1</sup>, y *el más hermoso de los hijos de los hombres*<sup>2</sup>? Esto explica perfectamente por qué las almas contemplativas, dadas á los más puros y deliciosos afectos de la caridad, aquéllas que se mecen en las alturas de la perfección cristiana, pudiendo decir con el Apóstol que *su conversación y trato está más en el cielo que en la tierra*<sup>3</sup>, toman por materia propia y adecuada de sus contemplaciones á Jesús glorificado, subiendo de allí, como de un paso, á engolfarse en el océano de los atributos y perfecciones de Dios, perdiéndose, hasta donde es posible, en la inmensidad del ser increado, para que, ya desde esta vida, *sea Dios todo en todas las cosas*, como dice San Pablo<sup>4</sup>.

9. Para acabar de entender esta verdad no tenemos más que fijar nuestras miradas en la divina faz de nuestro Salvador resucitado. ¡Cómo brillan en ella los atributos de la Divinidad! Aquella divinidad que parecía escondida durante la Pasión, se deja ver con magnífica claridad en la resurrección de Cristo, produciendo admirables y santísimos efectos<sup>5</sup>. Y así, el que era en los tormentos de la cruz *hacecillo de mirra* para el alma enamorada, es ahora *dulcísimo racimo* de uvas que la mueve á los más dulces afectos de ardentísima caridad<sup>6</sup>. Los efectos maravillosos de la naturaleza divina, descubiertos en la santa humanidad por la victoria que alcanzó el Salvador sobre la muerte, no son sino la

<sup>1</sup> Hebr. 1, 3.<sup>2</sup> Ps. 44, 3.<sup>3</sup> Phil. 3, 20.<sup>4</sup> 1 Cor. 15, 28.<sup>5</sup> Exerc. spirit. S. Ignatii, hebdom. 4, contempl. 1, punct. 4.<sup>6</sup> S. Bern., Serm. 44 in Cant.



gloria misma de su cuerpo trasfigurado, mejor que en el Tabor, por medio de aquellas cuatro dotes gloriosísimas de *claridad, inmortalidad, sutileza y agilidad*, según doctrina del Apóstol<sup>1</sup>. Así adornado el nuevo Adán, aparece como un hombre del todo celestial y divino<sup>2</sup>. ¡Qué claridad aquella que vence á la del mismo sol! ¡qué inmortalidad ó plenitud de vida que la muerte no podrá jamás destruir! ¡qué vigor y salud que enfermedad ninguna ni algún género de inclemencia del cielo ó violencia de la naturaleza podrá quebrantar! ¡qué rapidez, en fin, mayor que la del rayo y de la corriente eléctrica, para ir en un instante, sin dejar de ser cuerpo, adonde le pluguiere, recorriendo de un confín á otro los inmensos espacios, como si fuera puro espíritu! Y, para concluir, ¡qué hermosura la de aquel divino cuerpo, que reúne y compendia cuanto hay de más escogido entre todas las criaturas, y en cuya comparación es como nada toda la hermosura dispersa en el cielo y en la tierra!<sup>3</sup> ¡Oh rostro hermosísimo, á quien siempre desean ver los ángeles<sup>4</sup>, porque, aunque siempre te miran, no se hartan de mirarte! ¡Oh Esposa del Rey eterno, que has visto su hermosura! díme: ¿cuál es tu amado? *qualis est dilectus tuus?*<sup>5</sup> *Mi amado, dice, es blanco y colorado, escogido entre millares. Su cabeza es como el oro; sus cabellos como palmas; sus labios, azucenas; sus mejillas, granadas; sus manos, zafiros*<sup>6</sup>. Pero es empeño vano buscar términos de comparación con que pueda declararse su belleza incomparable y única<sup>7</sup>.

<sup>1</sup> 1 Cor. 15, 42. 44.

<sup>2</sup> 1 Cor. 15, 47.

<sup>3</sup> *La Puente*, Guía espir. t. I, tr. 2, cap. 18.

<sup>4</sup> 1 Petr. 1, 12.

<sup>5</sup> Cant. 5, 9.

<sup>6</sup> Cant. 5, 10. 11. 13. 14.

<sup>7</sup> *La Puente* l. c.

10. Veis aquí, carísimos oyentes, cómo la resurrección gloriosa de nuestro adorable Redentor enciende en nuestros corazones el fuego del amor divino, así como eleva nuestros pensamientos, deseos y cuidados á la región de los bienes inmortales, después de haber afirmado nuestra fe con la certeza del hecho portentoso. Sólo resta que, mediante el ejercicio de esas tres sobrenaturales virtudes de fe, esperanza y caridad, resucitados con Jesucristo en el espíritu, nos elevemos á Dios acá en la tierra por la unión, para subir algún día á la posesión de su gloria, transformados en claridad á semejanza del Salvador resucitado. Así sea.

### SERMÓN PARA EL DÍA DE PENTECOSTÉS

(predicado en la Catedral de Bogotá, el 2 de junio de 1895).

Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi; ideoque et quod nasce-  
tur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei.

El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra; por lo cual lo Santo que naciere de ti, será llamado Hijo de Dios.

Luc. 1, 35.

1. Ilustrísimo y Reverendísimo Señor<sup>1</sup>: No con el mismo aparato de fuegos y huracanes que en el Cenáculo, pero sí con igual virtud y eficacia había ya descendido á la tierra el Espíritu Santo, tercera Persona de la augustísima Trinidad, á quien, por apropiación, se atribuyen las obras de amor y santificación entre las llamadas *ad extra*, ó que salen fuera de la naturaleza

<sup>1</sup> El Señor Doctor Don Bernardo Herrera Restrepo, arzobispo de Bogotá.



juntamente con el hombre, y por un admirable y nuevo modo de concurso, se conoce y ama, de manera que el conocimiento y amor sobrenatural sean actos como de un principio conjunto, divino y humano, no ciertamente por unión hipostática, que sería un grave error imaginarlo, sino por unión meramente accidental.

8. Vida es ésta singularmente misteriosa ó mística, como *escondida* que está *con Cristo en Dios*<sup>1</sup>. Llega el Apóstol hasta llamarla muerte, cuando dice á los colosenses: *Muertos estáis*<sup>2</sup>, porque, viviendo en hecho de verdad y con una vida celestial y divina, parece que estuvieran muertos para el mundo y las criaturas. Tienen nombre de muertos, y nadie está más vivo; bien al revés de lo que pasa á los que viven solamente con la vida del sentido, á quienes pueden aplicarse las palabras del Apocalipsis: *Tienes nombre de vivo y estás muerto*<sup>3</sup>. El mismo Jesucristo había dicho: *El que quisiere poner á salvo su vida, preciso es que la pierda*<sup>4</sup>, ya sea por la muerte real y efectiva, cuando el deber lo exija, ya á lo menos por la mortificación. Aun más, dice el Apóstol, es menester estar crucificado para ser de Cristo y estar vivificado por Él, crucificado en la carne con sus vicios y concupiscencias<sup>5</sup>. ¿Qué quiere decir todo esto, hermanos míos, sino que el desarrollo de esta vitalidad divina, como tan poderoso, no puede menos de debilitar y aun casi extinguir esa otra vitalidad viciosa, esa energía para el mal y aun para los bienes de inferior calidad, energía incompatible con alientos vitales de índole tan elevada? ¿No semejan hombres muertos esos seres admirables á quienes Dios eleva milagrosamente sobre

<sup>1</sup> Col. 3, 3.<sup>2</sup> Ibid.<sup>3</sup> Apoc. 3, 1.<sup>4</sup> Luc. 9, 24.<sup>5</sup> Gal. 5, 24.

sí mismos en el raptó de la contemplación? *Sentaráselo solo y callará y levantaráse á sí sobre sí*, como dijo Jeremías<sup>1</sup>. ¡Oh maravillosa unión que produce inmovilidad, silencio, suspensión de potencias y sentidos, muerte mística, vida verdadera!<sup>2</sup> ¡Dichoso silencio, en que habla Dios, y el hombre calla, ó, si éste habla, es con sólo Dios! ¡Dichosa suspensión, que suspende la acción del cuerpo para que obre solamente el espíritu, y dichosa elevación, en que sale de sí el espíritu humano para levantarse á la unión con el divino!

9. Además, esa vida sobrenatural, como informada del espíritu de Dios que la produce, fomenta y robustece<sup>3</sup>, participa también del carácter de lo espiritual, tiene mucho de invisible en sí misma, y por más que sus manifestaciones en lo exterior sean á veces deslumbrantes, como la transfiguración de Cristo en el Tabor, lo normal y ordinario es que se oculte á los sentidos, resultando de ahí esa nota de *interioridad* ó intimidad tan propia de la vida sobrenatural, esa apariencia de muerte que no es sino el grande y profundo misterio de la vida. De ahí también, que el ciego y desatentado mundo no conozca esa vida, ni apenas pare mientes en los que la poseen ¡Pobre mundo<sup>4</sup>, que vive de aturdirse con acontecimientos más ó menos ruidosos, deslumbrado con figuras más ó menos abultadas y brillantes, mientras que la vida sobrenatural se desliza suavemente, en el mayor número de almas, como el manso y escondido arroyuelo, en el silencio del espíritu y en la soledad del retiro! Para el mundo los vivos están muertos; y los muertos, vivos. *Para mí*, decía San Pablo,

<sup>1</sup> Thren. 3, 28.<sup>2</sup> *La Puente*, Guía spir. t. II, tr. 3, cap. 9.<sup>3</sup> Rom. 8, 14.<sup>4</sup> Matth. 18, 7.



el mundo está crucificado, y yo lo estoy para él<sup>1</sup>. Así debía de sentirlo aquella alma noble y vigorosa que exclamaba santamente enajenada: *Vivo sin vivir... Muero porque no muero*<sup>2</sup>. Y ahí tenéis, por último, otro género de muerte que acompaña á esta vida, que, por más dichosa que sea, todavía no es perfecta, no es la vida plenaria de la eternidad, y por eso se abrasa y consume en deseos de vida eterna.... *Decid á mi Amado que desfallezco de amor*<sup>3</sup>. ¡Oh muerte más preciosa que mil vidas!

## II.

10. Pasemos ya á considerar á Jesucristo en la Eucaristía como abundoso y límpido manantial de esta vida sobrenatural excelentísima. Ciertamente, es preciso comer la carne y beber la sangre del Hijo del hombre para tener la vida eterna dentro de nosotros<sup>4</sup>, aquella vida del espíritu que obrará la resurrección de la carne en el día novísimo. Así lo aseguraba el mismo Cristo, al prometer á sus discípulos la institución de este admirable Sacramento. Y no puede ser de otra manera si consideramos que sólo Dios es la fuente de esta vida, y Jesucristo, Hombre-Dios, es el único que puede transmitirnosla.

11. La plenitud de la vida sobrenatural ¿en dónde se ha de encontrar sino en Dios? ¿Por ventura es otra cosa esa vida que una participación de la divina? Véase y medítese, no sin asombro, el capítulo primero del Evangelio de San Juan. *El Verbo estaba en el principio, estaba dentro de Dios, era Dios mismo*<sup>5</sup>. Siendo, pues,

<sup>1</sup> Gal. 6, 4.<sup>2</sup> Santa Teresa.<sup>3</sup> Cant. 5, 8.<sup>4</sup> Io. 6, 54.<sup>5</sup> In principio erat Verbum etc. (Io. 1, 1 sqq.).

Dios vida sustancial y esencialmente, la vida estaba en el Verbo: *En Él estaba la vida*. Pero, empezad á admirar, hermanos míos, el misterio de la bondad divina. Esta vida parecía destinada á difundirse, fuera de Dios, á manera de luz, entre los hombres; mas ¡ay! que las tinieblas, como un espeso velo, envolvían al hombre, y la luz estaba como oprimida por el peso de aquellas tinieblas de la propia naturaleza humana, ciega para las cosas divinas; tinieblas del pecado, más densas todavía, no dejaban ver la luz<sup>1</sup>. Mas, he aquí que *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*, y... como efecto de este hecho portentoso, *vidimus, vimos*: disipadas las tinieblas por la presencia corporal de Dios en la tierra, la Vida se nos manifestó<sup>2</sup>, y se nos comunicó también, y también nosotros *vivimos* desde entonces. *Yo vine á darles vida*<sup>3</sup>. Tal fué el efecto de la Encarnación.

12. Mas ¿cómo pudo inocularse en el hombre la vida de Dios? He aquí de qué manera: por generación divina, y de ella fué autor el Verbo engendrado en el seno de la Virgen, el Verbo hecho hombre. Así lo reconoce la Iglesia, celebrando festiva el nacimiento del Señor<sup>4</sup>. En su generación temporal está el secreto de nuestra regeneración eterna. Naciendo Él de María, hemos nacido nosotros de Dios. *Tomando cuerpo humano, nos ha dado su divinidad*<sup>5</sup>. Desde luego la Encarnación, el hecho de un Dios-Hombre, nos ha revelado la posibilidad y la realidad de esa comunión de vidas, divina y humana, en un sólo sujeto; y ése hombre, aunque

<sup>1</sup> Et lux in tenebris lucet, et tenebræ eam non comprehenderunt (1 Io. 1, 5).<sup>2</sup> Ioh. 1, 2.<sup>3</sup> Io. 10, 10.<sup>4</sup> Divinæ nobis generationis est auctor — in die Nat. Domini.<sup>5</sup> Eccl. in offic. circumcis. Domini.



no persona humana. Vemos á Jesús en el pesebre de Belén, y no podemos dejar de reconocer en aquel Niño recién nacido y que tiritaba de frío, la plenitud de la divinidad, los atributos de la divinidad, la vida de Dios en todo su vigor<sup>1</sup>. Si la vida es la operación, ese Niño dice: *Mi Padre obra sin descanso, y yo obro con Él*<sup>2</sup>; tiene, pues, la misma vida que su Padre, posee la plenitud de la vida. De esa plenitud hemos participado nosotros<sup>3</sup>, y de ella, como de océano infinito, son capaces de participar todos los hombres de todos los siglos, y los mismos ángeles y todas las criaturas posibles. Cristo es *el padre del futuro siglo*<sup>4</sup>, verdadero Abrahán, *tronco de muchas naciones*<sup>5</sup>, ¿qué digo? nuevo Adán, figurado por el primero, *padre de todos los vivientes*<sup>6</sup>. En efecto, toda plenitud tiende á desbordarse, á rebosar fuera de sí; y, por tanto, poseyendo Jesucristo la plenitud de la vida divina, no podía menos de comunicar esa vida á cuantos fuesen capaces de recibirla: *Dió poder de hacerse hijos de Dios á cuantos le recibieron*<sup>7</sup>; y claro es que el poder de ser hijos de Dios vale tanto como el derecho de adquirir vida divina. ¿Cuál es, empero, la condición esencial y necesaria para la adquisición de ese derecho? No otra que *recibirle*. Y ved aquí, mis amados oyentes, por qué en la Eucaristía se comunica, en modo superabundante, la vida sobrenatural<sup>8</sup>.

13. Porque, á la verdad, en la sagrada comunión del cuerpo y sangre del Señor, donde se le recibe del modo más perfecto: *¡Oh sagrado convite en el cual se recibe á Cristo*<sup>9</sup>. Puede recibirse á Cristo en la persona

<sup>1</sup> I Io. 5, 11.

<sup>2</sup> Io. 5, 17.

<sup>3</sup> Ibid. 1, 16.

<sup>4</sup> Is. 9, 6.

<sup>5</sup> Gen. 17, 4—5.

<sup>6</sup> Cfr. Gen. 3, 20.

<sup>7</sup> Io. 1, 12.

<sup>8</sup> et abundantius habeant (Io. 10, 10).

<sup>9</sup> Eccl. in offic. SS. Sacram.

de sus representantes y enviados, y él se dará por bien servido<sup>1</sup>; puede recibírsele en su propia persona, aceptando su doctrina y acatando sus mandatos<sup>2</sup>, y la salvación eterna podrá quedar asegurada; puede aún recibírsele en espíritu, viviendo de su gracia como de un alimento celestial de vida eterna. Pero lo primero no produciría sino una unión moral; lo segundo, una unión real, es verdad, pero no personal; lo tercero, una unión física, y personal también<sup>3</sup>, pero todavía incompleta; y por ninguna manera de éstas se recibiría á todo Cristo. Queda otro género de unión, física, personal y perfecta, y es aquélla por la cual el hombre todo entero se une á Cristo todo entero, incorporándose en Él y hasta identificándose con Él por inefable manera. ¿No es esto recibir á Cristo perfectísimamente? Y ¿cómo no ha de ser, por lo mismo, participar de lleno de la vida sobrenatural? Reflejo de la Encarnación, la Eucaristía es una especie de Encarnación nueva, por la cual el Verbo hecho carne se une, si no hipostáticamente (que esto no podía ser), á lo menos real y verdaderamente con todos los que reciben el Sacramento de su cuerpo y sangre. Para traer la vida al mundo<sup>4</sup> fué preciso que el Verbo se uniese *hipostáticamente* con una sola naturaleza humana individual; para difundir esa misma vida ideó la Sabiduría eterna unirse *sacramentalmente* con tantas naturalezas individuales como personas humanas le reciben por alimento. He ahí la explicación de aquellas palabras del Salvador: *Yo vine al mundo para que tengan vida, y la tengan superabundante y rica*. Todo respira

<sup>1</sup> Matth. 18, 5.      <sup>2</sup> Iac. 1, 21. Luc. 8, 3.

<sup>3</sup> *Personal* no se toma aquí en sentido de *hipostática*: significa solamente que se recibe á Cristo *en persona*.

<sup>4</sup> Io. 6, 33.



riqueza y abundancia en este banquete regio de la sagrada Eucaristía: riqueza en el modo de comunicarse la vida de Cristo, y abundancia en el número ilimitado de los convidados á participar de la vida.

14. Oíd todavía, amados fieles, otra afirmación del mismo Cristo, á cuya consideración el alma no puede menos de quedar atónita y deslumbrada. *Así como me envió mi Padre que vive, y yo vivo por mi Padre, así también el que me come, vivirá por mí*<sup>1</sup>. Esto es: el Padre vive por sí; yo vivo por el Padre; el que comulga vive por mí. ¿No aparecen aquí identificadas las tres vidas? ¿No resalta la Eucaristía como fuente y manantial de la vida de Cristo, que no es sino la vida de Dios? No creo sean menester comentarios para reconocer esta verdad consoladora. Sin embargo, observad la semejanza evidente que media entre la vida eucarística de Jesucristo y aquella vida sobrenatural del justo, cuyos caracteres hemos descrito en la primera parte.

15. ¡Vida eucarística! No puede darse cosa más sublime, siendo vida de perpetua adoración de Dios por Dios. Allí, mediante los homenajes que Jesús tributa al Padre Eterno, únicos dignos de la majestad infinita, únicos que se pueden equiparar á la grandeza de sus dones, Dios es glorificado sobre la tierra tanto como en el mismo cielo. Para Jesús la vida en el Sacramento de su amor es vida de bienaventuranza, porque no cesa un instante de ver á Dios con visión beatificante; y lo es de caridad excelentísima para con los hombres, á quienes se da totalmente en alma y cuerpo, renovando incesantemente el holocausto del Calvario. De ahí que esa vida, tan gloriosa en sí, aunque de aparente humillación,

<sup>1</sup> Io. 6, 58.

sea asimismo tan fecunda en bendiciones para la Iglesia, como principio que es de toda gracia, de donde se derivan originariamente la justificación del pecador y la santificación del justo. Es vida verdaderamente sobrenatural, porque para ella es preciso que obre Dios según su omnipotencia, acumulando milagros, aunque para eso sea necesario suspender el curso de las leyes naturales. Es sin duda, según Santo Tomás<sup>1</sup>, el mayor de cuantos milagros ha obrado el mismo Cristo. Ni es la menor maravilla que allí se efectúa el que sea aquella una vida semejante á muerte, vida de incruenta inmólación. Allí el mundo no da muestras de reconocer á su Salvador, á su Dios<sup>2</sup>; por el contrario le blasfema, le ultraja, le cubre de desprecios... ¿No indican todas estas analogías, á la ligera consignadas, la relación de causalidad que liga con la Eucaristía la vida sobrenatural?

16. ¿Quién es, pues, el hombre que quiere la vida? clamaré con el profeta<sup>3</sup>; ó mejor: ¿quién hay que no la busque con afán? Vuelva sus ojos abiertos á la adorable Eucaristía, y vea el raudal de vida eterna que salta del altar. ¡He ahí la fuente de vida feliz, interminable, abierta en la roca firmísima que es Cristo!<sup>4</sup> ¡Ah! ¡la vida temporal es tan frágil, deleznable y repleta de miserias! ¡La vida de Jesucristo es tan firme, tan sublime y, después de todo, es la única inmortal! ¡Dichoso el que sabe apropiársela! ¡Desgraciado el que no vive la vida de Dios con Jesucristo!<sup>5</sup> ¡Sea, pues, la nuestra sobria, justa y piadosa<sup>6</sup>, como la describe el Apóstol, tal que pueda asegurarnos la vida eternamente feliz y duradera!

<sup>1</sup> In opusc. 57.

<sup>2</sup> Io. 1, 10.

<sup>3</sup> Ps. 33, 13.

<sup>4</sup> I Cor. 10, 4.

<sup>5</sup> Col. 3, 3.

<sup>6</sup> Tit. 2, 12.



gloria misma de su cuerpo trasfigurado, mejor que en el Tabor, por medio de aquellas cuatro dotes gloriosísimas de *claridad, inmortalidad, sutileza y agilidad*, según doctrina del Apóstol<sup>1</sup>. Así adornado el nuevo Adán, aparece como un hombre del todo celestial y divino<sup>2</sup>. ¡Qué claridad aquella que vence á la del mismo sol! ¡qué inmortalidad ó plenitud de vida que la muerte no podrá jamás destruir! ¡qué vigor y salud que enfermedad ninguna ni algún género de inclemencia del cielo ó violencia de la naturaleza podrá quebrantar! ¡qué rapidez, en fin, mayor que la del rayo y de la corriente eléctrica, para ir en un instante, sin dejar de ser cuerpo, adonde le pluguiere, recorriendo de un confín á otro los inmensos espacios, como si fuera puro espíritu! Y, para concluir, ¡qué hermosura la de aquel divino cuerpo, que reúne y compendia cuanto hay de más escogido entre todas las criaturas, y en cuya comparación es como nada toda la hermosura dispersa en el cielo y en la tierra!<sup>3</sup> ¡Oh rostro hermosísimo, á quien siempre desean ver los ángeles<sup>4</sup>, porque, aunque siempre te miran, no se hartan de mirarte! ¡Oh Esposa del Rey eterno, que has visto su hermosura! díme: ¿cuál es tu amado? *qualis est dilectus tuus?*<sup>5</sup> *Mi amado, dice, es blanco y colorado, escogido entre millares. Su cabeza es como el oro; sus cabellos como palmas; sus labios, azucenas; sus mejillas, granadas; sus manos, zafiros*<sup>6</sup>. Pero es empeño vano buscar términos de comparación con que pueda declararse su belleza incomparable y única<sup>7</sup>.

<sup>1</sup> 1 Cor. 15, 42. 44.

<sup>2</sup> 1 Cor. 15, 47.

<sup>3</sup> *La Puente*, Guía espir. t. I, tr. 2, cap. 18.

<sup>4</sup> 1 Petr. 1, 12.

<sup>5</sup> Cant. 5, 9.

<sup>6</sup> Cant. 5, 10. 11. 13. 14.

<sup>7</sup> *La Puente* l. c.

10. Veis aquí, carísimos oyentes, cómo la resurrección gloriosa de nuestro adorable Redentor enciende en nuestros corazones el fuego del amor divino, así como eleva nuestros pensamientos, deseos y cuidados á la región de los bienes inmortales, después de haber afirmado nuestra fe con la certeza del hecho portentoso. Sólo resta que, mediante el ejercicio de esas tres sobrenaturales virtudes de fe, esperanza y caridad, resucitados con Jesucristo en el espíritu, nos elevemos á Dios acá en la tierra por la unión, para subir algún día á la posesión de su gloria, transformados en claridad á semejanza del Salvador resucitado. Así sea.

### SERMÓN PARA EL DÍA DE PENTECOSTÉS

(predicado en la Catedral de Bogotá, el 2 de junio de 1895).

Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi; ideoque et quod nasce-  
tur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei.

El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra; por lo cual lo Santo que naciere de ti, será llamado Hijo de Dios.

Luc. 1, 35.

1. Ilustrísimo y Reverendísimo Señor<sup>1</sup>: No con el mismo aparato de fuegos y huracanes que en el Cenáculo, pero sí con igual virtud y eficacia había ya descendido á la tierra el Espíritu Santo, tercera Persona de la augustísima Trinidad, á quien, por apropiación, se atribuyen las obras de amor y santificación entre las llamadas *ad extra*, ó que salen fuera de la naturaleza

<sup>1</sup> El Señor Doctor Don Bernardo Herrera Restrepo, arzobispo de Bogotá.



divina. En Nazaret se verificó ciertamente esta invisible pero magnífica y gloriosa venida, conforme á las palabras del ángel Gabriel á la Virgen María, cuando, para serenarla y explicarle el sentido de su misión, le dijo: *Spiritus Sanctus superveniet in te....*: Vendrá á ti el Espíritu Santo. Vino, en efecto, y el Verbo se hizo carne, y fué Dios con nosotros, y nos fué revelada su gloria en los esplendores del Unigénito del Padre, *lleno de gracia y de verdad*<sup>1</sup>. Vino, pues, en aquella hora solemne, en que se colmaba la plenitud de los tiempos, como vino el día de hoy, en que se cumplían los días de Pentecostés: *cum compleverentur dies...<sup>2</sup> ubi venit plenitudo temporis*<sup>3</sup>. Vino entonces cual precursor y factor de otra venida, la del Verbo á encarnarse, y hoy viene cual perfeccionador de la obra del Verbo en la tierra, para poner el sello y como dar la última mano á la Redención, dejando instituída la Iglesia, que es la Encarnación continuada y como la reencarnación de Dios en la humanidad. ¡Esplendoroso oriente de la gracia en Nazaret, reflejado en el ocaso no menos brillante del Cenáculo! En una y otra parte está María, allá como madre propia y verdadera del Hijo de Dios, aquí como madre adoptiva de los hijos de Dios en el Espíritu Santo, en una y otra parte como miembro principal y figura de la Iglesia<sup>4</sup>.

2. Séame por tanto permitido aplicar á esta segunda venida, en que celebra el mundo cristiano su transformación y la nueva Alianza de Dios con el hombre, las palabras con que anunció el arcángel á María la obra

<sup>1</sup> Io. 1, 14.

<sup>2</sup> Act. 2, 1.

<sup>3</sup> Gal. 4, 4.

<sup>4</sup> Ipsa figuram in se sanctæ Ecclesiæ demonstravit (S. Aug., De Symb. ad Cat.).

de la Encarnación. *Spiritus Sanctus superveniet*, etc. Y supuesto que en el gran día de Pentecostés se efectuó, como nadie duda, la fundación de la Iglesia cristiana<sup>1</sup>, me contraeré á hacer brillar á los ojos de quien no la vea, la divinidad ó carácter sobrenatural de esa misma Iglesia, que no es obra del poder del hombre, sino, en sentido absoluto y riguroso, del poder de Dios<sup>2</sup>. Así lo dan á conocer su origen, su naturaleza, sus efectos. Porque nace por la venida del Espíritu Santo: *Spiritus Sanctus superveniet in te*; progresa y vive por la virtud del Altísimo: *Virtus Altissimi obumbrabit tibi*; y produce la santidad de los hijos de Dios: *Quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei*. Descienda también sobre nuestros sentidos y corazones la luz del divino Espíritu para comprender plenamente esta grande é importante verdad. Al efecto imploremos, etc. *Ave María*.

#### I.

3. He dicho que me proponía únicamente hacer brillar la divinidad de la Iglesia por el Espíritu Santo; y nada más fácil por lo que toca á su origen. En efecto, ¿hay cosa más brillante que el carácter sobrenatural de los hechos acaecidos en Jerusalén el día quincuagésimo después de la resurrección del Salvador? Si la narración, hecha al vivo, ó mejor digamos, la pintura de lo que en ese día, hacia las nueve de la mañana, aconteció en una espaciosa morada de aquella ciudad, denominada el Cenáculo, es, como no hay motivo de dudarlo ni derecho de negarlo, históricamente cierta y verdadera, basta abrir los ojos de la razón para quedar plenamente

<sup>1</sup> Fundatur exultatione universæ terræ mons Sion (Ps. 47, 2).

<sup>2</sup> A Domino factum est istud (Ps. 117, 22).



convencidos de la intervención divina, mejor dicho, de la presencia real de Dios sobre la tierra en aquellos solemnes momentos<sup>1</sup>. Figuraos hallaros aquel día en Jerusalén en medio de la muchedumbre de naturales y extranjeros que inundan sus calles y plazas, atraídos por la fiesta y jubileo de Pentecostés. Habían concurrido personas religiosas de todas las naciones que alumbraba el sol<sup>2</sup>; y quedaron todos atónitos á vista de aquellos prodigios, y diciéndose unos á otros: ¿Qué es esto? He ahí la pregunta que naturalmente ocurre en presencia de tales acontecimientos: *Quidnam vult hoc esse?*<sup>3</sup> ¿Es esto natural? ¿puede explicarse humanamente? ¿no está aquí visible la mano de Dios obrando maravillas?<sup>4</sup> Pero ¿qué suceso es éste, sino el nacimiento de la nueva Iglesia? Un gran sonido que viene de arriba, á manera del que produce el soplo de viento desencadenado, se deja oír de repente por todos los que allí estaban recogidos en expectativa de grandes misterios: toda la casa se conmueve con el ímpetu del viento misterioso que hiela de pavor los corazones, mientras tanto que van apareciendo en el aire lenguas de fuego que se distribuyen y posan sobre cada uno de los Apóstoles. Entonces éstos se sienten henchidos de emoción divina, que no es otra cosa que el influjo del Espíritu Santo que los impele á hablar en diferentes lenguas no aprendidas. Desde este momento se lanzan á las calles de la alborotada ciudad, hecha emporio y lugar de cita de griegos, judíos y romanos, y empieza á tener vida propia y carácter social la nueva comunidad de creyentes

<sup>1</sup> Repente mundus intonat... Deum venire nuntiat (Hymn. Eccl.).

<sup>2</sup> Act. 2, 5.

<sup>3</sup> Act. 2, 12.

<sup>4</sup> Dextera Domini fecit virtutem (Ps. 117, 16).

en Jesús de Nazaret. Ha nacido la Iglesia de Cristo y ha recibido el bautismo de fuego.

4. Y no podía menos de nacer en aquella hora. Porque reflexionad, amados oyentes, en lo que sucede respecto del nacimiento y formación de las sociedades humanas. No son, como absurdamente se ha pretendido, las convenciones ó pactos arbitrarios los que deciden á los hombres, antes nómades y vagabundos, á reunirse en cuerpo social y vivir regidos por leyes comunes: es la fuerza irresistible de la naturaleza, manifiesta de varios modos, según las circunstancias, la que obliga al hombre á vivir unido á sus semejantes con vínculos sociales. La humana sociedad, pues, no es arbitraria, sino tan forzosa como la naturaleza del hombre. De semejante manera, hermanos míos, vemos el día de hoy formarse la gran sociedad de los cristianos ó seguidores de Cristo, no ya por mutuo convenio sino por irresistible impulso y moción interior que, sin coartar, es verdad, la libre voluntad de los hombres, los fuerza con la suave energía que es propia de la acción divina, á reunirse en sociedad, no temporal sino espiritual, ni solamente religiosa sino cristiana, esto es, destinada á practicar la nueva religión de Cristo, con abolición de otra cualquiera. ¿Por ventura no significa esto aquel viento impetuoso á que era imposible resistir?<sup>1</sup> ¿No dan á entender esto mismo los Apóstoles cuando dicen: *No podemos callar, nos es preciso hablar*<sup>2</sup>? ¿Quién es capaz de contener el ímpetu del Espíritu que viene á vivificar toda la tierra? Era ésta un campo cubierto de huesos secos; y dijo Dios á su Profeta: *¿Piensas tú que vivirán estos huesos?*<sup>3</sup> *Profetiza sobre ellos, y di: Huesos*

<sup>1</sup> Act. 2, 2.

<sup>2</sup> Act. 4, 20.

<sup>3</sup> Ez. 37, 3 sqq.



áridos, oíd la palabra del Señor. Esto dice el Señor Dios á estos huesos: He aquí que yo infundiré en vosotros el espíritu, y viviréis. Así se hizo en efecto: Entró en ellos el espíritu, y revivieron aquellos despojos de la muerte, trocados súbitamente en hombres que poblaron la tierra. Y ¿quiénes eran los figurados en este montón de huesos, sino los verdaderos hijos de Dios, la casa de Israel, la Iglesia formada de los tristes despojos del pecado reanimados por el Espíritu Santo? ¿Puede dudarse, en vista de esto, de la divinidad del origen de la Iglesia cristiana?

5. El carácter sobrenatural de este hecho tan visible en sí mismo, resplandece todavía más en tres circunstancias que le acompañan: transformación de los Apóstoles, conversión instantánea de los judíos y superabundancia de señales prodigiosas. Consideremos brevemente cada una de estas cosas. Los Apóstoles se trasforman como por encanto. Si hay algo auténtico, es esta admirable y súbita transformación. Un momento antes de venir el Espíritu Santo eran todavía ignorantes, incapaces de hablar en público, tímidos y pusilánimes: reciben el bautismo de fuego con la infusión del Espíritu divino, y caen de sus ojos las vendas del misterio, penetran en lo más recóndito de las Sagradas Escrituras, explican como consumados maestros el sentido de las profecías, y llenos de valor y generosidad, arrostran la muerte y los tormentos<sup>1</sup>. Son hombres enteramente nuevos: *Verbis proflui et caritate fervidi*<sup>2</sup>, llenos de santo ardor y elocuencia sobrehumana. No faltó lengua maligna que

<sup>1</sup> *Mentes carnalium in sui amorem permutavit* (S. Greg., Hom. 30 in Evang.).

<sup>2</sup> In offic. Pentec.

atribuyese aquella mudanza extraordinaria á efecto de embriaguez<sup>1</sup>, burlándose neciamente de lo que á todos traía atónitos y maravillados. Hoy el mundo entero se burla de aquellos burladores impudentes, cuyo triste ejemplo han seguido, no obstante, los sofistas de todos los tiempos, desde Juliano hasta Voltaire. Á la transformación de los Apóstoles siguió, como natural efecto, la conversión de judíos á millares. Tres mil hombres se dan por convencidos al primer razonamiento del pobre pescador Simón Pedro: luego otros cinco mil siguen el ejemplo de sus correligionarios. Llenos de compunción y de temor santo, preguntan á los Apóstoles: *¿Qué haremos, decidnos, hermanos, para salvarnos?* Y recibían el bautismo confesando por Hijo de Dios al mismo que, cincuenta días antes, habían puesto como insigne malhechor en el patíbulo. Innecesario es advertir que la conversión de éstos, así como la de los discípulos, no fué obra de pasajero entusiasmo, de ésos que se disipan y apagan al día siguiente. Dígalo la historia del cristianismo. Á los miles de cristianos del primer día hay que añadir otros muchos millares, tanto que á pocos días eran ya multitudes de creyentes<sup>2</sup>, y tan hermanados que parecían no tener sino una sola alma y un solo corazón. ¡Qué sucesos tan claramente sobrenaturales! ¿Qué pensar de la sobreabundancia de dones y carismas que acompañan estas conversiones, de que se ven llenos repentinamente los nuevos adeptos de la Iglesia? El Espíritu Santo descende con visibles señales sobre judíos y gentiles, cumpliéndose á la letra la profecía de Joel: *Profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos tendrán sueños misteriosos*<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Act. 2. 13.

<sup>2</sup> Act. 4. 32.

<sup>3</sup> Joel 2. 28 sqq.



6. Todo esto, hermanos míos, es demasiado claro y evidente para no reconocer en los hechos del día de Pentecostés la intervención divina que imprime al origen de la Iglesia católica un carácter netamente sobrenatural. Aquí no hay efugio posible á la incredulidad más artera: no queda sino la negación rotunda ó la falsificación de los hechos, á menos de rendir sinceramente el homenaje debido á la verdad. En medio de tanta luz, el asenso que llamamos fe, más que obra de la gracia, parece exigencia lógica del sentido común. Alta es la cima del monte Sinaí; y, cuando está iluminada con la presencia del Dios que dicta su ley entre relámpagos y truenos, es imposible no distinguirla de todas las cumbres y no venerarla como trono del Señor: no menos brillante es el Cenáculo, donde hoy el Espíritu divino ha promulgado la nueva ley de gracia entre prodigios de amor y caridad, que atestiguan ser la Iglesia el arca de la nueva Alianza, el nuevo y eterno Tabernáculo de Dios sobre la tierra: *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus*<sup>1</sup>.

## II.

7. Empero, si la Iglesia nace con la venida del Espíritu Santo: *Spiritus Sanctus superveniet in te*; vive y se desarrolla por la Virtud del Altísimo que la protege con su sombra majestuosa: *Virtus Altissimi obumbrabit tibi*, resaltando de esta suerte la divinidad de la índole y naturaleza del cristianismo. En efecto, ¿qué es lo que salta á la vista del observador que contempla fijamente el movimiento y la marcha de esta barca prodigiosa en medio del océano de las vicisitudes humanas

<sup>1</sup> Apoc. 21, 3.

durante ya casi veinte siglos? ¿qué otra cosa es sino la fuerza moral, la fortaleza sobrehumana que arrolla y desbarata cuantas fuerzas se le oponen: *Virtus Altissimi*? Y eso, á pesar de ese otro elemento de que está formada, la debilidad humana. Pero si Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es, por razón de esta doble naturaleza, un compuesto de fuerza y de flaqueza, de gloria y humillación, nadie debe extrañar que la Iglesia, evidente personificación del mismo Cristo, y obra que lleva estampado el sello del Hombre-Dios, participe de este mismo carácter, de fortaleza en medio de la debilidad. *Super hanc petram edificabo Ecclesiam meam*, había afirmado el Salvador<sup>1</sup>; la edificó efectivamente bajo la influencia de su Espíritu, renovando por medio de ella la faz de la tierra, según estaba profetizado: *Emitte Spiritum tuum, et creabuntur*<sup>2</sup>; y la Iglesia de Jesucristo lleva impresa en la frente la marca de su Fundador: fuerza y flaqueza, divinidad y humanidad, luz en medio de las sombras.

8. La fuerza sobrenatural en su mismo origen, acabamos de admirarla en los ruidosos acontecimientos de día de Pentecostés; veamos la fuerza también superior á todo esfuerzo humano, que despliega en el proceso de su existencia, y en su perpetuidad hasta nuestros días, presagiando su duración hasta el fin de los siglos. Para ser viable la nueva criatura en el medio en que tenía que desarrollarse, cual era la sociedad antigua, la Iglesia, desprovista totalmente de recursos de orden natural, debió luchar y luchó efectivamente contra las tres mayores fuerzas que se conocen en el mundo: la tradición, encarnada en el pueblo hebreo, la ciencia, re-

<sup>1</sup> Matth. 16, 18.

<sup>2</sup> Ps. 103, 30.



presentada por la Grecia, y la materia ó fuerza bruta, personificada por el despotismo romano. Aserciones son éstas que, por evidentes en historia, sólo pecan de vulgares. Así y todo ellas demuestran hasta la evidencia una verdad que todavía el mundo, ciego en medio de sus luces, se obstina en desconocer, cual es la divinidad de esta Iglesia que, si no fuera quien es, habría sucumbido en su camino desde los primeros pasos, oprimida por cualquiera de las fuerzas mencionadas. La menor de ellas habría bastado para ahogarla: pues ¿qué hicieron todas juntas? ¿Qué no hace la tradición religiosa de los judíos para sofocar la nueva escuela que amenaza dar en tierra con lo pasado, como la realidad acaba con lo que no fué más que sombra y figura? «¿Qué haremos con estos hombres atrevidos, que han llenado á Jerusalén de esa doctrina subversiva?» decían inquietos los magistrados del templo y los príncipes de los sacerdotes<sup>1</sup>. Y, no pudiendo amordazar á los impávidos predicadores, pensaban ya en quitarlos de en medio, ni más ni menos que lo habían ejecutado con el Maestro. La tradición apelaba á la fuerza, como á recurso decisivo. En esto dejóse oír la voz de la razón por boca del honrado Gamaliel, quien, apoyado en el discurso y la experiencia, proponía este dilema: *Si esta obra es de los hombres, dejadla que caiga por sí misma, como sucederá infaliblemente; pero, si es obra de Dios, en vano pugnaréis por contrariarla, porque será indestructible*<sup>2</sup>. Remitiase al criterio del tiempo. Y el tiempo, no corto que digamos, ha dado á conocer de qué naturaleza era aquella obra. Y ¿habrá todavía quien pretenda reducir á proporciones humanas el establecimiento

<sup>1</sup> Act. 5, 24.<sup>2</sup> Act. 5, 38. 39.

y progreso de la Iglesia de Cristo? ¿No venció ella misma á la vana ciencia de los griegos y á la fuerza bárbara de los romanos? ¿No afirmaba el Apóstol de las naciones que, al plantar el evangelio, se estaba cumpliendo la palabra profética: *Destruiré la sabiduría de los sabios, y reprobare la prudencia de los prudentes del siglo*<sup>1</sup>, pues Dios había escogido los desechos del mundo para confundir á los grandes, y la debilidad para burlarse de la fuerza<sup>2</sup>? Así era en hecho de verdad, y, para negarlo, sería preciso desmentir no sólo al Apóstol, testigo y factor importante en aquellos sucesos, sino á la historia universal. Á iguales conclusiones conduce la victoria obtenida por el cristianismo sobre la fuerza material del fuego y de la espada. Los leones del Coliseo no pudieron ahogarlo entre sus garras: *Dextera Domini fecit virtutem*.... Es imposible no reconocer la divinidad de la Iglesia en el testimonio de su invencible fuerza.

9. Pero ¿de qué vigor no ha necesitado para perpetuarse en el mundo durante esa larga serie de siglos transcurridos? ¿Cómo habría podido salir triunfante del tiempo que todo lo consume, si, como adivinó Gamaliel, no fuese obra de Dios? Porque, si bien es cierto que al final de las persecuciones, con el advenimiento de Constantino el Grande al trono de los Césares, la Iglesia obtuvo, no sólo paz y reposo, sino prestigio y valimiento, y puede decirse con verdad que llegó á sentarse en el trono de los Emperadores romanos; tampoco entonces faltaronle enemigos interiores que combatir y vencer, no menos temibles que los exteriores, á quienes dejaba ya postrados. ¿No pulularon entonces las herejías

<sup>1</sup> 1 Cor. 1, 10. Is. 29, 14.<sup>2</sup> 1 Cor. 1, 28.



más poderosas que hubo jamás en el seno de la Iglesia, sobre todo el arrianismo, apoyado por el cetro imperial y dueño por algunos instantes de casi todo el mundo cristiano? ¿Hubo peligro ni más grave ni más inminente para la Iglesia de Cristo que aquella secta formidable? Vencidas milagrosamente por la Virtud del Altísimo las sectas y los cismas, sobrevienen las invasiones de los bárbaros, como una ola gigantesca que todo lo arrolla, cultura, religión y ciencias. ¿Quién pudo resistir á la violencia de aquel choque? El Imperio romano, á pesar de sus legiones, hubo de sucumbir después de luchas titánicas: sólo la pobre Iglesia de Jesucristo queda en pie, erguida sobre las ruinas de sus templos y los cadáveres de sus sacerdotes. Como lo había dicho el Salvador á sus Apóstoles: *Ecce ego mitto vos, sicut oves in medio luporum*<sup>1</sup>, no para que los lobos devorasen á las mansas ovejas, sino para que éstas, á fuerza de paciencia y mansedumbre, amansaran á los lobos<sup>2</sup>: así sucedía puntualmente, cuando los bárbaros del norte, indómitos y fieros, dejábanse conquistar y domar por la maternal autoridad de la Iglesia católica. La barbarie quedaba vencida, como lo había sido el paganismo, y la Iglesia extendía á lo lejos sus conquistas. Vienen más tarde la nueva civilización, el renacimiento de las letras y de las artes, los descubrimientos, la filosofía, las ciencias naturales, las constituciones políticas.... Y ¿cuál es la suerte de la Iglesia en medio de tantas vicisitudes que pudieran ser para ella otros tantos golpes mortales? La piedra viva que sentó Cristo en la tierra no se mueve, cualesquiera que sean los sacudimientos que la azotan: el *Portæ inferi non prævalebunt*<sup>3</sup> es su

<sup>1</sup> Matth. 10, 16.<sup>2</sup> S. Chrysost.<sup>3</sup> Matth. 16, 18.

escudo y su baluarte. Persecuciones sin número y sin piedad siglo tras siglo, iras, venganzas, envidias, codicias y todas las pasiones conjuradas contra la Iglesia de Cristo, burlas y desprecios, violencias y amenazas, nada pueden contra aquella institución veinte veces secular, que ha entrado decididamente en una senda de eterna duración. ¿Quién puede dudar que Dios esté con ella y la ampare con su sombra? *Virtus Altissimi obumbrabit tibi*<sup>1</sup>.

10. Si hubiéramos de profundizar, amados oyentes, en el principio de esta fuerza sobrehumana de que claramente vemos revestida á la Iglesia, tendríamos que penetrar hasta el fondo mismo de su constitución divina, y hallaríamos dos elementos constitutivos que, si bien convienen á toda sociedad, son por especial manera el nervio de la Iglesia cristiana: unidad y multitud. ¡Admirables elementos de fuerza! No es preciso reflexionar mucho para comprenderlo. La unidad es la fuerza suprema en la acción; la multitud lo es, á su turno, por el número. La primera es la condensación, la segunda la multiplicación de la fuerza. Ante esa doble potencia, numérica y de acción, todo tiene que ceder, es evidente. Y la Iglesia posee, como ningún otro agente, esa fuerza duplicada, porque nadie como ella tiene tanta multitud de almas á su disposición y coordinadas con tan perfecta unidad. Es aquel ejército ordenado en batalla á que se compara, en el divino Epitalamio, la Esposa del Cordero: *Terribilis ut castrorum acies ordinata*<sup>2</sup>. Mas ¿no es este argumento contraproducentem en nuestra causa? ¿no se encuentra aquí la explicación enteramente natural y obvia del fenómeno que pretendemos atribuir

<sup>1</sup> Ubi supra.<sup>2</sup> Cant. 6, 3.



á causas sobrenaturales? Así sería en efecto, siempre que esa multitud de creyentes y ese principio de unidad pudiesen explicarse por causas de orden natural; pero ésto es imposible. ¿Qué interés ni qué móvil de condición terrena ha traído de todas las partes del mundo á esos millones de cristianos que se agrupan al rededor de la Cátedra de Pedro, repitiendo el *Tu es Christus Filius Dei vivi*<sup>1</sup>? *Nadie puede venir á mí*, decía Jesús, *sino aquél á quien mi Padre trajere*<sup>2</sup>. Y ¿qué diremos de la unidad, de esa nota característica de la verdadera Iglesia de Cristo uno<sup>3</sup>, Hijo del único Dios y Autor de la única fe que salva<sup>4</sup>? Para llegar á explicar naturalmente la perpetuidad de la Iglesia era necesario primero darse cuenta del milagro de esa unidad, que constituye un problema insoluble á la razón. ¿Por qué todo, menos la Iglesia, se desbarata y destruye? ¿Por qué reina doquiera la división, y sólo la Iglesia presenta, desde San Pedro hasta León XIII, el fenómeno de ser un solo corazón y una alma sola? ¿Por qué, cristianos? La razón es muy sencilla: porque sólo la Iglesia está animada por el Espíritu de Dios, uno é inmutable, mientras que fuera de Dios todo es mudanza y sucesión<sup>5</sup>. Y esto baste por lo que hace á la naturaleza divina de la Iglesia: pasemos á considerar, en tercer lugar, sus resultados no menos sobrenaturales y pasmosos.

### III.

II. Asombrado quedó el mundo desde los primeros días de la aparición de la Iglesia, no sólo por los pro-

<sup>1</sup> Matth. 16, 16.

<sup>2</sup> Io. 6, 44.

<sup>3</sup> Unus est Christus (Matth. 23, 8).

<sup>4</sup> Eph. 4, 5.

<sup>5</sup> Non est Deus quasi homo, ut mutetur (Num. 23, 19).

digios de curaciones de enfermos y otros muchos que obraban los prosélitos de la nueva secta, sino también por las obras no menos estupendas que se les veía practicar. ¡Qué virtudes tan heroicas las de los primeros cristianos! ¡Qué desprendimiento, pureza y caridad! La santidad nunca vista en el mundo brillaba en todo su esplendor. Tal es el efecto propio de la Iglesia de Cristo, santificar al hombre por la gracia, después de iluminarle por la fe. *Sanctificati estis, iustificati estis in nomine Domini nostri Iesu Christi, et in Spiritu Dei nostri*<sup>1</sup>. Y lo que hizo en los primeros fieles, eso mismo ha obrado siempre, en todas partes, desde el momento en que se deja sentir su acción vivificante y santificadora. Las abominaciones del paganismo huyeron avergonzadas, cual nocturnas aves al primer rayo del sol, no sirviendo su recuerdo sino de confusión y tormento á los ya purificados neófitos<sup>2</sup>. Desaparecieron los vicios sociales fomentados por la religión de las pasiones, cediendo el puesto á las más puras virtudes privadas y cívicas. Todos los estados, edades y condiciones se purificaron con el amor de la justicia y la caridad: *in iustitia et sanctitate veritatis*<sup>3</sup>, y así se efectuó aquella admirable regeneración moral, que cambió por completo la faz de la tierra<sup>4</sup>. Y el mismo fenómeno moral se ha renovado después en las naciones bárbaras é infieles, desde el punto en que las ha alumbrado la antorcha del evangelio llevada en manos de la Iglesia. Semilleros de santos fueron la Europa, el África, la América y el Asia. ¡Cuántas de esas mismas regiones se han tornado el día de hoy yermos incultos y bosques cubiertos de

<sup>1</sup> I Cor. 6, 11.

<sup>2</sup> Rom. 6, 21.

<sup>3</sup> Eph. 4, 24.

<sup>4</sup> Ps. 103, 30.



todo linaje de malezas! ¿Por qué? Porque dejaron de pertenecer á la verdadera Iglesia. Aguardad que ésta recobre allí su pacífico imperio, y veréis reflorar la santidad. No hay duda, pues, amados fieles, que la santidad es el fruto nativo de este árbol de la vida, plantado en la tierra por la mano del sembrador divino.

12. Ni es menos cierto que este fruto no lo da la naturaleza, si no la fertiliza y cultiva la gracia. *Neque qui plantat... sed qui incrementum dat Deus*<sup>1</sup>. ¿Qué es la santidad genuina y digna de nombre tan ilustre y venerado? ¿Es acaso aquel aparato vistoso de virtudes humanas de que alardeaban los santos del judaísmo, á quienes acerbamente increpaba Jesucristo? ¡Ah! no por cierto, y menos todavía la probidad exterior y sospechosa de los filósofos antiguos y modernos, ni la virtud fácil y acomodaticia de los llamados santos del protestantismo y de las falsas sectas. *Si vuestra justicia no sobrepujare á la de los Escribas y Fariseos*, decía Jesucristo, *no entraréis en el reino de los cielos*<sup>2</sup>. Pues esta santidad ilustre y eminente, cuya auréola brilla en la frente no de unos pocos cristianos, sino de millones de hijos de la Iglesia, bien se ve que es fruto sobrenatural y divino, no pudiendo dejar de ser divino el árbol que en tanta abundancia lo produce. ¡Ah, la santidad, hermanos míos, es una brillante manifestación de la divinidad de esta Iglesia fundada el día de Pentecostés por *el dedo de la diestra del Padre*<sup>3</sup>!

13. Porque la verdadera santidad y la filiación ó el ser de hijos de Dios vienen á formar una misma y sola cosa. La gracia que el Espíritu de Dios ha traído á la

<sup>1</sup> 1 Cor. 3, 7.

<sup>2</sup> Matth. 5, 20.

<sup>3</sup> *Digitus paternæ dexteræ* (Eccl. in hymno Vesp. Pentec.).

tierra el día de hoy es gracia de adopción, como lo enseña el Apóstol: *No habéis recibido el espíritu propio de los siervos con nuevas y temerosas señales, sino el espíritu de hijos adoptivos con el cual llamamos Padre nuestro á Dios*<sup>1</sup>. Ser hijos de Dios, siquiera por adopción, es participar en algún modo del ser divino que es todo bondad y santidad: es tanto como quedar santificado. Ni hay otra santidad sino la que se nos comunica por la gracia de adopción: *Quod nascetur ex te... Sanctum, vocabitur Filius Dei*<sup>2</sup>. He aquí por qué la santidad substancialmente es don divino; y la Iglesia destinada á producirla entre los hombres, está dotada para ese objeto de un poder divino y sobrenatural. Ella es la madre de la santidad.

14. ¡Oh Espíritu santo y santificador! Por tu fecundo soplo se congregó la Iglesia, se conserva fuerte y vigorosa, como en el día de su fundación, y es hoy y será hasta la consumación de los tiempos, la depositaria de tus luces y la dispensadora de tus gracias. ¡Renueva hoy los prodigios de tu aparición en el mundo, y haz brillar á los ojos de todas las naciones la majestad de tus dones y carismas! Hinchá de fortaleza á los débiles, de sabiduría á los ignorantes, de temor santo á los pecadores, de nuevo fervor á los justos: derrama sobre las clases de la sociedad los tesoros de la santidad que trajiste á la tierra, para que por el triunfo de tu Iglesia sobre todos sus enemigos interiores y exteriores, lleguen todos los hombres á conocer al Padre, á creer en el Hijo, y á amarte á Ti, oh Espíritu de entrambos, que con el Padre y el Hijo vives y reinas por siglos de siglos. Así sea.

<sup>1</sup> Rom. 8, 15.

<sup>2</sup> Luc. 1, 35.



## PANEGÍRICO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1895).

Sanctus, sanctus, sanctus, Dominus Deus Sabaoth.

Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos.

Is. 6, 3.

1. Señor de los ejércitos se llama Dios en mil pasajes de las sagradas Letras, ora sea para intimar á reyes y pueblos sus mandatos por la voz de sus Profetas<sup>1</sup>, ora para darse á conocer por su nombre. *Señor de los ejércitos me llamo*, dijo por Isaías<sup>2</sup>; y Jeremías dice: *Su nombre es el Señor de los ejércitos*<sup>3</sup>. Y no de otro modo llámanle en el gran templo de la gloria los serafines al entonar el eterno Trisagio en su alabanza: *Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos*<sup>4</sup>. ¿Será, hermanos míos, para significarnos el poderío y la fuerza de Aquél que manda á la victoria, y ante quien todos los ejércitos que hacen temblar la tierra no son más que un puñado de polvo que dispersa el viento? Algo más que todo eso paréceme que debe significar un nombre y atributo de que el mismo Dios se muestra tan celoso, como, en efecto, algo más que multitudes organizadas de hombres armados designa, principalmente en los libros santos, este nombre de *ejército*. ¿No son soldados de Dios todas las criaturas, dispuestas á vengar las divinas ofensas á la primera señal de su Hacedor<sup>5</sup>? ¿No forman el más lúcido ejército las estrellas del cielo, del cual cantaban los Levitas: *El ejército del cielo te adora, oh Señor*<sup>6</sup>? Y ¡qué escuadrones

<sup>1</sup> Is. et Ier. passim.      <sup>2</sup> Is. 51, 15.<sup>3</sup> Ier. 46, 18; 48, 15; 50, 34; 51, 19, 57.<sup>4</sup> Ubi supra.      <sup>5</sup> Sap. 5, 18.      <sup>6</sup> 2 Esdr. 9, 6.

tan numerosos de ángeles, qué legiones tan aguerridas de espíritus celestiales no pueblan los alcázares eternos de la ciudad de Dios? Doce batallones de este ejército y más habrían bajado del cielo para defender al Hijo de Dios, atacado por sus enemigos en el huerto de Getsemaní, si aquello hubiera sido menester para su gloria<sup>1</sup>. Pues, si por todas partes, en lo alto de los cielos y en las profundidades del abismo, tiene Dios ejércitos innumerables para ostentación de su poder y venganza de sus agravios, ¿qué quiere decir «Señor de los ejércitos» sino Dueño y Soberano de todas las criaturas visibles é invisibles, *Rey de reyes y Señor de cuantos mandan*<sup>2</sup>? He aquí, pues, el atributo de que parece hacer Dios más cuenta, como que por él quiere ser conocido, adorado y respetado de sus criaturas racionales: *Dominus exercituum nomen meum*. Y con razón, porque, bien mirado, este nombre sublime sólo puede convenir á Aquél que, siendo Ser por sí mismo y necesario, es primer principio y causa suprema de todos los seres, que de nadie depende y de quien dependen todos<sup>3</sup>. La soberanía absoluta es atributo exclusivo de Dios; y sólo en el delirio de su insensato orgullo ha podido el hombre llamarse soberano en sentido absoluto, y proclamar la soberanía de su mísera razón.

2. Y, no obstante ser esto verdad, hermanos míos, otro es el atributo por el cual se revela Dios, en el progreso de las manifestaciones divinas, ya obscuramente á los Profetas de la Ley antigua, ya con inefable claridad á los creyentes de la nueva Ley: Ese es la santidad.

<sup>1</sup> Matth. 26, 53.      <sup>2</sup> Apoc. 19, 6.<sup>3</sup> Deus est Ens a se, Ens necessarium, prima causa, etc. — «Ego sum qui sum» (Ex. 3, 14). «Ego Dominus» (Ex. 10, 2).



*Sanctus... Deus Sabaoth.* No una, sino tres veces, llámase santo el Dios de los ejércitos. ¿Por qué sino para darnos á conocer el misterio escondido en esa revelación de la santidad de un Dios, el de su trinidad de Personas? Pues, como dice el Damasceno, «santo es el Padre, santo el Hijo, santo el Espíritu Santo», no siendo más que una la gloria de que están llenos los cielos y la tierra, como no es más que una la Divinidad<sup>1</sup>. Tal es el grande é inefable misterio, cuya fiesta celebra hoy la Iglesia católica, y, con ella, como hijos fieles y piadosos, los Hijos de la Santísima Trinidad, organizados en canónica asociación en esta capital.

3. ¿Qué os diré yo, amadísimos oyentes, para fomentar y acrecer, si cabe, vuestra devoción á tan augusto misterio? Ya podéis haber adivinado mi pensamiento por las observaciones que dejo emitidas: la Trinidad de Personas divinas no en vano suele llamarse *santísima*, pues éste es cabalmente el misterio de la santidad de Dios, y por ende, también lo es de las criaturas. Es, por tanto, el culto de la Trinidad eficazísimo medio de santificación. En efecto, en este augusto misterio encontramos el modelo, el principio y el término final de toda santidad. ¿Qué más necesitamos conocer acerca de verdad tan impenetrable como altísima? Dénos el Espíritu Santo, por intercesión de María, templo de la misma Trinidad, la luz de que hemos menester para aprovechar en esta escuela de santidad infinita. *Ave María.*

## DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

4. ¿Quién no sabe, hermanos míos, que la santidad conviene por su misma esencia al Ser divino? ¡Cuántas

<sup>1</sup> *Io. Damascen., In Trisag.*

veces no lo ha dicho Él mismo en la Escritura! *Dios soy yo, no hombre*, dice por Oseas; *santo soy en medio de ti*<sup>1</sup>; y en el libro primero de los Reyes: *Non est sanctus, ut est Dominus*: No hay santo, como lo es el Señor<sup>2</sup>. Pero no es eso sólo. Si Él es santo, también es modelo de santidad para los que somos capaces de ella por la naturaleza racional y por la gracia; y por eso intima á su pueblo en el antiguo y nuevo Testamento la ley de santidad, dándose á sí mismo por dechado: *Sancti estote, quia ego sanctus sum*<sup>3</sup>: *Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial*<sup>4</sup>. Por otra parte la razón descubre con bastante claridad la necesidad de este atributo en Dios, á quien no puede concebir sino como un ser infinito en todas perfecciones é infinitamente perfecto; y ¿cómo lo sería, si cupiese en Él la menor sombra de imperfección moral ó de pecado? No solamente no la consiente en sí mismo el Sol purísimo de justicia, pero ni aun puede tolerarla delante de su rostro; como lo dice el Profeta: *No permanecerán los injustos delante de tus ojos*<sup>5</sup>. Pero, si esta verdad es de fácil alcance á la humana inteligencia esclarecida por la revelación, acaso no lo es tanto que el misterio de la Trinidad sea el modelo de nuestra santificación, por ser precisamente el misterio de la santidad divina. Éste es el punto que me propongo esclarecer.

5. Bastante lo dejan entrever las palabras del Trisagio seráfico, con las cuales á un mismo tiempo se glorifica la santidad de la esencia divina y la trinidad de las Personas, según la universal interpretación del texto de Isaías: *santo, santo, santo, el Señor de los*

<sup>1</sup> Os. 11, 9.

<sup>2</sup> 1 Reg. 2, 2.

<sup>3</sup> Lev. 11, 44.

<sup>4</sup> Matth. 5, 48.

<sup>5</sup> Ps. 5, 6.



*ejércitos: llenos están los cielos y la tierra de tu gloria.* Pero no es difícil alcanzar, por medio del discurso, la razón de esta verdad. En efecto, basta considerar que la santidad consiste esencialmente en conocer y amar á Dios, no de otra suerte que la vida eterna, término lógico de aquella. *Hæc est autem vita æterna*, decía el divino Maestro, *ut cognoscant te solum Deum verum et quem misisti Iesum Christum*<sup>1</sup>. Y no puede ser de otra manera, supuesto que la santidad en la criatura racional debe ser participación de la santidad divina, lo cual supone unión de la criatura con Dios, y esta unión espiritual no se concibe cómo puede hacerse sino por actos de entendimiento y voluntad que tengan al Ser divino por término y perfección. Dios, fuente de toda pureza, razón suprema de todo orden, no puede menos de purificar y santificar cuanto toca, cuanto llega á acercársele, y la criatura inteligente y libre se pone en contacto con Dios conociéndole y amándole, fijando en Él su mirada y dándole su corazón. *Ego dilecto meo, et ad me conversio eius*, decía la Esposa mística de los Cantares: *En el punto que me vuelvo hacia mi Amado, vuélvese él hacia mí*<sup>2</sup>. El alma que busca á Dios, ya le tiene unido consigo, dice el ingenioso Padre San Agustín. Es imposible no ser santo en el acto mismo de anegarse y como perderse en el piélago de la santidad infinita por el conocimiento y el amor, y mucho más si este amor y este conocimiento son de orden sobrenatural ó tienen por principio al mismo Dios. La santidad, para decirlo en breve, no es otra cosa que la caridad, la cual destruye en el alma toda mancha, ordena todos los afectos y dispone todas las acciones al

<sup>1</sup> Io. 17, 3.<sup>2</sup> Cant. 7, 10.

Bien<sup>1</sup>. Pero la caridad lleva consigo el conocimiento proporcionado del Bien infinito é infinitamente amable, y de esta manera santificanse á la vez todas las potencias, y hasta los sentidos mismos obedientes al movimiento del espíritu. *Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo*<sup>2</sup>.

6. Ahora bien, mis amados hermanos, ¿qué es el misterio de la santísima Trinidad sino la revelación del modo substancial é impenetrable como Dios se conoce á sí mismo, y como á sí mismo se ama? Todo en el misterio de la Trinidad se reduce á conocimiento y amor de Dios por Dios; y, siendo así que en estos actos está la santidad formal, resulta ser éste el misterio de la santidad divina, y, por consiguiente, el modelo de la nuestra. *Sed santos, como yo lo soy*, conociéndome y amándome en la generación de mi Verbo y en la espiración de mi Espíritu. *Santo es el Señor en todas sus obras*<sup>3</sup>, dice el Salmista; pero con mayor razón (hablando á nuestro modo) lo será en aquel acto inmanente, necesario y eterno, en que consiste su misma vida; en el acto que no tiene otro teatro que la esencia misma de Dios. Tal es la operación ú operaciones divinas por las cuales se forman aquellas admirables relaciones subsistentes que se llaman las divinas Personas. Probemos de profundizar algún tanto en el secreto de Dios, ayudados de su omnipotente gracia. *In lumine tuo videbimus lumen*<sup>4</sup>.

7. En primer lugar es indudable que Dios se conoce á sí mismo, siendo inteligencia soberana y soberanamente inteligible. ¿Quién, como el Ser infinitamente per-

<sup>1</sup> Qui manet in charitate, in Deo manet (1 Io. 4, 16).<sup>2</sup> Ps. 83, 3.<sup>3</sup> Ps. 144, 13.<sup>4</sup> Ps. 35, 10.



fecto, tiene poder de conocer, digo mal, tiene el actual conocimiento de todo cuanto es conocible? Y ¿qué cosa más conocible que su mismo ser, puesto que ser y conocible se identifican? ¡Oh, y qué sublimes y qué santas no deben de ser estas contemplaciones, estas miradas fijas y profundas del entendimiento divino en el océano de su mismo ser! ¿Qué son las visiones extáticas en que se abisman los santos de la tierra, y la visión beatífica de los santos del cielo, y las miradas de águila de los más encumbrados serafines en comparación de esta vista serena y penetrante con que Dios sondea las profundidades del abismo infinito de su esencia, sólo medida por un entendimiento igual á sí? Pero como lo infinito no puede duplicarse, según es evidente, hermanos míos, no puede ser sino que el entendimiento divino y la divina esencia, esto es, el sujeto que conoce y el objeto conocido, sean una sola y misma cosa, no obstante la distinción real é indeleble que media entre el sujeto y el objeto del conocimiento. Aquí entrevéis sin duda, amados fieles, la distinción de las dos primeras Personas en la unidad de la esencia. Conócese, pues, Dios á sí mismo; y, al conocerse, no puede menos de formarse su propia imagen, pero ¡qué imagen tan perfecta! Todo el que conoce, siquiera sea imperfectamente como nosotros, se dibuja, ya en el sentido, ya en el entendimiento, como en un lienzo preparado al efecto, la imagen, semejanza ó idea de la cosa conocida: de otra suerte no podría tener lugar ese mismo acto que se llama conocer. Pero, no sólo se representa en la mente el dicho objeto, sino que el entendimiento, conociendo su propio acto, ó teniendo conciencia de lo que hace, se habla á sí mismo y se afirma el objeto que lleva impreso dentro de sí. He aquí la concepción

intelectual ó el concepto, especie de parto de la misma mente, en el cual ella se reproduce misteriosamente y como que se duplica, pues se habla á sí misma en esos diálogos interiores que el alma entabla consigo, no siendo en verdad sino una sola é indivisible. ¡Misterios son estos, hermanos míos, que encierra nuestro mismo ser, y de los cuales apenas sabemos darnos cuenta! Pues, ¡qué serán los misterios que encierra el Ser divino! No obstante, ya que el Creador, habiendo estampado en nuestra alma su imagen y semejanza<sup>1</sup>, nos permite rastrear por este medio algo de lo que pasa en las intimidades de la Divinidad, sigamos discurriendo sobre la infinita perfección del conocimiento divino. Fórmase, pues, Dios la imagen de sí mismo; y, como sea esa imagen infinitamente perfecta, es igual al mismo que la forma, es consubstancial con él, es su Verbo ó Palabra con la cual se habla á sí mismo, se afirma y dice de sí cuanto tiene que decir, porque esta sola Palabra agota todo el vocabulario de las divinas perfecciones: y así, al formar su imagen, al conocerse Dios, engendra al Hijo eternamente, y es Padre de su misma substancia, traspasándola toda en su segunda Persona y quedándose con toda ella<sup>2</sup>. *Ex utero ante luciferum genui te: De mi seno te engendré antes del lucero matutino*<sup>3</sup>. *Filius meus es tu, ego hodie genui te: Tú eres mi hijo, yo hoy te he engendrado*<sup>4</sup>. Como veis, mis amados oyentes, la razón de la generación eterna del Verbo, ó sea de la segunda Persona en Dios, radica en la naturaleza misma del conocer y en la perfección infinita del cono-

<sup>1</sup> Sap. 2, 23.

<sup>2</sup> Deus enim Pater æqualem sibi genuit Filium (S. Aug., tr. 26, n. 5, in Io.).

<sup>3</sup> Ps. 109, 3.

<sup>4</sup> Ps. 2, 7.



cimiento de Dios. Y, como la santidad y la perfección no son sino una misma cosa, conociéndose Dios en su Verbo, en su resplandor substancial, que dice el Apóstol<sup>1</sup>, es no menos santo que adorable.

8. Santo y santísimo es Dios Padre y Dios Hijo amándose con amor infinito en la Persona del Espíritu Santo. En efecto, siendo Dios la misma bondad y conociéndose infinitamente, no puede dejar de amarse con un afecto proporcionado, tanto á la grandeza del objeto, como á la perfección del conocimiento, esto es, con amor infinito. Ahora bien, el amor infinito no puede ser sino Dios mismo, en cuanto término de su voluntad; luego el Espíritu Santo, que es este mismo amor, es Dios, siendo al mismo tiempo distinto del Amante de quien procede. Es, pues, una Persona divina consubstancial, pero distinta de las otras dos. Procede no sólo del Padre que ama, sino también del Hijo en quien el Padre se ama, en quien eternamente se contempla, porque el amor nace no solamente del sujeto que conoce el Bien y que lo aspira, sino también del conocimiento del mismo Bien. Y, como nada se ama que antes no se conozca, al conocimiento síguese el amor, la aspiración. De ahí es que, como enseña la verdadera fe de la Iglesia católica, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y con el Padre y el Hijo juntamente es adorado y recibe la gloria<sup>2</sup>; porque, como expone Santo Tomás<sup>3</sup>, el amor con que Dios está en su propia voluntad, el amor con que Dios se ama á sí mismo, preciso es que proceda, así del Verbo de Dios, como del Dios que engendra al Verbo. Pues, ¿qué cosa más

<sup>1</sup> Hebr. 1, 3.      <sup>2</sup> Symbol. Nic. et Constantinop.

<sup>3</sup> S. Thom., S. th. 1, q. 27, a. 3.

santa y adorable que esta nueva procesión en la naturaleza divina? Ciertamente, ó no tenemos ningún concepto de lo que es la santidad en Dios, ó no es otra cosa que la vista con que se conoce y el amor con que se ama, la generación del Verbo y la espiración del Espíritu Santo. Todo lo demás que se refiere á las cosas puestas fuera del Ser divino, si bien resplandece con el brillo de la santidad, como de aquél de quien procede, es, sin embargo, secundario en el orden de la santidad divina, la cual existe y se manifiesta *ad intra*, en el seno mismo de la Divinidad. Mas ¿de qué modo, si modo puede llamarse lo que es sin modo, accidente ni medida, lo que es tan esencial y tan substancial como Dios mismo: de qué modo, digo, sino conociéndose Dios y amándose en el día siempre claro, siempre perenne é indeficiente de su eternidad? *¡Santo es el Señor*, y tres veces santo, como Padre que engendra, como Hijo engendrado y como Espíritu que procede del Padre y del Hijo por espiración de amor! Es, pues, el modelo, el ejemplar eterno é inmutable de toda santidad.

9. ¡Oh, si pudiésemos copiarle en alguna manera, siquiera tosca y borroneada, dentro del lienzo de nuestra alma! ¡Oh, si pudiésemos dibujar en nuestro corazón la imagen de la augusta Trinidad! Y ¿cómo sería esto posible? Escuchad, oyentes míos, y veréis que no debemos desmayar en tan hermosa empresa, juzgándola de todo punto impracticable. Esforcémonos por conocer á Dios; procuremos formarnos la idea más cabal y aproximadamente exacta de la alteza y perfección de su ser infinito y de sus atributos inefables, por las luces que Él mismo se ha dignado comunicarnos y con el auxilio de la atenta y devota consideración, y de este



modo se engendrará en nuestro entendimiento alguna imagen suya, que en algo se asemeje á su Verbo<sup>1</sup>, la cual, así formada dentro de nosotros mismos, debe sernos sumamente apreciada y estimada, como lo merece, más que todos los conocimientos de las cosas criadas, más que toda la ciencia de este mundo, y de la estimación nacerá el amor del Ser divino, produciéndose así también en alguna manera el Espíritu Santo, y sellando nuestras potencias con el signo de la Trinidad al mismo tiempo que signamos con su santo nombre nuestras frentes.

## II.

10. Pero vengamos á contemplar el sublime misterio, como principio y causa eficiente de nuestra santificación. No sin razón empezamos toda buena obra signándonos corazón y cabeza con la invocación del nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, como que es la Trinidad santísima el principio de toda santidad. Así se revela en la creación y en la reparación de la criatura racional. La humana naturaleza, buena y santa en sí misma, tal como salió de las fecundas manos del Creador, es como la base y el sujeto de la santidad. Por consiguiente, al crear al hombre en aquella dignidad y excelencia que le confirieron las tres divinas Personas, no hay duda sino que obraban como principio de la santificación del hombre. *Hagamos al hombre*, dijeron<sup>2</sup>, como conferenciando entre sí ó poniéndose de acuerdo, dice un ilustre orador<sup>3</sup>, para darle cada una de ellas lo que le es propio, grabándose en el espíritu

<sup>1</sup> *Avancini*, De myst. SS. Trinit.

<sup>2</sup> Gen. 1, 26.

<sup>3</sup> *P. Ventura*, La Trinidad.

humano y como reproduciéndose en él: el Padre, dándole el entendimiento; el Hijo, la razón; el Espíritu Santo, la voluntad<sup>1</sup>. Y de esta suerte el hombre vino á ser, desde su creación, viva imagen de la Trinidad y retrato finito de su Creador. *Ad imaginem Dei creatus est homo*<sup>2</sup>: privilegio á ninguna otra criatura concedido, como observan San Agustín y Santo Tomás<sup>3</sup>. ¡Ah! si el hombre hubiese conservado, por su fidelidad á la ley divina, la grandeza nativa, su entendimiento, engendrando santos y nobles pensamientos, habría retratado fielmente á Dios Padre; su razón ó pensamiento, deleitándose en la verdad y no en sí mismo, volviéndose siempre á Dios, y no alejándose de él para contemplar las miserables criaturas, habría representado al Dios Hijo; y la voluntad adherida constantemente al verdadero Bien, amando al mismo Dios, habría sido fiel imagen del Espíritu Santo. El hombre habría hallado en sólo el ejercicio ordenado de sus naturales potencias el secreto fácil de su santificación, según la voluntad del que todo lo hizo bueno<sup>4</sup>.

11. Pero el hombre tuvo la desventura de no conocer ni apreciar su condición excelentísima, y, al pecar y pervertirse, dejando de representar á un Dios en tres Personas, llegó más bien á representar al bruto, hecho semejante á los irracionales<sup>5</sup>. Era fuerza, sabiduría y amor; y pasó á ser flaqueza, desvarío y egoísmo<sup>6</sup>. Fue menester que la misma Trinidad que creara al hombre, bajase del cielo á reformarle y como á crearle por segunda vez, según la expresión sagrada<sup>7</sup>, dándole para

<sup>1</sup> *P. Ventura* l. c.      <sup>2</sup> Gen. 1, 27 et alibi passim.

<sup>3</sup> *Deus nulli alii creaturæ dedit, quod ad imaginem suam.*

<sup>4</sup> *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona* (Gen. 1, 31).

<sup>5</sup> Ps. 48, 13.      <sup>6</sup> *P. Ventura* l. c.      <sup>7</sup> Gal. 6, 15.



la vida sobrenatural algo parecido á cada una de las divinas Personas: el Padre, la fe; el Hijo, la esperanza; y el Espíritu Santo, la caridad. He aquí, hermanos míos, lo que significa y confiere el bautismo, el gran Sacramento de la regeneración espiritual. Y he aquí también cómo la santísima Trinidad vuelve á ser el principio de la santificación del hombre, *renovado á imagen de su Creador en la justicia y santidad de la verdad*<sup>1</sup>. Por la fe, el hombre cristiano representa al Padre, pues por ella conoce al Hijo Unigénito de Dios; por la esperanza hácese imagen del Verbo, que nos levantó á esperar bienes eternos en virtud del derecho de coherederos con Él; por la caridad, finalmente, el hombre regenerado en el bautismo por el agua y el Espíritu Santo<sup>2</sup>, expresa evidentemente la tercera Persona divina que lo vivifica. Y de esta suerte, en alas de estas virtudes verdaderamente divinas, unido el hombre á Dios, se remonta á regiones altísimas de santidad, adonde no hubiera llegado jamás con las solas facultades primitivas de conocer y amar. ¡*Bendigamos al Padre y al Hijo con el Santo Espíritu!* ¡*Alabémoslo y sobreensalcémoslo por siglos!*<sup>3</sup>

12. Y ¡qué no se ha dignado hacer la Trinidad beatísima para comunicar al hombre esos tres elementos de vida sobrenatural, las virtudes teologales que acompañan la infusión de la gracia! Para ese objeto, ó sea para redimirnos del pecado y muerte eterna á gracia y vida perdurable, fué preciso que concurrieran todas tres Personas como á obra en que se había de emplear toda la fuerza del brazo omnipotente. El Padre envió á su Hijo al mundo y se lo dió al hombre por

<sup>1</sup> Eph. 4, 24.<sup>2</sup> Io. 3, 5.<sup>3</sup> Eccl. in Rit.

Redentor<sup>1</sup>; el Verbo se hizo carne<sup>2</sup>, habitó entre nosotros y se entregó á la muerte en holocausto<sup>3</sup>; en fin, el Espíritu Santo hubo de intervenir, así para la Encarnación del Verbo<sup>4</sup>, como para la consumación de la obra, cuya virtud no podría aplicarse sin el concurso y ministerio del Espíritu esencialmente santificador<sup>5</sup>.

13. Por lo cual, para dársenos la gracia, no sólo por el bautismo sino por todos los Sacramentos que la confieren de nuevo ó la acrecientan en el alma justificada, es necesario por institución divina, invocar el nombre y la virtud de la adorable Trinidad, de donde emana, dice San Agustín, todo don, toda gracia y toda virtud. En el nombre de la santísima Trinidad se absuelve al pecador, se dispensa la Eucaristía, se unge al moribundo y se santifica el lazo conyugal. En el nombre de la Trinidad se bendice toda criatura<sup>6</sup>, así como nosotros no sabemos bendecir al Dios del cielo y de la tierra sino nombrando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo<sup>7</sup>, diciendo con el piadoso Tobías: *Bendigante los cielos, la tierra y el mar*<sup>8</sup>. Y lo que hacemos sobre la tierra, todavía viadores y peregrinos, eso, pero de otro modo perfectísimo nos prometemos hacer por toda la eternidad en el cielo, puesto que la Trinidad beatísima es precisamente el término de toda santificación en la gloria.

## III.

14. ¡Ah, sí, la gloria, hermanos míos! he ahí el término adonde nos lleva infaliblemente el camino de

<sup>1</sup> Io. 3, 16. <sup>2</sup> Io. 1, 14. <sup>3</sup> Eph. 5, 2.<sup>4</sup> Matth. 1, 20. <sup>5</sup> 1 Cor. 6, 11.<sup>6</sup> Ps. 128, 8. — *Benedicat vos omnipotens Deus Pater et Filius et Spiritus Sanctus (Eccl.).*<sup>7</sup> *Benedicamus Patrem et Filium cum Sancto Spiritu (Eccl.).*<sup>8</sup> Tob. 8, 7.



la santidad: *Videbitur Deus deorum in Sion*<sup>1</sup>: hasta llegar á ver y contemplar al verdadero Dios en la Sión celestial. Tal es la base indefectible de nuestra esperanza, bien sólidamente fundada en la firmeza de las promesas divinas: *Yo mismo seré tu recompensa*<sup>2</sup>, nos ha dicho el que no engaña; y *esta recompensa será grande en demasía*. Porque allí veremos á Dios como *Él es en sí mismo*<sup>3</sup>, al descubierto, no ya como le pinta nuestra menguada inteligencia, entre sombras de discurso y velos de misterios. Mas ¿qué otra cosa será ver á Dios en su propia realidad, sino verle uno y trino, como Padre, Hijo y Espíritu Santo en la unidad perfectísima de la esencia divina? Y, si tanta felicidad produce la visión, aun instantánea, de algún rayo de la soberana claridad de Dios, la huella sola de sus pies, su misma sombra y reflejo, que bastaría cualquiera vista de éstas para dejar el ánimo absorto y el corazón fuera de sí por la alegría; ¿qué será, hermanos míos, ver frente á frente y *cara á cara*<sup>4</sup> la Divinidad, y penetrar, dentro de ella misma hasta descubrir en las interioridades del Ser infinito el enigma de su admirable trinidad, hasta averiguar y saber el porqué es Padre, Hijo y Espíritu Santo, con perfectísima identidad y no menos perfecta distinción? ¡Oh vista verdaderamente beatífica! ¡Oh bienaventuranza de la gloria! ¿quién pudiera asegurarse de tu posesión? ¡Oh lumbré sobre toda lumbré, en cuya comparación la luz del mediodía es un pozo de tinieblas, quién fuera pronto á disfrutar de ti! Esta lumbré no será otra que la del mismo Dios, con la que Él brilla y resplandece en los esplendores

<sup>1</sup> Ps. 83, 8.<sup>2</sup> Gen. 15, 1.<sup>3</sup> 1 Io. 3, 2.<sup>4</sup> 1 Cor. 13, 12.

eternos de su infinita santidad: *In lumine tuo videbimus lumen*<sup>1</sup>. *In splendoribus Sanctorum ex utero ante luciferum genui te*<sup>2</sup>. Esta luz no es otra que la que irradiará del mismo semblante del Altísimo y se difundirá por todos los ámbitos de la celestial ciudad de Dios. Tal fué la magnífica visión del Profeta de las grandes visiones, Isaías, cuando vió al Señor sentado en un excelso trono, llenando el templo de la gloria con los rayos de su majestad, en tanto que los serafines, cubriéndose el rostro con sus alas, cantaban á porfía y sin cesar el himno de la Trinidad, el inmortal Trisagio: *Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos. ¡Ay de mí, miserable hombrecillo lleno de manchas! exclamaba el Profeta, ¿cómo he podido ver con mis propios ojos al Rey de la majestad?*<sup>3</sup>

15. Ahí tenéis, hermanos míos, cómo la gloria de la adorable Trinidad será no sólo la eterna bienaventuranza del hombre, sino también la de los mismos ángeles y serafines, los cuales no se cansarán jamás de ver y contemplar y ensalzar aquel misterio de la trinidad en la unidad. *Requiem non habebant dicentes...*<sup>4</sup> ¿Qué digo? No sólo los ángeles gozarán eternamente absortos en esta contemplación, pero Dios mismo no es feliz de otra manera que contemplándose y amándose, es decir, que siendo trino y uno, gozando de su misma y eterna Trinidad. ¡Oh sublime misterio que regocijas y beatificas al mismo Dios! ¿Cómo no has de formar la suprema bienaventuranza de todos los santos? ¡Á ti, pues, la alabanza, á ti la gloria, á ti la acción de gracias por siglos sempiternos, oh bienaventurada

<sup>1</sup> Ps. 35, 10.<sup>2</sup> Ps. 109, 3.<sup>3</sup> Is. 6, 1 sqq.<sup>4</sup> Apoc. 4, 8.



Trinidad! Sea la grande, la primera ocupación de nuestra vida terrestre y mortal aquello que esperamos ha de ser nuestra única ocupación por toda la eternidad: bendecir al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, alabarlos y ensalzarlos de todas maneras, vivir como siervos consagrados totalmente al culto de la Trinidad santísima. ¿Cabe felicidad mayor?

16. Pues ¿cuál será la vuestra, oh fieles que no en vano os gloriáis con el título honrosísimo de *Hijos de la Santísima Trinidad*? Y ¿por qué lleváis ese dictado sino porque, no contentos con honrar y reverenciar el augusto misterio como humildes siervos, amáis á la santísima Trinidad con entrañas de filial ternura? Bien hacéis en amar al Ser infinitamente amable, al que es caridad y gracia y comunicación de todos los bienes<sup>2</sup>, al Padre que nos crió, al Hijo que nos redimió, y al Espíritu Santo que nos santificó. Sí, amad con todo vuestro corazón y vuestras fuerzas todas á la Trinidad amabilísima; que así, y solamente así, daréis lleno el primer precepto de la Ley: *Amarás al Señor tu Dios*<sup>3</sup>: amadla como hijos que se esmeran en complacer á su Padre, imitándole en lo que él más estima, la santidad, pues para santificaros tenéis en el misterio de vuestra devoción el modelo, el principio y el término de toda santidad, el baluarte contra todos los enemigos durante la presente vida, y la escala misteriosa para subir al cielo. Así sea.

<sup>1</sup> Eccl. in offic. Trinit.

<sup>2</sup> Ead. ibid. in Antiphonis. — 2 Cor. 13, 13.

<sup>3</sup> Luc. 10, 27.

## SERMÓN PARA LA FIESTA DEL CORPUS

(predicado en Facatativá, con ocasión de la dedicación del templo, 1895).

### Triunfo de Jesucristo en la Eucaristía.

. Ambulabo inter vos, et ero Deus vester.  
Andaré por vuestras calles, y seré vuestro Dios.  
Lev. 26, 12.

I. Sin temor de exagerar, hermanos míos, podemos asegurar que no hay fiesta más solemne ni que más entusiasmo despierte en el pueblo cristiano, que la instituída en la Iglesia hace más de cuatrocientos años para honrar el santísimo Cuerpo de Cristo. Todo en ella es magnífico y pomposo, todo lleno de júbilo y contento, todo respira novedad; porque esta fiesta no envejece ni se eclipsa jamás, sean cualesquiera las circunstancias en que se celebra. Así lo canta el Ángel de las Escuelas, el inspirado vate de la Eucaristía, Santo Tomás de Aquino<sup>1</sup>: *Acompañe la alegría á la solemnidad sagrada; resuenen los himnos de alabanza nacidos del corazón; todo sea aquí nuevo, los corazones, las palabras, las obras*. Pues ¿qué será cuando las circunstancias especiales en que se celebra la fiesta del Corpus convidan á redoblar la santa alegría por la novedad, no sólo de las ceremonias sagradas, sino del mismo templo con todo lo que en él se encierra? Acabamos de dedicar con la solemnidad que pide tan augusta ceremonia, esta magnífica basílica que la piedad de un gran pueblo ha sabido levantar en tiempos muy difíciles; justo es que la grande é imponente solemnidad del santísimo Cuerpo de Cristo venga á coronar estas fiestas verdaderamente extraordinarias, así por su objeto como por su pompa.

<sup>1</sup> Hymn. «Sacris sollempniis...» (Eccl. in fest. SS. Sacram.).



Trinidad! Sea la grande, la primera ocupación de nuestra vida terrestre y mortal aquello que esperamos ha de ser nuestra única ocupación por toda la eternidad: bendecir al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, alabarlos y ensalzarlos de todas maneras, vivir como siervos consagrados totalmente al culto de la Trinidad santísima. ¿Cabe felicidad mayor?

16. Pues ¿cuál será la vuestra, oh fieles que no en vano os gloriáis con el título honrosísimo de *Hijos de la Santísima Trinidad*? Y ¿por qué lleváis ese dictado sino porque, no contentos con honrar y reverenciar el augusto misterio como humildes siervos, amáis á la santísima Trinidad con entrañas de filial ternura? Bien hacéis en amar al Ser infinitamente amable, al que es caridad y gracia y comunicación de todos los bienes<sup>2</sup>, al Padre que nos crió, al Hijo que nos redimió, y al Espíritu Santo que nos santificó. Sí, amad con todo vuestro corazón y vuestras fuerzas todas á la Trinidad amabilísima; que así, y solamente así, daréis lleno el primer precepto de la Ley: *Amarás al Señor tu Dios*<sup>3</sup>: amadla como hijos que se esmeran en complacer á su Padre, imitándole en lo que él más estima, la santidad, pues para santificaros tenéis en el misterio de vuestra devoción el modelo, el principio y el término de toda santidad, el baluarte contra todos los enemigos durante la presente vida, y la escala misteriosa para subir al cielo. Así sea.

<sup>1</sup> Eccl. in offic. Trinit.

<sup>2</sup> Ead. ibid. in Antiphonis. — 2 Cor. 13, 13.

<sup>3</sup> Luc. 10, 27.

## SERMÓN PARA LA FIESTA DEL CORPUS

(predicado en Facatativá, con ocasión de la dedicación del templo, 1895).

### Triunfo de Jesucristo en la Eucaristía.

. Ambulabo inter vos, et ero Deus vester.  
Andaré por vuestras calles, y seré vuestro Dios.  
Lev. 26, 12.

I. Sin temor de exagerar, hermanos míos, podemos asegurar que no hay fiesta más solemne ni que más entusiasmo despierte en el pueblo cristiano, que la instituída en la Iglesia hace más de cuatrocientos años para honrar el santísimo Cuerpo de Cristo. Todo en ella es magnífico y pomposo, todo lleno de júbilo y contento, todo respira novedad; porque esta fiesta no envejece ni se eclipsa jamás, sean cualesquiera las circunstancias en que se celebra. Así lo canta el Ángel de las Escuelas, el inspirado vate de la Eucaristía, Santo Tomás de Aquino<sup>1</sup>: *Acompañe la alegría á la solemnidad sagrada; resuenen los himnos de alabanza nacidos del corazón; todo sea aquí nuevo, los corazones, las palabras, las obras*. Pues ¿qué será cuando las circunstancias especiales en que se celebra la fiesta del Corpus convidan á redoblar la santa alegría por la novedad, no sólo de las ceremonias sagradas, sino del mismo templo con todo lo que en él se encierra? Acabamos de dedicar con la solemnidad que pide tan augusta ceremonia, esta magnífica basílica que la piedad de un gran pueblo ha sabido levantar en tiempos muy difíciles; justo es que la grande é imponente solemnidad del santísimo Cuerpo de Cristo venga á coronar estas fiestas verdaderamente extraordinarias, así por su objeto como por su pompa.

<sup>1</sup> Hymn. «Sacris sollempniis...» (Eccl. in fest. SS. Sacram.).



2. Porque, en efecto, mis amados oyentes, es preciso que el triunfo de la religión, que es vuestro triunfo, en esta obra grandiosa, sea completa; y lo será llevando en triunfo á Jesucristo por las calles y plazas de esta religiosa ciudad. ¿Qué representa este templo sino la fe, la religiosidad, el amor de todo un pueblo á su único verdadero Dios y Señor, á cuyo nombre se ha erigido esta suntuosa fábrica? Pues haced que esa fe y esa acendrada piedad que los muros del templo no pueden contener, se desborde por fuera de su recinto, cual torrente de expansiones no menos patrióticas que religiosas, y mejor aún, cual avenida de gracias celestiales que desparrame por todo el campo de las almas la fertilidad y la abundancia de las buenas obras. He ahí precisamente el significado de la fiesta de este día. Ella no es otra cosa que el gran triunfo de Jesucristo sacramentado: triunfo espléndido en sí mismo, y manantial de felicidad para la Iglesia. Ésta se afana, como en ninguna otra ocasión, por honrar á su adorado Esposo en el Sacramento augusto del amor: Jesucristo, por su parte, complacido del celo y ternura de su Esposa mística, la enriquece á manos llenas con la generosa munificencia de un Soberano que recorre su corte en carro de victoria. Tal es el asunto con que voy á ocupar vuestra piadosa atención en este día, después de implorar etc. *Ave María.*

## I.

3. Honrada en demasía la Iglesia nuestra Madre con la posesión real del Cuerpo sacramentado de Jesús<sup>1</sup>,

<sup>1</sup> Nimis honorificati sunt amici tui, Deus (Ps. 138, 17).

no podía menos de esmerarse en honrar á este Cuerpo sacrosanto por todos los medios posibles, tributándole, sin temor de caer en ningún género de superstición, el culto de latria, la adoración reservada á solo Dios, por ser aquel cuerpo divino. Por eso, no contenta con exponer el Santísimo Sacramento á la pública adoración de los fieles en el tabernáculo, decorado con todo el lujo que permiten los actuales adelantos del arte, dispone sacarlo del recinto sagrado llevándolo en manos de sus sacerdotes por los sitios más frecuentados de la ciudad con toda la pompa y aparato del más solemne triunfo. Tal es la idea que ha presidido, hermanos míos, á la institución de la gran procesión que caracteriza la solemnidad del Corpus. Jesucristo se llevó á sí mismo en sus propias manos<sup>1</sup>, cuando por primera vez distribuyó á sus Apóstoles en el Cenáculo su cuerpo sacramentado, cumpliéndose así, según observa San Agustín, una profecía de David, al parecer literalmente irrealizable. Y ¿cuándo se vió más honrado el Hombre-Dios que cuando de este modo se llevó á sí mismo? He aquí lo que la Iglesia ha querido imitar conduciendo en manos de sus ministros, que son como las manos propias del Hijo de Dios, el Cuerpo venerable de Jesucristo<sup>2</sup>. En el Cenáculo recibió el Salvador los más profundos homenajes de fe y adoración de parte de sus Apóstoles: hoy los recibe en un todo semejantes, de parte de millares de fieles. Adóranle los particulares, adórale la sociedad entera, y de esta suerte el triunfo de nuestro Dios y Salvador es tan completo como lo desea y procura su querida Esposa.

<sup>1</sup> Ferebatur manibus suis (S. Aug.).

<sup>2</sup> Bourdaloue, Serm. del SS. Sacram.



4. Ríndenle todos los fieles homenaje de fe, de amor, de adoración, dominando así el divino Rey todas las almas que le pertenecen y forman su escogido pueblo. Todos los hombres del universo, de todos los tiempos y condiciones, grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios é ignorantes, deben vivir sometidos al imperio de Jesucristo, no ya únicamente en la esfera de las acciones civiles y puramente exteriores, sino en toda la extensión de sus actos humanos, con plena y perfecta sumisión de inteligencia, corazón y sentidos, porque Él es el esplendor del Padre, Primogénito de toda criatura, que ha recibido en herencia todas las naciones<sup>1</sup>. Todos deben creer en Él, todos deben amarle y adorarle, so pena de ser contados en el número de los rebeldes secuaces de Luzbel, y destinados á la misma pena en el día tremendo de la final justicia. Pero ¡ah! ¡cuántos hombres ciegos, ya sea por la ignorancia, ya por la corrupción y la soberbia, se sustraen, en el curso ordinario de la vida, al dichoso imperio de Jesucristo! ¡Cuántos hay que le niegan ó le desconocen, cuántos que le ultrajan, cuántos que, procaces, se burlan de su majestad, como los sayones impíos del Pretorio! Á esta turba pertenecen los herejes, principalmente los impugnadores obstinados de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, los descreídos, los apóstatas que hacen coro con los sectarios, quizá más por falta de carácter que por haber perdido la fe de sus mayores, los indiferentes, los malos cristianos, y hasta los que por tibieza, desamor y ligereza defraudan á Jesucristo del honor y respeto que le son debidos.

5. Justo es, amados fieles, que algún día siquiera se vea el Salvador indemnizado de los ultrajes que se irro-

<sup>1</sup> Ps. 2, 7. 8 et alibi.

gan á su persona, elevándose del fondo de todos los corazones, sin faltar uno solo, un grande himno de fe, alabanza y amor que compita con el gran cántico del Apocalipsis, que oyó el Apóstol San Juan, de millares de millares de ángeles, hombres y toda especie de criaturas: *Bendición, honor y gloria y potestad por siglos de siglos al que está sentado en el trono, y al Cordero*<sup>1</sup>. Justo es que los ancianos, los grandes de la tierra, caigan de rodillas, y con la frente pegada en el suelo adoren prosternados al que, siendo Dios, vive y vivirá por todos los siglos y ahora se digna morar en medio de nosotros y recibir nuestras insignificantes adoraciones<sup>2</sup>. Y en efecto, cuando Jesucristo sale del templo, rodeado de gloria y majestad, como un gigante para empezar su carrera<sup>3</sup>, como el esposo que deja el magnífico tálamo de oro y de marfil<sup>4</sup>, no hay en el pueblo cristiano, no puede haber, quien no crea en el Dios del Sacramento, quien no doble la rodilla, quien no incline reverente la cabeza, quien no adore de todo corazón á Jesucristo. Y, si alma hubiera tan próterva y desgraciada que no sintiese la impresión religiosa que natural y como forzosamente ha de producir la más imponente de nuestras ceremonias; si hubiera quien con satánico descaro provocase la venganza del mismo Dios, negándose á prestarle adoración, la indignación pública aplastaría en el acto tan insolente audacia, y la confusión del malvado repararía suficientemente sobre la tierra el ultrajado honor del Dios de nuestros altares. Es muy grande el poder de la Eucaristía sobre las almas que del todo no se hallan poseídas de furor diabólico, pues hasta

<sup>1</sup> Apoc. 5, 13.

<sup>2</sup> Apoc. 5, 14.

<sup>3</sup> Ps. 18, 6.

<sup>4</sup> Ibid.



sobre los mismos demonios ejercía el Salvador su imperio irresistible arrojándolos de los cuerpos de que se habían apoderado. *Calla y obedece, espíritu inmundo*<sup>1</sup>, les decía, y ellos, retorciéndose de coraje, veíanse forzados á abandonar su presa; *porque no podían desconocer que el que así les hablaba era Cristo*<sup>2</sup>. Y ¿habrá hombre, más protervo que los mismos demonios, que desconozca á Cristo nuestro Señor en la Hostia santa?

6. ¡Anatema á quien no ame á nuestro Señor Jesucristo! exclamaba ardiendo en santo celo el Apóstol San Pablo<sup>3</sup>. Pero ¡ah! no quiera Dios que haya necesidad de fulminar anatemas en día como éste, en que el corazón del hombre se ve dulcemente cautivado por el amor á Jesús, porque del Sacramento, hoguera divina en que Dios mismo se consume, brotan llamas que encienden los corazones más fríos. ¡Oh! el Dios de la Eucaristía es el Dios del amor. Y, al presentarse á su pueblo en toda la majestad del culto con que la Iglesia le rodea, no hay corazón que se resista al atractivo del amor de un Dios. *Salid, hijas de Sión*, dice á las almas la Esposa del Cordero, *salid á ver á vuestro rey Salomón coronado de la diadema con que le ciñó su madre en el día de sus bodas y en el día de la alegría de su corazón*<sup>4</sup>; y las almas menos fervorosas, y hasta las más olvidadas de las cosas divinas, acuden á la invitación de su Madre la Iglesia, salen á contemplar la triunfal procesión, y quedan heridas, no sólo de respeto, sino de amor á Dios que se digna alzar entre los hombres su trono, y andar confundido en medio de ellos: *Ambulabo inter vos, et ero Deus vester*. ¡Ah! y ¿qué

<sup>1</sup> Luc. 4, 35.

<sup>2</sup> Quia sciebant ipsum esse Christum (Luc. 4, 41).

<sup>3</sup> 1 Cor. 16, 22.      <sup>4</sup> Cant. 3, 11.

será lo que pasa en el corazón abrasado de caridad de tantos millares de almas puras y fervorosas? Ellas, como los bienaventurados en el cielo, los cuales de continuo le festejan por las calles y plazas de la celestial Jerusalén, donde siempre resuena el *aleluya*, voz de la alabanza y alegría sempiterna<sup>1</sup>, ora, como los Ancianos, se arrojan á los pies de Jesús sacramentado, rindiendo juntamente las coronas de la humana grandeza, reconociendo que sólo *el Cordero inmolado es merecedor de gloria y honor por todos los siglos*<sup>2</sup>; ora, como los cuatro misteriosos animales, entonan sin cesar el eternal Trisagio: *Santo, Santo, Santo es el Señor Dios todopoderoso, que es y era y ha de venir*<sup>3</sup>, quedando como atónitas en la contemplación de la santidad y omnipotencia, eternidad é inmortalidad de aquel Dios de infinita grandeza; y contemplando al Juez eterno en el que aquí se presenta como Salvador; ora, finalmente, tomando los vasos de sus corazones dorados con el oro finísimo de la caridad, y llenos del suave incienso de oración y mortificación, ofrécnlos con entrañable afecto, y de todos los modos posibles se esfuerzan por emular á aquellos cortesanos celestiales que celebran eternamente con modos siempre nuevos la gloria de Dios y del Cordero<sup>4</sup>. ¡Almas dichosas! vosotras formáis en la tierra la hermosa corte del Rey del cielo, ocupándoos sin cesar en su alabanza, compensando de este modo con vuestra ardiente caridad la tibieza é indiferencia de la mayor parte de los hombres.

7. De esta suerte recibe Jesucristo el homenaje, no sólo del entendimiento y del corazón de los hombres,

<sup>1</sup> Is. 51, 3.

<sup>2</sup> Apoc. 4, 11.

<sup>3</sup> Apoc. 4, 8.

<sup>4</sup> *La Puente*, Medit. VI.



sino aun de los sentidos, cautivados á los pies de Jesús por el místico arrobamiento del espíritu. *Mi corazón y mi carne*, decía el Profeta, *se alegraron en Dios vivo*<sup>1</sup>; y así lo experimentan el día de hoy cuantos asisten á este grande acto religioso. ¿Quién puede poner diques al torrente desbordado que se precipita de las alturas de la cordillera? ¿quién aprisionar dentro del pecho los afectos del corazón para que no salgan á los ojos, al semblante, á todo el hombre exterior? Tal empeño sería imposible, porque fuera pelear contra la naturaleza. Ni lo es menos pretender ceñir el culto religioso á la región del espíritu y tachar de superfluo y supersticioso el culto externo, como insensatamente ha pretendido el protestantismo. Pero ¿cuándo este culto exterior es más pomposo, pródigo y magnífico que en la gran solemnidad del *Corpus Christi*? Encantado el espíritu con la admirable majestad de las ceremonias sagradas, quedan juntamente absortos y como suspensos los sentidos, y dulcemente fascinada la imaginación. La esplendidez y variedad de los adornos, dentro y fuera del templo, las turbas de pueblo que se agolpan, la profusión de luminarias, la riqueza deslumbradora de los sagrados ornamentos, el brillo del oro y de las piedras preciosas del sagrado ostensorio, todo eso y mucho más, que es imposible describir, lleva tras sí los ojos y la fantasía de la religiosa muchedumbre, mientras tanto que regalan sus oídos los torrentes cadenciosos de la música sagrada, sobresaliendo los cánticos festivos que la Iglesia ha destinado expresamente para esta solemne ocasión, llenos, sonoros, majestuosos y ricos de armonía. *Sit laus plena, sit sonora, sit iucunda,*

<sup>1</sup> Ps. 83, 3.

*sit decora mentis iubilatio*<sup>1</sup>. No falta siquiera el tributo del olfato, pues hoy, como nunca, es preciso que las olas del regalado incienso y los perfumes delicados se difundan por todo el ámbito del templo, en obsequio de Aquél á cuyos pies quebró la piadosa Magdalena el frasco de alabastro y derramó el unguento del precioso nardo, quedando perfumada toda la casa del Fariseo y aun toda la redondez de la tierra.

8. Y este homenaje, para ser completo y verdadero triunfo de Jesucristo, tribútanlo no sólo las masas sino todo el cuerpo social, las autoridades y el pueblo juntamente. Porque es preciso, hermanos míos, que así sea; lo demás sería hacer agravio al soberano Señor de pueblos y naciones. Cuando Jesús hizo su entrada en Jerusalén el día de Ramos<sup>2</sup>, según estaba profetizado que había de hacerla, no quiso menos que ser reconocido y aclamado por Rey de Israel, como verdadero hijo y heredero de David, y como enviado del Señor para regir y gobernar á toda la humanidad. *He aquí á tu Rey*, había dicho Zacarías, *que viene á ti lleno de mansedumbre y humildad*. Y las turbas, obedientes á la inspiración y á los decretos divinos, iban delante y detrás del Salvador, gritando: *¡Hosana al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosana y salvación en las alturas*<sup>3</sup>! y con estos aplausos entraron en el templo de Jerusalén á pesar de la indignación de los enemigos del Salvador que bramaban de furiosa envidia. Como á verdadero Rey de Israel rendíanle homenaje, descuajando los árboles para enramar el suelo que había de pisar, y alfombrando

<sup>1</sup> Eccl. in Missa SS. Corporis Christi.

<sup>2</sup> Matth. 21, 7 sqq.

<sup>3</sup> Matth. 21, 9.



la vía con sus mismas vestiduras. ¡Grande y significativo triunfo, que hoy renovamos espiritualmente, reconociendo á Jesucristo por Rey y Soberano de todo nuestro ser! Queremos, y así lo protestamos en alta voz, que él sea el dueño de nuestras personas y de nuestras posesiones, que él impere, no sólo dentro de los templos, sino fuera de ellos, y en el hogar y en la ciudad, en los mercados y en los talleres, en las instituciones sociales y en las escuelas.

9. ¿Qué falta, pues, hermanos míos, para la pompa de esta ovación popular hecha á nuestro Señor Jesucristo? ¡Oh! y ¡cuánto debe alentar el corazón católico este triunfo pacíficamente obtenido en el campo de las ideas religiosas, en el terreno de la religión y la moral cristiana! Mientras que en otros países, también católicos en su inmensa mayoría, la religión gime aprisionada y no puede desplegar al aire libre sus pomposas ceremonias, y Jesucristo vive allí como prisionero y mendigo, en vez de ser adorado como Señor y Monarca, aquí, gracias á la Providencia que ha distinguido con predilección á Colombia, un pueblo verdaderamente libre en la esfera de lo justo, sin presión sobre la conciencia ni mordaza en los labios, puede hacer noble y victoriosa ostentación de su fe y amor á Jesucristo, único verdadero Dios y Salvador del género humano, Rey inmortal de los siglos, por quien reinan los reyes y los legisladores decretan justas leyes. ¡Oh! y ¡de cuánto bienestar, privado y social, no debe ser fecunda fuente esta manifestación! Por ella los espíritus se inclinan suavemente á recibir el yugo de la ley de Cristo, dóciles á sus mandamientos que son carga leve y llevadera para quienes los aceptan con amor<sup>1</sup>; por ella se

<sup>1</sup> Mandata eius gravia non sunt (1 Io. 5, 3).

disipan mil errores peligrosos y funestos, efecto de la ignorancia, de la preocupación y, más que todo, del indiferentismo religioso y del abandono de los deberes de piedad; por ella, en fin, las costumbres, públicas y privadas, no pueden menos de purificarse y reformarse, porque al lado de tan viva y entusiasta profesión de fe no es posible, sin una monstruosa inconsecuencia, el imperio de la corrupción y el escándalo.

10. Aquí tenéis, amados fieles, cómo triunfa Jesucristo en el augusto Sacramento de su cuerpo y sangre, con más brillo y magnificencia que cuantos héroes y conquistadores se ha visto triunfar en el mundo, en los tiempos antiguos y modernos. En efecto, ¿á qué hombre, por grande que se suponga y lo sea en realidad, pueden decretarse honores semejantes á los que rendís al Hombre-Dios? ¿ante quién se dobla la rodilla en señal de adoración? *Sólo ante Aquél á cuyo nombre*, por ser igual al de Dios, *doblan la rodilla cuantos pueblan los cielos, la tierra y los abismos*<sup>1</sup>. ¿Ante quién otro se prosternan no sólo los cuerpos sino los corazones? ¿Á quién, sino al Salvador del mundo, real y verdaderamente presente en el Sacramento, se puede entonar el «Hosana en las alturas»? No, no son los héroes profanos, no los libertadores de grillos materiales, quienes pueden compartir con Jesucristo los honores del triunfo. ¿Sabéis quién únicamente tiene derecho á recibir singulares muestras de veneración y respeto? La Iglesia, ¡ah, sí!, la Iglesia, Esposa única y verdadera del Cordero sin mancha<sup>2</sup>; y esto precisamente por honor del mismo Jesucristo que, haciendo á su Iglesia depositaria de su cuerpo, la ha honrado altísimamente y más de cuanto puede ima-

<sup>1</sup> Phil. 2, 9. 10.

<sup>2</sup> Apoc. 21, 9.



ginarse ni decirse. Justo es, pues, venerar á la Iglesia santa, á la Iglesia que tiene el poder de consagrar, reservar y dar á sus hijos en alimento el cuerpo de Cristo; justo es honrarla y amarla como á Madre, acatar en todo caso sus preceptos, respetar profundamente á sus ministros, que son los ministros de la sagrada Eucaristía, á quienes no puede tocarse sin herir al mismo Cristo<sup>1</sup>.

## II.

II. Espléndido es el triunfo de Jesucristo en la sagrada Eucaristía; y no es menos magnífico por los favores y larguezas que, en retorno, dispensa el benigísimo Señor y riquísimo Dueño á los pueblos y á los individuos. ¿Quién alcanzará, no digo á enumerarlos todos, pero ni siquiera á dar de ellos una leve idea? Si la sagrada Mesa es un compendio y memorial de dones maravillosos, como prenda final del amor de Jesús á los suyos<sup>2</sup>, ¿cómo no obrará maravillas el Dios de nuestros altares dondequiera que pase, con tal que sea reconocido y adorado? ¿Qué otra cosa hace hoy Jesucristo recorriendo nuestras calles y plazas, sino renovar los prodigios que obraba por las calles y plazas de Judea y Galilea haciendo bien á todos, como dejó consignado un testigo de vista mayor de toda excepción<sup>3</sup>? *Pertransiit benefaciendo*. Pasó y caminó haciendo beneficios y sanando á todos los oprimidos del demonio, porque Dios estaba con él, no sólo por gracia, sino por unidad de persona, y el bien que hacía era

<sup>1</sup> Nolite tangere Christos meos (Ps. 104, 15).

<sup>2</sup> Cum dilexisset suos... (Io. 8, 1). Ps. 110, 1.

<sup>3</sup> San Pedro (Act. 10, 38).

de todo género; de suerte que, por dondequiera que iba, dejaba estampadas las huellas de su divinidad y omnipotencia, de su inmensa caridad y su misericordia<sup>1</sup>. *Recorría las ciudades y los lugares*, dice el evangelio<sup>2</sup>, *curando toda enfermedad y dolencia*. No sólo, sino que su corazón de padre y de pastor se derretía de compasión al ver aquellas turbas extraviadas y maltratadas como rebaños faltos de pastores. Y ¿podrá Jesucristo, al ver la muchedumbre que le cerca y le sigue, no compadecerse de las mil necesidades que la aquejan, y no socorrerlas generoso?

12. ¡Oh, y cuántas y cuán apremiantes son las necesidades que día por día nos acosan! Pues para todas ellas tiene Jesucristo remedio eficaz y gracia saludable. Él quiere y puede socorrernos, porque es tan bueno y tan omnipotente debajo de los velos del Sacramento, como cuando andaba por la tierra, y ahora que glorioso y lleno de claridad reina en el cielo. ¿Con qué objeto dispuso quedarse con nosotros, en forma de compañero y alimento, y no por breve tiempo, sino hasta la consumación de los siglos<sup>3</sup>, sino con el de ejercitar en bien del hombre aquellos admirables oficios que desempeñó durante su vida mortal, de pastor y maestro, protector y abogado, salvador y médico de las almas y de los cuerpos? Si, pues, se digna habitar con nosotros en el centro de nuestra población, pasear y recorrer nuestras humildes calles, él sabrá, como Maestro y Luz del mundo, iluminar nuestras almas, arrojando rayos de secretas y amorosas inspiraciones al corazón para disipar nuestras tinieblas; él, como Salvador amo-

<sup>1</sup> La Puente, Medit. V.

<sup>2</sup> Matth. 9, 35.

<sup>3</sup> Usque ad consummationem sæculi (Matth. 28, 29).



rosísimo, nos arrancará de la esclavitud y servidumbre afrentosa de los vicios, nos redimirá de la tiranía del demonio y del yugo intolerable de nuestras propias pasiones; él, en fin, como celestial Médico, nos dará la salud apetecida, aunque le sea preciso hacer milagros, que no le cuestan más de querer y mandar, nos dará la vida misma sacándonos de las fauces del sepulcro, pues con sólo mandar lo puede todo. ¡Quiera el misericordioso Señor dejar marcada su carrera con la huella indeleble de innumerables beneficios! Cuando Jesús, acompañado de sus discípulos y de una enorme muchedumbre, se acercaba á las puertas de la pequeña ciudad de Naim en Galilea, sucedió que llevaban á enterrar al hijo único de una pobre viuda...<sup>1</sup> Toda la ciudad seguía el fúnebre cortejo. Entonces, como hoy, todos se agrupaban alrededor de Jesús, todos ponían en él con avidez los ojos, todos se prometían de él las más estupendas maravillas. Jesucristo, palpitándole el corazón de ternura, dice á la desolada madre: *No llores;* y tomando de la mano al joven resucitado por su palabra, entrégaselo á la madre ya dichosa. El espanto de lo sobrenatural se apoderó de todos, mas luego recobrados y llenos de gozoso asombro diéronse á engrandecer á Dios diciendo: *El gran Profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.* Y esta voz cundió al instante por toda la comarca y llenó la región circunvecina. Y esta voz, hermanos míos, ha llenado el universo y obligado al mundo á reconocer en Jesucristo al Hijo de Dios venido á la tierra para redimir al hombre. Y Jesucristo vive en medio de nosotros y obra también, como y cuando le place, mila-

<sup>1</sup> Luc. 7, 11 sqq.

gros, ya en el orden visible, ya en el invisible. ¡Dígnese el día de hoy hacer ostentación de su misericordia, con el remedio de nuestras muchas y lastimosas miserias, á fin de que sea engrandecido y magnificado su santo nombre aquí y en toda la tierra, diciendo todos: *Dios ha visitado á su pueblo*<sup>1</sup>.

13. Y sobre todos los millares de bienes particulares, conceda el Señor á este pueblo en masa los dos mayores bienes en que puede cifrarse la felicidad del individuo y de la sociedad: *la paz y la justicia*... Sin la paz no hay que prometerse ningún género de bienestar, porque ella es el fundamento y la base de toda prosperidad y progreso; sin la justicia, la paz exterior no bastará para tranquilizar los corazones, llagados con el virus de la inmoralidad. Ellos dirán: *Tenemos paz, paz completa, inalterable;* pero en realidad no habrá paz verdadera y firme<sup>2</sup>. Porque la paz y la justicia andan juntas, según nos lo enseña en muchos pasajes la divina Escritura. *La justicia y la paz se dieron beso*<sup>3</sup> de fraternidad: *Gloria, honor y paz á todo el que obra bien*<sup>4</sup>. Y, notad bien la sabia enseñanza del Doctor de las Naciones: No consiste, dice, el reino de Dios (luego ni la felicidad, que es don del cielo) en la abundancia de bienes materiales, en festines y comilonas, *sino en poseer la justicia y la paz y el gozo en el Espíritu Santo*<sup>5</sup>. No hay contento verdadero en donde no reina la paz, y ésta huye del lugar donde no impera la justicia. Justicia, pues, en toda la extensión y vigor de esta palabra: en nuestras relaciones para con el Creador, á quien debemos de justicia amor,

<sup>1</sup> Luc. 1, 68.

<sup>2</sup> Jer. 6, 14.

<sup>3</sup> Ps. 84, 11.

<sup>4</sup> Rom. 2, 10.

<sup>5</sup> Rom. 14, 17.



reverencia y sumisión á sus leyes; con respecto á nosotros mismos, por lo que á Dios estamos obligados, en la práctica del bien y de la virtud, en la abstención rigurosa del desorden que nos priva de la felicidad temporal y de la eterna; y, más directamente, en lo que toca á nuestros semejantes y hermanos, equidad en nuestros tratos y contratos, verdad y no engaño en nuestras negociaciones, sinceridad y no mentira en nuestras palabras, respeto inviolable á los bienes de nuestro prójimo. ¡Ah! no se diga de nosotros con algún motivo lo que con toda verdad afirmaba el Apóstol, de los pueblos paganos: que estaban repletos de iniquidad, de avaricia, de fornicación, de envidia, de discordia, de engaño, de murmuración y de todo linaje de vicios nefandos<sup>1</sup>. Y la causa de estos desórdenes, funesta, no fué otra sino el haber abusado del conocimiento de Dios, porque, *habiéndole reconocido, no le glorificaron, desvanecidos con sus propias luces y gloriándose de los bienes recibidos*<sup>2</sup>.

14. ¡Aleje Dios de nosotros, mis queridos hermanos, tan negro porvenir! ¡Lejos de nuestros corazones la vanidad y la soberbia! ¡Bendigamos al Señor, y que el recuerdo de esta gran solemnidad religiosa y patriótica grave profundamente en nuestras almas el respeto á la ley santa de Dios y de su Iglesia, el amor y la confianza en Jesucristo, las máximas eternas de honestidad y de justicia, para que, testigos y cooperadores entusiastas del gran triunfo de nuestro Dios sacramentado, venga á nosotros su reino aquí en la tierra, y vayamos á compartir con él la eterna bienaventuranza de su reino perdurable allá en el cielo! Así sea.

<sup>1</sup> Rom. I, 29.

<sup>2</sup> Rom. I, 21.

## PRIMER PANEGÍRICO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(predicado en la fiesta del Apostolado de la Oración, en Bogotá, 1895).

Habemus quid admiremur, habemus quid amemus, habemus quid imitemur.

Tenemos lo que hemos de admirar, tenemos lo que hemos de amar, tenemos lo que hemos de imitar.

S. Bern.

In ipso inhabitat plenitudo divinitatis corporaliter.

En él habita la plenitud de la divinidad corporalmente.

Col. 2, 9.

1. Ved aquí, mis amados hermanos, el gran día en que Jesucristo reúne á sus hijos en torno, no tanto para hablarles palabras de vida eterna, como para mostrarles bien al descubierto, herido y ardiendo en llamas misteriosas, su divino Corazón. «Mirad», les dice, «y ¿no os bastará mirar mi corazón para tornaros Apóstoles?» ¡Ah, qué lección tan objetiva! ¡qué palabra tan patética!

Miremos, hermanos míos, no ya precisamente el Corazón de un Dios-Hombre, océano de perfecciones, foco de luz en que más bien corre peligro de ofuscarse y quedar deslumbrada nuestra vista, sino solamente su reflejo en el corazón del hombre, tal como lo formó el Creador, tal como lo labra y abrillanta la virtud. ¡Qué maravillas no encierra un corazón! No digo precisamente ese órgano material del cuerpo humano, esa máquina prodigiosa que recoge y desparrama, purifica y envía, con la sangre, la vida animal hasta los puntos extremos del complicado organismo. Dejo á un lado, para la admiración del fisiólogo, el orden físico, y me contraigo al moral y filosófico, que es base del estético y místico.

2. Nada tan bello, nada tan fuerte y poderoso, nada tan eficaz y persuasivo como esa porción del ser inteligente y libre simbolizada por el órgano delicado y



reverencia y sumisión á sus leyes; con respecto á nosotros mismos, por lo que á Dios estamos obligados, en la práctica del bien y de la virtud, en la abstención rigurosa del desorden que nos priva de la felicidad temporal y de la eterna; y, más directamente, en lo que toca á nuestros semejantes y hermanos, equidad en nuestros tratos y contratos, verdad y no engaño en nuestras negociaciones, sinceridad y no mentira en nuestras palabras, respeto inviolable á los bienes de nuestro prójimo. ¡Ah! no se diga de nosotros con algún motivo lo que con toda verdad afirmaba el Apóstol, de los pueblos paganos: que estaban repletos de iniquidad, de avaricia, de fornicación, de envidia, de discordia, de engaño, de murmuración y de todo linaje de vicios nefandos<sup>1</sup>. Y la causa de estos desórdenes, funesta, no fué otra sino el haber abusado del conocimiento de Dios, porque, *habiéndole reconocido, no le glorificaron, desvanecidos con sus propias luces y gloriándose de los bienes recibidos*<sup>2</sup>.

14. ¡Aleje Dios de nosotros, mis queridos hermanos, tan negro porvenir! ¡Lejos de nuestros corazones la vanidad y la soberbia! ¡Bendigamos al Señor, y que el recuerdo de esta gran solemnidad religiosa y patriótica grave profundamente en nuestras almas el respeto á la ley santa de Dios y de su Iglesia, el amor y la confianza en Jesucristo, las máximas eternas de honestidad y de justicia, para que, testigos y cooperadores entusiastas del gran triunfo de nuestro Dios sacramentado, venga á nosotros su reino aquí en la tierra, y vayamos á compartir con él la eterna bienaventuranza de su reino perdurable allá en el cielo! Así sea.

<sup>1</sup> Rom. I, 29.

<sup>2</sup> Rom. I, 21.

## PRIMER PANEGÍRICO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(predicado en la fiesta del Apostolado de la Oración, en Bogotá, 1895).

Habemus quid admiremur, habemus quid amemus, habemus quid imitemur.

Tenemos lo que hemos de admirar, tenemos lo que hemos de amar, tenemos lo que hemos de imitar.

S. Bern.

In ipso inhabitat plenitudo divinitatis corporaliter.

En él habita la plenitud de la divinidad corporalmente.

Col. 2, 9.

1. Ved aquí, mis amados hermanos, el gran día en que Jesucristo reúne á sus hijos en torno, no tanto para hablarles palabras de vida eterna, como para mostrarles bien al descubierto, herido y ardiendo en llamas misteriosas, su divino Corazón. «Mirad», les dice, «y ¿no os bastará mirar mi corazón para tornaros Apóstoles?» ¡Ah, qué lección tan objetiva! ¡qué palabra tan patética!

Miremos, hermanos míos, no ya precisamente el Corazón de un Dios-Hombre, océano de perfecciones, foco de luz en que más bien corre peligro de ofuscarse y quedar deslumbrada nuestra vista, sino solamente su reflejo en el corazón del hombre, tal como lo formó el Creador, tal como lo labra y abrillanta la virtud. ¡Qué maravillas no encierra un corazón! No digo precisamente ese órgano material del cuerpo humano, esa máquina prodigiosa que recoge y desparrama, purifica y envía, con la sangre, la vida animal hasta los puntos extremos del complicado organismo. Dejo á un lado, para la admiración del fisiólogo, el orden físico, y me contraigo al moral y filosófico, que es base del estético y místico.

2. Nada tan bello, nada tan fuerte y poderoso, nada tan eficaz y persuasivo como esa porción del ser inteligente y libre simbolizada por el órgano delicado y



simpático que se llama *corazón*. No es la inteligencia precisamente, y, sin embargo, es antorcha y manantial de luz que ilumina en derredor un vasto horizonte cuajado de tinieblas, las cuales se rasgan al paso de los rayos que arroja el corazón; no es la fantasía soñadora que embelesa, y, sin embargo, es él quien pinta y embellece todo el paisaje de la humana vida, suavizando hasta las rocas salvajes del árido desierto; no es el ojo, y tiene miradas más rápidas, penetrantes y seguras; no es el sentido, y es el más delicado y sensible de todos los órganos. Imán irresistible atrae cien otros corazones, los encadena fuertemente, y forma con ellos el misterioso lazo que une la tierra y el cielo... Espejo clarísimo, refleja mejor que la fuente cristalina, los rayos celestiales, la bondad y la virtud, proyectando la luz del ejemplo con más viveza y energía que todas las palabras. El corazón se desborda por los ojos aun antes que lleguen las palabras á los labios. ¡Qué cosa tan grande es, pues, el corazón!

3. Pues, subid ahora por encima de todos los corazones de criaturas hasta el corazón-rey, el corazón-modelo, el divino Corazón de Jesús. Miradlo allí en las manos del propio Salvador que os lo presenta para que lo estudiéis y lo adoréis. *Venite adoremus!*<sup>1</sup> Sí, porque, aplicando las palabras del devotísimo San Bernardo delante del Pesebre, en este corazón tenemos mucho que adorar en muda admiración, mucho que amar y mucho también que imitar<sup>2</sup>. Porque el Corazón del Hombre-Dios, en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad, no puede menos que ser objeto excelentísimo

<sup>1</sup> Ps. 94, 6.

<sup>2</sup> *Habemus quod admiremur...* (ubi supra).

de admiración, centro de nuestros afectos, dechado de nuestras acciones, como en las tres partes que abrazará mi discurso, paso á declararlo, después de saludar devotamente á la inmaculada Virgen: *Ave Maria*.

## I.

4. El corazón humano suele decirse que tiene muchos pliegues y repliegues, donde se ocultan á la más escudriñadora mirada los recónditos afectos, deseos, inclinaciones y también cualidades que aquél encierra, como guarda en un arca preciosa sus tesoros el avaro. ¡Qué cosas no puede guardar un corazón! ¿Quién llegará á sondear esos arcanos de bondad, si es noble y generoso? Reservado parece á Dios el secreto de los corazones<sup>1</sup>. Pues ¿quién se atreverá á describir la belleza y perfecciones del Corazón único, del Corazón del Hijo de Dios humanado? ¿No cabe más bien aquí la exclamación del Apóstol: *Oh altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei!*<sup>2</sup> pues se trata precisamente de Aquél que no, por ser hombre, deja de ser la Sabiduría substancial de Dios? Bien pueden los ángeles y los querubines sapientísimos contemplar por siglos de siglos la hermosura del Corazón de Jesús, que no llegarán á comprenderla jamás. Y no hablo, cristianos oyentes, del corazón mismo de Dios, del Corazón de Jesús, en cuanto Dios, que, en este concepto, claro está que es infinito, como la naturaleza divina: hablo del corazón puramente humano del Verbo Encarnado, que, aunque finito en sí, participa de la infinita perfección por la unión hipostática del Verbo. Aun así considerado este Corazón, que

<sup>1</sup> *Scrutans corda et renes, Deus* (Ps. 7, 10. Apoc. 2, 23 et passim).

<sup>2</sup> Hebr. 1, 6.



bien puede llamarse divino por pertenecer personalmente á Dios, es un piélago sin suelo de bondad y perfecciones. Empecemos por lo menos para llegar á lo que es más. Empecemos por considerar el Corazón de Jesucristo como de quien es *Primogénito de todos los hijos de los hombres, príncipe de los reyes de la tierra*<sup>1</sup>.

5. ¿Quién duda que Dios Creador, para desposar á su Hijo con la pobre humanidad, hubo de dar á ésta en dote riquísima todas las perfecciones y gracias de que fuese capaz? Debió según esto formar en el laboratorio de su omnipotencia una naturaleza humana individual, un hombre, digamos con la frase de la Iglesia, perfectísimo cuanto cabe imaginar, obra maestra, cuyo artífice fuera el Espíritu Santo en el paraíso de la virginidad y de la gracia, un arca del nuevo y eterno Testamento, dentro de la cual había de depositarse el maná bajado del cielo, esto es el Unigénito de Dios, la segunda Persona de la augustísima Trinidad. *Et Verbum caro factum est*<sup>2</sup>. Formada así la naturaleza humana, el Verbo se hizo carne, el Verbo se hizo dueño de ella y habitó entre nosotros, *hecho como uno de nosotros*<sup>3</sup> también. He ahí cómo aparece, dentro del real pecho de *Jesús que se llama Cristo*<sup>4</sup>, el sagrado Corazón, tan perfecto como centro de aquel organismo fabricado expresamente para sí por el Dios que fabricó los cielos. Detengámonos á contemplar ese admirable corazón. Oigámosle palpitar dentro del pecho de Jesús. ¡Qué conjunto tan maravilloso de virtudes! ¡Qué diamante engastado en oro purísimo de infinitos

<sup>1</sup> Apoc. 1, 5.

<sup>2</sup> Io. 1, 14.

<sup>3</sup> Ecce Adam quasi unus ex nobis factus est (Gen. 3, 22).

<sup>4</sup> Matth. 1, 16.

quilates! *Lleno está de gracia y de verdad*<sup>1</sup>: de toda la verdad y pureza de la naturaleza humana y de todos los primores con que esa naturaleza ha sido realzada en un orden superior. El corazón humano, salido inmediatamente de las manos del Creador, es la más bella de sus obras debajo del cielo.

6. El corazón humano, en su nativa perfección, es noble y magnánimo, tierno y generoso. Magnanimidad y ternura: he ahí dos elementos al parecer encontrados é incompatibles y como destinados á repartirse entre los dos sexos en que plugo á Dios dividir la especie humana<sup>2</sup>, y que, no obstante, maravillosamente armonizados, vienen á formar el encanto de un corazón humano, no ya de varón ni de mujer, del corazón ideal de la humanidad, que en vano buscaríais realizado fuera del pecho de Jesús, *el más hermoso de los hijos de los hombres*<sup>3</sup>, *en cuyos labios se ha derramado la gracia y la dulzura*<sup>4</sup>. El Corazón de Jesús realiza, pues, el bello ideal de corazones humanos, y esto por ser el trono de la ternura y de la magnanimidad. Magnánimo y tiernísimo: ¡qué belleza de contrastes! ¡qué golpes de luz, y qué apacibles sombras! ¿no son éstos los dos elementos indispensables para la belleza de un cuadro, de un paisaje, de un retrato? ¡Oh Corazón de Jesús, magnánimo hasta el sacrificio, tierno hasta las lágrimas! ¡El sacrificio! ¡La expresión más vigorosa de la más alta grandeza moral! ¡Las lágrimas! Debilidad sublime, cuando no las arranca el dolor vulgar, sino que brotan al choque del dolor ajeno, al golpe de la compasión.

<sup>1</sup> Io. 1, 14.

<sup>2</sup> Masculum et feminam creavit eos (Gen. 1, 27).

<sup>3</sup> Ps. 44, 3.

<sup>4</sup> Ibid.



Jesús muriendo en un patíbulo de malhechores, *el fusto por los criminales*<sup>1</sup>: ¡he ahí el sacrificio! Jesús llorando por sus mismos verdugos: ¡he aquí el abismo de ternura! Muriendo ó llorando, magnánimo ó tierno... yo no sé cuándo es más bello el Corazón del Hombre-Dios.

7. Pues, si tan bello es por sí solo este ideal de corazones, ¿qué será, decidme, unido ya con la persona del Verbo, hecho morada corporal de la plenitud de la Divinidad?<sup>2</sup> ¿Cómo formarnos idea de la belleza á que eleva ese Corazón la estrechura de la unión hipostática? Tal es, que raya en lo infinito, y faltan para explicarla, no ya las palabras, sino los conceptos. Santos Doctores de la Iglesia, águilas del pensamiento cristiano, reveladnos, ¡oh, vosotros en quienes á la alteza del genio se ha adunado la inspiración del Espíritu Santo! decidnos hasta dónde llegan los maravillosos efectos de esa perfectísima comunión de propiedades en la naturaleza elevada por el Verbo. He aquí, hermanos míos, lo poco ó nada que yo alcanzo á descubrir. Sin destruirla, sin absorberla, sin confundirse con ella<sup>3</sup>, la divinidad, que en ella habita corporalmente, eleva aquella sagrada humanidad, la trasfigura, la penetra con sus resplandores de tal modo que, hasta donde es posible, la deifica. ¿No decía esto el mismo Cristo, respondiendo á los que le inculpaban de blasfemia por llamarse igual á Dios? *Si á aquellos puros hombres á quienes Dios dirigió inmediatamente su palabra, la Escritura infalible da el epíteto de dioses (Deos vocat)*, cual si bastara recibir la impresión de la voz divina

<sup>1</sup> 1 Petr. 3, 18.      <sup>2</sup> Col. 2, 9.

<sup>3</sup> Non confusione substantiæ, sed unitate personæ (S. Athan.).

para quedar divinizado el hombre; ¿por qué os escandalizáis de que se llame Dios é Hijo de Dios aquel á quien el Padre ha santificado con su misma divinidad, á quien ha consagrado con su unión personal?<sup>1</sup> ¡Oh, y si pudiéramos comprender el significado sublime y el alcance de esta divina *santificación*!<sup>2</sup> Algunos símiles de la naturaleza podrán darnos alguna tosca idea de este fenómeno divino. Mirad ese hierro hecho ascua que sale de la fragua: ¿dónde está el hierro, que yo no veo sino un dardo de fuego? Tal es la intensidad del accidente que hace desaparecer la substancia. Contemplad ese diáfano cristal atravesado por el rayo luminoso, esa gota de rocío posada en el cáliz de la flor, trasformada en irisada perla por el rayo del sol de la mañana. Y este medio ambiente en que flotamos, ¿qué es? ¿aire ó luz? Aire es ciertamente, pero inundado por torrentes de luz que lo convierten en un océano de claridad. Ved ahí, pues, al Corazón de Jesucristo, esclarecido, iluminado por los resplandores infinitos de la divinidad que lo invade y lo penetra más íntimamente que la forma ó accidente á la substancia material y más estrechamente lo abraza que el alma al cuerpo<sup>3</sup>. Así se cumple la petición de Jesús al Padre: *Escláreceme con aquella claridad que tuve antes de que fuese el mundo, en el seno de tu gloria*<sup>4</sup>. Sí, responde el Padre Eterno: *ya te he glorificado y te glorificaré de nuevo*<sup>5</sup>.

8. Y ¿cuál es, hermanos míos, esa claridad divina de que está bañado el Corazón de Jesús, sino el reflejo

<sup>1</sup> Io. 10, 35. 36.

<sup>2</sup> Quem Pater sanctificavit... (ibid.).

<sup>3</sup> Sicut anima rationalis et caro unus est homo, ita Deus et homo unus est Christus (Symbol. Athan.).

<sup>4</sup> Io. 17, 5.      <sup>5</sup> Io. 12, 28.



vivísimo de los atributos de Dios en un corazón de hombre? El Corazón de Jesús es, pues, la más perfecta imagen de Dios, el trasunto más fiel de la incomprendible Trinidad. Dios *que habita en trono de luz inaccesible*<sup>1</sup>, no pudiendo ser visto en sí mismo, déjase ver y contemplar de lleno en su brillante espejo, el Corazón de Jesús. Allí están retratadas las perfecciones más altas del Ser infinito: allí su bondad, allí su santidad, allí su plenitud. Un Corazón que rebosa largueza y va esparciendo beneficios por dondequiera que pasa<sup>2</sup>; un Corazón que no consiente mancha ni sombra de pecado<sup>3</sup>, siendo la misma rectitud y el orden por excelencia, *el Santo de los Santos*<sup>4</sup>; un Corazón que nada pide á las criaturas porque se basta á sí propio para ser feliz, y por eso es inmutable entre las infinitas variedades del humano afecto, siempre sereno y *levantado más arriba de los cielos*<sup>5</sup>. . . . tal es el sagrado Corazón que adoramos, que admiramos en el pecho de Jesús. ¡Oh piedra preciosa, inestimable, que reflejas todas las luces del cielo!

9. Brillantes y magníficas imágenes de sus perfecciones ha dejado la mano creadora en la naturaleza, y por eso *los cielos cantan y pregonan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia el poder del que le tendió de polo á polo*<sup>6</sup>, y en el sol mismo puso el Señor su tabernáculo, espléndidamente adornado con cortinajes de oro y grana<sup>7</sup>. Ese mar inmenso é insondable, *en el cual entran los caudalosos ríos, y no rebosa*<sup>8</sup>, ¿no es una imagen magnífica de la grandeza é inmensidad del que

<sup>1</sup> 1 Tim. 6, 16.<sup>2</sup> Act. 10, 38.<sup>3</sup> Io. 8, 46.<sup>4</sup> Dan. 9, 24.<sup>5</sup> Hebr. 7, 26.<sup>6</sup> Ps. 18, 2.<sup>7</sup> Ps. 18, 6.<sup>8</sup> Eccli. 1, 7.

lo creó y aprisionó con valla de menuda arena? Ahí tenéis, oyentes míos, tres grandes y hermosísimos espejos naturales en donde contemplar á Dios: el sol, el cielo, el mar. En el primero podéis admirar un rasguño, no tanto de la claridad cuanto de la fecundidad de Aquél que es Padre universal de todas las criaturas, puesto que padre también de la naturaleza y de las vivientes puede apellidarse el Astro-rey que con su influjo poderoso reparte á millares de leguas la animación y la vida. En el vasto cielo, poblado de tantos y tan bellos diamantes y rubíes como brillan en noche serena, admiraréis el orden y concierto con que todos se mueven, á pesar de lo vertiginoso de su marcha, no pudiendo menos de exclamar: ¡Qué abismo de sabiduría!<sup>1</sup> Y en el inconmensurable océano quedaréis absortos contemplando ya la interminable extensión, ya los tesoros de riqueza que guarda en sus profundidades, ya en fin la plenitud, la aparente infinidad, que tan á lo vivo semeja la del Ser que rechaza todo límite. ¡Ah! pero ¿qué son todas estas criaturas cotejadas con el Corazón del Hombre-Dios? El Corazón de Jesús es sol y cielo y mar... En él están retratadas á maravilla la bondad y la santidad y la plenitud del Ser divino, por ser el Corazón de Aquél á quien pertenece el título de *Padre del futuro siglo*<sup>2</sup>, y *Santo de los santos*<sup>3</sup>, y *de cuya plenitud todos nosotros hemos recibido la gracia*<sup>4</sup>, y de quien la habrán de recibir todos los seres racionales, ángeles y hombres, como del único Salvador y *Herederó universal de Dios*<sup>5</sup>. ¡Honor y bendición al divino Corazón de Jesús! Por este Corazón deífico nos

<sup>1</sup> Ps. 56, 11.<sup>2</sup> Is. 9, 6.<sup>3</sup> Dan. 9, 24.<sup>4</sup> Io. 1, 16.<sup>5</sup> Hebr. 1, 2.



es dado contemplar al Padre, adorarle y amarle, pudiendo alzar nuestra oración de apóstoles en estos elocuentes términos: «¡Padre Eterno! ¡por medio del Corazón de vuestro Hijo, mi Jesús, mi vida, mi verdad y mi camino<sup>1</sup>, llevo á vuestra Majestad: por este divino Corazón os rindo adoraciones dignas de vuestra soberana grandeza; por él elevo hasta vuestro trono mis pobres oraciones y por él me otorgaréis cuanto os pido! ¡Padre Eterno! ¡por el Corazón de Jesús, misericordia!»

## II.

10. Grato es admirar un espectáculo de imponderable belleza, como es el mar de excelencias del divino Corazón; pero de buen grado reconoceréis conmigo, amadísimos oyentes, que más dulce que la extática admiración es el arrobamiento del amor. Y el Corazón amabilísimo de Jesús es de derecho el centro de todos los afectos de nuestro corazón. ¡Ay! ¿por qué no amamos á Jesús? ¿por qué no dejamos nuestro corazón volar al suyo, como la llama vuela al foco luminoso de donde se desprendió? *Iesum omnes agnoscite!* nos dice con vehemencia nuestra Madre la Iglesia: *Iesum. ardentem querite, quærendo inardescite*<sup>2</sup>: ¡Buscad á Jesús, abrazaos, hijos míos, en su amor! Porque el Corazón del Salvador no es sólo belleza en sí mismo, es aun más para nosotros, centro de atracción. El sol es para nuestros ojos un objeto simplemente bello, contemplámoslo sin sentirnos atraídos á él: para los planetas es imán que los encadena á su carro luminoso haciéndolos girar eternamente en derrèdor de sí. La fuerza de atracción,

<sup>1</sup> Io. 14, 6.<sup>2</sup> Eccl. in festo SS. Nom. Iesu.

hermanos míos, en el mundo de los seres libres, no es otra que el amor: ¿quién puede sustraerse á su ley dulcemente tiránica? *Trahitur animus et amore*, dice el ardiente San Agustín<sup>1</sup>: También el alma siente su atracción, la del amor. *Da amantem, et sentit quod dico...* *Si autem frigido loquor, nescit quid loquor*<sup>2</sup>. Sábelo el que sabe amar, nada de esto comprende el corazón helado por el egoísmo. La pasión vulgar, el apetito de terrenos goces, no es amor, hermanos míos, en el legítimo sentido de esta palabra, porque éste es un noble y generoso sentimiento del espíritu, y aquélla no es más que la fiebre, el fuego morbosos del corazón carnal. Corre el fuego por las venas, inflámase el sentido, pero el corazón está frío, el espíritu está muerto. El amor es un movimiento reflexivo, es el eco de otro amor. ¿Cómo queréis que no me incline hacia donde me llama la voz del amor? ¿Cómo queréis que no responda el eco de mi corazón al sonido misterioso y dulce que viene á estremecerlo con sus potentes vibraciones? Hasta en el Corazón mismo de Dios ejerce su imperio esta ley de reflexión moral: *Yo amo á los que me aman*<sup>3</sup>, dice el divino Amador en los Proverbios. El sonido refleja, volviendo otro sonido; el rayo refleja, formando otro rayo: y el amor, rayo y sonido para el corazón, ¿no ha de reflejar otro amor?

11. Ahora bien, cristianos; decidme vosotros que lo sois más que de profesión, de convicción y afecto: el Corazón de Jesucristo, nuestro Salvador, nuestro Amigo, nuestro Padre, nuestro Todo, ¿no es un foco ardentísimo de amor? ¿no está ardiendo, sin consumirse jamás, en vivas llamas de infinita caridad? He aquí lo

<sup>1</sup> S. Aug., tr. 6 in Io.<sup>2</sup> Ibid.<sup>3</sup> Prov. 8, 17.



que debe formar el día de hoy la principal ocupación de nuestras almas al pie de Jesús sacramentado, pues celebrando el triunfo del amor, personificado en el divino Corazón, no podemos hacerlo mejor que amando y derritiéndonos de ternura, como el inocente Juan, como la penitente Magdalena, como la extática virgen Margarita María, como tantas almas encendidas en afectos apostólicos.... *Quantum possumus, amemus, redamemus, amplectamur Vulneratum*, exhortanos el devotísimo Bernardo<sup>1</sup>; y, para ablandar nuestro corazón hartado para esta clase de afectos sobrenaturales, cuando suele ser tan blando y ardoroso para los terrenos, detengámonos por algunos momentos á ponderar los caracteres del amor de Jesús.

12. ¿No es generoso hasta el sacrificio? ¿no es tierno hasta la compasión? Y la generosidad y la ternura ¿son otra cosa, en el fondo, que dos manifestaciones, dos formas de un mismo afecto noble y ardiente, el amor? *El amor*, si es genuino y verdadero, dice el Padre San Gregorio, *es obrador de grandes cosas*<sup>2</sup>, generoso y magnánimo; y la Esposa de los Cantares dice que *el amor es fuerte como la muerte*, es invencible<sup>3</sup>. Por otra parte el amor es tierno y blando, tierno como el corazón de un niño, blando como la sonrisa de una madre. *Charitas benigna est*<sup>4</sup>. ¿No lo expresa admirablemente la figura encantadora del Niño Dios, ó de Dios tornado niño por obra del amor? Difícil es hallar tipos completos del perfecto amor en la esfera de lo natural, tipos que realicen las dos condiciones del amor her-

<sup>1</sup> *S. Bern.*, In offic. SS. Cord. Iesu lect. 6.

<sup>2</sup> Amor, ubi est, magna operatur.

<sup>3</sup> Cant. 8, 6.      <sup>4</sup> 1 Cor. 13, 4.

moso, magnanimidad y ternura. La figura del padre parece siempre demasiado grande, demasiado majestuosa para adaptarla á las tiernas exigencias del cariño. La figura de la madre lo es de la abnegación, en mil lances sublime, pero de ordinario reducida á una esfera de cosas pequeñas, á los detalles de la vida doméstica. Jesús es padre y madre de la humanidad: su Corazón reúne á la grandeza del padre que da la vida por sus hijos, la ternura de la madre que los lleva en su regazo<sup>1</sup> y los alimenta con su propia sangre. El padre suda y afana por arrancar á la tierra el pan que lleva á sus hijos, como trofeo de victoria y fruto glorioso de su esfuerzo: la madre toma ese pan y le da regalado sabor con la dulzura de su afecto, repartiéndolo entre los pedazos de sus entrañas, si ya no lo convierte en alimento más dulce y sabroso, trasformándolo en su misma substancia para alimentar al pequeñuelo que cuelga de su pecho. Así Jesús, sudando sangre sobre la maldecida tierra en el Huerto de Getsemaní, triunfando del pecado y de la muerte en brazos de la Cruz, y arrancando al cielo el rocío de la gracia para darnos pan de vida<sup>2</sup>, de vida celestial, repártelo en seguida él mismo en la mesa de la Eucaristía con aquellos dedos que destilan miel, y nos da á gustar el vino que nos ha preparado<sup>3</sup>. ¡Cuánta magnanimidad en el Calvario! ¡Cuánta dulzura en el altar! ¿*Quis non amantem redamet?*<sup>4</sup> ¿Quién no se dejará vencer por el amor del Corazón de Jesús?

<sup>1</sup> Qui portamini a meo utero (Is. 46, 3). Tanquam si nutrix fovet filios suos (1 Thess. 2, 7).

<sup>2</sup> Ego sum panis vitæ (Io. 6, 35).

<sup>3</sup> Bibite vinum quod miscui vobis (Prov. 9, 5).

<sup>4</sup> Eccl. in offic. SS. Cord. Iesu.



## III.

13. ¡Dichosas llamas que llegarían á purificar el nuestro, haciéndole semejante al del divino Salvador! Porque el amor, hermanos míos, tiende á producir la semejanza más perfecta, hasta la identidad, y ésta misma es el objeto y término de la imitación. De donde resulta que el amor á Jesucristo no puede menos de estimularnos á copiar en nosotros sus admirables perfecciones, á imitar las virtudes que atesora su Corazón santísimo. Y no es otro el vehemente anhelo de la Iglesia, al proponernos este culto, que hacer nuestro corazón lo más semejante al de Jesús; ni otra es la aspiración del mismo adorable Maestro, cuando nos invita á aprender de él á ser mansos y humildes de corazón: *Discite a me...*<sup>1</sup> ¡Oh, si modeláramos nuestro corazón por el de Jesús! ¡Oh, si al menos reflejara sobre el nuestro algún rayo de la santidad de aquél! Pongamos hoy la mano sobre nuestro corazón, y le hallaremos enfermo, débil, agobiado de miserias.... Es porque rehusamos acercarlo al de Jesús, porque no correspondemos á su amoroso llamamiento: *¡Venid á mí! venid los que estáis trabajados y gemís bajo el peso de la desventura, que Yo os recrearé: yo daré alivio á vuestro corazón*<sup>2</sup>.

14. Tres males gravísimos suelen affigir al pobre corazón humano, tres vicios que no le dejan ser feliz, por más que suspire por la felicidad, que es su sueño, y debería ser también su patrimonio. Tres males, hermanos míos, que sólo pueden hallar remedio en el contacto del sagrado Corazón de Jesús. Helos aquí: el vacío, la opleción, la corrupción. Vanamente forcejamos

<sup>1</sup> Matth. 11, 29.<sup>2</sup> Matth. 11, 28.

por llenar con bienes de la tierra, perecederos y men- guados, una cavidad inmensa, como la del corazón ca- paz del sumo Bien. ¡Ah! no sentiremos jamás la ple- nitud que no pueden darnos las criaturas; sentiremos más bien el hondo vacío, tan aborrecido por la natura- leza racional como por la física<sup>1</sup>. De ahí ese suspirar continuo en nuestra vida; de ahí ese respirar con opre- sión; de ahí ese languidecer moralmente con desfalle- cimientos mortales. ¡Ay! para tantos corazones la vida no es vida, es agonía lenta y espantosa: es la espe- ranza siempre fallida, es la sombra sin cuerpo, es el sueño evaporado al despertar.... Tales son, hermanos míos, las amargas consecuencias de la ambición, de la codicia y de la sensualidad, que devoran y envenenan tantas almas alucinadas con la vana esperanza de hallar la satisfacción de su sed de gozar en las honras, rique- zas y placeres, que, ó no consiguen jamás ó, conse- guidos, no les dejan más que el triste derecho de ex- clamar desengañados: *Ecce universa vanitas, et afflictio spiritus!*<sup>2</sup> Síguese, pues, al vacío la falsa llenura, la opleción, porque el corazón anda enfermo y no puede funcionar debidamente: ahógale su misma sangre cuando afluye, y además de ese interno malestar orgánico, des- gánale con mil suertes de heridas las agudas espinas de los falsos bienes en que cifró su dicha<sup>3</sup>. ¿Qué puede resultar de esa enfermedad moral, de ese desorden, sino la corrupción, la extinción de la vida? ¡Ah! la muerte espiritual: ved ahí la terrible situación á que se encuen- tran reducidas tantas almas, por vivir alejadas del foco de vida que es Cristo, de la fuente de gracia que tiene

<sup>1</sup> Natura horret vacuum.<sup>2</sup> Eccli. 1, 14.<sup>3</sup> Spinæ suffocaverunt illud (Marc. 4, 7).



abierta en su Corazón: *Omnes sitientes venite ad aquas!*<sup>1</sup> *Si alguno tiene sed, venga á mí, que yo le daré de beber*<sup>2</sup>. Como *secas raíces enterradas en suelo sediento*<sup>3</sup>, así veo á tantos desgraciados llevar el corazón seco y marchito porque lo alimentaron de aspiraciones terrenas. La sensualidad torpe y degradante no puede dar sino tósigo de muerte al corazón: la codicia de atesorar riquezas para proporcionarse goces sobre goces, no produce sino el endurecimiento y la corrupción: corazones dominados por la pasión del goce material, están corrompidos y muertos.

15. Pero Cristo, *Resurrección y Vida*<sup>4</sup>, puede aún vivificarlos acercándolos á su Corazón, haciéndoles sentir el fuego de su caridad, punzándolos con sus espinas y sujetándolos al yugo de su cruz. Llamas, corona de espinas y cruz, tales son las misteriosas insignias de que ha querido aparecer adornado el sagrado Corazón. Caridad, mortificación, vida sobrenatural y cristiana: tales son los únicos remedios eficaces para curar las miserables dolencias del moribundo corazón humano. Es preciso comprenderlo así, cristianos, Apóstoles de la Oración. La caridad, fuego divino, inflamándonos en el amor y deseo de los verdaderos bienes, de la gracia y de la gloria eterna, nos hará menospreciar los aparentes y corruptores bienes de la tierra, llenando así el vacío con la verdadera plenitud: la ley saludable y benéfica de la mortificación, cual corona de espinas, encerrará nuestro corazón en los estrechos límites de un uso moderado y legítimo de los bienes de la vida presente, no cifrando en la mayor suma de goces la felicidad suprema de la

<sup>1</sup> Is. 55, 1.<sup>2</sup> Io. 7, 37.<sup>3</sup> Is. 53, 9.<sup>4</sup> Io. 11, 25.

vida: la cruz, en fin, como símbolo de vida sobrenatural, de vida eterna, preservará nuestros corazones del veneno mortífero de la corrupción. Ya veo, hermanos míos, reflorar vigorosos y sanos al contacto del Corazón vivificante de Jesús millares de enfermos y casi desahuciados corazones. ¡Quiera Dios que tal sea el fruto de este bendito Apostolado!

16. El mundo empieza ya á sentir los vitales efluvios del Corazón del Redentor. Va sintiendo correr por sus venas nueva sangre, y dilatársele el corazón. La vida sobrenatural afluye, la moral recobra su feliz imperio, la devoción al sagrado Corazón de Jesús va produciendo en todas partes copiosos frutos de virtudes. Dígalo Colombia, bendecida especialmente por el divino Corazón: díganlo esos millares de fieles inscritos en los registros del Apostolado de la Oración, deudores á la eficacia de sencillas y piadosas prácticas, de la paz del corazón, la pureza de la conciencia, la regularidad de la vida, la concordia del hogar doméstico, el acrecentamiento de todas las virtudes, de un cúmulo, en fin, de bienes espirituales y aun temporales. Todo lo deben á la bondad inagotable del dulcísimo y amabilísimo Corazón de Jesús. Permanezcamos ante él todo el tiempo posible en muda y extática adoración; amémosle con toda la efusión de nuestra alma, y pidámosle la gracia de imitarle, para que nuestro corazón y el suyo no sean más que un solo corazón en el tiempo y en la eternidad. Así sea.



SEGUNDO PANEGÍRICO DEL SAGRADO  
CORAZÓN DE JESÚS

(predicado en la fiesta del Apostolado de la Oración, en Bogotá, 1897).

Semper vivens ad interpellandum pro nobis.  
Siempre está vivo para interceder por nosotros.

Hebr. 7, 25.

1. El mundo frío, indiferente ó incrédulo, ateo ó positivista, parece haberlo olvidado todo, hasta á sí mismo. La causa de tan triste aberración no es otra sino el olvido de Dios, principio y fin último de toda criatura. Al relegar á Dios al fondo de tan monstruoso olvido, el mundo ha descuidado el primero y principal deber del ser inteligente y libre, la oración. Hablo, cristianos, del mundo anatematizado por el evangelio<sup>1</sup>, del mundo de tinieblas, de oposición á Jesucristo<sup>2</sup>. Ese mundo es el que no ora, no sabe qué cosa es orar, no quiere la oración, cáusale hastío y horror hasta su nombre, y por eso la desdeña ó la denigra. *Væ mundo!* Si se conociera á sí mismo, si conociera á Dios, el hombre del siglo XIX, tan infatuado con los triunfos de su débil razón, se pondría de rodillas y oraría; mas entonces dejaría de ser mundo. ¡Dichoso día aquél en que toda la familia humana, esparcida por toda la redondez de la tierra, con sus millones de lenguas y en millares de idiomas, bárbaros y cultos, prorrumiera á una sola voz en estas palabras lanzadas por labios divinos: *¡Padre nuestro, que estás en los cielos!*...<sup>3</sup> Pero ¡ay, que tan justo deseo parece ser irrealizable, dado que en el actual orden de la Providencia, según la palabra de Jesucristo, es necesaria la presencia del escándalo: *Impossibile est*

<sup>1</sup> Matth. 18, 7.    <sup>2</sup> Io. 15, 18.    <sup>3</sup> Matth. 6, 9.

*ut non veniant scandala*<sup>1</sup>, y el mayor de los escándalos es la falta de oración, porque negarse á orar es tanto como rebelarse locamente contra Dios ó volverle las espaldas! Quien no ora, niega á Dios prácticamente: ni le adora, ni le pide; luego no le reconoce por Creador, ni á sí mismo se tiene por criatura. ¡Abominable obcecación! ¡escándalo increíble!

2. ¡Almas cristianas! ¡almas fieles! trabajad por apresurar la llegada de ese día en que suba al cielo, en forma de oración, la voz de todo el género humano. Trabajad, sí, como ya lo hacéis, por acercaros lo más que podáis al Corazón adorable de Jesús adorador, al Corazón de ese Hombre-Dios, Modelo el más perfecto de oración, Mediador y Pontífice de la oración humana, y objeto dignísimo, él mismo, de la oración del hombre. De él se ha escrito que: *En los días de su carne, ofreciendo con gran clamor y lágrimas sus ruegos y oraciones, fué escuchado por la reverencia que merecía*<sup>2</sup>. Y, como si todo esto no fuera bastante, añade el Apóstol que todavía hoy, resucitado y glorioso, intercede por nosotros<sup>3</sup>; antes parece que no vive sino para interponer sus ruegos: *semper vivens ad interpellandum pro nobis*<sup>4</sup>. Dirigid más fervorosos que nunca vuestras súplicas á Dios; pero guardaos de separar al Hijo del Padre; pues, como enseña San Agustín, cuando el cuerpo místico de Jesucristo, la Iglesia, eleva al cielo sus súplicas, debe hacerlo junto con su Cabeza, de modo que sea el mismo Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador del mundo, el que ruega por nosotros, y á quien rogamos en favor nuestro. Él ora por nosotros, como

<sup>1</sup> Luc. 17, 1.    <sup>2</sup> Hebr. 5, 7.    <sup>3</sup> Rom. 8, 34.<sup>4</sup> Ubi supra.



nuestro Sacerdote, ora en nosotros como nuestro Jefe, y él mismo es objeto de nuestra oración, como nuestro Dios<sup>1</sup>. En otros términos: debemos orar como Jesucristo, con el Corazón de Jesucristo, y al mismo divino Corazón. Ved aquí todo el asunto de este discurso. El Apostolado de la Oración que hoy tributa en este templo sus solemnes homenajes á este Corazón santísimo, no es ni ha sido, desde su origen, otra cosa que una vasta asociación, no cualquiera, sino apostólica, universal, fecundizada por su unión con la oración del Corazón del Salvador. Hoy los nuevos Estatutos aprobados por la Cátedra Apostólica han acabado de poner en claro esta idea<sup>2</sup>, y los socios de tan glorioso Apostolado no deben pensar sino en llenar cumplidamente los deberes que aquéllos les imponen mediante la práctica de la oración, tal como queda descrita y vamos á desarrollar en seguida, después de implorar las luces del Espíritu Santo por mediación del Corazón de María, *Ave María*.

## I.

3. Nada más dulce, amados fieles, nada más atractivo que la imagen del Corazón de Jesús, tal como se reveló á su sierva Margarita y, por medio de ella, á nosotros: es menester cerrar los ojos ó volver la cara para no sentir su encanto irresistible. Su revelación es el último y supremo esfuerzo de la bondad divina para salvar á un siglo aterido por glacial indiferencia para todo lo que no es materia y goce material. Pero ¿cuál es la actitud que ofrece Jesús á los ojos del hombre,

<sup>1</sup> S. Aug., citado por el P. Gautrelet, El Apostolado de la Oración.

<sup>2</sup> Estatutos del Apostolado de la Oración 1. 2.

mostrándole en el pecho abierto su llagado Corazón? Difícil parece definirla: es tan completa que en ella cabe todo, todo lo más noble, sublime y delicado. Es, si queréis, la expresión del amigo, escogido entre millares, que reprocha á su amigo indiferencia y desamor: es el semblante del padre amorosísimo que con acento impregnado de infinita ternura reconviene y llama al orden á un hijo tan desgraciado como ingrato y sin entrañas. Es... ¿pero qué no es la imagen del Corazón de Jesús? Miradle de hito en hito, y veréis en esa actitud al Hombre-Dios, al Maestro universal y único<sup>1</sup>, que dice al género humano, dominándole más por la bondad que por la soberanía de que dispone: *Mira aquí este Corazón, y aprende... Discite á me*<sup>2</sup>. «Aprended, hombres, en la escuela de mi Corazón; aprended á ser humildes, y sabréis orar, como yo oro...» *Pedid, y recibireis*<sup>3</sup>. «Pedid en nombre mío, y se os concederá cuanto pedís...»<sup>4</sup> Orad, y no sucumbireis á la tentación<sup>5</sup>: orad, y os salvaréis.»<sup>6</sup> Ved ahí, cristianos, la sublime lección que, por medio de su imagen, nos da Jesucristo señalando su Corazón con una mano, mientras nos habla con la otra, y eleva su mirada al cielo como para decirnos: *Sursum corda! ¡Hijos míos, al cielo los corazones!*

4. Y en verdad ¿qué otra cosa ha hecho este Hombre-Dios durante los días de su vida mortal sino ofrecer ¡oh, y con cuántos gemidos y copia de lágrimas! sus oraciones ardentísimas, sus instancias redobladas al Padre de las misericordias, para impetrarlas en favor del hombre prevaricador? ¡Almas que anheláis

<sup>1</sup> Matth. 23, 8.

<sup>2</sup> Matth. 11, 29.

<sup>3</sup> Io. 16, 24.

<sup>4</sup> Io. 14, 13.

<sup>5</sup> Marc. 14, 38.

<sup>6</sup> Iac. 5, 16.



aprender la ciencia de orar! estudiad á Jesús adorador, estudiad á Jesús suplicante. Ahí tenéis el modelo perfectísimo de la oración: de él aprendieron los santos, de él aprendió y aprenderá siempre el mundo. *Sic ergo vos orabit: Así debéis orar*<sup>1</sup>. Así se inició el Apostolado de la Oración. Adorar á Dios en espíritu y en verdad, esto es, con la sinceridad de un corazón profundamente anonadado ante la majestad del altísimo Dios, he ahí lo que debe hacer el verdadero adorador<sup>2</sup>, he ahí lo que ha hecho constantemente Jesucristo en todos los instantes de su vida mortal, desde Belén hasta el Calvario, desde el pesebre hasta la cruz. Le adoró en el retiro de Nazaret y en el gran templo de Jerusalén. Le adoró en medio de los hombres, andando entre las turbas, por el día, y en llegando la noche, en campo raso, unió su voz divina á las voces calladas de los astros que alababan á su Creador en la serena inmensidad de los cielos, hasta juntar su voz con la de la naturaleza al despertar en los albores de la madrugada<sup>3</sup>.

5. Y, notadlo bien, cristianos: Jesucristo, en cuanto Dios, igual al Padre, no podía tributarle adoración; tribútasela, sin embargo, en cuanto hombre, en cuanto cabeza de la humanidad y jefe de la creación entera visible é invisible, angélica y humana; tribútasela especialmente como reparador del hombre caído y como restaurador de la gloria divina. ¡Ah! ¡quién pudiera penetrar en las profundidades sublimes del Corazón de Jesús adorador, y allí ver y admirar la perfección infinita, la excelencia y eficacia de su altísima oración!

<sup>1</sup> Matth. 6, 9.<sup>2</sup> Io. 4, 23.<sup>3</sup> Erat pernoctans in oratione Dei (Luc. 6, 12).

Figuráosle por un instante, el rostro encendido y resplandeciente, como en el Tabor<sup>1</sup>, entreabiertos los labios purpurinos, los ojos centellantes y dulcemente elevados al cielo, toda la composición del cuerpo maravillosa, deífica, indefinible, mientras pronunciaba aquellas palabras caldeadas en el horno de su Corazón: *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre: venga ya tu reino: hágase tu voluntad*<sup>2</sup>. ¿Qué pide, pues, Jesús, qué desea ardientemente? No otra cosa sino la gloria del Padre y la salud de los hombres. Nadie mejor que él conocía y amaba á la divina Majestad, nadie como él sabía cuán grave mal es para el hombre el olvido de Dios<sup>3</sup>. Figuráosle otrosí en el Huerto de las Olivas, en el sombrío Getsemaní, bajo las impresiones terroríficas de aquella noche de espanto y agonía postrado hasta tocar el suelo con la frente empapada en el sudor de sangre, repitiendo hasta tres veces: *¡Padre, si es posible acceder á lo que pido ... mas no se haga mi voluntad, sino la tuya!*<sup>4</sup> Otra vez, pues, suplica Jesús á su Padre que se haga su voluntad. Siempre y en toda ocasión: *Fiat voluntas tua!* Sin duda no hay nada más justo, ni más ventajoso para el hombre que el cumplimiento de la santa y adorable voluntad de Dios. Pero aquí, en el intróito de su Pasión, ¡qué voluntad tan formidable para quien ha de ser víctima de la justicia divina! Bajo el peso de esa santa voluntad justiciera, inflexible, el Corazón de Jesús se comprime, se derrite, como la cera al fuego<sup>5</sup>; pero ¡oh! nunca se rebela, ni por un sólo instante se resiste,

<sup>1</sup> Matth. 17, 2.<sup>2</sup> Matth. 6, 9, 10.<sup>3</sup> *Gautrelet*, Mes del Corazón de Jesús, día 19.<sup>4</sup> Luc. 22, 42.<sup>5</sup> Ps. 21, 15.



antes con sumisión incondicional y absoluta se somete á sus decretos de muerte acerba, ignominiosa. *Fiat voluntas tua!* Ved ahí la oración que lucha, que eleva al hombre, que le hace vencedor de sí mismo, revisitiéndole de la fortaleza de Dios. Tal es, almas cristianas, el modelo que debéis imitar: Jesucristo orando en los días de su mortalidad.

6. Y, si esto no basta, contempladle orando en la soledad del sagrado tabernáculo. Aquí, como á la diestra de su Padre, *vive para interpelar siempre por nosotros*<sup>1</sup>. ¿Qué otra cosa hace Jesús vivo y presente en la Eucaristía, sino elevar una plegaria jamás interrumpida en favor del hombre ingrato que le olvida, del mundo perverso que le niega, de la sociedad paganizada que le menosprecia y le vuelve las espaldas? Séame lícito citar aquí al elocuente y venerado fundador del Apostolado de la Oración<sup>2</sup>, citado por su no menos ilustre sucesor<sup>3</sup>: «¿Qué hace Jesucristo en la divina Eucaristía? Nada en apariencia, todo en realidad: ama, ora, se inmola. Esa es su vida en el Santísimo Sacramento. Principio único y causa universal de todo el bien que se hace en la Iglesia, su cuerpo místico, ¿cómo continúa él la obra de la redención de los hombres? Con la oración y el amor: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis*. Ora durante el día, mientras todo el mundo se agita olvidado del cielo y de los intereses eternos... ora durante la noche; y, en tanto que todas las criaturas, sumidas en profundo sueño, quedan privadas de inteligencia para conocer á su Creador y de voluntad para amarle, Jesús conoce, ama y ora por ellas. Ora

<sup>1</sup> Hebr. 7, 25.      <sup>2</sup> El Rev. P. Francisco Gautrelet S. J.

<sup>3</sup> El Rev. P. Enrique Ramière S. J.

sin cesar: las generaciones se suceden unas á otras y desaparecen del escenario del mundo; pero Jesucristo permanece siempre vivo, siempre orando por todas las generaciones... ¡Magnífico espectáculo el que presenta Jesucristo al hacerse, por decirlo así, oración personificada, oración viviente, oración substancial y divina!»<sup>1</sup>

7. ¿Qué debemos, pues, hacer nosotros? ¿qué deben hacer hoy y á diario los afortunados Apóstoles de la Oración? Imitar á su modelo, orar con el Corazón de Jesús y como él ora en el fondo del altar. «Unidos á su Jefe, deben participar los miembros de la vida y acción de él, deben orar y amar con el divino Salvador... El cristiano no debe tener sino un mismo deseo con Jesús, y sus suspiros deben mezclarse con los de ese Dios oculto y anonadado, para subir junto con ellos hacia el trono del Eterno, implorando gracia y misericordia.»<sup>2</sup> La oración del fiel imitador de Jesucristo debe, como la del divino Maestro, surgir del corazón, pues él ha dicho por boca de su Profeta: *De mi corazón ha brotado la buena palabra*<sup>3</sup>. ¿Qué mejor palabra que el lenguaje del corazón dirigido á Dios? La oración apostólica debe tener por blanco la gloria de Dios y la salvación de las almas: *Adveniat regnum tuum*, he ahí la aspiración ardiente, he ahí el *desideratum* de nuestro Apostolado. ¿Qué vale todo lo demás, si no converge, de cerca ó de lejos, á la mayor gloria de Dios, al reinado de Jesucristo, á la vida eterna y verdadera? Debemos finalmente orar en unión del Corazón de Jesús, nuestro Pontífice<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> P. Gautrelet, El Apostolado de la Oración.

<sup>2</sup> P. Gautrelet l. c.      <sup>3</sup> Ps. 44, 2.

<sup>4</sup> Hebr. 3, 1; 4, 14.



## II.

8. «Por conducto suyo, dice el Fundador del Apostolado, deben pasar todas nuestras peticiones y ser presentadas todas nuestras solicitudes, porque, propiamente hablando, el suplicante único y universal es Jesucristo.»<sup>1</sup> *Todo Pontífice asumido entre los hombres*, dice el Apóstol<sup>2</sup>, *es constituido mediador del mismo hombre en sus relaciones con Dios*, es el encargado de presentarle sus dones y ofrecer sacrificios para expiación de los pecados. Tal es, en efecto, hermanos míos, tal ha sido en todo tiempo y lugar la misión esencial del sacerdote. El hombre, sobresaltado sin duda por el grito de una conciencia criminal, no se ha atrevido nunca á llegarse directamente á Dios; ha sentido la necesidad de un mediador caracterizado, y Dios mismo ha querido autorizar la institución sacerdotal revistiendo de ese carácter y dignidad á personas llamadas y escogidas, como Aarón<sup>3</sup>. Carácter sublime, que en vano trata de negar y escarnecer la impiedad naturalista, y que debe humillar tanto más al débil mortal que de él se halla revestido, cuanto más profundo es el respeto que le acarrea de los hombres, mayormente en el seno de la sociedad cristiana. Porque, en fin, cristianos, ¿quién es el Sacerdote por excelencia, el gran Pontífice de la humanidad, de quien todo sacerdocio emana y recibe su poder, así el antiguo prefigurativo, como el nuevo que ha de durar hasta la consumación de los siglos? Oigamos al Apóstol cómo expone esta admirable doctrina, basado en la valiente expresión profética del Salmo ciento y nueve: *Tu es sacerdos in æternum*, que parece complemento de aquella otra:

<sup>1</sup> P. Gautrelet l. c.    <sup>2</sup> Hebr. 5, 1.    <sup>3</sup> Hebr. 5, 4.

*Filius meus es tu, ego hodie genui te*<sup>1</sup>. «En otro orden de sacerdocio, en la Ley mosaica, se crearon muchos sacerdotes, por cuanto habían de terminar con la vida su misión; pero Jesús, que es eterno, inmortal en el cielo y en la tierra, goza de la plenitud del sacerdocio duradero por todos los siglos.»<sup>2</sup> Así lo ha jurado el Señor, y no se arrepentirá de su juramento<sup>3</sup>. He aquí, concluye el Apóstol de las gentes, como Jesús ha sido constituido *mediador del nuevo Testamento*<sup>4</sup>, Salvador y santificador de cuantos por él quieran acercarse á Dios.

9. Ni hay otro medio, en verdad, para lograr que escalen el cielo nuestras pobres y bajas oraciones, sino enderezarlas al Corazón de Aquél que dijo en absoluto: *Ego sum via: Yo soy el camino; y: Nadie llega al Padre sino por mi mediación*<sup>5</sup>. De aquí la necesidad de unir íntimamente nuestra oración con la oración del Corazón del Salvador, como lo practican los miembros del Apostolado. En efecto, Él, y sólo Él ha merecido ser escuchado por su propio respeto: *pro sua reverentia*<sup>6</sup>, porque era imposible fueran desatendidas sus súplicas<sup>7</sup>. Así lo exigía su condición de Hijo de Dios, patente y manifiesta á los ojos del Padre á través del humilde ropaje de su humanidad; así lo reclamaban su obediencia, en cuanto hombre, su santidad, su inocencia inmaculada y, por colmo de merecimientos, su sacrificio de infinito valor en el *Sancta Sanctorum* de la cruz. Y hoy mismo, cristianos, ¿no lo está exigiendo así el holocausto incruento y místico, pero real y perfectísimo,

<sup>1</sup> Ps. 2, 7.    <sup>2</sup> Hebr. 7, 23, 24.    <sup>3</sup> Ps. 109, 4.

<sup>4</sup> Hebr. 9, 15.    <sup>5</sup> Io. 14, 6.    <sup>6</sup> Hebr. 5, 7.

<sup>7</sup> S. Anselm., in Comment. ad Epist. ad Hebr.



en que se inmola el divino Corazón á todas horas sobre nuestros altares? ¿no está allí dando gritos su sangre con más elocuencia que la del inocente Abel<sup>1</sup>? ¡Ah! sí, ¡lo reconozco, Dios mío! La Eucaristía es la omnipotente oración que reprime vuestras iras para que no borréis de la faz de la tierra con nuevos diluvios de agua y fuego al pecador: la Eucaristía es la fuente de gracias con que salváis á tantas almas que sin ella se perderían para siempre. Sin la divina Eucaristía, sin los latidos del Corazón de Jesús, ¿podría el hombre ser oído? ¿podría orar siquiera? ¿tendrían valor alguno sus miserables oraciones? ¿atreveríase el pecador á comparecer solo, sin abogado, ante el acatamiento del Dios de la majestad?

10. Es menester, hermanos míos, carecer absolutamente del sentimiento de la Divinidad, ó estar infatuado por insensato orgullo, para no sentir el peso de la dificultad propuesta, dificultad que sube de punto tratándose, no ya del hombre inocente y puro, sino del culpado y criminal. No: el hombre, aun siendo justo, no sería jamás digno de acercarse á conversar familiarmente con Dios, pues, al decir de San Crisóstomo, el honor de hablar con Dios en la oración excede aun la dignidad de los ángeles. *Huiusmodi honor etiam angelorum amplitudinem facile superat*<sup>2</sup>. ¿Qué será, pues, el pobre pecador? Las adoraciones y homenajes de la criatura, aunque sea racional ó angélica, no serán nunca dignos de la majestad divina, por cuanto la distancia, la desproporción de la criatura al Creador es inmensa, incalculable. Y luego, ¿qué méritos podrá alegar el hombre,

<sup>1</sup> Hebr. 12, 24.

<sup>2</sup> Chrysost., apud La Puente.

vil gusano, cuando no rebelde esclavo, para mover á piedad con sus ruegos el Corazón de Dios? Ninguno, ciertamente, si no es el de su misma excesiva miseria. No quiere decir esto que Dios, océano de bondad y de misericordia<sup>1</sup>, no pudiera escuchar la plegaria humilde y reverente de la menor de sus criaturas. *El Señor*, dice el Profeta<sup>2</sup>, *acogió la oración de los humildes, y no la despreció*; y el Sabio afirma que *la oración del que se humilla y reconoce, penetrará los nubes*<sup>3</sup>. Pero, notadlo bien, hermanos míos: esto sería debido únicamente á la indulgencia paternal de Dios, nunca, en ningún caso, á exigencias de justicia por parte de los méritos del hombre. Hay, empero, un homenaje digno, dignísimo de la divinidad; hay una voz que, saliendo del corazón humano, tiene derecho á ser escuchada y atendida por Dios mismo... ¡Qué prodigio! Tal es la voz que se levanta del fondo del tabernáculo eucarístico, ó mejor, de lo íntimo y secreto del divino Corazón; tal es el grito de la preciosa sangre del Cordero sin mancha, más agudo y penetrante en favor nuestro que lo fuera el de la sangre del inocente Abel en contra de su infeliz hermano<sup>4</sup>. ¡Y esta voz, hermanos míos, esta voz y este homenaje podemos hacer propio nuestro, y dirigirlo al cielo en forma de adoración y súplica! ¡Qué dignación! ¡qué dicha! ¡Podemos adueñarnos de la oración y lágrimas y perfumes de la sangre del Corazón de Jesús! Así es, en verdad, y por eso es de valor inestimable el Apostolado de la Oración en unión de Jesucristo. Él es el divino Propiciatorio, ya figurado en la liturgia de la Ley Antigua,

<sup>1</sup> Ps. 110, 4.

<sup>2</sup> Ps. 101, 18.

<sup>3</sup> Eccli. 35, 21.

<sup>4</sup> Hebr. 12, 24.



por el cual prometió el Eterno Padre que oiría siempre nuestras oraciones<sup>1</sup>. ¿Quién no se aprovechará de este tesoro? ¡Desdichado el corazón indiferente ó incrédulo que lo desprecia!

## III.

II. Oremos, pues, al Padre por el Hijo, como lo practica todos los días la Iglesia que pide: *Per Christum Dominum nostrum*. Y oremos también directamente al Hijo para que en él sea glorificado el Padre<sup>2</sup>. El divino Corazón de Jesús es objeto dignísimo y término apropiado de nuestra oración: debemos adorarle y dirigirle nuestras súplicas. Él mismo nos invita á hacerlo, diciéndonos, como en otro tiempo á los ciegos de Jericó<sup>3</sup>: *¿Qué queréis que haga por vosotros?* Y por San Juan prometía á los discípulos: *Haré cuanto me pidieréis en mi nombre<sup>4</sup>*; y acababa de decirles: *Cualquier cosa que pidieréis á mi Padre en nombre mio, yo os la concederé<sup>5</sup>*. ¡Cosa bien digna de notarse, amados fieles! Yo, dice, haré cuanto pidieréis á mi Padre ó á mí mismo, y en mi nombre, es decir, si no vamos errados, invocando la virtud y poder que mi nombre de Hijo de Dios encierra y significa. Veis aquí cómo es lo mismo orar al Hijo que al Padre, como quiera que es uno solo el nombre y la virtud de entrambos. ¡Oh, y cómo parece quejarse Jesucristo de la cortedad de ánimo de sus Apóstoles que nada se atreven á pedirle! *Hasta ahora nada me habéis pedido: pedid y recibiréis, á fin de que vuestro gozo sea completo<sup>6</sup>*. Nuestro gozo será completo cuando nuestros

<sup>1</sup> B. Margarita María.      <sup>2</sup> Io. 14, 13.      <sup>3</sup> Matth. 20, 32.

<sup>4</sup> Io. 14, 14.      <sup>5</sup> Io. 14, 13.      <sup>6</sup> Io. 16, 24.

deseos queden colmados; pero esto no puede suceder sino en fuerza de nuestros ruegos dirigidos al mismo Jesús, el cual nos promete concedernos cuantas gracias le pidamos. No pedirle con absoluta confianza sería tanto como vacilar en la fe de su divinidad. Por lo cual vemos en el evangelio que exigía de los que le rogaban alguna merced, por toda condición, la fe en su poder divino. Dos ciegos le seguían gritando: *¡Compadécete de nosotros, Hijo de David!* Llegados á la casa en que moraba Jesús, insisten en rogarle, y el Señor les pregunta: *¿Creéis que puedo hacerlos esa gracia?* ¿creéis que tengo poder para daros la vista por milagro? Y ellos respondieron resueltamente: *Lo creemos*. Entonces Jesús les tocó los ojos diciendo: *Hágase conforme á vuestra fe*. Y abriéronse en el acto los ojos de los ciegos<sup>1</sup>. ¿Qué más necesitamos para certificarnos de que Jesús hará milagros en favor nuestro, si con verdadera fe y ardiente anhelo le dirigimos nuestras súplicas? Pues, ¿no lo pide así su amorosísimo Corazón, todo amor, todo misericordia?

12. Por lo demás, es indudable para todo cristiano que podemos y debemos adorar su Corazón y toda su humanidad sacrosanta con verdadero culto de latría, como adoramos su divinidad. No es éste un dogma nuevo, ciertamente, ni debe sorprender á quienquiera que sabe deducir las naturales consecuencias del misterio de Cristo. *Así como el alma racional y la carne*, dice San Atanasio, *es una sola naturaleza humana, el hombre; así Dios y el hombre es un solo Cristo<sup>2</sup>*. No podemos, pues, adorar á Dios en Cristo sin adorar juntamente al hombre en él, porque hombre y Dios

<sup>1</sup> Matth. 9, 27 sqq.      <sup>2</sup> Symbol. Athan.



son una sola cosa en la realidad de la unión hipostática. ¿Por ventura está dividido Cristo?<sup>1</sup> podemos preguntar como el Apóstol. La respuesta es evidente: la división no existe sino en la abstracción, porque en concreto *Unus est Christus*, uno absolutamente, no por confusión ó fusión de las naturalezas divina y humana, sino por la unidad de la persona<sup>2</sup>. En el Hombre-Dios, hermanos míos, como todos sabéis, la persona única es divina, porque *el Verbo se hizo carne*<sup>3</sup>, Dios incorporó á sí al hombre, no el hombre usurpó para sí la divinidad<sup>4</sup>, que fuera absurdo; ¿y si en el hombre mismo la persona, podemos decirlo, es el todo porque todo lo sostiene y dignifica, con cuánta mayor razón debemos afirmarlo de la personalidad de Cristo, siendo aquí la persona realmente distinta de la naturaleza humana, la cual en ella y por ella se sustenta y de ella depende en absoluto? Adorando, pues, la humanidad de Cristo adoramos á la Persona del Verbo en quien esa santa humanidad, alma y cuerpo, se sustenta, en quien vive y obra como en su sujeto y principio personal. Adoremos, pues, su Corazón, el cual, aunque de carne, está animado por la vida de Dios, es el Corazón del Verbo Encarnado, digno de infinitas adoraciones, como el Padre y el Espíritu Santo.

13. Mas ¿qué deberemos pedir á Jesucristo que sea de mayor agrado para su Corazón? ¡Ah! pidámosle, hermanos míos, según los deseos del Santísimo Padre León XIII, *que vuelva á atraer á sí una sociedad que, en gran parte, se ha alejado de Dios*. Ésta es la plegaria que el mismo Jesús no cesa de elevar con arden-

<sup>1</sup> 1 Cor. 1, 13.<sup>2</sup> Symbol. Athan.<sup>3</sup> Io. 1, 14.<sup>4</sup> Phil. 2, 6.

tísimo amor hacia su Padre, diciendo: *Adveniat regnum tuum*; y nosotros debemos acompañarle en esta oración, instándole al mismo Salvador para que vuelva á reinar sobre las almas y sobre las naciones que, en su ceguera, han sacudido su yugo suave y venturoso, y que no sólo recobre sus dominios, sino que los extienda cada día más hasta reinar como Dueño y Señor en los corazones de todos los hombres: *Adveniat regnum tuum*. Tal es el lema de nuestro Apostolado. Oremos, pues, con las mismas intenciones por las cuales ora y se inmola día y noche el Corazón de Jesús en el altar, y el Dios de bondad escuchará nuestras plegarias. Así sea.

### TERCER PANEGÍRICO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(predicado en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, en la fiesta del Apostolado de la Oración, 1896).

Dilectus meus mihi, et ego illi.  
Mi Amado es todo para mí, y yo soy toda para él.

Cant. 2, 16.

1. Veinticinco años hace que un respetable cuerpo de generosos cristianos tributa en este mismo día y en este hermoso templo sus fervientes homenajes al sagrado Corazón de Jesús. La *Pia Unión* reúne en un concierto de melodiosas armonías, en haces de simbólicas luces y en poderosa corriente de afectos todo cuanto puede allegar para la pompa de tan hermosa festividad, haciéndola, en cuanto cabe, digna de su adorable objeto. La Compañía de Jesús, establecida por tercera vez en esta capital hace doce años<sup>1</sup>, vino á tiempo para

<sup>1</sup> El año de 1884 se restableció la Compañía en Bogotá.



son una sola cosa en la realidad de la unión hipostática. ¿Por ventura está dividido Cristo?<sup>1</sup> podemos preguntar como el Apóstol. La respuesta es evidente: la división no existe sino en la abstracción, porque en concreto *Unus est Christus*, uno absolutamente, no por confusión ó fusión de las naturalezas divina y humana, sino por la unidad de la persona<sup>2</sup>. En el Hombre-Dios, hermanos míos, como todos sabéis, la persona única es divina, porque *el Verbo se hizo carne*<sup>3</sup>, Dios incorporó á sí al hombre, no el hombre usurpó para sí la divinidad<sup>4</sup>, que fuera absurdo; ¿y si en el hombre mismo la persona, podemos decirlo, es el todo porque todo lo sostiene y dignifica, con cuánta mayor razón debemos afirmarlo de la personalidad de Cristo, siendo aquí la persona realmente distinta de la naturaleza humana, la cual en ella y por ella se sustenta y de ella depende en absoluto? Adorando, pues, la humanidad de Cristo adoramos á la Persona del Verbo en quien esa santa humanidad, alma y cuerpo, se sustenta, en quien vive y obra como en su sujeto y principio personal. Adoremos, pues, su Corazón, el cual, aunque de carne, está animado por la vida de Dios, es el Corazón del Verbo Encarnado, digno de infinitas adoraciones, como el Padre y el Espíritu Santo.

13. Mas ¿qué deberemos pedir á Jesucristo que sea de mayor agrado para su Corazón? ¡Ah! pidámosle, hermanos míos, según los deseos del Santísimo Padre León XIII, *que vuelva á atraer á sí una sociedad que, en gran parte, se ha alejado de Dios*. Ésta es la plegaria que el mismo Jesús no cesa de elevar con arden-

<sup>1</sup> 1 Cor. 1, 13.<sup>2</sup> Symbol. Athan.<sup>3</sup> Io. 1, 14.<sup>4</sup> Phil. 2, 6.

tísimo amor hacia su Padre, diciendo: *Adveniat regnum tuum*; y nosotros debemos acompañarle en esta oración, instándole al mismo Salvador para que vuelva á reinar sobre las almas y sobre las naciones que, en su ceguera, han sacudido su yugo suave y venturoso, y que no sólo recobre sus dominios, sino que los extienda cada día más hasta reinar como Dueño y Señor en los corazones de todos los hombres: *Adveniat regnum tuum*. Tal es el lema de nuestro Apostolado. Oremos, pues, con las mismas intenciones por las cuales ora y se inmola día y noche el Corazón de Jesús en el altar, y el Dios de bondad escuchará nuestras plegarias. Así sea.

### TERCER PANEGÍRICO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(predicado en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, en la fiesta del Apostolado de la Oración, 1896).

Dilectus meus mihi, et ego illi.  
Mi Amado es todo para mí, y yo soy toda para él.

Cant. 2, 16.

1. Veinticinco años hace que un respetable cuerpo de generosos cristianos tributa en este mismo día y en este hermoso templo sus fervientes homenajes al sagrado Corazón de Jesús. La *Pia Unión* reúne en un concierto de melodiosas armonías, en haces de simbólicas luces y en poderosa corriente de afectos todo cuanto puede allegar para la pompa de tan hermosa festividad, haciéndola, en cuanto cabe, digna de su adorable objeto. La Compañía de Jesús, establecida por tercera vez en esta capital hace doce años<sup>1</sup>, vino á tiempo para

<sup>1</sup> El año de 1884 se restableció la Compañía en Bogotá.



añadir á la asociación de aquellos devotos fieles, si no su valioso concurso, á lo menos el contingente de sus más íntimos afectos, tratándose de un culto que nadie como ella está obligado á formentar y dilatar con todas sus fuerzas. ¡Ah! la Compañía de Jesús, honrada antes con el nombre, y después con el Corazón del divino Salvador, ¿qué no debía acometer para inflamar más y más los corazones en el amor del sagrado Corazón, aquí, como en todas partes donde le ha sido otorgada la libertad de trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas? La Compañía, mi querida Madre, reconocida á los favores sin cuento de que el divino Corazón la ha colmado, no sólo en su primera época de nacimiento y desarrollo, sino en esta segunda no menos brillante, de renacimiento y extensión prodigiosa, funda, donde no las encuentra, numerosas asociaciones: apoya y enfervoriza las ya establecidas: establece la grande obra del Apostolado de la Oración, nacida en una de sus casas de estudios, y esparcida hoy por todas las partes del mundo: cumple, en fin, con el encargo de Jesucristo de propagar el culto del Corazón adorable, hácese toda corazón para Jesús que se ha hecho para ella todo corazón, diciendo con la enamorada Esposa de los Cantares: *Mi Amado es todo para mí, y yo soy toda para él*<sup>1</sup>.

2. Y ¿no es esto, amadísimos hermanos, lo que debe decir y sentir todo cristiano contemplando los favores del dulcísimo Corazón del Hombre-Dios? ¡Ay! al mirar simbolizado en ese ardiente Corazón de carne que Jesús señala con su dedo, el amor de un Dios Encarnado, inmolado en la cruz y en el altar, menospreciado por

<sup>1</sup> Ubi supra.

la humana ingratitud, todo creyente debe reconocer esta verdad: Jesús es todo corazón para el hombre, deduciendo en consecuencia esta otra no menos importante y práctica: *Luego el hombre debe ser todo corazón para Jesús. Dilectus meus mihi, et ego illi.* Esto debéis hacer en este día, Apóstoles de la Oración; esto vosotros, miembros de la Unión piadosa; esto, fieles de toda condición y estado; y, para conseguirlo, dignaos prestar vuestra atención al desarrollo de la doble verdad propuesta, mas no sin haber implorado antes los auxilios del Espíritu de luz y amor, por intercesión del Corazón amantísimo de María, lleno de gracia. Saludémosla, etc. *Ave María.*

### I.

3. No quiero entrar en materia, hermanos míos, sin haberos hecho notar de antemano la importancia del concepto anunciado en la primera parte de la proposición, relativamente al encomio del Corazón deífico. Porque, observadlo bien, afirmar que Jesús es todo corazón para el hombre, equivale á decir que el Corazón de Jesús es todo para su criatura, lo que, en rigor, sólo parece que puede afirmarse de Dios, según aquella hermosa aspiración: *¡Dios mío y todas mis cosas!*<sup>1</sup> Es decir que este sagrado Corazón, con ser humano por su naturaleza, es, en virtud de su divinización por el Verbo, capaz, como el mismo Dios, de llenar todo el vacío, en cierta manera infinito del humano corazón, haciéndole feliz eternamente. ¡Qué mayor grandeza! ¡qué alabanza más subida! Y no hay en ella, sin embargo, nada de exageración. Porque ¿cómo no ha de

<sup>1</sup> Deus meus, et omnia (Imit. Christi lib. III, cap. 39).



darnos infinita hartura Aquél que, siendo quien es, nos da y comunica todo cuanto tiene? Pues no otra cosa significa la conocida expresión: ser un amante todo corazón para el amado. Ser, pues, Jesús todo corazón para el hombre, quiere decir que este órgano de su vida humano-divina, ó el amor por él simbolizado, prevalece de tal suerte en todo el ser de Jesucristo, que en cierto modo caracteriza su fisonomía moral, é imprime un sello distintivo á todas sus acciones. Para comprender esta importante verdad, en orden al fin que nos proponemos, basta fijar nuestras miradas primero en la inefable figura del Salvador, y luego pararnos á contemplar sus obras.

4. ¡Miradle de hito en hito! Ahí le tenéis, ¡aunque todo el esfuerzo del arte, inspirado por la piedad, no da sino pálidos reflejos del ideal imposible de expresarse! ¡Qué fisonomía física y moral la del Hombre-Dios, verdaderamente indescriptible, inefable al labio mismo de los ángeles! Majestad templada por la dulzura, claridad deslumbrante, moderada por la sencillez. En el pesebre, en el templo de Jerusalén, en el Cenáculo y hasta en el Calvario, lo mismo que en el Tabor, aquella figura de hombre, pero más que humana, avasalla á quienquiera que osa contemplarla, subyuga corazones, obliga á doblar ambas rodillas, arranca gritos de entusiasmo á las turbas. ¡Oh figura de mi Salvador indescriptible, más bella que cuanto vió el ojo del hombre, cuanto soñó el artista, y cruzó por la ardiente fantasía!<sup>1</sup> Pero examinad atentamente, queridos hermanos, cuál es el foco de donde irradian esos divinos resplandores que iluminan el rostro de Jesús. ¿Es acaso

<sup>1</sup> Nec oculus vidit... nec in cor hominis ascendit (1 Cor. 2, 9).

su inteligencia soberana? Sé muy bien cuánto brilla la luz del genio, del entendimiento creador, rebosando del interior del alma en el exterior sus raudales luminosos; mas, tratándose del Salvador del mundo, me atrevo á decir: no es la luz, no es la inteligencia lo que brilla en sus ojos y semblante. ¿Será por ventura el poder? Tampoco... Pues, ¿qué es? Su Corazón. ¡Ah! no lo dudéis. Por entre los rayos que lanza afuera la sabiduría del Verbo Encarnado, y los que arroja aquella fuerza capaz de enfrenar las tempestades, ábrese paso otro rayo que los domina á todos eclipsándolos, y es como la llamarada que envía el Corazón. ¿No habéis contemplado la variedad infinita de rayos que esparce á lo ancho y largo del espacioso cielo un mismo sol, según que ocupa el trono del oriente, ó se recuesta en el lecho de nubes del ocaso, ó bien en carro de fuego preside á la naturaleza en mitad del firmamento? Podrán ser más vívidos y abrasadores los que despide á mediodía; mas ¿quién no se goza y se extasía á la luz suave del oriente ó al tibio resplandor del apacible ocaso? Sabiduría en el oriente, poder al medio día, corazón en el ocaso de la vida<sup>1</sup>, todo esto es Jesús, Verbo Encarnado, sol de verdad y de justicia; pero lo que más me arrebató es su amante Corazón.

5. Admíranse las turbas que le escuchan, ávidas de doctrinas del cielo, al ver tanta sabiduría como no se vió nunca en el mundo: Jamás hombre nacido habló como este hombre<sup>2</sup>. Si en lo antiguo venían de la tierra del oro las reinas poderosas para recoger las perlas que caían de los labios del sabio entre los sabios<sup>3</sup>, el nuevo Maestro aparecido en tierra de Judea deja muy atrás la

<sup>1</sup> Io. 13, 1.      <sup>2</sup> Io. 7, 46.      <sup>3</sup> Matth. 12, 42.



sabiduría del ponderado monarca, porque es innegable que: *Éste es más que Salomón*. Sí, cristianos, así es la verdad: *Plus quam Salomon hic*. Y ¿adivináis por qué? Porque éste no es sólo saber, sino bondad; no es sólo cabeza, sino corazón. Pues, no menos que la sabiduría inaudita, inagotable, deslumbra á millares de ojos desmesuradamente abiertos de estupor, el poderío y la fuerza del nuevo Sansón; que, si éste hizo venir á tierra el gran templo del ídolo filisteo entre las convulsiones de una agonía sublime, aquél reedifica al tercer día de destruído por la muerte, el templo animado de su mismo cuerpo, en medio del fragoroso espanto de una resurrección sin ejemplo. No hay duda, el taumaturgo de Judea es mil veces más grande que el antiguo juez de Israel. Éste es pigmeo delante del gigante. ¿Por qué? Porque aquél era todo fuerza muscular, y éste es todo corazón. Su nombre propio es *Salvador*, nombre lleno de grandeza, es verdad, pero más aún de humildad y ternura, porque no ha de salvar á su pueblo sino por el sacrificio. Por eso, aunque se llame, como se lee en el Apocalipsis<sup>1</sup>, el Verbo de Dios, la Sabiduría del Padre y la Virtud del Altísimo<sup>2</sup>, él gusta, sin embargo, de que se le designe bajo el símbolo de *Cordero de Dios: Ecce Agnus Dei!*<sup>3</sup> Cordero muerto<sup>4</sup>, sacrificado ¿en qué aras, Dios mío? ¡ay! en aras del eterno amor. He ahí, cristianos, el Corazón dominándolo todo en la augusta fisonomía de Jesús.

6. Creedme: Jesús, el Salvador, pues tal es su nombre y su carácter, no ha salvado al hombre precisamente por obra de su sabiduría, ni por la omnipotente energía

<sup>1</sup> Apoc. 19, 13.      <sup>2</sup> Luc. 1, 35.      <sup>3</sup> Io. 1, 29.

<sup>4</sup> Agnum tamquam occisum (Apoc. 5, 6).

de su brazo; lo ha redimido por la eficacia de su amor. *Por las entrañas de su misericordia nos ha visitado Dios bajando de lo alto*, decía Zacarías<sup>1</sup> inspirado en el día del nacimiento de su hijo; *por la extremada caridad con que nos amó*, dice el grande Apóstol, y *para mostrar á todos los siglos las riquezas abundantes de su gracia, en su bondad para con nosotros, dió-nos vida y salvación en Cristo*<sup>2</sup>. Por lo demás, ¿qué demuestra el relato evangélico? Habla Jesús, enseña doctrina celestial, el hombre exclama: *Numquam sic locutus est homo*; pero el corazón humano persiste en su estúpida incredulidad. Jesús trastorna la marcha de la naturaleza, y el asombrado pueblo se pregunta: *¿Quién es éste á quien los vientos y mares obedecen?* Mas, ¡cosa inverosímil! la masa de aquel pueblo no le reconoce por quien es; no se postra delante de él para adorarle. Pero desde el momento en que Jesús, escalada la altura del Calvario, despliega los recursos de su caridad en aquel supremo esfuerzo de la cruz, cuando, al parecer, está aniquilada su fuerza y hecho ludibrio su saber, no obstante la locura y flaqueza aparente de aquella situación de malhechor ajusticiado: ¡admirad los milagros del amor! desde entonces el mundo subyugado y contrito se pone de hinojos para aclamarle Hijo de Dios; desde entonces el género humano, acompañado de angélicas liras, entona el himno de la Redención: *Redimístenos, Señor, á precio de tu sangre.... Digno es el Cordero que ha sido muerto, de recibir la gloria y el honor y la divinidad*<sup>3</sup>. ¡Prodigios del corazón! ¡Qué esperanzas de salvación para el ingrato mundo del siglo venidero no nos permite concebir el culto del

<sup>1</sup> Luc. 1, 78.      <sup>2</sup> Eph. 2, 4 etc.      <sup>3</sup> Apoc. 5, 9. 12.



amor de Jesús que el moribundo siglo XIX legará pronto á su sucesor, como herencia más preciosa que todos sus descubrimientos y tesoros! ¿No verá el siglo futuro verificarse una vez más la palabra infalible: *Todo lo atraeré hacia mí*<sup>1</sup>? ¿Por qué dudarle? El amor de Jesús todo lo puede; y, si no, mirad sus obras.

7. En ellas se demuestra que Jesús es todo corazón. Interviene en ellas (¿quién lo duda?) su sabiduría y su poder; pero esos dos atributos, con ser infinitos, se encuentran subordinados al primer motor, al Corazón, y como si dijéramos puestos al servicio del amor. ¿*Quién para redimirnos te vistió un cuerpo humano?* canta la Iglesia en uno de sus himnos; ¿*quién fue sino tu amor?*<sup>2</sup> Y ¿no pasa una cosa semejante, oyentes míos, en la esfera de lo humano, en la que nosotros mismos nos movemos? Un hombre de corazón, ¿no hace servir á los intentos de éste todas sus facultades interiores y exteriores, talento, energía, actividad, riquezas? Pues, ¿cómo no lo hará Jesús? ¡Ah, si nos fuera posible dar una ojeada á todas sus obras! Mas ¿cómo pudiéramos en el breve espacio de un discurso, abarcarlas todas ni aun con la mirada? Encarnación, Pasión, Eucaristía, por no enumerar sino las más prominentes, como quien señala con el dedo las cúspides más elevadas de una cadena de altísimas montañas. ¡Qué obras tan portentosas, cuales ningún otro que el Amor infinito puede llevar á cabo!<sup>3</sup> Para ejecutarlas pareceme ver al Corazón del Salvador llamando en su auxilio la Sabiduría ordenadora y la creadora Omnipotencia, cabeza y manos, aquélla para

<sup>1</sup> Io. 12, 32.

<sup>2</sup> Amor coegit te tuus mortale corpus indui (Hymn. Eccl.).

<sup>3</sup> Io. 15, 24.

concebir el plan, éstas para realizarlo, arrollando todos los obstáculos. Contemplemos siquiera someramente cada una de estas tres obras de la diestra del Altísimo.

8. Por la primera determinó Dios juntar consigo una naturaleza humana singular, dándole su misma personalidad, á fin de que pudiera decirse con todo el rigor de la verdad: «Dios nace, Dios llora, Dios padece, Dios muere en un patíbulo....» Mas ¿quién oyó jamás tal maravilla? ¿quién pudo siquiera imaginarla?<sup>1</sup> ¿quién, sino aquella Sabiduría infinita que ideó el plano sobre que se fabricó el universo?<sup>2</sup> Y, para construir esa fábrica de la Encarnación, cuyo cimiento está labrado en lo más hondo de la tierra, y cuyo remate sobrepuja la altura de los cielos<sup>3</sup>, ¿dónde hallar la pujanza necesaria sino en los tesoros de la Omnipotencia? Á todo proveyó el Amor, amor que, mejor que aquél de que dijo el poeta: *Amor omnia vincit*, todo lo inventa, todo lo allana, todo lo arrolla para salir con su intento. Su intento era morir por salvar á su criatura muerta por la culpa: dejar así satisfecha juntamente la misericordia y la justicia, conciliando la salud del hombre con la dignidad de Dios. La invención era digna de aquella Sabiduría que resuelve problemas á toda otra inteligencia insolubles<sup>4</sup>. La idea era tan superior á todo humano alcance que, aun después de realizada y propuesta al reconocimiento de los hombres, á éstos les pareció locura, aquéllos se escandalizaron de oírla<sup>5</sup>. Y viniendo á la ejecución, ¿cómo vencer dificultades á todas luces insuperables en el curso de la empresa? Por-

<sup>1</sup> Is. 56, 8.

<sup>2</sup> Sapientia ædificavit sibi domum (Prov. 9, 1).

<sup>3</sup> Eph. 4, 9, 10.

<sup>4</sup> Marc. 10, 27.

<sup>5</sup> 1 Cor. 1, 23.



que es menester que el impasible padezca, y que muera el inmortal, y, lo que parece aun más dificultoso, que se oculte al corazón deificado y naturalmente glorioso la claridad de la visión beatífica para que quede en tinieblas y se rompa en mil pedazos herido por la desolación que le rodea y el desamparo de arriba... ¡Ah! cristianos, todo lo allanará el poder sin límites, pues amor infinito lo ordena.

9. Después de estos prodigios, ningún otro puede sorprendernos, ni aun el milagro de los milagros, la institución de la divina Eucaristía. Aquí parecía que debían tocarse todos los extremos: habitar Dios en la tierra por especial manera sin ausentarse del cielo; irse Jesús y quedarse al mismo tiempo, para ser de este modo la felicidad de los unos y el consuelo de los otros; y, no sólo acompañar al hombre en su peregrinación secular por el desierto de la vida, sino servirle Él mismo de alimento, nutrirlo espiritualmente con su carne y sangre, y luego ser consumido y no destruído<sup>1</sup>, vivir siempre en estado de víctima, ser capaz de sacrificio y exento de dolor; ¿quién discurrió tan ingenioso modo de ser y de vivir, sino Aquél que conoce todas las sendas misteriosas de la vida y posee las llaves de la muerte?<sup>2</sup> ¿quién lo puso en ejecución sino el Árbitro soberano de la Naturaleza? En vano ésta gime obligada á marchar contra todo el peso de sus leyes: el omnipotente Amor le manda suspenderlas, y es preciso obedecer. *¿Por qué huíste, mar; y tú, Jordán, por qué te has vuelto hacia atrás?*<sup>3</sup> *La faz del Señor ha conmovido la tierra, la faz del Dios de Jacob.*

<sup>1</sup> S. Thom., Seq. in fest. SS. Sacram.

<sup>2</sup> Apoc. 1, 18.      <sup>3</sup> Ps. 113, 5 sqq.

10. He aquí cómo el Corazón de Jesús es todo para el hombre: compañero por la Encarnación, alimento por la Eucaristía, precio de libertad y vida por la Redención, premio eterno en la Bienaventuranza<sup>1</sup>. ¡Venturoso viador que posee tal tesoro! ¿Necesita fortaleza? Aquí la tiene en el bálsamo suavísimo que mana del Corazón de Jesús. ¿Consejo, luz, alivio? Todo lo tiene en el adorable Corazón... En él encuentra el justo sus delicias; su refugio, el pecador. El santo se aquilata por su unión cada vez más estrecha con la santidad del Corazón por excelencia santo; y el pobre pecador se purifica al contacto de la misericordia.

## II.

11. Justo es por tanto, que el hombre sea todo corazón para Jesús. Sin duda alguna que el hombre debe dar á Dios su corazón. ¿Podiera darle menos quien de Él lo ha recibido todo? Pero hay más; porque la criatura debe ofrendar al Creador todo su ser en absoluto y sin reserva. ¿De qué modo podrá saldar de una vez toda su deuda para con Jesús, Creador y Redentor? No de otro que siendo para Él todo corazón, emulando la nobilísima generosidad de Jesús. Desde luego, en sus relaciones directas con su Majestad, el hombre no tiene otra actitud que asumir, porque tampoco tiene más tesoro que ofrecer fuera de su pobre y mezquino, pero apreciado corazón. Mas ¿por ventura le pide Dios otra ofrenda? ¿No le dice: *Dáme, hijo mío, dáme tu corazón*<sup>2</sup>? Para tornar lo digno de la aceptación del Santo de los santos oigo al Profeta suplicar al mismo Dios que lo purifique, haciéndolo de nuevo: *Crea en mí, oh*

<sup>1</sup> Hymn. Eccl.

<sup>2</sup> Prov. 23, 26.



*Dios, un corazón nuevo*<sup>1</sup>. Mas, aunque no tan puro como el de los ángeles, como esté contrito y humillado, espera el santo rey que no será desechada la ofrenda del corazón. ¡Tanto vale esta hermosa porción de nuestro ser! Sí, cristianos, tanto como el hombre todo entero. Porque, aun hablando de tejas abajo, ¿no da él la medida exacta de su grandeza moral? Los héroes, los verdaderos filántropos, los que merecieron el renombre de padres de los pueblos, ¿qué fueron sino hombres de corazón? Tales han sido y serán siempre los civilizadores, los apóstoles, los bienhechores de la humanidad, los que en algún sentido empujen el verdadero y no mentido progreso, y hasta los que en menor escala figuran como hombres de algún valor, todos hombres de corazón. Y es porque al corazón sirven las manos, y obedece el entendimiento. Ni puede menos de considerarse como síntoma de decadencia moral, por más que otra cosa parezca, la preferencia otorgada en ciertas épocas por la opinión pública á la inteligencia sobre el corazón, á la ciencia sobre la virtud.

12. Pero, volviendo al orden sobrenatural, ¿qué hace el hombre que es todo corazón para Jesús, sino poner al servicio de este soberano Dueño su debilidad y su ignorancia, así como Él pone al servicio del hombre su omnipotencia y su sabiduría? En efecto, para ejecutar obras sobrenaturales no hay agente como el corazón poseído de la gracia y por ella ennoblecido y elevado á inmensa altura. Para creer, esperar y pedir, es necesario que el corazón dé el impulso y se mueva: pues ¿qué dire para amar? Y éstos son los actos con que el hombre, viajero de la eternidad, en el tiempo vive

<sup>1</sup> Ps. 50, 12.

la vida divina precursora de la celestial y eterna, trabaja por los intereses de Jesús, se perfecciona á sí y á los demás. *Si con la boca se confiesa la verdad para la salvación*, dice el Apóstol, *con el corazón se cree en orden á la justicia*<sup>1</sup>. ¡Ah! ved ahí la clave para explicar la incredulidad de todos los tiempos, que no sólo de nuestra época: la falta de corazón, no la falta de luz. *Demasiado creíbles son tus testimonios*!<sup>2</sup> exclamaba el Profeta; pero ¿á qué torrentes de luz no se resiste un corazón cegado por el egoísmo? Que, si el amor verdadero ilumina, la pasión, amor espurio, ciega. Voluntariamente ciego, el incrédulo no cree porque no ama; porque, así como el amor hace milagros, así también por el amor son creíbles los milagros. Y la falta de esperanza ¿qué es sino la muerte del corazón? Dícelo con expresiva imagen el lenguaje común. Hombre descorazonado, ó que lleva el corazón alicaído, es hombre que perdió el valor, elemento esencial de la esperanza. Y el fuego de la oración ¿dónde se enciende sino en la fragua que arde dentro del pecho? Hasta para pedir se necesita magnanimidad: el corazón pusilánime no pide, el mezquino pide poco, el magnánimo abarca con su oración el cielo entero. En cuanto á la virtud sublime que se llama caridad, excusado es decir que el corazón es su trono. Es también su órgano propio; de ahí que no amen de veras los que llevan el corazón enfermo, atrofiado por desorganizadoras pasiones.

13. Por actos como éstos, como por otros tantos escalones, llega el hombre á la cima de la grandeza moral, el Apostolado. El hombre, cualquiera que sea su condición y estado, puede llegar á ser apóstol. Todo

<sup>1</sup> Rom. 10, 10.

<sup>2</sup> Ps. 92, 5.



cristiano unido á Jesucristo con los más fuertes y sagrados vínculos, debe ser apóstol. Serálo, en efecto, si es todo corazón para Jesús. Hombre de fe, varón por la firmeza de la esperanza, ardiendo en llamas de caridad, tal, en fin, como el Apóstol quisiera á todos los fieles<sup>1</sup>; ¿qué océanos, qué Andes serían valladar á su paso de gigante? Los recursos para hacer el bien se le vendrán á las manos: su inventiva para discurrir santas industrias será inagotable como la fuente de amor que brota de su corazón. Cuando otra cosa no pudiere, orará, Apóstol de la oración, uniendo día y noche la suprema aspiración de su alma: *Adveniat regnum tuum!* con la plegaria que en forma de llamas sale del fondo del Corazón de Jesús, y aquella oración penetrará las nubes<sup>2</sup>, y volverá á la tierra convertida en lluvia de gracias para la sociedad y el individuo. ¡Dichoso el pueblo que cuente uno solo de esos Apóstoles del Corazón de Jesús! ¡Mil veces más dichoso el que posea entre sus instituciones una sociedad bien organizada de ese linaje de Apóstoles!

14. ¡Compañeros de Jesús por vocación y por amor! alzad siempre en alto la bandera del divino Corazón.... ¡Apóstoles de la Oración! multiplicaos en número y fervor para la gloria de Dios....

¡Fieles todos! haceos un solo corazón para amar el Corazón único del Padre. *Sursum corda!* ¡Arriba, corazones terrenos! Si aquí son las luchas del Corazón, allá serán las delicias que no cabrán en él. Al corazón aquí coronado de espinas aguarda allá corona de goces inmortales. Así sea.

<sup>1</sup> Rom. 12, 11.

<sup>2</sup> Eccli. 35, 21.

## PRIMER SERMÓN DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(predicado en la fiesta del Apostolado de la Oración, Bogotá, 1898).

Redemisti nos Deo... et fecisti nos Deo nostro regnum.

Para Dios nos redimiste é hicistenos reino para nuestro Dios.

Apoc. 5, 9, 10.

1. Un grande acontecimiento, amados fieles, preocupa hoy á todos los espíritus, la aproximación del fin del siglo XIX; y á nadie debe preocupar en más alto grado y con mayor motivo que á nosotros, los hijos de la Iglesia, los regenerados en Jesucristo por la sangre de su divino Corazón. Siendo Jesús *el Rey inmortal de los siglos*, á quien es debido todo honor y gloria<sup>1</sup>; siendo él Padre y Autor *del siglo eterno*<sup>2</sup>, dueño y señor de los tiempos pasajeros y de la inmóvil eternidad; ¿no deberá inclinarse delante de su Majestad la majestad de los siglos, del que se despide para no volver jamás, y del que llega para reemplazarle en la escena del mundo? Por Jesucristo hizo Dios los siglos, según la sublime sentencia del Apóstol<sup>3</sup>; justo es que los siglos, al nacer y al morir, rindan pleito homenaje á su Rey, tributen solemnes acciones de gracias y entonen cánticos de felicitación al Redentor. Tal es, oyentes míos, el pensamiento natural y cristiano que ha inspirado, como sabéis, el nobilísimo proyecto de ofrecer á Jesucristo nuestro adorable Redentor un homenaje solemnisimo en que tomen parte todos los pueblos y naciones cristianas, y, á ser posible, todos los individuos de la especie humana, precisamente al expirar nuestro siglo y nacer el siglo XX, á fin de que por las voces

<sup>1</sup> 1 Tim. 1, 17.

<sup>2</sup> Is. 9, 6.

<sup>3</sup> Hebr. 1, 2.



## SERMÓN TERCERO

(predicado en la iglesia de la Candelaria, de Bogotá, 1884).

## La Eucaristía, Sol del mundo sobrenatural.

In sole posuit (Deus) tabernaculum suum.  
Puso Dios en el sol su tabernáculo.

Ps. 18, 6.

I. ¿Qué cosa más grande, hermanos míos, ni más bella y magnífica puede ofrecerse á nuestros ojos, en toda la universidad de las criaturas inanimadas, que el rey de los planetas, el sol? Cántanle los poetas, admírale el sabio, estúdiale el naturalista, la naturaleza toda parece saludar su aparición, ya con los alegres gorgoros de las aves, ya con el murmullo universal que acompaña el despertar de los vivientes al despuntar los primeros nacarados rayos del astro que preside al día. ¡Oh sol! ¡yo te saludo! ha dicho más de un poeta alborozado, entre tanto que el doliente, agobiado por las tinieblas de una noche eterna, exclama, vuelto al oriente: ¡Oh sol! ¡yo te bendigo! El Eclesiástico lo llama *Vaso admirable, obra maestra del Excelso*<sup>1</sup>. Por él se eleva nuestro espíritu al Criador, no sólo porque su claridad, magnificencia y belleza nos retratan al vivo las divinas perfecciones más que ningún otro cuerpo, sino porque en él, como dice el Real Profeta, vemos sentado, como en un trono y tabernáculo riquísimo, al mismo Dios de gloria y majestad. *In sole posuit tabernaculum suum*<sup>2</sup>. Si el firmamento es su palacio, y la nube inflamada su carroza, y sus caballos los vientos<sup>3</sup>, el sol tiene el honor de ser el tabernáculo desde el cual parece dar órdenes al universo.

<sup>1</sup> Ecclí. 43, 2.<sup>2</sup> Ps. 18, 6.<sup>3</sup> Ps. 103, 3.

2. Pero si, dejando la contemplación del mundo físico, alzamos las miradas del espíritu al cenit del orden sobrenatural, si contemplamos el cielo de la Iglesia, más poblado y más brillante que la bóveda celeste, ¿qué objeto más hermoso y más magnífico hallaremos que *el Sol Eucarístico*, el divino Jesús sacramentado? ¡Ah! sí, cristianos: lo que es el sol en la mitad del cielo, eso es la sagrada Eucaristía en medio del cristianismo. ¿Quién no descubre al primer golpe de vista las mil analogías de uno y otro sol, que son otras tantas armonías inefables de las obras de la Omnipotencia? Si la claridad del primero, aunque tan brillante, tiene algo de oscuro y misterioso, que ciega nuestros ojos cuando intentamos fijarlos en su disco, también el segundo, por un efecto semejante, no permite al ojo atrevido de la humana inteligencia mirarlo de hito en hito. Si el sol material es el centro de todo el mundo planetario, también el eucarístico es el punto en que confluyen todos los elementos de la sociedad cristiana; y, para abreviar, si aquel es manantial fecundo de vida física, por cuyo influjo alientan los innumerables seres vivientes, la divina Eucaristía es la fuente principal de vida espiritual para las almas. He ahí tres ideas que formarán otros tantos puntos de este discurso, encaminado á mostrar el Sacramento de la Eucaristía como sol del mundo sobrenatural, conforme á lo que el mismo Jesucristo ha dicho de sí: *Yo soy la luz del mundo*<sup>1</sup>. El tema anunciado nos suministrará, en su desarrollo, importantes y sólidas verdades. Para comprenderlas imploremos, etc. *Ave María.*

<sup>1</sup> Io. 8, 12, et alibi.



## I.

3. ¡Misteriosa claridad la que baña al Sol Eucarístico! No puede negarse que allí abundan y aun se espesan las sombras del misterio; mas ¿cómo desconocer, por otra parte, los raudales de luz que arroja en todas direcciones? ¿No es verdad que allí se cumple lo que ha prometido el profeta: *Acercaos á Él y seréis iluminados, y vuestros rostros no quedarán en la oscuridad*<sup>1</sup>, antes irradiarán resplandores de gloria y de felicidad? ¿En dónde hallan más luz para conocer las cosas divinas que en la adoración eucarística las almas contemplativas? En efecto, hermanos míos, en el Sacramento augusto de nuestros altares se verifica lo mismo que acontece y debe acontecer en todo lo que tiene carácter de misterio cristiano, sobrenatural; la luz brota allí de en medio de las tinieblas. No es el misterio una oscuridad completa, porque en tal caso nada diría al entendimiento; sería una palabrería vana, un logogrifo indigno del hombre, y mucho más de Dios revelador de los misterios. Mas tampoco puede decirse que el misterio sea todo luz, porque entonces nada tendría de incomprendible, ni excedería en nada los límites de la humana inteligencia; sería una verdad de orden natural, no sería ya misterio. ¿No sucede una cosa semejante en el sol material, mar de luz, y rodeado, no obstante, de oscuridad para el débil ojo humano? Por él, iluminados todos los objetos que reciben sus rayos, vemos todo cuanto se ofrece á nuestros ojos; y, sin embargo, apenas alzamos éstos al foco de luz, nos vemos obligados á bajarlos heridos y ciegos, como en castigo de nuestra presunción. ¿Por qué el astro magnífico que nos

<sup>1</sup> Ps. 33, 6.

hace ver todo á favor de la luz que proyecta á todas partes, no se deja ver directamente por nosotros en su esplendente magnificencia? ¿Por qué nos torna ciegos al instante que osamos fijar en él nuestra pupila? He ahí una suerte de misterioso fenómeno con el cual estamos perfectamente familiarizados; he ahí una paradoja formulada por la ciencia en estos términos, que no expresan sino aparente contradicción: «Luz añadida á luz produce oscuridad.» Y ¿es por esto menos cierta la presencia del sol en la mitad del día? ó esto ¿arguye defecto de grandeza ó hermosura en el astro? Nada de eso, hermanos míos, sino que él es demasiado grande y poderoso para la pequeñez y flaqueza de nuestros órganos, y que debemos admirarlo, y aprovecharnos de la claridad que nos envía, sin pretender el imposible de apacentar nuestros ojos en el raudal mismo de la luz.

4. Pues, aplicad esta conclusión, por rigurosa analogía, al sol de nuestras almas, al Dios sacramentado. Ahí está real y verdaderamente en medio del cielo de su Iglesia, en el cenit del firmamento sobrenatural, iluminando todos los objetos de ese mismo orden divino, que por la Eucaristía se nos hacen visibles, entendiendo su razón de ser, hasta donde esta inteligencia es posible, aunque no podamos comprenderle á Él mismo, ni nos sea lícito fijar en su majestad las miradas escrutadoras de nuestra mísera cuanto orgullosa razón, so pena de ser oprimidos por el peso de su misma gloria<sup>1</sup>. ¿Qué extraño es que así suceda? ¿No ha dicho la Escritura que *habita Dios en un trono de luz inaccesible*<sup>2</sup>? ¿No dice el profeta que *puso el Señor su escondrijo en las tinieblas*<sup>3</sup>? ¿No debemos decir, con San Agustín: «Con

<sup>1</sup> Prov. 25, 27.<sup>2</sup> 1 Tim. 6, 16.<sup>3</sup> Ps. 17, 12.



cedamos á Dios el poder de hacer alguna cosa que nosotros de buen grado confesemos que no nos es posible investigar?» Pero también observa el grande Apóstol que es propio de la omnipotencia y sabiduría de Dios *hacer brillar la luz del fondo mismo de las tinieblas*<sup>1</sup>. Porque, en efecto, de la misma oscuridad de nuestra fe en el augusto misterio, se despierta nuestra mente á conocer y admirar las grandezas del poder divino mejor aún que por los más brillantes rayos esparcidos sobre la creación visible. ¡Cómo vemos y admiramos en este altísimo misterio las maravillosas invenciones del amor de un Dios que de tal modo hubo de separarse del mundo, que juntamente se quedase para siempre con sus hijos!<sup>2</sup> ¡Cómo nos revela ese cúmulo de milagros que allí se obran, no sólo cada día sino incesantemente, la magnitud del poder de un Dios, para quien lo mismo es restituir la vida á un muerto que dársela al que empieza á vivir, dejar correr ó suspender las leyes que Él mismo ha trazado á los agentes secundarios de la naturaleza? ¡Oh! y ¡cómo nos da este misterioso Sacramento la medida del poder de Aquel que supo transformar el agua en vino<sup>3</sup>, y multiplicar el pan entre sus manos<sup>4</sup>! ¡Cómo obró Jesucristo estas portentosas conversiones? Ninguno de los hombres es capaz de descifrarlo; nos basta, sin embargo, saber de cierto que tales obras fueron hechas por Él para reconocer el poder de Dios en su persona. ¡Cómo se verifica en el altar, á la voz del sacerdote, la maravillosa transubstanciación? Tampoco es dado á ningún mortal averiguarlo

<sup>1</sup> Qui dixit de tenebris lucem splendescere (2 Cor. 4, 6).

<sup>2</sup> Is. 12, 4. Matth. 28, 20.      <sup>3</sup> Io. 11, 3 sqq.

<sup>4</sup> Matth. 14, 19.

ni explicarlo. ¿Qué importa, sabiendo que la voz de Cristo es obedecida por todas las criaturas, y que, por tanto, la conversión eucarística es un hecho?

5. No es mi intento en este discurso presentar á mis oyentes las pruebas irrecusables de la apologética cristiana en favor de la realidad del hecho misterioso señalado en la Eucaristía por la afirmación católica. Me bastaría decir á los hombres de buena fe y de sentido común que admiten la divinidad de la persona del Salvador: Oíd cómo habla, escuchad las palabras de la institución, y responded qué significan en su sentido obvio y natural esas palabras. Si Jesucristo hubiera querido, en efecto, decirnos que nos daba por manjar su propia carne y su sangre por bebida, ¿habría podido expresarse de otra manera, ó en términos más claros y precisos que éstos: *Tomad y comed; porque esto que os doy es mi cuerpo: Tomad y bebed; porque esto que os brindo es mi sangre*<sup>1</sup>? He ahí, pues, cómo no todo es oscuridad y tinieblas en la sacrosanta Eucaristía: bastante claridad arroja el relato evangélico sobre el hecho que creemos y adoramos; si alguna oscuridad queda — y quedará siempre durante esta vida de prueba — no es acerca de la naturaleza del mismo. Sabemos que Cristo está allí: cómo está, no lo sabemos, ni es preciso tampoco que nos empeñemos en averiguarlo. «Lo único que en estos casos pertenece á nuestra inteligencia, dice un sabio orador sagrado<sup>2</sup>, es hacer constar los hechos, asegurarse, por medio del examen, de la verdad de los fenómenos; mas no pertenece á nuestra inteligencia penetrar la naturaleza de los mismos fenómenos.» Oscuridad sagrada,

<sup>1</sup> 1 Cor. 11, 24. Matth. 26, 26 sqq.

<sup>2</sup> Mons. Cœur, Disc. sobre el SS. Sacramento.



digna del Ser incomprendible, de cuyo seno parten rayos brillantísimos que nos dan á conocer la presencia del Señor en el altar bajo humildes apariencias: he ahí, hermanos míos, lo que nos hace reconocer en primer lugar en la sagrada Eucaristía el sol del mundo sobrenatural. Pasemos á la segunda analogía, la fuerza de atracción.

6. Magnífico sobre toda ponderación es el llamado sistema planetario, ya sea que se le considere en su conjunto, ya en sus leyes. ¡Qué multitud y belleza de los astros que lo forman! ¡Qué admirable regularidad y concierto en todos sus movimientos! Mas ¿á qué es debida esa armonía que reina en el mundo planetario, por la cual un cuerpo celeste, rapidísimo en su carrera, no equivoca su órbita ni va á chocar con otro? ¿Á quién se debe la regularidad y el orden de los cielos si no al astrorey que los gobierna? ¡El sol! he ahí el centro de atracción que los contiene á todos por una cierta ley del mundo de los cuerpos, semejante á la ley del amor en el mundo de las almas. Sin el sol, ¿adónde llevaría á cada planeta su propia fuerza de impulsión? Y el cielo se convertiría al instante en un horrendo caos, ó en un campo de batalla, donde las más bellas criaturas se harían pedazos ciegamente. Mirad ya lo que sucede en el mundo de la Iglesia. En ella ha criado Dios nuestro Señor para el bien del hombre tantas instituciones admirables, á modo de planetas sobrenaturales, como son el Apostolado, el Sacerdocio, el Sumo Pontificado, el Magisterio infalible, la Oración, el Santo Sacrificio, los Sacramentos todos, las Órdenes religiosas, los Institutos de caridad, y tantas otras, cada una de las cuales tiene

al rededor innumerables satélites de obras secundarias auxiliares. ¿Qué fuera de todas estas instituciones, si no las contuviera en su desarrollo el centro de la Eucaristía? Porque, en efecto, por la Eucaristía existen y se sustentan todas, si atentamente lo consideramos.

7. Reduzcámoslas á tres, como cabezas que son de todas las demás: *el Sacerdocio, la Autoridad, los Sacramentos*. Estos son los elementos de la vida de la Iglesia, y todos ellos convergen hacia el sacramento eucarístico. Del *Sacerdocio* católico no sería necesario demostrarlo largamente, siendo cosa tan clara por sí misma; digamos, no obstante, algo para fijar mejor nuestras ideas. ¿Cuáles son las funciones del sacerdocio? Abrid los sagrados libros del Antiguo y Nuevo Testamento, y ellos os dirán con San Pablo<sup>1</sup>: *El sacerdote ha sido entresacado de la multitud, por divina designación, para ofrecer á Dios dones y sacrificios*. Melquisedech, rey de Salem, ofrecía pan y vino, porque era sacerdote del Altísimo Dios<sup>2</sup>. El santo patriarca Job, que también estaba revestido de la dignidad sacerdotal, ofrecía sacrificios por sus hijos y amigos<sup>3</sup>. Aarón, en la Ley Antigua, fué puesto con sus hijos para servir al Tabernáculo en todo lo concerniente al culto divino, cuyo ministerio principal no era otro que el de ofrecer á Dios variedad de sacrificios<sup>4</sup>. Jesucristo, Sacerdote nuevo y eterno, como dice el Apóstol, ofreció primero en la noche de la Cena el sacrificio de Melquisedech, inmolando místicamente su cuerpo vivo y su preciosa sangre, bajo la cubierta de accidentes de pan y vino; y luego, en el *Sancta Sanctorum* de la cruz, entró una vez para siempre

<sup>1</sup> Hebr. 8, 3 sqq.

<sup>2</sup> Gen. 14, 18. 19.

<sup>3</sup> Job 1, 1. 5.

<sup>4</sup> Num. 18 per totum.



á consumir la oblación cruenta de sí mismo, prefigurada en las víctimas legales<sup>1</sup>. El Sacerdocio cristiano no es más que la participación excelentísima del sumo y supremo sacerdocio de Cristo, con tan perfecta semejanza que la hostia que los sacerdotes ofrecen cada día, es la misma que Él ofreció en la noche de su Pasión, según el mandamiento que les impuso diciendo: *Esto mismo habéis de hacer en memoria de mí*<sup>2</sup>; y el principal sacerdote y sacrificador es el mismo Jesucristo que se ofrece por mano de los sacerdotes, sus ministros. He aquí, pues, amados fieles, cómo todo el Sacerdocio cristiano se refiere, como á su centro, al incruento sacrificio que es una misma cosa con la sagrada Eucaristía. Sacramento y sacrificio eucarísticos se verifican en un mismo altar, y son administrados por unas mismas manos consagradas al culto del Señor. Tal es la gloria incomparable de nuestro Sacerdocio. Desaparezca, como acontece en el falso templo protestante, la presencia real de Jesucristo: desaparecerá con ella el sacrificio, y no quedará del Sacerdocio cristiano sino una vana y miserable sombra. La predicación y los demás ministerios son funciones secundarias del Sacerdocio, cuyo primordial objeto es la ofrenda del divino sacrificio.

8. De donde resulta que todo nuestro culto, interno y externo, tiene por blanco principal la adorable Eucaristía. Pues ¿á qué buscar á nuestro Dios en otra parte, teniéndole tan cerca? ¿adónde iremos á visitarle, adorarle y verter nuestras plegarias sino á nuestros augustos santuarios? ¡Ah! ¡qué felicidad la nuestra, y qué gloria la del pueblo cristiano, de tener al mismo Dios

<sup>1</sup> Hebr. 9, 12.

<sup>2</sup> 1 Cor. 11, 24.

por morador de sus casas y ciudades!<sup>1</sup> De ahí nace, por consiguiente, tanta piedad en las almas y tanta magnificencia y esplendor en la sagrada liturgia. «¡Qué comparación entre los demás cultos y el culto católico! ¡Qué fríos y verdaderamente helados son los templos protestantes! Generalmente permanecen cerrados, de lo cual se resienten las mismas personas piadosas de aquellas sectas, y con razón. Pero, todo bien visto, ¿para qué abrirlos? Dios no está allí, las almas que ruegan y que lloran, no lo encontrarían... Al contrario, mirad la capilla católica: ella está abierta á todas horas, porque el hombre encuentra siempre allí á su Dios.»<sup>2</sup> Por eso tanta diferencia en el ornato de uno y otro templo: en el nuestro, como en donde mora el Dios de cielos y tierra, el amado de nuestro corazón, nuestro buen Jesús en cuerpo y alma, todo es poco para adornarlo dignamente, cual nuestra fe lo exige y lo anhela el corazón agradecido: la seda, el oro y pedrería, la profusión inagotable de flores exquisitas, los perfumes, un mar de luz y de armonía...: todo cuanto puede proporcionar el lujo y la riqueza combinados con la piedad y el arte, todo concurre á la ornamentación de nuestros templos y altares, haciendo de ellos en nuestros grandes días verdaderos trasuntos del paraíso. En cuanto á la capilla protestante, centro de reunión más bien profana que religiosa, salón de academia más bien que templo de oración, todo ornato es superfluo, porque allí no se trata de elevar la mente al cielo ni de abrasar el corazón. Todo es frío y desnudez en lo de

<sup>1</sup> Neque enim est alia natio tam grandis, quæ habeat Deos appropinquantibus sibi, sicut Dominus Deus noster (Deut. 4, 7).

<sup>2</sup> Mons. *Cœur* l. c.



cristiano unido á Jesucristo con los más fuertes y sagrados vínculos, debe ser apóstol. Serálo, en efecto, si es todo corazón para Jesús. Hombre de fe, varón por la firmeza de la esperanza, ardiendo en llamas de caridad, tal, en fin, como el Apóstol quisiera á todos los fieles<sup>1</sup>; ¿qué océanos, qué Andes serían valladar á su paso de gigante? Los recursos para hacer el bien se le vendrán á las manos: su inventiva para discurrir santas industrias será inagotable como la fuente de amor que brota de su corazón. Cuando otra cosa no pudiere, orará, Apóstol de la oración, uniendo día y noche la suprema aspiración de su alma: *Adveniat regnum tuum!* con la plegaria que en forma de llamas sale del fondo del Corazón de Jesús, y aquella oración penetrará las nubes<sup>2</sup>, y volverá á la tierra convertida en lluvia de gracias para la sociedad y el individuo. ¡Dichoso el pueblo que cuente uno solo de esos Apóstoles del Corazón de Jesús! ¡Mil veces más dichoso el que posea entre sus instituciones una sociedad bien organizada de ese linaje de Apóstoles!

14. ¡Compañeros de Jesús por vocación y por amor! alzad siempre en alto la bandera del divino Corazón.... ¡Apóstoles de la Oración! multiplicaos en número y fervor para la gloria de Dios....

¡Fieles todos! haceos un solo corazón para amar el Corazón único del Padre. *Sursum corda!* ¡Arriba, corazones terrenos! Si aquí son las luchas del Corazón, allá serán las delicias que no cabrán en él. Al corazón aquí coronado de espinas aguarda allá corona de goces inmortales. Así sea.

<sup>1</sup> Rom. 12, 11.

<sup>2</sup> Eccli. 35, 21.

## PRIMER SERMÓN DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(predicado en la fiesta del Apostolado de la Oración, Bogotá, 1898).

Redemisti nos Deo... et fecisti nos Deo nostro regnum.

Para Dios nos redimiste é hicistenos reino para nuestro Dios.

Apoc. 5, 9, 10.

1. Un grande acontecimiento, amados fieles, preocupa hoy á todos los espíritus, la aproximación del fin del siglo XIX; y á nadie debe preocupar en más alto grado y con mayor motivo que á nosotros, los hijos de la Iglesia, los regenerados en Jesucristo por la sangre de su divino Corazón. Siendo Jesús *el Rey inmortal de los siglos*, á quien es debido todo honor y gloria<sup>1</sup>; siendo él Padre y Autor *del siglo eterno*<sup>2</sup>, dueño y señor de los tiempos pasajeros y de la inmóvil eternidad; ¿no deberá inclinarse delante de su Majestad la majestad de los siglos, del que se despide para no volver jamás, y del que llega para reemplazarle en la escena del mundo? Por Jesucristo hizo Dios los siglos, según la sublime sentencia del Apóstol<sup>3</sup>; justo es que los siglos, al nacer y al morir, rindan pleito homenaje á su Rey, tributen solemnes acciones de gracias y entonen cánticos de felicitación al Redentor. Tal es, oyentes míos, el pensamiento natural y cristiano que ha inspirado, como sabéis, el nobilísimo proyecto de ofrecer á Jesucristo nuestro adorable Redentor un homenaje solemnisimo en que tomen parte todos los pueblos y naciones cristianas, y, á ser posible, todos los individuos de la especie humana, precisamente al expirar nuestro siglo y nacer el siglo XX, á fin de que por las voces

<sup>1</sup> 1 Tim. 1, 17.

<sup>2</sup> Is. 9, 6.

<sup>3</sup> Hebr. 1, 2.



de todos los siglos sea proclamada la divinidad del Redentor, y, como dice San Pablo, *todas las lenguas confiesen que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre*<sup>1</sup>. El año que corre es ya de preparación para el solemne homenaje á que nos invitan los católicos más distinguidos del mundo, bajo los auspicios soberanos del Sumo Jerarca de la Iglesia<sup>2</sup>; y es preciso, hermanos muy amados, que entremos todos de lleno en los sentimientos que exige esta grandiosa manifestación católica de fin del siglo XIX. Colombia no debe quedar rezagada en este universal movimiento de los pueblos cristianos. Colombia debe mantenerse á la altura de sus gloriosas tradiciones; y su culta y piadosa capital será sin duda la primera en el concierto unánime de sus villas y ciudades. Natural parece que tomen puesto avanzado en esta noble empresa las asociaciones religiosas de que tan rica se ostenta Bogotá, y entre las cuales no ocupa el postrer lugar ciertamente la que hoy consagra sus solemnes cultos en esta iglesia de la Compañía al sacratísimo Corazón de Jesús.

2. El *Apostolado de la Oración* que ha venido á ensanchar la solemnidad con que de tiempo atrás se celebra la fiesta del divino Corazón en este mismo templo, es sin duda la institución llamada de un modo más directo á tomar parte en el magnífico homenaje de que vamos hablando; digo poco: es la vasta asociación que se ocupa actualmente en las cinco partes del mundo en tributar incesante homenaje de fe y reconocimiento, amor y reparación á nuestro divino Sal-

<sup>1</sup> Phil. 2, 11.

<sup>2</sup> Véase la Invitación de la Comisión Internacional para el Solemne Homenaje á Jesucristo Redentor y á su agosto Vicario.

vador Jesús, valiéndose principalmente del culto del sagrado Corazón, á quien dirige diariamente sus fervorosas plegarias, suspirando por la venida y el restablecimiento del Reino de Dios en la tierra: *Adveniat regnum tuum!*<sup>1</sup> Previene, pues, el Apostolado de la Oración, los deseos de todos los buenos, y está pronto á tomar la parte que por su misma índole le corresponde, en la suntuosa manifestación de fe católica que se prepara al fin del presente siglo y principio del futuro. Los miembros del Apostolado no se cansan de glorificar al Cordero de Dios, entonando, en compañía de todos los ángeles y bienaventurados, aquel sublime cántico siempre nuevo: *Redimistenos, Señor, á precio de tu sangre, de toda tribu y lengua, pueblo y nación; é hicistenos reino para nuestro Dios, y reinaremos sobre la tierra. Digno es el Cordero inmolado de recibir el poder y la divinidad, y el honor y la gloria y la bendición*<sup>2</sup>. El Apostolado se prosterna á toda hora, como los misteriosos animales del Apocalipsis, delante del trono del Altísimo y adora, la frente en el polvo, *al que vive por siglos de siglos*<sup>3</sup>. Ésta es su bella misión, como voy á exponer á vuestra vista aprovechando estos solemnes momentos para enardecer el entusiasmo de todos los fieles por los intereses y la gloria del deífico Corazón de nuestro amabilísimo Redentor. Saludemos primero al immaculado Corazón de María, diciéndole: *Ave María.*

3. Trasladáos con la imaginación á aquel solemne día en que, vencido y muerto Saúl en el campo filisteo,

<sup>1</sup> Matth. 6, 10.

<sup>2</sup> Apoc. 5, 9. 10. 12.

<sup>3</sup> Apoc. 5, 14.



fué reconocido y aclamado su competidor David por rey de todas las tribus de Israel. ¡Con qué entusiasmo se oyó resonar en Hebrón esta voz de todo el pueblo: *Tu eris dux super Israel: Tú reinarás sobre todo Israel*<sup>1</sup>! ¡Día venturoso aquél para la nación judía, que le aseguró cuarenta años de prosperidad y grandeza! ¡Día glorioso para el humilde cuanto esforzado pastor, escogido directamente por la mano de Dios para apacentar á su pueblo! *Tu pasces populum meum*<sup>2</sup>. ¡Pluguiera á Dios, amados oyentes, que esta popular aclamación de un rey destinado por la Providencia para salvar á su pueblo predilecto, fuese, al terminar el presente siglo, imitada y superada, pero infinitamente, por otra, más grandiosa y solemne, en que no ya un pueblo de la tierra, sino todos los pueblos y naciones del universo, á una voz que atronase los aires, proclamasen á Jesús de Nazareth, al verdadero Mesías é Hijo de David, por Monarca universal de todas las tribus humanas, por Rey de todos los espíritus y corazones! *Tu eris dux super Israel*; y dijese todos los hombres: *Specie tua et pulchritudine tua intende, prospere procede et regna*<sup>3</sup>! ¡Oh el más bello de los hijos de los hombres! Marcha delante de nosotros, avanza rodeado de prosperidad, y reina sobre el mundo. ¡Ojalá que arrastrase este movimiento de las almas hacia Jesucristo no sólo á todos los católicos, sino á los disidentes de todas las sectas cristianas, á los cismáticos, á los gentiles y hasta á los mismos judíos, verdugos del Redentor, y que de esta suerte llegasen todas las ovejas á formar un solo rebaño bajo el cayado de un solo pastor!<sup>4</sup> Tales han de ser

<sup>1</sup> 2 Reg. 5, 2.<sup>2</sup> Ibid.<sup>3</sup> Ps. 44, 5.<sup>4</sup> Io. 10, 16.

vuestros votos, hermanos carísimos, y á este objeto deberían dirigirse nuestras fervientes oraciones y también nuestros más decididos esfuerzos.

4. Estudiemos ahora lo que deberá ser en el fondo el solemne homenaje proyectado. Será primero tributo de fe y reconocimiento: *Redemisti nos Deo, et fecisti nos regnum*<sup>1</sup>. Los hombres habrán de reconocer, á la luz de la fe, en Jesús que se llama Cristo<sup>2</sup>, al Redentor del linaje humano esclavizado, al Rey universal de los redimidos con su sangre en el tiempo y en la eternidad, según la promesa del Eterno Padre hecha al Hijo muy amado: *Te daré en herencia las naciones, y tus posesiones se extenderán hasta los linderos de la tierra*<sup>3</sup>. Deberán reconocer que Jesús tuvo derecho de afirmar delante de Pilatos: *Soy rey, como tú lo dices, y mi reino no viene de este mundo*<sup>4</sup>; y que él mismo decretó que se escribiera sobre su cabeza encima de la cruz: *Rey de los judíos*. Y ¡qué rey tan absoluto, al par que tan benéfico! Rey, no ya de los cuerpos y de la materia, sino del espíritu, de las almas, de las inteligencias y corazones humanos. En la inteligencia reina por la verdad, que es Él mismo<sup>5</sup>; en el corazón impera por la caridad, que es su mandamiento y el compendio de toda su ley; en todos los órdenes de la humana actividad reina Jesucristo, Verbo Encarnado, pues no hay institución ni sitio en donde no deba penetrar su espíritu. En todas partes *Christus vincit, Christus imperat, Christus regnat*. Tal prerrogativa es suya, y contra ella ninguna fuerza podrá prevalecer, por más que el orgullo y la rebelión del hombre se nieguen á reconocerlo y acatarlo.

<sup>1</sup> Ubi supra.<sup>2</sup> Matth. 1, 16.<sup>3</sup> Ps. 2, 8.<sup>4</sup> Io. 18, 30.<sup>5</sup> Io. 14, 6.



¡Oh, si, al terminar este siglo de tantas y tan descaradas rebeliones, tributasen los hombres en masa el homenaje debido al Redentor! Entonces reconocerían la soberana autoridad de Cristo para encadenar á la suya todas las voluntades, porque *se le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra*<sup>1</sup>. Y su voluntad otra cosa no anhela sino hacer la dicha de la pobre y desgraciada raza humana. Reconocerían, por consiguiente, la obra maestra de Jesucristo, su reino espiritual y eterno, la Iglesia que Él conquistó con su sangre<sup>2</sup>, y en ella su Magistratura suprema y su Cátedra infalible para regir y enseñar á las naciones. Saludarían, en fin, á Jesús, hijo de David, como verdadero Libertador y Bienhechor soberano del humano linaje, autor y consumidor de toda nuestra felicidad, Padre del futuro siglo<sup>3</sup>, á quien el mundo moderno, tan pagado de sus maravillosos adelantos, debe rigurosamente lo más grande, bueno y bello que posee, así en el orden moral y social, como en el religioso, conviene á saber, los primordiales elementos de verdadero progreso, civilización y cultura. Entonces echarían de ver que la gloria de Jesucristo es la gloria de la humanidad, y su recuerdo, ó, mejor dicho, su vida se identifica con nuestra propia existencia<sup>4</sup>. Porque *en Él vivimos, y nos movemos, y existimos*<sup>5</sup>; y sin Él *nada somos ni podemos*.

5. Todo esto, amados oyentes, significa el solemne homenaje á Jesucristo Redentor. Decidme ahora los que tenéis alguna idea de la grande obra católica denominada *Apostolado de la Oración*; si no es todo eso lo que ella se propone, y lo que realmente ejecuta en las

<sup>1</sup> Matth. 28, 18.<sup>2</sup> Act. 20, 28.<sup>3</sup> Is. 9, 6.<sup>4</sup> Mons. Deplace.<sup>5</sup> Act. 17, 28.

cinco partes del mundo mediante el esfuerzo organizado de veinte millones de asociados. Leed y medita sus Estatutos, nuevamente confirmados por la Santa Sede, y allí veréis<sup>1</sup> que «su fin, el cual no se limita á procurar un bien particular, no es otro que promover la gloria de Dios y la salvación de las almas», función propiamente apostólica y nobilísima, si las hay. Ahora bien: ¿cómo podría el Apostolado realizar su objeto, si no se esforzara en promover el reinado de Jesucristo Redentor? Á Jesucristo le están confiados los intereses de la gloria de su Padre y de la salud eterna de los hombres, según él mismo nos lo ha revelado en cien pasajes de su Evangelio. *He manifestado y dado á conocer tu nombre á los hombres que me confiaste en el mundo. Tuyos eran, y Tú me hiciste entrega de ellos.... Mientras he estado con ellos, yo los he guardado en tu nombre... yo les he comunicado la claridad que me diste. Yo quiero que ellos estén donde yo estoy, que participen de mi gloria....*<sup>2</sup> Todo el bien de los humanos estriba, pues, en Jesucristo, según la divina ordenación. Pero este bien no puede realizarse, si los mismos hombres no se someten de buen grado al cetro misericordioso del divino Salvador, si no aclaman su imperio soberano. Al reinado de Jesucristo y al cumplimiento de su voluntad en la tierra están vinculadas indisolublemente la gloria de Dios y la salvación humana. Sólo Él ha podido romper los siete sellos del misterioso libro; sólo Él tiene las llaves del cielo y del infierno<sup>3</sup>. Por eso el Apostolado eleva sin cesar su oración por millares de bocas, pidiendo al mismo Jesu-

<sup>1</sup> Estatutos, art. 1.<sup>2</sup> Io. c. 17 per totum.<sup>3</sup> Apoc. 1, 18.

CÁCERES, Sermones. I.



cristo que afiance y dilate por todo el universo su reinado: *Adveniat regnum tuum!*<sup>1</sup> Por eso lleva escrito este glorioso lema en su bandera.

6. Ahí tenéis, pues, al Apostolado de la Oración tributando espléndido homenaje de fe á Jesucristo Redentor. El espíritu de fe es su espíritu, porque lo es de todo apostolado y de toda oración. Mirad á los primeros que se honraron con este nombre gloriosísimo dado por el mismo Jesús á doce discípulos privilegiados<sup>2</sup>; mirad á los que siguieron en pos de ellos y llevaron hasta los confines de la tierra el santo nombre de Dios y de su Cristo, y lo hicieron adorar de todas las naciones. ¿No es la fe la que, cual viento impetuoso, los empuja á todas partes y los lanza á todos los puntos del globo como ángeles de paz? Ellos dicen: *Credidi, propter quod locutus sum*<sup>3</sup>: Hablamos porque hemos creído. Su fe es tan viva y tan infalible como la misma visión. *Atestiguamos lo que vimos*, exclaman<sup>4</sup>; *hemos visto la vida eterna, y por eso la vamos anunciando*<sup>5</sup>. Con esta fe, dice el Apóstol, vencieron aquellos varones invictos á los reyes y á los pueblos, como lo hicieron en su tiempo los héroes del Antiguo Testamento<sup>6</sup>. Por sellar esta fe con el más irrefragable testimonio vertieron generosamente la sangre y dieron la vida entre tormentos inauditos. No hay apostolado sin fe, pero fe viva, entusiasta y generosa en Jesucristo. De aquí que nuestro Apostolado de Oración, no indigno de tan glorioso dictado, viva también y se sustente de la fe de sus adeptos. Pero ¿qué fe, hermanos míos? ¿Bastará por ventura una fe lánguida, vacilante y casi

<sup>1</sup> Matth. 6, 10.<sup>2</sup> Luc. 6, 13.<sup>3</sup> Ps. 115, 1.<sup>4</sup> Io. 3, 11.<sup>5</sup> 1 Io. 1, 2.<sup>6</sup> Hebr. 11, 33 sqq.

muerta como la de la mayoría de los que se llaman fieles? ¡Ah! no por cierto. La fe de los socios del Apostolado debe ser firme y firmísima, ya con respecto al dogma de la divinidad de nuestro Redentor, tal que les haga exclamar con el fervoroso Pedro: *Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo*<sup>1</sup>; ya por lo que toca á las promesas del mismo Jesucristo: *Antes faltarán los cielos y la tierra que falta mis palabras...*<sup>2</sup> *Las puertas del infierno no prevalecerán contra mi Iglesia...*<sup>3</sup> *Confiad, que yo he vencido al mundo*<sup>4</sup>. *Y yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*<sup>5</sup>. Los socios del Apostolado no deben ser del número de aquéllos á quienes pueda alcanzar el reproche del Señor á los discípulos medrosos: *¿Porqué teméis, hombres de poca fe?*<sup>6</sup> Por más que vean levantarse en torno la tormenta en el mar tempestuoso de este siglo, por más que ya parezca que la navecilla de la Iglesia y del Pontificado está á punto de irse á pique acosada por las olas revolucionarias, ellos, los Apóstoles de la Oración, permanecerán tranquilos y serenos, sin ser por eso menos activos y laboriosos, ni menos continuos en la práctica de la oración. Y siendo ésta el medio principal adoptado para lograr el fin apetecido del reinado triunfante de Jesucristo en la tierra, ¡cuánta fe no es necesaria á los miembros del Apostolado, si han de orar con perseverancia y fervor, y en unión del Corazón suplicante de Jesús! En conclusión, la fe del Apostolado de la Oración es la misma de la Iglesia de Cristo, fe que no se obscurece jamás, que no vacila, ni conoce desfallecimientos ni flaquezas;

<sup>1</sup> Matth. 16, 16.<sup>2</sup> Marc. 13, 31.<sup>3</sup> Matth. 16, 18.<sup>4</sup> Io. 16, 33.<sup>5</sup> Matth. 28, 20.<sup>6</sup> Matth. 8, 26.



es la fe de la Cátedra de Pedro, de la cual, como á quien está tan estrechamente unida, recibe nuestra obra constante protección, apoyo y voces de aliento en sus empresas. Y, siendo esto así, no es de admirar que esta planta del Apostolado, aunque nacida ayer no más de humilde germen, sea hoy, como ha dicho en solemne audiencia el venerado Padre de la cristiandad, León XIII<sup>1</sup>, árbol gigante bajo cuya sombra se congrega innumerable muchedumbre de fieles de todas las naciones para acelerar con sus plegarias y buenas obras el triunfo de Jesucristo Redentor y de su Esposa, la Iglesia.

## II.

7. El solemne homenaje del siglo XIX no será un mero acto de reconocimiento, sino también y principalmente una manifestación de amor y gratitud á nuestro soberano Rey y Bienhechor, y á su augusto Representante en la tierra. Reconocido Jesucristo á la luz de la fe ¿no es una necesidad para el corazón amarle, y amarle con el entusiasmo de los primeros Apóstoles, con el apasionamiento de Pablo? ¿Quién será capaz de separarnos de la caridad de Cristo?<sup>2</sup> ¿Es posible que permanezca frío el corazón para con quien tanto nos ha amado, y que es por naturaleza imán de corazones? Probará, pues, el género humano, al decir adiós al viejo siglo y saludar al nuevo, que no es raza de ingratos, por muchas que hayan sido sus locuras y desórdenes; probará con sus mil variadas demostraciones que todavía tiene esperanzas de salvación, porque

<sup>1</sup> Alocución del 11 de oct. de 1893 á los Delegados del Apostolado de la Oración.

<sup>2</sup> Rom. 8. 35.

todavía sabe amar y agradecer á su amante Salvador; probará que es capaz de felicidad, porque todavía la busca en su verdadero centro, en Aquél que dijo: *Venid á mí todos, que yo os recrearé*<sup>1</sup>. Y para probarlo de manera que no deje duda, y pase este testimonio como ejemplo á las generaciones venideras<sup>2</sup>, se valdrá primeramente de todas las magnificencias del culto, peregrinaciones y suntuosas fiestas religiosas; echará mano de todo género de obras útiles y caritativas, convidando á las artes y á las ciencias y hasta á la industria á levantar monumentos que trasmitan á la posteridad los cristianos sentimientos de la generación presente; procurará, en fin, con actos ruidosos, de expiación reparar los sangrientos ultrajes de este mismo siglo racionalista y sensual, á la persona adorable de nuestro Redentor. De esta manera nos prometemos que el Solemne Homenaje proyectado contribuirá poderosamente á la restauración de la fe ya casi muerta en las naciones paganizadas por el contagio de la Revolución, y se verá renovada la faz de la tierra. ¡Quiera Dios que el buen éxito supere á las más halagüeñas esperanzas!

8. Á este fin se agitan ya los ánimos piadosos, llevando á cabo en estos mismos días la peregrinación universal á Lourdes, y practicando las otras obras indicadas por la gran Comisión Internacional del Homenaje. Pero, sin perjuicio de todo esto, permitidme que lo diga, amados fieles: ¿qué preparación más adecuada que la práctica ferviente de los deberes del Apostolado de la Oración, cuyo fin, como bien lo sabéis, no es otro que glorificar á Dios por Jesucristo, y cuyos pro-

<sup>1</sup> Matth. 11, 28.

<sup>2</sup> La Comisión internacional, Invitación al Solemne Homenaje.



pios ejercicios son precisamente la oración, la acción apostólica y la reparación? Digamos una palabra sobre cada una de estas maneras de tributar homenaje al Redentor.

La oración de nuestro Apostolado, cuya fórmula esencial, que debe repetirse diariamente una ó muchas veces, es el ofrecimiento de las oraciones, obras y sufrimientos del día, en unión de las intenciones del Corazón divino en la Eucaristía, no puede ser, como se ve, más excelente ni más valiosa y eficaz. Es oración apostólica por el espíritu que la anima; toda vez que, trascendiendo los humanos intereses y ventajas terrenales, no tiene en mira sino el supremo interés de la gloria de Dios y la salvación del género humano, pues tales son las intenciones de Jesús al inmolarse continuamente en el Sacramento de su amor. Su eficacia estriba principalmente en la fuerza de la asociación; puesto que tiene por garante la palabra del Salvador: *Si dos de vosotros se asociaren sobre la tierra para pedir alguna gracia, yo os lo repito, su petición será escuchada por mi Padre que está en los cielos*<sup>1</sup>. Unidos por esta oración común del Apostolado millones de cristianos, forman un poderoso ejército de apóstoles. ¿Qué triunfos no deberán prometerse en el cielo y en la tierra? Pero además de la oración privada, ya tan gloriosa para Jesucristo, el Apostolado promueve las funciones públicas con que se da culto solemne á nuestro Dios, entre las cuales descuellan las comuniones generales y reparadoras de cada mes, la celebración de los primeros viernes, la Hora santa, el Vía crucis, y otras muchas. ¿Qué oración, en fin, más excelente y

<sup>1</sup> Matth. 18, 19.

provechosa que aquélla que encierra el más subido amor de Dios, el ejercicio de la caridad perfecta, como que aspira ardientemente á que sea santificado el nombre del Señor, y venga á todos los hombres su reino? *Adveniat regnum tuum!*

9. Por lo que hace á la vida de acción, aunque el medio propio y principal del Apostolado sea la oración, esto no impide, que se empleen toda clase de buenas obras como medios para la consecución del fin que persiguen los Apóstoles encendidos en el celo de la salvación de las almas. Sí, carísimos hermanos; tal es la maravillosa virtud de la oración apostólica, la cual envuelve la consagración de toda la vida al sagrado Corazón de Jesús, que cuantas buenas obras se practiquen, hasta en el cumplimiento de los ordinarios deberes del estado, y aun las triviales recreaciones y entretenimientos honestos, tórnanse medios de acción poderosos para promover y adelantar los sagrados intereses de Jesucristo Redentor. Mas, aparte de estas obras ordinarias, tributo humilde, pero precioso, de amor á Jesucristo, el Apostolado extiende su esfera de acción á otras muchas obras en provecho de las almas y aun de los cuerpos, consecuencia natural del celo que lo anima y vivifica. Díganlo, si no, esos buenos celadores y abnegadas celadoras, que, no contentos con mantener en buen pie los grupos ó secciones de la Asociación, estimulando de palabra y ejemplo á los socios que les están recomendados, se dedican en tantas ciudades populosas, donde abundan las necesidades espirituales y corporales, al alivio de los enfermos y menesterosos, al cuidado de la infancia desvalida, á la instrucción religiosa de los ignorantes, á la desaparición de los escándalos y reformation de las costumbres, á la fundación y sostenimiento de escuelas y casas de miseri-



cordia: en fin, á todo linaje de obras conducentes á promover la gloria de Dios y la salud eterna de los hombres. Colombia sola nos suministra abundantes pruebas de la verdad de nuestro aserto, como puede verse en los informes de muchos centros del Apostolado que ya se dilata felizmente hasta los últimos confines de nuestra afortunada república. Pero entre esos medios de acción moral y propaganda cristiana no puedo pasar en silencio la prensa religiosa, tan importante en nuestra época, según las abiertas declaraciones de la Santa Sede. Por medio de ella envía periódicamente el Apostolado su *Mensajero* á saludar á sus numerosos asociados, llevándoles voces de aliento y de consejo, advertencias, enseñanzas saludables, noticias y conocimientos interesantes para quien ama de corazón á Jesucristo, y vive solícito del acrecentamiento de su reino. Por medio de la misma procura nuestra obra fomentar entre los suyos la piedad cristiana y, en especial, la flor de ella, cual es la devoción al Corazón inmaculado de María, el modelo más acabado de amor al Corazón de Jesús.

10. ¿Qué decir ahora, para dar fin á mi discurso, del espíritu de expiación y reparación tan propio del Apostolado, como de la devoción del Corazón de Jesús en general? Una institución que es toda caridad y celo, ¿podría mirar con indiferencia, y no tratar de resarcir de todos los modos posibles, los horrendos ultrajes, los atentados sacrílegos, las infernales blasfemias con que á diario es ofendido nuestro amado Redentor en dondequiera, pero especialmente en el templo y en el Sacramento augusto del altar? ¡Ah! si al cristiano más tibio se le parte el corazón al oír relatar estos hechos lastimeros que, por desgracia, se van multiplicando á nuestros mismos ojos en proporciones espantosas; ¿qué de-

berán sentir los corazones amantes, los que se han consagrado en el Apostolado de la Oración á dilatar la gloria de Dios y el imperio dulcísimo de Jesús en las almas? ¿no verterán siquiera un torrente de lágrimas delante del profanado tabernáculo? ¿no se derretirán de amor y de dolor al golpe de ese rayo? Así tiene que suceder, mis amados hermanos; y de aquí la intención diariamente renovada de reparar las ofensas de Jesús sacramentado; de aquí la comunión reparadora, diaria, semanal ó mensual, en que tanto se complace el amabilísimo Salvador; de aquí, en fin, los actos de desagravio, la Hora santa, las frecuentes y fervorosas visitas al Santísimo Sacramento, y todas esas delicadísimas industrias con que sabe el amor del alma cristiana consolar al Corazón de su Dueño, agobiado de tristeza en el Huerto de la agonía y en el tabernáculo eucarístico. La reparación del Apostolado se extiende hasta el cuerpo místico de Jesucristo, la Iglesia con su Cabeza visible, el Pontífice Romano, ya que en él también es ultrajado, y no menos atrozmente, el divino Redentor. Á fin de reparar estos ultrajes tan multiplicados en nuestro siglo, los Apóstoles de la Oración se esfuerzan por hacer respetar y amar á su Madre la santa Iglesia, por defenderla de los ataques de sus enemigos, y rodear de amor y veneración al Vicario de Cristo, profesándole filial ternura é incondicional obediencia hasta la muerte.

11. Tal es en resumen, carísimos oyentes, la grandiosa obra emprendida hace poco más de medio siglo, y llevada cada día adelante en el seno de la Iglesia y de las sociedades por el Apostolado de la Oración para la gloria de Dios y de su Cristo. ¿No es esto precisamente lo que se pretende efectuar al final del presente siglo por medio del Solemne Homenaje que el mundo



cristiano prepara á Jesucristo Redentor? Asociémonos, pues, de todo corazón á tan hermosa empresa; y á este objeto, esforcémonos en promover más y más la obra del Apostolado, seguros de que, si llega á florecer entre nosotros, contando en sus filas á todos los buenos católicos de Colombia, la parte que tomemos en el universal concierto de fe y amor á Jesucristo, será digna de la nobleza y generosidad de esta cristiana y privilegiada nación. Así sea.

## SEGUNDO SERMÓN DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(predicado á las Hermanas Belemitas, Hijas del Sagrado Corazón, Bogotá, 1897).

### El Corazón de Jesús, modelo y sostén de las personas religiosas.

Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.

Sentir y pensar, como siente y piensa Cristo Jesús.

Phil. 2, 5.

1. Dos años ha, carísimos hermanos y piadosos oyentes, que aquí mismo celebrábamos con extraordinario regocijo la función anual del sagrado Corazón de Jesús que acostumbra celebrar esta venerable Comunidad el veinticinco de agosto; y el motivo especial que entonces nos llenaba de júbilo y reconocimiento á la bondad infinita del Señor, era, como bien recordaréis, la anhelada aprobación oficial de este instituto religioso por la santidad del prudentísimo Pontífice León XIII (q. D. g.), alcanzada providencialmente el propio día en que la Iglesia

entera rinde culto al sacratísimo Corazón<sup>1</sup>. Gracias á esa palabra de virtud omnipotente, la Congregación de Hermanas Belemitas, Hijas del Corazón de Jesús, han gozado, en el interior, de innumerables gracias otorgadas por la Santa Sede, y, en el exterior, de días más serenos y bonancibles, señalados con crecientes aumentos, así en el personal de sus miembros, como en el número é importancia de sus caritativas empresas. Y, lo que es más importante, han recogido en el culto íntimo del Corazón divino de su amantísimo Esposo Jesús abundantísimos frutos de santificación para sus almas.

2. Ni podía suceder de otra manera. Porque, siendo indudable que la devoción al Corazón de Jesús, tan propia de las almas interiores, constituye el más poderoso medio para santificarse y santificar á los demás; ¿cómo dudar de la eficacia irresistible y dulce al mismo tiempo, con que atrae á las almas religiosas, y las encumbra en breve tiempo y por fáciles caminos á la más elevada perfección? ¿Qué otra cosa significa esta devoción admirable sino el amor á Jesucristo, la unión del corazón de la criatura con el corazón de su Creador, la conformidad plena y perfecta de voluntades, pensamientos y acciones del alma con su Dios? Y todo esto ¿qué otra cosa es, en substancia, sino la más acendrada perfección cristiana y religiosa? *Sentir y pensar, como siente y piensa Cristo Jesús*, según la expresión del Apóstol<sup>2</sup>, eso es la devoción verdadera del Corazón de Jesús, eso es la santidad. Reflexionad por un momento, amados fieles, sobre el carácter y la naturaleza de la vida religiosa, y veréis al instante como el Corazón de Jesús es su

<sup>1</sup> 21 de junio de 1895, fiesta del sagrado Corazón de Jesús.

<sup>2</sup> Ubi supra.



cristiano prepara á Jesucristo Redentor? Asociémonos, pues, de todo corazón á tan hermosa empresa; y á este objeto, esforcémonos en promover más y más la obra del Apostolado, seguros de que, si llega á florecer entre nosotros, contando en sus filas á todos los buenos católicos de Colombia, la parte que tomemos en el universal concierto de fe y amor á Jesucristo, será digna de la nobleza y generosidad de esta cristiana y privilegiada nación. Así sea.

## SEGUNDO SERMÓN DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(predicado á las Hermanas Belemitas, Hijas del Sagrado Corazón, Bogotá, 1897).

### El Corazón de Jesús, modelo y sostén de las personas religiosas.

Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.

Sentir y pensar, como siente y piensa Cristo Jesús.

Phil. 2, 5.

1. Dos años ha, carísimos hermanos y piadosos oyentes, que aquí mismo celebrábamos con extraordinario regocijo la función anual del sagrado Corazón de Jesús que acostumbra celebrar esta venerable Comunidad el veinticinco de agosto; y el motivo especial que entonces nos llenaba de júbilo y reconocimiento á la bondad infinita del Señor, era, como bien recordaréis, la anhelada aprobación oficial de este instituto religioso por la santidad del prudentísimo Pontífice León XIII (q. D. g.), alcanzada providencialmente el propio día en que la Iglesia

entera rinde culto al sacratísimo Corazón<sup>1</sup>. Gracias á esa palabra de virtud omnipotente, la Congregación de Hermanas Belemitas, Hijas del Corazón de Jesús, han gozado, en el interior, de innumerables gracias otorgadas por la Santa Sede, y, en el exterior, de días más serenos y bonancibles, señalados con crecientes aumentos, así en el personal de sus miembros, como en el número é importancia de sus caritativas empresas. Y, lo que es más importante, han recogido en el culto íntimo del Corazón divino de su amantísimo Esposo Jesús abundantísimos frutos de santificación para sus almas.

2. Ni podía suceder de otra manera. Porque, siendo indudable que la devoción al Corazón de Jesús, tan propia de las almas interiores, constituye el más poderoso medio para santificarse y santificar á los demás; ¿cómo dudar de la eficacia irresistible y dulce al mismo tiempo, con que atrae á las almas religiosas, y las encumbra en breve tiempo y por fáciles caminos á la más elevada perfección? ¿Qué otra cosa significa esta devoción admirable sino el amor á Jesucristo, la unión del corazón de la criatura con el corazón de su Creador, la conformidad plena y perfecta de voluntades, pensamientos y acciones del alma con su Dios? Y todo esto ¿qué otra cosa es, en substancia, sino la más acendrada perfección cristiana y religiosa? *Sentir y pensar, como siente y piensa Cristo Jesús*, según la expresión del Apóstol<sup>2</sup>, eso es la devoción verdadera del Corazón de Jesús, eso es la santidad. Reflexionad por un momento, amados fieles, sobre el carácter y la naturaleza de la vida religiosa, y veréis al instante como el Corazón de Jesús es su

<sup>1</sup> 21 de junio de 1895, fiesta del sagrado Corazón de Jesús.

<sup>2</sup> Ubi supra.



principio, y, por consiguiente, debe ser su perfección. La vida religiosa, llamada así por excelencia, es la fuga y apartamiento eterno del mundo, el olvido del siglo, la renuncia del hogar y sus dulzuras (que no hay hogar que no las tenga), para seguir de cerca á Jesucristo, practicando rigurosamente los consejos evangélicos profesados en los votos de castidad perpetua, pobreza real y efectiva, y vida de obediencia. Ahora bien, decidme: ¿quién sino el amor del celestial Esposo, apoderándose fuertemente de los corazones de los hombres, principalmente de las almas inocentes de las castas vírgenes, ha podido hacer amable la pobreza, la sujeción, la privación de todos los placeres; en suma, cuanto aborrece el amor propio y repugna á los sentidos? ¿No es, pues, el dulce y amable Corazón de Jesús el origen y fuente de este linaje de vida muerta para el mundo y escondida en Dios<sup>1</sup>, que aprueba y canoniza la Iglesia como estado de altísima perfección? Fácil es deducir de esta verdad la que será el asunto de mi discurso y de vuestra atención en este día: á saber, que el Corazón de Jesús es el modelo y el sostén de las almas consagradas á Dios en las casas religiosas, y en especial, de las que, como las Hermanas Belemitas, buscando juntamente con su propia santificación la salvación de las almas, están más necesitadas de luz y de consuelo. Dirijámonos desde luego al suavísimo Corazón de la Madre, á quien saludaremos con el ángel: *Ave María*.

### DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

3. Dos épocas dividen claramente la vida terrestre de Cristo, nuestro Señor: la primera abraza treinta años;

<sup>1</sup> Col. 3, 3.

la segunda, solos tres. La primera es de retiro y oración; la segunda, de publicidad y apostolado. En una y otra es modelo perfectísimo de la vida religiosa que se llama mixta, porque reúne la acción y la contemplación. La profesión religiosa, hemos dicho, es la renunciación completa y absoluta del mundo, sus vanidades y placeres para vacar á Dios en la soledad del claustro, no, empero, sin ocupar el religioso una buena parte de su tiempo y emplear su actividad moral y física en provecho de las almas de los prójimos para gloria del Creador. Por otra parte la vida de Jesucristo, Redentor del linaje humano, es toda una cadena de sufrimientos y pasiones: *Tota vita Christi fuit crux et martyrion*, como escribió San Bernardo; y así mismo las almas por él escogidas para esposas y celadoras de su honra<sup>1</sup>, deben llevar una existencia agobiada de privaciones, dolores y cruces, á fin de asemejarse á Él en grado excelentísimo y entrar á la parte de su triunfo. Ahí tenéis, según este cuadro, al sagrado Corazón puesto á la vista de las almas religiosas para servirles de modelo y ejemplar, no menos que de sostén y fortaleza. Á ellas parece dirigirse el Eterno Padre con estas palabras: *Inspice et fac*<sup>2</sup>: Obrad según el Corazón de mi Hijo.

4. Empecemos por la guarda del recogimiento. ¡Treinta y más años lo guardó riguroso el sagrado Corazón de Jesús en Egipto y Nazaret! ¡Diez y nueve siglos lleva ya de vida escondida y oculta en el tabernáculo eucarístico! ¡Qué dechado para nuestra imitación!

<sup>1</sup> Deinceps ut vera sponsa, meum zelabis honorem (el Señor á Santa Teresa).

<sup>2</sup> Ex. 25, 40.



Todos, religiosos y seculares, debemos preferir la soledad al bullicio, el dulce retiro del hogar ó del claustro á la borrascosa agitación del siglo, porque todos experimentamos la verdad de aquel dicho del santo autor de la Imitación de Cristo: *Cuantas veces anduve mezclado con los hombres, volví á mi casa menos hombre*<sup>1</sup>. El comercio demasiado libre y la vana conversación de los mundanos no suele aparejar más que disipación de espíritu, remordimientos de conciencia y desabrimiento para las cosas del cielo. Por eso dijo el ángel á un solitario de los antiguos tiempos: *Fuge, tace, quiesce*: Huye del mundo, calla y descansa. Eso mismo dice á todas las almas que anhelan por hallar la felicidad y la paz en la práctica de la virtud, hastiadas de la vanidad y del vacío de lo que el mundo llama negocios y diversiones. Y, en efecto, ¡qué dulce no es la soledad de la vida religiosa, la soledad con Dios! *El varón justo desde su mocedad*, dice el Profeta Jeremías, *se sentará solitario y callará, porque se levantó sobre sí*<sup>2</sup>. Levantado sobre los bajos pensamientos de la naturaleza á despreciar los falsos bienes de la tierra, lleno de magnanimidad, y superior á la flaqueza de los tiernos años, busca la estabilidad del estado religioso, obrando con la constancia del sabio y no con la veleidad de los necios, ama la soledad y el silencio, recogíendose dentro de la casa de Dios, en el sagrado retrete de su Amado, y allí sigue elevándose cada día más por el ejercicio continuo de la oración y contemplación, hasta juntar su espíritu con lo más alto y levantado que hay y puede haber, que es Dios. Así comenta el texto sa-

<sup>1</sup> Imit. Christi lib. I, cap. 20.

<sup>2</sup> Thren. 3, 28.

grado un docto y piísimo escritor<sup>1</sup>. Tal es el alma afortunada que supo hallar este tesoro desconocido para la generalidad de los hombres. ¿Quién podrá ponderar la felicidad que posee? ¿quién, medir la profundidad y extensión del mar de ventura en que se anega? ¡Oh! ¡qué vanos y frágiles son los contentamientos del gran mundo! ¡qué acendradas y puras las delicias de la vida escondida con Cristo en el seno de Dios!

5. Que no es precisamente el retiro corporal ni el silencio exterior el que forma el medio ambiente de la vida religiosa. Poco ó nada aprovecharía para la paz y quietud del corazón el aislamiento de las gentes, si no lo acompañara otro retiro interior del alma, otro silencio en que callan las pasiones tumultuosas y como que se adormecen la imaginación y los sentidos. He ahí lo más precioso del estado religioso, el recogimiento del espíritu. Éste es el que forma las almas que se llaman interiores, aquellas cuya vida se concentra en el fondo de su ser, cuya conversación es más con Dios que con los hombres, como decía el Apóstol<sup>2</sup>. *Toda la gloria del alma* que merece el dictado de *hijo del Rey Celestial*, *está en el interior*, y de allí se deriva<sup>3</sup>. Allí se complace y deleita el divino Esposo de las almas puras. Háblales continuamente al corazón, cuando las halla solas consigo, según lo prometió por el Profeta<sup>4</sup>: se entretiene con ellas dulcemente, las llena de consuelos y regalos, inúndalas de paz y se familiariza con ellas de un modo que espanta. *Familiaritas* (cum illis) *stupenda nimis*<sup>5</sup>. Y ¿por qué tanta predilección de

<sup>1</sup> *La Puente*, Tract. del estado religioso t. 2, tr. 5, cap. 10.

<sup>2</sup> Phil. 3, 20.      <sup>3</sup> Ps. 44, 14.      <sup>4</sup> Os. 2, 14.

<sup>5</sup> Imit. Christi lib. II, cap. 1.



parte de Jesús? ¡Ah! ¡porque ellas la han tenido para con Él, porque le han preferido á todas las criaturas, al oro, á los placeres, á sí mismas! porque, desprendidas de todo lo exterior que deslumbra los ojos y fascina el corazón, no buscan sino á su Dios, diciendo con San Francisco: *Deus meus, et omnia*: ¡Mi Dios: he ahí todos mis bienes! ó con la seráfica Teresa de Jesús: *Sólo Dios me basta*. ¿Qué le importa al alma religiosa, rica y feliz con la posesión de su Jesús, que el mundo la desprecie y la aborrezca, que todas las criaturas la olviden por completo, que sus mismos allegados y amigos le vuelvan la espalda? ¿Por ventura no tiene siempre fija la mirada en los sentimientos del adorable Corazón de Jesús? ¿No sabe que este Corazón divino tenía y tiene dentro de sí mismo toda la felicidad, sin necesidad de andar á buscarla fuera de su casa? En el portalillo de Belén, tan querido para estas almas, ¿qué bienes exteriores posee el niño Jesús? ¿qué halagos le rodean? ¿qué estima, y qué consideraciones les merece á los mismos á quienes viene á redimir? Descomedimiento, olvido, menosprecio, dolores, privaciones... he ahí lo que el mundo ofendió al Corazón de Jesús nacido en un pesebre. Más humanas las bestias del campo, le abrigan con su aliento y le hacen compañía. Pues otro tanto acontece diariamente en el altar, imagen de la santa gruta de Belén. Todo esto lo ve y considera atentamente el alma religiosa que vive bajo un mismo techo con Jesús sacramentado, y, haciéndose más fuerte que la naturaleza, gusta de vivir solitaria y sólo acompañada de su amado Jesús.

6. Su vida condena y avergüenza el proceder de tantos seres desgraciados que arrastran por el mundo una vida de derroche y ociosidad, indigna no sólo de cristianos, sino aun de seres racionales, destinados por

naturaleza, como dice Job, para el trabajo<sup>1</sup>. *Llevan una vida regalada, y al final de ella descienden al abismo*<sup>2</sup>. Almas entorpecidas para las cosas divinas, para todo objeto de orden superior á lo sensible, no saben formar un pensamiento santo, ni conciben otros afectos que los de la carne. Viven lejos de Dios y de la salud eterna. ¡Y éstos son á las veces los que se llaman felices! Las almas religiosas, cuya vida se desliza suavemente al pie del Tabernáculo, despliegan una actividad pasmosa en el interior, trabajando horas enteras en el noble ejercicio de todas las potencias del alma, llamado la oración. Su ocupación favorita es orar. ¿Hay otra más digna, ni más dulce, ni más envidiable? ¿Qué hizo el Corazón de Jesús durante los treinta y tres años de su vida mortal sino orar? *Erat pernoctans in oratione Dei*<sup>3</sup>. Y ¿qué hace hoy mismo, día y noche, en la Eucaristía sino orar sin tregua, ni descanso? Pero ¿acaso produce cansancio la oración? *No tiene gota de amargura su trato, ni tedio su conversación, sino antes gozo y alegría*<sup>4</sup>. ¡Ay! á nosotros, tibios y débiles en el amor, puede parecernos tediosa una hora de oración; no así al Corazón ardentísimo de nuestro buen Jesús. Ama con todo el fuego del Espíritu Santo, de que está repleto: arde en deseos de la gloria del Eterno Padre y, por él, se abrasa y consume en vivísimos deseos de la eterna salvación de los hombres. Por eso ora, ora incesantemente, y con gemidos inenarrables ruega para que *venga á nosotros el reino de Dios*<sup>5</sup>. Ora porque ama. Y ése es el secreto de las largas oraciones, y aun prolongadas vigiliadas de las almas religiosas: aman mucho

<sup>1</sup> Job 5, 7.      <sup>2</sup> Job 21, 13.      <sup>3</sup> Luc. 6, 12.

<sup>4</sup> Sap. 8, 16.      <sup>5</sup> Matth. 6, 10.



á su Dios, y, por Dios, á sus hermanos; natural es que gocen tanto en entregarse á la oración. Y ¡cómo se juntan como en un solo incensario las oraciones de las religiosas con las súplicas de Jesucristo para subir en forma de nube de fragante incienso hasta el acatamiento del Altísimo!<sup>1</sup> Y ¡cómo arden y brillan esas felices almas, á manera de lámparas de fe y caridad delante del sagrario!<sup>2</sup>

7. Y es porque, caldeadas en la contemplación del sagrado Corazón de Jesús, arden en caridad y celo de la salvación de sus hermanos en Cristo, pudiendo afirmar con el Apóstol: *La caridad de Cristo nos apremia á trabajar*<sup>3</sup>. La profesión religiosa, mayormente en estos tiempos de apostasía y sensualismo, es estadio de combate, campo de trabajo, ministerio apostólico. Todas las órdenes y congregaciones regulares fundadas en los últimos años abrazan alguna parte de estos trabajos espirituales, necesarios el día de hoy para secundar la acción redentora de la Iglesia entre los hombres: quiénes la predicación, quiénes la educación, quiénes el cuidado de los menesterosos. ¡Qué cuadro tan maravilloso no presentan á la vista del mundo entero, de católicos y protestantes, cristianos y gentiles, esas numerosas y bien organizadas falanges de religiosos de uno y otro sexo, que, esparcidas por toda la redondez de la tierra, reparten entre sí todas las obras de celo y caridad que exige la salud temporal y eterna del género humano! Las exigencias son innumerables y de toda especie, como lo son también las necesidades del hombre social, en todas las edades y condiciones de la vida: á satisfacerlas todas aspira la caridad cristiana, inspirada en

<sup>1</sup> Apoc. 5, 8.<sup>2</sup> Ez. 1, 13.<sup>3</sup> 2 Cor. 5, 14.

el foco de amor infinito del Corazón de Jesús. Las Hijas de este Corazón, habituadas á contemplar el corazón del Niño de Belén, natural es que den la preferencia á los niños y trabajen en formar en las tiernas almas de los pequeñuelos la imagen del Dios niño, y modelarles el corazón en el molde del Corazón adorable del Salvador<sup>1</sup>. ¡Importantísima labor! ¡Obra suprema de misericordia, como que de ella depende por lo regular la suerte eterna de esos mismos niños! Penoso es sin duda y rudo el magisterio; pero ¿qué penalidades y fatigas no hace llevaderas el amor de Jesucristo? Si para esta misión, como para todo el peso de la vida religiosa, es necesario esfuerzo varonil y cristiana fortaleza, ahora veremos de qué manera el Corazón de Jesús es el sostén y baluarte firmísimo de las almas que se le han consagrado.

## II.

8. Gran cosa es orar en el seno del recogimiento interior y exterior; cosa laudable y sobremana meritoria es trabajar con la palabra y la acción por salvar las almas de nuestros hermanos expuestos á perecer; lo cual hace que sea tan glorioso el estado de las almas totalmente consagradas al servicio de Dios y de sus prójimos. Hay algo, sin embargo, todavía más excelente y heroico, si no por sí mismo, á lo menos por asemejarnos más perfectamente á nuestro divino Modelo: tal es el sufrimiento, el dolor en la vida cristiana y religiosa. Nuestro dolor por sí nada vale y nada merece ciertamente, porque es nuestra natural condición y pena justísima de nuestros desórdenes; pero, unido á los do-

<sup>1</sup> Donec formetur Christus in vobis (Gal. 4, 19).



lores del paciente Corazón de Jesús, el nuestro adquiere valor extraordinario y mérito casi infinito. ¡Oh! ¡qué escuela de perfección la del dolor! ¡qué fragua para purificar el alma, de toda la escoria de sus vicios é imperfecciones! Y luego ¡qué arma tan poderosa en la lucha con los enemigos de Dios! ¡qué espada de dos filos para traspasar los corazones! Por eso el dolor es como esencial condición de la vida religiosa. Sin él no se concibe la propia perfección, ni hay medio más eficaz para trabajar con fruto en la salvación ajena. Cristo Señor nuestro, próximo ya á terminar su carrera y dejar consumada su obra<sup>1</sup>, se entrega de lleno á padecer, se engolfa en aquel mar de dolores internos y externos que forman el prodigioso cuadro de su acerbísima Pasión. Con el dolor supremo, infinito de su muerte en cruz quiso salvarnos, pudiendo haberlo hecho de mil otros modos no tan dolorosos y, al parecer, más compatibles con sus divinos atributos. ¡Misterioso secreto el de la Cruz! Jesús la ha puesto allí sobre su Corazón para hacernos comprender que el culto más acepto del suyo es la imitación de sus dolores, y principalmente de los que podemos llamar internos, esto es, más agudos y penetrantes.

9. Paremos la consideración en la magnitud de estos sacratísimos dolores á cuya reparación queremos consagrar especialmente los cultos de este día. De ellos dice el mismo Salvador: *Rodeáronme dolores mortales*<sup>2</sup>. ¿No fueron estos por ventura de los que se quejaba amigablemente á sus discípulos á la entrada del Huerto de las Olivas, cuando les decía: *Triste está mi alma hasta la muerte*<sup>3</sup>, es decir, como explican los sagrados

<sup>1</sup> Io. 17, 4.<sup>2</sup> Ps. 17, 5.<sup>3</sup> Marc. 14, 34.

intérpretes: siento una tristeza mortal, un dolor que me causaría la muerte, si no lo estorbaba mi omnipotencia? Para expresarse Jesús en estos términos, decid, hermanos míos, ¿cuál no debió de ser la vehemencia de aquel sentimiento que oprimió su alma humana, que ahogó el corazón? Éste fué aquel dolor que los Evangelistas no acertaron á pintar con una sola palabra y llamaron *pavor*, *tedio*, *tristeza* y, finalmente, *agonía* y lucha violenta de encontrados afectos<sup>1</sup>. Éste fué el cáliz amarguísimo que el mismo Eterno Padre aplicó á los labios de su bendito Hijo para que lo apurase hasta la última gota, aunque como hombre rehusaba beber aquella copa de amargura<sup>2</sup>. Rehusábalo sí, con el recelo propio de la flaqueza humana; pero juntamente lo deseaba con el ardor de su divina caridad. Y el sentirlo, porque quiso, pudiéndolo también impedir, si quisiera, no fué sino para mostrar al mundo la grandeza de su amor igual á la intensidad de su dolor. No se contentaba con ser despedazado por mano de los hombres á fuerza de azotes y bofetadas, sino que él mismo quería quebrantar su corazón, dando curso natural á sus afectos, hasta verse como anegado en horrible tempestad de angustias y congojas<sup>3</sup>. ¡Oh! ¡cuántas veces habréis sondeado, carísimos hermanos, en vuestra meditación las causas de estos íntimos dolores del agonizante Corazón de Jesús! ¡Cuántas habréis penetrado en la naturaleza de esos sentimientos que inundaron de amargura el pecho de nuestro amable Salvador! Allí habréis hallado el horror de los tormentos y la muerte afrentosísima y cruelísima; allí, la confusión de comparecer ante la Justicia divina en traje de peca-

<sup>1</sup> Luc. 22, 43.<sup>2</sup> Luc. 22, 42.<sup>3</sup> Ps. 68, 3.



dor, y delante del mundo entero en el patíbulo de los insignes malhechores; allí, la amargura de un corazón herido por la más vil y detestable ingratitud, ya de parte de aquel pueblo, que era su pueblo, y no sólo le desconoció<sup>1</sup>, sino que le pisoteó y escupió villanamente, ya de parte de los hombres de todos los tiempos que tan mal habíamos de corresponder á la ternura de su afecto y á la magnitud de su sacrificio: allí, en fin... mas ¿quién pudiera enumerar todas las formas y matices de aquel dolor incomparable equivalente á la suma de todos los dolores morales? ¿En qué corazón no han resonado hondamente aquellas lastimeras quejas del Corazón lacerado de Jesús: *Popule meus, quid feci tibi? responde mihi*<sup>2</sup>. Y ¡qué impresión no producen hasta en el más duro pecho las palabras de Cristo moribundo con que se lamenta del desamparo de su mismo Padre: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*<sup>3</sup> rodando por sus pálidas mejillas las últimas lágrimas de sus apagados ojos!

10. La consideración de esos dolores inefables estimula nuestro anhelo de ofrecerle cumplida reparación y desagravio, haciendo cuanto está á nuestro alcance para mitigarlos; pero al mismo tiempo sirve de suave lenitivo á las heridas de nuestro corazón, aliviando nuestras penas y sosteniendo nuestra flaqueza en el padecer. ¡Ay! ¡somos tan refractarios al dolor, ya sea físico, ya moral! ¡Cuéstanos tantas luchas resignarnos á sufrir! ¡Como si no supiésemos el valor del sufrimiento, el cual es un verdadero Apostolado, tal vez más eficaz que el de la acción y la predicación! ¡Honor, pues, y reparación á los dolores internos del sagrado Corazón de

<sup>1</sup> Io. 1, 11.<sup>2</sup> Mich. 6, 3.<sup>3</sup> Marc. 15, 34.

Jesús! Mas no olvidemos que el mejor modo de honrarlos y repararlos consiste en su imitación, en el deseo de participar del cáliz de amargura que brindó el Salvador á sus escogidos diciéndoles: *¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de apurar*<sup>1</sup>, que yo he apurado en mi Pasión? ¡Oh! ¡qué dicha poder responderle sin vacilar con la sinceridad de los hermanos Juan y Santiago: Sí, *lo podemos!* lo queremos; y oír que el buen Jesús nos asegura, lleno de complacencia, que efectivamente con su gracia cumpliremos la palabra dada: *Beberéis ciertamente mi cáliz*. Lo cual equivale á decirles: Sois del número de mis discípulos predilectos: bebéis en una misma copa conmigo. ¿Habría alma religiosa que no aspire á tener esta felicidad? ¿Habría quien se queje, como de mal y trabajo insoportable, de las enfermedades y dolencias del cuerpo, de las penas del alma, de las tribulaciones del espíritu? ¿Habría quien se lamenta de la injusticia del mundo, de la ingratitud de los hombres, de las persecuciones de los malos y de la indiferencia y desamparo de los buenos? Enhorabuena que sintamos en lo más vivo estos y otros semejantes dardos con que nos hiere la mano del Señor; enhorabuena que viertan sangre las heridas de nuestro corazón, y lágrimas nuestros ojos, mientras clamamos al cielo implorando remedio y consuelo en nuestras tribulaciones, como lo hacia el Profeta<sup>2</sup>, como lo hizo el Corazón angustiado de Jesús en el Huerto<sup>3</sup>. Pero, en medio de todo, puesta la mira en la inmensidad de los dolores del Amado, diremos con el grande Apóstol: *In his omnibus superamus propter eum, qui dilexit nos*<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Matth. 20, 22.<sup>2</sup> Ps. 17, 7.<sup>3</sup> Matth. 26, 39.<sup>4</sup> Rom. 8, 37.



II. ¡Aliento, pues, carísimos hermanos en Jesucristo! Proseguid la obra de vuestra venerable Madre, la reformadora de este naciente instituto religioso, honrando y adorando los dolores íntimos y más agudos del sacratísimo Corazón de Jesús, ya que en la práctica de esta excelente devoción habéis hallado hasta aquí, y habréis de encontrar siempre, el más poderoso elemento de santificación, elevándoos, por la unión con Cristo paciente, hasta la cima del monte de la mirra<sup>1</sup>, hasta el collado del incienso. De allí al cielo no hay más que un paso. Allí os aguarda vuestra Madre. Así sea.

<sup>1</sup> Cant. 4, 6.



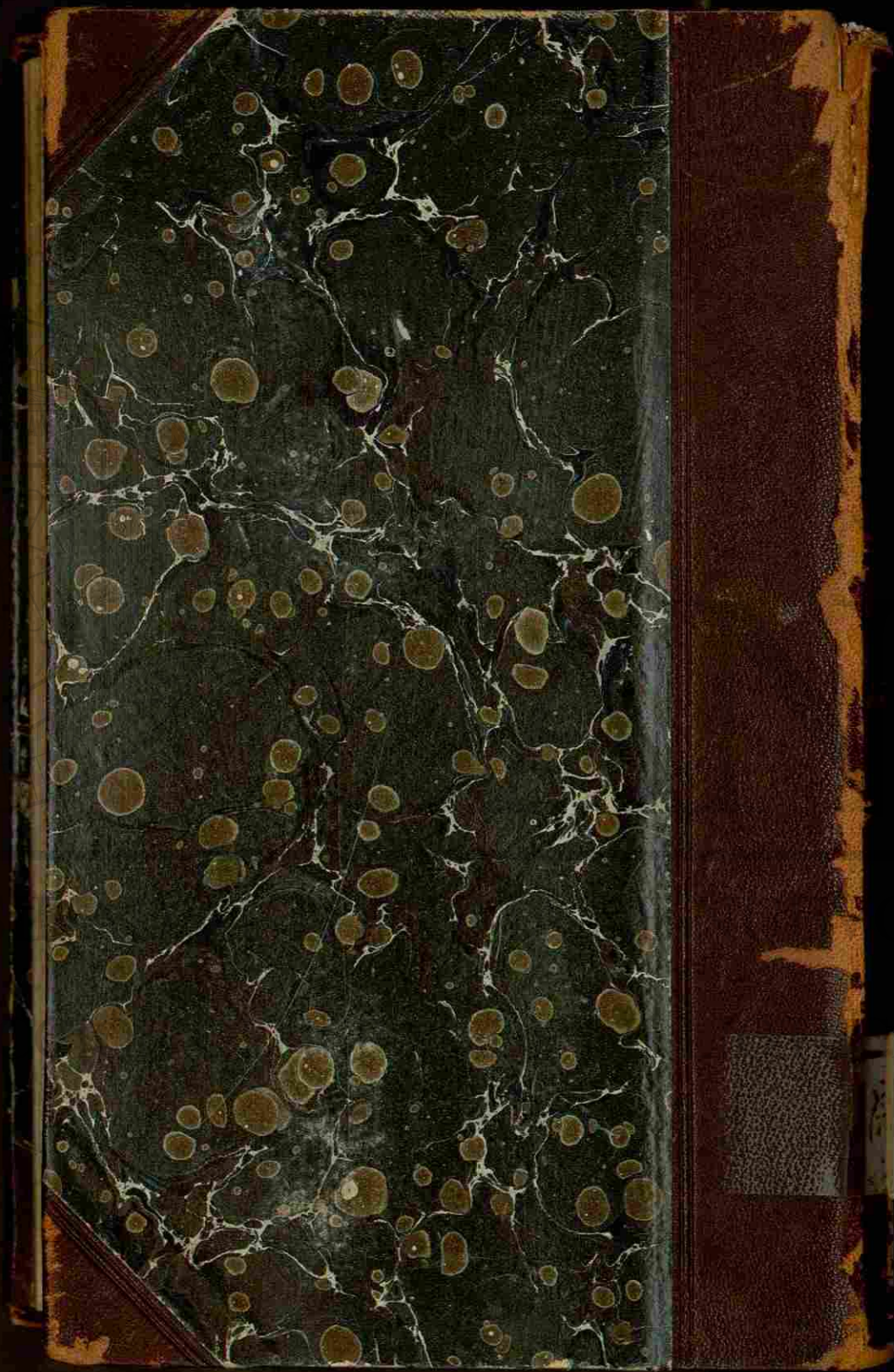
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS









fuera, como lo es en lo interior. Todo ha desaparecido desde que se perdió la fe en la Eucaristía.

9. ¿Qué diré ahora de la santidad sacerdotal y, en proporción, de la santidad de todos los fieles, derivada, como de su fuente, del Sacramento *santisimo* por excelencia? Que, si en la Antigua Ley estaba escrito<sup>1</sup>: *Santos serán para su Dios los sacerdotes, porque ofrecen el incienso del Señor y los panes de su Dios, y por eso serán santos*, ¿cómo no lo han de ser, y con mayor razón, los sacerdotes de la Nueva Ley, cuyo oficio es ofrecer á Dios las oraciones de toda la Iglesia, juntas con la de su supremo sacerdote y medianero Cristo Jesús, y el pan vivo de su preciosísimo Cuerpo inmortal, glorioso é impasible?<sup>2</sup> Á la santidad infinita de la ofrenda, natural y justo es que acompañe la santidad del que la ofrece; y, siendo el sacerdote ministro y representante de Cristo infinitamente santo, inmaculado y de todo punto segregado de los pecadores<sup>3</sup>, conviene que él también sea émulo de toda santidad. Esto es lo que pide la Iglesia en el Canon de la Misa, suplicando á Nuestro Señor que le sea acepta, no ya por parte de la ofrenda, que es de valor infinito, sino, como declara Santo Tomás<sup>4</sup>, por parte de los sacerdotes que celebran, en los cuales desea que resplandezca la devoción y pureza de Abel, la fe y obediencia de Abraham, la justicia y paz de Melquisedech, y, en suma, el coro lucidísimo de todas las virtudes. Por su parte los simples fieles jamás se afanarían tanto para purificar sus almas y adornarlas con el hermoso arreo de cristianas y ex-

<sup>1</sup> Lev. 21, 6.

<sup>2</sup> *La Puente*, Perfecc. Est. Eclesiást. tr. 1, cap. 7.

<sup>3</sup> Hebr. 7, 26.      <sup>4</sup> S. th. 3, q. 83.

celentes virtudes, si no les moviera eficazmente á procurarlo la participación del Cuerpo y Sangre del Santo de los santos en la mesa eucarística. ¡Qué sentimientos de temor saludable no despierta en la conciencia menos delicada la sola idea de haber de llegarse á recibir á Dios! ¡Qué ansia de competir en pureza con los mismos ángeles, al haber de gustar el pan del cielo! ¿Adónde irían á parar estos bellos sentimientos y propósitos de santidad, si desapareciera de entre nosotros, por suma desgracia, el uso de la Eucaristía? Ved ahí cómo el Sacerdocio, con cuanto de él depende, como es el culto y la vida espiritual de la Iglesia, gravita hacia el centro de la divina Eucaristía, no de otra suerte que los más lucientes planetas giran en derredor del sol.

10. Lo mismo debéis decir de esta otra institución divina que es como la clave del edificio cristiano, la *Autoridad*. Para convenceros de la verdad de esta relación, aunque á primera vista no tan manifiesta, bastará reflexionar sobre la naturaleza propia de la autoridad eclesiástica, esencialmente espiritual y, por consiguiente, estrechamente enlazada con el carácter sagrado del que la reviste y ejerce. La autoridad de la Iglesia ¿quién no advierte que está basada en el mismo sacerdocio? Aunque, absolutamente hablando, pudiera Jesucristo haber separado la una del otro, de hecho y en realidad ¿á quiénes ha confiado el poder de gobernar socialmente su rebaño sino á aquellos mismos á quienes antes había conferido el poder de consagrar su cuerpo? Es, pues, la soberanía eclesiástica una autoridad vinculada al Sacerdocio, cuya base, como es visto, descansa en la institución del Sacrificio del altar. Destruído éste, caería también aquella soberanía de derecho rigurosamente divino, que deriva su prestigio, no de la fuerza,



sino de la suprema dignidad sacerdotal. ¿Quién es el pastor en la Iglesia sino aquel á quien fué dado abrir y cerrar con llave de oro las puertas de los cielos? ¿Quién está llamado á dispensar los bienes sobrenaturales en el orden social sino el mismo que dispensa, en el orden privado, los tesoros de la gracia? Aun más: la dignidad real está encerrada, al decir de muchos Padres y Doctores, en el Sacerdocio, siendo reyes los sacerdotes, no ya temporales sino espirituales; y, como discurre San Juan Crisóstomo, con un género de reinado mucho más excelente y glorioso que el de los soberanos de la tierra<sup>1</sup>. «Al rey están sometidas las cosas terrenas; al sacerdote, las celestiales: al rey, los cuerpos; al sacerdote, las almas: el rey tiene su trono en la tierra; el sacerdote, en el cielo: el rey rige con la fuerza; el sacerdote, con el consejo: el rey pelea con armas corporales; el sacerdote esgrime las espirituales.»<sup>2</sup> Si, pues, esto es así por la naturaleza misma y condición de las cosas, ¿qué extraño que el fundador de este gran reino de Dios sobre la tierra haya querido dar el cetro del poder á sus sacerdotes? *No queráis temer, pequeña grey,* había dicho Jesús á sus apóstoles, *porque plugo á vuestro Padre daros el reino*<sup>3</sup>. Y los misteriosos ancianos del Apocalipsis glorificaban al Cordero que abrió el libro sellado, diciendo: *Redimístenos, Señor, con tu sangre é hicístenos reino de nuestro Dios y sacerdotes, y reinaremos en la tierra*<sup>4</sup>. Así es como la Autoridad tiene también su centro de atracción en la sagrada Eucaristía.

II. Por lo que toca á la gracia de los Sacramentos, si lo menor se ordena y endereza á lo mayor, á lo sumo,

<sup>1</sup> Hom. 4 et 5 de verbis Isai: Vidi Dominum.

<sup>2</sup> Ibid.      <sup>3</sup> Luc. 12, 32.      <sup>4</sup> Apoc. 5, 9-10.

claro es que todos ellos, canales por donde la gracia se nos comunica en cierta medida y para ciertos fines, deben confluir á la fuente de toda gracia, al Sacramento en donde se nos trasmite sin medida, dándose corporalmente el autor mismo de los Sacramentos. En él se contienen, á lo menos eminentemente y de un modo virtual, según enseña el Sol de Aquino<sup>1</sup>, las gracias repartidas entre todos los demás, porque «por él se purgan los pecados, aumentanse las virtudes, y el alma se enriquece con la abundancia de todos los carismas espirituales». Bien pudiera el Señor no haber instituido este altísimo y divinísimo Sacramento, dado que instituyera los demás; y cada uno de ellos, no hay duda, produciría en el hombre la comunicación de la gracia. Esto no obstante, si ha de haber unidad en este hermoso cuadro, como la hay donde quiera que puso Dios la mano, natural es que los Sacramentos, así como corresponden á los varios estados de la vida y señalan diversos grados de perfección, se refieran al grado supremo y á la plenitud de la vida espiritual, que se da al alma por medio de la Eucaristía. Porque, así como el hombre nace y se robustece para la vida física, y la perfección de ésta es el fin de todas las obras naturales, así el Bautismo, la Confirmación y los demás Sacramentos se enderezan á adquirir la vida sobrenatural perfectísima, que es el don particular del Pan sobresustancial sacramentado. Todo, pues, como habéis visto, hermanos míos, gira en el orden sobrenatural ó cristiano al rededor de este Sol de la Eucaristía, que todo lo atrae y suavemente gobierna, como tronó que es donde habita y reina Dios sobre la tierra: *Puso Dios*

<sup>1</sup> S. Thom., In offic. SS. Sacram. lect. 6.



en el sol su tabernáculo<sup>1</sup>. Sólo resta que veamos y admiremos la pasmosa fecundidad del Sol divino, fuente de vida para todas las almas que quieren participar de su calor vivificante. Verémoslo brevemente en la tercera parte.

## III.

12. No me detendré á considerar lo que es en sí misma la vida sobrenatural — asunto especial de otro discurso, — para hacer ver cómo la Eucaristía es la fuente de esa vida. Por ahora, y sólo como complemento del tema propuesto, me limito á presentaros la universalidad y variedad de esa vida en sus relaciones con el augusto Sacramento. ¿Á dónde no llega el influjo vital del astro que preside al día? *No hay quien se esconda de su calor vivificante*<sup>2</sup>, dice el Real Profeta. Ni hay tampoco entre los hombres quien no participe, si no se obstina en rechazarlo, del influjo benéfico del Sol Eucarístico. Recházanlo ciega y porfiadamente los herejes que niegan con diabólico furor y saña inconcebible la verdad de la institución, cual aves nocturnas ó fieras alimañas á quienes ofende el resplandor del sol y por eso le aborrecen, y quisieran, aunque en vano, apagarle de un soplo para siempre. *Hay hombres*, dice el mismo Cristo, *que amaron más las tinieblas que la luz*<sup>3</sup>. Fuera de estos seres desgraciados, la universidad incontable de los vivientes se regocija y alienta con la aparición y reinado de la luz que arroja en torno de sí el Dios de la Eucaristía. De ella viven, en primer lugar y con plenitud de vigor y salud espiritual, las almas justas, que, como el Apóstol, pueden decir con ingenuo candor: *Para mí,*

<sup>1</sup> Ubi supra.<sup>2</sup> Ps. 18, 7.<sup>3</sup> Io. 3, 19.

*vivir es estar con Cristo*<sup>1</sup>; gustarle en el sagrado banquete es toda mi felicidad y mis delicias. «¿Qué hay en el cielo y en la tierra que pueda llenar mi corazón fuera de este Pan celestial?»<sup>2</sup> ¡Felices almas, que empiezan á gustar las dulzuras de la vida bienaventurada y perdurable! Viven también por la influencia de la Eucaristía aquellas almas que, si bien no poseen habitualmente la gracia santificante por efecto de miserables debilidades é inconstancias en el camino del bien, se esfuerzan de tanto en tanto por recobrar esa vida, practican muchas buenas obras, oran del fondo de su corazón, creen firmemente en Dios y esperan en su misericordia. ¿Quién infunde en estos pechos, cristianos aunque débiles, todos estos saludables sentimientos? ¿De quién les viene este soplo de vida, que suele ser el principio de la salvación? ¡Ah, mis amados oyentes, éstos son efectos de la Eucaristía, de la presencia real de Jesucristo entre nosotros! Él es quien *vino á traer fuego á la tierra*<sup>3</sup>, y ¿qué otra cosa anhela sino que la tierra arda y se encienda? Por Jesús sacramentado dura este fuego divino, á pesar de cuantos esfuerzos hacen para apagarle las humanas pasiones de consuno con las potestades infernales. Hasta los malos católicos, que así podemos llamar á los que, sin renegar abiertamente de la fe de su bautismo, llevan una vida de abandono y de culpable indiferencia: estos mismos, si alguna centella de vida sobrenatural guardan todavía allá en lo más recóndito de su ser, débenla también al Dios sacramentado. Para convencerlos, me bastaría penetrar en su conciencia y allí leería, á no dudarlo, su fe profundamente arraigada, indeleble, en la presencia real. Todos ellos, más cristianos de lo que

<sup>1</sup> Phil. 1, 21.<sup>2</sup> Ps. 72, 25.<sup>3</sup> Luc. 12, 49.



ellos mismos se figuran, creen en la Hostia sacrosanta, todos doblan reverentes la rodilla, todos adoran á su Criador en la custodia, cuando ésta se eleva en manos del sacerdote para bendecirlos. La Eucaristía es, por tanto, el principio de la vida universal.

13. Eslo también de todas las condiciones de la vida. ¡Son éstas tan variadas! ¿No lo son también las posiciones de nuestro planeta con relación á su centro? Pues bien, cristianos: así como esta variedad, que es causa de las estaciones, no impide que la vida se manifieste siempre bella y admirable, ora concentrándose en el germen, ora brotando en tallos y flores, ora sazonando ricos frutos; así también la vida sobrenatural se desarrolla bajo el influjo de la Eucaristía, ora en el invierno de la tribulación, ora en la primavera de la felicidad, lo mismo en el estío de las grandes y fervorosas empresas, que en el otoño de las virtudes perfectas. Y á la verdad, no sabría decir cuándo es la vida más hermosa y más enérgica. Porque si en la prosperidad, embellecida y santificada por el amor del Dador de todos los bienes, brillan en el alma cristiana la dulzura, la tranquilidad, el fervor para toda suerte de obras de piedad y de misericordia, como brillan todos los objetos de la naturaleza sonriente y alegre en día de fresca y lozana primavera; también en lo recio de la tribulación y entre el batallar de las adversidades vense lucir heroicas virtudes, que quizás son todavía más admirables que cualesquiera otras: la paciencia, la conformidad con la voluntad divina, el desprendimiento del corazón de todo lo terreno, y el apegamiento al Sumo Bien con ardiente suspirar por la vida verdadera. Pero en todos estos casos, ¿cuál es el foco de donde irradian todos estos rayos de vida al corazón? ¿no es el altar

el nido y refugio del alma atribulada? ¿no es el banquete eucarístico la mayor de las delicias y regalos de una persona que se ve halagada por la felicidad? ¿no exclaman una y otra: *¿Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes! Aquí es donde mi alma desfallece de amor y de contento*<sup>1</sup>?

14. Tiene el sol, además de sus aparentes revoluciones anuales, comparables con las varias épocas de la vida humana, su aparición diaria sobre el horizonte y su desaparición debajo de él, para reaparecer nuevamente después de pasajera ausencia. ¡Qué bello y risueño es el despuntar del día! ¡Qué melancólico y triste el adiós al sol que se hunde como en una fosa sepulcral! Pero aun en esta hora solemne y misteriosa, la tristeza se templá por la magnificencia del cuadro, pues nada hay tan soberbio y embelesador como la caída del sol en el océano ó detrás de las altas cimas de los Andes. También esta última analogía del astro material con nuestro sol divino se presta á las más tiernas y poéticas consideraciones. ¡Qué delicioso recuerdo, almas cristianas, el de vuestra primera comunión! ¿No fué ella el oriente dichoso del día de la gracia en vuestros corazones? ¿No visteis el Sol de la Eucaristía iluminar por vez primera los horizontes de vuestra existencia terrestre? ¡Ah! vendrá otra comunión, no menos significativa que la primera, será la última de nuestra peregrinación por la tierra, será el Viático para el tremendo viaje al país de la eternidad... ¡Qué ocaso tan solemne y majestuoso del día sobrenatural! Triste ha de ser sin duda aquella despedida, no tanto porque anuncia el fin de la vida terrena, y porque habrá que decir adiós al mundo

<sup>1</sup> Ps. 83, 2.



de las apariencias<sup>1</sup> que se aleja de nosotros, que se desvanece cual ligera sombra; sino porque será preciso despedirse para siempre del Dios sacramentado, á quien ya no se volverá á contemplar, y de cuyas delicias no volverá á gustar. Pero ¿qué importa que las sombras se disipen, cuando va á rayar la luz en toda su esplendorosa claridad? No volveréis á gustar las dulzuras de la Eucaristía, es verdad; pero en cambio volaréis á embriagaros en el torrente de la felicidad, en el banquete de la gloria<sup>2</sup>; beberéis del nuevo retoño de la vid en el reino del Padre. No diréis ya: *Tomaré el cáliz de salvación é invocaré el nombre del Señor*<sup>3</sup>; pero entonaréis, en cambio, el cántico de eterna libertad, diciendo: *Rompiéronse, Señor, mis ataduras; á ti sacrificaré la hostia de alabanza*<sup>4</sup>. ¡Qué dulce y deleitoso pensamiento!

15. Así es cómo la divina Eucaristía, que embellece los primeros días de nuestra juventud<sup>5</sup>, alegra también los postreros momentos de nuestra existencia, como el astro que se oculta á nuestros ojos entre rubios cortinajes de oro y grana, prometiéndonos apresurar su carrera para tornar á visitarnos. La Eucaristía es prenda de vida perdurable y gloriosa<sup>6</sup>. La gloria no es sino la consumación de la vida empezada en la mesa eucarística. Por eso, de la comunión brotan los deseos inflamados de las almas que suspiran por el cielo. ¿Cuándo lucirá el día sin noche, de la eternidad? ¿Cuándo amanecerá el sol divino para no ocultarse jamás? ¡Oh sol de mi Jesús sacramentado, que, á través de nubes y

<sup>1</sup> 1 Cor. 7, 31.<sup>2</sup> Matth. 26, 29.<sup>3</sup> Ps. 115, 13.<sup>4</sup> Ps. 115, 16.<sup>5</sup> Ps. 42, 4.<sup>6</sup> Future gloriæ nobis pignus datur (Eccl. in offic. SS. Sacram.).

sombras misteriosas te dejas ver tan grande y tan hermoso, véante mis ojos sin velo en el cenit de la bienaventuranza! ¡Oh fuente de vida y centro de atracción de todos los vivientes, viva yo por ti la vida interminable y perfecta! ¡Oh Sol Eucarístico! ¡Alegra con tu luz los sombríos momentos de mi ocaso, y, después de la pasajera penumbra de la muerte, alúmbrame en el día siempre claro de la feliz eternidad! Así sea.

### SERMÓN CUARTO

(predicado en la iglesia de la Veracruz de Bogotá, 1885).

#### El hombre, tabernáculo de Dios por la sagrada Eucaristía.

Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, habitabit cum eis.

He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, donde habitará con ellos.

Apoc. 21, 3.

1. Una de las ideas más grandiosas y, por lo mismo, más adecuadas para formar concepto de Dios, es la de su inmensidad. ¿Quién será capaz de comprender con su flaca y estrecha inteligencia aquel Ser que los cielos y la tierra con toda su capacidad, al parecer infinita, no son bastantes á encerrar?<sup>1</sup> Y ¿qué concepto más digno de Dios que el de su incomprensibilidad? ¿De qué modo mejor puede el gusanillo de la tierra reconocer cuán grande es el Señor, que advirtiendo cuán pequeño es él mismo para comprenderlo? De ahí nacen aquellos afectos con que tan dignamente se honra y acata la majestad del Ser divino, cuales son la admiración

<sup>1</sup> 2 Par. 6, 18.



de las apariencias<sup>1</sup> que se aleja de nosotros, que se desvanece cual ligera sombra; sino porque será preciso despedirse para siempre del Dios sacramentado, á quien ya no se volverá á contemplar, y de cuyas delicias no volverá á gustar. Pero ¿qué importa que las sombras se disipen, cuando va á rayar la luz en toda su esplendorosa claridad? No volveréis á gustar las dulzuras de la Eucaristía, es verdad; pero en cambio volaréis á embriagaros en el torrente de la felicidad, en el banquete de la gloria<sup>2</sup>; beberéis del nuevo retoño de la vid en el reino del Padre. No diréis ya: *Tomaré el cáliz de salvación é invocaré el nombre del Señor*<sup>3</sup>; pero entonaréis, en cambio, el cántico de eterna libertad, diciendo: *Rompiéronse, Señor, mis ataduras; á ti sacrificaré la hostia de alabanza*<sup>4</sup>. ¡Qué dulce y deleitoso pensamiento!

15. Así es cómo la divina Eucaristía, que embellece los primeros días de nuestra juventud<sup>5</sup>, alegra también los postreros momentos de nuestra existencia, como el astro que se oculta á nuestros ojos entre rubios cortinajes de oro y grana, prometiéndonos apresurar su carrera para tornar á visitarnos. La Eucaristía es prenda de vida perdurable y gloriosa<sup>6</sup>. La gloria no es sino la consumación de la vida empezada en la mesa eucarística. Por eso, de la comunión brotan los deseos inflamados de las almas que suspiran por el cielo. ¿Cuándo lucirá el día sin noche, de la eternidad? ¿Cuándo amanecerá el sol divino para no ocultarse jamás? ¡Oh sol de mi Jesús sacramentado, que, á través de nubes y

<sup>1</sup> 1 Cor. 7, 31.<sup>2</sup> Matth. 26, 29.<sup>3</sup> Ps. 115, 13.<sup>4</sup> Ps. 115, 16.<sup>5</sup> Ps. 42, 4.<sup>6</sup> Future gloriæ nobis pignus datur (Eccl. in offic. SS. Sacram.).

sombras misteriosas te dejas ver tan grande y tan hermoso, véante mis ojos sin velo en el cenit de la bienaventuranza! ¡Oh fuente de vida y centro de atracción de todos los vivientes, viva yo por ti la vida interminable y perfecta! ¡Oh Sol Eucarístico! ¡Alegra con tu luz los sombríos momentos de mi ocaso, y, después de la pasajera penumbra de la muerte, alúmbrame en el día siempre claro de la feliz eternidad! Así sea.

### SERMÓN CUARTO

(predicado en la iglesia de la Veracruz de Bogotá, 1885).

#### El hombre, tabernáculo de Dios por la sagrada Eucaristía.

Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, habitabit cum eis.

He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, donde habitará con ellos.

Apoc. 21, 3.

1. Una de las ideas más grandiosas y, por lo mismo, más adecuadas para formar concepto de Dios, es la de su inmensidad. ¿Quién será capaz de comprender con su flaca y estrecha inteligencia aquel Ser que los cielos y la tierra con toda su capacidad, al parecer infinita, no son bastantes á encerrar?<sup>1</sup> Y ¿qué concepto más digno de Dios que el de su incomprensibilidad? ¿De qué modo mejor puede el gusanillo de la tierra reconocer cuán grande es el Señor, que advirtiendo cuán pequeño es él mismo para comprenderlo? De ahí nacen aquellos afectos con que tan dignamente se honra y acata la majestad del Ser divino, cuales son la admiración

<sup>1</sup> 2 Par. 6, 18.



y el asombro, el anonadamiento voluntario, la acción de gracias por la bondad del que, siendo tan grande, se digna abajarse hasta nosotros y aceptar las ofrendas de nuestra pequeñez. Penetrada de este pensamiento, como acaso otra ninguna, la vasta inteligencia del gran Rey de la paz, el dichoso Salomón, cuando se entregaba con todo su pueblo al regocijo de la dedicación del templo, maravilla de la historia, no podía contener estas expansiones de su afecto: *¿Es posible creer que Dios habite con los hombres sobre la tierra? Si el cielo y los cielos de los cielos no pueden contenerle, ¿cuánto menos lo podrá esta casa que yo he edificado?*<sup>1</sup> Por eso el Profeta Baruch, elevándose de la vista del templo á la consideración del universo, exclamaba delante del pueblo escogido: *¡Oh Israel! ¡qué grande es la casa de Dios, y qué espacioso el lugar de su posesión! Grande es, ciertamente; como que no tiene límites, excelso é inmenso*<sup>2</sup>. El universo entero con toda su amplitud, el firmamento con sus espacios imaginarios, la creación visible é invisible, tal es la habitación, el templo, el tabernáculo del Criador. Y todavía viene estrecho á la grandeza del Dueño, á quien todos los mundos posibles, si se realizasen, no contendrían tampoco plenamente.

2. ¿Cuál es, pues, la medida de ese Ser sin medida? ¿Quién podrá contenerlo en toda su magnitud? Ninguno otro que Él mismo: sólo Dios contiene á Dios, porque sólo Él se iguala á sí. Admiramos, hermanos míos, adoremos en el silencio de nuestra admiración la grandeza del Dios incomprensible. Y, á pesar de ser tal por su naturaleza, se deja comprender por efecto de su bondad. ¡Tánto ha amado á sus criaturas, que ha querido habitar

<sup>1</sup> Ubi supra.

<sup>2</sup> Bar. 3, 24. 25.

no sólo con ellas, sino dentro de ellas mismas! *Y habitarás en ellos*<sup>1</sup>, decía el Profeta, *y ellos se alegrarán eternamente. En el santo habitas, oh gloria de Israel*, decía el mismo<sup>2</sup>. Escogió una criatura singular, una mujer, para honrarla con la participación de los más altos misterios, con la habitación personal de su Verbo en las entrañas de esa Virgen Madre, de modo que esa criatura única ha podido afirmar con verdad: *El que me crió, descansó en mi tabernáculo*<sup>3</sup>; yo he sido durante nueve meses el tabernáculo de mi Criador. ¡Incomparable honra de criatura! ¡Insondable abismo de bondad del Criador!

3. Pero ¿creeréis, cristianos, que aquí empiezan y terminan las misericordias de nuestro buen Dios? ¡Ah! que María (pronunciamos el nombre sagrado de la mujer por excelencia), que María haya sido templo y morada de la Divinidad, por más que sea un misterio, alcanzo, no obstante, á explicármelo, habiendo sido preparada al efecto por la mano misma del Criador, que la adornó con infinitas galas de pureza y santidad. Pero que el hombre vil, el pobre vaso de barro y de ignominia, sea levantado también al honor de servir de tabernáculo y trono de la inefable Majestad, esto sí que excede todo alcance humano, y me resistiría á creerlo, si Dios mismo no me lo dijera claramente. *¿No sabéis*, decía el Apóstol á los primeros fieles, *que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habéis recibido de Dios, el cual está en vosotros?*<sup>4</sup> He aquí, hermanos míos, una de las grandes y encantadoras maravillas de la adorable Eucaristía: en ella y por ella hácese el hombre

<sup>1</sup> Ps. 5, 12.

<sup>2</sup> Ps. 21, 4.

<sup>3</sup> Eccli. 24, 12.

<sup>4</sup> 1 Cor. 6, 19.



verdadero tabernáculo de Dios. Tal es la proposición que desarrollaré en este discurso. Para llegar á mi objeto, empezaré por hacerlos ver que el hombre, así en el orden natural como en el sobrenatural, está destinado á ser tabernáculo de Dios; y luego veréis cómo en la Eucaristía se realiza con toda propiedad y perfección ese dichoso destino. *Ave María.*

ALERE FLAMMAM I.

4. Desde luego llama mi atención, hermanos míos, la ley de coexistencia íntima que observo en todas las esferas de la creación corpórea, ó sea, el fenómeno de existir unos cuerpos dentro de los límites de otros. Pues ¿qué otra cosa es el espacio, que á nuestra imaginación y aun á nuestros ojos se ofrece á modo de inmenso receptáculo, donde flotan los cuerpos ó se sitúan en arreglado concierto, ocupando cada uno el sitio que le está señalado por la mano del Criador? *Del Señor es la tierra*, exclamaba el Rey-profeta<sup>1</sup>; *y su plenitud, el orbe de las tierras y todos los seres que habitan en él.* Llena está, pues, la tierra, llenos los ámbitos del universo de criaturas que los pueblan. El mundo no es otra cosa que un vasto y magnífico tabernáculo. Pero hay todavía otra cosa más notable, y es que no sólo unos cuerpos habitan dentro de otros cuerpos, la materia en la materia, sino también dentro de la materia el espíritu, el alma dentro del cuerpo. Resulta, pues, que el cuerpo humano viene á ser el tabernáculo del alma racional. Por eso escribía el Apóstol San Pedro, hablando de su muerte ya cercana: *Bien pronto voy á deponer mi tabernáculo*<sup>2</sup>; y San Pablo á

<sup>1</sup> Ps. 23, 1.

<sup>2</sup> 2 Petr. 1, 14.

los corintios: *Si nuestra casa terrena se disuelve y desbarata, tenemos otra edificada por Dios en el cielo*<sup>1</sup>. ¿Qué extraño, pues, que, subiendo por una especie de inducción de menor á mayor, lleguemos á inferir que el alma del hombre es también tabernáculo; no ya de otro espíritu criado, sino del mismo Dios? ¿Se dirá tal vez que es demasiado pequeño y demasiado vil y miserable ese recinto para que Dios pueda habitarlo? Pero ¿no es también harto bajo y vil el cuerpo fabricado, aunque con arte admirable, *del limo de la tierra*<sup>2</sup>, para servir de habitación á un ser tan noble como el espíritu, hecho á imagen y semejanza del que es espíritu puro<sup>3</sup>?... No, no es indigno del Criador habitar, como en propio tabernáculo, en el seno de su criatura, y menos de su criatura racional.

5. En efecto, ya sea que consideremos la natural destinación del alma, ya la naturaleza del mismo Dios, fácilmente nos convenceremos de que el hombre, aun en el simple orden natural, está destinado para ser tabernáculo de su Criador. *El que me crió, descansó en mi tabernáculo*<sup>4</sup>. ¿Cuál es, si no, el destino del alma humana, según la natural condición de las potencias de que está dotada? ¿Es otro, por ventura, que poseer el Bien, único elemento que las perfecciona, el Bien propio de la razón y de la voluntad, la verdad y el orden? Y no ya una partícula de Bien, sino el Bien en sí mismo, el Bien infinito, incommutable, pues no con menos se satisface la ingénita ambición de nuestro espíritu ni se apaga el hambre y sed de lo divino que abrasa y con-

<sup>1</sup> 2 Cor. 5, 1. — Eccl. in præfat. Missæ pro defunctis.

<sup>2</sup> De limo terræ (Gen. 2, 7).

<sup>3</sup> Gen. 1, 26.

<sup>4</sup> Eccl. 24, 12.



sume nuestro corazón, el cual Bien no es otra cosa que Dios mismo, verdad suma, orden esencial, felicidad inagotable. ¡Dios mío y todas mis cosas! ¿Qué más quiero ni qué mayor felicidad puedo desear?<sup>1</sup> Si esto es así, no hay que dudar de que el fin y destino esencial de nuestra alma es poseer á Dios, habitar en Él, y que Él habite y more en ella eternamente. *Y el mismo Dios habitará con ellos, y será el Dios de ellos*<sup>2</sup>. Y lo que ha de ser en el término de nuestra existencia, ¿no podrá ser también en alguna manera, siquiera imperfecta y rudimentaria, durante la carrera de nuestra peregrinación?

6. Así lo deja entender más claramente la consideración del Ser divino en sus necesarias relaciones de Criador, Conservador y Ordenador de todas sus criaturas. Dios debía habitar el universo que, por un rasgo de bondad, había sacado de la nada. Porque, si bien Aquel que es en sí mismo su propia habitación y no mora en edificios contruídos por manos<sup>3</sup> de hombres, no tenía necesidad de construirse palacios fuera de sí mismo; y, por otra parte, de habitar en alguno, éste no parece que podía ser otro que el cielo, según dice el Profeta: *El cielo del cielo para el Señor; y la tierra dióselo á los hijos de los hombres*<sup>4</sup>: sin embargo, Aquel que sostiene con tres dedos de su mano la máquina del universo<sup>5</sup> para que no ruéde en el abismo de la nada de donde salió por un acto del querer divino, no puede concebirse que abandonase las criaturas que formó y que sin su presencia no podrían conservarse, dejándolas

<sup>1</sup> Imit. Christi l. 3. — Rom. 11, 36.

<sup>2</sup> Apoc. 21, 3.      <sup>3</sup> Act. 7, 48.      <sup>4</sup> Ps. 113, 16.

<sup>5</sup> Is. 40, 12.

como casas desdeñadas por sus dueños ó cabañas desiertas de pastores<sup>1</sup>. Y ¿no dice terminantemente el Real Profeta: *En el sol puso Dios su tabernáculo*<sup>2</sup>? Y el mismo Dios ¿no dice: *Acaso no lleno yo el cielo y la tierra*<sup>3</sup>? Llenos, pues, están los cielos y la tierra de la majestad de su gloria<sup>4</sup>. Sí, la tierra, que, si no su trono, es á lo menos la peana de sus pies<sup>5</sup>. Ahora bien, el que habita en los cielos y en la tierra ¿desdeñará por ventura la habitación que le ofrece el hombre, su criatura racional, á quien *constituyó soberano de la creación visible*<sup>6</sup>, no siendo su gloria sino poco menos que la de los mismos ángeles? No por cierto, hermanos míos; y es así verdad que en todo el universo corpóreo no hay habitación más digna del Criador que el hombre, en quien está Dios por todos los modos con que se dice estar en las criaturas, pero por excelente y singular manera.

7. Está Dios en las criaturas por esencia, presencia y potencia, como discurren los filósofos y teólogos<sup>7</sup>, dándoles á todas el ser que tienen, conociéndolas íntimamente y dotándolas de la fuerza con que obran sus operaciones propias: triple modo de presencia con que Dios habita en todas las obras de sus manos. Acerca de lo cual dice un profundo y piadoso escritor<sup>8</sup>: «La misma sustancia de Dios real y verdaderamente está en todas las criaturas, mucho más íntimamente que está el alma dentro de su cuerpo... Ni hay rincón tan escondido ni profundo donde no esté toda su divinidad.» Si de esta manera tan admirable y magnífica habita el Ser divino en todas las criaturas, por viles que sean, ¿cómo

<sup>1</sup> Is. 38, 12.      <sup>2</sup> Ps. 18, 6.      <sup>3</sup> Jer. 23, 24.

<sup>4</sup> Eccl. in Missa.      <sup>5</sup> Matth. 5, 35.      <sup>6</sup> Ps. 8, 6.

<sup>7</sup> S. Thom., S. th. 1, q. 8.

<sup>8</sup> La Fuente, Guía espir. tom. I, tr. 1, cap. 6.



no habitará en el hombre, cuya esencia racional le hace más noble que todas las visibles y corpóreas? Porque, si la razón de estar Dios en todas las criaturas es la participación que éstas tienen del ser divino, parece inferirse que allí estará Dios en modo más excelente donde la participación de su ser y perfecciones sea mayor, como sucede en las criaturas espirituales. «Está también, continúa el mismo autor, en todas las cosas por presencia, porque clara y distintamente las conoce, porque (como dicen los Proverbios) *en todo lugar sus clarísimos ojos están contemplando á los buenos y á los malos*, y escudriñando los corazones de todos.» He ahí, pues, una razón especial para habitar Dios en el hombre, como en sujeto de pensamientos y afectos más escondidos en lo íntimo de su ser que el oro y los diamantes en las entrañas de la tierra. Finalmente «está Dios en todas las cosas por potencia, porque á todas da el ser que tienen y las potencias con que obran, y con todas concurre á las obras que hacen, porque, como dijo el Apóstol<sup>1</sup>, *en Él somos, vivimos y nos movemos....* Y así puedo llamar á Dios: Ser de mi ser, alma de mi alma, vida de mi vida, potencia de mis potencias, obra de mis obras, Dios mío y todas mis cosas». Así es como Dios, ser por esencia, vida verdadera, inteligencia infinita, fuerza suprema y principio y alma de toda operación y movimiento, habita de un modo más lleno y más perfecto (si así puede llamarse la manifestación más clara de su presencia) en el ser que vive con vida racional, que entiende y quiere con infinita variedad de actos, que se mueve con más velocidad y energía que los cuerpos celestes, y mueve el cuerpo á que está unido.

<sup>1</sup> Act. 17, 28.

Tal es el hombre, tabernáculo de Dios en el orden natural.

8. Y esto, considerado el hombre solamente como ser físico, y no en su calidad de ser moral. Porque el hombre, ya sea obrando bien y conforme á la ley, ya infringiendo ésta y abusando torpemente de sus potencias y sentidos para obrar mal y hacer guerra al mismo ser que le sustenta y le lleva en el seno de su inmensidad, es siempre habitación de Dios, al modo que lo son todas las demás criaturas, sólo por ser tales, y ser Dios quien es. Pero ¡oh! ¡qué horror no debe causarnos, hermanos míos, la idea demasiado terrible de ser, por el abuso de nuestro albedrío, indigna y hasta inmunda habitación del Ser tres veces santo! Pues ¡qué diremos del descaro y frenesí con que el hombre, lleno de Dios en su esencia y en sus facultades, más que lo está de líquido la esponja empapada en él, se atreve á dar cabida en su corazón al monstruo feo del pecado, y aun á entronizar en el solio divino al tirano infernal con su cortejo de vicios repugnantes! ¿No es esto profanar, con horrible sacrilegio, el santuario de Dios?<sup>1</sup>

9. Que si miramos al hombre, ennoblecido con la presencia de Dios, obrando de acuerdo con lo que exige la ley de su Criador y su propio interés y dignidad, esto es, practicando la virtud, ¿quién duda sino que por este título debe considerarse no indigno tabernáculo del Dios de las virtudes, *del que habita en el lugar santo*<sup>2</sup>? Pero este modo excelentísimo de habitar Dios en el hombre nos convida á considerar el asunto en un orden

<sup>1</sup> Profanasti in terra sanctuarium eius (Ps. 88, 40).

<sup>2</sup> In sancto habitas (Ps. 21, 4).